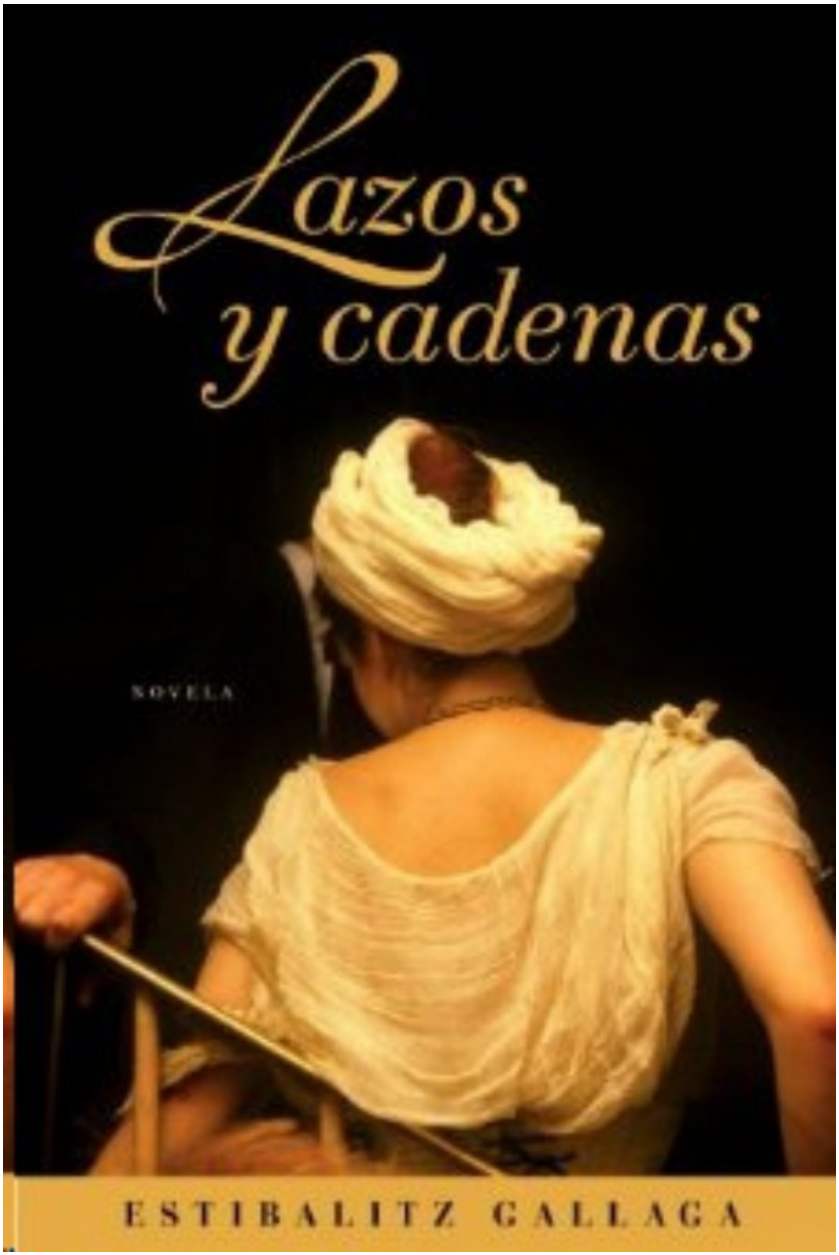
Lazos
y cadenas
NOVELA
ESTIBALITZ GALLAGA

Lazos y cadenas

Estibalitz Gallaga

(2010)

Edición en formato digital: septiembre de 2010
© 2009, Estibalitz Gallaga Pikaza
© 2009, Random House Mondadori, S.A.
Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A
ISBN: 978-84-01-38306-9
Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

Sinopsis

En un mundo de amos y esclavos, anclado en el pasado y sujeto a férreas tradiciones, la joven y bella heredera Katherine Lacroix romperá todas las normas establecidas para cumplir la promesa hecha a una esclava en su lecho de muerte. Años después, en una tierra estremecida por la contienda entre el Norte y el Sur, dos hermanas de caracteres opuestos, Charlotte, apasionada y rebelde y Hortensia, prudente y sensible, conocerán el amor y la guerra, el lujo y el sufrimiento. Se enfrentarán a una verdad que las pondrá a prueba, obligándolas a cuestionar todas sus creencias e, incluso, su propia identidad. Descubrirán así que solo unidas lograrán superar la adversidad y que el amor no entiende de clases ni de convenciones.

A todos los que hacen posibles los sueños

Prólogo

Katherine despertó bruscamente. Su corazón latía con fuerza, las sábanas se amontonaban con desorden a su alrededor, y el ligero camisón de hilo se pegaba a su cuerpo empapado por el sudor.

Todavía jadeante, se llevó las manos al vientre de manera instintiva. Necesitaba comprobar que su pequeño seguía a salvo en su interior. No había señales de alarma, todo iba bien, se dijo tratando de tranquilizarse y dominar su respiración. El bebé nacería pronto, y aquella sensación de desasosiego era consecuencia únicamente del nerviosismo y la preocupación propios de una madre primeriza.

Aún debían de faltar varias horas para el amanecer; la luz de la luna se colaba a través de la ventana iluminando la estancia con un mágico resplandor plateado que iba descubriendo a su paso los diversos adornos de porcelana y muebles de diseño exclusivo colocados de manera exquisita a lo largo del dormitorio.

Tanto lujo, ¿para qué?, se preguntó Katherine mientras la visión de la almohada vacía junto a la suya provocaba que una profunda tristeza le oprimiese el pecho a medida que los recuerdos se agolpaban en su mente. No, se dijo. No valía la pena pensar en ello, se convenció sacudiéndose aquellas dolorosas imágenes. Al fin y al cabo, aquel tiempo de felicidad nunca volvería.

Inquieta e incapaz de calmar los oscuros pensamientos que bullían sin control en su cabeza, se levantó de la cama. Tomó una cerilla de la mesita de noche y encendió la mecha del quinqué. El agradable contacto de la alfombra de seda bajo sus pies descalzos guió sus pasos hasta la ventana.

La luna llena bañaba la noche con una luz tenue y misteriosa. Katherine contempló ausente el paisaje de sombras, mientras su piel agradecía el refrescante toque de la brisa nocturna que se colaba a través de los postigos abiertos. Poco a poco la calma que la rodeaba penetró en su interior haciendo que los recuerdos perturbadores, siempre presentes, se replegaran ante el poder hipnótico de la noche.

Y entonces, aquel espantoso alarido surgió de la oscuridad.

Con el alma contraída por un terrible presentimiento, tomó la luz de la mesilla y, echando a correr, rogó al cielo para que sus peores temores no se hicieran realidad.

Poco después, irrumpió en la habitación del ático.

La carrera la había dejado sin aliento.

—¿Molly? —llamó sin resuello, con el corazón en un puño.

No hubo respuesta.

—¡Molly! —repitió cada vez más angustiada, tratando de mantener la calma y localizar a su amiga.

La habitación estaba sumida en la oscuridad.

Katherine alzó la lámpara y rastreó las sombras con ayuda de la luz.

La imagen de Molly tendida en el suelo y el sonido de los gemidos entrecortados le hizo revivir algo acaecido en aquel lugar no hacía mucho tiempo. Algo que había cambiado la vida de Katherine para siempre.

Con movimientos torpes, debido a su avanzado estado de gestación, Katherine se arrodilló junto a su amiga. Dejó el quinqué sobre la tarima, tomó la cabeza de Molly entre sus manos, y la hizo descansar sobre sus rodillas.

Un largo mechón oscuro cubría el rostro aceitunado de la joven. Katherine lo retiró con delicadeza, y la miró a los ojos.

—Katherine… —suspiró aliviada Molly, al encontrarse con el rostro de su amiga—. Ya viene —le informó orgullosa—. Quise avisarte cuando comenzó…

No pudo continuar.

La expresión de Katherine se suavizó.

—Todo irá bien, Molly —la animó, ofreciéndole la mano, mientras sus ojos no podían dejar de observar con preocupación la mancha roja que teñía la alfombra.

Los dedos de las dos mujeres se entrelazaron con fuerza. Su frente estaba cubierta por una fina capa de sudor. Un segundo después, un nuevo espasmo la golpeaba.

Alertados por los gritos, un hombre y dos mujeres de color llegaron corriendo. Pero al ver a su ama arrodillada en el suelo, se quedaron en el umbral sin atreverse a intervenir.

—¡Thomas! —llamó Katherine al percatarse de la presencia de los esclavos, dirigiéndose al único varón del grupo—. Vete a buscar a Owen y dile que el bebé ya viene. ¡Que vaya a por el doctor Steward!

El hombre no se movió. Estaba paralizado contemplando a la

joven tendida en el suelo con el camisón ensangrentado.

—¿A qué esperas? ¡Corre!

Una vida de obediencia hizo que la mente del esclavo desechara aquella imagen, y que sus viejas piernas se movieran.

Sin perder un instante, Katherine se volvió hacia la más joven de las mujeres.

—¡Latoya! Tráeme a Nana Lo ahora mismo. Luego hierve agua en abundancia y consigue paños limpios.

La esclava desapareció en el acto.

—Y tú, Olivia —la última esclava que quedaba en la habitación se irguió—, ven aquí y ayúdame a llevar a Molly hasta la cama.

Para cuando terminó de dar órdenes, Katherine ya había comenzado a incorporarse. Colocó el brazo inerte de Molly alrededor de sus hombros y tiró de ella con fuerza.

Y entonces el dolor atacó sin previo aviso.

—¡Dios mío! Ahora no —rogó al cielo doblándose y apretando los dientes para contenerlo mientras luchaba por no soltar a Molly —. Dame un poco más de tiempo, por favor.

Fue como un latigazo. Katherine respiró profundamente y comprobó aliviada que la punzada comenzaba a remitir. Incapaz de incorporarse, buscó a Olivia.

—¿A qué esperas? —apremió a la rolliza mujer de color que permanecía clavada en el mismo lugar, incapaz de decidir a cuál de las dos mujeres debía socorrer—. ¡Ayúdame! —le ordenó, viendo impotente cómo el cuerpo de Molly se deslizaba entre sus brazos.

La arrastraron hasta la cama y se dispusieron a levantarla. Olivia la tomó por los hombros mientras Katherine lo hacía por los pies.

Con un último impulso consiguieron depositar a Molly sobre las sábanas.

Completamente agotada por el esfuerzo, Katherine se desplomó junto a su amiga, entornó los párpados e hizo lo único que le quedaba por hacer: rezó para que la ayuda llegase pronto.

Los alaridos desgarradores de Molly se habían convertido en tibios gemidos cuando Nana Lo, la vieja comadrona de la plantación, entró en la estancia seguida de cerca por Latoya, que venía cargada de jirones de tela y de una palangana con agua.

Nana Lo avanzó despacio. Sus ojos, oscuros y penetrantes, apenas se tornaron un poco más tristes al encontrarse con los de Molly. Los escrutó como si una sola mirada bastase para leer en su interior todo lo que necesitaba saber. Acto seguido palpó el vientre de la joven, y tras una observación que no le llevó más de unos segundos miró a su señora y negó con la cabeza.

Cuando por fin llegaron el doctor Steward y el capataz, acompañados del esclavo que Khaterine había enviado en su busca, Molly apenas se movía.

Recién entrado en la cuarentena, de estatura media, complexión delgada, abundante cabello castaño y unas patillas cuidadosamente recortadas que se prolongaban hasta escasos milímetros de la comisura de la boca, el doctor Steward era la personificación de la pulcritud.

Si algo iba mal, él lo solucionaría, se dijo Katherine, tratando de acallar las voces que martilleaban su cerebro diciéndole que el diagnóstico de la vieja comadrona era correcto.

El capataz, que alertado por el esclavo había ido a buscar al doctor, hizo todo lo posible por evitar mirar a la joven que luchaba por conservar la vida. No quería pensar en la posibilidad de que Molly muriese. Una vez avisado por el esclavo, Owen no había dudado en poner su vida en peligro al galopar campo a través en plena noche para conseguir ayuda. Pero tras cumplir su misión de traer al doctor sano y salvo hasta la plantación, no había nada más que él pudiera hacer. Debía esperar y confiar en que Molly fuese capaz de superar el parto. Durante un breve instante sus ojos se cruzaron con los de Katherine. Bajó la mirada y salió de la habitación. Esperaría en el pasillo.

El doctor contempló brevemente la escena. Con rostro inexpresivo hizo un leve gesto a Thomas para que se acercarse. Se desabrochó la chaqueta y se la tendió al esclavo. A continuación, soltó los puños de su camisa y se la arremangó hasta la altura de los codos. Localizó su estetoscopio en su maletín y se aproximó hasta la parturienta con la misma parsimonia con la que hubiese bebido una taza de café caliente o arreglado las puntas de sus patillas. Después, siguiendo un ritual estructurado por el paso de los años, la auscultó. Colocó el extremo más ancho del cilindro cóncavo de madera sobre su pecho y se aproximó a la enferma hasta que su oreja encontró el lado opuesto del tubo. Tras escuchar unos segundos el latido del corazón y comprobar el pulso con la ayuda de su reloj de bolsillo, examinó los ojos; por último, tanteó el vientre de la joven como poco antes habían hecho las expertas manos de la esclava.

—Lo siento, señora Parrish. El bebé viene mal colocado. Basta con girarlo un poco para sacarlo. Pero necesitamos la ayuda de la madre, y ella no está en condiciones de colaborar. Ha perdido mucha sangre y se encuentra demasiado débil para empujar. No hay nada que podamos hacer.

A diferencia de cuando la esclava comadrona expresó su

diagnóstico a su ama, esta vez las palabras del doctor sí llegaron hasta Molly, haciendo que sus ojos se volvieran suplicantes hacia Katherine.

—No te preocupes, Molly. Todo irá bien —la tranquilizó Katherine, intentando mostrar una seguridad que no tenía.

—No dejes que mi bebé muera —rogó con un hilo de voz, mientras una lágrima resbalaba por su mejilla.

—Escúchame bien, Molly —dijo con autoridad sin dejar de mirarla a los ojos—. Nadie va a morir. Te prometo que esta misma noche tendrás a tu bebé entre tus brazos y será un niño sano y fuerte.

Molly dudó un momento, después esbozó una sonrisa y comenzó a cerrar los párpados. Katherine nunca le había mentido.

—… Pero Molly, necesitamos que nos ayudes —se apresuró a decir, elevando la voz, para impedir que su amiga se durmiese—. El bebé te necesita. No podrá hacerlo solo. Tienes que empujar.

Katherine estrechó la mano de Molly. Ella asintió con los párpados e intentó buscar fuerzas.

El doctor no hizo ningún comentario. Rebuscó en su maletín y le tendió un frasco de sales a Katherine.

—Espere mi señal para dárselas. Necesitará toda la ayuda posible.

Cuando estuvo convencido de que Katherine había entendido sus indicaciones, el doctor Steward se preparó para girar al bebé.

Katherine contuvo la respiración.

—¡Ahora! —gritó el doctor con las manos ensangrentadas.

El penetrante aroma de las sales hizo reaccionar a Molly.

—¡Empuja! —la animó Katherine apretando su mano.

—¡Dios mío! ¡Ya está aquí! ¡Un último esfuerzo, Molly! ¡Uno más!

El cuerpo de Molly se tensó y alzó la cabeza tratando de hacer fuerza.

La presión sobre los dedos de Katherine desapareció.

—No puedo… —se rindió, dejándose caer—. No pue…

Iba a desmayarse.

—¡Maldita sea, Molly! —le gritó Katherine fuera de sí, zarandeándola con fuerza—. ¡Empuja!

Segundos después, un potente llanto inundaba la habitación.

Katherine tomó al bebé entre sus brazos, lo limpió apresuradamente y lo envolvió en una hermosa mantita blanca de algodón.

—Te lo prometí —le dijo Katherine con una inmensa sonrisa,

depositando a la pequeña junto a su madre y sentándose en una silla que Thomas había colocado junto a la cabecera de la cama—. Es una niña sana y preciosa.

Los ojos almendrados de Molly brillaron fascinados al contemplar a la recién nacida.

La pequeña, ajena al sufrimiento que su venida al mundo había causado a su madre, dormía con placidez. Su carita redondeada tenía unas facciones suaves y delicadas, sus diminutos puños estaban apretados con fuerza, y su piel…

—Sí, Molly —se adelantó Katherine, sin poder contener la alegría, adivinando la preocupación de su amiga—, … es blanca; más blanca que un campo de algodón.

Por un leve instante, la felicidad de Molly pareció infinita. Sin embargo, la piel de su rostro adquiría poco a poco un tono ceniciento y ni tan siquiera la alegría de tener a su pequeña en brazos podía ahuyentar la sombra de la muerte. La vida de su mejor amiga se esfumaba, y ella, Katherine Lacroix, no podía hacer nada para evitarlo.

—¿Sabes, Katty?, siempre tuve un sueño —le confesó mientras la desesperanza arrancaba de raíz todo signo de felicidad.

—Dime, Molly. Sabes que nunca hemos tenido secretos entre nosotras.

A pesar de estar exhausta, tomó aire y habló con un anhelo que Katherine jamás le había escuchado antes.

—Siempre deseé ser libre.

Katherine sintió que aquellas palabras se clavaban como puñales afilados en su alma. Nunca lo había admitido. Simplemente, en el transcurso de los años había llegado a ignorar el hecho de que aquella mujer a la que consideraba su mejor amiga y con la que había vivido desde niña, era una esclava. Se la habían regalado en su séptimo cumpleaños y había permanecido a su lado desde entonces.

—¿Por qué nunca me lo dijiste?

—Pensé que tal vez te negarías.

Molly no apartaba la mirada de Katherine. No había reproche en su voz; sólo una profunda tristeza que hizo que los ojos de Katherine se llenasen de lágrimas.

Había pensado tantas veces en concederle la libertad… De hecho, hacía mucho tiempo que había decidido que la joven de piel bronceada y ojos verdes sería su amiga, pero siempre había tenido miedo. Miedo de que la abandonase una vez que fuera libre.

—Yo nunca te hubiera dejado, Katty —le dijo la esclava

adivinando sus temores, utilizando el nombre por el que solía llamarla de forma cariñosa cuando se encontraban a solas—. Tú eres la única familia que he conocido. Y la mejor amiga que nadie pudiese tener.

La joven esclava intentó proseguir, pero el esfuerzo era inmenso.

—Molly, no te canses. Mañana lo arreglaremos todo.

—¡No! Mañana será tarde —se negó por primera vez en su vida.

Katherine fue a decir que no era cierto, que lo peor ya había pasado y que pronto estaría bien. Pero cuando el doctor Steward dio por finalizado su trabajo a pesar de que la hemorragia no se había detenido, Katherine no pudo hablar. Acababa de comprender que no habría un mañana para Molly.

—Nunca hasta ahora te he pedido nada —prosiguió diciendo con un hilo de voz apenas audible—. Pero ahora necesito que me prometas algo —rogó angustiada Molly—. Necesito saber que mi pequeña no sufrirá el mismo destino que yo. Necesito saber que no será una esclava.

Katherine contempló a la recién nacida. Era preciosa, y tan indefensa… La sola idea de que aquella niña se convirtiera en una esclava y tuviese el mismo final que su madre le heló la sangre.

—Eso no ocurrirá —le prometió con solemnidad.

Los párpados de Molly volvieron a cerrarse. No resistiría mucho más. Katherine no podía fallarle. Necesitaba hacer algo. Guiada por aquel deseo de su corazón, largamente reprimido, Katherine se volvió hacia Latoya y le ordenó que le consiguiera papel y una pluma.

Owen Graham, que había abandonado el pasillo tras el nacimiento de la niña, observaba desde el fondo de la habitación sin atreverse a intervenir.

Molly aún seguía consciente cuando Latoya regresó mostrando una hoja arrugada en una mano y un tintero en la otra.

—Lo siento, ama —se disculpó dejando de forma apresurada los objetos sobre la mesilla—. Es lo único que he encontrado.

Molly no aguantaría mucho más.

Sin perder un instante, Katherine tomó el folio ajado y amarillento que le había conseguido Latoya y comenzó a leer a medida que su puño trazaba con precipitación las palabras consagradas con el poder de dar la libertad.

La voz de Katherine se elevó alta y clara.

—Yo, Katherine Lacroix, propietaria de la esclava conocida como Molly desde mi séptimo cumpleaños —la voz se le quebró—, hoy, 10 de junio de 1837, le concedo la libertad. Firmado —siguió

diciendo, mientras su nombre tomaba forma con letras amplias—, Katherine Lacroix.

—Doctor —llamó, tendiéndole la pluma—. Necesitó su firma como testigo.

El doctor, que para entonces ya se había lavado la sangre de las manos y se disponía a abrochar uno de los botones de la manga de su camisa, se acercó y firmó sin revelar ningún tipo de emoción. A continuación, el capataz, Owen Graham, el segundo testigo blanco necesario para que el documento tuviese efectos legales, estampó su burda rúbrica.

A falta de un secante, Katherine eliminó con rapidez el exceso de tinta con la falda de su camisón.

—Aquí está. ¡Eres libre! —anunció, poniendo la hoja entre las manos de Molly.

Ella aprisionó el pliego de papel contra su pecho. No sabía leer, pero no lo necesitaba.

La tinta, todavía húmeda, empapó la piel de la esclava, haciendo que las palabras penetraran en su interior y se fundieran con su alma.

Recostó su rostro junto al de su pequeña y con su último aliento musitó:

—Libre…

Katherine rompió a llorar con amargura sobre el cuerpo sin vida de su amiga.

—¡Oh!, ¡Dios mío! ¡Perdóname! ¡Perdóname, mi querida amiga, por haber sido una egoísta!

El doctor Steward, que había permanecido a cierta distancia durante la agonía de la joven, le cerró los párpados. Después se acercó a Katherine y, tomándola de los hombros con suavidad, la separó del cuerpo inerte de la esclava.

Parecía preocupado.

—Señora Parrish, tiene que tranquilizarse. Piense en su hijo…

El doctor no había terminado de hablar cuando una contracción sacudió el cuerpo de Katherine, y un líquido cálido empapó su camisón. Acababa de romper aguas. Su hijo nacería esa misma noche.

El doctor cogió su maletín e hizo un gesto al capataz y al esclavo para que se acercasen.

—¡Rápido! Hay que trasladar inmediatamente a la señora Parrish a su habitación.

Los dos hombres acudieron en el acto en auxilio de Katherine. Demasiado cansada para negarse, ella apoyó sus brazos sobre los

hombros de cada uno de ellos, y se dejó llevar.

Estaban a punto de sacar a Katherine de la habitación de Molly para conducirla a la suya cuando Olivia, la esclava de más edad que había ayudado a Katherine a colocar el cuerpo de Molly sobre la cama, se dirigió al doctor solicitando instrucciones sobre lo que debía hacer con la recién nacida.

Apenas miró a la niña un segundo, pero en aquel breve instante la expresión del doctor Steward dejó escapar todo el desprecio y aversión que aquella inocente criatura le producía.

—Llévala al poblado. Más tarde se decidirá qué hacer con ella.

Olivia obedeció.

La niña era más blanca que muchos de los niños de los amos blancos. De hecho, nadie que la viese por primera vez podría imaginar que por sus venas corriese una sola gota de sangre negra. «Pobre —pensó la esclava, sintiendo lástima por la pequeña mientras la tomaba entre sus brazos—. Tendrá una vida desgraciada. Demasiado negra para ser blanca, y demasiado blanca para ser uno de nosotros.» El destino de la hija de Molly no sería mejor que el de su madre.

Las órdenes del doctor llegaron a Katherine como un eco lejano. No tenía fuerzas para pensar. Únicamente quería que aquella larga y terrible noche terminase pronto. Pero el desprecio con que aquel hombre se dirigió a la niña traspasó el velo de dolor que nublaba su mente y le hizo comprender lo que sucedería.

Impulsada por una explosión de rabia que brotó en su interior, se zafó con violencia de los dos hombres que la custodiaban y, antes de que Owen tuviera ocasión de entender lo que estaba sucediendo, Katherine le arrebató la pistola del cinto y le apuntó a la cabeza.

—¡Olivia, dame a la niña!

La esclava estaba paralizada.

—¡Dámela! —gritó.

Owen levantó las manos despacio e hizo un gesto a la esclava para que obedeciera.

Olivia avanzó titubeante hasta su ama y le tendió a la recién nacida.

La pequeña rompió a llorar en cuanto percibió el brusco abrazo de Katherine.

—¡Ella se queda conmigo! —exclamó Katherine con voz gélida y los ojos inyectados en sangre, aferrando a la niña contra su pecho.

El llanto ganó intensidad.

—Señora Parrish, cálmese —intervino el doctor dando un paso hacia delante—. La niña estará bien. Compréndalo, no puede

quedarse aquí, éste no es su lugar. Tiene que entender…

Katherine levantó el percutor y apuntó al médico.

—No se acerque —le advirtió, protegiendo a la pequeña con su cuerpo.

El doctor se detuvo.

—¡No! No se moleste en negar con palabras vacías lo que sus ojos no pueden ocultar.

—¡Por favor, señora Parrish!, no sabe lo que dice. Deje que la ayudemos.

—¡No necesito esa clase de ayuda! —gritó, enloquecida—. ¡Fuera de aquí!

Los esclavos, Latoya, Olivia y Thomas, salieron en el acto de la habitación.

Su señora había perdido el juicio.

Nana Lo, que había permanecido apartada, los siguió sin apresurarse. Antes de traspasar el umbral, la vieja comadrona se detuvo y buscó los ojos de su señora. No valía la pena, le dijo la esclava a su ama sin mediar palabra. Las dos sabían que esa niña no permanecería por mucho tiempo en la plantación.

Katherine sostuvo la mirada de la esclava.

—¡He dicho fuera! —repitió furiosa.

Nana Lo negó con tristeza y continuó su camino.

El doctor y el capataz no se movieron.

Owen Graham se había convertido en capataz de los Parrish con apenas veinte años, y en los once transcurridos desde entonces jamás se había atrevido a cuestionar una orden de sus señores. Él sabía muy bien cómo tratar a un negro rebelde, pero esto era distinto. La situación estaba por encima de sus habilidades. El empleado se dirigió al doctor en busca de instrucciones. Él sabría lo que había que hacer.

—No puedo dejarla sola —insistió el doctor sin perder la calma —. Su hijo está a punto de nacer.

—No se atreva a desafiarme… —le advirtió ella conteniendo su furia.

Katherine sostuvo el arma con pulso firme.

—Le juro que no dudaré en dispararle.

El índice de Katherine avanzó hasta el gatillo.

El doctor se detuvo.

Varios mechones de su cabello se habían separado de la trenza y caían enmarañados sobre su rostro. Sus pies descalzos se habían ensuciado con la mancha de tinta que impregnaba el bajo de su camisón, salpicado con la sangre seca de la esclava. El doctor

sopesó a su adversaria. Estaba agotada. Daba la impresión de que iba a sucumbir en cualquier momento, pero una observación más detenida, salvando las profundas ojeras, el rostro demacrado por el dolor, la piel pálida y la ropa sucia, advertía del peligro de subestimar a aquella mujer que se erguía altiva y desafiante frente a él, sosteniéndole la mirada con un odio que lo hizo retroceder.

Reconociendo su derrota, el doctor Steward tomó el maletín de la mesilla de noche y salió de la habitación.

Owen Graham lo siguió en silencio.

Cuando todos hubieron salido, Katherine se encerró con llave, soltó el arma y se dejó caer sobre la mecedora. En cuanto el abrazo de Katherine se dulcificó, la niña dejó de llorar, abrió los ojos y sonrió.

Y así, con la sonrisa de la pequeña huérfana y el cuerpo aún caliente de su querida amiga sobre la cama, Katherine esperó la llegada de su hijo.

Molly fue enterrada a la mañana siguiente junto al documento que le otorgaba la libertad en una parcela aislada de la plantación, donde el río formaba un remanso rodeado de árboles que se llenaba de flores en primavera.

Tras el sencillo funeral, Katherine regresó a la habitación de Molly al atardecer. Habían fregado los suelos. La alfombra sobre la que horas antes había encontrado a Molly ya no estaba, y la sobrecama cubierta de sangre había desaparecido. Pero a pesar de la cantidad de agua y jabón utilizados para borrar lo sucedido allí, el suave aroma de Molly seguía impregnando cada rincón.

Con un bebé en cada brazo, Katherine se dirigió a la mecedora de madera colocada frente a la ventana y se sentó. Estaba muy cansada. Después de la llegada de su propia hija, ya en los albores del día, sin tiempo siquiera para poder dormir, todavía había encontrado fuerzas para asistir al funeral de Molly esa misma mañana. Ahora necesitaba descansar. Entornó los ojos y dejó que los cálidos rayos de sol le acariciasen el rostro.

El sol ya declinaba cuando David llegó a la plantación. Tras ser informado de todo lo sucedido, se dirigió en busca de su esposa.

Se deslizó en la habitación sin hacer ruido.

Al ver la cama sin colcha sintió un leve escalofrío. No fue tristeza ante el prematuro y trágico fin de una vida que apenas había comenzado, sino una reacción innata ante la presencia tan cercana de la muerte. Y entonces, mientras aquel cosquilleo lanzaba sus últimos coletazos, la vio.

Katherine dormitaba y no se había percatado de su llegada.

Rodeada por aquel cálido resplandor dorado del crepúsculo, le pareció la mujer más hermosa que había visto nunca. Más incluso que el día en que la conoció en Nueva Orleáns, apenas un año atrás. Su piel era aterciopelada, y el pelo castaño y sedoso, recogido en amplios tirabuzones, le caía sobre los hombros, enmarcando el óvalo perfecto de su cara. Sus labios, finos y sensuales, esbozaban una sonrisa.

Pero el hechizo duró poco. En cuanto Katherine sintió la presencia de un extraño abrió los ojos, y al reconocer al intruso sus ardientes ojos de color miel se volvieron fríos como un témpano de hielo.

David vio cómo en un instante un muro infranqueable se levantaba ante ellos y todas sus esperanzas eran arrancadas de raíz.

—Hola, Katherine —saludó cortés.

—David —respondió ella distante—. No te esperaba hasta mañana.

—El doctor Steward me mandó recado informándome de lo sucedido y consideré oportuno adelantar mi regreso.

David aprovechó para estudiar con detenimiento cada uno de los dos bultos que Katherine sostenía amorosamente entre sus brazos.

Las pequeñas se encontraban a cierta distancia. Ambas dormitaban. El sol iluminaba con calidez sus diminutas caritas. Eran preciosas y para desesperación de David, las dos tenían la piel extremadamente blanca.

—Me alegra comprobar que te encuentras bien —continuó diciendo David de forma educada, sin dejar de estudiar a las pequeñas.

—Gracias —respondió ella con fingida gratitud, regocijándose ante el evidente esfuerzo de aquel hombre para descubrir por cuál de las dos niñas corría sangre de color.

—¿Cuál de las dos es tuya? —preguntó por fin, sin suficiente paciencia para seguir el juego que él mismo había comenzado.

Ella lo miró a la cara por primera vez. Los ojos azul claro de él brillaban con intensidad. Un profundo odio los separaba. Por un momento, Katherine creyó que él se lanzaría sobre ella y le arrancaría la verdad. Pero David no se movió.

Entonces Katherine esbozó una sonrisa fría.

—Eso, mi querido esposo, nunca lo sabrás.

1 año antes…

1

Más de mil seiscientos soldados mexicanos a las órdenes del general Antonio López de Santa Anna habían seguido el rastro de las tropas del comandante Sam Houston durante las últimas semanas. Ante la presión, el improvisado ejército texano que comandaba Houston se había visto obligado a retirarse hasta el río San Jacinto, a tan sólo ciento cincuenta kilómetros de la frontera de Texas con Estados Unidos.

Pero tras sufrir durante varias semanas una persecución implacable por parte de los mexicanos, por fin, el 21 de abril de 1836, llegó el momento de la verdad.

Ese día, y a pesar de la gran desventaja numérica, los voluntarios de Houston, acosados y sabiendo que no tendrían más oportunidades, se prepararon para librar su última batalla, y en una maniobra arriesgada burlaron a los rastreadores mexicanos y retrocedieron sin ser detectados hasta una posición elevada de la retaguardia enemiga, que alcanzaron poco antes del amanecer, y allí esperaron.

En el campamento mexicano la actividad fue intensa durante toda la mañana mientras los soldados limpiaban sus armas, cepillaban sus caballos, y se ocupaban de las labores de intendencia. Pero a medida que el sol fue ganando altura, el movimiento fue decreciendo. Llevaban muchos días tratando de dar caza a Houston, y la falta de acción empezaba a hacer mella en los combatientes. Tras el rancho se guarecieron del sol en sus tiendas o buscaron la sombra de un árbol donde descansar. Y en cuanto se recostaron fueron arropados por una tibia y seductora brisa del sur, mientras los pájaros elevaban sus cantos en una melodía que se mezclaba con el sugerente y refrescante murmullo del agua. Agotados por los largos días de marcha, y relajados en la tranquilidad de saberse los perseguidores, sin apenas darse cuenta cayeron en un sueño confiado.

Los texanos no tenían prisa. Mimetizados entre los montículos y la abundante vegetación que rodeaba la cuenca del río San Jacinto,

esperaron pacientemente, y cuando el último de los mexicanos cerró los párpados, el comandante Houston blandió su sable y lanzó el grito de guerra que los conduciría a la victoria.

—¡Recordad El Álamo!

Retumbó como un trueno en aquella tarde soleada y apacible de primavera. David estaba a pocos metros del comandante cuando éste dio la orden de atacar. Los setecientos cincuenta hombres de Houston surgieron de sus escondites y se abalanzaron sin piedad sobre los desconcertados e indefensos mexicanos como un torrente de muerte.

Y entonces, en ese imperceptible lapso que tardó en seguir a su comandante, David tuvo tiempo de revivir la sucesión de hechos que lo habían llevado hasta aquella batalla que decidiría el destino de Texas.

Todo había comenzado dos meses atrás. Exactamente el 23 de febrero de 1836. El día en que el general mexicano Antonio López de Santa Anna y su ejército de cuatro mil hombres iniciaban el asedio de El Álamo, una vieja capilla en San Antonio, Texas, donde ciento ochenta y siete hombres bajo el mando de William Barret Traves y James Bowie se habían atrincherado en su lucha por la independencia de Texas.

La noticia del asedio de El Álamo se extendió con rapidez por cada rincón de Estados Unidos, convirtiéndose en un símbolo de resistencia. Contagiados por una ola de patriotismo, cientos de individuos de distintas condiciones sociales abandonaron sus hogares y partieron en ayuda de aquellos que, aunque superados en número y sin la menor posibilidad de vencer, no estaban dispuestos a rendirse. David se encontraba en su plantación de Virginia cuando se enteró de lo que sucedía en El Álamo. Su preparación militar y condición de oficial le habían otorgado la experiencia suficiente para comprender que aquellos valientes no podrían resistir mucho tiempo sin ayuda exterior. Así que, sin pensarlo dos veces, cabalgó hasta Norfolk, Virginia, para embarcar con destino al puerto más próximo a Texas. No hubo escalas, por lo que, hasta que la travesía llegó a su fin, no tuvo manera de saber que el 6 de marzo, el mismo día en que él abandonaba las costas de Virginia, El Álamo caía. Ninguno de los defensores sobrevivió.

Había llegado tarde. Desencantado y abatido, David se disponía a regresar a casa. Pero entonces llegó hasta sus oídos la noticia de que el comandante Houston estaba reuniendo un pequeño ejército para hacer frente a los mexicanos, por lo que cambió de opinión y decidió unirse a sus tropas.

En esos momentos los integrantes de la partida que había organizado Houston se retiraban al oeste, hacia el río San Jacinto, a pocos kilómetros de la frontera de Texas con Estados Unidos. Decidido a alcanzarlos, David cabalgó hacia el norte y giró al este a la altura de Goliad.

A pesar de las semanas transcurridas desde su paso por aquella ciudad condenada, el recuerdo de los casi trescientos cadáveres de hombres, mujeres y niños en avanzado estado de descomposición apilados en medio de la calle, hizo que la ira volviera a apoderarse de él. Ahora, en la antesala de la batalla, él también estaba ávido de sangre. Sólo quería acabar con aquellos monstruos que habían sido capaces de asesinar y mutilar sin ningún escrúpulo a tantos inocentes. Elevó al cielo un alarido de odio y espoleó su caballo tan fuerte como le fue posible.

Los texanos cayeron sobre su enemigo inesperadamente. En un segundo el cazador se había convertido en presa y la presa en el más feroz de los cazadores. Amparados en su superioridad numérica, los mexicanos no habían tenido la precaución de preparar sus defensas para un eventual ataque por parte de un enemigo al que consideraban muy inferior, y que durante las últimas semanas se había mantenido en constante retirada.

De repente parecía que aquel improvisado ejército se había multiplicado. Disparaban y hundían sus sables y bayonetas sin que los mexicanos, arrancados de un profundo sueño, tuvieran tiempo de defenderse, limitándose a morir con una expresión de incredulidad y pánico en los ojos.

Alentado por el fragor de la lucha, David se lanzó al galope contra los soldados enemigos. Del mismo modo que los mexicanos en El Álamo y con los colonos en Goliad, David no tuvo compasión. Blandió su sable y, sujetando las riendas de su montura con los dientes, empuñó su pistola con la mano que le quedaba libre. Avanzó a golpe de espada y su acero se cubrió de sangre. Pero los gritos de angustia de los hombres que caían atravesados por él eran incapaces de traspasar el muro de odio que había levantado a su alrededor. Junto a las imágenes de muerte que bullían en su memoria, cualquier resto de piedad que aún pudiera albergar en su interior había desaparecido. La matanza de colonos estadounidenses sólo podía vengarse con sangre.

Los combatientes caían entre el relinchar de los caballos y el zumbido de las balas cortando el aire y arrancando la vida de cuantos se cruzaban en su camino.

Sumergido en aquella escena de muerte, en un primer momento

el pequeño grupo de cuatro hombres al galope no llamó su atención. Los jinetes encajaban perfectamente en el cuadro general de caos y destrucción. Salvo por un detalle. ¡Cabalgaban en dirección opuesta a la batalla!

A pesar de la distancia, pudo reconocer al líder el grupo. Era Santa Anna, y parecía que nadie más aparte de él se había percatado de sus intenciones de escapar y abandonar a sus hombres.

En ese mismo momento un soldado aprovechó el desconcierto reinante para encañonar a Houston. El comandante se dio cuenta del peligro, pero a esa distancia y sin tiempo para recargar su arma estaba indefenso.

David se encontraba a más de diez metros cuando apretó el gatillo. La detonación fue seguida por una nube de azufre y de pólvora.

Cuando el humo se desvaneció, el cuerpo sin vida del soldado yacía junto a su fusil.

Sin detenerse, David clavó las espuelas en el vientre de su caballo y se lanzó en persecución de Santa Anna.

El sol teñía de rojo la línea del horizonte cuando los alcanzó.

Un par de disparos fulminó a dos de los tres escoltas del general antes de que éstos pudieran darse cuenta de que los atacaban. David sorteó al tercer hombre y con el impulso de la carrera embistió sobre Santa Anna.

El general fue incapaz de evitar el impacto de aquel espectro surgido de la nada que se abalanzó sobre él arrancándole de su montura. Chocaron contra el suelo y rodaron entre las patas de los caballos. David se incorporó sobre el general y, aprovechando su vacilación, lo inmovilizó bajo el peso de su cuerpo. Con la conciencia nublada por el golpe, Santa Anna se limitó a mirarlo mientras el joven estadounidense desenvainaba su sable para darle el golpe final.

En ese momento el último de los oficiales, al que David temerariamente había desdeñado, desenfundó su arma y disparó.

La bala le atravesó el costado. Aturdido por el dolor, intentó incorporarse, pero el hombre de Santa Anna ya estaba sobre él. La bayoneta le perforó el muslo y alcanzó el hueso con la misma facilidad con la que hubiese cortado un bloque de mantequilla. Todavía desorientado, aulló de dolor, y sólo la rabia que fluía por sus venas impidió que se desmayara cuando el mexicano arrancó el acero para darle la estocada final. Pero en el mismo instante en que la hoja bañada con su sangre tomaba impulso para rematarlo, se giró sobre sí mismo y con un único y preciso movimiento hundió su

sable en el pecho del oficial.

No sabía cuánto tiempo había pasado inconsciente, pero al comprobar que estaba tendido en un camastro y que la lona de una tienda de campaña le servía de refugio, supo que la batalla había terminado.

No había acabado de abrir los párpados cuando una voz tranquila y amistosa lo saludó.

—Me alegra comprobar que se encuentra mejor, teniente Parrish.

Todavía adormecido, David necesitó unos segundos para que la niebla que empañaba las facciones del hombre sentado frente a él desapareciera.

—Comandante —logró balbucear, al reconocer el característico hoyuelo del mentón, haciendo un esfuerzo por incorporarse.

El dolor le obligó a detenerse.

—Descanse, soldado.

David obedeció agradecido.

—¿Y la batalla, señor? —preguntó, recostando su cuerpo lentamente sobre la almohada.

—Vencimos.

A pesar del fuego que ardía en sus heridas, David logró que sus labios dibujaran una sonrisa.

—Nuestro ataque fue un éxito —continuó informando el comandante—. El campamento mexicano se sumió en el caos. Con el río bloqueándoles la huida y nuestros soldados cargando sobre ellos por sorpresa por su retaguardia, fueron incapaces de formar filas. En menos de una hora los aniquilamos.

—¿Y nuestros hombres, señor?

La expresión del comandante se tornó grave.

—Por desgracia perdimos a nueve valientes.

—Nueve… —susurró David con una mezcolanza de tristeza e incredulidad.

Aunque consideraba milagroso que sólo hubiesen muerto nueve de los suyos en aquella sangría, le parecía un precio demasiado alto.

—Bueno, hasta hace un momento llegué a temer que fuesen diez —añadió Houston, visiblemente satisfecho ante la recuperación de su teniente—. Habría sido una tragedia perder a un hombre de su valía.

David se ruborizó.

—Señor, no hice nada. Sólo cumplí con mi deber.

—No sé qué decir, joven —contestó divertido el comandante Houston dándole una palmadita en el hombro—. Me salvó la vida y

aún tuvo tiempo para impedir que Santa Anna se escapara y tuviera oportunidad de reclutar un nuevo ejército, que en pocos meses habría vuelto a convertirse en una seria amenaza para Texas y Estados Unidos. Y sin embargo, en estos momentos y gracias a usted, podemos celebrar que ese hombre se encuentre a buen recaudo en prisión. Y es más: si alguna vez quiere regresar a su país, no le quedará más remedio que firmar la declaración de independencia de Texas.

La victoria del comandante Houston sobre los mexicanos había dado lugar al nacimiento de una nueva república, estableciendo los cimientos para que nueve años más tarde, en 1845, Texas abandonara su breve viaje en solitario para pasar a convertirse en el estado número veintiocho de los Estados Unidos de América.

Más tarde, David supo que había permanecido inconsciente dos días. A la mañana siguiente de la batalla, una patrulla localizó a Santa Anna maniatado en un árbol. Junto al general yacía inconsciente un teniente del ejército texano, y los cuerpos sin vida de tres oficiales mexicanos.

David ni siquiera recordaba haber atado al general. Ahora, al saber que había contribuido a que Santa Anna estuviera preso, por primera vez desde que desembarcó en Texas sintió que había saldado la deuda contraída con los hombres y mujeres asesinados en la lucha por la libertad de Texas. Por fin era libre para regresar a casa.

Varias semanas después el peligro de infección desaparecía, las heridas del costado y del muslo cicatrizaban, y David comenzaba a caminar con ayuda de muletas. Un mes más tarde, en cuanto su pierna se recuperó lo suficiente para permitirle montar, emprendía el largo viaje a caballo que lo llevaría de vuelta a Virginia.

2

El sol rozaba el cenit cuando David llegó a Nueva Orleáns. A pesar de ser sólo la última semana de mayo, los edificios que se alineaban a lo largo de Royal Street a duras penas conseguían proyectar un pasillo de sombra lo suficientemente amplio para ofrecer refugio a los sofocados viandantes: carros, coches de paseo, trabajadores, esclavos y señores, todos iban y venían apresuradamente haciendo sus últimos recados antes de retirarse al frescor de sus casas, donde permanecerían durante las horas del mediodía, cuando el calor y la humedad unían sus fuerzas al máximo. David no era una excepción. Estaba cansado, llevaba varios días cabalgando, y su pierna, aunque mucho más recuperada de lo que hubiese esperado, le dolía. Su ropa estaba cubierta por una costra de tierra y suciedad, y por si eso no fuera suficiente, el cuerpo le hervía de picor.

El final de su trayecto lo había conducido a través de los pantanos infestados de mosquitos que surgían por doquier en las proximidades de Nueva Orleáns. David llevaba suspirando por un buen baño y una cama mullida desde que salió de su hogar en Virginia hacía casi tres meses. Y más aún después de que hasta el más diminuto y miserable de los residentes alados de las cenagosas lagunas que se formaban en el delta del Mississippi decidiera tomarlo como diana y acribillarlo a picaduras. Pero el encuentro con el baño de espuma aún debía esperar.

Tras retirar tres mil dólares del edificio de paredes vainilla y contraventanas verdes que servía de sede al banco del estado de Louisiana, avanzó en dirección al río por Conti Street.

Embutida entre dos edificaciones de tres pisos y largas hileras de ventanas, la estrecha casa de dos alturas destacaba con su atrevida fachada amarilla y el toldo rayado de color añil. Al igual que cuando desmontó para ir al banco, un dolor agudo y frío cruzó su pierna derecha cuando se vio obligada a sostener el peso de su cuerpo. David apretó los dientes y asió con fuerza las riendas. Fue como si mil agujas atravesaran su pantorrilla y se le clavaran en el

hueso. La intensidad del dolor disminuiría con rapidez. Ya le había pasado antes. Sólo debía quedarse quieto y esperar.

Sintiendo aún el fuerte eco del dolor propagándose desde la herida, David ató su caballo en un poste que quedaba bajo la sombra de un árbol y se encaminó hacia la puerta. Para cuando su mano alcanzó el reluciente pomo de metal, el dolor se había convertido en un incómodo cosquilleo.

Aquella mañana Olivier De Hule se levantó cansado. El bochorno apenas le había permitido dormir. Había pasado la mayor parte de la noche rodando de un lado a otro de la cama empapado en sudor, sin parar de refunfuñar ante el preludio de lo que se le avecinaba. Noches de insomnio que se prolongarían hasta mediados de septiembre, cuando el aire caliente y cargado de humedad proveniente del océano por fin sucumbiría ante la llegada del otoño, y las noches de Nueva Orleáns refrescarían, permitiendo a sus desesperados y agotados habitantes reconciliarse con las sábanas.

Cuando bajó la escalera y se dirigió al taller que tenía en la parte trasera de la casa, situada en el mismo corazón del barrio francés, se sentía de un humor pésimo. Ni siquiera el desayuno a base de tostadas con mantequilla, café y huevos revueltos había conseguido subirle el ánimo. Tenía el convencimiento de que le esperaba un duro día por delante. Tal vez debería hacer las maletas y trasladarse al Norte, donde las personas civilizadas podían descansar en verano y abrigarse al calor del hogar en invierno, pensó, molesto aún por la noche de vigilia. Todos los años se decía lo mismo, pero sabía que le resultaría imposible abandonar Nueva Orleáns, y menos aún el barrio francés, para ir a vivir entre los estirados y fríos señoritos del Norte.

A pesar de haber sobrepasado los cincuenta, Olivier De Hule no se había resignado a perder la batalla que su cuerpo libraba contra el paso del tiempo. Coqueto como nadie, todas las mañanas teñía de betún una por una las canas que blanqueaban su cabello oscuro, y lo embadurnaba con fijador hasta que las púas de su peine de madera quedaban perfectamente alineadas en su mata de pelo que, aunque cada vez más escasa, aún conseguía cubrir con éxito cada palmo de su cabeza. Su cuerpo delgado, vestido al detalle, sus movimientos cuidados y una voz limpia llena de vitalidad parecían haber detenido su reloj biológico en algún punto indeterminado. Olivier nunca se había casado. Y no le importaba. Su sastrería era todo cuanto necesitaba en la vida. Lo único que lamentaba era no haber tenido un hijo de su propia sangre al que legar su negocio y su saber.

En el preciso instante en que la aguja de su reloj de bolsillo alcanzaba las nueve y media, Olivier descorrió el picaporte de la puerta principal y giró la placa dorada con la palabra ABIERTO.

Dos horas y media después, a falta de un minuto para las doce del mediodía, ni una sola persona había traspasado el umbral de la tienda. Se disponía a cerrar y retirarse para almorzar cuando el agudo tintineo de la campañilla colocada sobre el dintel le advirtió de la presencia del primer cliente del día. Olivier cerró los ojos y refunfuñó para sus adentros pensando en el pollo salteado con champiñones que le esperaba en la mesa del piso superior.

Desde donde estaba, Olivier no alcanzaba a ver el rostro del hombre que acababa de entrar. Sin embargo, se trataba de un individuo alto. De eso no cabía duda. Tuvo que conformarse con la visión de unos pantalones y una casaca cubiertas de una gruesa capa de polvo, y las todavía más sucias botas de montar pisoteando sin la menor consideración su impoluta alfombra roja.

Sacó su cabeza de entre la pila de camisas que estaba ordenando en el mostrador y salió disparado hacia aquel individuo con la suficiente falta de consideración como para presentarse de semejante guisa ante él. Iba a ponerlo de patitas en la calle cuando la reconoció. Estaba gastada y revestida por una capa de mugre, pero no había duda, reconocería aquella chaqueta entre un millón. Él mismo había dado las últimas puntadas sobre la piel. Y entonces, por primera vez en aquel día, una inmensa sonrisa iluminó el afilado y delgado rostro del señor Olivier.

—¡Monsieur Parrish! —saludó efusivamente, yendo hacia David —. Es un verdadero honor tenerle entre nosotros.

—Señor De Hule —devolvió el saludo David, llevándose la mano al ala retorcida y polvorienta de su sombrero.

—Siéntese, por favor. Póngase cómodo.

Tratando de no hacer ningún movimiento brusco que despertara el dolor de su pierna, David aceptó la invitación y se sentó en una silla próxima de madera blanca, tapizada con un raso de color verde muy pálido que Olivier había acercado hasta él con diligencia. Su pierna derecha consiguió permanecer estirada durante toda la operación y engañar por unos instantes al dolor.

—Leí lo de su hazaña en San Jacinto. Fue impresionante la manera en que capturó usted solo a ese asesino de Santa Anna.

—No ha de creer todo lo que lee en los periódicos, señor De Hule. Tienen la mala costumbre de exagerar.

Olivier sonrió. Tras la derrota de los mexicanos en San Jacinto los periódicos llenaron sus páginas durante semanas. Pero hubo una

historia que eclipsó a todas las demás. La hazaña personal de un joven teniente de Virginia que, según relataron ríos de tinta, persiguió en solitario al general Santa Anna y a sus escoltas cuando intentaban huir de la batalla. Horas más tarde les dio alcance. Los soldados que custodiaban al general murieron y el teniente, a pesar de estar herido de gravedad, aún fue capaz de capturar y retener a Santa Anna. Incluso se publicó un dibujo del teniente postrado en la cama recuperándose de sus heridas. Viendo el estado de la pierna de su cliente, casi un mes después de que fuera atravesada, Olivier pensó que aunque fuera por una vez, los periodistas no parecían haber exagerado lo más mínimo.

—Lamento lo de sus heridas. Confío en que se recuperará pronto.

—Pronto pasará —agradeció David, dando unas palmaditas sobre el muslo dañado—. Sólo necesita descanso y un poco de tiempo.

Olivier De Hule guardó silencio. Había escuchado las mismas palabras en cientos de ocasiones, aunque la experiencia le había enseñado que el tiempo y el descanso raras veces conseguían sanar las heridas de guerra.

La forma en que David retiró la mirada indicó a Olivier que ya habían hablado demasiado de temas personales.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Desearía un traje de diario para esta misma tarde —dijo señalando su aspecto.

De Hule se encontraba lo suficientemente cerca de David como para poder comprobar el estado de la casaca que él mismo había confeccionado un año antes. La piel se había cuarteado y oscurecido. Sin embargo, disimuló de manera automática la expresión de disgusto tras el largo y cuidado bigote que se había dejado crecer en cuanto las primeras arrugas se habían atrevido a asomar en su labio superior.

—También desearía un segundo traje de diario para el verano, otro de gala, y por último, uno de montar.

—¿Complementos?

—Los que estime necesarios.

—¿Colores?

—A su elección.

Cuatro camisas, zapatos, botas, chaquetas, pantalones, guantes… El iris oscuro y pequeño de Olivier De Hule a duras penas podía contener sus pupilas, que se henchían de felicidad a medida que la lista aumentaba. David Parrish jamás escatimaba en gastos. Sólo

quería lo mejor. En un abrir y cerrar de ojos, lo que parecía un horrible día de calor se acababa de convertir en una jornada llena de oportunidades. Monsieur De Hule estudió con rapidez al hombre que tenía frente a él. De más de metro ochenta, David Parrish tenía unas espaldas anchas y bien formadas. Olivier lo había visto crecer. Su aguja había rematado el traje que dio comienzo a una larga relación comercial hacía más de una década. Entonces David era tan sólo un adolescente de dieciocho años que acompañaba a su padre por primera vez a Nueva Orleáns. No necesitaba comprobar sus fichas para saber las medidas. Las conocía al dedillo. Cierto que había adelgazado un poco desde la última vez que lo vio, pero se debía a los duros meses de campaña. En una semana volvería a recuperar todo su peso. Lo miró de arriba abajo y asintió. Tenía exactamente lo que necesitaba.

—*Garçon!* —llamó chasqueando los dedos a un muchacho que parecía muy ocupado apilando cajas sobre el mostrador.

El ayudante dejó en el acto lo que estaba haciendo y tras escuchar con atención las indicaciones en francés, desapareció tras una cortina.

—Estoy seguro de que le gustará mucho —le informó para evitar un incómodo silencio, mientras esperaba el regreso de su aprendiz —. Le puedo asegurar que es la última moda en Europa. Y el tejido… —suspiró elevando las cejas—. ¡Verdaderamente exquisito!

Un minuto más tarde el joven abandonaba la trastienda con un traje colgado de su antebrazo.

Olivier le lanzó una mirada reprobatoria. ¿Es que nunca iba a aprender? ¿Acaso aquel mozalbete pensaba que llevaba la manta de un caballo? En cuanto tuvo el traje en su poder despidió al muchacho con un movimiento airado de la muñeca. Tras asegurarse de que no había ninguna arruga que desluciera su presentación, lo alzó y se lo mostró a David con la misma delicadeza que si estuviera sosteniendo una bandeja con porcelana china.

A David le bastó una mirada para comprobar que aquel traje era perfecto. Era de un tejido fino de aspecto sedoso, muy apropiado para los cálidos días de verano que, al igual que en Nueva Orleáns, golpeaban los campos de Virginia.

—Como le había avanzado, la tela es el último grito en Europa. Ideal para las calurosas y húmedas tardes de verano —dijo monsieur De Hule, como si le hubiese leído el pensamiento.

David miró el traje otra vez. La chaqueta era de un color difícil de definir entre gris y azul.

—Un refrescante gris perla —se adelantó de nuevo.

—Me gusta.

Antes de que David tuviese tiempo de decir nada más, Olivier depositó el traje sobre un caballete próximo y le invitó a probárselo.

—Gracias, pero no hará falta —declinó, sintiéndose demasiado sucio y cansado para intentarlo—. Estoy seguro de que me servirá perfectamente.

David estaba convencido de que aquel traje había sido confeccionado para otra persona. Pero era probable que el desdichado no hubiera pasado a recogerlo o se hubiera demorado en el pago el tiempo justo para que Olivier De Hule, el sastre con gran sentido para los negocios que vestía a los caballeros de las mejores familias de Louisiana, aprovechara la oportunidad para librarse de él. A David no le importaba. En cualquier caso, era elegante y de buen corte, y a él le urgía vestir como una persona civilizada. Además, aquel hombre delgado de bigote atusado y ademanes estudiados se cuidaría mucho de darle algo que no le sentara como un guante. Lo que David no podía adivinar era que el astuto sastre había confeccionado los trajes para el propio David. Hacía años que lo repetía cada primavera, ya que David acudía anualmente a Nueva Orleáns durante una semana para atender sus negocios relacionados con la venta de su producción de algodón.

Este año, sin embargo, tras recibir las noticias de las graves heridas sufridas por David, Olivier pensó que tendría que vendérselos a algún incauto. Así que rezó como ningún miembro de la familia Parrish por su pronta recuperación.

Concretar los detalles del resto de los trajes sólo les llevó cinco minutos. Un bastón de bambú con empuñadura de plata puso punto final al lote. El traje gris perla y el bastón, junto con los complementos necesarios, se mandarían al instante al hotel, mientras que el resto del pedido estaría listo a más tardar esa misma tarde. Cuando todo estuvo dispuesto, David extendió un abultado fajo de billetes y se marchó.

De camino al hotel, se detuvo un momento en la farmacia de Decatur Street. Esperó con paciencia a que una señora de voz melosa comprara unos caramelos para el estómago a base de anís, y pidió un preparado para las picaduras de mosquito.

A continuación, retomó la arteria principal y se dirigió al hotel. El Royal Omini se había inaugurado el año anterior, exactamente en el mismo lugar que antes ocupó el hotel Saint-Louis. Y a la sazón era el hotel más lujoso de la ciudad.

Tras asegurarse de que su caballo sería correctamente atendido se registró en el hotel, y de inmediato lo escoltó hasta el primer piso

un esclavo vestido con elegancia.

Para cuando llegó a su habitación todo lo que había encargado a De Hule ya estaba dispuesto en el interior del armario de forma ordenada. Pidió que le prepararan el baño y que mandaran a alguien para afeitarlo.

Tenía prisa por solucionar el asunto que lo había llevado hasta allí. Pero a pesar de haber enviado una misiva al partir de Texas, comunicándole sus deseos de visitarlo, sería de pésimo gusto presentarse en la casa del hombre más rico de Nueva Orleáns sin previo aviso. Así que escribió una nota expresando su interés en concertar una cita, y se la entregó al esclavo uniformado que lo había acompañado. Las instrucciones eran precisas. Debía ser entregada lo antes posible. Si todo iba como él esperaba, esa misma tarde recibiría la contestación y se establecería la reunión para el día siguiente, y un par de días más tarde podría emprender el tramo final de su viaje a casa.

Mientras un desfile de esclavos portando pesados cubos llenaba la bañera de cobre, otro sirviente se encargaba de afeitarlo.

Tan pronto como le prepararon el baño y lo dejaron a solas, David empezó a deshacerse de su ropa.

Un murmullo de placer escapó de sus labios cuando el refrescante abrazo del agua acogió su cuerpo cansado. A continuación, tomó una pastilla de jabón de una repisa y se frotó a conciencia hasta asegurarse de haber eliminado cualquier rastro del polvo del camino. Una vez limpio, vertió unas gotas del ungüento contra picaduras de mosquitos sobre el agua de la bañera y dejó que hiciera su efecto.

El deseo de rascarse se suavizó como por arte de magia. Por desgracia, David había tenido la necesidad de recurrir a aquel remedio con anterioridad. Era milagroso, de eso no cabía la menor duda, reflexionó, sintiendo cómo la hinchazón disminuía por momentos y el escozor desaparecía. Aunque tenía un inconveniente. Tras su aplicación, un olor fuerte y penetrante acompañaba a su usuario por espacio de un par de horas, lo que dificultaba seriamente su aplicación en una ciudad de gran actividad social como Nueva Orleáns. Pero esta vez a David no le importó permitir que el cargante aroma se pegara a su piel. Al fin y al cabo, no pensaba abandonar aquella habitación hasta el día siguiente. El viaje lo había agotado demasiado. Después del baño se echaría a dormir y no se levantaría de la cama hasta que tuviese que acudir a la cita con el señor Lacroix. A medida que el preparado iba haciendo efecto las heridas de su pierna y su costado dejaron de

protestar.

David se dejó seducir por la embriagadora sensación de ingravidez, y antes de darse cuenta se había quedado profundamente dormido.

Unos golpes en la puerta de la habitación lo despertaron. No sabía si había dormido cinco minutos o un par de horas.

Volvieron a llamar.

—¡Adelante!

David reconoció al esclavo encargado de entregar la nota.

—Lo siento, amo —se disculpó.

Desorientado y molesto por la interrupción, David murmuró una invitación para que se acercase.

El esclavo le tendió una carta que sobresalía de su mano enguantada.

Con gran parsimonia, David se sacudió las manos y se las secó con cuidado en una toalla antes de cogerla. El esclavo se retiró ligeramente y esperó. David sujetó la nota con las yemas de los dedos, para impedir que una gota perdida convirtiera los trazos de tinta en un borrón ininteligible.

El señor Lacroix lo invitaba a visitarlo. Todo salía a la perfección. Al día siguiente David acudiría a las seis en punto a su cita, y en un par de días más, a lo sumo, abandonaría Nueva Orleáns.

Estaba a punto de dejar la nota, cuando por algún motivo sintió la necesidad de releerla. Su primera lectura había sido acertada. La reunión estaba prevista para las seis de la tarde en la residencia que monsieur Lacroix tenía en Explanade Avenue. Pero había pasado por alto un pequeño detalle.

La cita era esa misma tarde.

David salió de la bañera de un salto y fue a buscar su reloj de bolsillo.

—¡Maldita sea! —juró al comprobar que le quedaba menos de una hora para arreglarse y llegar a la cita con puntualidad. No tenía tiempo que perder—. ¡Rápido! —ordenó al esclavo—. ¡Trae agua limpia y toallas en abundancia! Tengo que eliminar este apestoso olor cuanto antes.

Recurrió por segunda vez a la pastilla de jabón y permaneció de pie en el interior de la bañera esperando a que el sirviente volviera con el agua.

Se sentía terriblemente molesto. ¿Cómo se le ocurría avisarle con una hora de antelación? ¿Es que ese tal Gastón Lacroix se había vuelto loco?

David seguía refunfuñando y reflexionando acerca de que nunca conseguiría entender a aquellos impredecibles franceses, cuando tres esclavos aparecieron. No había tiempo que perder. Ordenó que lo frotaran a conciencia con las toallas y que volcaran los baldes sobre sus hombros.

Veinte minutos más tarde las cosas no parecían ir tan mal, se dijo más tranquilo, poniéndose una de las camisas que monsieur De Hule le había enviado. Al fin había conseguido deshacerse del desagradable y empalagoso olor y, pensándolo bien, con un poco de suerte incluso podría adelantar un día su marcha de Nueva Orleáns.

Tras abrochar el botón que quedaba en su cintura, David buscó los puños de la camisa y tiró de ellos hasta que el bordado que remataba la manga sobresalió de la chaqueta. Se ató al cuello un pañuelo y se caló el sombrero de copa forrado con la misma tela que el traje.

Tenía buen color. Su piel, muy clara, tras los meses de campaña había adquirido un ligero bronceado sobre el que destacaban aún más sus ojos azules. Su cabello rubio y normalmente corto le había crecido, y aunque sobrepasaba su nuca por más de dos palmos, al ser ondulado no era lo suficientemente largo para poder sujetárselo en una coleta. Las cejas finas, la ausencia de arrugas y las facciones regulares y poco marcadas lo hacían parecer más joven de los treinta años que en realidad tenía. Por suerte, su nariz de puente ancho y considerable tamaño se encargaba de eliminar el aire aniñado de su rostro y darle el aspecto varonil que, combinado con su altura y la anchura de su espalda, lo convertían en un hombre tremendamente atractivo.

Tras lanzar una última mirada a su imagen en el espejo David asintió satisfecho, y con ayuda de su nuevo bastón salió de la habitación.

3

A pesar de que hacía más de treinta años que Napoleón había vendido todo el estado de Louisiana a Estados Unidos con la intención de obtener recursos con los que sufragar sus largas campañas europeas, sus habitantes no se habían resignado a convertirse en estadounidenses.

Nueva Orleáns seguía rindiendo culto a sus raíces francesas, y el barrio francés, con sus casas de vivos colores, la música que surgía de cualquier esquina, los sabores agridulces de sus comidas y la belleza exótica de sus mujeres, era su corazón.

Sin embargo, David no se quedaría el tiempo suficiente para disfrutar de la intensa vida nocturna. Su alto en el camino se debía únicamente a negocios, y debería continuar su viaje tan pronto como los asuntos que lo habían llevado hasta allí estuviesen solucionados.

El carruaje enfiló Charles Street. A su izquierda apareció el cabildo, sede del antiguo órgano de gobierno durante el dominio español y actual ayuntamiento de la ciudad; luego, la catedral con sus tres torres; y por último el *prebysterium*, con su frontón central engalanado con símbolos estadounidenses que habían reemplazado hábilmente el anterior escudo de armas español, eliminando así toda referencia a la lejana época de dominio colonial. Un poco más allá, a su derecha, la plaza de Andrew Jackson permitía distinguir retazos de las oscuras aguas del Mississippi entre las hileras interminables de vapores y embarcaciones atracadas en los muelles que cubrían varios kilómetros a ambas orillas del río, y desde las cuales medio millón de balas de algodón salían cada año. Una reducida parte de ellas remontaba el curso del Mississippi hasta los estados del Norte, donde se redistribuía y procesaba, pero la inmensa mayoría era embarcada rumbo a Inglaterra para abastecer la insaciable demanda de materia prima de la mayor potencia textil del mundo.

Sin embargo, en Louisiana no sólo se producía algodón. Durante años, la mayor parte de los esclavos provenientes de África habían

sido desembarcados y después vendidos en sus calles. Y aún hoy, pese a la prohibición internacional de seguir trayéndolos, la compraventa de esclavos autóctonos seguía siendo, junto con el algodón, uno de los negocios más rentables de la ciudad.

Para cuando el coche alcanzó el antiguo convento de las ursulinas, con sus característicos tejados abuhardillados muy inclinados y altas chimeneas de estilo colonial francés, los primeros paseantes de la tarde empezaban a ocupar las aceras.

Dos hileras de árboles proporcionaban una ininterrumpida cubierta de sombra a lo largo de la avenida. Estaban entrando en Explanade Avenue.

Si había un lugar donde se concentraba la aristocracia criolla de Nueva Orleáns, sin duda era allí.

Cada una de las mansiones que se sucedían en la avenida, con sus bellas fachadas y sus cuidados jardines salpicados de color, parecía que tratara de robar protagonismo a sus vecinas. Tan pronto aparecía una blanca con altas columnas marmóreas en el más puro estilo neoclásico, como otra más sobria pero igualmente suntuosa con las características arquitectónicas propias del estilo Reina Ana, o incluso el más luminoso arte italiano. No importaba. Todo en Explanade Avenue era un alarde de ostentación.

A su espalda, las aguas del Mississippi iban alejándose a medida que las ruedas de su carruaje remontaban la calzada, hasta que una inmensa verja de hierro forjado con las puertas abiertas de par en par anunció el final del trayecto.

Sólo quedaban dos mansiones. Una a cada lado de la calle. Sin duda, una de ellas debía de ser la residencia de monsieur Lacroix.

En lugar de detener la marcha, el cochero sacudió las riendas obligando a los caballos a traspasar el arco revestido de hiedra. Y entonces la vio. Sobre una suave elevación del terreno, dominando toda la avenida, se encontraba la mansión más impresionante que David hubiese visto jamás.

Se podían contar más de diez ventanas en cada una de sus tres plantas. Sobre la fachada de ladrillos rojizos se intercalaban simétricamente esculturas clásicas de mármol blanco. Y cuatro columnas rematadas con capiteles griegos custodiaban el atrio.

Tras avanzar sobre un camino que se abría paso entre jardines en flor, el coche se detuvo frente a la amplia escalinata que conducía hasta la puerta principal.

Antes de que David tuviese oportunidad de incorporarse, un esclavo con librea verde ribeteada de raso dorado salió a su encuentro y le abrió la portezuela. David le entregó su tarjeta y lo

siguió. En cuanto lo hubo guiado hasta el salón, el esclavo murmuró lo que a David le pareció una invitación a sentarse y desapareció.

David apartó los faldones de su nueva chaqueta y se sentó en un sillón tapizado de seda con grandes estampados.

Las alfombras de dibujos orientales absorbían entre su hebras el resplandor rojizo de la tarima de caoba. El frente del salón estaba formado por puertas de cristal emplomado que daban paso a una gran terraza repleta de buganvillas. Al fondo, tras la baranda de piedra y el cuidado césped, David pudo distinguir las azules y tranquilas aguas del lago Pontchartrain.

Estaba tan absorto en la contemplación del paisaje que no lo oyó llegar.

—¡Monsieur Parrish! —saludó efusivamente una voz cantarina con inconfundible acento francés.

David se puso en pie.

—¿Señor Lacroix?

El hombre bajito y ancho con cara de bonachón que se dirigía hacia él sonrió.

—Así es.

—Encantado —se presentó, acompañándose de un educado gesto de cabeza a la vez que le tendía la mano.

Ignorando la mano tendida del visitante, Gastón Lacroix abrió sus fornidos y cortos brazos y lo abrazó.

—¡He oído maravillas de usted! —exclamó, estrechándole con tal ímpetu que a punto estuvo de levantarlo del suelo—. Me alegra conocerle por fin —rió, dando a David una palmadita llena de complicidad en la espalda.

—Es usted muy amable —dijo incómodo, ante la excesiva familiaridad de su anfitrión.

—¿Se quedará mucho tiempo con nosotros?

—Por desgracia, me temo que sólo serán un par de días. Llevo varios meses fuera de la plantación y he de volver antes de la recogida del algodón.

—Entiendo, el deber… —susurró comprensivo, negando con la cabeza—. ¿Y sus maletas?

—¿Perdón?

—¿Su equipaje? ¿Es que no ha traído equipaje?

—Por… por supuesto, señor —balbuceó desprevenido, ante el brusco giro de la conversación—. Pero lo he dejado en el hotel.

Gastón Lacroix se volvió hacia David con los ojos muy abiertos.

—*Mon Dieu*! ¡En un hotel! —exclamó otra vez, llevándose las manos a la cabeza de una manera exagerada en un francés que

hasta los rudimentarios conocimientos de David le permitieron entender—. No pensará que voy a permitir que un joven como usted, un héroe de nuestra nación, se aloje en un hotelucho. Sin atenciones ni comodidades. ¡Ni hablar! Hoy mismo se trasladará a mi casa.

—Le aseguro que estoy perfectamente instalado.

—¡Cómo va a estar bien en un lugar como ése!

Acto seguido, Gastón Lacroix se puso a buscar a su alrededor como si acabara de perder algo.

—¡Martín! —gritó, sin preocuparle en lo más mínimo que su invitado lo escuchara—. Dónde se habrá metido ese holgazán.

Antes de que monsieur Lacroix tuviese tiempo de terminar la frase, el esclavo que había acompañado a David estaba junto a su amo.

—¡Ah, estás aquí!

—Manda a alguien a… Disculpe —dijo volviéndose hacia David —. ¿Cómo ha dicho que se llamaba ese lugar donde se aloja?

—El Omini.

—Ya has oído, manda a recoger el equipaje de monsieur Parrish. Será nuestro invitado mientras permanezca en Nueva Orleáns.

David intentó protestar.

—Por favor, no insista —lo interrumpió Gastón Lacroix con un gesto de la mano, antes de que David tuviera la oportunidad de negarse, mirándolo por primera vez a los ojos.

A David lo sorprendió que unos ojos tan pequeños y hundidos pudieran brillar con tal intensidad.

No había que ser muy listo para darse cuenta de que Gastón Lacroix acababa de hacerle saber que consideraría un insulto personal que rechazara su invitación.

Sin embargo, David en ningún caso quería prolongar su estancia en Nueva Orleáns por más de dos días, lo que sucedería si aceptaba la invitación, ya que se hubiese considerado de muy mal gusto marcharse antes de una semana. Pero tampoco quería ofender al único hombre que podía conseguirle lo que buscaba.

Detrás de aquella mirada aparentemente afable y despreocupada de Lacroix, David, que rara vez hacía algo que no quisiera hacer, había empezado a comprender el motivo por el cual aquel hombre de aspecto rechoncho y sin ningún atractivo evidente se había convertido en uno de los hombres más ricos y poderosos de la ciudad. En ese momento lamentó no haber proseguido su viaje hasta Norfolk, Virginia, a pocos días de camino de su hogar, en lugar de optar por Nueva Orleáns y tener que tratar con los siempre

impredecibles franceses.

—Será un placer —aceptó, rindiéndose ante las circunstancias.

—¡Estupendo! ¿Qué le parece si ahora le enseño Deux Chemins? —anunció, inflándose como un pavo real.

Luciendo una sonrisa de satisfacción, Gastón Lacroix apoyó la mano de forma amistosa en el hombro de David, que volvió a sentirse incómodo ante la excesiva proximidad de su anfitrión, y salieron a recorrer el jardín.

Eran aproximadamente las seis y media cuando Katherine se despertó. La noche anterior no había pegado ojo por el calor, así que tras la siesta se sintió como nueva. Esa misma tarde tendrían invitados en Deux Chemins y lo más probable era que la velada se prolongase hasta altas horas de la madrugada. No quería pasearse con cara de dormida y bolsas bajo los ojos. Katherine se desperezó y abandonó la cama. Sí, se reafirmó, el sueño de un par de horas le había sentado de maravilla.

Cuando Molly entró en la habitación Katherine miraba a hurtadillas por la ventana.

En el primer momento Molly no se dio cuenta de lo que pasaba, pero pronto descubrió el motivo que había despertado el interés de Katherine.

—Katty, ¿qué haces? Te van a ver —exclamó escandalizada la joven, al comprender que Katherine estaba espiando a los dos hombres que paseaban por el jardín.

Sin retirarse y sin el menor signo de rubor por haber sido descubierta, Katherine hizo un gesto a la recién llegada para que permaneciera en silencio y se acercara con cuidado, de modo que también quedara fuera del campo visual de su padre y del joven desconocido que caminaba junto a él.

—¿Sabes quién es?

A salvo tras la protección que les brindaban las espesas cortinas de terciopelo verde, Molly lo observó con atención.

—No lo había visto nunca.

—¡Es tan atractivo!

A pesar de la distancia, Molly tuvo que reconocer que su porte era de lo más distinguido. El amo Lacroix no era alto, de hecho era casi igual de alto que ancho, y su acompañante le sacaba prácticamente una cabeza.

En ese momento, Gastón Lacroix y David, que contemplaban el extenso jardín, se volvieron hacia la fachada. Molly y Katherine tuvieron que lanzarse al suelo para no ser descubiertas.

—¡Uf!, creo que nos han pillado —exclamó Katherine divertida,

abriendo mucho los ojos.

Tendidas en el suelo, las dos mujeres rompieron a reír. Pero la curiosidad pudo más que la prudencia y Katherine, de rodillas, se alzó lo justo para que sus ojos asomaran por la ventana.

Su padre parecía haber perdido de repente todo interés por la fachada y se dirigía junto a su invitado en dirección contraria.

Pasado el peligro, las dos mujeres se pusieron en pie.

—Bueno Molly, creo que hoy hace un día perfecto para dar un paseo por el jardín —anunció, recomponiéndose el camisón de seda amarillo—. ¿Tú no?

—Sí. A mí también me apetece —dijo Molly sonriendo.

La parte trasera de la casa se extendía hasta las mismas inmediaciones del lago Pontchartrain, y por mucho que escudriñó el horizonte, David no pudo distinguir en el cuidado césped ni un solo campo de algodón.

—Las plantaciones están río arriba, a medio día de viaje en barco —informó Gastón Lacroix, como si adivinara los pensamientos del joven.

David no conocía a nadie que pudiese permitirse tener un terreno semejante sólo para pasear. Era tan grande como su plantación de Virginia. ¿Qué hombre podía ser tan rico como para despilfarrar la tierra de ese modo?

Lacroix captó la cara de sorpresa de su invitado y se sintió feliz.

—Deux Chemins es nuestro pequeño remanso de paz.

El paseo por la propiedad se prolongó por espacio de media hora. En ningún momento se alejaron más de cien metros de la casa principal, pero cualquier flor, árbol o estatua en el paisaje era suficiente para que su anfitrión se detuviese y sacara a colación la historia de su familia.

En Deux Chemins no había campos de algodón. Nunca los había habido. La plantación principal de Gastón Lacroix estaba río arriba, a una jornada de viaje, aunque tenía tres más de menor tamaño en distintos puntos del estado. La menor de las plantaciones de monsieur Lacroix era tan grande como la de David. Aunque sus negocios se habían diversificado mucho desde que su abuelo, Arnald Lacroix, compró los primeros cincuenta acres de terreno pantanoso y con tan sólo cinco esclavos a su cargo fundó la primera, las plantaciones seguían siendo una de las principales fuentes de ingresos de la familia.

También había aserraderos, empresas de construcción, casinos, comercios, barcos… Pero si algo había enriquecido a aquel hombre rechoncho que había sabido adaptarse a la perfección al hecho de

que Louisiana dejara de ser francesa para convertirse en un territorio de Estados Unidos, era el contrabando. Ocultos en las bodegas de sus barcos, la flota de Gastón Lacroix introducía clandestinamente en el país todo tipo de objetos de lujo provenientes de Europa y del resto del mundo, eludiendo así el pago de los altos aranceles que el gobierno federal había impuesto con objeto de fomentar la venta de los productos de las empresas norteñas del país. Pero David se cuidó mucho de hacer ningún comentario al respecto. Al fin y al cabo, los negocios poco legales de monsieur Lacroix eran los que lo habían llevado hasta allí.

David y Gastón Lacroix regresaron al interior de la mansión antes de que Katherine tuviera tiempo de prepararse para hacerse la encontradiza.

Como cabía esperar, la biblioteca era grande y espaciosa. Libros encuadernados en piel con cantos dorados se ordenaban en baldas hasta el techo. Una mesa de escritorio y dos amplios y solitarios butacones conformaban el resto del mobiliario.

Los dos hombres se sentaron uno frente al otro. David no recogió la pierna; aún no podía doblar bien la rodilla y el paseo por el jardín le había resentido la herida.

—Según leí, la batalla fue dura —dijo estudiando con discreción la pierna de su invitado.

—Así es —respondió apoyando instintivamente la mano sobre el muslo—. Los mexicanos no tuvieron nada que hacer. Nosotros luchábamos con la verdad y la justicia de nuestro lado.

—Los colonos les deben mucho —dijo Lacroix, meditabundo.

Pero a pesar de sus palabras, para Gastón Lacroix los colonos estadounidenses habían robado Texas. Y nadie lo convencería de lo contrario. Era curiosa la facilidad con que el usurpador tiende a olvidar lo que no le conviene recordar. El joven teniente no era una excepción. Porque desde los tiempos en que los españoles habían descubierto y conquistado el Nuevo Mundo, Texas había pertenecido a México. Y los colonos, en su mayoría de origen norteamericano, que según David tenían la verdad y la justicia de su parte, con la connivencia del gobierno de Washington, simplemente habían ignorado y desdeñado las leyes mexicanas que prohibían su asentamiento en aquel territorio. Habían construido sus casas y sus pueblos sin importarles el hecho de que la tierra no fuera suya. Y pronto, incluso aquellos que ya habían adoptado la nacionalidad mexicana, unieron sus voces al grito que pedía la secesión.

Cansados de la violación de su soberanía y de la pasividad del

gobierno estadounidense, los mexicanos actuaron. El sitio de El Álamo no fue una sorpresa para nadie, pero ofreció en bandeja de plata la excusa perfecta que el gobierno de Estados Unidos había buscado durante años para intervenir y terminar por anexionarse una tierra que desde hacía tiempo codiciaban.

Ningún gesto del rostro de Gastón Lacroix delató sus verdaderos pensamientos. Si había llegado hasta donde se encontraba ahora se debía a su habilidad para elegir sus batallas. Y ésta no era una que pudiera ganar.

Tras servirles una copa de coñac, el omnipresente esclavo llamado Martín los dejó a solas.

David tenía ganas de abordar el asunto que lo había llevado hasta allí, pero debía esperar a que su anfitrión lo mencionase.

—¿Así que desea adquirir un ejemplar? —lanzó sin preámbulos.

—Así es, señor Lacroix. Y tengo entendido que usted posee los mejores.

—Eso dicen, sí —reconoció halagado, sin ningún signo de humildad, dando un sorbo a su coñac—. ¿Qué es lo que busca con exactitud?

—Deseaba un macho fuerte y joven.

Monsieur Lacroix pareció sopesar la información mientras acariciaba su rolliza barbilla.

—¿Un macho?

David movió la cabeza de modo afirmativo.

—Parrish —musitó Lacroix, tamborileando con los dedos sobre su copa—. ¿Inglés, verdad?

Por segunda vez en aquella tarde el nuevo salto en la conversación pilló a David desprevenido. No sabía qué relación podía tener su apellido con el negocio que estaban realizando.

—Mi abuelo fue lord Albert Parrish.

—¡Ah, lord Albert! —exclamó Lacroix, un tanto interesado al reconocer el nombre de uno de los hombres que colaboró en la victoria de la guerra de la Independencia.

—¿Lo conoció? —interrogó David, al comprobar el ímpetu de su reacción.

—No tuve el placer, pero sé que abandonó su título para unirse a la lucha por la libertad.

Aunque no necesitaba confirmación, su forma de hablar, los ademanes estirados, y el aire marcial de su interlocutor le bastaron a Gastón Lacroix para convencerse de que se encontraba frente al típico caballero sureño.

Desde que había recibido su misiva hizo todas las indagaciones

necesarias. Estaba enterado de que había sido un héroe en la batalla del río San Jacinto, pero necesitaba saber si era el tipo de hombre en el que se podía confiar. Disponía de un patrimonio holgado, no cabía duda. Sus contactos en el banco de Louisiana se lo habían hecho saber, y no cualquiera podía alojarse con asiduidad en el hotel más lujoso y caro de la ciudad.

Lacroix, que rara vez se equivocaba en sus juicios, aseguraría que aquel joven atractivo cercano a los treinta, de cabello rubio, había pasado unos años en alguna academia militar, como solían hacer la mayoría de los hijos de los terratenientes de ascendencia británica de los estados del Sur. Aunque él opinaba que era una solemne tontería. Él había nacido francés y moriría siendo francés, por más que ahora le dijeran que era norteamericano.

Y nada cambiaba que Napoleón, con el único fin de obtener dinero rápido y fácil con el que sufragar sus inacabables guerras, los hubiera traicionado vendiendo la tierra cuya conquista tanta sangre francesa había exigido. Ninguno de sus dos hijos varones había servido en el ejército. Lacroix no hubiese soportado que hubieran perdido la vida en una escaramuza por un país que nunca consideraría el suyo. En cambio, los dos habían estudiado en las mejores universidades del Norte y se habían convertido en hábiles abogados.

—Un ejemplar. Macho —repitió Lacroix, esperando confirmación.

David asintió, cauteloso. La conversación había vuelto a dar un giro de ciento ochenta grados.

—No será problema —afirmó Lacroix, retomando el hilo de los negocios, que en ningún momento había apartado de su mente—. Pero estoy seguro de que no habrá venido desde la lejana Virginia para conseguir algo que, aunque todo sea dicho, no de tan buena calidad, podía haber obtenido en Savannah o en el propio Richmond.

David Parrish estaba a punto de confesar los verdaderos motivos de su visita, cuando la puerta de la biblioteca se abrió de improvisto.

Por un segundo, creyó que el coñac le estaba jugando una mala pasada. Enfundada en un hermoso vestido claro de grandes flores amarillas, con el cabello oscuro salpicado de reflejos caoba recogido en amplios tirabuzones que le caían sobre un rostro de terciopelo, la imagen hizo pensar a David que estaba viendo una aparición.

—¡Oh!, perdón —se disculpó la joven, mirando con sorpresa al desconocido y llevándose la mano a los labios.

David se puso en pie, como empujado por un resorte.

—¡Lo siento, papá! No sabía que tenías visita.

Lacroix sonrió. Sabía a ciencia cierta que cada detalle de la entrada de su hija había sido perfectamente calculado.

Katherine intercambió una mirada de complicidad con su padre.

—Monsieur Parrish, le presento a mi hija Katherine.

Una suave fragancia a jazmín lo envolvió. Respiró hondo y rogó para que su traje nuevo ocultara cualquier rastro del preparado contra mosquitos.

—Señorita Lacroix, es un verdadero placer conocerla —saludó David, haciendo una leve inclinación de cabeza, y llevándo la mano enguantada de la joven a los labios.

—Encantada, señor Parrish. ¿Permanecerá entre nosotros mucho tiempo?

David por un instante se quedó paralizado, sumergido en su mirada, pero aquellos desconcertantes ojos de color miel esperaban una respuesta.

—Monsieur Parrish es de Virginia, Katherine —intervino Lacroix —. Y me temo que muy a su pesar ha accedido a ser nuestro invitado por unos días. Aunque tiene previsto dejarnos pronto y volver a su hogar, donde tiene que atender sus obligaciones.

—¿Así que se alojará en Deux Chemins?

Lacroix no tenía la menor duda de que para ese momento Katherine ya se habría encargado de informarse sobre cuál iba a ser la habitación del ingenuo caballero.

—Así es, señorita Lacroix. Su padre ha tenido la gentileza de invitarme.

Katherine le sonrió.

—Entonces, señor Parrish, tendremos oportunidad de vernos de nuevo en la cena. Me retiro, no deseo importunarles más.

David, que seguía sin habla, no acertó a despedirse.

Ella le hizo una delicada reverencia y se volvió hacia su padre.

—Hasta la cena, papá —se despidió, dándole un cariñoso beso en la frente.

—Estabas muy guapa en la ventana —susurró Lacroix a su hija en francés, de modo que sólo ella pudiera oírlo.

Katherine guiñó un ojo de manera traviesa, y salió de la biblioteca.

Cuando ella desapareció, David seguía con la mirada clavada en la puerta. Estuvo a punto de creer que todo había sido una ilusión.

—Siento la interrupción, monsieur Parrish, pero ya sabe. Las hijas son nuestra mayor debilidad. No he podido negarle nada desde

el primer día que me miró a los ojos. ¿No le pasa a usted lo mismo?

—Yo… yo no tengo hijos. Nunca me he casado, señor —respondió, un poco más recuperado.

Lacroix sonrió y se frotó las manos, pero David estaba demasiado ensimismado para percatarse del cambio que experimentó el rostro de su anfitrión.

—Volviendo a los asuntos que estábamos tratando antes de la interrupción de mi hija…

Por un momento David había olvidado por completo el verdadero motivo de su parada en Nueva Orleáns.

—Decía, monsieur Parrish, que deseaba conseguir un ejemplar joven y fuerte.

—Así es.

—¿Algo en especial?

Trató de centrarse en lo que le había llevado hasta allí, pero no podía quitarse a la joven de la cabeza.

—Me habían comentado que tal vez usted podría indicarme dónde conseguir un mandingo.

Los ojos de Lacroix se entornaron y miraron con astucia al hombre que estaba frente a él. Sostenía su mirada sin vacilar. Por fin habían llegado al asunto.

—Mandingos —repitió para sí, negando con la cabeza—. ¿Sabe que apenas quedan mandingos puros en el país? —dijo, pensando en la preciada raza de esclavos proveniente de la región del río Níger, en África—. Desde que se prohibió la importación de esclavos del continente africano, hace ya unos años, es muy difícil hacerse con un ejemplar, ya que sus actuales propietarios no quieren deshacerse de ellos.

—Sin embargo, me habían informado de que usted podía tener unos conocidos que estarían interesados en deshacerse de uno.

De la manera más educada posible, el joven teniente acababa de dar a entender a Lacroix que sabía de su tráfico ilegal de esclavos.

—Lo siento, pero me temo que no sé de nadie —desmintió Lacroix, negando con la cabeza.

—Lamento si le he ofendido, señor —se disculpó David, poniéndose en pie, dispuesto a dar por cerrado el asunto.

A Lacroix le divirtió la temeridad del joven.

—No tan rápido, joven amigo —no conseguía entender cómo un pueblo con tan poca sutileza había llegado a conquistar el mundo—. Le he dicho que no sé de nadie. Pero me refiero en estos momentos. Tal vez en cuatro días, a lo sumo una semana…

David volvió a sentarse. Minutos atrás la perspectiva de

prolongar su estancia en Nueva Orleáns por más de una semana le habría provocado un gesto de disgusto. Pero ahora todo había cambiado.

4

A las ocho en punto David se unió al resto de invitados que esperaban en el salón para ser conducidos al comedor.

Siguió a los demás y se situó en el lugar que le habían asignado; justo a la izquierda de la presidencia. Pero no se sentó. El protocolo marcaba que debía ser el anfitrión el primero en hacerlo. Así que se volvió hacia las dos mujeres que se habían instalado a su lado y las saludó.

—El señor Parrish, ¿verdad? —preguntó amistosamente la mujer de más edad, que iba a ocupar el asiento contiguo al de David, sin esperar a que una tercera persona hiciera las presentaciones.

—Yo soy Marie Languelot y ella es la señora Sophie De Blois —dijo refiriéndose a la mujer de ojos saltones que estaba frente a ella.

Al sonreírle, la joven de unos veinticinco años dejó al descubierto unos dientes bastante bonitos. Sus ojos eran azules y el cabello claro, pero a pesar de ello, podía decirse sin lugar a error que su único atractivo consistía en los pendientes de rubíes y la gargantilla a juego que pendía de su cuello.

La señora Languelot, por el contrario, apenas llevaba joyas. Su cabello, de un blanco níveo, aparecía marcado por una ordenada fila de orquillas rematadas con perlas que cuidaban de que su elaborado recogido conservara un aspecto impecable. Los pendientes, también de perlas, caían en racimo, y un camafeo de marfil rompía el estricto luto de su vestido de seda. De porte erguido y elegante, sus hombros no se habían dejado vencer por el peso del tiempo. La barbilla tiraba del cuello pero nadie hubiese pensado que tenía una actitud desafiante. De hecho, Marie Languelot parecía una mujer cordial y agradable.

—David Parrish, de Virginia. A su servicio.

No había completado el movimiento de cabeza de rigor cuando Gastón Lacroix apareció acompañado de un individuo delgado, que aún no debía de haber cumplido los cuarenta. Llevaba unas gafas metálicas redondas y un traje demasiado austero para la ocasión. Lacroix lo agarraba de forma amistosa por el hombro. Tras él,

Katherine, con un vestido de un suave tono malva que se ceñía a su estrecha cintura mediante una banda del más intenso de los violetas, avanzaba sin prisa del brazo de un joven moreno y alto con un impecable traje verde.

Cuando David comprobó que Katherine pasaba de largo y que en su lugar Lacroix y el hombre de piel cetrina ocupaban las dos sillas vacías que estaban a su lado, la excitación que había sentido momentos antes de la cena dio paso a la mayor de las desilusiones.

Katherine y su acompañante acababan de tomar asiento en el extremo opuesto cuando David notó cómo alguien tiraba discretamente hacia abajo de su chaqueta.

Marie Languelot le hizo una señal con los párpados. Él era el único invitado que seguía de pie.

David se sentó en el acto.

Lacroix se tomó su tiempo para acomodarse. Una vez instalado sonrió; parecía contento.

—Monsieur Parrish. Le presento a nuestro invitado de honor, Harry Roy Osborn.

Su convidado frunció el ceño y arqueó las cejas al escuchar la cantarina pronunciación de su nombre, al que acababan de malograr todas sus erres.

—Señor Osborn —consiguió saludar David.

—Monsieur Osborn también se aloja en Deux Chemins, y tras haber pasado un par de semanas entre nosotros por desgracia mañana nos deja.

Ella ni siquiera lo había mirado.

—¿… Perdón?

—Le decía que monsieur Osborn nos deja mañana.

—Lo… lo siento —se disculpó David obligándose a prestar atención al hombre en cuyo honor se celebraba aquella velada.

Marie Languelot acudió en su ayuda.

—Mi querido Gastón. Creo que aún no nos has presentado.

—*Mon Dieu*! —exclamó llevándose la mano a la frente—. Monsieur Osborn, le presento a Marie Languelot. Tía de mi difunta esposa, gran amiga y madrina de mi hija. Y la mujer tan hermosa que tiene a su lado es la señora De Blois. Desafortunadamente su marido se encuentra de viaje.

Osborn apenas se molestó en mirarlas. Murmuró algo parecido a un saludo y se enderezó sobre su plato.

Marie Languelot encajó con elegancia el desaire y actuó con naturalidad.

Una lluvia de pétalos de rosa salpicaba el centro del mantel de

hilo bordado. La mesa había sido dispuesta para más de veinte personas y no se había dejado nada al azar.

—Gastón, esta vez te has superado —dijo acariciando la vajilla de porcelana y cristalería italiana con cantos dorados, mientras disfrutaba contemplando el reflejo de su propia silueta en la superficie perfectamente pulida de los cubiertos de plata.

—*Merci*. Pero ya sabes que es Katherine quien se encarga de estos detalles.

La sola mención de su nombre consiguió volver a inquietar a David. Era incapaz de concentrarse en nada más que en la idea de que dos infranqueables filas de comensales lo separaban de la mujer más hermosa sobre la faz de la tierra. Fuera de su alcance, y peor aún, al parecer rendida por completo ante el encanto de aquel dandi emperifollado…

De manera inconsciente el puño de David se cerró con fuerza sobre el mango nacarado del cuchillo que tenía en la mano.

—Se llama Jean-Baptiste Vichy —le susurró Marie Languelot, que a pesar de su edad había demostrado no haber perdido ninguno de sus sentidos—. Su familia posee una gran plantación río arriba. Aunque todo el mundo sabe que el joven Vichy ocupa los días durmiendo y las noches dilapidando la fortuna de su familia —censuró enérgica, provocando que los pendientes de perlas se balancearan de un lado a otro.

Marie posó con cariño su mano sobre el antebrazo de David y lo miró con sus ojos cálidos y oscuros.

—Esté tranquilo —continuó en el mismo tono confidencial—. Le aseguro que ese petimetre no es en absoluto el tipo de caballero del que se enamoraría mi ahijada.

Pero a pesar de sus esfuerzos, David no podía apartar a Katherine de sus pensamientos. Sus ojos tiraban de él constantemente hacia ella, y cuando conseguía dominar su impulso y clavarlos sobre su plato entonces sus oídos se rebelaban contra él y localizaban entre el eco de las conversaciones la dulzura de aquella risa cálida y contagiosa que embriagaba el aire.

David apenas tocó la cena. Tenía el estómago encogido y no se encontraba de buen humor. Cuando vio al atractivo y poco recomendable Jean-Baptiste Vichy susurrar algo al oído de Katherine, sintió cómo los celos se apoderaban de él.

¿Acaso estaba perdiendo el juicio?

No podía permitir que la presencia de aquella mujer lo afectase de semejante manera.

Sentado en una silla un poco más alta que las demás, Gastón

Lacroix oteaba sus dominios como si se encontrase en la atalaya de su castillo. Con Osborn y Parrish a cada lado, Lacroix no tenía intención de dejar escapar ningún detalle de la conversación. Su insistencia en que David abandonara la comodidad del Omini y se alojara en su casa no había sido desinteresada. Quería observarlo y necesitaba saber si se trataba de un hombre en quien se pudiera confiar.

Desde que días atrás recibió la primera misiva de David, sabía que iba a proponerle algo ilegal. Lo cierto era que nadie parecía preocuparse demasiado por los barcos que, a pesar de la prohibición internacional, aún hacían incursiones en las costas africanas en busca de esclavos. Pero el celo con que el gobierno federal trataba de impedir el contrabando de objetos manufacturados proveniente de Europa era otro asunto. Lacroix debía tomar precauciones. Julian, su hijo mayor, era miembro del gabinete del gobernador, y el menor, Jean Pierre, que actualmente se encontraba en Europa ultimando los detalles sobre la compra de una fábrica textil, estaba a punto de que le nombraran juez. Las precauciones nunca estaban de más. Si David era el típico caballero sureño, como confirmó Lacroix tras su breve entrevista, y se alojaba en su casa, no podría en ningún caso denunciarlo, incluso si fuera descubierto en algún asunto ilegal. Sería una falta de cortesía.

El caso del señor Osborn era distinto. Agente federal encargado del control de aduanas, no se había convertido en huésped de Lacroix por casualidad ni por afecto. Lacroix lo consideraba demasiado simple y muy arrogante para ser merecedor de su confianza. Pero el orgullo de aquel sencillo hombre de pueblo era su perdición, y Lacroix lo sabía.

Como parte del gobierno del estado, su hijo Julian había recibido la notificación de que un inspector de aduanas sería enviado a Louisiana con la misión de acabar con el comercio ilegal.

En cuanto el ingenuo Osborn desembarcó, Lacroix lo esperaba para convertirse en su más leal servidor. Lo invitó a que se alojase en su casa y se encargó de que en las dos semanas que el inspector pasó en Deux Chemins no permaneciera solo ni un minuto.

Lo agasajó como a un rey.

Lacroix y su hijo se convirtieron en sus guías particulares. Incluso le habían proporcionado las pistas suficientes para que diera con un supuesto almacén que los contrabandistas tenían río arriba. La treta ideada para que el inspector regresara ante sus superiores con algún triunfo que poder presentar le costó una buena cantidad de dinero a Lacroix. Pero la tranquilidad bien lo valía.

Tras el requisamiento, Osborn se comportaba como el amo del Mississippi. Cierto que no había capturado a ningún contrabandista, pero el alijo requisado era importante y los responsables habrían aprendido la lección.

Al día siguiente abandonaría la ciudad con la satisfacción de haber realizado su trabajo, y Lacroix volvería a sus actividades sin que el incauto inspector hubiese encontrado nada que los hábiles Lacroix no quisieran que fuera encontrado.

Cuando sirvieron el postre, ella todavía no lo había mirado ni una sola vez.

La señora Languelot cargó con el peso de la conversación. Mantuvo una charla distendida con Sophie y contó alguna anécdota familiar que divirtió a Lacroix. Incluso le hizo alguna que otra pregunta sencilla a David para que éste pudiera responder sin gran esfuerzo y dar la impresión de que estaba realmente interesado en lo que se hablaba. Tras un par de intentos malogrados, Marie Languelot trató una vez más de introducir al señor Osborn en la charla.

—Creo que es usted del Norte.

—De Gettysburg.

—Get… Gettys… burg.

Aún deberían pasar muchos años para que aquel lugar se hiciera tristemente famoso por los miles de hombres que morirían en sus campos en una de las batallas más duras de la guerra que enfrentaría al Norte contra el Sur.

La respuesta escueta de Osborn y el total desconocimiento de la señora Languelot sobre la ciudad de origen del parco invitado de Lacroix cortó la posibilidad de entablar un diálogo por esa vía.

—En el estado de Pensilvania —informó David.

—¡Ah, Pensilvania! —exclamó satisfecha, al recibir la ayuda suficiente para recuperar la conversación.

—¿Su familia es de allí?

—No.

No se desanimó.

—¿Pero son del Norte?

—Irlandeses.

—¡Vaya! ¿O sea, que es usted irlandés?

—No —respondió con cierta brusquedad—. Yo nací en Estados Unidos.

—Comprendo. Y dígame, señor Osborn, ¿qué ha traído a un hombre del Norte a nuestra querida Nueva Orleáns? —insistió, tratando inútilmente de dar pie a un diálogo enriquecido con algo

más que monosílabos—. ¿Es un viaje de placer?

—Me temo que no, señora —dijo, sin intención de ocultar su hastío—. He venido en representación del gobierno de esta nación con el mandato de realizar una tarea de vital importancia para el devenir de nuestro país.

La solemnidad de la respuesta consiguió que la buena mujer se quedara sin habla.

—Nuestro amigo, el señor Osborn, es agente federal; para ser más exactos, inspector de aduanas, Marie —intervino Gastón Lacroix.

De pronto se hizo el silencio. Adquirir objetos de lujo de contrabando era una práctica habitual entre la alta sociedad de Nueva Orleáns.

Los invitados, de repente, parecían de lo más interesados en la *mousse* de chocolate que tenían en sus platos. Todos excepto uno.

Las palabras de Osborn habían conseguido atraer el interés de David.

—Entonces me temo, señor Osborn, que tiene usted una misión muy poco gratificante.

Las cucharillas de plata dejaron de golpetear en la fina vajilla de porcelana, que junto al resto de la cubertería y mantelería habían sido traídas ilegalmente de Inglaterra. En aquella mesa no había ni una sola persona que no hubiese comprado objetos de contrabando alguna vez en su vida.

—¿Perdón?

—Me refiero a que no debe de ser fácil hacer cumplir una ley tan poco justa, que atenta contra el mismo concepto de libertad sobre el que se sustenta este país.

El señor Osborn se estiró un poco más, la sangre parecía haber dejado de circular por sus mejillas.

—El cumplimiento de las leyes federales garantiza la bonanza y la llegada a buen término de la potente economía de nuestro país, y por ende el bienestar de sus ciudadanos —recitó de manera estudiada.

—Dirá de los intereses del Norte.

Alguien carraspeó.

El rostro de Osborn era un libro abierto. Estaba molesto y ni siquiera su pose erguida y su aire de suficiencia eran capaces de disimularlo.

—Lamento sinceramente que sea ésa su impresión, pero he de decirle que la medida adoptada por el gobierno, aunque en principio pudiera parecer dura, a la larga satisfará a todos y cada

uno de los habitantes de este país.

Por más que el gobierno hubiese repetido ese mismo discurso en los últimos años, nadie de los presentes se lo creía. Salvo el mismo Lacroix, quizá, que gracias a los aranceles había conseguido mediante el contrabando aumentar su ya considerable fortuna hasta límites inimaginables.

—No veo en qué benefician los altos aranceles a los estados del Sur. Si fuera usted tan amable de explicármelo —prosiguió David, como si estuviese dispuesto a dejarse convencer.

La señora De Blois se acomodó inquieta en su asiento. El collar y los pendientes de rubíes que su marido le había traído de su último viaje a Europa como regalo de aniversario, y que por supuesto no había pasado por la aduana, se habían vuelto incómodamente llamativos.

Julian miró a su padre, nervioso. Pero Gastón Lacroix no mostraba señales de alarma ante el cariz que estaba tomando la conversación. Incluso parecía disfrutar.

Como si se tratara de un profesor frente a una clase de niños sin ningún conocimiento de la realidad, Osborn se dispuso a explicar los beneficios ocultos de la impopular medida que gravaba hasta precios exorbitantes los objetos manufacturados importados para fomentar, mejor obligar, la compra de los productos más toscos y de menor calidad de la incipiente industria de los estados del Norte.

—La explicación es sencilla. Somos una nación. Y debemos apoyarnos. La grandiosidad de un país requiere sacrificios. Es una estrategia a largo plazo —informó, como si los presentes fueran demasiado cortos de vista para percatarse por sí solos de las auténticas dimensiones del proyecto—. Aunque en un principio el establecimiento de aranceles sobre algunos objetos no parezca producir beneficios directos en el Sur, a la larga esta ley será fuente de riqueza para todos, ya que a medida que la industria del Norte se haga más poderosa el Sur también mejorará.

David había tenido ocasión de escuchar a otros señores Osborn con anterioridad. Oyéndolos daba la impresión de que el Sur estaba habitado por niños caprichosos que necesitaban del férreo control de sus vecinos del Norte para hacer lo correcto.

—¿Lo entiende ahora?

David se hubiera echado a reír delante de su cara. ¿Quién se creía aquel hombrecillo para tratarlo con semejante petulancia? Él era David Parrish. Su familia había participado de forma directa en la creación de aquel país. Y no iba a permitir que un recién llegado le dijera lo que era y lo que dejaba de ser correcto. Pero no debía

olvidar que por algún motivo aquel petimetre simple y arrogante era el invitado de honor de su anfitrión.

—Lo siento, pero no comparto su criterio. Lo que creo es que gracias a nosotros y a sus aranceles el Norte se enriquecerá, y cuando sea lo suficientemente rico, nosotros no tendremos más remedio que rendirnos a todos sus caprichos. Pero quizá ésta sea una conversación que podamos retomar en otro momento —concluyó David, intentando zanjar la discusión antes de llegar demasiado lejos.

Si Osborn hubiese sido inteligente y hubiera recordado dónde se encontraba, habría aceptado la mano que le tendía David y se habría callado. Pero se creía moral e intelectualmente superior al resto de invitados, y debía enseñarles cuál era su lugar.

—Este gran país —contestó, levantando la voz para que todos pudieran oírle sin dificultad—, obtuvo la libertad de los británicos a un precio muy elevado para permitir que años después esos mismos que nos oprimieron tanto tiempo puedan aplastarnos de nuevo con su industria, sólo porque unos cuantos terratenientes que se enriquecen con la explotación de otros seres humanos no sean capaces de sacrificar unos lujos superfluos por el bien común.

Aquello era un insulto. Tal vez no para la mayoría de los comensales, cuyos familiares eran franceses cuando se libraba la guerra de la Independencia, y que aún hoy, transcurridos más de treinta años desde la traición de Napoleón, que los había obligado a aceptar la soberanía de Estados Unidos, no veían la necesidad de sacrificar su sistema de vida por un bien común y lejano. Pero para David era distinto. Él, al igual que su padre y su abuelo, había nacido en Estados Unidos. En cualquier otro momento no habría olvidado que el señor Osborn era el invitado de su anfitrión, pero la indiferencia de Katherine hacia él había conseguido desequilibrarlo y ponerlo a la defensiva. La superioridad y el poco respeto con que Osborn se atrevía a juzgar su estilo de vida hicieron el resto y empujaron a David a olvidar las normas más básicas de educación, que el otro invitado de Lacroix había ignorado sin el menor pudor.

—¿Usted habla de libertad y sacrificio? Cuando su abuelo aún arañaba la tierra en Irlanda, el mío renunciaba a su título de lord y luchaba por la independencia de este país, que para su conocimiento, comenzó tras los disturbios en protesta por los altos aranceles que los británicos imponían a los productos traídos de la metrópoli. Mi abuelo estuvo presente en la creación de la Declaración de la Independencia. Luchó por la libertad. La libertad y la soberanía de cada estado. La capacidad para que cada estado

pudiera decidir su propio futuro —replicó con vehemencia—. Yo mismo tengo cicatrices que me acompañarán el resto de mi vida, sufridas en la lucha por la grandeza de este país y la libertad. Sin embargo, señor Osborn, no veo las suyas. ¿Dónde están sus cicatrices?

David había ido demasiado lejos y lo sabía. Pero la soberbia de aquellos agentes federales lo sacaba de sus casillas. No los había visto en Texas ni en El Álamo cuando sus queridos compatriotas, con cuyo bienestar se llenaban la boca, morían asesinados.

La cara de Osborn se había encendido como un ascua.

El silencio se hizo tan intenso que el aire podría haberse cortado con uno de los numerosos cuchillos de contrabando que resplandecían sobre la mesa. En otras circunstancias la disputa habría terminado en un duelo, pero el señor Osborn no era el tipo de hombre que se batiera por honor. Además, Lacroix no estaba dispuesto a que diez brillantes inspectores federales ocuparan el lugar del honrado pero poco inteligente señor Osborn. Había llegado la hora de intervenir.

—Caballeros… por favor, les recuerdo que hay mujeres presentes, creo que será mejor aplazar esta discusión para otro momento —dijo poniéndose en pie—. ¿Qué les parece si damos comienzo al baile?

El resto de invitados apenas esperó a que su anfitrión se levantara para seguirlo. Por fortuna al día siguiente el inspector dejaría Nueva Orleáns.

Osborn quería aparentar la mayor de las indiferencias tras el altercado con David, pero el color escarlata de su rostro delataba lo contrario. David Parrish no sabía con quién acababa de tropezarse, se dijo Osborn, clavando sus ojos sobre el hombre que lo había humillado en público. Gastón Lacroix debía impedir que el altercado terminara en una guerra abierta. Conocía a los tipos como Osborn. Eran personas acomplejadas y rencorosas. Debía arreglarlo antes de que la situación se complicara. Lacroix recurrió a su mejor baza.

—Señor Osborn, no quisiera abusar de su buena disposición —le susurró de manera confidencial, asiéndolo del brazo y arrastrándolo hasta el salón contiguo, que había sido transformado en una sala de baile. Osborn escuchó a Lacroix con cierta desconfianza—. Me temo que mi vieja lesión de la espalda me impide bailar —dijo apoyando de manera exagerada su mano libre sobre sus riñones y haciendo una mueca de dolor—. Si usted pudiese abrir el baile en compañía de mi hija…

Osborn se quedó sorprendido ante la sugerencia. Katherine, que venía a buscar a su padre para cumplir con la tradición que exigía a los anfitriones abrir el baile, casi los había alcanzado.

—Será un honor —aceptó solemne, antes de que la interesada pudiera escucharlos.

La mirada que intercambiaron padre e hija mientras Osborn se afanaba inútilmente en dar gran solemnidad a su petición no dejaba lugar a dudas. Su padre deseaba que ella aceptara la invitación que el señor Osborn acababa de hacerle.

Por primera vez en el transcurso de la noche la cara de Osborn rebosaba felicidad. Tras los primeros compases en solitario, el resto de parejas fueron sumándose. Se podría decir que Osborn hasta se volvió risueño. Katherine le sonreía sin descanso y asentía con aparente interés a cada uno de los aburridos comentarios de su pareja.

Tras librarse por un momento de su molesto invitado, Lacroix suspiró aliviado, se hizo con una copa de champán y se reunió en una zona apartada de la pista de baile con su hijo mayor. Aunque sólo era un poco más alto que su padre, Julian era delgado, tenía los ojos azules y un rostro agradable que inspiraba confianza.

—Julian, prepáralo todo para dentro de un par de días —dijo en francés.

—¿No crees que es demasiado arriesgado? Tras el incidente de esta noche tal vez deberíamos cancelarlo.

Los ojos de Lacroix brillaron con astucia cuando encontraron a David entre la multitud.

—Podemos confiar en él.

—Como quieras, padre.

Gastón Lacroix siguió la estela de su hijo hasta que abandonó de manera discreta el salón. Estaba a punto de dar un largo trago de champán, cuando la voz solícita de David lo obligó a posponerlo.

—Señor Lacroix, ¿podría hablar con usted?

—Por supuesto, joven.

David parecía contrariado.

—Me temo que mi comportamiento de esta noche no tiene perdón —se disculpó.

Lacroix fue a decir algo, pero esta vez David se adelantó.

—Mis modales han sido inexcusables. Soy plenamente consciente de que nada puede justificar mi actitud. Como comprenderá, tras lo sucedido no puedo seguir disfrutando de su hospitalidad. Hoy mismo regresaré al hotel.

La música cesó para dar comienzo a una nueva melodía. Un

simple cruce de miradas con su hija bastó para que Katherine supiera lo que debía hacer. Antes de que Osborn tuviera oportunidad de retirarse, Katherine había convertido a una prima suya llamada Chantal en la nueva pareja de baile de Osborn. Katherine también evitó a Jean-Baptiste Vichy, que acababa de deshacerse de Sophie.

—Teniente Parrish, si usted no hubiese puesto en su lugar a ese yanqui petulante, yo mismo me habría visto obligado a sacarlo a rastras de mi casa —confesó Lacroix, como si la actitud de Osborn lo hubiera ofendido de verdad—. Así que en estos momentos, soy yo quien le está profundamente agradecido y se encuentra en deuda con usted. Ahora más que nunca, no podría permitir que abandone mi casa.

—Pero…

—Por favor, no insista…

La posibilidad de que David abandonara Deux Chemins no se volvió a nombrar. Con David tranquilizado y Osborn ocupado en la pista de baile, Lacroix por fin pudo disfrutar de su ansiada copa de champán.

Más tranquilo, David se mezcló entre los invitados. Katherine bailaba con Vichy. Parecía flotar en el aire. Sabía que durante su disputa con Osborn ella lo había mirado. Lo había escuchado. Pero ¿qué pensaría de él? ¿Estaría molesta?

Los violines enmudecieron y Vichy, que había sido la pareja de Katherine en el último baile, la acompañó hasta un rincón apartado del salón y se excusó para ir a buscar un poco de ponche.

Katherine esperó el regreso de su acompañante sentada en una silla cerca de la terraza.

David no tenía intención de perder la que podía ser su única oportunidad de estar con Katherine.

—¿Señorita Lacroix?

—Buenas noches, señor Parrish. Me alegra verlo. Espero que esté disfrutando de la velada.

Sus piernas flaquearon cuando aquellos ojos ardientes se posaron sobre él. Rogó para que su voz no delatara su nerviosismo.

—Me preguntaba si podría concederme el próximo baile.

Ella le sonrió. Revisó el carnet de baile que llevaba colgado de su muñeca e hizo una mueca de disgusto.

—Lo siento muchísimo señor Parrish, pero me temo que se lo he prometido a Jean-Baptiste —declinó, evitando conscientemente decir el apellido de su acompañante, para que sonara más íntimo y cercano.

—¿Tal vez el siguiente?

Una nueva mueca de Katherine dio al traste con las esperanzas de David.

—Comprendo.

—De veras que lo siento. ¿Tal vez en otra ocasión…?

—Sí, tal vez —repitió, retirándose con una reverencia brusca en el mismo instante en que Vichy regresaba con una copa de ponche.

El resto de la velada la pasó sin llamar la atención. Desde una esquina apartada donde poder apoyarse con discreción para liberar a su pierna de la carga de su cuerpo, observó cómo Katherine bailaba una y otra vez con Vichy, y cómo, salvo la suya, aceptaba de buena gana todas y cada una de las proposiciones de baile. ¡Incluso volvió a bailar con Osborn! Era evidente que estaba molesta con él.

Poco después, consciente de que Katherine no le concedería ninguna oportunidad, David se excusó y se retiró a su habitación. Cerca de las tres de la madrugada, el último de los invitados abandonó Deux Chemins.

Katherine se desplomó sobre su cama.

—¿Molly?

—Sí, Kathy.

La esclava había esperado en la penumbra la llegada de su ama.

—¡Estoy agotada!

Molly se agachó y le quitó los zapatos.

—¡Dios mío! Creí que me iban a explotar. Estos zapatos son un verdadero calvario. No me explico cómo he podido sonreír durante toda la noche. Si los músicos hubiesen tocado una pieza más me habría derrumbado en mitad del salón.

En cuanto sus pies se liberaron de su tormento, Katherine se masajeó los dedos para restablecer la circulación.

—¿Lo has visto?

Molly asintió. Había pasado toda la noche contemplando la fiesta, oculta de las miradas desde la balconada de la primera planta.

—No ha dejado de mirarte en toda la noche.

—¿De verdad?

—Creo que lo has vuelto loco.

Los sensuales labios de Katherine dibujaron una sonrisa.

—Tenías que haber visto la cara que puso cuando le dije que no podía bailar con él. Me ha dado tanta pena que he estado a punto de aceptar. ¿Y has oído cómo se enfrentaba a ese estúpido de Osborn?

Se dio la vuelta y sostuvo en alto su cabello para que Molly pudiese desabrocharle el vestido.

—Por un momento pensé que iba a ocurrir una desgracia —confesó preocupada, mientras el vestido resbalaba hasta el suelo y Molly le aflojaba el corsé—. Menos mal que papá intervino con rapidez.

—La verdad es que resultó muy desagradable.

—Sí. Pero el teniente David puso a ese engreído en su lugar. ¿Quién se creerá que es ese yanqui?

Alguien que no sabía dónde estaba, pensó Molly en silencio, mientras ayudaba a Katherine a ponerse el camisón.

Katherine se metió en la cama y dejó que Molly la arropara.

—¡Molly, es tan guapo! —Suspiró—. ¿No te parece?

—Muy guapo. Y ahora duerme. O mañana tendrás los ojos rodeados de grandes bolsas oscuras.

—Eso sí que no —negó, acomodando su cabeza rápidamente sobre la almohada.

—Hasta mañana, Kathy —se despidió Molly, recogiendo la ropa desparramada por el suelo.

—Hasta mañana, Molly.

Molly apagó la luz de las velas antes de salir de la habitación.

Katherine cerró los ojos y sonrió mientras su cuerpo se convertía en un ovillo. La noche había sido larga, pero todo había salido como ella esperaba. El apuesto teniente no había dejado de buscar su mirada en toda la velada. Ella también deseaba con fervor volver a encontrarse con aquellos ojos azules que habían conseguido tocarle el alma. Pero tenía un plan, y si quería conseguir que David Parrish se enamorara perdidamente de ella debería de cumplirlo al pie de la letra.

Reírle las gracias y fingir que disfrutaba con la compañía de Vichy sin duda había sido costoso. Siempre lo había considerado bastante superficial y engreído, pero había merecido la pena. Había conseguido su objetivo. David Parrish estaba celoso.

Lograrlo no había sido sencillo; en primer lugar Katherine hubo de asegurarse de colocar a David de modo que él pudiera contemplarla en todo momento ensimismada ante la presencia de Vichy. Después, con la involuntaria colaboración de la tímida Sophie y su madrina, a la que nunca se le escapaba nada de lo que ocurría a su alrededor, logró mantener a su presa lo bastante ocupada como para que no prestara atención a ninguna otra mujer. Y por último, colocó de manera estratégica al resto de jóvenes casaderas. Las más feas, donde David pudiera verlas con claridad, y

las que podían haberle hecho algún tipo de sombra, lejos de su alcance. Lo más complicado había sido sacar a su prima Chantal, con sus rizos pelirrojos y su cara de ángel, del campo visual de David.

Katherine sonrió. La velada había sido perfecta, y aún le quedaba mucho trabajo por delante. Con la imagen de David enfrentándose a Osborn cual caballero andante con su esplendorosa armadura iluminando sus pensamientos, se hundió en el más dulce de los sueños.

5

A pesar de la penumbra reinante, Molly avanzó con pasos seguros, dejó la bandeja con el desayuno en la mesita que había frente a la ventana y descorrió las cortinas.

Una cascada de luz iluminó la habitación.

—¡Molly! ¿Es que te has vuelto loca? ¿Se puede saber qué hora es?

—Son más de las nueve de la mañana —informó sin inmutarse al ver cómo Katherine trataba de proteger su rostro bajo las sábanas.

—¡Es prontísimo! Apenas hace unas horas que me acosté. Déjame dormir.

—Bueno, como quieras, pero creí que querrías que te avisara cuando el teniente abandonara su habitación.

Katherine asomó la cabeza.

—¿Ya se ha levantado?

—Hace al menos media hora desayunaba en compañía del amo y del señorito Julian.

—¿Media hora? —repitió, saltando de la cama con una celeridad impropia de ella—. ¡Tengo que darme prisa!

Como cada mañana, Katherine ignoró la pieza de fruta, el té y las tostadas con mantequilla y mermelada que le esperaban aún calientes sobre la bandeja y fue directa al guardarropa.

—¿Sabes lo que va a hacer hoy? —interrogó sin perder un instante, abriendo las puertas de su armario.

Molly observaba divertida.

—He oído que dará un paseo.

—¿Un paseo? Entonces he de elegir algo más sencillo —dijo, soltando el aparatoso vestido de seda con penachos en forma de flores que sostenía entre sus manos.

—¿Has podido saber por dónde?

—No muy lejos.

Quizá iría al centro, pensó Katherine, sin darle tiempo de ampliar la información. Trató de apresurarse más. Si no conseguía

hacerse la encontradiza antes de que David dejara la casa, sería casi imposible localizarlo entre el bullicio y el gentío del barrio francés.

—De hecho, sé exactamente dónde irá.

Katherine se detuvo.

—¿Lo sabes?

Molly asintió misteriosa.

—Dará un paseo por el jardín con tu hermano Julian.

—¿Por qué jardín?

—¡Katty, por qué jardín va a ser! Por el único que llega hasta las orillas del lago Pontchartrain.

¿Así que David no pensaba abandonar Deux Chemins aquella mañana? Katherine le sonrió. Su hermano Julian cada día repetía metódicamente el mismo recorrido por la propiedad. Era tan exacto y puntual en su paseo, que con mirar la hora podía saberse exactamente en qué lugar se encontraba. El reloj de carillón de su dormitorio marcaba las nueve y media en punto. Aún disponía de media hora para arreglarse y hacerse la encontradiza sin levantar sospechas. El mundo le sonreía.

Le llevó más de cinco minutos decidirse entre los numerosos vestidos. Al final se decantó por uno más sencillo que los que David había visto hasta ese momento. Era de una fina tela en tono verde muy pálido sin más adornos que un ancho lazo de gasa amarillo que enmarcaba su diminuta cintura y una sombrilla para protegerse del sol.

A las diez en punto, Julian y David atravesaban uno de los dos arcos abiertos en el laberinto de setos que rodeaba un claro de césped.

—Señorita Lacroix —saludó David, sorprendido ante la inesperada presencia de la joven sentada en un banco junto al estanque, llevándose la mano al sombrero y volviéndose a la otra joven.

—Buenos días, señor Parrish, le presento a Molly.

David estaba a punto de llevarse de nuevo la mano al sombrero cuando Julian intervino.

—Buenos días, Molly.

La pronta intervención de Julian dio pie a Molly para sacar a David de su error antes de que fuera demasiado tarde.

—Amo Julian —saludó sumisa Molly, dando un paso atrás y clavando sus ojos sobre el césped.

David se paró en seco. Jamás hubiese imaginado que aquella mujer tan hermosa y vestida con tanta elegancia fuera una esclava.

—Cuando quieran —dijo Katherine, poniéndose en pie.

Molly, que en ningún momento se había sentado, se colocó unos pasos por detrás.

—¿Nos acompaña? —preguntó David, olvidándose de la esclava.

—Todas las mañanas me uno a Julian en este tramo del paseo.

Su hermano tuvo que hacer un gran esfuerzo para que la expresión de sorpresa de su cara no lo delatara. Katherine jamás se levantaba antes del mediodía, y de hacerlo, lo último que se le hubiese pasado por la cabeza era dar una paseo de una hora por los jardines que adornaban la mansión.

Molly se rezagó con discreción cuando empezaron a caminar.

—¿Teniente Parrish? ¿Había estado antes en Nueva Orleáns?

—En varias ocasiones, pero siempre han sido estancias cortas relacionadas con asuntos de la plantación.

—¿Cómo es su plantación?

El brillo de la nostalgia empañó sus ojos.

—Hasta hace dos días le hubiese dicho que Nueva Fortuna era el lugar más hermoso que nadie pudiera imaginar, pero tras conocer Deux Chemins, me temo que me veo obligado a confesar que ya no estoy tan seguro.

Katherine sonrió.

—Debe de ser un lugar encantador.

—Así lo creo. Tal vez en alguna ocasión su familia me haga el honor de visitar Nueva Fortuna y entonces podrá juzgar por sí misma mis palabras.

Media hora más tarde estaban de regreso en la casa principal. Katherine se había apoyado sobre la balaustrada de piedra de la terraza que rodeaba toda la parte trasera de la mansión.

Las aguas del lago centelleaban en el horizonte.

—¿Conoce el lago?

La bruma matutina se había posado sobre su superficie escondiendo gran parte de su esplendor.

—Aún no he tenido oportunidad.

—Entonces he de decirle que todavía no ha visto el lugar más encantador de Deux Chemins.

Un esclavo se acercó a Julian y le susurró algo al oído.

—Katherine, tenemos que irnos. Papá nos espera.

David aprovechó el intercambio de palabras de los hermanos para cargar con disimulo el peso de su cuerpo sobre el bastón. Después de casi una hora de recorrido, la pierna le ardía.

—Me temo que otros compromisos lo reclaman señor Parrish. Ha sido un placer pasear con usted. No olvide que antes de dejarnos tengo que enseñarle el lago.

—No lo olvidaré.

—Que tenga un buen día, teniente.

—Le deseo lo mismo, señorita Lacroix.

Katherine dio un beso en la mejilla a su hermano Julian y los dos hombres se fueron por el mismo camino por el que habían venido.

En cuanto entraron en casa, Molly, que hasta ese momento siempre había caminado varios pasos por detrás de su ama, se colocó automáticamente a la altura de Katherine.

—¿Molly, has visto cómo se le iluminaban los ojos cuando pensaba en su hogar?

—Sí, yo también creo que se ha emocionado al recordarlo.

—Nunca creí que diría algo así: ¡creo que estoy enamorada! —confesó riendo de felicidad y levantando los brazos con entusiasmo.

La esclava intentó dejarse contagiar por aquella alegría pero se sentía triste. Algo en su interior le gritaba que su mundo estaba a punto de cambiar. Katherine nunca cejaba en nada que se hubiese propuesto, y Molly acabada de comprender que esta vez los inocentes flirteos de Katherine ya no eran un juego. Se había dejado atrapar en sus propias redes; estaba enamorada, y ahora pretendía convertirse en la señora Parrish. Si eso llegaba a suceder, Molly sabía que su vida cambiaría. La idea del cambio, la posibilidad de tener que enfrentarse a un horizonte nuevo y abierto la atemorizó. En cualquier caso, sus sentimientos poco importaban. Dejó que Katherine la abrazara y se alegró por ella. La felicidad de Kathy era lo más importante para Molly.

Durante los días siguientes la escena se repitió todas las mañanas. En el mismo momento en que Julian y David llegaban al estanque, Katherine aparecía puntualmente en el jardín para unirse a ellos en su paseo.

Una tarde, David acompañó a la familia Lacroix al teatro, y cuando en torno a medianoche regresaron a Deux Chemins, Gastón Lacroix insistió en invitarle a tomar la última copa.

David no pudo negarse a acompañar a su anfitrión y Katherine se retiró, sin que él hubiese tenido la oportunidad de estar a solas con ella.

Cuando llegó a su habitación, estaba cansado y desanimado. Dejó la chaqueta y el pañuelo sobre el escritorio, se quitó los zapatos y todavía vestido se dirigió a la cama.

Alguien había depositado un trozo de papel doblado por la mitad sobre la almohada. David titubeó. Parecía una nota. La cogió y la acercó a la luz. «Lo espero a la una junto al estanque.»

No estaba firmada. David volvió a leerla, necesitaba estar seguro. Se dirigió al escritorio y buscó su reloj. Sólo faltaban diez minutos.

¡Ella pretendía reunirse con él!

Sabía que no debía acudir. Pero por más que la razón y su sentido del honor le dijeran lo contrario, no podía evitarlo. La mirada penetrante de aquellos ojos color miel, el sonido dulce y cautivador de su voz, que lo hacían vibrar de pies a cabeza, su hermosa sonrisa, cada detalle de ella lo fascinaba. Necesitaba verla.

No podía levantar sospechas. Por fortuna, Julian y Gastón se habían acostado.

Tras hacer oídos sordos al último grito interior que le exigía prudencia, David se volvió a vestir y se escabulló con sigilo de su habitación.

—¡Julian!

No lo podía creer. No había sido Katherine quien le había enviado la nota. David se sintió como un estúpido. Una mujer como ella jamás acudiría a hurtadillas a reunirse con un hombre en plena noche. Pero su mente había dejado de atender a razones desde el mismo momento en que Katherine irrumpió en su vida.

—Lo siento monsieur Parrish, lamento haberle hecho venir furtivamente, pero era nuestra mejor oportunidad. Sígame —le susurró, llevándose un dedo a los labios, indicándole que no hablase —. Hemos de darnos prisa.

Había sido una orden más que una invitación. David lo siguió en silencio mientras Julian lo guiaba desde el estanque a través del laberinto de setos.

En el exterior los aguardaba un esclavo con un par de caballos.

Julian montó y David lo imitó.

—Vamos. Nos esperan —dijo Julian espoleando su caballo en dirección al lago.

Una sencilla barca de vela los aguardaba en la orilla. A pesar de la ausencia de luna, David pudo distinguir con claridad la silueta de tres hombres en el interior. Julian le indicó a David que esperara y se adelantó. Tanto misterio empezaba a ponerlo nervioso. El hermano de Katherine intercambió unas palabras en francés con un hombre de aspecto desaliñado y barba de varios días. El hombre no dijo nada. Sólo asintió. A continuación Julian hizo un gesto a David para que se acercara y subiera a la embarcación.

—Le dejo en buenas manos, teniente. El capitán Tamalet le acompañará.

—¿Adónde vamos?

—No se preocupe. Pronto lo sabrá.

Antes de que tuviera tiempo de percatarse de lo que estaba sucediendo, la barca se adentraba en el lago y la tierra firme era engullida por las sombras. David se encontraba en un bote de aspecto inseguro, en algún lugar de una gran masa de agua a merced de tres desconocidos con aspecto de criminales, sin más guía que la luz de unas cuantas estrellas sobre el firmamento.

En algún momento los sonidos se volvieron más huecos e intensos, la humedad aumentó y las estrellas desaparecieron. Estaban en un manglar. El mástil de la vela comenzó a golpear las ramas más bajas de los árboles que se iban cerrando a medida que se adentraban en las aguas pantanosas, mientras el capitán escrutaba la oscuridad.

A David le parecía increíble que alguien pudiera orientarse en aquellas condiciones.

A una señal de su jefe, los marineros plegaron el mástil y se abrieron camino con ayuda de los remos entre las raíces de los árboles que se sumergían en el agua.

David fue el último en saltar a tierra.

Las botas nuevas se le hundieron en el suelo pantanoso mientras las ramas se enganchaban en su chaqueta de seda, y los mosquitos lo torturaban. Cuando una nueva rama se interpuso en su camino, pensó que debería haber conservado su ropa de campaña para una ocasión como aquélla.

Uno de los hombres se llevó las manos a los labios y, tras imitar por tres veces el sonido de una lechuza, clavó los ojos en un punto de la espesura. Segundos después una luz surgía entre la oscuridad.

Les costó casi diez minutos atravesar la maraña de zarzas y densos arbustos que se atravesaban en el tosco sendero que los conduciría hasta la luz.

Hasta el momento de llegar junto al hombre que sostenía el candil, no descubrió la estructura de madera.

Había sido perfectamente camuflada con una espesa capa de ramas y hojas. Incluso en pleno día sería casi imposible dar con aquel lugar. La cabaña era alargada y no tenía más de cinco metros de longitud por tres de ancho. Carecía de ventanas y la única forma de entrar y salir de allí era una puerta cerrada por una ancha cadena de metal y un candado.

Antes de que la tenue luz del candil iluminara el interior, David sintió aquel horrible hedor. Lo reconoció al instante. Era el olor inconfundible de los hombres encerrados, sin espacio y sin un lugar para hacer sus necesidades. Se quitó el pañuelo anudado en su

cuello y se tapó la nariz.

Cerca de veinte hombres y mujeres se encontraban hacinados en el interior de aquel lugar sin ventilación. Estaban encadenados, pero en cualquier caso parecían muy débiles y cansados para intentar escapar.

David habría reconocido aquellos cuerpos fuertes y bien formados entre cualquier raza de esclavos. Su piel casi negra, la longitud de sus extremidades y la musculatura de sus brazos, que ni siquiera la larga travesía oceánica había conseguido eliminar, no dejaban lugar a dudas.

Eran mandingos.

No recordaba haber visto tantos juntos en toda su vida.

Buscó con cuidado. Debía elegir bien. A pesar de su apariencia enferma, no tardarían en recuperarse. Sólo necesitaban un poco de aire limpio, comida y ejercicio. En otros tiempos unos ejemplares semejantes no se habrían mostrado en tan deplorables condiciones. Primero los habrían alimentado y obligado a ejercitar sus músculos para recuperar el aspecto saludable perdido tras los duros meses de travesía. Tras bañarlos habrían sido expuestos en los mejores mercados de la ciudad. Pero la importación de esclavos de África se había prohibido hacía años y su venta era completamente ilegal. Sólo los esclavos que vivían en el país poseían el dudoso privilegio de poder ser vendidos y subastados legalmente.

Era cierto que en el Sur los compradores no eran muy exigentes con la procedencia de sus esclavos, pero aun así había que ser precavido. En cualquier caso, la escasez de mandingos hacía que cada ejemplar alcanzara un precio desorbitado.

Tras examinar con detenimiento alguno de ellos, David se decantó por un varón de unos veinte años. No era el más alto, pero parecía fuerte y ágil. Conservaba todos los dientes y las cicatrices de su cuerpo indicaban que probablemente había sido un guerrero. Su mirada altiva y llena de odio era la de un hombre que había nacido libre y que jamás se doblegaría a la esclavitud. Llevarlo a una plantación habría sido una insensatez. A diferencia del resto de esclavos, que habían nacido en cautiverio y no habían conocido otra cosa, éste nunca aceptaría de forma natural su nueva condición. En cualquier descuido podría entrar en la casa principal y asesinar a todos sus amos blancos. El hombre que tenía encadenado frente a él, mirándolo, no tenía nada que perder.

Pero el destino del esclavo no iba a ser la plantación. Ni siquiera era para David. Era un regalo. Una muestra de agradecimiento hacia el propietario de un salón de Richmond que hacía poco más

de un año le había salvado la vida durante una pelea cuando lo asaltaron al salir de su local. Se dedicaba a organizar combates entre esclavos, y las mismas cualidades que hubiesen sido una terrible amenaza en una plantación, convertían al mandingo en un ejemplar de primera calidad para la lucha.

David no tardó en concretar los detalles. Especificó que lo alimentaran, lo asearan y que ganara peso antes de enviarlo a Richmond. El precio era una fortuna, pero lo valía. El regalo sería perfecto.

Por la mañana, David dio las gracias a Lacroix y le informó de que partiría al día siguiente. Llevaba demasiado tiempo alejado de su plantación y quería supervisar la recogida de la cosecha. Por más que intentara buscar una excusa para prolongar su estancia, David sabía que había llegado el momento de marchar.

Pasó su último día en Deux Chemins concretando los detalles de su regreso a Virginia.

Un esclavo excusó la presencia de Katherine durante el almuerzo.

El tiempo jugaba en contra de David. Bajó al salón y salió a la terraza. Aún no había anochecido. En breve cenaría por última vez con Gastón Lacroix y su familia. Respiró profundamente. En menos de una hora el sol sería engullido por las aguas del lago. Por favor, rogó, que baje a cenar.

El relinchar de un caballo lo obligó a volverse.

Ella estaba allí, mirándolo desde lo alto de su montura. Vestía ropa de montar y el pelo le caía libre sobre los hombros. Con la mano izquierda tiraba de un segundo animal.

—¿Recuerda que le prometí enseñarle el lago antes de abandonar Nueva Orleáns? Ahora o nunca, me temo —dijo, tendiéndole las riendas.

—Su familia me espera…

—No se preocupe. Molly les avisará. Le prometo que mi padre no tendrá ninguna objeción.

Recorrieron el camino entre la casa principal y la orilla del lago. Era el mismo trayecto de la noche anterior y sin embargo todo parecía diferente.

Las aguas del mar interior estaban en calma. El sol bajo y rojizo producía reflejos dorados sobre la superficie cristalina, y en el horizonte una fina calima envolvía con su manto las pequeñas embarcaciones de pescadores que regresaban de mar abierto tras una dura jornada de trabajo.

David y Katherine desmontaron y se dejaron caer sobre el

césped, al abrigo de la sombra de un viejo ciprés. Se sentaron en silencio, uno junto al otro. Allí, sin más compañía que sus propias almas, contemplaron el maravilloso escenario que tenían ante ellos.

—Qué hermoso es esto.

—Mi bisabuelo se enamoró de este lugar nada más verlo. Desde entonces mi familia no ha querido marcharse de aquí.

—Yo tampoco podría. Me hace pensar en Nueva Fortuna. Hace ya tres meses que falto de allí.

—Pronto estará en casa…

Entonces los dos se quedaron en silencio, conscientes de que al día siguiente él partiría y quizá nunca volverían a verse.

—Katherine…

—¿Sí, David?

Ella lo miraba. Era la primera vez que aquellos ojos ámbar estaban tristes.

David tuvo la impresión de que había llorado. Tomó la mano de Katherine entre la suya.

Ella sintió cómo su piel se erizaba con el contacto de David.

—Yo…

David hizo una pausa, intentando encontrar las palabras que expresaran los sentimientos que se amontonaban en su corazón.

—Te amo, Katherine. Te quiero como creí que nunca se pudiera amar a una mujer. Lo supe la primera vez que te vi. Sé que parece una locura, que apenas nos conocemos, pero no puedo soportar la idea de alejarme de ti, de no volver a verte.

Katherine sintió que sus ojos se humedecían y el latido de su corazón se aceleraba.

Entonces David, sin soltar su mano, se puso de rodillas sobre el césped.

Ella contuvo la respiración.

—Katherine Lacroix, ¿quieres casarte conmigo?

Ella sonrió.

—David Parrish. No hay nada en este mundo que desee más que convertirme en tu esposa.

Esa misma noche, tan sólo seis días después de conocerla, David pedía formalmente a Gastón Lacroix la mano de Katherine.

Una semana más tarde, a mediados de junio, Katherine Lacroix y David Parrish contraían matrimonio en la catedral de Nueva Orleáns.

6

Owen Graham estaba de pésimo humor. Aquella noche no había pegado ojo. El calor y una vieja lechuza instalada en algún árbol cercano a su ventana se habían encargado de impedírselo.

Cuando se levantó de la cama aún podían distinguirse los rezagados reflejos de la luna jugueteando sobre la tarima de madera. Estaba agotado. Se sentía igual que si una manada de caballos salvajes lo hubiesen pisoteado, y el simple esbozo del día que le quedaba por delante, antes de que pudiera reencontrarse con sus sábanas, lo hacía sentirse aún más cansado. Owen sumergió la cara en agua fría para despejarse. Había muchas cosas que hacer si quería que todo estuviese listo para el recibimiento de su patrón. Pero primero tenía una cita ineludible. Cogió su fusil y salió al exterior. La lechuza no volvería a robarle el sueño.

Desde que tras la muerte de su padre, Owen se había convertido con tan sólo veintiún años en capataz de Nueva Fortuna, nunca había vivido cerca de una mujer blanca. Thimoty Parrish, el padre de David, ya era viudo cuando Owen llegó a la plantación. Y no había sido distinto en pleno corazón de las Smoky Montain, en Carolina del Norte, donde por espacio de dos décadas, Owen y su padre, un trampero llamado Joe, habían sido los dos únicos habitantes de White Creek, un pequeño arroyo en lo más profundo de un valle rodeado de escarpadas colinas y densos bosques de abetos y fresnos, al que las nieves del invierno se encargaban de mantener aislado del mundo hasta la llegada del deshielo en primavera.

Actualmente su vida era perfecta. Hacía y deshacía a su antojo, y David, con quien mantenía una relación cordial, casi de amistad, nunca se había entrometido en su trabajo.

La perspectiva de que una mujer con su sombrilla de flores, vestido abultado y zapatitos finos, revoloteara por sus dominios sin otro quehacer que revolverlo todo, no le agradaba lo más mínimo.

La sencilla y estructurada cabeza de Owen aborrecía los cambios. Y más cuando, como en este caso, tenía la certeza de que

no serían para mejor. Porque desde el mismo instante en que Eva apareció en el mundo y tentó a Adán para que comiera la fruta prohibida, las mujeres sólo habían sido fuente de complicaciones. Y en Nueva Fortuna no sería diferente. Prueba de ello era el mensaje enviado por David días atrás en el que ordenaba a Owen que la casa y sus alrededores estuvieran en perfectas condiciones para el recibimiento de su esposa.

Era la época de mayor trabajo en los campos, pero aun así, para poder cumplir los deseos de David, Owen se había visto obligado a prescindir de los brazos fuertes de varios hombres y mujeres en la recogida del algodón, y destinarlos a estériles tareas de limpieza. Ella aún no había puesto los pies en la plantación y los cambios ya habían empezado.

Así que, cuando el coche de caballos apareció en el horizonte, Owen Graham aún refunfuñaba.

Todos y cada uno de los esclavos habían dejado sus obligaciones para dar la bienvenida a David y a su mujer, que llegaban con más de tres horas de retraso.

Una mañana de trabajo desperdiciada, se dijo Owen, viendo a lo lejos los campos salpicados de blanco con las plantas cediendo bajo el peso de su propio fruto.

Antes de que el coche pasara bajo la primera pareja de arces que daban forma a la avenida principal, los esclavos ya se habían alineado perfectamente frente a la mansión.

Owen esperaba a la cabeza del nutrido grupo de sirvientes.

El coche se detuvo.

Thomas, el esclavo que estaba al servicio de la casa, abandonó la fila y corrió para abrir la portezuela.

—Señor Parrish —saludó el capataz en cuanto David puso el pie en tierra.

David le estrechó la mano con cordialidad.

—Me alegro de verle, Graham.

Bastaba una mirada para saber que Owen Graham había cumplido perfectamente con su deber en los meses de ausencia. David asintió satisfecho.

—Veo que ha cuidado bien de Nueva Fortuna.

Owen sonrió.

—Gracias, señor.

David le devolvió la sonrisa. Por fin estaba en casa.

Desde el interior, al abrigo de las cortinas que cubrían parcialmente las ventanillas del coche, Katherine observaba cada detalle.

Su esposo le había hablado del capataz, pero nunca imaginó que sería tan joven. No debía de ser mucho mayor que David. Por lo que apenas sería un niño cuando se hizo cargo de la plantación diez años atrás.

Ni el irreverente capricho de meter las manos en los bolsillos del pantalón una vez hubo saludado a David, que lo obligaba a encorvarse ligeramente hacia delante, conseguía que la cabeza del capataz quedara por debajo de la de David. De un castaño claro, su pelo era tan abundante y encrespado que ni siquiera el viejo sombrero de cuero conseguía mantenerlo a raya. Una barba de un par de días, igualmente rebelde, cubría su mandíbula cuadrada y disimulaba los marcados ángulos de sus facciones.

En su camisa arrugada, apenas se distinguían los restos de lo que algún día fueron unos grandes cuadros rojos y azules. Y el hecho de que la llevara colgando, sin haberse molestado siquiera en metérsela por dentro de los pantalones, le daba un aspecto de abandono y dejadez.

Tras el intercambio de saludos, David se volvió hacia el interior del carruaje y ofreció su brazo a Katherine.

Había llegado su momento. Katherine posó delicadamente sobre la de su esposo su mano cubierta por un impoluto guante de encaje que le llegaba más allá del codo y salió.

—Cariño, te presento a Owen Graham.

Owen aceptó la mano que le tendía la recién llegada y la acercó a sus labios sin hacer el menor intento por encontrase con su rostro.

La delicada mano de Katherine fue engullida como si se hubiese convertido en la presa de un caimán. Estaba claro que aquel hombre no estaba acostumbrado a tratar con mujeres de su nivel, y por la manera tan desaliñada con que se había presentado ante ella, Katherine tuvo la certeza de que su llegada no había sido del agrado del rudo capataz.

—Bienvenida, señora Parrish.

—Encantada —contestó, divertida ante la situación, respondiendo con igual firmeza a la presión ejercida sobre sus dedos.

La determinación con que aquella diminuta mano le contestó, logró que el capataz mirara a Katherine por primera vez.

El dulce brillo de unos ojos azul oscuro bajo las cejas pobladas cogió de improviso a Katherine, que se sorprendió al descubrir bajo aquella dejadez a un hombre esbelto y atractivo.

—Puede llamarme Katherine —añadió ella, en el mismo instante en que los ojos de Owen Graham encontraban los suyos.

—Katherine —consiguió pronunciar Owen, atrapado por aquel rostro angelical de mirada intensa.

Las defensas de Owen Graham habían caído. Katherine sonrió. Acababa de vencer a su primer enemigo.

Owen Graham aún sostenía ensimismado en su mano la de su nueva señora cuando dos carretas traspasaron los límites de Nueva Fortuna.

La distracción del capataz sólo duró un instante, pero Katherine aprovechó ese segundo en que la presión sobre su mano se relajaba para recuperar sus cinco dedos, que empezaban a cosquillearle ante la falta de circulación.

Las carretas se detuvieron un instante después del coche de caballos.

Dos lonas cubrían su contenido, pero bastaba contemplar la altura que alcanzaban los bultos bajo la cubierta para saber que la señora Parrish no viajaba ligera de equipaje. Owen pensó que harían falta al menos dos de sus hombres más fuertes para descargar y acomodar todo antes del anochecer. Sin embargo, ya no le molestaba. Incluso habría prescindido de todos ellos con tal de poder ayudar a la joven que le había sonreído con tanta dulzura.

Owen no se percató de la presencia de la otra mujer hasta que la misma Katherine se dirigió a su encuentro.

Por segunda vez en el corto espacio de diez minutos, Owen Graham quedó fascinado. La recién llegada era tan bonita como la propia señora Parrish.

—Es la esclava personal de mi mujer —le anunció David de manera confidencial, cuando Katherine estuvo lo suficientemente lejos, asegurándose de que los esclavos que seguían alineados tras el capataz también pudieran escucharlo.

Owen le miró incrédulo.

Pero David asintió.

Ahora los dos hombres contemplaban a la mujer ataviada con un elegante vestido a rayas y el cabello recogido bajo una redecilla con incrustaciones de nácar, que se dejaba abrazar por Katherine.

Tras darle la bienvenida, Katherine regresó junto a su esposo. Molly la seguía a una distancia prudencial.

—Señor Owen, ella es Molly —informó Katherine, sonriente.

En el mismo instante en que su cabeza hacía una ligera inclinación ante la esclava, Owen Graham se dio cuenta de que no debería haber hecho algo así. Su autoridad debía quedar clara desde el primer momento. Pero su cuerpo había decidido hacer oídos sordos a las advertencias de su mente y rendir tributo a aquella

esclava de hermosos ojos verdes.

La imperceptible reverencia del capataz consiguió ruborizar a Molly hasta las orejas. La situación era violenta. Molly sólo necesitaba ver el cambio experimentado en la actitud del resto de los esclavos para saber que todos los habitantes de Nueva Fortuna tenían ya conocimiento de cuál era su condición.

Los esclavos aún seguían con la cabeza inclinada hacia el suelo, pero mientras que a Katherine la observaban de reojo y sumisos, a ella la miraban con descaro, sin el menor asomo de pudor. No necesitaba volverse para saber que acababa de convertirse en el foco de interés de todos. Ya le había sucedido antes. Los murmullos silenciosos se sucedían a su espalda mientras trataban de descubrirle cualquier rasgo que la hiciera como ellos.

Pero Molly era demasiado blanca.

Podía sentir cómo la estudiaban. Estaba acostumbrada a aquellas miradas recelosas, se dijo, tratando sin mucho éxito de infundirse valor. Las había sufrido desde niña. Con gran aplomo aguantó la embestida de aquellos ojos hostiles, mientras sentía cómo el último rayo de esperanza se desvanecía y se resignaba a su futuro. En Nueva Fortuna, como en Nueva Orleáns, las cosas no serían diferentes para ella. También estaría sola.

Katherine se enamoró de Nueva Fortuna nada más ver su majestuosa fachada blanca asomando al final de la amplia avenida de arces que conducían hasta la entrada. Se enamoró del césped salpicado por margaritas salvajes que rodeaba la mansión. De los bosques de árboles altos y frondosos que aislaban la casa principal de los campos de algodón, del murmullo tranquilo del río, y de su luz.

Del más puro estilo neoclásico, no había ni una sola nota discordante en aquel edificio rectangular de dos plantas y tejado abuhardillado. Salvo por la aldaba dorada de la puerta principal, las tejas de pizarra gris y el rosal que había conseguido abrirse camino a través de una columna hasta la balconada que recorría de un extremo a otro la fachada del primer piso, todo era de color blanco. Aunque mucho menos suntuosa y de menores proporciones, le recordó a Deux Chemins. Desde el porche, la larga avenida de árboles destacaba sobre las colinas que asomaban en el horizonte. Katherine sonrió. Había llegado a su hogar.

No tenía la menor duda de que Owen había realizado su trabajo a conciencia. Habían sacudido y aireado las alfombras, los muebles y el suelo estaban lustrados, y las cortinas lavadas. Pero aunque los metros de tela volvían a colgar de sus raíles, aún conservaban un

ligero toque de humedad que las prisas y el mal tiempo de los últimos días no habían permitido eliminar por completo.

Escoltada en todo momento por David, Katherine avanzó entre el olor a cera y la fragancia de flores frescas que por primera vez en décadas volvían a inundar de color aparadores y jarrones.

Las habitaciones eran amplias. El salón y el comedor unidos entre sí mediante una puerta de doble hoja, y ambas estancias, al igual que la biblioteca, tenían a su vez acceso directo al recibidor. Al fondo, bajo el hueco de la escalera y tras sobrepasar una sala rectangular con una coqueta rotonda desde donde podía distinguirse el curso del río, un pasillo conducía a la cocina y a las dependencias de los esclavos que vivían en la casa.

Salvo el ala de servicio, todas las habitaciones de la planta baja comunicaban directamente con el porche que rodeaba la mansión, por lo que la luz entraba a raudales por las numerosas ventanas y puertas acristaladas.

Sin embargo, la falta durante largos años de una mano femenina había dejado huella. Sobre todo en los muebles algo toscos y funcionales que habían ido ocupando los rincones sin ningún criterio. A pesar de ello, Nueva Fortuna le pareció perfecta. No podía igualarse al lujo de Deux Chemins, pero era ideal para formar una familia. Además, una vez sustituidos aquellos muebles de tonos oscuros que absorbían la luz como esponjas, la sensación de austeridad y pesadez que impregnaba la casa desaparecería.

Nueva Fortuna se convertiría en un lugar acogedor. Ella se encargaría de eso. De hecho, en el exterior dos carretas repletas de adornos, complementos y muebles de diseños más modernos y lujosos, que ella aportaba como parte de la dote, esperaban dispuestos para comenzar una transformación a la que se uniría el contenido de otras cuatro carretas más que ya estaban de camino.

A medida que David le iba descubriendo los diferentes espacios, Katherine iba imaginando y comentando con él cómo quedaría cada uno de ellos una vez que los hubiese redecorado. Tan pronto una mesita de té de patas doradas que esperaba bajo la lona de uno de los carros iba a reemplazar a un viejo arcón, como se deshacía de una lámpara o jugueteaba con la nueva ubicación de un jarrón con motivos chinos que permanecía oculto tras una puerta. Alfombras de flores, sofás de tonos atrevidos, Katherine ponía tal pasión en sus descripciones que por un momento David creyó estar viendo aquel baile de color y lujo en el lugar que ahora ocupaban los butacones estampados en una gruesa tela marrón sobre la alfombra del mismo tono.

Él la miraba fascinado. Hasta ese momento nunca había pensado que la decoración de Nueva Fortuna estuviese pasada de moda. Y aunque le divertía y le causaba placer, le costaba entender cómo algo tan sencillo como la colocación de algunos muebles podía ilusionar tanto a su esposa.

Antes de haber salvado los veinte peldaños de los dos tramos de escalera que partían del recibidor y llegaban al primer piso dibujando una amplia curva, Katherine ya había decidido que sólo se salvaría de la renovación la biblioteca. Allí el escritorio y los muebles eran de caoba maciza que había sido traída por el bisabuelo de David de Inglaterra hacía casi cien años. También permitiría que los retratos de los antepasados de David, que actualmente colgaban en el salón y en el rellano de la escalera, permanecieran en la casa. Pero la biblioteca sería un lugar más apropiado para ellos. Al fin y al cabo, ella tenía unos bonitos cuadros de paisajes y campos de flores dispuestos para reemplazar a aquella corte de viejos terratenientes con aire serio y autoritario.

Tras comprobar que habían acomodado correctamente las pertenencias de Katherine, Molly regresó al exterior.

Los carromatos habían desaparecido y su carga permanecía apilada a lo largo del porche provisionalmente hasta que la trasladaran a su ubicación definitiva.

A Molly no le costó mucho encontrar sus cosas entre aquel amasijo de bultos. Katherine le había prestado uno de sus baúles para meter sus vestidos y alguno de los regalos que le había ido haciendo a lo largo de los años.

Miró en derredor, pero nadie parecía preocuparse de la esclava de piel blanca. Los esclavos que habían transportado el equipaje de Katherine hasta su dormitorio ya habían vuelto a los campos. No encontraría a nadie dispuesto a ayudarla.

Cuando después de arrastrar su baúl por el porche entró en la cocina y soltó su carga, creyó que iba a caer deshidratada.

—Hola —saludó Molly con su mejor sonrisa a los tres esclavos que estaban en la cocina, mientras trataba de recuperar el aliento.

—Hola —respondió el único hombre del grupo, acudiendo en su ayuda, mientras las dos mujeres se limitaban a mirarla sin hacer el menor esfuerzo por ocultar su curiosidad.

—¿Molly, verdad? ¿La esclava del ama?

Molly asintió.

—Yo soy Thomas. Como comprobarás me encargo un poco de todo. Ella es Olivia, la cocinera —dijo señalando a una mujer de unos cuarenta años de complexión fuerte.

Molly saludó con un gesto de cabeza a la cocinera, que ella no se molestó en devolver.

—… y la más joven es Latoya. Ayuda en la casa —indicó el esclavo cuyos cabellos comenzaban a encanecer, sonriendo a la muchacha que no debería de tener más de quince años.

Su piel era mucho más oscura y destacaba aún más sobre el impoluto delantal blanco que colgaba de su cuello.

—Bienvenida, señorita Molly —se presentó, mostrando una sonrisa de oreja a oreja que dejaba al descubierto dos blanquísimas paletas, y haciendo una graciosa reverencia.

La pronta mirada de Olivia al ver cómo su ayudante se inclinaba ante la esclava devolvió a Latoya a su posición inicial en el acto. Por muy guapa y blanca que fuera aquella mujer, era tan esclava como ellas, y Olivia no iba a permitir que ningún esclavo se inclinase ante otro en su cocina.

—Llámame Molly.

Pero Latoya no le respondió. Bajó la cabeza y miró al suelo. Molly acababa de perder la oportunidad de hacer una amiga.

—Creo que me instalaré en la casa —dijo Molly, tratando de romper la tensa situación producida por la reverencia de Latoya.

—Así es. El capataz ha ordenado que se aloje en el ático —contestó Thomas, sin apenas percatarse de que la había tratado de usted.

No era fácil acordarse de que aquella mujer de piel clara, ropa elegante y modales cuidados, era una esclava más de la plantación.

—¿Podría beber un poco de agua?

Latoya iba a salir disparada hacia el pozo cuando Olivia la agarró del brazo.

—Ahí tienes los vasos y el pozo. Puedes servirte cuanto gustes.

Molly sintió cómo se ruborizaba. Había tenido que armarse de valor para romper su timidez y ser agradable. Pero estaba claro que cada vez que abría la boca sólo conseguía empeorar las cosas.

Se moría por un vaso de agua, pero no tenía intención de beber mientras tres pares de ojos la contemplaban.

Thomas lanzó una mirada a Olivia. Esta vez había sido un poco dura con la joven.

El esclavo tomó una jarra con agua de una repisa cercana, vertió un poco en un vaso y se lo tendió a Molly.

—Gracias —le dijo ella, apurando hasta la última gota.

Olivia giró la cabeza y le dio la espalda al esclavo.

Thomas ignoró el desaire que acababa de hacerle la cocinera. Era una testaruda.

—¿Pesa? —preguntó entonces Thomas, queriendo suavizar el ambiente y contemplando el baúl que seguía exactamente en el mismo lugar donde lo había soltado Molly.

—Sí, pesa. Ni un muerto pesaría más que ese baúl —bromeó ella tras saciar su sed.

Thomas asintió con la cabeza mientras tiraba de una de las asas de cuero.

—Creo que será mejor que vaya a buscar a un par de hombres para que le suban el equipaje a la señora.

—No te molestes, por favor —se adelantó—. Las cosas de la señora ya están colocadas. Lo que hay dentro es mío.

Los tres esclavos miraron el baúl al unísono.

Ningún esclavo podía tener tantas cosas de su propiedad como para llenar algo tan grande.

Molly se dio cuenta de que había vuelto a meter la pata. Era probable que todas las pertenencias juntas de aquellos tres esclavos ocuparan poco más que un hatillo.

Thomas soltó el baúl al instante y se dirigió hacia la escalera de servicio.

—Te mostraré cuál será tu habitación durante tu estancia con nosotros —dijo cortante mientras comenzaba a subir.

Molly sintió deseos de llorar. Cogió el mismo agarradero cuya huella aún seguía impresa en su mano y se dispuso a arrastrarlo escalera arriba.

—Ni siquiera duerme en la cocina —oyó cómo envenenaba Olivia a Latoya, mientras Molly peleaba por vencer el primero de los peldaños sin que nadie se apiadara de ella y le prestara ayuda.

Quiso protestar. Ella no había pedido ser alojada aparte del resto de esclavos. Pero una vida de obediencia y culpabilidad por el color excesivamente claro de su piel no la había preparado para luchar. Calló y se dispuso a subir un nuevo escalón.

Thomas en ningún momento hizo el menor ademán de echarle una mano. Estaba claro que, por algún motivo que Molly no alcanzaba a entender, al esclavo le había molestado que ella pudiera tener tantas cosas. Su amabilidad inicial había desaparecido.

Casi cinco minutos después, alcanzó el ático.

—Hace años que no se usa —le dijo Thomas, abriendo la puerta.

Molly soltó el baúl.

Las manos le quemaban y estaban enrojecidas por el esfuerzo. Un fuerte pinchazo sacudió sus vértebras cuando intentó enderezarse. Le faltaba el aire.

—Si no acompañas a los amos debes utilizar siempre la escalera de servicio —le informaba Thomas, sin parecer preocupado ante el evidente esfuerzo que hacía la esclava por respirar. Tienes todo lo que necesitas. Y cualquier cosa que no sepas, pregúntame. Aquí estarás bien. Nadie viene por aquí —dijo, como si se tratase de una apestosa a la que había que mantener separada del mundo—. Los amos cenarán en una hora.

Dicho esto, Thomas se marchó.

Tenía menos de una hora para instalarse.

Molly trató de recuperar el aliento. Pero después de que el sol hubiese golpeado el tejado sin piedad durante todo el día, el aire se había recalentado hasta volverse irrespirable. No era de extrañar que nadie se molestase en subir hasta allí.

Se dirigió a la única ventana de la buhardilla, que inesperadamente era amplia, e intentó levantar la hoja de guillotina. Pero estaba atascada. La madera se había combado. Un nuevo intento consiguió que cediera lo justo para que un hilo de aire renovara poco a poco el ambiente viciado. Molly acercó su rostro a la rendija y respiró con avidez. Después contempló la que iba a ser su habitación por el resto de su vida.

El techo apaisado y el calor sofocante no permitían olvidar en ningún momento lo cerca que estaba del tejado.

Una cama de hierro, un colchón con dos grandes manchas oscuras, cuya naturaleza Molly prefirió no investigar, una única manta, que parecía no haber conocido el agua y el jabón, una mesilla de noche, una palangana, una silla, una vieja mecedora que necesitaba una mano de pintura, un tocador con el espejo resquebrajado en el centro y, por último, una capa de polvo lo suficientemente espesa como para alfombrar el camino desde Nueva Orleáns a Virginia.

Con un poco de gusto y de trabajo quedaría bien, se intentó convencer, dirigiéndose hacia el baúl. No sería como la de Nueva Orleáns, pero bastaría. Al fin y al cabo, estaba convencida de que sería mucho más lujosa que el alojamiento de cualquier otro esclavo de Nueva Fortuna.

Cuando abrió los cierres dorados de su baúl estaba un poco más animada. Por suerte había traído una bonita colcha de flores y unas sábanas que Katherine le había regalado hacía un par de años, cuando renovó el menaje de su habitación. Además, Molly también había cogido los restos de unas gruesas piezas de tela oscura que había pensado utilizar para hacerse un chal, y que serían perfectas para confeccionar unas cortinas. Bajo la cama localizó una alfombra

que se le había pasado por alto. Estaba tan sucia que era imposible adivinar su verdadero color. Pero en cuanto la lavara estaba convencida de que daría un toque más acogedor al conjunto.

A continuación se dirigió al tocador. En otro tiempo debía de haber sido una bonita pieza. Pero ahora la pintura estaba descascarillada. En uno de los cajones laterales del mueble Molly encontró una pluma y un tintero vacío, que el anterior ocupante debía de haber olvidado. Ella siempre había deseado aprender a leer y a escribir, pero eso, como otras muchas cosas, era algo vedado para una esclava, pensó volviendo a cerrar el cajón.

Pasó su mano por la fisura del espejo y buscó su rostro en el espacio abierto en el polvo.

Su piel, a pesar de tener un permanente tono dorado, no era más oscura que la de Katherine cuando ésta olvidaba protegerse del sol. La punta de su nariz estrecha y larga era redondeada. Sus labios eran sensuales y sus ojos verdes un poco rasgados se volvían casi esmeralda al encontrar el sol. Sólo el ligero tono oliváceo de su piel y sus rasgos ligeramente exóticos perduraban como únicos indicios visibles de la herencia de su bisabuela africana. En realidad, su sangre negra apenas debía de constituir unas gotas del total. De hecho, desde que su bisabuela atrajera las miradas de un capitán del ejército español, todos sus antepasados varones habían sido blancos.

Bajo los primeros rayos de luz del atardecer, Molly contempló por última vez el reflejo de su rostro sobre el espejo, y deseó que la sangre de su bisabuela hubiese sido más espesa.

7

Una suave brisa del sur invitaba a cabalgar. El caballo rodeó las cuadras y se dirigió hacia el bosque. El verano llegaba a su fin, pensó Katherine, contemplando las primeras pinceladas ocres sobre las copas de los árboles. Pronto se cumplirían cuatro meses desde su llegada a Nueva Fortuna. Pero la redecoración de su nuevo hogar, y las numerosas fiestas y recepciones ofrecidas por sus vecinos a las que había acudido, la habían tenido tan ocupada que apenas se había percatado del avance del tiempo.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que no reparó en la esclava que se acercaba por el borde del sendero hasta que la tuvo encima.

La muchacha se apartó del camino y esperó a que la esposa del amo la adelantara.

Pero en lugar de pasar de largo y continuar su paseo, Katherine tiró de las riendas y se detuvo.

Aunque no debía de tener más de dieciséis años, era evidente que le faltaba poco para dar a luz.

Las costuras de aquel vestido de florecitas no podrían ceder mucho más.

Katherine sintió curiosidad.

—Hola —la saludó con ganas de hablar, desde su caballo.

La esclava agachó la cabeza en actitud sumisa.

—Buenas tardes, ama Katherine.

Katherine le sonrió. Parecía tan triste y sola…

—¿Cómo te llamas?

—Velvet, ama Katherine —respondió sin levantar la mirada.

—Es un nombre muy original. ¿Vas a algún sitio?

—Al poblado, ama —contestó, señalando una bifurcación del camino a pocos metros de distancia.

Katherine hizo un gesto de desagrado. Poco después de llegar a Nueva Fortuna a punto estuvo de ir a parar por error al grupo de cabañas donde vivían la mayor parte de los esclavos. Sólo lo vio de lejos, pero aun así, le pareció que debía de tratarse de un sitio

horrible. Sin embargo, el estado de los alojamientos de los esclavos no era asunto suyo. El capataz era el responsable. Katherine simplemente jamás volvió a pasar cerca de aquel lugar tan desagradable.

—El amo Owen me ha dado permiso para retirarme antes —se apresuró a explicar Velvet.

Le sorprendió que alguien en su estado trabajara en los campos.

—¿De cuánto estás?

—Casi de siete meses, ama Katherine.

—Entonces nacerá en diciembre.

Velvet asintió.

—Espero que sea un bebé fuerte y sano.

—Gracias, ama —dijo con timidez, acariciándose el vientre como si quisiera expulsar los malos augurios.

Katherine tuvo que hacer un enorme esfuerzo para escuchar la voz de la esclava, que con cada frase inclinaba un poco más la cabeza hacia el suelo.

Viendo que la conversación no daba más de sí, Katherine atizó su caballo y dejó a la esclava parada en el borde del camino.

Esa tarde sintió que todo era diferente. Así que en lugar de seguir el sendero que recorría cada día cuando salía a cabalgar, tomó uno más estrecho que discurría paralelo al río. Las ramas y la maleza habían crecido hasta tal punto que tuvo que desmontar y seguir a pie. Hacía mucho tiempo que nadie debía de pasar por allí. Y entonces, justo en el momento en que se disponía a dar la vuelta, descubrió el lugar más hermoso que había visto nunca.

—¡Molly, hoy he descubierto un sitio precioso! —dijo entusiasmada al regresar a la mansión, lanzando la fusta y el gorro de montar sobre una silla del recibidor—. Es un pequeño remanso en el río rodeado de árboles y flores. ¡Es encantador! Parece el jardín de las hadas. Tienes que venir a verlo conmigo.

—Me gustaría —respondió Molly, contagiada de tanto entusiasmo, recogiendo la fusta de la silla y agachándose para hacer lo mismo con el sombrero que había ido a parar sobre la alfombra, para a continuación seguir a Katherine escalera arriba.

—Recuérdame que le pida a Owen que desbrocen y corten algunas de las ramas que cierran el camino. Quiero que se pueda llegar cabalgado hasta allí.

Cuando Katherine entró en su habitación, el baño ya estaba listo. Molly espolvoreó un puñado de sales en el agua e introdujo el codo para comprobar que la temperatura era óptima.

—¡Estoy agotada! —protestó Katherine, derrumbándose sobre

un diván colocado junto a la ventana—. No me encuentro con ánimo de asistir a la recepción de esta tarde y aguantar a la remilgada señora Burton y a su anodino esposo.

Aunque Molly no conocía personalmente a la anfitriona de aquella noche, Katherine le había hablado de ella con suficiente detalle para saber que se trataba de una mujer cursi y sin el menor asomo de inteligencia.

—Sólo espero que no vuelva a contarnos la historia del día en que asistió a la ópera en Nueva York y los jóvenes yanquis se quedaron prendados de su belleza —dijo, cubriéndose el rostro con la mano de forma afectada imitando la voz estridente de Gwendolyn Burton.

Molly tuvo que tirar con todas sus fuerzas para quitarle las botas de montar a Katherine. A continuación la ayudó a desvestirse.

—¿Qué te vas a poner esta noche?

—Tráeme algo sencillo —le indicó Katherine, introduciéndose en la bañera.

Molly dudó.

—¡Pero Katty! ¡No hay nada sencillo en tu guardarropa!

—Tienes razón —recapacitó, aspirando el aroma de jazmín que impregnaba el agua—. Pero a Gwendolyn Burton le encanta ser el centro de atención. Sólo hay que ver esos espantosos vestidos que se pone… Ya que voy a ser su invitada, me gustaría llevar algo más discreto que ella.

—¿El azul, tal vez?

—¿El de flores en la cintura?

—No. El liso y pálido. El que te regaló el amo Lacroix en tu último cumpleaños, con puntillas en las mangas.

Katherine frunció el entrecejo. No recordaba tener ningún vestido azul pálido.

Antes de que tuviera tiempo de decir nada más, Molly apareció con él en las manos.

A diferencia de la mayoría de los vestidos de Katherine, de colores muy vivos y alegres, éste era muy claro, incluso casi soso.

—¡Será perfecto! —exclamó Katherine, golpeando las palmas de las manos con tal ímpetu que parte del contenido de la bañera fue a parar a la alfombra.

Al comprobar que Katherine iba a dar el baño por terminado, Molly depositó el vestido sobre la cama con cuidado y cogió una toalla.

—Por cierto, Molly, hoy vendrás conmigo —dijo Katherine, dejándose envolver por el suave algodón.

—Pero yo… no creo que deba —intentó protestar, paralizada por el miedo.

—¿Cómo que no debes? Claro que debes. Vendrás conmigo. En Nueva Orleáns siempre me acompañabas.

Pero en Nueva Orleáns todos sabían que era la esclava de la hija del hombre más importante de la ciudad, quiso gritar.

—No sé si al amo David le parecerá bien…

—¿Por qué no iba a parecerle bien? ¡No es que vayas a cenar con nosotros!

Sintió pavor. Hasta ahora Molly había conseguido no salir de Nueva Fortuna. Nadie la había visto. No se sentía con ánimos de llamar la atención.

—El vestido rojo te quedará perfecto —añadió Katherine.

No había nada más que decir. Molly conocía a Katherine demasiado bien para saber cuándo no quería volver a hablar de un tema. Si su aspecto no era de por sí suficiente para atraer la mirada de todos los invitados a la cena, el vestido rojo la terminaría de convertir en un mono de feria, actuando como un imán para los posibles despistados que no se hubiesen percatado ya de su incómoda presencia.

A pesar del evidente esfuerzo de sus propietarios por acicalarla y disimular con arbustos y plantas algunas zonas desconchadas de la fachada, la residencia de los Burton pedía a gritos una mano de pintura. Sin duda era la casa más sencilla que Katherine había visitado hasta ese momento. De planta cuadrada, su tosca construcción le hacía parecer estar más cerca de ser considerada una granja que la casa principal de una plantación. Por muchos adornos que pusieran, nunca podría competir en belleza con Nueva Fortuna.

El matrimonio Burton dio la bienvenida a sus dos últimos invitados en el interior de la casa. Gwendolyn Burton, con un llamativo vestido rojo, los recibió con la mayor de las sonrisas.

—Katherine, cómo me alegra volver a verte —dijo, dándole dos besos en cada mejilla al estilo francés.

El señor Burton, un hombre rechoncho y con la cara marcada por la viruela, parecía incapaz de decantarse por alguno de los canapés que un esclavo paseaba ante él.

—Cariño —la mirada inquisitiva de su mujer hizo que Burton soltara el aperitivo—, ven a saludar nuestros invitados.

El señor Burton se acercó.

—David. Señora Parrish.

—Me alegro de volver a verte, Burton. Ha sido un placer recibir

tu invitación —lo saludó David, intercambiando un apretón de manos.

—Adelante, por favor.

Cada gesto, cada inflexión de voz forzada y artificial, no hacía más que manifestar los deseos de Gwendolyn de parecer una mujer sofisticada y elegante.

Molly, que había tenido que regresar al carruaje para recoger el chal de Katherine, entró y se colocó con discreción tras sus señores.

David se dirigió a Gwendolyn.

—Es la esclava personal de Katherine.

Molly se dejó ver.

Entonces, la cara de Gwendolyn Burton se puso blanca y después pasó al más intenso de los escarlatas.

Tuvo que recurrir a toda su capacidad de autocontrol para no gritar cuando tras sus invitados de honor apareció una joven y preciosa esclava que llevaba, increíblemente, el mismo vestido rojo que ella había elegido para la ocasión.

Fue como si le dieran una bofetada en plena cara. Nada la había preparado para semejante humillación.

Tras la primera impresión intentó serenarse, pero no podía soportar la idea de que la compararan con ella, y enseguida pensó que necesitaba quitarla de en medio. Pero tampoco quería ofender a Katherine Parrish. Así que haciendo un gran esfuerzo contuvo sus deseos de echar de su casa a la esclava y sonrió de manera forzada, mientras pensaba qué hacer con ella y dónde podía esconderla.

Molly fue instalada en una esquina del comedor, sumida en la penumbra y apartada de forma conveniente del resto de los invitados. Pero cada vez que los ojos de Gwendolyn caían en aquella mujer preciosa y perfecta a la que el vestido le quedaba como un guante, la sangre hervía en sus venas.

Cuando nació su hija, Gwendolyn no había podido volver a meterse en aquel vestido. Le había llevado más de cuatro semanas de hambre y privaciones volver a conseguirlo. Apenas podía respirar. Dos esclavas habían tenido que tirar a la vez de las cuerdas de su corsé para conseguir abrocharlo sin que las costuras cedieran. Una de ellas incluso se había atrevido a sugerir que podían ensancharlo un poco. Pero ella se había negado. No se resignaría a no recuperar su antigua figura. Si era necesario, incluso dejaría de comer. Quería estar bonita. Más bonita que la esposa de David Parrish, que se había convertido con su belleza y elegancia en la envidia del condado. Pero ahora, viendo a aquella esclava con cintura de avispa, hombros bien torneados y bonitos ojos verdes

frente a ella, su exceso de peso se le hizo más evidente, y su propia imagen le pareció ridícula. Ni siquiera el abrazo del corsé había conseguido eliminar completamente el michelín alojado en su cintura. ¡Ojalá se hubiera puesto una cinta para disimularlo! Si hubiese estado en su mano, ella misma le habría arrancado a tiras la ropa a aquella esclava descarada que se atrevía a pasar por blanca.

No probó bocado en toda la noche. Temía que hasta el simple hecho de respirar pudiera hacer reventar su vestido. Sólo habló, consiguiendo que su voz estridente y sus maneras afectadas aburriesen al resto de invitados.

El anfitrión no había dirigido ni una sola mirada a su esposa en toda la velada. Intercambió un par de palabras con Katherine, pero sin lugar a dudas su principal cometido era devorar cada pieza de comida que caía en su plato.

Desde la discreción de su esquina, Molly observaba sin ser vista. Sabía que después Katherine le haría una y mil preguntas para conocer su opinión y comentar lo sucedido durante la cena. Había asistido a suficientes fiestas y visitado numerosas cocinas como para saber que la comida diaria de los Burton distaba mucho del exceso de manjares que circulaban aquella tarde por el comedor.

Sólo había cinco invitados. Separados por un arreglo de flores demasiado alto que les obligaba a torcer la cabeza para encontrarse, el señor Rockwater charlaba animadamente con Katherine, mientras su mujer Cynthia y David parecían disfrutar con las historias del joven oficial del ejercito, Ross Dugan, vecino y gran amigo de David, que acababa de regresar del oeste. El señor Burton comía, y Gwendolyn hacía lo imposible por atraer sobre su persona la atención de sus invitados, con anécdotas de sus viajes al Norte que todos los presentes habían tenido ocasión de escuchar en más de una ocasión.

La cena no parecía tener fin. Molly llevaba más de dos horas de pie. Estaba cansada, y el aroma de los platos de comida que discurrían sin cesar junto a ella no hacía más que recordarle que no se había llevado nada a la boca desde el almuerzo. Necesitaba apoyarse en algún sitio, y nadie parecía mirarla. En ese momento Gwendolyn estaba muy ocupada conversando con Cynthia sobre el baile que iba a celebrarse en Richmond la semana siguiente.

Molly estaba tan concentrada en observar a los ocupantes de la mesa, que se olvidó por completo de la marea de esclavos que entraban y salían del comedor por la puerta que estaba cerca de ella. Y entonces, en el preciso instante en que su espalda alcanzaba a rozar el ansiado apoyo de la pared, la puerta se abrió.

Un pastel de chocolate con forma de cisne rodeado de bengalas que despedían una lluvia de diminutas estrellas de fuego surgía de la oscuridad de un pasillo.

Gwendolyn estaba henchida como un pavo real.

Un segundo después, ante la mirada incrédula de los invitados, el cisne remontaba el vuelo y se estrellaba contra el suelo.

Acto seguido, todos los ojos se clavaron sobre la esclava del vestido rojo.

Molly deseó morir. Había sido un accidente. Ella no había visto al esclavo que llevaba la bandeja con el pastel.

Tras lo que pareció una eternidad en la que nadie se atrevió a respirar, los ojos de Gwendolyn encontraron a la causante de sus desgracias. Estaban fuera de sus órbitas.

—¡Maldita negra estúpida! —gritó, mientras salía al encuentro de Molly como una fiera salvaje.

—Lo siento. Yo no…

El pánico impidió a Molly terminar la frase. Gwendolyn estaba sobre a ella. Sólo tenía ojos para su obra maestra, cuyos trozos se esparcían por el comedor. Había destinado tanto esfuerzo y dinero para que la velada fuese perfecta, y aquella estúpida lo había echado todo a perder.

—¡Pero quién te has creído que eres! —le gritó fuera de control, con los ojos inyectados en sangre, arrancándole la redecilla que recogía su cabello—. ¡Negra estúpida y pretenciosa! ¿Acaso no sabes que las esclavas no pueden llevar adornos?

Y entonces sucedió algo que nadie hubiese esperado.

Gwendolyn Burton abofeteó a Molly.

Le cruzó la cara con tal saña que Molly a punto estuvo de caer al suelo.

El más absoluto silencio siguió a la sonora bofetada.

Aquello era demasiado. Nadie tenía derecho a castigar al esclavo de otro hombre.

Molly estaba paralizada, ni siquiera se atrevía a temblar.

Katherine iba a levantarse de la mesa cuando David se le adelantó.

—Molly, sal fuera.

Molly no esperó a que le repitieran la orden para desaparecer. Echó a correr, como si su vida dependiera de aquella carrera.

—Lamento muchísimo el incidente —se disculpó David, volviéndose hacia Edward Burton, que trataba sin éxito de mantener el tipo—. Le doy mi palabra de que la esclava será debidamente reprendida.

—Ha sido un desafortunado accidente. No permitamos que nos arruine la noche.

Pero para Gwendolyn Burton la noche ya estaba arruinada.

—¡Cómo se puede permitir que una esclava vista así! ¡Como si fuera una gran dama! Pero ¿quién se ha creído que es? Alguien debería enseñarle cuál es su lugar —clamó, tras quedarse sin el objeto sobre el que descargar su ira.

El rostro de David se tensó. Las acusaciones de Gwendolyn Burton se estaban convirtiendo en un ataque personal contra su esposa, y eso era algo que no podía permitir.

—¡Ya es suficiente! —intervino su esposo, antes de que su mujer dijera algo más que pudiera ponerlo en una situación comprometida con David—. ¡Gwendolyn! ¡Ha sido un accidente! —le espetó, tratando sin éxito que su mujer recobrase la compostura.

Los dedos de Katherine se crisparon sobre los brazos de su silla y sus ojos fulminaron a Gwendolyn.

—Todos hemos visto que ha sido un accidente —insistió Burton, viendo que su mujer no parecía percatarse de la gravedad de la situación.

Katherine sonrió y relajó la presión. No iba a permitir que nadie descubriera lo personal que había sido la ofensa.

—Lo siento por el cisne. ¡Era tan bonito y delicado! Nunca en toda mi vida había visto algo de tantísimo gusto —dijo con rostro angelical, llevándose compungida la mano al corazón mientras en su interior juraba no perdonar a aquella mujer ridícula y mezquina por haber humillado y golpeado a Molly.

La mención al cisne consiguió provocar el desconsolado llanto de Gwendolyn Burton, que tuvo que ser asistida por una de sus esclavas.

A pesar de los esfuerzos de pasar por alto lo sucedido, el resto de la velada fue tensa y los invitados se fueron tan pronto como la cortesía lo permitió.

Era ya tarde cuando regresaron a Nueva Fortuna. Molly siguió a Katherine hasta su habitación. David, que no había cruzado con la esclava una sola mirada en todo el trayecto de regreso, se disculpó y se dirigió a la biblioteca. Había algunos asuntos que debía resolver.

Los nudos del corsé de Katherine no parecían tener la menor intención de ceder.

—La señora Burton es una estúpida —exclamó Katherine mientras Molly peleaba con los cordones.

Molly no respondió.

—¡La velada ha sido un verdadero fastidio!

Pero Molly seguía sin hablar. Aquella noche sus dedos no querían obedecerla. Tras un tercer intento, el nudo de las cintas cedió y Molly pudo retirar el corsé y colocarle el camisón. Después, esperó a que Katherine se sentara en el tocador. Retiró una por una las bonitas horquillas que sujetaban el peinado y, como cada noche, empezó a cepillarle el cabello.

Katherine contempló a Molly a través del espejo que colgaba frente a ella.

La mirada de Molly estaba perdida en el vacío. Había estado llorando. Sus ojos estaban hinchados y la mano de Gwendolyn Burton aún seguía marcada en su rostro. Molly estaba pálida y parecía terriblemente preocupada.

—No te preocupes. Todo está bien —le dijo Katherine, cariñosa, provocando que una lágrima se abriera camino hasta la mejilla de Molly.

—Además, no entiendo cómo alguien que parece un tonel es capaz de ponerse un vestido semejante. ¡Estaba ridícula! Y tengo que confesar que desde la fiesta de cumpleaños de mi sobrina Rona, no había visto algo tan cursi como ese cisne de chocolate con lucecitas a los lados.

Por fin, Molly esbozó una sonrisa.

Cuando Molly realizaba el último de los cien cepillados, llamaron a la puerta.

David esperaba en el umbral.

Marido y mujer se miraron.

Molly dejó que el cabello de Katherine cayera en cascada sobre sus hombros desnudos. Depositó el cepillo sobre el tocador, recogió el vestido del suelo y salió de la habitación.

Ni siquiera las palabras amables de Katherine habían eliminado el desasosiego que oprimía el corazón de Molly. No había podido dejar de pensar en el incidente de la cena en toda la noche. Katherine, como siempre, había preferido quitar hierro al asunto y olvidarlo, pero Molly tenía el presentimiento de que David Parrish no sería tan condescendiente.

Con un quinqué iluminando el estrecho y empinado tramo de la escalera de servicio en una mano y el voluminoso vestido de Katherine en la otra, Molly descendió hasta la cocina, tratando de no tropezar.

Aún le faltaban recorrer los últimos peldaños cuando reconoció la risa sincera de Thomas respondiendo a los comentarios jocosos que Olivia hacía con descuido sobre los amos y que el silencio de la noche se encargaba de propagar peligrosamente fuera de la

seguridad de su cocina.

Al descubrir la presencia de Molly los dos esclavos se callaron en el acto. Olivia, como siempre, ni siquiera la miró. Se volvió hacia el fuego y comprobó si el agua había empezado a hervir. Thomas, que estaba sentado en una silla colocada cerca de la alacena, disfrutó con tranquilidad de una nueva calada de su pipa, se recostó sobre el respaldo y cerró los ojos.

Así que el amo no tenía intenciones de retirarse todavía, pensó Molly, al ver que Thomas aún no había recibido permiso para acostarse y Olivia, a pesar de la hora, había comenzado a preparar café. Quizá, tras hacerle el amor a Katherine, David regresaría a su despacho y trabajaría hasta tarde.

—Buenas noches.

Ninguno de los dos esclavos contestó.

Olivia se limitó a emitir algo parecido a un gruñido como respuesta, mientras que Thomas optaba, sin mucho éxito, por hacerse el dormido.

Molly se sentía cansada. Las fuertes emociones del día la habían agotado. Hubiese agradecido las palabras de consuelo de Olivia y Thomas, pero ellos siempre la habían visto como a una extraña. Debería estar acostumbrada al recelo que producía su presencia entre el resto de los esclavos, pero no lo estaba. Por mucho que tratara de convencerse de lo contrario, nunca se había acostumbrado. Y aquel día, más que nunca, la mirada esquiva de Olivia y el silencio repentino de Thomas ante su presencia en la cocina, le dolieron de tal forma que incluso le pareció oír cómo su corazón se partía en dos.

Estaba cansada y deprimida. Tenía ganas de llorar y abrir su corazón a alguien. Pero no tenía a nadie. Molly sintió la imperiosa necesidad de escapar a la seguridad de su habitación. Allí al menos el color de su piel no molestaba ni a blancos ni a negros. Pero la tranquilidad de su espíritu aún debería esperar. Antes tenía que arreglar y limpiar los bajos del vestido de Katherine.

Hubiera deseado tanto quedarse en la cocina y participar de la conversación mientras trabajaba. En ese momento habría dado cualquier cosa por sentarse junto a Thomas y dejarse contagiar de su risa. Pero no quería molestar. Nunca quería molestar. Siempre había querido agradar a todos. Pero cuanto más se esforzaba peor era el resultado. Y además, esa noche no hubiese podido soportar la mirada acusadora de nadie más. Así que se dirigió al cuarto contiguo a la cocina, donde guardaban la ropa por limpiar y que tras lavarla y secarla se almacenaba hasta que la almidonaran y

plancharan. Cerró la puerta tras de sí, colocó el candil en una mesa junto a una amplia pila de ropa de cama que aún quedaba por guardar en los armarios, tomó hilo y aguja de uno de los cajones y comenzó a coser en silencio.

No había dado la primera puntada cuando las risas de Thomas y Olivia volvieron a resonar en la oscuridad.

Casi una hora después, Molly había arreglado y repasado la parte del dobladillo que se había soltado y limpiado con un paño cualquier resto de barro pegado en los bajos del vestido. Cuidando de que no tuviera arrugas, lo colocó sobre una silla. Al día siguiente se habría secado y estaría listo para devolverlo a su lugar en el vestidor de Katherine.

Cuando salió del cuarto, la luz de la cocina seguía encendida, pero no había nadie. Olivia ya se había retirado a la habitación que compartía con Latoya, situada al fondo de uno de los corredores que partían de la cocina. Además de Molly, Thomas y las dos mujeres eran los únicos esclavos que vivían en la casa.

El intenso aroma a café recién hecho y la fuente de manzanas colocada sobre la mesa, volvieron a recordarle que hacía horas que no se llevaba nada a la boca. Pero a pesar de la debilidad, se sentía incapaz de comer. Tenía el estómago encogido, y por un momento creyó que nunca dejaría de estarlo.

Molly se disponía a subir a su habitación cuando Thomas apareció en la cocina. Traía una bandeja bajo del brazo.

—Buenas noches, Thomas —se despidió Molly, dejando escapar un bostezo, sin esperar respuesta.

—El amo quiere verte —respondió Thomas en el preciso instante en que el delicado zapato de Molly se apoyaba sobre el escalón.

El corazón de Molly se detuvo en el acto y miró a Thomas suplicante.

—¿Sabes por qué me busca?

Thomas negó con la cabeza.

—No. Pero parece disgustado.

Ella asintió en silencio, tenía la sensación de que le faltaba el aire. Siempre le faltaba el aire cuando se ponía nerviosa.

—¿Quieres que te espere?

Molly no conseguía reaccionar. Sabía que David no olvidaría el incidente en la casa de los Burton, pero cuando al llegar a Nueva Fortuna David no había requerido su presencia incluso se había atrevido a creer que el asunto estaba olvidado.

—Gracias, Thomas. Pero estaré bien. Es tarde y mañana tienes que madrugar.

Thomas le sonrió.

Era la primera vez en mucho tiempo que alguien aparte de Katherine le sonreía.

Molly abandonó la cocina y se dirigió a la biblioteca.

Su mente parecía que iba a explotar de la tensión. Sus presentimientos habían sido acertados. Desde el mismo momento en que aquella horrible Gwendolyn Burton decidió ensañarse con ella, Molly supo que ese momento llegaría.

Él no se había percatado de su llegada. Parecía enfrascado en la lectura de unos papeles que se amontonaban sobre la mesa junto a un grupo de libros, el quinqué que se encargaba de iluminar la estancia con una luz anaranjada, y una taza con café.

Molly dudó. No sabía si debía entrar o esperar a que David descubriese su presencia. Por fin se decidió a golpear tímidamente una de las puertas con los nudillos.

David alzó sus ojos lo justo para descubrir la identidad del intruso.

—Ah, eres tú —dijo, molesto por la interrupción, volviendo a centrar su atención sobre uno de los papeles, y dando un sorbo al aún humeante café.

—Disculpe, amo —se atrevió a decir con un hilo de voz—. Thomas me ha dicho que quiere verme.

—Sí, pasa.

Un sudor frío recorrió la espalda de Molly cuando cerraba las puertas tras ella. Colocó las manos a la espalda y las sujetó con fuerza tratando en vano de contener el temblor que sacudía su cuerpo.

—Acércate.

Molly obedeció. Se encontraba muy cerca de David, pero él no la miraba. Parecía muy interesado en alcanzar un tomo de lomos verdes del fondo de una pila de libros que estaba en uno de los extremos de la mesa.

—Las cosas tienen que cambiar.

Molly sintió cómo sus mejillas se encendían, avergonzada al recordar la escena de la fiesta y los insultos que había sufrido. Agradeció que David aún no se hubiese molestado en mirarla a la cara ni una sola vez.

—El incidente de hoy no se puede repetir.

En ese momento Molly hubiese querido desaparecer, esfumarse o que la tierra se abriera bajo sus pies y la tragara, pero el suelo permaneció firme como una roca.

—Lo siento muchísimo, amo —se disculpó, tartamudeando—, le

juro que no volverá a suceder.

David apartó la mirada de su libro y miró a Molly directamente.

Aquella mirada paralizó su cuerpo, eliminando cualquier temblor. Los ojos de David se habían vuelto fríos. Molly recordó aquella mirada. La había visto en Nueva Orleáns. En aquel momento pensó que habían sido imaginaciones suyas, pero ahora lo veía claro. Fue cuando David descubrió que ella era una esclava. Aquel hombre la aborrecía.

—Esto no es Nueva Orleáns —le advirtió—. Estamos en Virginia y debes saber cuál es tu lugar.

Molly guardó silencio. A pesar de la voz tranquila, no podía eliminar de su mente aquellos ojos azules y profundos helándole el alma.

Pero Molly siempre había sabido cuál era su lugar, pensó, mientras David la reprendía. Lo descubrió siendo tan sólo una niña de seis años. Cuando osó contradecir a su primera ama. Entonces, tras pegarle una paliza que había marcado su espalda de por vida, la vendieron, y desde entonces había estado al servicio de Katherine, que era la única persona que en realidad parecía haber olvidado cuál era el verdadero lugar de su esclava.

—Lo siento, amo —se disculpó de nuevo, agachando la cabeza, evitando encontrarse con aquellos ojos.

Su vestido parecía haber llamado de manera especial la atención de David.

—Tu aspecto no ayuda.

Ella rogó para que aquello terminase pronto. No podría aguantar semejante tensión mucho más tiempo.

Él tenía razón. No era sólo su físico. Su vestido era incluso más bonito que el que muchas mujeres blancas podían permitirse.

A Molly no le gustaba vestir así, se sentía incomoda. Consideraba que su aspecto era fuente de problemas. La gente se confundía. Ningún blanco podía imaginar que alguien con sus rasgos, la piel tan clara, buena dicción y un vestido tan elegante pudiera ser una esclava. Pero era la propia Katherine la que contribuía a crear el problema, ya que siempre insistía en que no había necesidad de vestir mal cuando vestir bien daba el mismo trabajo y era bastante más placentero para la vista.

—Le aseguro que no volverá a suceder, amo.

—Una cosa más.

Molly se puso tensa.

—Confío en que esta conversación quede entre nosotros.

—Así será, amo David.

Estaba claro que David no quería que Katherine se enterara de la reunión. Lo que, a diferencia de Molly, David no sabía, era que Katherine no tenía el menor interés en saber nada de aquella conversación.

David volvió a centrarse en sus papeles. La charla había terminado.

Aquella mujer lo hacía sentirse incómodo. Por muy blanca que pareciera y por muy cuidados que fuesen sus modales, no iba a permitir que una esclava se olvidase de cuál era su lugar.

La reunión con David había acabado de romper el frágil equilibrio de Molly. Necesitaba respirar. Atravesó la cocina y en lugar de subir la escalera y dirigirse a la seguridad de su habitación salió al exterior.

El aire era fresco. Octubre estaba siendo un mes cálido y sin lluvia. Pero aquella noche, a Molly le pareció reconocer la sensación de humedad que precede a la tormenta flotando en el ambiente. Respiró profundamente. La visita al despacho de David la había dejado sin fuerzas. Necesitaba calma. Tiempo para pensar y relajarse lejos de las miradas y los comentarios furtivos. Necesitaba paz.

Allí, en pie, bajo el porche de la parte trasera de la casa, contempló el cielo y buscó algo que le resultase familiar. Pero incluso el dibujo y la luz de las estrellas parecía diferente, eran mucho más tenues y frías que las que salpicaban el cielo de Nueva Orleáns, donde daba la impresión de que bastaba alargar la mano para poder acariciarlas. Por el contrario, los puntos que pendían del cielo en Nueva Fortuna estaban desesperadamente lejos.

Suspiró. Añoraba la fragancia de los magnolios y el sabor picante de las especias mezcladas con el aire. El eco lejano de la música de algún grupo de noctámbulos animando las largas noches de la ciudad, donde el calor y la humedad impedían conciliar el sueño y contribuían a llenar sus calles de vida hasta altas horas de la madrugada.

En definitiva, se sentía lejos de su hogar. Aquel pensamiento la sorprendió. Nunca antes había considerado a Deux Chemins como su hogar. Había tenido que viajar cientos de kilómetros para descubrirlo.

Recordó los paseos nocturnos en compañía de Katherine a orillas del lago, su habitación y su vida anterior. La echaba de menos. En Nueva Orleáns todos la conocían y sabían cuál era su posición. La vida era más fácil.

Se recostó en una de las columnas del porche. No muy lejos, tras

las silenciosas siluetas de los árboles que apenas se distinguían en la oscuridad, los esclavos dormían en el poblado. Tal vez estaría mejor entre ellos, pensó, desechando de inmediato la idea con cierta desazón, al imaginar cómo sería su vida entre la miseria que rodeaba aquel lugar. Ella siempre había vivido entre blancos y no se sentía capaz de abandonar las comodidades de la casa grande para trasladarse a una choza de madera fría y sucia, donde en cualquier caso seguiría siendo una intrusa.

Respiró hondo una vez más. Era hora de ir a su habitación. Al día siguiente debería levantarse temprano.

Iba a regresar al interior de la cocina cuando una figura salió de las sombras.

—Bonita noche —dijo una voz, dejándose ver.

—¡Amo Owen! —exclamó Molly, dando un paso atrás, al reconocer al capataz.

—¿No puedes dormir?

Ella no contestó. La repentina aparición del capataz la había asustado. Sintió cómo volvía a faltarle el aire. ¿Cuánto tiempo había estado observándola aquel hombre? La sola idea de que la hubiese acechado en la oscuridad le puso los pelos de punta.

Sin embargo, a Owen no pareció desanimarlo el silencio de la esclava. Sacó con tranquilidad la pipa del bolsillo superior de su camisa y encendió un fósforo en la superficie de la columna que Molly acababa de abandonar.

Un fuerte olor a tabaco impregnó el aire.

Molly intentó regresar a la casa. Pero en algún momento el cuerpo del capataz había ido a parar justo delante de la única puerta que conducía a la cocina. Ella se movió hacia la derecha tratando de esquivarlo, pero el capataz volvía a cerrarle el paso.

Mientras la angustia oprimía el corazón de Molly, su cabeza intentaba con desesperación buscar una salida. Pero en el interior de la cocina no quedaba nadie que pudiera acudir en su ayuda. Olivia, Latoya y Thomas hacía rato que se habían retirado. Sus habitaciones no quedaban lejos, aunque, en cualquier caso, incluso si el capataz hubiese decidido tomarla en medio de la cocina nada podían hacer dos o un millón de esclavos para detenerlo. Ningún esclavo de Nueva Fortuna se habría atrevido a enfrentarse a su capataz, y menos por una negra con apariencia de blanca. Molly deseó con todas sus fuerzas haber subido a su habitación sin demora tras la reunión con David. Sí, ¡eso era!, pensó Molly, con un rayo de esperanza. El amo David aún seguía despierto. Owen jamás se arriesgaría a ser descubierto por David en una actitud

comprometida con la esclava de su mujer. Debía encontrar la forma de regresar al interior de la casa. Allí estaría a salvo.

Se hizo un tenso silencio.

Antes de que Molly pudiese hacer nada, el capataz avanzó hacia ella de nuevo, obligándola a retroceder, y haciéndola chocar contra la pared.

¡Estaba atrapada!

Levantó la mirada, nerviosa.

Su rostro casi rozaba la camisa del capataz. El olor a tabaco se hizo más intenso. Molly sintió náuseas.

Él la miró a los ojos. Molly creyó que iba a desmayarse. Sabía lo que quería. Había visto aquella mirada de deseo en muchos hombres antes. Y lo peor era que no podía hacer nada si él deseaba tomarla. Ni siquiera tenía derecho a defenderse. Al fin y al cabo, era una esclava, y eso era lo que les pasaba a las esclavas que habían tenido la desgracia de nacer bonitas. Le había pasado a su bisabuela, a su abuela, a su madre, y al parecer también le pasaría a ella. Las mujeres de su familia siempre atraían la mirada de los amos blancos.

—Eres tan blanca… —dijo el capataz, estirando su mano sin apartar su mirada de los sensuales labios de Molly.

Molly contuvo el aliento mientras los ásperos dedos del capataz acariciaban su mejilla.

Estaba paralizada por el miedo. Aquel hombre no parecía temer las consecuencias.

A Owen Graham, sus manos, endurecidas por los años de duro trabajo en las montañas y en la plantación, le parecieron burdas y toscas frente al contacto suave del cutis de la esclava.

Él la miró una vez más.

Estaba tan cerca de ella… Podía sentir su respiración agitada y asustada.

Entonces dudó. Fue un segundo. Tal vez escuchó el ruego silencioso de aquellos ojos color esmeralda, o quizá su mente le advirtió sobre las consecuencias que podría acarrearle ofender a su nueva ama. Molly nunca lo sabría. El caso es que él retiró su mano y dio un paso atrás.

—Buenas noches, Molly.

Por una vez en su vida, Molly reaccionó con rapidez y corrió hacia la seguridad de su habitación tan rápido como su agitado corazón y los temblores de sus rodillas se lo permitieron.

Poco después de que Molly hubiera abandonado el despacho, David sintió deseos de beber agua. Echó mano de la jarra que

Thomas había traído junto con el café y comprobó que ya estaba vacía. Molesto, abandonó el despacho con la jarra de cristal en una mano, y caminó a tientas por el pasillo que conducía a la cocina.

Sumida en la penumbra, sólo el destello lejano de las estrellas tamizado por las ventanas contribuía a diluir la densa oscuridad instalada entre sus muros y muebles, además de la débil llama de un quinqué olvidado sobre la mesa.

Alguien había cometido la imprudencia de olvidar apagarlo. Al día siguiente debería encontrar al responsable, se dijo, dispuesto a no pasar por alto un descuido que podía reducir a cenizas Nueva Fortuna en unas horas.

Aunque la diminuta luz no conseguía iluminar la cocina, proporcionaba la claridad suficiente para orientarse.

David alcanzó el pozo y se disponía a accionar la manivela cuando descubrió la presencia de alguien en el exterior. El esclavo que había dejado la llama encendida debía de estar fuera. Bueno, se dijo David satisfecho, al fin y al cabo no se había cometido ninguna imprudencia. Se acercó a la ventana y corrió una de las cortinillas que le impedían ver lo que sucedía fuera.

No era ningún esclavo el que rondaba en el porche. Owen Graham no lo había visto. Parecía muy concentrado en algo que se movía en la pared. Instintivamente David se acurrucó tras la ventana. Owen no estaba solo. Había alguien más con él. Pero ¿quién? David se acercó al cristal un poco más. No podía distinguir a la otra persona. Pero no hacía falta. Reconocería aquel vestido rojo en cualquier lugar. Y entonces comprendió lo que iba a pasar.

La intención de David de intervenir, el repentino cambio de actitud de Owen y la irrupción de Molly en la cocina, fue todo uno.

Sucedió tan rápido que David apenas tuvo el tiempo justo para apartarse del camino de la esclava y fundirse con una pared cercana. Molly tenía tales deseos de escapar que ni siquiera se percató de la presencia de su amo. Cogió el candil de la mesa al vuelo y salió disparada escalera arriba, dejando a David en completa oscuridad.

Casi al mismo tiempo, Owen abandonó el porche.

Una vez solo, David se dispuso a llenar la jarra, no sin antes maldecir por la repentina desaparición del quinqué, que lo había dejado sumido en las tinieblas.

Realmente, pensó David, mientras buscaba a tientas la salida de la cocina, Molly era una mujer preciosa. Sin duda, la esclava más bella que jamás había tenido.

8

Molly se levantó nada más despuntar el alba. Si seguía un minuto más en la cama se volvería loca. Necesitaba hacer algo que distrajera su mente de los desagradables incidentes del día anterior. La humillación sufrida en casa de los Burton, la llamada de David y la tensión del encuentro con el capataz le habían destrozado los nervios. Había pasado la noche en vela escrutando los sonidos que se escondían en la oscuridad, angustiada ante la perspectiva de que pudieran traer los sigilosos pasos del capataz acercándose furtivamente a su habitación.

Rogó con todas sus fuerzas para que aquel hombre se olvidara de ella.

Una vez se hubo lavado la cara, sintió que recobraba el control de su persona. El mensaje de David había sido claro. Su apariencia debía cambiar. Tendría que buscar para ponerse algo mucho más sencillo que las ropas a las que estaba acostumbrada.

No sería fácil. Molly siempre había vestido muy bien. De hecho, la mayor parte de su ropa había pertenecido antes a Katherine.

Por suerte encontró lo que necesitaba entre sus cosas. Tendría que hacer algunos arreglos, pero al menos la tela era discreta y estaba suficientemente pasada de moda para no llamar la atención.

Redujo el vuelo de la falda, se deshizo de los encajes y volantes, y sustituyó el escote en pico por uno más redondeado y recatado.

Algunas horas más tarde, contemplaba satisfecha su obra.

Guardó en el baúl el tejido que le había sobrado tras los arreglos, y se enfundó el que iba a convertirse en su uniforme. A continuación, se recogió el pelo y lo cubrió bajo un pañuelo de colores que Katherine le había regalado hacía poco. Después se contempló en el espejo de medio cuerpo del tocador.

A pesar del diseño tosco y sin ninguna gracia de su vestido, las bolsas bajo los ojos, el pañuelo que ocultaba su hermosa cabellera y la palidez de su piel, fruto de la preocupación, seguía pareciendo una joven atractiva. Pero tal vez ahora las cosas serían más fáciles. Su nuevo aspecto sería suficiente para que la gente supiera cuál era

su lugar sin necesidad de explicaciones. Y tal vez, se dijo, abriendo una puerta a la esperanza, a lo mejor el cambio en su apariencia bastaría para librarse del acoso del capataz.

Necesitó un tiempo para reconocerse en la desconocida que la contemplaba desde el espejo. Cuando consideró que estaba lista, respiró hondo y salió de la habitación. Como cada mañana, los esclavos enmudecieron cuando oyeron los pasos de Molly bajando la escalera. Pero esta vez, en lugar de ignorarla, Latoya, Olivia y Thomas la observaban de hito en hito. Molly sintió una punzada de placer al descubrir la impresión que su transformación les había causado, y se atrevió a disfrutar del momento. Molly les dio los buenos días y sin esperar respuesta tomó una taza de café; después recogió el vestido azul claro de la habitación contigua a la cocina y esperó a que Latoya terminara de preparar la bandeja con el desayuno de Katherine.

Unos minutos después, Molly entraba en la habitación de sus amos con el vestido que Katherine había llevado la noche anterior listo para guardar y ser utilizado en otra ocasión.

Latoya la seguía con el desayuno.

—Buenos días, Molly —bostezó Katherine sin ningún disimulo, estirando los brazos para desperezarse. El amo David hacía horas que había desayunado en el comedor y había ido a los campos.

Molly le sonrió. Colgó el vestido en el guardarropa, descorrió las cortinas y recogió la bata de Katherine del suelo.

—Buenos días.

Casi al mismo tiempo, Latoya dejaba el desayuno sobre una mesa con encimera de mármol y salía de la habitación tras dar los buenos días a su ama.

Katherine estaba exultante. Saltó de la cama, tomó la cara de Molly entre sus manos y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—¡Soy tan feliz! ¡Nunca pensé que alguien pudiera ser tan feliz!

Molly esbozó una sonrisa triste. Ella ni siquiera podía imaginar qué era la felicidad.

Tras soltar los carrillos de Molly, que empezaban a ponerse colorados por la presión, Katherine se retiró un poco.

—¿Y esa ropa?

Molly no supo qué contestar.

—Si es por el incidente de anoche…

—No, Katty —negó demasiado rápido—. Creo que estaré más cómoda. De verdad.

Katherine fue a protestar. Molly no era como el resto de las esclavas. Era su amiga, y no iba a permitir que los estúpidos

complejos de una arpía sin el menor sentido de la vergüenza le dijeran a ella cómo tenía que vestir y tratar a sus esclavas. Pero algo en la mirada de Molly, un ruego silencioso, o tal vez el inconfundible brillo de la tristeza, la hizo cambiar de opinión.

—Como quieras, Molly. Si te vas a sentir más cómoda vistiendo así, puedes hacerlo.

Aunque en muchas ocasiones se esforzara en hacer creer lo contrario, Katherine no era ninguna tonta. Y hasta un ciego se habría dado cuenta del cambio que había experimentado Molly. Las ojeras en su rostro cada día eran más pronunciadas. Sus movimientos se habían hecho más lentos y en más de una ocasión la había descubierto distraída, como ausente. Incluso había adelgazado.

Katherine la miró a los ojos.

—¿Estas bien, Molly?

Por un momento Molly estuvo a punto de abrirle su corazón y contarle el incidente con el capataz. De hablarle de su deseo de volver a su hogar en Nueva Orleáns y de lo duro que era para ella soportar las miradas recelosas y los comentarios punzantes del resto de los esclavos.

Pero en el fondo de su alma, Katherine prefería seguir haciendo caso omiso de las dificultades de Molly mientras le fuera posible. Era demasiado feliz para permitir que los problemas de otros enturbiaran su felicidad, y Molly lo sabía.

—Todo está bien, Katty.

A pesar de que sabía que no eran ciertas, Katherine respiró aliviada al escuchar las palabras de Molly. Todo seguía bien.

—Hace rato que el amo David espera. Si no te apresuras, este domingo también llegarás tarde —dijo Molly, dando pie a que la situación se hiciera menos tensa.

—¡Eso sí que no! —negó Katherine, aceptando la oportunidad que le ofrecía Molly para cambiar de tema—. Este domingo llegaré a tiempo.

Una vez más, dejó a medio beber la taza de té que Latoya le había traído, desdeñó por completo las tostadas acompañadas con mantequilla y mermelada de frambuesa y se limitó a mordisquear uno de los cuatro trozos de la manzana pelada y partida dispuesta sobre un platito de fina porcelana.

Veinte minutos después, Katherine se reunía con su marido en el recibidor con su recatado vestido de escote en pico, de lo más apropiado para un servicio religioso en la rígida sociedad de Virginia.

Tras el oficio, David y Katherine charlaron con sus vecinos y regresaron a Nueva Fortuna. Almorzaron un asado de cordero con verduras y de postre disfrutaron del delicioso pudin que Olivia había horneado con las últimas moras de la temporada.

Fue un domingo tranquilo.

A media tarde, David se acercó hasta la plantación de Ross Dugan para despedirse de él. Al día siguiente Dugan volvería a partir hacia el oeste. Algunas tribus indias estaban causando problemas a los colonos y su regimiento debía garantizar la seguridad de los asentamientos. Tal vez pasarían un par de años antes de que se vieran de nuevo. Aunque también existía la posibilidad de que, como muchos otros que habían partido antes que él a aquel territorio inhóspito lleno de salvajes dispuestos a arrancar cabelleras, Ross Dugan no regresara jamás.

Y mientras David disfrutaba de la compañía de un buen whisky escocés y de otros amigos que se habían acercado hasta la plantación de Ross para desear un buen viaje a su amigo y vecino, esa misma tarde en Nueva Fortuna se recibía, proveniente de Richmond, el último detalle que completaría la renovación de la hermosa mansión de fachada blanca; veinte parejas de cortinajes confeccionados con el más delicado terciopelo.

En una hora las viejas cortinas se sustituyeron por las nuevas. Cuando por fin Katherine contempló las elegantes telas de terciopelo azul sobre los tonos claros de las paredes, asintió satisfecha.

Nueva Fortuna estaba lista para dar la bienvenida a sus vecinos. Ahora tan sólo quedaba buscar una fecha adecuada para la celebración.

David había partido muy temprano. Aprovechando que tenía que solucionar unos asuntos en Richmond, se había ofrecido a llevar a Ross Dugan hasta la ciudad. Una vez allí, Dugan se dirigiría a la estación para coger el tren que le llevaría al Norte y después a los territorios del oeste, y David se reuniría con el senador Browning, con quien debía tratar unos negocios. Y tras comprar unas cuantas cosas que Katherine le había encargado, esa misma noche regresaría a Nueva Fortuna.

Eran poco más de las siete de la mañana, pero Katherine se sentía pletórica. David le había dado permiso para celebrar su fiesta. Sería la más espléndida de la temporada. Katherine se sentía feliz. Había tantas cosas por hacer: preparar las invitaciones, pensar en el menú, decorar la casa… No podía pasar por alto ni un solo detalle. No había ni un minuto que perder.

Se levantó de la cama con una energía inusitada. No podía esperar a que Molly viniera a despertarla unas cuantas horas más tarde. Necesitaba hablar con ella con urgencia.

Desde su habitación en el primer piso, tomó el pasillo que conducía a la escalera de servicio. No había empezado a subir cuando al acercarse al hueco de la barandilla descubrió a una figura bajando el tramo inferior de la escalera, el que conectaba el primer piso con la planta baja. Era David. Estaba claro que venía de alguno de los pisos superiores. Katherine pensó en llamarlo, pero él, que no la había visto, parecía tener prisa. Le extrañó que todavía siguiera en casa, pero no le dio ninguna importancia. No pensó en ello. Lo apartó de su mente sin más y fijó su atención de nuevo en la escalera, que nunca hasta entonces había utilizado, y que le pareció más empinada de lo normal. No le costó dar con la habitación de Molly: el pasillo era estrecho y en él sólo había una puerta. Katherine se dio cuenta de que nunca antes había visitado la habitación de Molly, ni siquiera cuando vivían en Nueva Orleáns.

Llegó hasta la puerta y entró sin llamar.

La estancia no era muy grande, pero estaba limpia y tenía una bonita ventana. Katherine reconoció la colcha de flores que le había regalado a Molly y se fijó en la grieta que atravesaba el único espejo de la habitación. Tendría que hacerlo cambiar, pensó, percatándose de que aún no había visto a Molly. A lo mejor ya estaría en la cocina, supuso, dispuesta a salir corriendo en su busca.

Entonces la vio. Estaba tan acurrucada en una esquina de la habitación que le había pasado inadvertida. Algo andaba mal. Katherine se acercó hasta Molly. Tenía el camisón hecho jirones y el cuerpo magullado.

—¿Molly? —llamó Katherine, buscando inútilmente los ojos verdes de la esclava.

Pero Molly no se sentía capaz de enfrentarse con la mirada de Katherine. Se acurrucó aún más contra la pared y hundió el rostro en las rodillas dejando al descubierto parte de la espalda. Katherine contempló horrorizada aquel dorso. Estaba cruzado por profundas cicatrices. El látigo debía de haber sido empleado con saña para que sus huellas estuviesen grabadas tan profundamente en su carne. Se acercó a Molly y, todavía desconcertada, puso sus manos sobre su espalda, la abrazó y le acarició con dulzura las cicatrices. Molly debía de ser sólo una niña cuando la azotaron. Katherine sintió cómo todo su ser se estremecía. Nunca lo había sabido. ¿Qué otras cosas no sabía?

—Molly, mírame por favor —repitió con dulzura, apoyando su

mano sobre la espalda de su amiga.

—No puedo.

—Por favor —insistió, levantando con cariño la barbilla de Molly, obligándola a mirarla a los ojos.

Había tanta culpa en aquellos ojos verdes, tanta desesperación y dolor, que Katherine sintió la necesidad de cogerla entre sus brazos.

Las dos mujeres se miraron.

—No pude hacer nada. ¡Lo intenté! ¡Te juro que lo intenté! Pero no pude hacer nada para impedirlo —confesó Molly desconsolada, derrumbándose entre sollozos.

No había nada más que decir. Ahora comprendía por fin las prisas de David por abandonar furtivamente la casa por la escalera de servicio.

Katherine contempló a Molly, que seguía echada en sus brazos, sollozando, y al darse cuenta de que nunca se había interesado por la vida de su esclava, el remordimiento nubló su alma.

—Perdóname, por favor, Molly —le suplicó, en un susurro—. Te juro que nunca más permitiré que nadie vuelva a hacerte daño.

Y mientras abrazaba a su amiga, Katherine sintió cómo el odio helaba su corazón.

David emprendió el viaje de regreso desde Richmond a Nueva Fortuna tan rápido como sus obligaciones se lo permitieron. Atardecía cuando llegó a casa, pero Katherine ya se había retirado. Se sentía ansioso por reunirse con ella. Subió la escalera de dos en dos y se detuvo frente a la puerta del dormitorio. Quería asegurarse de que el anillo de oro blanco y rubíes que le había comprado en Richmond seguía en su bolsillo. El rostro de David se iluminó al sentir el contacto del metal en su mano. Katherine se sentiría feliz al recibir el regalo, se dijo girando el pomo de la puerta. Pero la puerta no cedió. David lo intentó una vez más, con el mismo resultado. Katherine había cerrado por dentro.

Entonces supo que su mujer lo había descubierto. Quizá la esclava había hablado, pensó en un primer momento. Pero rechazó la idea tan pronto como asomó a su mente. Ella nunca se hubiese atrevido a delatarlo. Ningún esclavo osaría jamás denunciar a un amo. Tal vez la culpa había sido suya. Se había arriesgado demasiado. De todas maneras, se dijo intentando restar importancia a lo sucedido, sólo había sido un desliz, y aunque no era el tipo de asunto que se trataba en público, todo el mundo sabía de manera implícita que un amo podía disponer cuando quisiera de las esclavas de su propiedad.

Así que se tranquilizó, respiró profundamente y se dirigió a la

habitación de invitados. Al día siguiente hablaría con Katherine. Si se mostraba muy arrepentido ella lo comprendería y lo perdonaría.

A la mañana siguiente, David buscó de nuevo a Katherine, pero cuando los dos se encontraron, los ojos de ella refulgían con una luz diferente. David descubrió en ellos un brillo que jamás antes había visto: vio la llama del odio, y supo entonces que conseguir su perdón no iba a ser tan fácil como había querido creer.

Pasaron el día sin dirigirse la palabra, sin cruzarse siquiera una mirada. Tras aquella larga jornada alejados el uno del otro, David se dio cuenta de pronto de que cualquier esfuerzo que hiciera por pedir perdón no valdría para nada. Ella había decidido no perdonarlo. David notó con horror que aquella mujer enamorada, de pronto lo aborrecía. Y aquel odio silencioso, escupiéndole su desprecio, era más de lo que él podía soportar.

Nunca debió haber tocado a la esclava, pensó arrepentido. Pero ya era tarde para borrar lo sucedido. El pasado no se podía cambiar. Pero a pesar de todo, no podía dejar de darle vueltas a la manera de solucionar aquella situación. Ella estaba enfadada y dolida, pero tendría que entender. Aquello no había significado nada para él. Katherine debería comprender que solamente la amaba a ella.

Aun así, decidió que si ella no estaba dispuesta a olvidar, él tampoco le suplicaría. Lo único que podía hacer era darle tiempo. Se marcharía, y no regresaría hasta que Katherine recapacitase y comprendiera que, no importaba lo que hubiese sucedido, él seguía siendo su marido, y que aquella mujer de la que ella se había encariñado no era nada más que una esclava.

Ese mismo día, David abandonó Nueva Fortuna.

Diciembre despojó los árboles de sus últimas hojas.

Katherine y Molly se sentaron en el porche aprovechando las que tal vez serían las últimas caricias del sol sobre sus rostros antes de la llegada de la primavera. No hacía frío, pero Katherine se había cubierto con un chal de lana. Molly, acurrucada en una mecedora, hacía lo mismo bajo la mirada de una bandada de gansos silvestres que, escapando de los rigores del invierno del norte, volaba hacia el sur en busca de refugio.

Owen Graham pasó junto a ellas.

—Señora Parrish. Molly —saludó a las dos mujeres, llevándose la mano al sombrero.

—Buenos días, Owen.

Molly sonrió, pero no dijo nada.

Hacía tiempo que el capataz había decidido olvidar que Molly era una esclava.

—¿Qué novedades hay?

—No muchas, señora Parrish.

Últimamente aquella pregunta se había convertido en una costumbre.

—Ya sabe que en esta época del año las cosas están muy calmadas en la plantación.

Katherine asintió. Nunca había prestado mucho interés al respecto, pero tenía los suficientes conocimientos sobre el cultivo del algodón como para saber que una vez que los campos se hubieran limpiado y preparado para la nueva cosecha sólo quedaba esperar la primavera. Por eso la había sorprendido el inesperado regreso de David. En un principio pensó que querría intentar un nuevo acercamiento, pero después de unos días sin que él hiciera ninguna tentativa de buscarla, desechó esa idea. Por fortuna, David pasaba la mayor parte del tiempo en la biblioteca o supervisando el trabajo de la plantación.

Esa tarde David había salido a cabalgar y no regresaría antes de una hora.

—¿Se quedará con nosotras un ratito?

El capataz no se hizo de rogar. Le encantaba la compañía de aquellas mujeres.

Katherine siguió con la mirada a Owen, mientras él se sentaba en un peldaño de la escalera del porche. Le costaba reconocer en aquel hombre de rostro perfectamente rasurado y con la camisa bien abrochada y planchada al hombre que había conocido a comienzos del verano.

—Sin embargo, por lo que he oído, ustedes no se han aburrido.

—¿Lo dice por el incidente de ayer en las carreras? Muy lamentable, por cierto —dijo Katherine, negando con la cabeza de manera exagerada mientras se dibujaba una gran sonrisa en su rostro—. Una verdadera lástima. Pobre Gwendolyn. Tuvo que ser una situación horrible para ella que la silla se rompiera y cayera de espaldas al suelo. Una pena, ¿verdad, Molly?

—Una pena —repitió, compartiendo la complicidad del momento y recordando el percance.

—No me explico cómo la silla de la señora Burton pudo ceder de aquella forma. ¡Y pensar que precisamente esa silla se había dispuesto para usted!

Owen Graham parecía aliviado.

—He oído que se necesitaron un par de hombres para sacarla del barro.

—Realmente fue terrible —asintió Katherine, haciendo un

esfuerzo sobrehumano por contener la risa y mantener serio su semblante al recordar la estampa de Gwendolyn Burton hundida en el fango frente a las personalidades más relevantes del condado, que se habían reunido para asistir a las tradicionales carreras de caballos.

Lo que Owen no podía imaginar era que la responsable de la desgracia de Gwendolyn estaba frente a ella. Pero Molly sí lo sabía. Katherine no le había dicho nada. No hubo necesidad. Lo supo en el mismo instante en que Gwendolyn se disponía a sentarse y los ojos de Katherine se clavaron en ella avisándola de que no se perdiera detalle.

Cuando Gwendolyn se estampó contra el suelo delante de todos sus vecinos, Molly sintió que la humillación que le había inflingido meses atrás, al insultarla y golpearla frente a sus invitados, había sido vengada. Katherine se había encargado de ello, y también se había ocupado de que Molly estuviese presente para verlo. Fue la primera y la última vez en los siguientes meses que cualquiera de las dos acudió a un acto público o privado fuera de Nueva Fortuna.

Mientras Owen seguía agradeciendo a la buena suerte que en el último momento la señora Burton ocupara el lugar destinado a Katherine, a sus espaldas las dos mujeres cruzaron una mirada llena de complicidad.

Por primera vez en mucho tiempo, los hermosos ojos de Molly recobraron la alegría, mientras sus labios articulaban un silencioso «gracias» que brotaba desde lo más profundo de su corazón.

Graham no se percató del velado intercambio de mensajes que sucedía ante él. La mirada color miel de aquella mujer había hecho retroceder sus pensamientos al día en que David Parrish abandonó la casa sin darle ninguna explicación. Habían pasado dos meses desde entonces. ¿Cómo alguien con una mujer como Katherine podía permanecer alejado de ella durante tanto tiempo?, se preguntó Owen, pensando en su patrón. Él jamás se habría separado de una mujer como aquélla por propia voluntad, y no comprendía que ningún hombre pudiese hacerlo. De hecho, el propio Owen había sido el responsable del regreso de David. Había algo que arreglar y la señora Parrish no debería enterarse.

Mientras la mente de Owen se afanaba por encontrar alguna explicación al extraño comportamiento de su señor, Latoya vertió un poco de agua caliente sobre un par de tazas de porcelana depositadas sobre una bandeja, en una mesita situada entre las dos mujeres.

El contacto del agua caliente sobre las hojas secas de té dejó

escapar una aromática nube de vapor.

Molly trató de disimular, pero la expresión de asco en su rostro producida por el penetrante olor a té era evidente. Últimamente todo le producía náuseas. Owen recapituló para sí. El capataz miró a Molly una vez más ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Ahora lo veía claro. El cansancio, las ojeras, las náuseas y los frecuentes vómitos. Molly estaba embarazada. Aquel descubrimiento lo dejó aún más perplejo. ¿Quién había sido el responsable? Porque él no la había tocado. Nunca volvió a repetirse aquel incidente del porche, del que de inmediato se había arrepentido. Y ningún otro hombre de la plantación se hubiese atrevido a poner la mano sobre la esclava personal de su ama. Nadie, salvo el propio David.

El sutil cambio en el modo en que Owen miró a Molly fue suficiente para que Katherine supiese que el capataz acababa de adivinar el misterio de la marcha de su marido.

Katherine observó la mirada del capataz, pero sólo pudo encontrar compasión y preocupación por la esclava.

—Es un día precioso —dijo Katherine, sabiendo que su secreto estaría a salvo.

—En verdad, es un día hermoso —asintió Owen, reflexionando sobre el terrible descubrimiento que acababa de hacer.

Owen seguía meditando sobre las implicaciones de que David Parrish hubiese dejado embarazada a la esclava de su esposa, cuando un esclavo salió corriendo del bosque y se dirigió hacia el porche. Hizo una leve inclinación y, acercándose al capataz, le comunicó algo al oído, de modo que ningún otro de los presentes pudiese oírlo.

El rostro de Owen se tornó serio.

—¿Pasa algo, Owen?

El esclavo, un muchacho de unos quince años y nariz muy ancha, miró de reojo a la patrona y luego al capataz.

—No es nada, señora Parrish —negó—. Al parecer una esclava se ha puesto de parto. Si me disculpa… —dijo poniéndose de pie y llevándose la mano al ala del sombrero.

A pesar de que estaba demasiado lejos para escuchar, Katherine pudo darse cuenta de que Owen le daba órdenes al muchacho, que se limitaba a asentir con la cabeza y un segundo después echaba a correr en dirección al sendero por donde David había salido a cabalgar.

Latoya, que aún sostenía la tetera con agua hirviendo en sus manos, también parecía inquieta.

El instinto le decía a Katherine que algo extraño estaba pasando.

Los esclavos eran un bien preciado en la plantación, pero no sabía que el nacimiento de uno causara tanto alboroto.

—Latoya, ¿quién es esa esclava? ¿La conozco?

—No creo, ama —respondió esquiva—. Se trata de una muchacha que trabaja en los campos. Nunca ha venido a la casa grande.

—¿Cuál es su nombre?

—…Velvet.

Latoya observó a Katherine, tratando de descubrir si aquel nombre significaba algo para su ama. Pero no debería tener motivos para conocerla. Katherine trató de recordar. Había escuchado antes aquel nombre. Sí, ahora la recordaba. Era la joven que había conocido a comienzos de octubre. Así que todavía no había dado a luz.

—¡Sí! ¡Ya la recuerdo!

La exclamación de Katherine a punto estuvo de provocar que Latoya soltara la tetera de su mano.

Katherine frunció el entrecejo. Empezaba a sospechar que todos se habían puesto de acuerdo para ocultarle algo.

A tan sólo unos pasos de distancia, Molly se había quedado dormida.

Últimamente siempre se dormía. Katherine se levantó y la cubrió con una manta.

—Latoya, quiero que me lleves hasta Velvet.

Los ojos de Latoya se abrieron como platos. Estaba horrorizada.

—Pe… pero ama —consiguió tartamudear—. El poblado no es lugar para la esposa del amo. No creo que deba…

—Sin embargo, quiero ir.

La sensación de que había un inusitado interés por impedir que Katherine viera a la joven cada vez era más clara.

—No creo que deba ir, ama Katherine. No creo que al amo le parezca bien… —se atrevió a insinuar Latoya.

—Eso ni lo pienses —le cortó Katherine, poniéndose en pie.

Sin esperarla siquiera, Katherine tomó el camino que conducía a las chabolas de los esclavos. Las lluvias habían sido intensas durante los últimos días, y al ir aproximándose al poblado el suelo frío y endurecido por las primeras heladas nocturnas no había absorbido el agua de las precipitaciones, por lo que la tierra se fue convirtiendo en una gruesa capa de barro que lo tragaba todo.

Mientras sus finos zapatos de raso se hundían en el fango, sintió que su corazón se estremecía. ¡Cómo le hubiese gustado poder volver los ojos hacia otro lado, igual que había hecho toda su vida!

Pero no pudo. Ya nunca más podría.

A Katherine le resultaba imposible que alguien pudiese orientarse en aquella anarquía de chozas construidas sin ningún orden, que parecían a punto de venirse abajo. Pero Latoya no vaciló. Avanzó segura entre aquel caos, que la condujo hasta un grupo de mujeres.

Unas se afanaban en alimentar las llamas de una improvisada fogata con yesca y maderas recogidas en el lindero del bosque, mientras otras introducían en una olla corroída por el óxido viejos trozos de tela, que tras sumergirlos en agua hirviendo los llevaban rápidamente al interior de una cabaña cercana.

Cuando Owen vio a Katherine avanzar entre el pasillo que abrían las esclavas, creyó que su imaginación le estaba jugando una mala pasada.

—Señora Parrish, ¿qué hace aquí?

—He venido a ver cómo está la joven.

—¡Pero señora! Usted no puede estar aquí —dijo nervioso, lanzando una mirada reprobadora a Latoya, que no parecía saber dónde meterse.

—Ella no tiene la culpa —aclaró Katherine—. De hecho, he tenido que ordenarle que me trajera.

—Pero…

Katherine hizo un gesto con la mano. Estaba cansada de excusas.

—Gracias por su preocupación, pero soy una mujer adulta capaz de soportar el nacimiento de un niño. Aunque el pobre tenga que venir al mundo rodeado de barro y de miseria.

Owen seguía delante de la portezuela de madera.

—¿Es que no piensa dejarme pasar?

Owen dudó. No sabía lo que debía hacer. Aunque era plenamente consciente de que si Katherine traspasaba el umbral de aquella chabola él tendría serios problemas con David.

—No creo que su esposo lo encuentre apropiado.

—Señor Graham, hace ya mucho tiempo que dejé de preocuparme de los deseos de mi esposo. De hecho no hay nada que me produzca mayor placer que contradecirlos —le advirtió Katherine, que estaba empezando a perder la paciencia.

—Lo siento, señora Parrish. Pero no puedo dejarla pasar.

—¡Owen! O se aparta o me veré obligada a apartarle yo misma. Pero aunque tenga que echar la puerta abajo con mis propias manos, le aseguro que entraré en esa cabaña.

Sólo había que contemplar la intensidad de aquellos ojos color miel clavados sobre él y la manera en que apretaba los puños para

saber que su señora hablaba en serio.

Owen se retiró.

Cuando descubrió a la joven madre, tendida sobre una manta en el suelo de tierra, se quedó atónita. Le pareció monstruoso que fuera a dar a luz en aquellas condiciones. Pero luego reparó en la cama y comprendió que aquel sencillo catre no hubiese podido soportar la violencia del parto.

Un grupo de mujeres la asistían.

Una sostenía la cabeza de Velvet sobre sus rodillas, mientras otras dos le estrechaban las manos, y una tercera, que Katherine reconoció como Nana Lo, la anciana comadrona negra de la plantación, esperaba la llegada de la criatura.

Katherine se acercó un poco más.

Velvet llevaba el cabello suelto. Estaba empapada en sudor y le parecía aún más joven que cuando la vio meses atrás regresando de los campos. La muchacha se asustó cuando descubrió a su ama observándola.

—¡Tranquila! —se adelantó Katherine—. Sólo vengo a ayudarte.

Salvo la anciana comadrona, el resto de esclavas se miraron unas a otras. Estaban nerviosas. ¿Qué había ido a hacer la esposa del amo allí? ¿Acaso sabía algo?

El parto fue duro. Pero a pesar del aspecto cansado y los movimientos lentos de Nana Lo, las manos de la esclava retorcidas por la artritis se movieron con increíble habilidad. Sujetó al niño con seguridad y cortó el cordón sirviéndose de un cuchillo mellado que sacó del bolsillo de su delantal. ¿Cómo podían sobrevivir aquellas mujeres con semejante falta de higiene?

Mientras dos de las mujeres ayudaban a Velvet a alcanzar su catre, Nana Lo limpió al niño, y cuando lo iba a envolver en un trozo de manta, Katherine se quitó su fina toquilla y se la tendió a la esclava para que envolviera al recién nacido.

Minutos después Owen entraba en la chabola. Katherine sonreía. Aún no podía creer que aquella joven que todavía no debía de haber cumplido los diecisiete años acabase de dar a luz a un niño tan grande.

El capataz estaba a punto de convencer a Katherine de que abandonara la cabaña y dejara descansar a la esclava cuando David apareció.

No se intercambiaron ni una sola palabra. No hubo necesidad. El gesto de aviso que Owen envió a David, la angustia en los ojos de la joven madre, la forma en que apretó a su pequeño contra su pecho ante la aparición de su amo, y la sorpresa reflejada en el rostro de

David cuando descubrió a Katherine junto a la esclava y al niño, no dejaban lugar a dudas.

Ahora lo entendía todo, el secreto, la manera en que aquella joven había agachado la cabeza avergonzada cuando la vio el día en que se cruzaron en el camino, el repentino regreso de su marido y el afán de todos por alejarla de Velvet. David era el padre de aquella criatura, y ahora quería deshacerse de ella.

Sintió la furia y la sangre hirviendo en su interior. Así que Molly no había sido la primera. ¡Se sentía tan estúpida!

—Katherine…

—David —respondió tranquila, sin delatar sus verdaderos sentimientos.

—¿Qué haces aquí?

Ella miró a su esposo.

—Por lo que veo, conocer a tu hijo.

David la miró. Parecía desolado.

—No es lo que parece —trató de justificarse—. Yo aún no te conocía. El niño no significa nada para mí.

Katherine bufó.

—¡Entiendo! Supongo que esta pobre niña que has convertido en madre tampoco.

Owen se apartó un poco.

David hizo una señal al capataz para que los dejaran solos. La situación se estaba volviendo muy incómoda.

En el interior, sólo quedaron David, Katherine, Velvet y el recién nacido.

—Escúchame, Katherine —le suplicó—. Te prometo que no tendrás que volver a verlos. Hoy mismo saldrán de aquí.

Katherine contempló a su esposo en silencio. Aquel monstruo no podía ser el mismo joven apuesto y encantador que había conocido en Nueva Orleáns.

—La madre y el niño no irán a ningún sitio.

—Pero ¿cómo? ¿Acaso no quieres que se vayan?

—No.

Ni en un millón de años David hubiese esperado una respuesta semejante.

—¡Pero, han de irse!

—Ya veo —dijo Katherine, esbozando una sonrisa cínica—. Entonces no es por evitarme el dolor por lo que quieres deshacerte de ellos. Sino por ti.

—¡No pueden quedarse! —dijo perdiendo el control—. ¿Es que te has vuelto loca? No puedo permitir que un bastardo negro se

pasee por mis tierras.

—¡Haberlo pensado antes! Porque te aseguro que los dos se quedarán. Se quedarán aquí, para recordarte lo que has hecho. Y escúchame bien, David —lo amenazó, apuntándole con el dedo—. Aquí se quedará todo bastardo que engendres por la fuerza.

—Estás loca si crees que lo voy a permitir. ¡Nunca lo haré!

—¡Sí lo harás! Lo harás porque me lo debes.

David no parecía dispuesto a ceder. Ningún hombre podía aceptar algo así.

—No, Katherine, esta vez no cederé.

—Lo harás. Porque si no, te juro por la vida del niño que llevo dentro, que desapareceré y jamás conocerás a tu hijo.

David la miró a los ojos. No podía ser cierto. Pero Katherine no mentía. Estaba embarazada.

Por un momento creyó que todo volvería a ser como antes. El incidente con Molly pronto se olvidaría. Y cuando todo se hubiera calmado podría sacar a Velvet y a su bastardo negro de la plantación. David quiso acercarse a Katherine, quería abrazarla y reconfortarla. Iban a tener un hijo. Ella le necesitaba más que nunca.

Pero la mirada glacial de su esposa se lo impidió. Katherine seguía siendo demasiado orgullosa para perdonar.

—Está bien, Katherine. Tú ganas.

Al día siguiente David volvió a partir hacia Richmond.

Ya no volvería a poner sus pies en Nueva Fortuna hasta que, meses después, recibiera la noticia del nacimiento de sus hijas y de la muerte de Molly.

9

Cerca de las tres de la madrugada se escuchaba el llanto del segundo bebé.

El doctor Steward y Owen seguían en el ático cuando, horas después del amanecer, Katherine abandonaba la habitación de Molly con las recién nacidas.

—Owen, encárguese de que preparen a Molly. Quisiera enterrarla esta misma mañana en el remanso del río. Avíseme cuando esté todo listo. Estaré en mi habitación.

El doctor Steward fue a su encuentro.

Katherine se volvió hacia él.

El hecho de que las dos fueran niñas complicaba las cosas. El doctor trató de estudiarlas. Como la mayoría de los recién nacidos, ambas tenían una pelusilla oscura que se caería en las próximas semanas. Y por más que lo intentaba, no podía reconocer en aquellos rostros diminutos ningún signo característico del bebé que sus manos habían ayudado a traer al mundo. Hubiera debido observar con más detenimiento. Pero ¡cómo iba a imaginar que aquella mujer perdería el juicio tras la muerte de su esclava!

La señora Parrish había tenido la precaución de dejar pasar el tiempo suficiente desde el parto para que al mostrarlas envueltas en sus mantitas, fuese imposible distinguir a simple vista cuál de las dos niñas había nacido primero. Si al menos las pudiese examinar…

—Señora Parrish, permítame asegurarme que usted y los bebés están bien.

—Gracias doctor, pero no será necesario. Mis hijas y yo estamos perfectamente. Ahora, si no le importa, he de prepararme para despedir a una amiga.

Katherine se dirigió a su habitación y al doctor Steward no le quedó más remedio que coger su maletín y abandonar la casa. Sólo quedaba avisar a David. A partir de ahora, sería él quien tendría que hacerse cargo de la situación.

Latoya, Olivia, Nana Lo y Thomas seguían recluidos en la cocina cuando Owen ordenó a las mujeres que subieran a preparar a Molly

para el sepelio.

Mientras tanto, Thomas debería continuar en la cocina. Ninguno de los cuatro tenía permiso para abandonar la casa y hablar con ningún otro esclavo hasta que regresara David y decidiera qué debía hacerse.

El doctor Steward se había ofrecido para ir personalmente a Richmond a buscarlo, pero por mucha prisa que se diese, la calesa del doctor necesitaría cerca de cuatro horas.

David no regresaría hasta el atardecer.

Una vez que el doctor se hubo marchado, Owen se volvió a encontrar al mando de la situación. Lo más importante era mantener en secreto lo sucedido hasta que el patrón decidiera lo que había que hacer. El doctor guardaría el secreto. Era un buen amigo de David y su código ético le impedía revelar cualquier información relacionada con sus pacientes.

Lo más difícil sería conseguir que los esclavos no hablasen. Podían amenazarlos, pero a la larga se sabría.

Por ahora la prioridad era mantenerlos incomunicados.

Vestida de riguroso negro y con el rostro cubierto, Katherine avanzó con sus hijas en brazos tras el carro que transportaba el féretro de Molly. Latoya y Olivia habían abandonado su reclusión por un momento.

Fue un funeral íntimo.

Owen se quitó respetuosamente el sombrero mientras Katherine recitaba un salmo en honor de Molly.

Después de colocar unas margaritas recién cortadas sobre la tumba, Katherine regresó a la casa y no pudo evitar el impulso de subir por última vez a la habitación de Molly, donde todavía podía sentir su presencia. Se sentó en la vieja mecedora que aún seguía en la habitación, y sintió cómo los tibios rayos del sol acariciaban su cuerpo. Envuelta en aquella sensación reconfortante, mientras recordaba a su amiga, agotada por los acontecimientos de las últimas horas, en un momento se quedó dormida.

Latoya retorcía el extremo de su delantal una y otra vez.

—¿Qué creéis que nos pasará?

David todavía permanecía en el ático.

—Tengo miedo.

Thomas hubiese querido tranquilizar a la muchacha, pero comprendía la gravedad de la situación. Si tenían suerte los venderían, si no…

Olivia no se atrevía a pensar en ello. Se balanceaba de un lado a otro.

Nana Lo, simplemente, esperaba.

David apareció en la cocina acompañado de Owen.

Los cuatro esclavos se pusieron en pie.

Su cabeza no había dejado de dar vueltas a la situación. Había demasiados testigos de lo sucedido y los esclavos tenían la costumbre de propagar los secretos que sus amos se empeñaban en mantener bajo llave. Podía amenazar con venderlos, pero entonces el riesgo sería aún mayor, porque una vez fuera de su alcance no podría controlar lo que dijeran.

—Seré breve. Hasta que yo diga lo contrario, vuestra ama ha dado a luz a gemelas. La esclava y su hija han muerto durante el parto, y las dos —recalcó— están enterradas junto al río.

Los esclavos no se movieron.

—Os recomiendo que no lo olvidéis nunca. Si sé, si sospecho, o si oigo el más mínimo comentario que me haga recelar, os juro que os arrancaré la piel a tiras y después, si todavía seguís vivos, os colgaré a todos. Ahora volved a vuestras obligaciones.

David se marchó, convencido de que el miedo contendría la lengua de los esclavos.

Owen salió tras su patrón. Él no estaba tan seguro.

En cuanto se quedaron a solas, Latoya, Olivia y Thomas empezaron a andar. Parecían tener prisa por salir de aquel cuarto.

Los tres se volvieron hacia la anciana.

—Ninguno de nosotros hablará.

Latoya todavía temblaba.

—Tenemos que asegurarnos de que nadie hablará nunca de esto.

—Yo… yo no pensaba decir nada —consiguió balbucear Latoya, evitando la mirada incisiva de la comadrona.

Thomas y Olivia se apresuraron a corroborar con un gesto las palabras de Latoya.

Nana Lo los miró despacio, antes de volver a hablar.

—Lo haríais. Puede que no este año o dentro de dos, pero llegará un momento en el que perderéis el miedo. Creeréis que la persona a quien algún día deseéis confiárselo también guardará el secreto. Que nadie se enteraría. Y entonces…

—No lo haremos —protestó Olivia.

—Olivia, nunca has sido capaz de mantener la boca cerrada. Disfrutas demasiado compartiendo los secretos ajenos. Antes o después se lo dirás a alguien.

Nana Lo no le dio a Olivia la oportunidad de defenderse.

—Pero esta vez nadie hablará. Ni ahora, ni si somos vendidos, ni el día que el amo muera, o esté demasiado enfermo o viejo para

cumplir sus amenazas —dijo, volviéndose a Latoya, que todavía era muy joven—. No lo haremos porque todos tenemos una deuda que saldar.

Olivia agachó la cabeza avergonzada, al recordar cómo había tratado a Molly. Thomas también se sentía mal.

—Ninguno de nosotros le tendió una mano a esa desdichada cuando la necesitó. Era una de los nuestros y le dimos la espalda. La dejamos sola.

Olivia recordó las innumerables veces que Molly le había sonreído buscando su amistad. Ella nunca le había correspondido. Al recordar la horrible muerte de Molly, deseó poder cambiar el pasado.

Nana Lo continuó hablando. Su palabra siempre había sido muy respetada entre los esclavos.

—Lo haremos por esa niña. Porque, aunque nunca lo hubiese creído, sé que la mujer del amo la protegerá con uñas y dientes. Mientras guardemos el secreto, la niña estará a salvo. Será libre. Pensadlo bien. Tenemos la oportunidad de hacer libre a uno de los nuestros. Pensad por un momento qué vida le esperaría a esa niña si su secreto se supiera… Se lo debemos a su madre. Y se lo debemos al ama Katherine.

—… Al ama…

—Sí, Olivia. Gracias a ella Velvet conserva a su lado a su pequeño Noah. ¿Acaso el amo hubiese permitido que el niño permaneciera aquí? ¿Habéis pensado por un momento qué es lo que ha hecho esa mujer?

Las imágenes de su ama desarmando al capataz y enfrentándose al doctor Steward para impedir que se llevaran a la hija de la esclava volvieron a sus mentes.

—Ella, una mujer blanca, ha arriesgado todo por proteger a esa niña. Una de los nuestros. ¿Vais a ser vosotros menos que ella?

La anciana tomó entonces un cuchillo y sin vacilar se hizo un corte en la palma de la mano. Cerró el puño y esperó a que las gotas resbalaran hasta un recipiente vacío que estaba sobre la mesa.

—Yo juro que guardaré el secreto del nacimiento de la hija de Molly hasta el día de mi muerte.

Nana Lo le tendió el cuchillo a Thomas.

Él dudó. Cualquiera que rompiera un juramento hecho con sangre frente a otras personas, moriría de una forma horrible y condenaría a los suyos al mismo destino. Tal vez podrían escapar del amo, pero nunca podrían hacerlo de la ira de los dioses.

Cuando la sangre de los cuatro testigos se mezcló, el juramento

quedó sellado.

El secreto de la pequeña esclava estaría a salvo para siempre.

10

Owen nunca había soportado el calor y el sol no había mostrado compasión durante toda la mañana.

Cuando se sentó a almorzar, agradeció que fuera domingo. Ese día los esclavos dejaban de trabajar al mediodía, y no regresaban a los campos hasta la mañana siguiente. Así que él también podía disfrutar de una tarde libre.

Se sentía cansado.

Después de comer y de beber tres vasos de agua, se quitó la camisa y se recostó sobre la cama. Afortunadamente, había tenido la precaución de cerrar las contraventanas antes de salir por la mañana y la temperatura dentro de la cabaña era bastante agradable.

Empezaba a adormecerse cuando la madera de los escalones del porche crujió.

Se removió en la cama y esperó a que los pasos se detuvieran.

—¡Adelante! —invitó a pasar antes de que llamaran.

Por algún motivo que Owen no conseguía entender, los esclavos nunca llegaban a entrar en la casa. Cada vez que le llevaban algún recado se quedaban parados fuera hasta que él les abría. Entonces le daban el mensaje y se marchaban sin que sus pies traspasaran el umbral.

Unos golpecitos resonaron en el cristal.

¡Maldita sea! Tendría que levantarse.

—¡Está abierta! —gritó molesto, poniéndose en pie.

Owen cogió la camisa de la silla y se la puso. La mancha de sudor ya había desaparecido.

—¿Es qué no pueden dejarme tranquilo? —murmuró irritado mientras abría la puerta con brusquedad.

—Katheri… ¡Señora Parrish!

—Buenas tardes, Owen.

—Bu… bu… enas tardes, señora Parrish —tartamudeó.

Ella sonrió.

—Discúlpeme por haberme presentado en su casa sin avisar,

pero me preguntaba si tendría un momento para hablar conmigo.

Owen hubiese deseado poder decir que no había nada en el mundo que le apeteciera más que escuchar su voz. Pero en lugar de decirle algo que hubiese resultado incómodo para los dos, se apartó y la invitó a pasar.

—Creo que será mejor que demos un paseo —sugirió Katherine, sin llegar a traspasar el umbral.

—Por supuesto señora Parrish, permítame un momento, por favor —consiguió decir Owen, dándose cuenta demasiado tarde de su error.

Dio media vuelta avergonzado, mientras Katherine se sentaba a esperar en la única silla que había en el porche.

«Eres un patán», se recriminó en voz baja por su torpeza, mientras se abrochaba apresuradamente la camisa. Una mujer casada sin acompañante no podía visitar sola la cabaña de un hombre, y Owen lo sabía. Cualquiera lo sabía. Sólo esperaba que ella no se hubiera ofendido.

Se metió la camisa por el pantalón y se miró en el espejo. Tras la siesta su cabello estaba igual de encrespado que las púas de un puercoespín. Introdujo la mano en la jarra que había sobre la mesa y se humedeció el pelo. A continuación tomó el sombrero y salió. No quería hacer esperar a Katherine.

—Hace calor —dijo Katherine cuando Owen se reunió con ella en el porche—. ¿Qué le parece si damos un paseo junto al río?

—Creo que es una buena idea, señora Parrish.

La sombra de los cipreses se extendía a lo largo de la ribera.

Al alcanzar la protección de los árboles, Katherine se quitó la pamela de paja que la protegía del sol y continuó caminando concentrada en el sendero.

—Dígame, señora Parrish. ¿En qué puedo ayudarla?

Katherine parecía distraída.

—Sabe, dentro de unas semanas se cumplirán ocho años de la muerte de Molly. Sé que la apreciaba.

Él no fue capaz de encontrar palabras de consuelo.

Pero no era necesario. Hacía mucho tiempo que Katherine había descubierto que ella no era la única persona que depositaba flores sobre la tumba de Molly.

—Ocho años… —repitió nostálgica—. El tiempo pasa tan rápido. Y sin embargo, a pesar del que ha trascurrido, cuando cierro los ojos todavía puedo sentir la presencia de Molly junto a mí. Incluso creo estar escuchando el sonido de su risa cuando tomábamos el té en el porche tapadas con unas mantas. ¿Lo recuerda? Usted solía

acompañarnos.

Owen asintió. Él tampoco necesitaba hacer ningún esfuerzo para recordar los momentos más hermosos de su vida.

Todavía no adivinaba el motivo que había llevado a Katherine a ir a buscarle. Pero no le importaba. Ella había acudido a él en busca de algo y él no dudaría en dárselo.

Katherine caminaba a su lado. Sólo un paso separaba sus manos.

—Tengo entendido que mi esposo pretende hacer algunos cambios en el poblado.

—Así es, señora Parrish. Desde la época del viejo patrón no se ha hecho ninguna mejora allí. Últimamente varios esclavos han enfermado.

—No lo sabía.

—No fue nada serio. Pero al llegar las lluvias el terreno se encharca y los desagües se desbordan… —Owen decidió que no necesitaba ser más específico—. El calor del verano se encarga del resto. Hace unos años, en una plantación río arriba la disentería mató a más de veinte esclavos.

Katherine guardó silencio.

—El patrón quiere asegurarse de que nada parecido pase en Nueva Fortuna. Así que pretende abrir nuevos canales y mejorar el drenaje del terreno añadiendo gravilla a los caminos.

—¿Y las viviendas?

Los ojos de Owen la observaron con inteligencia.

—En principio no se harán cambios —respondió adivinando el motivo de la pregunta.

El sendero dibujó una curva junto al río.

Katherine se detuvo y contempló la luz del sol centelleando sobre las aguas.

A medida que el aniversario de la muerte de Molly se acercaba, Katherine empezaba a sentir que tenía una deuda pendiente. Encerrada en su propio dolor, durante años había dejado de lado las condiciones de vida de los esclavos. Tal vez no eran peores que en otros lugares, pero esa idea no la consolaba.

Ahora necesitaba aliviar la conciencia que se le había despertado.

—Mi marido aprecia su opinión. Si usted le comentara que aislar el suelo de las cabañas también podría evitar que enfermaran…

Owen recordó la expresión de horror de Katherine cuando entró en la cabaña de Velvet y la descubrió tendida encima de una manta sobre la tierra. A pesar de los años transcurridos, aquella imagen la seguía atormentando.

—Si me permite, señora Parrish —la interrumpió Owen—, el patrón siempre ha tenido interés en que los esclavos estén sanos y fuertes para trabajar —reflexionó en voz alta para evitar que ella tuviera que pedirle ayuda—. Creo que no será difícil convencerle de que el aislamiento del suelo podría mejorar la salud de los esclavos.

—Gracias.

Owen sonrió.

Katherine pensó que era la primera vez que lo veía sonreír.

Los niños estaban terminando de vestirse cuando Owen y Katherine los vieron sobre el embarcadero.

Ningún esclavo tenía permiso para bañarse o pescar en aquella zona del río.

Los pequeños no los habían visto. Sus risas eran frescas y despreocupadas.

Se disponía a llamarles la atención cuando la mano de Katherine lo detuvo.

—Déjeles —le pidió mirándolo a los ojos mientras su mano seguía apoyada sobre la de él—. Permítales ser niños por una vez.

Owen deseó que aquel instante mágico e irresistible durara para siempre.

Ajenos a la presencia de sus amos, los niños cargaron con un enorme pez y echaron a correr hacia el poblado.

Las dos manos se separaron.

A pesar de que no lo había visto más que un par de veces desde su nacimiento, Katherine lo reconoció.

Antes de que terminara la jornada, aún debería enfrentarse a otro fantasma del pasado.

Eran poco más de las cinco cuando Noah irrumpió en la cabaña que compartía con su madre. Su rostro irradiaba felicidad.

—¡Mamá!, Jeremías y yo hemos cogido un pez así de grande —anunció muy excitado el pequeño, abriendo los brazos de par en par, para enseñar a su madre el tamaño del pez—. Esta noche Jeremías lo llevará a la hoguera y lo asará.

Velvet le sonrió. A pesar de la diferencia de edad, pues Noah había cumplido ocho años unos meses atrás y Jeremías ya tenía diez, los dos niños eran inseparables.

—¿Así de grande? —imitó a su hijo, sin dejar de sonreír.

Sin cerrar los brazos, Noah asintió orgulloso mientras afirmaba con la cabeza una y otra vez. Lo hizo con tanto ímpetu que unas gruesas gotas de agua salieron disparadas de su espesa cabellera rizada que, como el resto de su ropa, estaba completamente empapada.

—¿Acaso Jeremías te ha utilizado como cebo? —preguntó, acariciando los rizos de su hijo.

Noah le devolvió la sonrisa dejando al descubierto dos hermosas paletas nacaradas que habían empezado a cubrir los huecos dejados por los dientes de leche.

—Es que después de pescar nos dimos un baño en el río —informó exultante.

—Y por lo que veo, os bañasteis vestidos.

—¡Pero mamá, cómo íbamos a bañarnos vestidos! —exclamó ante la extravagante sugerencia de su madre, sin abandonar su encantadora sonrisa—. Lo que pasa es que no hemos tenido tiempo de secarnos al sol.

Incluso antes de que las palabras terminaran de fluir de sus labios, Noah supo que había hablado más de la cuenta. En un acto desesperado por evitar lo inevitable selló su boca con las manos, pero las traicioneras palabras ya habían escapado y no había nada, aparte de contener el aliento, que él pudiese hacer para que su madre no descubriese que la había desobedecido.

—Noah, ¿no habréis ido a Punta Real? —interrogó alarmada.

Noah se limitó a clavar los ojos en el suelo a modo de respuesta.

La dulce mirada de Velvet desapareció.

—¡Oh!, ¡Noah! —lo reprendió, visiblemente preocupada tras confirmar sus sospechas—. Sabes que tenéis prohibido ir allí. ¿Y si alguien os hubiese visto?

—Nadie nos ha visto —se apresuró a negar el niño, tratando de tranquilizar a su madre, mirándola a los ojos—. Hemos tenido mucho cuidado. De verdad, mamá, nadie nos ha visto.

Las palabras de Noah no pudieron ser más inoportunas, porque en ese mismo instante, Thomas, el esclavo que desde hacía años servía en la casa de los amos, llamaba a la puerta.

—Velvet —saludó el hombre de cabello cano y andares tranquilos.

—¿Pasa algo, Thomas?

Thomas sabía que su sola presencia como enviado de los amos era más que suficiente para alarmar a cualquier esclavo de la plantación. A él tampoco le gustaba su trabajo de mensajero, pero nada podía hacer sino trasladar los deseos de sus amos. Se volvió hacia Noah y habló con voz cansada.

—Noah, el ama quiere verte.

El corazón de Noah se detuvo en seco. Después de todo, quizá sí que lo habían visto.

—Thomas, ¿sabes lo que quiere el ama Katherine? —interrogó

Velvet alarmada.

—Lo siento, Velvet. No lo sé —contestó levantando los hombros a modo de disculpa, solidarizándose con la angustia de la joven ante la idea de que los amos se interesasen por su pequeño—. Date prisa —añadió cariñosamente Thomas, volviéndose hacia el niño—. Te estaré esperando en la cocina para conducirte hasta el ama.

A pesar de que el pánico lo paralizaba, Noah consiguió asentir con la cabeza.

Thomas apoyó su mano un segundo sobre el hombro de Velvet, y se retiró.

—¡Dios mío! —clamó la joven esclava, presa del pánico, una vez madre e hijo se hubieron quedado a solas—. Te he dicho mil veces que no te bañes allí. Sabes que a los amos no les gusta.

El pequeño Noah ya no hablaba. Su corazón retumbaba desbocado en su pecho, mientras que su cabeza trataba inútilmente de adivinar el terrible castigo que podían infligirle por haber desobedecido una orden del amo.

En sus ocho años de vida, Noah jamás había puesto los pies más allá de la cocina de la casa grande. Y ahora tenía que presentarse ante sus señores. Aunque su madre trató de mantener la calma, los dos sabían que la situación era grave.

Estaba asustada. Pero Velvet no debía permitir que Noah se diera cuenta. Si no, no le serviría de ninguna ayuda. Debía mantener la calma, infundir valor a su hijo y hacerle ver que aún tenía algo de control sobre la situación.

Velvet sacudió todos los pensamientos oscuros de su mente. Cuando se quedase esperando el regreso de su pequeño, en la soledad de la cabaña, tendría tiempo de asustarse. Ahora debía reaccionar. Y eso hizo. Velvet respiró hondo y ordenó a su hijo que se aproximara.

Noah estaba tan aterrorizado que la voz de su madre no fue capaz de traspasar el muro de pánico que lo envolvía.

—¡Rápido, ven aquí! —repitió por segunda vez Velvet.

—Quítate esa ropa mojada.

El aplomo con el que reaccionó su madre contagió a Noah, que obedeció sin rechistar. Se quitó la ropa húmeda y la dejó caer en el suelo de tierra.

Mientras Noah se desnudaba, Velvet cogió una de las dos mantas que había en la cabaña y secó a su hijo. Después le envolvió con ella la cabeza de espesos rizos de color azabache y frotó con tanta fuerza que Noah tuvo la impresión de que su madre, para eliminar las pruebas, había decidido arrancarle hasta el último cabello.

Tras verificar que Noah parecía no haberse acercado al agua en toda su vida, Velvet se aproximó a una cesta de mimbre colocada a los pies de uno de los dos catres, y sacó el otro par de pantalones y la otra camisa del pequeño.

—¡Vístete! —le apremió.

Una vez se aseguró de que comenzaba a vestirse, Velvet siguió rebuscando en el interior de la cesta. Cuando localizó las botas de Noah, él ya se había puesto la ropa seca.

Los pantalones lucían dos grandes parches en las rodillas. Los había remendado varias veces y, a consecuencia del último estirón, le quedaban por encima de los tobillos. La camisa, deslucida por las incontables veces que la había restregado sobre las piedras del margen del río y después aclarado en sus aguas, tenía las mangas demasiado cortas para cubrir los largos brazos del pequeño.

Velvet sostenía el único par de botas de Noah. Justas ya desde el momento en que las consiguió de un niño mayor que él, Noah las había utilizado durante los fríos meses de invierno. Pero la primavera trajo consigo un nuevo estirón que las hizo definitivamente pequeñas para sus pies. Entonces las podría haber cambiado con algún otro niño de la plantación, pero lo cierto era que como en verano siempre correteaban descalzos, no se había preocupado todavía de hacerlo. Sin embargo, estaba claro que aquel día el destino había decidido jugar en su contra, y tenía la certeza de que nada iba a salir como él esperaba. Porque ningún esclavo podía entrar en la casa de los amos sin zapatos.

Así que, por enésima vez en los últimos minutos, Noah se lamentó en silencio. De todas formas, ya era tarde para buscar una solución. Se resignó y se dispuso a pasar por la tortura de hacer que sus pies entraran en aquellas botas.

Noah tuvo que contener el aliento y apretar los dientes para aguantar el dolor, mientras su madre le anudaba los cordones y lo ayudaba a mantenerse de pie.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Noah.

Velvet agarró a Noah por los hombros y se agachó hasta que sus ojos, marcados por una vida de sufrimiento y trabajo, estuvieron frente a los de su hijo.

—Escúchame bien —le dijo retirando con cuidado las solitarias lágrimas que se deslizaban por el dulce rostro de su pequeño—. Todo irá bien. Confía en mí —lo animó—. Y haz todo lo que te voy a decir. Cuando estés frente a los amos, baja la cabeza. Espera en silencio hasta que te pregunten. Y al dirigirte a ellos, no los mires directamente a los ojos. Sobre todo evita mirar al amo —le advirtió

—. ¿Me has entendido?

Noah asintió en silencio.

—No admitas nada hasta que los amos te lo pregunten —continuó su madre, tras comprobar que Noah había entendido sus indicaciones—. No digas nada antes de que terminen de hablar. Espera en silencio mientras ellos hablan, y recuerda —le advirtió de nuevo—, si te han descubierto, no les lleves la contraria ni protestes. Pero sobre todo, no les lleves la contraria —remarcó—. Sólo espera en silencio. Y por último, Noah, no olvides llamarlos amo cada vez que te dirijas a ellos.

El pequeño asintió en silencio a cada una de las recomendaciones de su madre. Después, Velvet le dio un beso en la frente y no se volvió para verlo marchar. Esperó hasta que los pasos se perdieron en el exterior. A continuación se sentó a esperar el regreso de su hijo. Hizo algo que no había hecho jamás. Cerró los ojos y en la oscuridad de su hogar rogó al poderoso Dios de los blancos para que velara por su pequeño.

Noah salió de la cabaña y se dirigió a paso ligero a la casa grande. Tenía los dedos de los pies completamente encogidos. Los zapatos le apretaban. El cuero le rozaba y sabía que al día siguiente estaría cubierto de ampollas. Pero tenía tanto miedo que incluso agradeció el roce de las costuras sobre su piel desnuda para hacerlo reaccionar. Cuando llegó a la gran casa blanca evitó pasar junto a la entrada principal y se dirigió a la parte trasera, por donde accedió a la cocina.

Thomas se disponía a entrar en la casa cuando Noah lo alcanzó.

—Has venido rápido —le dijo el anciano en cuanto lo vio—. Vamos. Te esperan.

Poco después los dos esclavos atravesaban la cocina y tomaban el pasillo que los conduciría hasta el salón. Por un momento Noah se olvidó del verdadero motivo que lo había llevado hasta allí. Sus ojos saltaban de un cuadro de vivos colores, donde inmensas montañas con sus cimas teñidas de blanco se perdían en el cielo, a otro de atrayentes extensiones de agua salpicadas con barcos, pasando por lámparas de cristales brillantes que transformaban la luz en un hermoso arco iris y alfombras llenas de vistosos dibujos en las que, a pesar del dolor que le producían a Noah sus botas, cada paso era como pisar sobre una mullida pila de algodón. Se permitió imaginar lo maravilloso que sería poder caminar sobre ellas sin aquellas horribles botas.

Tras recorrer el pasillo que unía la cocina con el centro de la casa, el recibidor se abrió ante él. Noah se quedó sin respiración.

Ni siquiera en sus sueños Noah había imaginado cosas tan hermosas; columnas blancas como las del atrio exterior de la casa, una escalera de reluciente madera rojiza, y jarrones que le llegaban a la barbilla con incrustaciones azul cobalto parecidas a una especie de gato con alas que lanzaba fuego por la boca.

Thomas caminaba junto a él sin que las maravillas de aquel lugar parecieran causarle la menor impresión. Con paso lento el viejo esclavo condujo a Noah hasta el salón y le indicó que esperara.

—Suerte —lo animó, guiñándole un ojo.

Thomas volvió sobre sus pasos y el niño se quedó inmóvil bajo el umbral de la puerta.

Toda la familia se encontraba reunida. El amo Parrish, sentado en un butacón que a Noah le pareció que debía de ser increíblemente cómodo, miraba con mucho interés unos papeles desplegados que contenían unos diminutos garabatos negros. El ama Katherine bordaba junto a la ventana, mientras la pequeña Hortensia, con sus abundantes y dorados rizos recogidos con unos hermosos lazos azules que hacían juego con sus ojos, pintaba sobre un cuaderno, con los lápices de colores más bonitos que Noah hubiese imaginado jamás. Y por último, arrodillada sobre la alfombra a los pies de su padre, Charlotte se afanaba en quitarle un ovillo de lana al quinto miembro de la familia. Frix, el gato de angora blanco y con un ojo de cada color, que paseaba por la hacienda con más libertad de la que él podría disfrutar en toda su vida.

Katherine fue la única en dejar lo que estaba haciendo cuando se percató de la presencia del niño, que permanecía inmóvil bajo el umbral de la puerta.

—Pasa, Noah —lo invitó a entrar con una sonrisa.

El niño contempló la elegante alfombra estampada que estaba frente a él y titubeó.

—Adelante —le animó Katherine, dejando su labor en uno de los brazos del butacón y centrando toda su atención sobre él.

Con pasos vacilantes, Noah avanzó hasta detenerse a un par de metros de su señora.

Hortensia dejó un momento el lápiz de color verde sobre la mesa y le sonrió. Charlotte, sin embargo, no le prestó la menor atención. Estaba demasiado ocupada martirizando al pobre animal, que a duras penas conseguía retener la bola dorada entre sus patas.

El amo David ni siquiera levantó los ojos de los papeles.

—Creo que ya tienes ocho años, ¿no? —le preguntó Katherine,

sin dejar de sonreír.

—Sí, ama Katherine. Cumplí ocho en diciembre.

—Así que en esta cosecha empezarás a trabajar en los campos, ¿verdad?

—Sí, ama Katherine —asintió de nuevo como su madre le había recomendado, intentando ser lo más breve posible.

Noah empezaba a impacientarse. No podía entender la relación existente entre el hecho de que se hubiera bañado en Punta Real, desobedeciendo los deseos de los amos, con su edad. Aunque, pensándolo bien, tal vez el ama deseaba saberla para ponerle un castigo a la medida, pensó sintiendo cómo la sangre subía por su cuello y encendía sus mejillas.

—Bueno, ya te estás convirtiendo en un hombrecito, Noah —dijo Katherine, sin percatarse del nerviosismo del pequeño—. He pensado que tal vez querrías aprender a leer y escribir.

Noah miró a su señora con sus ojos negros abiertos de par en par. El ama Katherine le estaba tomando el pelo, o peor aún, se había vuelto completamente loca. Hasta un niño como él sabía que en el Sur la ley prohibía enseñar a los esclavos a leer y a escribir.

Pero había otra persona en la habitación que parecía incluso más sorprendida que el mismo Noah. Charlotte se había olvidado por completo del gato, que había aprovechado el descuido de la niña de cabello castaño para echar a correr con el ovillo de lana y guarecerse bajo las patas de un sillón azul colocado en el lado opuesto de la habitación.

La niña miró al intruso una fracción de segundo y se volvió hacia su madre, decidida a protestar. Pero en el último momento debió de cambiar de opinión, porque antes de pronunciar la más mínima protesta apretó los labios y frunció el entrecejo, consiguiendo que sus expresivos ojos apenas consiguieran asomarse entre la maraña de pestañas que se cernían sobre la minúscula abertura que dejaban sus párpados. El iris esmeralda de Charlotte refulgía anunciando tormenta.

—Entonces, ¿qué dices, Noah? ¿Aceptas? —preguntó Katherine, advirtiéndole a continuación sobre cuál debería ser su respuesta.

Noah iba a contestar cuando, sin previo aviso, el amo David hizo un leve gesto de disgusto, dejó el diario sobre la butaca, se levantó y salió de la habitación sin tan siquiera mirarlo.

Noah siguió de reojo sus pasos.

—Estudiarás con Charlotte y Hortensia por las mañanas, y por las tardes trabajarás en los campos. ¿Aceptas?

El pequeño asintió con la cabeza de manera automática.

La repentina marcha del amo había provocado en él una fuerte inquietud. Nada parecía tener sentido. Pero ¿por qué él? Se preguntó, incapaz de creer lo que le estaba pasando. Y entonces lo supo, siempre había tenido la respuesta frente a él, aunque hasta ese momento no había sido capaz de entenderla.

¡El amo era su padre!

Pero no, no podía ser verdad. ¿Cómo él, siendo el hijo del amo, iba a ser un esclavo y vivir junto a su madre en una chabola de tablones con el suelo de tierra, mientras sus otras hijas y esposa vivían en una mansión? Era imposible. Sin embargo, tras el ofrecimiento del ama Katherine la verdad lo golpeó de lleno.

Las botas habían dejado de molestarle, y de repente su cabeza hervía de pensamientos. Parecía a punto de explotar. No lo podía creer. Nunca se lo habían dicho claramente, pero había oído comentarios sobre su origen cuando creían que él no escuchaba. Incluso una vez le había preguntado a su madre. Pero sólo había conseguido que ella se pusiera muy triste y le dijera que su padre tuvo que dejarlos cuando él no era más que un niño. Noah siempre supo que ella no le había dicho la verdad, porque desde mucho antes de que él naciera, no se había vendido ni un solo esclavo en Nueva Fortuna. De cualquier forma, comprendió que aquello causaba un gran dolor y preocupación a su madre, así que se prometió que nunca más insistiría sobre ello. No volvió a preguntar. Y era curioso que ahora, que ya se había resignado a no buscar respuestas, éstas viniesen a él de manera tan inesperada.

Sí, el amo David era su padre. Y más aún, tras la última mirada que le había lanzado antes de retirarse, comprendió descorazonado que aquel hombre lo odiaba. Pero ¿por qué?, se preguntó, rebelándose ante semejante idea ¿Qué había hecho él para merecer que su propio padre lo despreciara? Noah contempló su piel oscura y después vio la piel blanca aterciopelada de las que ahora eran sus hermanas, y entonces lo comprendió. No importaba lo mucho que sonriese y se esforzase por gustar a su padre, pensó mientras el pesar invadía su corazón, porque aquel hombre al que llamaba amo, siempre se avergonzaría de él.

—¡Mamá, ese esclavo no estudiará con nosotras! —explotó Charlotte, poniéndose en pie de un salto, en cuanto Noah se retiró.

Las palabras de su hija no parecieron inquietar a Katherine, que retomó su labor sin despegar los labios.

—¡Mamá…! —repitió Charlotte, solicitando en vano la atención de su madre.

En lugar de contestar a Charlotte, Katherine se volvió hacia la

niña rubita que ahora pintaba con un lápiz de color amarillo.

—¿Y a ti qué te parece, Hortensia?

Los pucheros de Charlotte continuaron. Pero sabía que su madre seguiría ignorándola mientras no se controlase.

—Me gusta —respondió la niña, con una sonrisa—. Parece un niño simpático.

Charlotte cerró los puños y golpeó el suelo con su zapato. Que su madre hiciera extravagancias era habitual, pero que su hermana la secundase era una deslealtad.

—Se lo diré a papá —amenazó.

Esta vez consiguió lo que quería.

—Hazlo si lo deseas. Pero te garantizo que Noah asistirá a clase con vosotras.

Y para mayor irritación suya, Charlotte supo que lo decía en serio.

—¿Por qué ha de estudiar un esclavo con nosotras?

—Porque es lo correcto y lo he decidido así.

—No es justo —protestó.

—¿Qué sabrás tú lo que es justo o no? —la reprendió su madre con vehemencia—. Aun así, no importa lo que tú creas. Soy tu madre. Y Charlotte, te guste o no, las cosas se harán como yo quiero.

Pero Charlotte no estaba dispuesta a rendirse tan pronto.

—Si ese tiznado va a clase, yo no iré.

En apariencia, la expresión tranquila del rostro de Katherine no cambió un ápice. Pero el leve movimiento de las aletas de su nariz al respirar, la vena azulada, invisible sólo un segundo antes, que ahora adornaba la parte superior de su sien, y la sutil disminución del ya fino grosor de sus labios, prevenían de lo contrario.

Charlotte supo que esta vez había ido demasiado lejos.

—Ese niño se llama Noah, Charlotte —recordó Katherine a su hija, tajante, sin alterar el tono de voz—. Te guste o no, así es como lo llamarás. Y te lo advierto, no voy a permitir que utilices esos términos delante de mí, y mucho menos de los esclavos.

La tensión entre madre e hija pesaba en el ambiente. Hortensia se movió nerviosa en su silla. No le gustaba que su hermana y su madre se peleasen.

—Charlotte, lo pasaremos bien —dijo conciliadora.

Normalmente Hortensia conseguía que Charlotte se tranquilizase y cediera, pero esta vez no sería así. La forma en que Hortensia conseguía apaciguar a Charlotte era algo que nunca dejaba de sorprender a Katherine.

—Si él va, yo no iré —protestó, atreviéndose a lanzar su último envite.

—Él irá.

Katherine no permitiría que una niña caprichosa le dijera lo que tenía que hacer. Y no necesitaba indagar demasiado para saber que ese término tan despectivo Charlotte lo había aprendido de su padre, al que idolatraba. A Katherine no le había molestado la palabra en sí, sino el desprecio con que la había pronunciado. Charlotte empezaba a parecerse peligrosamente a David, y aunque tuviese que dedicar hasta el último aliento de su vida en ello, no lo iba a permitir.

11

Antes de que Noah pudiese asimilar la trascendencia de los cambios que estaban sucediendo en su vida, asistió a su primera clase. Días atrás, el ama Katherine le había hecho llegar una gran caja de cartón de un vivo color verde. En su interior, cuidadosamente plegado había un pantalón negro que le quedaba como un guante, un par de camisas de un blanco impoluto, tirantes, un lazo para el cuello, calcetines y unas relucientes botas negras. Y todo era suyo. Más aún, era nuevo. El ama Katherine lo había mandado confeccionar en Richmond para él.

Sería la primera persona que iba a ponerse aquellas prendas tan bonitas y delicadas. Noah nunca había estrenado nada y la sola idea de que nadie las hubiese utilizado antes que él le hizo sentirse especial.

Desde que le habían entregado la caja, Noah no la había posado en el suelo de la cabaña. No quería que el polvo la estropeara. Era la cosa más bonita que había tenido jamás.

El color del cartón era igual que el del lápiz verde con el que la señorita Hortensia dibujaba cuando Noah fue a la casa grande. Desde que se la entregaron, seguía un riguroso ritual al acostarse.

Primero, comprobaba que toda su ropa nueva seguía en el interior. A continuación, apoyaba con mucho cuidado la caja sobre la cabecera de su cama y se tendía a su lado. Por último, como si se tratara de un ser vivo e indefenso que necesitase de su protección, le cedía un pedazo de su manta y la abrazaba para que nadie se la arrebatase durante el sueño. Antes de que el sol se ocultase en el horizonte y la oscuridad arrancara el color de su tesoro, robándole su magia y convirtiéndolo por unas horas en nada más que una silueta oscura, sus párpados caían dando paso a un mundo de colores y lugares que, hasta su reciente visita a la casa de los amos, nunca hubiese podido imaginar. Playas de arena fina, montes nevados y poderosos dragones escupiendo fuego por la boca. Las escenas de los cuadros y los adornos que había descubierto cobraban vida en sus sueños. Y cuando al amanecer, la luz de la

mañana devolvía todo su esplendor a su bonita caja de cartón verde, Noah despertaba, y al contemplarla, comprobaba esperanzado que parte de las cosas que sólo se había atrevido a imaginar eran algo más que fantasías.

Incluso Jeremías fue a verla. Cuando Noah le enseñó a su amigo su precioso tesoro verde, él, que nunca se sorprendía ante nada, no pudo hacer otra cosa que mover la cabeza de arriba abajo con admiración y envidia.

Y por fin, el día en que podía ponerse todo aquello había llegado. Cuando se levantó de la cama estaba tan impaciente que fue incapaz de comer su ración de torta de maíz para desayunar. No hubiese podido tragar ni una miga de pan aquella mañana. Se sentía igual que si cientos de mariposas se hubiesen puesto de acuerdo para batir sus alas al unísono en el interior de su estómago.

Noah se vistió con sumo cuidado.

Su madre lo ayudó a abotonarse la camisa y le anudó el lazo negro que adornaba el almidonado cuello blanco. Apenas podía respirar, pero no protestó. Si los remilgados señoritos blancos podían llevar aquella incómoda soga sobre su garganta sin rechistar, él también lo haría. Al fin y al cabo, él era medio blanco. Se colocó los tirantes y por último se dispuso a pasar por la peor de las torturas, calzarse aquellas relucientes botas de cuero negro que remataban su uniforme.

Deslizó cautelosamente los pies en las botas y descubrió, incrédulo, que resbalaban sin que tuviese que hacer el menor esfuerzo. Eran suaves y flexibles. Incluso podía mover los dedos con libertad. Su piel aún conservaba las marcas de las rozaduras y ampollas que le habían producido sus antiguas botas, pero ya no le dolían porque un mullido par de calcetines blancos de algodón protegía sus heridas.

—Nunca olvides quién eres —le dijo su madre con una profunda tristeza—. Eres un esclavo, y cuando salgas de allí volverás a esta cabaña y trabajarás en los campos hasta que tus manos sangren. Aprovecha todo lo que puedas, pero no olvides nunca cuál es tu lugar. No lo olvides, Noah, o no podrás ser feliz.

Velvet debía ir a la plantación. Dio un beso a su hijo y salió de la cabaña. Noah se sentó en una silla y esperó sin moverse hasta que llegara el momento de asistir a su primera clase.

Más o menos un par de horas después, Katherine entró en la habitación de sus hijas. Las cortinas de grueso terciopelo no dejaban que ni un solo rayo de luz perturbase el sueño de las pequeñas. Katherine dejó la puerta entreabierta y avanzó sin hacer ruido

siguiendo el sendero que le proporcionaba la claridad proveniente del corredor contiguo. La luz inundó la habitación cuando descorrió las pesadas cortinas.

Los muebles despertaron del largo sueño nocturno. Los remaches dorados de las lámparas refulgieron como el oro. Las telas se tornaron verdes y violetas, la madera lustrada de los muebles se llenó de matices caobas y ocres que bailaban entrelazados al recibir la caricia de los primeros rayos del sol.

A continuación Katherine abrió las ventanas. El refrescante rocío de la mañana aún flotaba en el aire.

Si los acontecimientos discurrían como ella esperaba, los próximos días no serían fáciles, pero desde que dejó su hogar en Nueva Orleáns las cosas nunca habían sido fáciles. Sin embargo, Katherine había hecho su elección. Y por mucho que le doliera la llevaría a cabo hasta las últimas consecuencias.

Respiró una vez más intentando llenarse de la fuerza suficiente para hacer frente a las dificultades que se presentarían en un futuro por su decisión de que el pequeño Noah estudiara con sus hijas. Pero su prueba había comenzado mucho antes. El día de la muerte de Molly. No, reflexionó, su inicio tuvo lugar en el momento en que descubrió a su esposo saliendo a hurtadillas de la habitación de su querida Molly. Allí comenzó su calvario. Su soledad y su profunda amargura. Entonces no había tenido el valor suficiente para dejar a David, pero nunca más volvería a suceder algo así. Ella no lo permitiría. Se había jurado que la hija de Molly no tendría el mismo destino que su madre y, en la medida de lo posible, el otro hijo de su marido tampoco. Sabía que el paso del tiempo no haría más ligera su carga, pero ella conseguiría que las cosas fueran diferentes, y para lograrlo no podía flaquear. No cedería. Ahora, tras contemplar la luz del día y sentir en su interior la energía del aire cargado de vida, todo parecía más fácil.

Hortensia, que ocupaba la cama más próxima a la ventana, murmuró algo, medio dormida, y desapareció bajo el edredón que estaba de la misma manera en que Katherine lo había colocado la noche anterior. Charlotte dormía a pierna suelta en la cama de al lado. Su edredón estaba en el suelo, mientras que la sábana sólo se había salvado del mismo destino gracias a que se había enredado en su pierna. El camisón se retorcía sobre su cuerpo y en algún momento de la noche su almohada había salido disparada a metro y medio de distancia. Las dos hermanas estaban una junto a otra. Sus caritas no se distanciaban más de dos palmos. Katherine recordó con una sonrisa cuando dos años atrás trajeron las camas nuevas y

colocaron una mesilla entre las dos. A la mañana siguiente la mesilla había desaparecido de su sitio y las dos camas estaban una junto a la otra. Desde entonces habían permanecido así.

—Es hora de levantarse, pareja de perezosas —anunció Katherine, sin dejar de contemplar a sus pequeñas.

—Todavía es muy pronto —ronroneó Charlotte.

—Sí, mamá, déjanos dormir un poquito más —apoyó Hortensia, que había desparecido por completo bajo las mantas.

—Veo que no os acordáis de qué día es hoy.

Esta vez fue Hortensia la que habló, presa de la excitación.

—¿Hoy empiezan las clases?

—Así es. Ayer, cuando ya os habías acostado, llegó vuestra profesora, la señorita Gasso. Se ha instalado en la casita del bosque y en estos momentos se encuentra en el aula dando los últimos retoques. En cuanto os vistáis y desayunéis podréis ir a clase.

No tuvo que insistir. En cuanto las niñas supieron que sus lecciones por fin iban a empezar salieron disparadas de sus camas y se dirigieron a una mesita con encimera de mármol donde descansaba una fina jarra de porcelana con motivos florales y una jofaina a juego. Katherine no había terminado de verter el agua sobre el recipiente cuando Charlotte se escurrió bajo sus brazos, tomó aire y sumergió la cara con tanta energía en el interior de la palangana que parte del agua se desbordó inundando la consola de mármol donde descansaba. Con el rostro y el ribete de ganchillo del gorrito de dormir chorreando ignoró la toalla de algodón que le ofrecía su madre y se secó la cara con la falda de su camisón, que segundos después caía hecho un ovillo junto a su gorro de dormir sobre el suelo de la habitación. Katherine estuvo a punto de llamarle la atención. Pero lo pensó mejor y decidió darle unos minutos de tregua.

—¡Oh, mamá, qué ilusión! —exclamó Hortensia, una vez estuvo junto a ella—. ¡Tengo tantas ganas de aprender a dibujar y a escribir! ¿Crees que me costará mucho?

—Aprenderás enseguida.

—No puedo creerlo. Pronto podré leer esos cuentos con bonitos dibujos que nos trajo el abuelo de Nueva Orleáns estas navidades.

Katherine sonrió, pensando en el regalo que su padre había hecho a las pequeñas. Los cuentos eran preciosos. Pero estaban en francés. Idioma que, a pesar de los años que habían pasado desde que Louisiana dejara de pertenecer a Francia, su padre se resistía a cambiar por el inglés. Aquel regalo había sido una sutil insinuación para hacer saber a su hija que quería que sus nietas hablaran el

idioma de sus antepasados. Cuando eran bebés Katherine siempre les hablaba en su idioma materno, pero un día simplemente dejó de hacerlo, y descubrió con cierto pesar que había limitado su uso a pequeñas frases hechas o apelativos cariñosos.

—Pero Laura Burton me dijo que el francés era muy difícil —se lamentó Hortensia, mirando a su madre un poco desanimada.

—No te preocupes, Hortensia. Aprenderás pronto —la animó su madre, sin poder evitar sonreír al imaginar los gestos de la remilgada niña de los Burton con su marcada pronunciación, intentando reproducir los amplios matices de un idioma cargado de sensualidad—. La señorita Gasso ha venido expresamente desde Francia para enseñaros. Además, yo puedo hablaros en francés.

—Yo también deseo aprender pronto —dijo Charlotte escurriéndose en el interior de un bonito vestido de cuadros verdes y azules que su madre había hecho confeccionar para las clases, y que Latoya había dejado sobre uno de los divanes en algún momento de aquella mañana—. Dicen que todas las damas elegantes hablan francés. Además, estoy cansada de que Laura presuma siempre de lo bien que habla y lo elegante que es.

Viendo el desorden causado por Charlotte y la forma en que se estaba retorciendo para abrocharse los botones que recorrían el dorso de su vestido, Katherine pensó que su hija necesitaría algo más que hablar francés con corrección para convertirse en una perfecta dama sureña. Sin embargo, ése no era el caso de Hortensia. A pesar de su juventud se podía apreciar que sería una belleza, y no sólo su rostro y ademanes eran delicados sino que toda ella era dulzura. Discreta y tímida, poseía de forma innata todas las aptitudes necesarias para ello. No así Charlotte, que también era una niña bonita, de eso no había la menor duda, pero su belleza era más exótica. Sus ojos verdes ligeramente rasgados revelaban la verdadera naturaleza rebelde de su alma. Demasiado impetuosa y pasional para una joven de su posición, Charlotte tendría que aprender a dominar su carácter si quería convertirse en una codiciada jovencita de la estricta alta sociedad sureña. Y eso era algo que Katherine no estaba muy segura de poder conseguir. Aún más, en su fuero interno no deseaba que eso sucediese.

Hortensia aún seguía contemplando el agua de la jofaina cuando Charlotte pidió a su madre que le atara el delantal blanco ribeteado de volantes que protegía la delantera del vestido. Katherine tuvo que soltar tres de los cinco botones que Charlotte había conseguido introducir en el ojal equivocado. A continuación los emparejó con sus respectivas aberturas y se dispuso a hacer una bonita lazada con

las dos tiras del delantal.

Tras lo que pareció una eternidad, Hortensia, al fin, se decidió a emprender su aseo matinal. Sin llegar a sumergirlas, aprisionó una finísima capa de agua entre sus manos y la llevó a su rostro con tanta lentitud que para cuando llegaron la totalidad del líquido había conseguido regresar al recipiente. La pequeña respiró aliviada al comprobar que había conseguido deshacerse de casi toda el agua. Apoyó un segundo la cara sobre sus palmas aún húmedas y antes de que las últimas gotas adheridas a sus dedos tuvieran tiempo de mojarle el rostro las arrancó sin piedad con la toallita de algodón.

Katherine había cepillado y recogido el cabello de Charlotte en una coleta alta, y se dispuso a repetir toda la operación con Hortensia. Sabía que en la mayoría de los casos, igual que le había ocurrido a ella siendo una niña, las esclavas se encargaban de ese tipo de cosas. El hecho de que todas las mañanas ella se ocupara de peinar y de vestir a sus hijas hubiera escandalizado a más de una de sus vecinas. Pero Katherine hacía tiempo que había dejado de preocuparse de las habladurías. Ella quería cuidar de sus pequeñas. Adoraba cada segundo que pasaba con ellas. Acostarlas, despertarlas, conocer sus miedos y deseos era su mayor anhelo y ninguna norma ni costumbre ridícula iba a privarla de ese placer. Además deseaba que Charlotte y Hortensia vieran como algo natural que una madre atendiera las necesidades más básicas de sus hijos sin que esto supusiera algo indigno, propio únicamente de las obligaciones de los esclavos.

Incluso con el gorrito de dormir, el pelo de Hortensia se había enredado, y Katherine tuvo que dedicar cinco largos minutos para desenredar el abundante cabello claro de la niña, que a diferencia del sedoso y domable cabello oscuro de Charlotte, era fuerte y abundante y representaba a ciencia cierta la única licencia rebelde de su pequeña. Con gran tesón, Katherine consiguió esculpir unos grandes tirabuzones en la coleta de Hortensia.

—Estáis muy guapas —les dijo, una vez que las dos estuvieron listas—. Ahora bajad a desayunar y después podréis conocer a la señorita Gasso.

Entre risas, las dos niñas salieron de la habitación cogidas de la mano y corrieron escalera abajo. Katherine las siguió.

Para cuando llegó al comedor sus hijas ya se habían instalado. Katherine se sentó a la cabecera de la gran mesa rectangular. A su derecha, Hortensia, con la espalda muy recta, esperaba pacientemente la llegada de su madre para empezar a desayunar. A su izquierda, Charlotte trataba de ocultar que había aprovechado su

breve ausencia para llenarse la boca de comida.

—Charlotte, no debes empezar hasta que todos los comensales estén a la mesa —la recriminó su madre.

Con los carrillos demasiado llenos para hablar, Charlotte asintió con la cabeza y tragó apresuradamente los cinco granos de uva negra que había conseguido meter entre sus labios antes de que su madre apareciera en el comedor.

Inmóvil y con el cabello cubierto por un pañuelo verde, Latoya pasaba casi inadvertida entre la pantalla de la lámpara estampada de flores y un ficus de casi dos metros de altura que compartía con ella la misma esquina de la habitación. La esclava esperó a que su ama se sentara para tomar la tetera de la bandeja de plata depositada sobre el aparador.

Primero sirvió a Katherine y a continuación cambió la tetera por la jarra de chocolate destinada a las niñas.

—Gracias, Latoya —dijo Katherine, aspirando la aromática fragancia que se elevaba sobre su taza.

La esclava inclinó la cabeza ligeramente a modo de agradecimiento y sin detener su actividad llenó de chocolate hasta el mismo borde la taza de Charlotte, que parecía demasiado ocupada en alcanzar la mermelada de frambuesas. Por último, se ocupó de Hortensia. En este caso el espeso líquido oscuro dejó de fluir apenas rozó la mitad de la capacidad de la taza. A continuación Latoya le hizo un gesto de complicidad a la pequeña y dirigió su mirada una fracción de segundo hacia el lado de una bandeja llena de bollos colocada junto a la niña.

Hortensia siguió la mirada de Latoya y encontró lo que buscaba. Semioculto entre los de mayor tamaño había uno más pequeñito que los demás. Hortensia se apresuró a cogerlo y le sonrió agradecida. Porque a diferencia de su hermana, que nunca parecía saciar su voraz apetito, Hortensia nunca tenía hambre, y su madre había establecido como norma que por lo menos debía comer un bollo y beber una taza de chocolate para poder levantarse de la mesa.

Así que Olivia todas las mañanas le hacía uno más pequeño de lo normal, y Latoya se aseguraba de colocarlo en el lado de la bandeja que quedaba frente a ella.

—Muchas gracias, Latoya.

—De nada, señorita Hortensia.

Latoya no se hubiese atrevido a responder a ningún otro amo blanco, pero el caso de la señorita Katherine y Hortensia era diferente. Charlotte, bueno, Charlotte era otra cosa. Era como su

padre y como la mayoría de los amos.

Hortensia arrancó una diminuta porción del bollo y se lo llevó a la boca. Un minuto más tarde aún no había encontrado el valor para tragárselo. Pero aquella mañana la suerte parecía estar del lado de la pequeña, porque su madre recordó algo y conversó unos segundos con Latoya. No fueron más de un par de frases. Pero un tiempo más que suficiente para que Hortensia pudiera pasarle a Charlotte la mitad del bollo por debajo de la mesa y ésta consiguiera introducirlo de una sola vez en la boca.

—Todavía es pronto, Charlotte. Tienes tiempo, come tranquila —le amonestó Katherine, cuando al volverse vio que apenas podía dar cuenta de lo que estaba masticando.

—Las clases empezarán dentro de un rato. Noah estará a punto de llegar.

Casi atragantándose, Charlotte soltó la segunda taza de chocolate que Latoya le había llenado y se volvió a su madre con los ojos abiertos por la sorpresa.

Trató de protestar, pero la comida que abarrotaba su boca, incluyendo el medio bollo que su hermana le había pasado momentos antes, le impidió articular palabra.

—Charlotte, ¿cuántas veces tengo que decirte que no hables con la boca llena? Primero termina de comer y después podrás protestar todo lo que quieras.

—Pe… ro…

—¡Charlotte! —le advirtió.

Un gesto de su madre fue suficiente para que Charlotte supiera que no podría volver a hablar hasta que no le quedase ni rastro de comida en la boca. Necesitaba una solución, y rápido. Así que echó mano de la taza de chocolate y de un largo trago consiguió librarse de la masa que le impedía articular palabra.

—Pensé que al final no vendría —protestó por fin, ofendida.

—Sin embargo, creo que dejé muy claro el otro día que no sería así.

Hortensia aprovechó la disputa para desmenuzar el resto de bollo que seguía en su poder y desparramar pedazos sobre el plato.

—¡No iré con él a clase! —se quejó tozuda Charlotte.

Hortensia rogó para que las cosas no se complicaran.

Katherine por su parte lamentó comprobar que sus predicciones sobre la reacción de su hija iban a cumplirse. Pero había tenido el tiempo suficiente para meditar su respuesta.

—Si eso es lo que en realidad deseas, está bien.

Charlotte sonrió.

Sin embargo su hermana parecía incrédula. Su madre nunca había permitido que ninguna de las cabezonerías de Charlotte saliesen adelante, y le extrañaba que ésta fuera la primera ocasión.

Es cierto que le sorprendió, pero Charlotte estaba demasiado henchida por su inesperado triunfo para concederle la menor importancia a la rapidez con que su madre había cedido a sus deseos. Todavía embriagada por la sensación de poder, Charlotte apuró el poco chocolate que quedaba en su taza. A continuación, pidió permiso a su madre para retirarse y Katherine se lo concedió. Hortensia imitó a su hermana. En un abrir y cerrar de ojos, se mojó los labios, y depositó la taza sobre el plato, sin que una sola gota de líquido hubiese desaparecido de su interior. Y aprovechando la marcha de su hermana trató de levantarse de la mesa y pasar desapercibida.

—¡Hortensia, siéntate!

La pequeña se sentó incluso antes de ponerse en pie. Su intento de evasión había fracasado.

—¿Acaso quieres que llene la taza y escoja tu bollo personalmente cada mañana?

Su madre parecía suficientemente enfadada para cumplir su amenaza y sentarla en el extremo opuesto de la mesa, donde Charlotte no pudiera ayudarla a deshacerse de la comida. La sola idea de que algo así pudiera suceder le dio pánico.

Su hermana la esperaba impaciente al pie de la escalera.

—¡Vamos, Hortensia! —la animó.

Las palabras de Charlotte le dieron el impulso necesario. Cerró los ojos, aspiró con fuerza y apuró el chocolate. Después, con la boca aún llena, miró a su madre solicitando permiso para levantarse.

Cuando los hinchados carrillos de Hortensia volvieron a su estado normal, Katherine accedió y Hortensia salió disparada al encuentro de su hermana. Se dieron la mano y comenzaron a subir los peldaños dispuestas a asistir a su primera clase en la sala de estudio que habían instalado en el pasillo contiguo a su habitación.

—¿Adónde vas, Charlotte?

Charlotte se volvió ante el requerimiento de su madre. Estaba realmente bonita.

—A clase —anunció triunfal.

—Me temo que no irás. Acabas de decirme que no deseas estudiar con Noah.

—Pero tú has dicho…

—Yo he dicho que si no quieres ir con Noah a clase me parece

bien.

Estaba claro que Charlotte no entendía lo que pasaba.

—Es muy sencillo —le aclaró su madre—. Mientras no cambies de actitud, serás tú la que no asista a clase.

Ni en un millón de años hubiese imaginado que algo así pudiera suceder. Charlotte se había quedado sin habla. Estaba tremendamente furiosa. Pero no dejaría que su madre lo notara. Si tenía que elegir, elegiría. Jamás de los jamases estudiaría con un esclavo.

12

Tras su decisión de no asistir a clase, Charlotte se había refugiado junto a un frondoso grupo de árboles que crecían cerca del río. Si su madre prefería a un esclavo antes que a ella, de acuerdo, se dijo, tratando de convencerse de que le daba igual. Pero ella no se quedaría en casa mientras ese tiznado se sentaba en el que iba a ser su pupitre y manoseaba sus lapiceros.

Mientras pensaba en ello, Charlotte cogió un palo y empujó con él una lombriz que trataba inútilmente de alcanzar la protección de la tierra húmeda de la orilla.

Estaba aburrida, y peor aún, estaba furiosa.

Con gran habilidad la lombriz se liberó del palo que le impedía avanzar e intentó franquear el obstáculo que se levantaba frente a ella, pero Charlotte se adelantó de nuevo y cuando el indefenso gusano casi conseguía alcanzar su objetivo, con ayuda de una improvisada tenaza lo lanzó por los aires devolviéndolo a la espesura del bosque. Todavía seguía la trayectoria de la infortunada lombriz cuando lo vio aparecer.

Él no la había visto. El espeso ramaje de los arbustos mantenía a Charlotte fuera del campo visual del pequeño.

Noah estaba muy elegante, y caminaba ligero mientras una estúpida sonrisa de felicidad iluminaba su rostro. ¡Cómo ese tonto no iba estar feliz!, se dijo Charlotte, agachándose en el instante en que Noah pasaba junto al arbusto tras el que se escondía. Demasiado nervioso para centrar su atención en otra cosa que no fuese su primer día de clase y controlar el cosquilleo que aún sentía en el estomago, Noah no se percató del inconfundible par de ojos verdes que seguían cada uno de sus movimientos, camuflados entre la espesura de la vegetación.

La visión de Noah dirigiéndose feliz y contento hacia el lugar donde debería haber estado ella encendió a Charlotte. Aquel insignificante esclavo había conseguido que su madre la castigara. Además, quién se había creído que era para vestirse como un blanco y olvidarse de cuál era su lugar. Su madre estaba cometiendo un

gran error al permitir que Noah hiciera cosas de blancos y obligando a sus hijas a aceptarlo. Pero si su madre pensaba que con acciones como ésa iba a hacerla cambiar de opinión respecto a los esclavos, estaba muy equivocada. Y si para demostrárselo era necesario convertirse en una perfecta analfabeta, así sería.

Un segundo después desechaba aquella idea.

No tenía la menor intención de que algo así llegara a suceder. Confiaba en que su madre cediera en los próximos días.

Mientras espiaba cada movimiento del causante de todas sus desdichas, Charlotte sintió cómo la humillación que había soportado por culpa de aquel esclavo se hacía todavía más intensa. Estaba furiosa. Necesitaba vengarse. Y sabía cómo hacerlo.

Al igual que un felino busca el momento apropiado para caer sobre su presa, Charlotte esperó agazapada con paciencia tras la protección de su escondite a que Noah se alejara para llevar a cabo su venganza. La idea se la había dado una semana atrás el propio Noah. En aquel momento no le dio la menor importancia al suceso, pero ahora recordó la conversación que había escuchado por casualidad entre Noah y un niño un poco mayor que él llamado Jeremías.

En aquella ocasión, Noah y Jeremías tampoco se habían percatado de la presencia de Charlotte. La maleza crecía a su antojo, invadiendo gran parte de los antiguos caminos en aquella zona de la plantación.

Algunos esclavos podían haber cortado y quemado las malas hierbas, pero en esa época del año se necesitaban a todos los hombres en la recogida del algodón como para prescindir de un par de buenos brazos destinados únicamente a desbrozar una pequeña parcela de terreno boscoso que, además, quedaba muy lejos de la casa grande y demasiado cerca de las viviendas de los esclavos para que a los amos blancos les gustase acercarse por allí. Pero ése era precisamente el motivo por el que Charlotte adoraba aquel lugar. La frondosidad del bosque le permitía correr, trepar a los árboles y chapotear en la orilla del río, sin que nadie le llamara la atención.

El día en que Charlotte escuchó la conversación entre Noah y Jeremías, también la habían castigado. El motivo apenas lo recordaba. Pero mientras su madre llevaba a Hortensia a visitar a su primo Orante y a su prima Silvia a casa del tío Quentin, ella permanecía confinada en los límites de Nueva Fortuna.

Charlotte sintió curiosidad por aquella caja de color verde en torno a la que giraba la conversación. No había podido escuchar cómo aquel objeto había llegado a manos de Noah, pero aquel día

estaba tan aburrida que hasta una simple caja de cartón le pareció interesante. Los siguió a cierta distancia. Suficientemente cerca para no perderlos, pero no tanto como para escucharlos.

Ajenos a la presencia de Charlotte, los niños tomaron uno de los incontables senderos que habían ido formando los esclavos sobre la maleza y se dirigieron al poblado. Charlotte nunca había visto el lugar donde vivían los esclavos. Sabía perfectamente dónde estaba y había jugado en sus proximidades en incontables ocasiones, pero siempre había existido una frontera invisible señalando el punto de su área de juegos que no debía sobrepasar.

Dudó antes de continuar. Su padre le había prohibido de manera tajante ir allí, y aunque no era muy dada a obedecer, el caso de su padre era distinto. Charlotte lo adoraba, y no quería defraudarlo. Pero había algo más. En su fuero interno sabía que no quería conocer aquel lugar. Sabía que si lo veía las cosas no volverían a ser como siempre. Y Charlotte no quería que las cosas cambiaran. Pero en aquella ocasión la curiosidad pudo más que sus miedos y los deseos de satisfacer a su padre. Cuando los dos niños dejaron atrás los últimos árboles, Charlotte no se atrevió a continuar. Impaciente y excitada esperó tras unos arbustos.

La visión de aquel lugar hizo que su corazón latiera con fuerza en su pecho y que todo su ser se estremeciera. Era horrible. No podía creer que pudiera existir algo tan espantoso en Nueva Fortuna. El omnipresente y cuidado césped que salvo en la zona de los campos de algodón cubría cada pulgada de la plantación, daba paso a una tierra prensada y sin color donde las cabañas se apiñaban una junto a otra en la mayor de las anarquías.

Noah y Jeremías avanzaron sin inmutarse ante la miseria que les rodeaba y desaparecieron en el interior de una cabaña que lindaba con el bosque, y que no difería en nada de las demás. Una sencilla ventana en la pared trasera era la única entrada de luz de aquella caja de madera. La visión de aquel lugar hacía que algo se rebelara en su interior. Charlotte no quería pensar en ello. Trató de concentrase únicamente en los dos niños que la habían llevado hasta allí para así sacudir aquel cúmulo de imágenes que golpeaban con violencia su corazón.

Sin dejar la protección del bosque, Charlotte avanzó hasta un roble que quedaba justo detrás de la cabaña donde acababan de entrar Noah y Jeremías. Se moría de ganas por saber lo que pasaba en el interior, pero sus pies se negaban a continuar. La ventana estaba muy cerca. Sólo un par de pasos la separaban de ella. En el preciso momento en que Charlotte consiguió reunir el valor

suficiente para abandonar la silenciosa protección de su escondite, algo se movió a su espalda. Un segundo después salía disparada hacia la casa grande tan rápida como sus zapatos nuevos se lo permitieron. Después de la visión de aquel lugar, barajó la idea de ir a hablar con su padre. Quería saber por qué había un sitio así en Nueva Fortuna. Pero lo pensó mejor. No quería que su padre se enterara de que había contravenido sus deseos de no acceder a la zona de la plantación donde vivían los esclavos. Recordó cómo su padre le había explicado en numerosas ocasiones que los esclavos no eran como ellos, ni necesitaban las mismas cosas que los hombres blancos.

Aun así, Charlotte tuvo la sensación de que ni siquiera los esclavos deberían vivir en aquellas condiciones. Hasta Rudi, el pajarito de Hortensia, tenía una bonita jaula dorada con un columpio donde balancearse.

Pero su padre no podía estar equivocado. Los esclavos no eran como ellos, y por más que su madre intentara convencerla de lo contrario, era algo que su padre había hecho prometer a Charlotte que nunca lo olvidara. Así que Charlotte simplemente decidió olvidar el incidente y se juró que no volvería a poner los pies en aquel horrible lugar en toda su vida.

Pero ahora, una semana después del percance, todo había cambiado. El estúpido de Noah había olvidado cuál era su lugar y había conseguido que la castigaran. Y por más que su madre pretendiera que aquel niño aprendiera a leer y escribir, fracasaría. Porque cualquier blanco sabía que los niños de color no eran lo suficientemente listos para aprender nada.

Y con la idea de la venganza absorbiendo sus pensamientos, dirigió sus pasos de nuevo hacia el poblado.

A medida que se acercaba, el cuidado césped fue dando paso a un sinfín de caminos de tierra seca que se entrecruzaban. A pesar de que todas eran muy parecidas, no le costó reconocer la cabaña donde días atrás desaparecieron Noah y Jeremías. Recordaba muy bien el árbol de tronco ancho y nudoso que le había servido de protección escasos momentos antes de que un ruido a su espalda la hiciera huir despavorida. Aunque sabía que para esa hora todos los esclavos se encontraban en los campos y que el poblado estaba desierto, tomó precauciones. No quería que la descubriera ningún esclavo rezagado que aún no hubiera dejado las cabañas o algún otro que regresara al poblado antes de finalizar la jornada de trabajo.

Una vez se hubo asegurado de que no había peligro, dejó la

protección del bosque y corrió hasta la cabaña. Se pegó a la pared y, sin despegarse un palmo de la áspera corteza que recubría los troncos, la bordeó hasta llegar a la parte delantera de la choza.

El corazón le palpitaba con tanta fuerza que tuvo la impresión de que sus latidos delatarían su presencia. Respiró de manera entrecortada tomando un aire que se hacía cada vez más escaso a medida que el miedo iba atenazando sus movimientos. Estaba aterrada. No recordaba haber sentido tanto miedo en toda su vida. Pero no cejaría en su empeño. Un perro famélico y con aspecto de cansado pasó junto a ella sin tan siquiera levantar la cabeza. Charlotte no quería mirar a su alrededor, no quería ver los restos de las fogatas que utilizaban los esclavos para cocinar, ni descubrir el origen del fuerte olor a desechos humanos que provenía de las letrinas. Simplemente no quería saber. Pero a pesar de ser consciente de que los habitantes de aquel lugar no eran como ella, una extraña sensación de desasosiego la invadió cuando abrió la puerta de la cabaña que Noah compartía con su madre.

En cuanto la puerta se cerró tras ella, fue como si hasta la luz del sol se apresurara a escapar de aquel lugar triste y sin esperanza. Charlotte nunca hubiese imaginado que alguien pudiera vivir con tan pocas cosas. Sintió el frío y duro contacto de la tierra seca bajo sus pies. Era un lugar sombrío y oscuro. Vio los dos camastros, las sillas que en otro tiempo debieron de ser blancas y que ahora, completamente ajadas y desconchadas, descansaban junto a una mesa rectangular también desvencijada, de un color oscuro sin definir. Sobre una de las paredes, un listón de madera servía de repisa. En ella podía distinguirse un quinqué, un par de platos y vasos que le parecieron de hojalata y una lata vacía donde hacía tiempo habían asomado las primeras manchas de óxido. Y entre aquel mundo sin color, protegida de la tierra seca que intentaba robarle su belleza, Charlotte descubrió la silueta de la posesión más preciada de su peor enemigo.

Al retirar la manta y descubrir la caja verde, a Charlotte no le sorprendió comprender por qué el esclavo sentía tanta admiración por aquel sencillo recipiente de cartón. Era tan nueva y brillante que rodeada de aquel ambiente de pobreza y sordidez hasta a ella le pareció preciosa, y eso que nunca jamás había prestado la menor atención a las cajas en donde guardaban los sombreros y les entregaban sus vestidos.

Por un momento Charlotte pensó en darse la vuelta y olvidarlo todo. Ardía en deseos de abandonar aquel lugar. La sombra de la duda comenzaba a cubrir su corazón. Después de todo, tal vez su

madre no estaba tan equivocada y los esclavos no eran diferentes a ellos. La sola idea de que algo así pudiera ser cierto la hizo temblar de pies a cabeza. Pero entonces recordó las palabras de su padre. No debía tener compasión, le había dicho sólo el día anterior. Si permitían que los esclavos olvidaran cuál era su lugar, el caos se adueñaría del mundo. Pronto querrían su libertad y en poco tiempo se mezclarían con los blancos y hasta querrían asistir a la escuela y la iglesia, pero no pararían ahí. Antes de que pudieran hacer nada, los esclavos se rebelarían contra sus amos blancos. Había pasado con anterioridad, sólo unos años antes del nacimiento de Charlotte y Hortensia.

En el condado vecino de Southampton, un esclavo llamado Nat Turner decidió sacar a su pueblo de la esclavitud. Charlotte recordaba su nombre porque su padre se lo había repetido en varias ocasiones y porque en Nueva Fortuna, como en la mayoría de las plantaciones cercanas, estaba terminantemente prohibido que un esclavo pusiera el nombre de Nat a su hijo. En plena noche, Turner y siete de sus seguidores irrumpieron en casa de su amo y lo asesinaron junto al resto de su familia. Según le contó su padre, tras la matanza, un gran número de esclavos fue sumándose a las filas de Nat Turner, marcando con un reguero de sangre el camino hacia su libertad. Cuando, meses después, por fin Turner y los suyos fueron ajusticiados, más de cincuenta hombres, mujeres y niños blancos habían sido asesinados.

Había pasado más de una década desde aquello, pero todavía, la simple mención del esclavo que un día quiso liberar a su pueblo conseguía que los blancos se removieran inquietos sobre sus asientos. Son desagradecidos y vengativos por naturaleza, le había explicado su padre tras contarle aquella historia.

«No tienen honor ni palabra. Y si no quieres que ellos olviden cuál es su lugar, tú no has de olvidar cuál es el tuyo», le dijo.

Charlotte supo perfectamente a lo que se refería su padre. Su madre había olvidado cuál era su lugar al permitir que un esclavo asistiera a clase con ellas. Sin saberlo había puesto a toda su familia en peligro. Pero Charlotte no había olvidado cuál era su deber, y antes de que la duda sobre la superioridad de los hombres blancos echara raíces en su corazón, fue arrancada de cuajo.

Tiró la caja de cartón al suelo, saltó sobre ella y la destrozó en un abrir y cerrar de ojos.

Al terminar la clase Noah corrió a la cabaña. Debía cambiarse de ropa y acudir a los campos para unirse lo antes posible al resto de esclavos que seguían trabajando en la recogida del algodón.

Al abrir la puerta, estaba tan excitado y tenía tanta prisa por reunirse con su madre y contarle que le habían dado una pizarra y unas tizas para aprender a escribir que en un primer momento no la reconoció.

¡Estaba destrozada!

La habían aplastado y pisoteado hasta partirla por la mitad.

Noah dejó escapar un grito y olvidándose de su ropa nueva se arrodilló sobre la tierra para tratar de recuperar los trozos que se esparcían por el suelo. ¿Quién había podido hacer algo tan horrible?, se preguntó, arrastrándose para alcanzar el último pedazo. ¿Por qué?, se repitió rompiendo a llorar con amargura, mientras apretaba contra su pecho los restos cubiertos de polvo de su precioso tesoro.

Clarise Gasso tenía cuarenta y dos años cuando pisó por primera vez el continente norteamericano. Nacida en el seno de una próspera familia de la nobleza de Marsella, Clarise y su hermano crecieron rodeados de lujo. Nada era suficiente para los Gasso. Hasta que un día, cuando Clarise contaba con poco más de veinte años, su padre murió y todo se derrumbó. Los excesos y la vida ociosa de sus padres habían conseguido en una generación reducir a la nada lo que años de revolución no pudieron.

Estaban arruinados. Demasiado pobre para casarse con un hombre de cuna y dinero, y demasiado culta para ser una sencilla trabajadora, Clarise optó por la única salida que les quedaba a las mujeres de su condición que no tomaban los hábitos. Se convirtió en institutriz.

Empujada por las circunstancias, no tuvo otro remedio que aceptar aquel nuevo trabajo. Consiguió, no sin dificultades y gracias a alguna amistad que todavía le quedaba, entrar en casa de los Rambadot. Una familia vulgar y ordinaria que había amasado una fortuna con su puesto en el mercado del puerto, y a los que ni todas las joyas y el perfume del mundo podrían quitar el olor a pescado que destilaba cada uno de sus movimientos.

Una buena dote consiguió para las cuatro hijas de los Rambadot lo que la clase de Clarise no había logrado años atrás. Unos maridos de buena cuna pero con recursos mermados, que introducirían a la familia de pescadores en lo más alto de la sociedad marsellesa. Clarise había pasado casi veinte años a su servicio, pero cuando los Rambadot consiguieron sus propósitos, su presencia ya no fue necesaria y se deshicieron de ella con la misma indiferencia que si se tratara de un perro viejo.

Por segunda vez en su vida, se encontró sin un lugar adonde ir.

Aunque humillada y resentida, en el fondo Clarise sintió un gran alivio al librarse de aquella familia. Siempre los había despreciado. La forma en que los nuevos ricos como los Rambadot habían prosperado irritaba a Clarise. Nunca hubiesen alcanzado los círculos más selectos si los nobles no se hubieran dejado comprar por un puñado de monedas. El comprobar que unos personajes como aquéllos podían ocupar el mismo lugar que un día ocuparon sus padres destruyó su mundo como si fuera un castillo de naipes. Porque a pesar de las penurias sufridas, siempre había sabido que aquella gente nunca sería como ella.

Durante años se había aferrado a aquella única idea. Ella era superior, y esa certeza la había ayudado a soportar aquella vida de humillación. Pero ahora esas niñas tontas se habían convertido en marquesas y condesas, y asistían a fiestas y a la ópera, mientras que ella, hija de los antiguos condes Gasso, era una simple institutriz sin trabajo que no tenía dónde caerse muerta.

Así que, cuando por cuestiones del azar llegó hasta ella un anuncio en el que se solicitaba una institutriz para ultramar, donde sus obligaciones se limitarían a la enseñanza, y según decía el anuncio dispondría de su propia casa, no lo dudó. La oferta de emprender viaje al Nuevo Continente y convertirse en la institutriz de las dos hijas de un terrateniente sureño le pareció interesante. Necesitaba escapar de Marsella, empezar de nuevo, y aquella sería la oportunidad ideal. Era su tabla de salvación y no la dejaría escapar. Pero antes debía sufrir una última humillación. Debía solicitar al vulgar pescadero una carta de recomendación.

Dos semanas después de su llegada a Nueva Fortuna, la señorita Gasso seguía teniendo a su cargo a sólo dos alumnos, y uno era de color.

—¿Qué tal las clases? —preguntó Charlotte a su hermana una tarde.

—Bien. Aunque te echo de menos ¿Cuándo vas a venir?

Charlotte sacudió la cabeza y jugueteó con unas piedras que había guardado en el bolsillo.

—Eso depende de mamá.

—Sabes, Charlotte, Noah es un niño muy listo. Aprende muy deprisa. Ya sabe escribir su nombre.

No sabía mucho de letras, pero tenía los conocimientos básicos para saber que el nombre del esclavo era bastante más sencillo que el de su hermana.

—Es mayor que nosotras. Además —suspiró—, con un nombre tan corto cualquiera hubiese aprendido.

—Pero también ha aprendido a deletrear el mío, e incluso sabe escribir el tuyo.

Aquello fue como una bofetada. No podía permitir que un esclavo supiese escribir su nombre antes que ella misma. Al día siguiente, Charlotte se tragó su orgullo y asistió a su primera clase.

—¡Abuelo! —gritaron las niñas al unísono.

Gastón Lacroix se volvió hacia sus nietas y abrió los brazos de par en par para acoger a las pequeñas que corrían a su encuentro.

—*Mes petites*!

—Mamá no nos dijo que vendrías —protestó Charlotte mientras su abuelo las levantaba en volandas.

—¡Es una sorpresa!

Katherine observaba a su padre. Había ganado peso desde la última vez que les visitó y aunque trataba de disimularlo le costaba mantener a las dos niñas en el aire.

—Vamos, niñas. Dejad al abuelo.

Gastón Lacroix puso a las pequeñas en el suelo con cuidado y se incorporó.

—Veo que habéis crecido mucho desde la última vez que os visité —dijo jadeando.

Charlotte se enderezó para que su abuelo pudiera apreciar el estirón que había dado.

—¡Y Hortensia aún ha crecido más! —informó orgullosa haciendo un gesto a su hermana para que se pusiera a su lado.

Cuando se aproximó a su hermana, Gastón comprobó que Hortensia le sacaba un buen trozo a Charlotte.

—Vas a convertirte en una jovencita muy alta —le dijo comprobando con la palma de su mano que la cabeza de su nieta le llegaba hasta el pecho.

Hortensia sonrió.

—Abuelito, ya hemos leído el cuento que nos regalaste el año pasado.

—¿Lo habéis leído con mamá?

Hortensia negó rápidamente.

—Lo hicimos con la señorita Gasso.

—*Mon Dieu*! ¿Y quién es esa señorita Gasso?

—Es la institutriz de las niñas —intervino Katherine—. Llegó a comienzos del verano.

El rostro de Lacroix se iluminó al escuchar el apellido de la institutriz.

—¿De *la France*?

—*Oui* papá, de *la France* —respondió Katherine en francés.

—¿Aprendéis mucho con la señorita Gasso?

Las dos niñas asintieron.

—¿Y os gustó el cuento?

—¡Me encantó, abuelo! —exclamó Hortensia—. Y a Noah también le gustó mucho.

—¿Noah? ¿Y quién es Noah?

—Noah… —Hortensia no sabía qué decir—, es un niño…

—… es el esclavo que estudia con nosotras —aclaró Charlotte con cara de inocencia.

A pesar de su juventud, Charlotte era plenamente consciente de que fuera de Nueva Fortuna no podía saberse que un esclavo asistía a clase con ellas. Su padre le había explicado las complicaciones que un descuido podría acarrear a su madre, y le había hecho prometer que no se lo comentaría a nadie. Pero el abuelo era de la familia. Y Charlotte no estaba dispuesta a perder la oportunidad que Hortensia le acababa de brindar para manifestar su disgusto y buscar aliados.

Hortensia golpeó a su hermana con disimulo para que no dijera nada más, pero Charlotte no se inmutó.

Aunque la expresión de Gastón Lacroix no cambió un ápice, sus pupilas se encendieron.

Katherine evitaba mirarlo.

—Muy bien —dijo chasqueando las manos con fuerza—. ¡A ver si adivináis para quién son esas cajas!

Las dos niñas se olvidaron de Noah y se volvieron hacia el lugar donde señalaba su abuelo.

Sobre la mesa había dos cajas de madera. Se parecían a las que su padre usaba para guardar sus cigarros, pero éstas eran un poco más anchas.

—¿Son para nosotras?

—Así es. Una para cada una.

Charlotte ya había cogido la que tenía su nombre grabado en una chapita de metal.

Al abrirla se quedó con la boca abierta.

—Son de oro. Informó Gastón Lacroix. Hay una por cada uno de vuestros cumpleaños.

Hortensia levantó el pestillo de la suya con manos temblorosas y contempló fascinada las monedas doradas.

—Si os fijáis —explicó Lacroix cogiendo la primera pieza de cada caja—, ésta tiene grabada tu nombre y la fecha de vuestro nacimiento —le mostró a Hortensia—, y ésta el tuyo, Charlotte.

Lacroix devolvió las monedas al hueco forrado de terciopelo

preparado para guardarlas y señaló la siguiente.

—¿Veis?, aquí aparece la fecha de vuestro primer cumpleaños, segundo, tercero… una por cada uno. Y de ahora en adelante os iré regalando una cada año.

Gastón Lacroix disfrutó al ver la expresión de asombro de sus nietas.

—Además —les susurró misterioso—, un pajarito me ha comentado que puede que tengáis alguna otra sorpresa…

—¿Regalos? —exclamó Charlotte, cerrando atropelladamente la caja.

—¡Quién sabe! —respondió Lacroix—. Yo sólo sé que el pajarito salía de vuestra habitación.

Hortensia acarició las monedas y tomó su caja con cuidado. Después se acercó a su abuelo y le dio un beso.

—¡Gracias, abuelo! Es el regalo más bonito que me han hecho nunca.

Después, las dos niñas echaron a correr hacia su dormitorio.

—Las vas a malcriar —le reprochó Katherine con cariño cuando las niñas los dejaron a solas.

Su padre levantó los hombros y sonrió.

Gastón Lacroix estaba instalado con comodidad en el porche cuando Katherine se acercó.

—¡Papá! —lo saludó dándole un beso.

—¿Qué tal el paseo?

Katherine comprobó que el bajo de su vestido estaba cubierto de barro.

—Agradable —dijo.

—¿Me haces un poco de compañía?

—Claro, papá.

Lacroix esperó a que su hija se sentara a su lado.

—Realmente Nueva Fortuna es un lugar hermoso —reflexionó al contemplar el amplio valle rodeado de colinas en el que se asentaba la plantación.

—Lo es.

—¿Katherine?

—¿Sí, papá?

Al día siguiente Gastón volvería a Nueva Orleáns. Había pasado cerca de dos semanas en Nueva Fortuna. Y aunque Katherine y David se habían esforzado en guardar las apariencias, Gastón podía sentir la tensión existente entre ellos.

—¿Eres feliz?

Ella apoyó su mano sobre el brazo de su padre.

—Tengo la vida que escogí.

Gastón pareció meditar sobre las palabras de su hija.

—Hoy he conocido a Noah.

—¿A Noah?

—Ajá —asintió—. Sin duda se trata de un niño inteligente y despierto. Me recuerda a su padre el primer día que le conocí en Nueva Orleáns.

—¿Cómo lo has sabido?

Gastón sonrió.

—Todavía no soy tan viejo ni tan tonto para no enterarme de lo que pasa a mi alrededor. ¡Un esclavo que estudia con las hijas de los amos! Te conozco, Katherine. Sé que lo haces para mortificarlo.

—No es cierto. Sólo me preocupo por el bien del niño.

—¿Estás segura de que lo haces por el niño?

La insinuación de su padre la hizo sentirse incómoda.

—¿Qué bien le puede hacer a un niño que siempre será esclavo el conocimiento? Sólo lo harás más infeliz. Katherine, si de verdad te preocupa el futuro de ese niño y el de su madre, yo puedo llevarlos a Nueva Orleáns. Conmigo estarán bien.

Katherine no quería reconocerlo, pero en su fuero interno sabía que su padre tenía razón. Cada mejora, cada palabra amable que tenía para cada esclavo, era una forma de aliviar su conciencia.

—Él me engañó.

Gastón Lacroix siempre había sido un hombre práctico y pensaba que su hija también lo era.

—Eres una mujer adulta e inteligente. Aunque no se hable de ello, tienes que saber que es habitual que los blancos busquen a sus esclavas… Siempre ha sido así. Una mujer debe saber cuándo mirar a otro lado.

—Yo no puedo, papá. Y me sorprende que tú me lo pidas.

—Yo no te pido que lo hagas, pero sí creo que deberías reflexionar y ser justa. David ni siquiera te conocía cuando engendró al niño.

—Me engañó —repitió Katherine, pensando en Molly.

—Ten cuidado, Katherine. El orgullo herido es un mal consejero. Llegará un día en que David se cansará de esperar. Si tiras demasiado de la cuerda, terminará rompiéndose. La vida pasa rápido, pequeña. No permitas que el rencor arruine la tuya. Si no eres capaz de perdonarle, déjalo. Vuelve conmigo a casa.

—Gracias papá, pero mi lugar está aquí.

—Como quieras, Katty. Pero nunca lo olvides. Pase lo que pase Deux Chemins siempre será tu hogar.

—Lo recordaré, papá.

—Señorita Charlotte, ¿podría decirme el resultado?

Ni siquiera había oído la pregunta.

Con disimulo, Charlotte se volvió hacia el pupitre contiguo en busca de ayuda, pero Hortensia parecía estar tan perdida como ella.

—… veinte —respondió al azar.

—Señorita Hortensia. ¿Quince por dos? —insistió la institutriz, cansada.

Si había algo que no le gustaba a Hortensia eran las matemáticas. Adoraba dibujar y escuchar los bonitos cuentos e historias de los libros, pero quedaba claro que los números no eran para ella. Miró su cuaderno y contempló que dos feos tachones junto a una tercera cifra advertían que había cambiado varias veces de opinión.

—¿Treinta? —titubeó.

—Correcto.

Hortensia suspiró aliviada.

Antes de que pudieran relajarse, la señorita Gasso ya había escrito en la pizarra una nueva operación.

Charlotte torció el gesto al comprobar la gran cantidad de sietes que contenía el problema. Nunca le había gustado la tabla del siete.

—¿Setenta y siete por siete?

Por segunda vez, Charlotte se volvió a Hortensia en busca de ayuda, pero la tabla del siete tampoco era el punto fuerte de su hermana.

—¿Alguien sabe la respuesta?

Las dos niñas hundieron la cabeza en sus respectivos cuadernos sin atreverse a levantar las pestañas. Noah no hizo nada. Ni siquiera había copiado la operación en su libreta. Hacía tiempo que había descubierto que para la señorita Gasso ni siquiera existía. Estirada y con el rostro muy apretado, aquella mujer no le gustaba. La nariz prominente y las cejas finas y juntas, levemente inclinadas hacia la nariz, le daban un perpetuo aire de mal humor. Los labios carentes de todo color apenas se distinguían sobre la piel pálida. Noah contempló las manos de la profesora y su cuello delgado y largo e intentó imaginar aquellos ojos pardos de mirada agria contagiados por el resplandor de una sonrisa. La imagen de la señorita Gasso sin aquel horrible moño y las gafas colgando del pulcro vestido verde vino a su mente, y se sorprendió al descubrir que en alguna época no muy lejana, antes de que la amargura endureciera sus facciones, debía de haber sido una mujer hermosa.

Cuando un año antes Noah empezó a asistir a clase los tres

pupitres estaban colocados en fila, pero a las pocas semanas, la señorita Gasso había considerado más oportuno que las niñas se sentaran delante y Noah detrás, cerca de la puerta, para que, según palabras de la propia profesora, la clase guardara una mayor armonía.

—Tal vez Noah lo sepa, señorita Gasso —intervino Charlotte, que había visto de reojo la hoja en blanco en el cuaderno de Noah.

La sola mención del nombre del niño hizo que la señorita Gasso se estirara un poco más. Vio que el cuaderno de Noah estaba sin operaciones. Tal vez era su oportunidad.

Desde el primer día en que aquel niño asistió a clase, se dijo que no le haría el menor caso. Trataría de imaginar que no estaba allí. Además, siendo un esclavo estaba segura de que no sería capaz de aprender nada, y en poco tiempo la señora Parrish se daría por vencida y no le quedaría más remedio que reconocer la incapacidad de aquel niño para aprender, y lo devolvería a los campos de algodón, el lugar de donde nunca debía haber salido. Ella se libraría de él y las cosas volverían a su sitio.

Pero a pesar de todo, el esclavo aprendía, y lo hacía más rápido de lo que ninguno de sus alumnos lo había hecho jamás. Sin embargo, el niño no había copiado el ejercicio. Tal vez no lo sabía. Clarise dudó, pero creyó recordar que no había copiado ninguno en el transcurso de la clase. Tal vez la suerte le acompañaba. Necesitaba comprobar que aquel niño no era tan inteligente como parecía. Necesitaba saber que algunos de los principios básicos no habían cambiado. De la misma forma que unos vendedores de pescado jamás serían unos nobles, un esclavo no podía ser más listo que un blanco.

—¡Usted!

Noah levantó la cabeza de su cuaderno y señaló su pecho con el dedo.

—Sí, usted —dijo, empezando a perder la calma—. ¿Cuánto es setenta y siete por siete?

Las dos niñas se volvieron hacia atrás. Noah sentía la mirada de Charlotte clavada sobre él. La señorita Gasso trataba de no mirarlo directamente. Pero él la había visto contemplarlo cuando ella creía que no la veía. Reconocía aquel fuego de sus ojos. Lo miraba de la misma forma que lo hacía su padre. Había un profundo rencor escondido en aquella pregunta.

Noah dudó. No sabía si debía responder.

Una sonrisa de triunfo se dibujó en el rostro de Charlotte, que lo miraba con descaro.

Hortensia, sin embargo, parecía animarlo a contestar. Noah supo que ella confiaba en él.

—Quinientos treinta y nueve —respondió con un hilo de voz.

La señorita Gasso se volvió al niño y lo miró con odio.

—¿Puede repetirlo?

—Quinientos treinta y nueve.

La profesora se volvió a la pizarra e hizo la operación. Los números fueron apareciendo. Nueve, tres… y la tiza perdió velocidad cuando el cinco comenzó a tomar forma sobre el fondo negro de la pizarra.

La tiza que sostenía Clarise se partió en dos cuando el número surgió claramente frente a ella. La sonrisa prepotente de Charlotte dio paso a una mueca de asombro que fue incapaz de disimular, y Hortensia regaló a Noah la sonrisa más dulce y hermosa que él pudiera recordar.

Por primera vez desde el comienzo de las clases, Noah también sonrió.

Clarise Gasso necesitó algunos segundos para recuperar el dominio sobre sí misma y volverse a sus alumnos. Aquel estúpido esclavo la había humillado, y no se lo iba a perdonar. Cruzó las manos sobre su regazo, se dirigió a su escritorio con paso seguro y abrió el libro de lectura.

La clase de aritmética había terminado.

—Puede empezar, señorita Charlotte.

Los cuadernos de matemáticas desaparecieron de las mesas y fueron sustituidos en un abrir y cerrar de ojos por los libros de lectura.

Enfadada aún por la forma en que Noah se había burlado de ella, Charlotte abrió el libro por el trozo de papel que sobresalía en la parte superior indicando el lugar en que habían dejado la lectura el día anterior, y comenzó a leer, tratando, sin mucho éxito, de dar sentido a las letras que se desplazaban frente a ella a gran velocidad.

El libro en cuestión era *Viaje alrededor del mundo*, escrito por el gran navegante inglés James Cook. En él relataba, tal como el título del libro indicaba, su viaje alrededor del mundo. En el capítulo que les tocaba leer, narraba el descubrimiento de una isla muy lejana llamada Nueva Zelanda y de sus habitantes. Unos seres de piel oscura, salvajes y violentos, medio desnudos, que vestían con ropas hechas de plantas, atravesaban sus orejas con huesos de animales y tatuaban su cuerpo de pies a cabeza. Junto al texto, una ilustración reproducía el aspecto siniestro de aquellos salvajes. Eran

terroríficos.

Noah parecía demasiado ocupado en intercambiar sonrisas de felicidad con Hortensia para prestar la menor atención a la lectura que Charlotte se esforzaba en reproducir sin gran pasión.

A Charlotte le molestaba que su hermana se llevara bien con Noah. Pero no era culpa de ella. Hortensia era buena y confiada. A diferencia de Charlotte, Hortensia desconocía la verdadera naturaleza de Noah y de los esclavos. A Hortensia nunca le habían gustado las historias de su padre. No quería oír hablar de Nat Turner ni de las cosas que hizo en cuanto tuvo oportunidad de librarse de sus amos. Charlotte había tratado de prevenir a su hermana del peligro de olvidar cuál era el lugar de los esclavos, pero cada vez que lo intentaba Hortensia se limitaba a decir que Noah le caía bien, y que le parecía un niño muy simpático e inteligente.

La lectura sobre el viaje de Cook y la ilustración que tenía frente a ella sirvió de inspiración a Charlotte.

—¿Señorita Gasso?

Las palabras de la niña obligaron a Clarise Gasso a levantar sus pestañas del libro.

—¿Señorita Charlotte? ¿Desea alguna cosa?

El tono cortante de su voz indicó a Charlotte que la señorita Gasso no había olvidado aún el incidente con Noah. Nunca había dicho nada al respecto, pero no hacía falta. Charlotte siempre había sabido que aquella mujer seca y apagada sentía un gran rencor por el esclavo. Si el hecho de que por más de un año hubiera ignorado su presencia, colocándolo al fondo de la clase, no fuera suficiente para descubrirlo, sólo había que tropezarse con una de las cientos de miradas esquivas que solía lanzarle, parapetada tras su libro de texto, y fijarse en el brillo de sus ojos y en la forma en que se tensaba su mandíbula. Aquella mujer odiaba al esclavo. Hasta un ciego lo hubiese descubierto. Pero su madre ni tan siquiera lo sospechaba. Charlotte sonrió. Era su oportunidad.

—Disculpe, señorita Gasso ¿Podría explicarnos por qué los salvajes y los esclavos tienen la piel oscura?

—Dios los hizo así —respondió la profesora, mirando a Noah fijamente por primera vez desde su llegada a Nueva Fortuna.

Noah sintió cómo se ruborizaba hasta las orejas.

—El Señor los pintó para marcarlos y diferenciarlos del hombre blanco, que había hecho a su imagen y semejanza —explicó, olvidando toda precaución y liberando el odio y la rabia acumulados durante su vida.

Hortensia lanzó una mirada furiosa a Charlotte, pero ésta simplemente prefirió ignorarla.

La voz de la señorita Clarise retomó su autocontrol habitual. Noah no entendía cómo a pesar de compartir el mismo idioma que el ama Katherine, el sonido de la voz de la señorita Gasso podía ser tan distante y frío mientras que el de su ama era dulce y cálido.

Sin atreverse a afrontar aquellas miradas que le atravesaban la piel, Noah agachó la cabeza tanto como su pequeño cuello se lo permitió. Deseó salir huyendo. Pero algo lo retenía. Quería saber por qué él era diferente. Por qué su piel era oscura y blanca la de sus hermanas. Había sentido deseos de preguntarlo en muchas ocasiones, pero ¿a quién? No quería entristecer a su madre y dudaba que alguno de los esclavos supiera la respuesta. Y por fin hoy iba a descubrirlo.

—La piel oscura señala a aquellos que están al servicio de Satanás —continuó Gasso.

La mención de Satanás hizo que Charlotte y Hortensia contuvieran el aliento asustadas. Noah también contuvo el aliento. No quería perder ni un solo sonido. Necesitaba saberlo todo. Su mente intentó recuperar el nombre de aquel poderoso señor. Pero a diferencia de sus hermanas, que parecían conocerlo y temerlo, Noah jamás había oído hablar de él.

Los tres alumnos de Clarise Gasso ni siquiera se atrevían a parpadear.

—En el albor de los tiempos, cuando el mismísimo señor de las tinieblas se enfrentó a nuestro Señor, algunos seres vengativos se unieron a sus hordas del mal. Pero el bien triunfó. La rebelión fue aplastada y Satanás, un ser maligno y rencoroso que se había alzado contra su propio padre, fue confinado en los infiernos por el resto de los tiempos. Tras la derrota, todos los que habían traicionado al Sumo Hacedor, uniéndose a los ejércitos del traidor, fueron malditos.

En ese momento la señorita Gasso hizo un alto, Noah tragó saliva y Hortensia y Charlotte se dieron la mano.

—Despojados de su alma, ellos y sus descendientes fueron condenados a vagar por la tierra como salvajes. Su piel fue teñida de oscuro, para que no pudieran ocultar su traición. Nuestro Señor los pintó para nuestra protección. Para no dejarnos confundir por sus palabras ladinas y su naturaleza vengativa. Desde entonces, su deber es servir a los hombres y mujeres blancos que permanecimos leales a nuestro Padre. Ése es su castigo, y el color de su piel es su vergüenza.

Por más que lo intentaba, Noah no recordaba haber servido a aquel hombre tan terrible llamado Satanás, y no creía que su madre lo hubiese hecho. Siempre había creído que ella había nacido en una plantación cercana y que fue vendida al amo Parrish cuando todavía era una niña. Tal vez los culpables fueron aquellos antepasados de los que hablaba la señorita Gasso. Al contemplar su piel oscura, Noah entendió por primera vez el motivo del desprecio oculto en la mirada de su padre. Ahora entendía por qué lo evitaba. A diferencia de sus hermanas, él había nacido con la señal de la traición de Satanás, de modo que el amo pensaría que algún día lo traicionaría. Pero no era cierto. Cuando lo pintaron se confundieron. Él no era malo y a pesar de no tener aquello llamado alma, no era un salvaje. Y lo demostraría. Porque aunque muy fina y pegada a su carne, la oscuridad de su piel sólo era pintura. Así lo había dicho la señorita Gasso, mirándole a los ojos. Y la pintura podía quitarse. Lo había visto hacer con cientos de muebles en la plantación. Y él también podría hacerlo, podía arrancar aquella capa oscura que lo hacía malo y vengativo a los ojos de su padre y convertirse en un niño blanco al que su padre pudiera querer sin recelos.

Al día siguiente Noah se levantó al alba. Era domingo y no tenía que acudir a clase. Tomó un trocito de esparto que había cogido del almacén y había escondido bajo la almohada y se escabulló de la cabaña sin hacer ruido para no despertar a su madre, que dormía a muy poca distancia.

Atravesó el núcleo de cabañas sin que nadie lo viera y después echó a correr río arriba hasta el recodo donde los árboles se abrían formando un remanso, junto a una sencilla lápida de piedra con flores frescas que señalaba el lugar donde descansaba el cuerpo de la esclava libre.

Noah miró a derecha e izquierda. Estaba nervioso e impaciente, pero no quería que nadie lo descubriera. Cuando hubo comprobado que ni los pájaros lo observaban, se quitó la ropa, sacó el trozo de esparto de uno de los bolsillos de su pantalón y se sumergió en el agua helada. La sangre dejó de afluir por su cuerpo y los labios se le volvieron morados. Sus dientes castañeteaban. Pero no retrocedió. Tomó el trozo de esparto y empezó a restregarse. Frotó con tanta fuerza que la piel se le enrojeció.

Entumecido y con la piel en carne viva, siguió frotando sin atreverse a mirar y cuando estuvo agotado de frotar contempló su cuerpo lleno de esperanza. Entre los rasponazos y las gotas de sangre que asomaban por las llagas descubrió con horror que su piel

seguía siendo tan negra como siempre, y comprendió que ni todo el esparto del mundo podría cambiarla. Desesperanzado, dejó caer el trozo de esparto al agua, salió a rastras del río y echándose en la orilla comenzó a llorar desconsoladamente.

Aquella noche, como la mayoría, Katherine no conseguía conciliar el sueño. Todavía era de madrugada cuando se vistió y fue a dar un paseo. Estaba a punto de salir de la espesura de los árboles y visitar la tumba de Molly cuando vio a un niño corriendo hacia la orilla. Reconoció a Noah. Katherine dudó un momento, pero decidió permanecer un poco más al resguardo de los árboles y observar al pequeño. Vio cómo Noah se desnudaba y se zambullía en el río. A pesar de que en el exterior la temperatura era agradable, el agua debía de estar muy fría.

Se quedó allí, intrigada, y lo observó hasta que, impotente y vencido, vio cómo se desplomaba en el suelo, con el rostro envuelto en lágrimas.

Noah no la oyó llegar. Katherine se acercó al pequeño en silencio y se sentó junto a él en la orilla. Tiritaba de frío y tenía el cuerpo cubierto de sangre y arañazos. Al comprobar que su ama había descubierto su secreto, sintió cómo la vergüenza se cernía sobre él, hundiéndolo aún más profundamente en el cúmulo de sensaciones que lo asfixiaban. Pero el ama Katherine no dijo nada, se quedó junto a él, e igual que hiciera años atrás en la cabaña donde vino al mundo, lo cubrió con su hermoso chal de seda bordado con flores de vivos colores. Después, los dos, sentados uno junto al otro, permanecieron en silencio hasta que el sol salió por el horizonte.

Katherine Lacroix nunca contó a nadie el pequeño secreto de Noah, y él jamás revelaría a nadie el secreto de su ama. Lo había descubierto por casualidad días atrás, cuando permanecía oculto tras los árboles a muy pocos metros de donde descansaba la esclava libre. Katherine conversaba con ella y Noah estaba lo suficientemente cerca para escuchar sus palabras. Le hablaba de la hija que no llegó a ver crecer. Noah acababa de descubrir lo que David nunca conseguiría saber de labios de su esposa.

Aquel día nació una amistad entre el pequeño esclavo y su ama que se iría fortaleciendo con el paso de los años.

Al día siguiente, la señorita Gasso se marchó de Nueva Fortuna y Katherine Lacroix pasó a ocuparse ella misma de la educación de los tres hijos de su esposo.

5 años después…

Agosto, 1851

13

–Katherine, te agradecería que hoy intentaras controlarte.

Sentada en el carruaje, ella miró a su esposo mientras esperaban la llegada de las niñas.

—¿Tanto miedo te da la verdad?

David apretó un poco más fuerte la empuñadura de marfil de su bastón. Esta vez no iba a permitir que lo sacara de sus casillas.

—Ya sabes lo que quiero decir.

No obtuvo respuesta. Katherine sabía perfectamente que David se refería a los comentarios poco apropiados que ella hacía sobre la esclavitud.

—Si no lo haces por mí, al menos hazlo por nuestras hijas.

—¿Nuestras hijas, dices? A diferencia de ti, todo en este mundo lo hago por ellas. Haré lo necesario para que no se parezcan a su padre, y si para lograrlo he de enemistarme con nuestros vecinos, así será.

—Como quieras —dijo él, dispuesto a no perder la calma—. Pero recuerda que ellas viven en el Sur. Que sus vecinos son como yo y piensan como yo.

—Como tú, no.

El rencor presente en aquellas palabras cortaba como un cuchillo afilado. David no debería haber tocado a la esclava de Katherine, y nunca se arrepentiría lo bastante. Pero ya era tarde para remordimientos. Katherine lo había descubierto y nunca lo perdonaría. El daño había sido demasiado grande. Algo se había roto entre ellos, y su esposa era demasiado orgullosa para perdonar.

—Tal vez no sean unos monstruos como yo —dijo él—. Pero la esclavitud es su modo de vida. De la misma forma que lo es el tuyo. ¿O acaso tus ropas y comida no se pagan con el sudor y la sangre de los esclavos?

Aquello había sido un golpe bajo, y David lo sabía. Pero ya estaba dicho. Los ojos de Katherine brillaron con intensidad, pero no contestó. Esta vez le había dado donde más le dolía.

—Así que recuerda. El futuro de nuestras hijas dependerá de las

relaciones y la reputación que mantengan frente a esa gente a la que tanto desprecias y a la que has pertenecido sin el menor remordimiento durante la mayor parte de tu vida.

Quería protestar, pero para su mayor vergüenza Katherine sabía que cada palabra que acaba de escuchar era cierta.

Ambos cruzaron sus miradas. Había fuego. Pero el cálido resplandor del amor hacía mucho tiempo que se había consumido entre las dañinas y poderosas llamas del odio.

Katherine iba a responder cuando Hortensia salió de casa y se dirigió al carruaje. La niña aceptó el brazo que le tendía el viejo Thomas para salvar el alto escalón del coche.

—Estoy tan nerviosa… —confesó Hortensia, sentándose en el asiento libre frente a su padre, abriendo la sombrilla para cubrirse de los rayos del sol.

Tan sólo unas semanas atrás había cumplido catorce años, y con unos más tendría edad suficiente para ser presentada oficialmente en sociedad.

—Estás preciosa —la animó él—. No tienes que ponerte nerviosa por nada. Mis pequeñas serán las mujercitas más bonitas de la fiesta.

Hortensia agradeció las palabras de aliento de su padre.

—¿Y Charlotte?

No hubo necesidad de que Hortensia contestara a su padre. En ese momento Charlotte aparecía a la carrera.

—Se nos hace tarde, Charlotte.

—¡Ya voy, papá!

Sin espacio material para detenerse, Charlotte se impulsó sobre el escalón de la calesa y salvó la altura que la separaba del carruaje sin reparar en la presencia del esclavo que le tendía su brazo.

—Lo siento —se disculpó, dejándose caer como un tronco sobre el asiento—. No encontraba la cinta del pelo.

Thomas esperó pacientemente a que la recién llegada dejara de moverse y se instalara en el lugar que compartía con su hermana frente a sus padres, para cerrar la puerta de la calesa. Instantes después, el sonido hueco de la empuñadura de plata del bastón de David golpeando la madera daba la señal y las ruedas empezaban a girar sobre sus ejes.

Acababan de enfilar la avenida de árboles cuando los gritos de Latoya obligaron a detener el carruaje.

—¡Señorita Charlotte! —llamó agitando un objeto alargado sobre su cabeza—. Se olvida la sombrilla.

Latoya los alcanzó entre jadeos.

—Aquí… aquí tiene, señorita —dijo, tratando de recuperar la respiración.

Una vez que Charlotte se resguardó bajo la sombra protectora de su sombrilla, la familia Parrish al completo se puso en marcha.

Tres cuartos de hora después atravesaban el arco cubierto de hiedra que daba comienzo a Puerta Paraíso, la plantación del primo de David, Quentin Parrish, donde al mediodía se celebraría la boda de su hija Silvia.

La casa de ladrillo rojo parecía recién sacada de la campiña inglesa. Era sólida y grande, pero en su construcción se había prescindido del habitual pórtico con columnas de estilo clásico o de cualquier otro detalle que pudiera hacerla parecer ostentosa.

El cochero de los Parrish tiró de las riendas hasta reducir la velocidad de los caballos para poder pasar con seguridad entre la larga fila de carruajes que estaban apostados ordenadamente a los bordes del camino.

En la puerta principal, Quentin y su hijo Orante saludaban a los invitados a medida que iban descendiendo de sus coches. La familia de David esperó su turno con paciencia. Delante de ellos, en su carruaje verde, los Burton iban acompañados de sus dos hijos, Robert William, un muchacho de trece años, de pelo oscuro y cara redonda, que había heredado la pasión de su padre por la comida, y Laura, una niña rubia de porte altivo cuyo bonito rostro nunca hubiese permitido adivinar la verdadera naturaleza de su carácter egoísta y caprichoso.

Los Carmody, con tres de sus cuatro hijos acompañándoles a caballo y un cuarto sentado frente a sus padres, esperaban tras el carruaje de los Parrish. Ninguno de los apuestos jóvenes parecía haberse percatado de la presencia de Charlotte ni de Hortensia. Únicamente tenían ojos para Laura Burton, que a pesar de tener sólo quince años llevaba el cabello recogido y había sustituido los vestidos de cuello cerrado con puntilla y falda por encima de los tobillos propios de sus años por el de una muchacha con edad suficiente para ser presentada en sociedad.

Orante, el primo de Charlotte y de Hortensia, corrió a ofrecer su brazo a la voluptuosa jovencita que no tenía el menor problema en rellenar su generoso escote.

Charlotte estaba furiosa. Se había sentido tan bonita aquella mañana, y ahora, mientras contemplaba a Laura, sólo un año mayor que ella, contoneándose descaradamente delante de todos, pensó que nadie repararía en una niña con un vestido de florecitas por encima de los tobillos y medias blancas.

Quentin Parrish fue al encuentro de su primo.

—¡David!

Los dos hombres se fundieron en un caluroso abrazo.

A continuación, Quentin fue a dar la bienvenida a Katherine, mientras su hijo saludaba a su tío.

—Es un verdadero placer volver a tenerte en Puerta Paraíso. Te agradezco que hayas venido. A Silvia le hará muy feliz saber que estás aquí.

—Gracias, Quentin. Por nada me lo hubiese perdido. Sabes que la adoro.

Quentin sonrió. Sabía que era cierto, y prueba de ello era que Katherine había sido capaz de romper su autoimpuesta reclusión para asistir a la boda de su hija.

—¡Veo que aquí están mis sobrinas favoritas!

Hortensia y Charlotte sonrieron al unísono.

—Tío Quentin —respondieron como una sola persona, haciendo una minúscula inclinación de cabeza.

—¿Y Silvia? —preguntó Katherine, una vez que su sobrino la hubo besado.

—Está en su habitación —le indicó Quentin.

—Voy a ayudarla. Seguro que está muy nerviosa.

Muy delgada, Silvia era un poco más alta que ella. Katherine la observó con afecto desde la puerta. Nunca hasta entonces se había fijado en su aspecto. Siempre la había considerado una niña dulce y cariñosa. Tenía una nariz bonita y sus facciones eran armoniosas, pero en conjunto carecía del atractivo que la hiciese deseable a los ojos de los hombres.

Con aquel vestido blanco, el ramo en las manos y las flores sobre el cabello recogido, Katherine tuvo la impresión de estar contemplando a una niña. Y de hecho, Silvia acababa de cumplir los diecinueve. ¿Es que sólo a ella le parecía demasiado joven para casarse?

—¡Tía! —exclamó la novia, presa de la felicidad, al descubrir a Katherine bajo el umbral de su habitación.

—¡Mi querida Silvia! —dijo rodeándola con sus brazos, emocionada.

—¡Te necesitaba tanto!

—No habría faltado a esta cita por nada del mundo.

Silvia sonrió. A pesar de lo poco convencional que podía resultar su tía, ella siempre la había querido mucho. Cuando su madre murió, ella y su hermano Orante fueron una temporada a vivir a Nueva Fortuna. Sólo tenía catorce años, pero recordaba con gran

cariño la forma en que Katherine la había arropado y acompañado en aquellos momentos tan difíciles. Desde entonces, cada verano Silvia iba a pasar unas semanas a Nueva Fortuna con Katherine y sus primas.

—Estás preciosa.

—Gracias, tía.

—No puedo creer que sea el día de tu boda. Aún me parece ver a aquella niñita que no había forma de separar de su hermano.

—Ha pasado mucho tiempo.

—No tanto —negó con cierta nostalgia—. ¡Y cuéntame! ¿Quién es ese muchacho que va a robarme a mi sobrina preferida?

—Se llama Jonathan Perelman, es de Norfolk y trabaja con su padre en un negocio familiar.

—Eso ya lo sé. Pero dime, ¿cómo es él?

El rostro de Silvia se iluminó al pensar en el hombre que en menos de una hora se convertiría en su esposo.

—Es inteligente, galante, considerado. Es el mejor de los hombres.

—¿Lo quieres?

—¿Cómo no voy a quererlo, tía? —dijo con una sonrisa y los ojos húmedos por la emoción—. Lo quiero como no he querido a nadie en la vida. Cuando me mira a los ojos y me coge la mano siento cómo mi cuerpo se estremece. Mi corazón muere de impaciencia esperando el momento de volver a encontrarme junto a él. No puedo imaginarme la vida sin él. ¿Acaso no es eso el amor?

Katherine sonrió.

—¿Y él?, ¿te quiere?

El cambio en la expresión de Silvia dejaba claro que nunca había barajado aquella posibilidad. ¿Es que podía no quererla? Nunca lo había pensado. ¿Acaso él podía no sentir la misma sensación de felicidad, el mismo deseo que ella cuando estaban juntos? ¿Es que cada pensamiento de él no era para ella?

Pero Katherine también había estado segura. David también había sido un hombre encantador, educado y considerado. Había sentido cómo aquellos ojos azules sacudían su alma, había deseado pasar cada segundo de su vida junto a aquel hombre atractivo y galante que le había robado el corazón. Y sin saber nada más, lo había dejado todo y se había marchado a compartir su vida con un perfecto extraño. Su sobrina estaba a punto de hacer lo mismo. Pero Silvia no se iría muy lejos. Norfolk estaba a un día de viaje de Puerta Paraíso.

—¿Crees que no me puede querer? ¿Que ningún hombre puede

enamorarse de una mujer como yo?

La felicidad de su sobrina estaba apunto de transformarse en tristeza y desolación.

Katherine la miró. La muchacha que estaba frente a ella tenía un alma hermosa y noble. Su voz era dulce y cariñosa y jamás en su vida había sentido envidia ni deseado mal a nadie.

—Eres una muchacha hermosa, y no permitas nunca que alguien te haga creer lo contrario —le dijo Katherine, desde el fondo de su corazón—. Cualquier hombre decente y bueno se enamoraría de ti.

Silvia sonrió y se retiró la lágrima que resbalaba por su mejilla.

—Vas a ser muy feliz —le dijo, cogiendo sus manos entre las suyas—. Pero quiero que me prometas una cosa: si algo no sale como tú esperas, no olvides que mi casa siempre estará abierta para ti.

Silvia sonrió de nuevo y pareció tranquilizarse ante las palabras dulces de Katherine.

—Cariño —le susurró, pasando la mano por el rostro de la joven, que se había oscurecido por un halo de preocupación—. Todo va a ir bien. Serás muy feliz. Sólo quiero asegurarme de que no olvides que tu familia siempre estará contigo.

El joven Jonathan Perelman era tal y como Silvia lo había descrito. Salvo por un detalle: parecía tan joven como la novia. David estaba junto a Katherine. Mientras los novios hacían sus votos agarrados de la mano, Katherine recordó el día de su boda. Tenía veintitrés años cuando se casó, y sin embargo, no dejaba de ser muy joven. Con la perspectiva del tiempo, le pareció imposible que nadie hubiese puesto inconvenientes a que se casara con David tan sólo unos días después de conocerlo y abandonara su casa para establecerse a cientos de kilómetros de su familia.

Charlotte y Hortensia no se perdían ni el más mínimo detalle de la ceremonia. Silvia sólo era cinco años mayor que sus primas, que aún eran unas niñas. Allí, con la solemnidad del momento, Katherine rogó para que aquella muchacha tuviera una vida más dichosa que la suya, y que el destino no convirtiese a sus hijas en esposas y madres adolescentes.

Tras la ceremonia, que fue más larga de lo normal, los invitados se sentaron en torno a las mesas que se habían instalado en el interior de la mansión. La comida fue abundante y sabrosa. Quentin Parrish no escatimó en gastos para celebrar la boda de su única hija.

Cuando todos los invitados hubieron comido hasta saciarse, las mujeres se dirigieron al porche para disfrutar de un delicioso té al

abrigo de la sombra, en espera de que el sol perdiera un poco de altura y se suavizara el bochorno del exterior. Los hombres, a su vez, se retiraron a la biblioteca.

El puro de David casi se había consumido y aún le quedaba un poco de coñac en la copa.

—Ese abolicionista de Charles Summer no va a traernos más que problemas —dijo Edmond Carmody, mientras Mathew, el único de sus hijos con edad suficiente para participar en el exclusivo círculo de los hombres adultos, asentía en silencio—. Nunca se debió permitir que un abolicionista como él pudiera llegar al gobierno.

—Cierto —asintió un hombre de mediana edad llamado Garret Bolman, que poseía una pequeña plantación de tabaco—. Dicen que su discurso de la semana pasada duró más de cuatro horas, y eso que debía de hacer un calor insoportable.

—Al parecer, fue un ataque directo contra la ley del esclavo fugitivo —intervino Quentin.

A los senadores de los estados del Sur les había llevado varios años de duro trabajo y complicadas maniobras políticas conseguir que se aprobara la ley que obligaba al resto de los estados a restituir a sus amos los esclavos que escapaban al Norte, a la vez que establecía los mecanismos federales necesarios para garantizar el cumplimiento de la legalidad.

—Y por si fuera poco, esa mujer publicó esa abominación un par de días antes del discurso de Summer —añadió Edmond Carmody, sin ocultar su desprecio—. Lo más irónico es que tengo entendido que nunca ha pisado el Sur, y mucho menos una plantación.

Ninguno de los allí presentes había leído el libro de Harriet Elisabeth Beecher, y ninguno lo haría. Ni siquiera llegarían a pronunciar el título de la novela que había convertido a todos los terratenientes del Sur en monstruos sin compasión y sádicos capaces de cometer las mayores atrocidades. *La cabaña del tío Tom* estaba logrando en pocas semanas despertar las almas de miles de ciudadanos del Norte allí donde años de propaganda abolicionista habían fracasado.

David dio una última calada a su cigarro.

—Pasará pronto, Edmond. En unas semanas más, nadie recordará el discurso de Summer y el libro habrá perdido interés.

A David le bastó ver el modo en que apretaba los labios para saber que Quentin no compartía su opinión.

—¿No estás de acuerdo?

Quentin negó con la cabeza.

—Me encantaría poder compartir tu optimismo, David. Pero

creo que a la larga la vigencia de la ley del esclavo fugitivo sólo nos traerá problemas.

—¿Por qué iba a traernos problemas? La aprobación de la ley fue una gran victoria para el Sur —intervino el doctor Steward.

—Así es —apoyó su cuñado Nicholas Reemick—. El Norte tuvo que doblegarse ante nuestras exigencias.

—Creo que precisamente esa sensación de derrota, esa imposición al Norte de nuestros deseos, el hecho de que comisionados de los estados del Sur vayan a comunidades no esclavistas para llevarse a los esclavos escapados y multar y encarcelar a sus vecinos, es lo que está dando un peligroso giro a la situación. En Nueva Inglaterra hasta se han establecido leyes que impiden el cumplimiento de la ley. Antes, sólo una minoría ayudaba a los esclavos fugados, y la organización clandestina conocida como el Ferrocarril Subterráneo, compuesta principalmente por cuáqueros y algún que otro idealista que los ayudaba a escapar, era totalmente ineficaz. Su capacidad de acción se limitaba a dar a los esclavos fugados cobijo en los sótanos y establos de sus casas, hasta que podían llevarlos a la frontera ocultos en sus carretas. Ahora la situación ha cambiado. En los estados del Norte, impedir la restitución de los esclavos a sus dueños se ha convertido casi en una cuestión de honor.

—También lo es para nosotros —protestó Edmond Carmody—. Nuestro modo de vida, nuestra riqueza, se basa en la esclavitud. No podemos permitir que los esclavos se fuguen con la mayor impunidad. Pronto nos quedaríamos sin mano de obra, y ¿qué sería del Sur? ¿Quién trabajaría los campos?

Un hombre de unos sesenta años, vestido con elegancia, a quien Quentin Parrish había presentado como Ernest Vigeland, y que David no conocía, apoyó las palabras de Carmody.

—Estoy de acuerdo con usted. Mi plantación está en el norte de Maryland. A no más de media jornada andando de la frontera con Pennsylvania. Los esclavos cada día escapan al Norte sin que podamos hacer nada. Yo he perdido a un par de ellos en los últimos años, y lo mismo les pasa a mis vecinos. Ahora, al menos, a los esclavos no les basta atravesar la frontera para escapar, tienen que evitar que los devuelvan a sus legítimos dueños.

Aunque Virginia estaba muy próxima al Norte, Nueva Fortuna y el resto de plantaciones de la mayor parte de los allí reunidos se encontraban demasiado lejos de la frontera para que la fuga tuviese éxito, y los esclavos lo sabían.

—Además —prosiguió el caballero de Maryland—, estoy

cansado de oír cómo los abolicionistas arremeten contra nuestro modo de vida y nos tildan de inhumanos, cuando no sienten ninguna compasión por los miles de emigrantes de su misma raza que cada año mueren en sus fábricas.

—¡Tiene usted toda la razón, señor Vigeland! —se atrevió a decir Mathew Carmody—. No es ningún secreto que en el Norte hombres, mujeres y niños trabajan en condiciones infrahumanas por un miserable salario que no les alcanza para pagar su sustento. Al menos en el Sur todo esclavo tiene techo y comida.

David escuchó pacientemente los argumentos del resto de los invitados.

—De cualquier modo, Quentin, tal vez tengas razón, pero ¿qué nos queda por hacer?

—No sé, David. Me encantaría conocer la respuesta. Quizá bastaría con aumentar la vigilancia en las vías de escape y dar por perdidos los esclavos que se fuguen. Al fin y al cabo son muy pocos, y por mucho que digan lo contrario, dudo que la mayoría de la población blanca del Norte sienta una gran simpatía por los hombres de color. Tal vez si la ley del esclavo fugitivo se limitase únicamente a los estados del Sur la tensión disminuiría y las aguas retornarían a su cauce.

David meditó. Su primo siempre había sido un hombre sensato e inteligente.

—Puede que estés en lo cierto, Quentin. Pero en cualquier caso, tenemos que defender nuestros derechos. Si cedemos ahora, ¿por qué no habríamos de hacerlo la próxima vez? Llegaría un momento en que no nos quedaría nada que defender. Hemos lanzado un pulso y ahora sólo podemos esperar. Los acontecimientos marcarán el camino a seguir.

Quentin asintió. Sin embargo estaba convencido de que el camino emprendido por ambos bandos no tenía retorno. Las diferencias entre el Norte y el Sur cada vez eran mayores, y pronto serían irreconciliables.

La conversación había llegado a un punto muerto cuando el tañido del reloj anunció el momento de dar comienzo al baile. Tras apagar sus cigarros y apurar sus copas, los hombres fueron recogiendo las chaquetas que se habían quitado al entrar en la biblioteca, y que ahora, libres del olor a tabaco que impregnaba el ambiente, unos diligentes esclavos les ayudaban a ponerse.

Mientras en la biblioteca los hombres conversaban y fumaban reconfortados con una copa de licor, las mujeres se habían instalado en el porche.

Fue necesario colocar dieciocho mesas para dar cabida a las mujeres asistentes a la boda. Rodeadas de primorosos manteles de hilo, coloridos centros de madreselva y delicadas vajillas de porcelana, las mujeres charlaban en sus respectivos corrillos mientras disfrutaban de un delicioso té acompañado de pastas, pastel y de una agradable brisa.

Gwendolyn Burton, Rose Mary Sebastian y Sara Timberland compartían mesa con Katherine.

—Hace tiempo que no te veíamos —le dijo Gwendolyn a Katherine—. Sé que tu salud ha sido un poco delicada los últimos años. Confío en que estés más recuperada.

Hacía más de siete años que Katherine no asistía a un solo evento social del condado, y era plenamente consciente de que los comentarios de sus vecinos nada tenían que ver con su salud, al menos no en lo referente a su estado físico. Sabía que había todo tipo de rumores acerca del motivo de su reclusión. Incluso había quienes decían que había perdido la cabeza. Katherine puso cara de no haber roto un plato y sonrió. Gwendolyn Burton no le había quitado ojo desde que llegó a Puerta Paraíso.

—Gracias por tu interés, Gwendolyn. Pero me encuentro mucho mejor.

Gwendolyn torció el gesto. No le iba a resultar tan fácil descubrir las razones que habían llevado a la mujer más elegante y atractiva del condado a recluirse en su plantación, y a su apuesto esposo a pasar la mayor parte del año en la casa que los Parrish tenían en la ciudad, lejos de su hogar. Estaba claro que Katherine no soltaría prenda.

Rose Mary Sebastian se sentía incómoda. La belleza de Katherine, que incluso había aumentado con el paso de los años, y su seguridad en sí misma, siempre la habían coartado.

—No he visto a tu hijo, Sara… —se atrevió a preguntar Rose Mary, dando un nuevo rumbo a la conversación.

—Lo han enviado al territorio de Nuevo México. Partió la semana pasada —respondió, tratando de que sus palabras no revelaran la preocupación que atenazaba su ánimo.

—Tengo entendido que es oficial —intervino Gwendolyn, expulsando a Rose Mary de la conversación.

—Teniente.

—¿Qué edad tiene?, ¿veintidós?

—El próximo octubre hará veintitrés.

No había que ser ningún genio para saber el motivo del repentino interés de Gwendolyn por el hijo de Sara. Hijo único y

con un buen patrimonio, sería un marido perfecto para su hija Laura.

—Te sentirás orgullosa.

Sara asintió.

A pesar de que la insensible Gwendolyn Burton estuviera demasiado concentrada en preocuparse de sí misma y no quisiera darse cuenta, era evidente que a Sara Timberland la idea de que su hijo estuviese en medio de un territorio salvaje, expuesto a toda clase de peligros, y con riesgo de morir, era algo que la angustiaba.

—Yo también confío en que Robert William se haga militar —prosiguió Gwendolyn—. Su padre y yo nos sentiríamos muy orgullosos de él.

Ni en un millón de años Katherine podía imaginar a aquel niño apático, que siempre estaba comiendo pasteles y que no había corrido en su vida, al frente de un grupo de soldados y rodeado por una partida de indios salvajes sedientos de sangre.

—Toda madre se siente orgullosa de sus hijos, Gwendolyn —dijo Katherine, librando a Sara del trance—. Yo también estoy orgullosa de mis hijas.

—Es evidente. Pero para los hombres, sus hijos varones son especiales. Todas sus ilusiones y esperanzas están puestas en ellos. Aunque en tu caso, Katherine, al no haberle dado un varón a tu marido, comprendo que no puedas entender de qué estoy hablando.

Si Gwendolyn quiso ofender a Katherine no lo consiguió. Katherine estuvo a punto de responderle lo estúpido que era desear que un hijo acudiera a una guerra donde podía perder la vida. Eso lo había aprendido de su padre. Pero no dijo nada. Hoy intentaría comportarse como lo había hecho tiempo atrás. En los años en los que sólo ella tenía importancia. Además, no quería inquietar a Sara.

A escasos metros de sus madres, Charlotte y Hortensia compartían mesa con Rebeca, hija de Rose Mary Sebastian, y con Laura Burton. Muy a pesar de Gwendolyn, a su hija Laura también la habían instalado con las otras tres niñas. El protocolo no la cambiaría de posición hasta que hubiese sido presentada en sociedad. Hasta entonces, por mucho que su cuerpo y su aspecto dijeran lo contrario, Laura sería considerada una niña.

Hortensia balanceaba los pies en su silla y Charlotte daba buena cuenta de un segundo trozo de pastel cuando su primo Orante entró en el porche, acompañado de Adam Carmody.

Estaba claro que su tío Quentin lo había mandado para ocuparse de sus primas.

—Señoritas —saludó.

Hortensia ofreció a su primo una sonrisa deliciosa.

—Hola, Orante.

—Me preguntaba si os apetecería acompañarme.

Hortensia buscó el consentimiento de su madre y ella asintió.

Charlotte se metió el último trozo de tarta en la boca y siguió a su primo y a su hermana.

Tras recibir también la aprobación de su madre, Rebeca Sebastian se unió al grupo. Laura Burton por su parte era invitada por Adam Carmody, de diecisiete años, a ser su pareja en el primer baile.

—Katherine, tienes unas niñas preciosas —dijo Gwendolyn Burton, henchida como un pavo, al contemplar cómo su hija acaparaba todas las miradas—. En unos años no les faltarán pretendientes.

—Parece mentira que sean gemelas. Realmente son unas niñas preciosas —ratificó la madre de Rebeca con cierta envidia, consciente de que su hija no se convertiría en una belleza.

—Laura también ha cambiado mucho. Es una joven muy atractiva —alabó Rose Mary Sebastian, obligada por la aguda mirada de Gwendolyn.

—Gracias. Siempre ha sido una niña muy bonita, y parece que el destino ha decidido convertirla en una mujer hermosa. Pronto estará en condiciones de casarse.

Katherine sintió lástima por aquella mujer insatisfecha que estaba impaciente por lanzar a su hija a las fieras, disfrazándola de forma completamente inapropiada y exagerada para su edad.

—Sí, ha tenido suerte —asintió Katherine, a quien Laura, como su madre, siempre le había parecido algo pretenciosa y superficial —. Confío en que encontrará el marido que merece.

Gwendolyn sonrió.

Katherine se sorprendió al comprobar lo fácil que le resultaba volver a ser cínica y frívola.

Gwendolyn odiaba a Katherine. Nunca había podido asimilar que Katherine la superara en belleza y atractivo. Y sobre todo, no le podía perdonar que a pesar de todos sus intentos por acercarse a ella y complacerla, la altiva Katherine Lacroix hubiese preferido la compañía de una esclava a su amistad. Ahora, sin embargo, al contemplar cómo su hija Laura era admirada mientras las gemelas Parrish tenían que ser rescatadas por su primo, sintió que de alguna manera se resarcía de las humillaciones sufridas.

—Tú tampoco has de preocuparte, Katherine. Tus hijas no correrán la misma suerte que su prima.

—¿Te refieres a Silvia?

Gwendolyn Burton añadió un nuevo terrón de azúcar a su taza.

—¿A quién si no?

La tensión podía cortarse en el ambiente. La exclamación de Gwendolyn provocó que en la mesa contigua, Humberta Doran y Angélica Leberman afilaran sus orejas para no perder detalle de lo que comentaban sus vecinas.

Gwendolyn Burton se estaba metiendo en terreno peligroso.

—¡Por Dios, Katherine! Ya sé que es tu sobrina. Pero tienes que reconocer que no es precisamente una belleza.

—Según tus criterios, tal vez no sea una joven hermosa, Gwendolyn. Pero lo es según los que importan. Es buena, dulce, inteligente, cariñosa, educada, fina y tiene un corazón donde no cabe la envidia y los malos pensamientos.

—Sí, ya entiendo, un dechado de virtudes.

Katherine barajó la idea de tirar su té sobre Gwendolyn, pero se contuvo. Se mordió el labio y se prometió que intentaría controlarse.

—Yo creo que es una joven hermosa —apoyó Rose Mary Sebastian, que también apreciaba a Silvia y se solidarizaba con ella, pensando en su propia hija, que había tenido la mala suerte de heredar su rostro enjuto y afilado—. Además, es una joven virtuosa.

—¡Cómo no va a ser virtuosa, Rose Mary! —exclamó Gwendolyn —. ¡Con los escasos dones que el Señor le ha dado! Además, teniendo en cuenta lo poco agraciada que es tu Rebeca, no te queda más remedio que identificarte con Silvia.

Las mejillas de Rose Mary se encendieron y bajó la cabeza humillada. Gwendolyn Burton siempre había considerado a Rose Mary su perrito faldero, y no iba a permitir que ahora se rebelase.

La sangre hervía en las venas de Katherine. Si esa estúpida mujer decía una sola palabra más en contra de su sobrina, o cualquier otra pobre niña que no tenía culpa de nada, juró que le sacaría los ojos.

Pero Gwendolyn Burton no tenía ninguna intención de callar.

—Hay que reconocer que ha tenido suerte. Ningún terrateniente de la zona se hubiese casado con ella. Su dote no era suficiente. Pero para el hijo de un comerciante de Norfolk… Se comenta que el joven quería subir de posición.

Katherine empezó a lamentar haber asistido a aquella boda. La idea de que alguien se hubiese casado con su sobrina sólo por el dinero de su dote la sacaba de quicio.

—Entonces, estoy segura de que serán muy felices —intervino

finalmente Katherine—. Al fin y al cabo, tengo entendido que tu marido no tenía más que lo puesto cuando se casó contigo, y como tú misma no te cansas de repetir, vuestra unión es feliz y dichosa.

Sara y Rose Mary hundieron la cabeza en la taza de té para disimular su sonrisa.

—Te equivocas, Katherine —se defendió Gwendolyn, tratando de mantener la compostura—. Mi esposo pertenece a una de las mejores familias de Georgia.

—Cierto. Los Burton. De Savannah, ¿verdad? ¿Te he dicho alguna vez que Mathias Burton, el padre de tu esposo, estuvo en mi casa de Nueva Orleáns en varias ocasiones? Mi padre lo conocía personalmente y hasta sé que tuvieron alguna que otra relación comercial.

La mención del padre de su esposo consiguió que la estirada Gwendolyn se removiera en su asiento, nerviosa. Ciertas cuestiones familiares debían permanecer en secreto.

—De todas formas, tú no debes preocuparte, Katherine. Tus pequeñas serán unas bellezas, y no les faltará una buena dote que les garantice un marido adecuado a su posición. Puedes estar tranquila.

—Lo estoy. Porque confío en que llegarán a ser mujeres independientes, capaces de valerse por sí mismas, y valoradas por lo que son y no por lo que tienen.

—¡Dios mío, Katherine! Pareces una de esas mujeres del Norte que consideran a hombres y mujeres iguales —la increpó escandalizada Humberta Doran, que junto a Angélica Leberman habían decidido girar sus sillas e incorporarse a la animada discusión que tenía lugar en la mesa contigua.

—Que no te quepa la menor duda, Humberta. Lo soy. Y si un día mis hijas llegan a casarse, espero que lo hagan cuando sean mujeres adultas y no niñas. En cuanto a lo que a mí respecta, pueden casarse con un poeta arruinado o con un miserable constructor de ferrocarriles. Sólo deseo que sean felices.

Humberta Doran estaba horrorizada. Los rumores sobre el estado mental de Katherine parecían no estar muy desencaminados.

Katherine miró a Gwendolyn a los ojos antes de continuar.

—Como tú muy acertadamente acabas de indicar, Gwendolyn, por fortuna mis hijas tienen dinero y pueden hacer lo que quieran.

—Y si por azar, Dios no lo quiera, tu familia se quedara sin dinero ¿seguiría dándote igual que se casaran con un hombre pobre? —esta vez fue Sara Timberland quien habló.

—Si ése fuera el caso, con más motivo —replicó Katherine.

Humberta Doran rogó en silencio para que las hijas de Katherine llegasen a la edad adulta con sus dotes intactas.

—¡Pero, Katherine! ¿Cómo podrías empujar a tus hijas a la miseria? —insistió Sara, haciendo un esfuerzo por comprender los motivos que impulsaban a Katherine a pensar así.

—Porque los dos llegarían al matrimonio en igualdad de condiciones.

—Sí, sin nada —apuntó Gwendolyn, mordaz.

—Sin nada no. Con un proyecto común. Y con la plena seguridad de que no se casaban con ellas por su dinero. Además, mis hijas no son ningunas inútiles. Podrían trabajar.

Aquello fue lo más parecido a una blasfemia que aquel grupo de mujeres había oído.

—¡Trabajar! —repitió horrorizada Gwendolyn—. ¡Te has vuelto loca! Ninguna mujer de nuestro nivel trabaja. Eso es para esclavos y para inmigrantes.

Katherine no estaba dispuesta a ceder.

—¿Por qué no puede trabajar una mujer fuera de su hogar?

—No sería decente —intervino Humberta Doran, demasiado estirada y rígida para darle una oportunidad.

—Blenda Georgensen buscó trabajo como institutriz, y su hermana Diana se colocó en el almacén de los Mac Ewan cuando sus padres murieron y perdieron la plantación. Yo siempre las he considerado unas muchachas decentes y honradas —apuntó Rose Mary.

Sara Timberland meditó. Ella también conocía a las hermanas Georgersen. Siempre le habían parecido unas mujeres muy recatadas.

—Rose Mary tiene razón —apoyó Sara.

—¿Quieres decir que no te importaría que tus hijas fuesen unas sencillas dependientas?

Gwendolyn no estaba dispuesta a claudicar. Hubiera llevado la contraria a Katherine aunque ésta le hubiese dicho que el sol era redondo.

—Sí, si con ello consiguieran la felicidad. ¿Aunque, por qué deberían conformarse con ser dependientas o maestras? ¿Por qué no médicos o abogados?

—¡Dios mío, Katherine! —exclamó Humberta Doran, con visible preocupación—. Las mujeres no pueden ser médicos.

—¿Qué motivo lo impide?

—Está claro. Nuestra mente no es capaz de asimilar la ciencia —aclaró Gwendolyn, muy segura.

—Yo no comparto tu opinión, y me entristece escuchar que nosotras mismas limitamos nuestros logros. Me gustaría que mis hijas no fueran deseadas por más cualidad que su belleza. Me resisto a que una muchacha buena e inteligente esté condenada a soportar a un marido mediocre porque no es lo suficientemente bella y rica para él. Estoy cansada de que vendamos a nuestras hijas.

Angélica Leberman, una viuda vestida de luto riguroso que había perdido a su marido hacía menos de un año, no había abierto la boca pero no perdía detalle. Humberta Doran estaba completamente escandalizada. Si la conversación no hubiese sido tan interesante como para perdérsela, hasta se hubiera desmayado. Sara y Rose Mary escuchaban a Katherine hipnotizadas.

Y no era fácil resistirse a la fascinación que provocaba aquella mujer. La seguridad en sus principios. La pasión de su voz. Cada gesto y movimiento de su cuerpo, y la mirada de sus penetrantes ojos color miel la dotaban de una fuerza incontenible.

Hechizada, Rose Mary deseó con todas sus energías que su madre hubiera sido como Katherine. Qué diferente habría sido su vida si siendo sólo una niña le hubiesen dicho que era una mujer hermosa, que la vida le ofrecía más posibilidades que tener que aceptar al primer y único hombre que le pidiese en matrimonio, y que nunca había sentido el menor afecto por ella. ¡Cómo hubiera deseado sentirse bonita y deseada, sentirse especial! Entonces, tal vez se hubiese sentido capaz de hacer frente a su marido, a sus padres y al mundo, y ser feliz. Si ella pudiera transmitir un mínimo de aquella seguridad, ¡qué distinta sería la vida de su propia hija Rebeca!

Una oleada de locura empezó a contagiar al resto de mujeres. Gwendolyn frunció el entrecejo. Katherine Parrish era una mujer peligrosa. Ella no se dejaría contagiar.

—Dime, Katherine… si las mujeres fuesen capaces de semejantes cosas, ¿por qué no ha habido ninguna mujer médico o matemática en la historia?

El argumento de Gwendolyn parecía echar por tierra todos los esfuerzos de Katherine por demostrar lo contrario.

—Muy sencillo, Gwendolyn Burton —dijo la anciana señora Leberman, separando sus labios por primera vez—. Porque mujeres como tú y Humberta se han encargado de convertirnos en unas inútiles. Estoy de acuerdo contigo, Katherine. Una mujer ha de ser capaz de valerse por sí misma, y si las madres se encargasen de animar a sus hijas y convencerlas de que son tan valiosas como sus

hermanos, las cosas serían muy diferentes.

Ajenos al encarnizado debate entre Katherine y el resto de sus compañeras de mesa, los músicos preparaban sus instrumentos. En cinco minutos serían las seis. Los hombres regresarían puntuales junto a sus esposas y daría comienzo el baile.

Un poco más allá, en el jardín, Orante caminaba junto a Hortensia. Había pasado un año desde la última vez que había visto a sus primas y Hortensia había crecido mucho. Era casi tan alta como él. Al contemplarlas, Orante se sorprendió al descubrir la intensidad con la que podían brillar los hermosos ojos verdes de su prima Charlotte. Eran tan diferentes… Hortensia, alta y rubia, era de una timidez extrema. Todo dulzura y elegancia, mientras que Charlotte, más bien baja para su edad, era morena, temperamental y rebelde. No podía dejar de preguntarse cómo dos seres tan diferentes podían ser hermanas y además gemelas. Aún entendía menos que Hortensia y Charlotte estuvieran tan unidas.

A pocos pasos de Charlotte, Rebeca caminaba en silencio, cuidando de no tropezar con alguno de los bonitos cercos de piedras que protegían las flores del jardín. Laura Burton y Adam Carmody, un poco más rezagados, cerraban la comitiva.

Al llegar al lugar donde iba a tener lugar el baile, Orante se dirigió hacia un grupo de jóvenes que esperaban a un lado de la pista improvisada, al aire libre, adornada con arreglos florales y farolillos de colores. Richard Reemick y Gilmor Evans conversaban con Alejandra Done. Orante se lamentó de su suerte. Mientras sus amigos disfrutaban de la compañía de una chica de su edad, él tenía la difícil obligación de conseguir que alguien invitase a bailar a sus primas y a Rebeca. Pero Richard y Gilmor, que ya habían cumplido los dieciocho, eran demasiado mayores para interesarse en unas niñas que aún llevaban coleta y vestidos por encima del tobillo. No encontraría a nadie que quisiera sacar a bailar a sus primas. No obstante, haría un intento.

—Alejandra, Richard, Gilmor, ya conocéis a mis primas, Hortensia y Charlotte Parrish, y a Rebeca Sebastian.

Orante no había dejado de suspirar por Alejandra Done en los dos últimos días, y sus amigos lo sabían. También eran conscientes de que mientras Orante no consiguiese colocar a esas tres jóvenes, por lo menos durante un baile, no estaría libre para ocuparse de la muchacha de cabello claro y ojos grises, que increíblemente aún no había conseguido pareja para el primer baile.

—Señoritas —saludó Richard quitándose el sombrero.

—Mucho gusto —lo imitó Gilmor Evans.

Las tres jovencitas se rieron nerviosas. Richard Reemick, el muchacho más atractivo de la fiesta, les había hablado. Charlotte había oído a su padre comentar que Richard iba a comenzar sus estudios en la Academia Naval. En unas semanas se marcharía a Annapolis y no volvería en los próximos cuatro años.

Orante y Richard intercambiaron una mirada.

Richard sonrió. No tenía intención de defraudar a su amigo.

Se volvió e invitó a la primera de las tres amigas a que fuera su pareja en el baile que pronto empezaría.

Cuando el joven alto de cabello castaño claro ligeramente ondulado, rostro dulce y mirada profunda, invitó a Charlotte a que fuera su pareja en el primer baile, la joven Parrish creyó alcanzar el cielo.

Casi al mismo tiempo, Gilmor Evans hacía lo propio con Rebeca, encantada con su suerte.

Orante dio las gracias a sus amigos de forma discreta. Ya sólo quedaba colocar a Hortensia. No sería difícil. Era muy guapa y su altura le hacía parecer mayor de lo que en realidad era. Muy cerca de ellos, Edgard Carmody y Williams, el hermano de Laura Burton, bebían unas limonadas a las que Edgard había encontrado el modo de añadir un generoso chorro de whisky.

A diferencia de William Burton, Edgard, como el resto de sus hermanos, era un joven bien parecido. Orante estaba seguro de que a su prima le gustaría convertirse en su pareja. Tan sólo un año mayor que Hortensia, Edgard no debería tener inconveniente en sacarla a bailar. Sin saberlo, Edgard Carmody se acababa de convertir en la siguiente presa de Orante.

—Edgard —lo saludó.

El joven Carmody no contestó. Estaba demasiado ocupado bebiendo un sorbo de whisky con sabor a limón y contemplando sin ningún disimulo los evidentes encantos de Laura, que acababa de quedarse sola mientras su acompañante, Adam, el hermano de Edgard, iba a buscar un poco de limonada para la joven.

—Edgard, ¿podrías sacar a bailar a mi prima Hortensia? —le pidió Orante, asegurándose de que nadie más le escuchara.

El menor de los Carmody miró a Hortensia de reojo y frunció la nariz. Era más alta que él.

Hortensia sonrió. A pesar de ser incapaz de escuchar nada, sabía que su primo y Edgard se referían a ella.

—¿Te has vuelto loco? Sólo es una niña —proclamó, haciendo todo lo posible por llamar la atención de Laura, a quien la actitud del maleducado de Edgard parecía encantar.

—¡Edgard, baja la voz! Por favor, sólo será un baile —le susurró Orante.

—No pienso sacarla a bailar —se negó Edgard, mirando directamente a Hortensia y asegurándose de que ella lo escuchara —. Además, todo el mundo sabe que su madre es una amante de negros.

Las hirientes palabras fueron escupidas con tanto desprecio que los que las escucharon se quedaron de piedra.

Las mejillas de Hortensia se pusieron rojas como los pétalos de una rosa, y tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para que las lágrimas no acudieran a sus ojos. Cerca de ella, Charlotte, que estaba observando a su hermana, contenía el aliento. Estaba furiosa. El arrogante Edgard Carmody se había atrevido a humillar a Hortensia y a su familia delante de todo el mundo.

Como pariente varón más cercano de Hortensia, Orante sabía que tenía la obligación de hacer algo, pero no sabía qué. No había peor insulto para una mujer del Sur que lo que acababa de decir Edgard de su tía.

Adam llegaba con la limonada para Laura cuando escuchó las palabras de su hermano menor. ¿Es que el insensato se había vuelto loco?

Orante seguía intentando decidir qué es lo que debería hacer cuando Richard tomó la iniciativa.

—Edgard, discúlpate ahora mismo.

Richard Reemick no bromeaba.

Adam Carmody hubiese abofeteado a su hermano allí mismo. Acababa de poner a toda su familia en una situación comprometida.

Pero Edgard no quería dar su brazo a torcer. Por algún motivo, su imperdonable comportamiento le había granjeado la admiración de Laura, y no estaba dispuesto a perderla.

Orante también debía pedirle cuentas. Iba a intervenir cuando Richard se le adelantó de nuevo.

—¡Te exijo que te disculpes! —insistió Richard, dando un paso hacia delante.

Por primera vez, Edgard pareció apercibirse de la gravedad de la situación. El rostro de su hermano Adam estaba lívido.

Mientras tanto, y a tan sólo un par de metros, los acordes de un violín anunciaron el comienzo del baile. Con gran habilidad, los invitados improvisaron un perfecto corro en torno a los recién casados, y con un empastado batir de palmas siguieron la melodía, animando a la joven pareja a dar los que serían sus primeros pasos de una vida en común. Silvia y Jonathan Perelman parecían flotar

sobre la pista ajenos al resto de parejas que iban abandonando el círculo y se unían al baile.

Los demás invitados no tardarían en reparar en el grupo de jóvenes que permanecía al margen de la pista.

A Edgard no le convenía que el incidente trascendiera. Si su padre se enteraba de que había insultado a la hija y a la mujer de uno de los hombres más poderosos del estado, lo mataría. La perspectiva de enfrentarse a la ira de su padre pudo más que su ego adolescente.

—Edgard… —le animó su hermano Adam con un discreto empujón.

—Te pido disculpas, Hortensia —cedió de mala gana.

Hortensia quería desaparecer. Si hubiese podido, se habría vuelto invisible. No se sentía capaz de mirar a nadie a la cara. Estaba profundamente avergonzada. Por suerte, nadie más en la fiesta parecía haberse percatado de lo que pasaba. No hubiese podido resistirlo.

Incapaz de pronunciar palabra, Hortensia asintió con la cabeza.

La tensión desapareció y pronto los ánimos se relajaron. Adam se retiró un poco y se llevó con él a Orante, Richard y Gilmor. Incluso daba la sensación de que nada había sucedido. Pero había sucedido, y prueba de ello era Hortensia. Charlotte no había dejado de observarla. Hortensia le había sonreído tratando de tranquilizarla, pero sus dulces ojos se movían nerviosos, incapaces de enfrentar las miradas cargadas de lástima. Estaba sufriendo, y Charlotte no podía soportar que el causante del dolor de su hermana se saliera con la suya.

—De todas formas, sigue siendo una amante de negros —se reafirmó Edgard, en un susurro medido lo suficiente para escapar a los oídos del corrillo formado a pocos metros de él por Richard, Orante, Gilmor y su hermano Adam, pero tan alto como para que Laura y Williams pudieran escucharlo con claridad.

No se percató o no le importó que alguien más pudiese escucharlo. Incluso daba la impresión de que lo había hecho a propósito, para molestar a Hortensia. Pero el joven Carmody midió mal sus fuerzas.

De pronto sintió que se abalanzaban sobre él, y segundos después rodaba por el suelo. Una chica de catorce años que no le llegaba al hombro lo acababa de derribar. No podía dar crédito a lo que le estaba sucediendo. Charlotte parecía una fiera salvaje, lo golpeaba y le tiraba del pelo como si le hubiera dado un ataque de locura. Edgard estaba impotente. Si se le ocurría pegarle, su

reputación quedaría por los suelos para el resto de su vida. Así que intentó quitársela de encima. Pero no podía. Parecía imposible que alguien tan pequeño pudiese tener tanta fuerza.

Y para cuando quiso reaccionar, la música ya había cesado.

Richard y Orante trataban de separar a Charlotte de Edgard, pero no había forma de sujetarla.

—¡Charlotte Parrish!

El sonido de aquella voz hizo que Richard y Orante la soltaran al instante. Charlotte se quedó clavada como una estaca. Tampoco necesitaba volverse para saber que su padre estaba tras ella. Edgard aprovechó el descuido de su agresora para escabullirse. Pero la mala suerte hizo que fuera a empotrarse contra su padre, que lo sujetó por el cuello de la camisa.

Los ojos de David no se apartaban de su hija.

—¿Acaso has perdido el juicio?

Charlotte no acertaba a decir palabra.

Quentin tiró de su hijo Orante y lo apartó del grupo.

—Pero ¿qué demonios ha sucedido, Orante? —lo increpó su padre, conteniendo el volumen de su voz—. ¿No te dije que cuidaras de tus primas?

—Lo siento, padre —contestó avergonzado—. Nunca imaginé que Charlotte se abalanzara sobre Edgard.

—Pero ¿qué ha pasado? —insistió, mirando directamente a su hijo y asegurándose de que nadie más pudiera oírle.

—Edgard ha llamado amante de negros a la tía Katherine.

Quentin tapó con tanta fuerza la boca de su hijo que Orante creyó que se iba a ahogar. Quentin miró a ambos lados. David estaba cerca pero parecía muy ocupado en reprender a su hija para percatarse de lo que acababa de decirle Orante.

No podía pensar en una ofensa mayor.

—Por nada del mundo tienes que repetir esas palabras —le ordenó en el más silencioso de los susurros.

Orante asintió. Tenía edad suficiente para conocer las implicaciones de una acusación semejante.

Unas gruesas gotas de sudor frío empezaron a recorrer la espalda de Quentin. Si su sobrina hablaba, la boda de su hija podía convertirse en una tragedia.

Arrodillada junto a Charlotte, Katherine trataba de componer sin mucho éxito el vestido de su hija. Arrugado y cubierto de barro, apenas se podían distinguir las diminutas florecitas azules bordadas con hilo de seda que salpicaban los abundantes pliegues de su falda de lino. Charlotte había perdido el lazo de su coleta durante el

forcejeo. Katherine se agachó a recogerlo. La bonita tira de raso azul celeste estaba completamente pisoteada. Katherine la estiró un poco e hizo una nueva coleta a su pequeña.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado, Charlotte?

—Nada —dijo, evitando mirar a su madre.

No muy lejos, Edmond Carmody seguía reteniendo a su hijo del cuello de la camisa.

—¿Te has vuelto loco? —increpó Edmond Carmody a su hijo en un susurro—. ¿Cómo se te ocurre pelearte en público con una chica? ¡La hija de David Parrish! Y tú, Adam, ¿cómo se lo has permitido?

Adam agachó la cabeza.

—Padre, le juro que no le he hecho nada —se defendió Edgard —. Se lanzó sobre mí como una fiera. ¡Está loca!

Edmond tiró un poco más fuerte del ya cedido lazo de su hijo, advirtiéndole de que no levantara la voz.

Katherine sonrió con discreción al ver el aspecto desarreglado y sucio de Edgard y sus inútiles intentos por salvar el pellejo frente a su padre. El joven no había salido mucho mejor parado que Charlotte.

Ante la negativa de Charlotte a hablar, Katherine se volvió a Hortensia en busca de respuestas. Pero Hortensia no era capaz de reaccionar. La angustia paralizaba cada músculo de su cuerpo. Katherine se puso seria, conocía demasiado bien a sus hijas para saber que de alguna manera el joven Carmody había ofendido a Hortensia. Y eso era algo que Charlotte no permitía. Nadie que atacara a Hortensia podía librarse de manera impune de la ira de Charlotte. Y por el aspecto de Edgard, el joven Carmody había aprendido muy bien la lección.

Charlotte seguía en pie frente a su padre. Aún no había abierto la boca. Sus ojos seguían clavados sobre Edgard.

—Discúlpate —le ordenó David, agachándose hasta colocar su rostro a la misma altura que el de Charlotte.

Ella cerró los puños.

—¿No me has oído?

Charlotte retiró su rostro.

Se había convertido en el centro de atención de todos.

—¡No me obligues a repetirlo, Charlotte!

Charlotte miró a su padre. Él estaba muy cerca de ella. Sus intensos ojos azules la miraban con dureza. Nunca hasta entonces la había mirado así. Sintió un dolor en el pecho. Deseó decir lo que había pasado. Pero nadie más debía saber lo que el odioso Edgard

Carmody había dicho de su madre.

—Discúlpate ahora mismo —insistió David.

Charlotte dudó. Sintió la presión de decenas de ojos sobre su persona. Su padre estaba desilusionado, y ella nunca le había fallado. No podía soportar aquella mirada fría. Iba a claudicar cuando vio el rostro de Hortensia. Estaba pálida y asustada.

—¡Nunca! —dijo, golpeando con fuerza su zapato de terciopelo contra el suelo.

Los ojos de David se entornaron.

Respiró profundamente y se puso de pie.

—Recoged vuestras cosas. Volvemos a casa.

—Quentin, te pido disculpas en nombre de mi familia. No sé qué le ha podido pasar. Te prometo que lo averiguaré.

Su primo se retorció las manos como hacía siempre que estaba nervioso.

—No te preocupes, no son más que chiquilladas. No tiene mayor importancia.

—Sí la tiene, Quentin. No voy a permitir que mi hija se comporte como una salvaje. Lo siento. Te pido disculpas de nuevo, Quentin, y a ti también, Edmond —repitió David, volviéndose hacia Edmond Carmody, que aún aferraba a su hijo de la camisa.

—Tranquilo —se apresuró a responder Edmond—. Sólo son niños.

Pero Edgard ya no era un niño. Tenía quince años, y a esa edad no se podía pelear con una niña en público.

Quentin comprobó que, a pesar de lo segura y despreocupada que parecía la voz de Carmody, su puño se apretaba tras su espalda. Sí, pensó Quentin. Edmond también sospechaba o sabía lo que había pasado, y deseaba quitarle como fuera importancia al incidente. Edgard no se atrevió a mirar a David.

Los murmullos de desaprobación convergían sobre Charlotte. Abrumada por el peso de aquellos reproches punzantes y continuos, Charlotte agachó la cabeza.

Gwendolyn Burton y su hija Laura disfrutaban del espectáculo en primera fila, sin hacer el menor esfuerzo por disimular sus sonrisas burlonas. Su prima Silvia, por el contrario, se aferraba sobrecogida a la mano del que ya era su marido.

Pero entre aquellas palabras y miradas taimadas de reproche, había una diferente. El doctor Steward observaba en el más absoluto silencio desde un segundo plano. Su mirada dura y sin el menor atisbo de compasión no se apartaba de Charlotte. Katherine había descubierto durante la boda cómo el doctor miraba a

Charlotte y a Hortensia desde la distancia. Ninguno de los dos había olvidado. Katherine interpuso su cuerpo entre el doctor y Charlotte y se enfrentó a él de la misma forma que lo había hecho cuando protegió a la hija de Molly de aquella mirada cargada de odio.

Demasiado concentrados en la niña, nadie se percató del duelo que se libraba frente a ellos.

—Charlotte —llamó sin apartar los ojos del doctor Steward—. Una Lacroix jamás humilla su cabeza —le dijo en francés.

Cuando Katherine Lacroix se irguió segura y desafiante los murmullos cesaron y las sonrisas burlonas desaparecieron de un plumazo.

Era imposible resistirse al poder que emanaba de aquella mujer.

Charlotte sintió la fuerza de su madre y alzó la barbilla con orgullo.

—Charlotte, Hortensia —dijo tendiéndoles la mano—. Vamos a casa.

La determinación de aquella niña de catorce años hizo que Quentin sintiera una repentina admiración por su sobrina. Testaruda y temeraria, no había duda de que había heredado el valor de su padre. Quentin tenía la certeza de que no hablaría. Al menos no en público.

—No te preocupes, pequeña —le dijo Quentin con cariño a su sobrina, mientras el resto de la familia se acomodaba en el carruaje.

—Lo siento mucho —se disculpó Charlotte, arrepentida—. No quise estropear la fiesta de Silvia.

Quentin sonrió y le guiñó el ojo.

—Estoy convencido de que ese petulante lo tenía bien merecido. Tú y Hortensia podéis venir a visitarnos siempre que queráis.

Las palabras de afecto de su tío consiguieron devolver un poco de color a las mejillas de Hortensia. Su tío no las odiaba.

Las dos hermanas intercambiaron una mirada de sorpresa.

—¡Gracias, tío! —contestó Charlotte, en nombre de las dos.

—Katherine, David, hasta pronto.

David frunció el entrecejo y se despidió de su primo con un gesto de la mano.

El regreso fue en silencio. David estaba enfadado, y no pronunció ni una sola palabra en todo el camino, pero de alguna forma, también sentía orgullo. Nadie podía ofender a los Parrish y quedar impune.

Charlotte y Hortensia fueron enviadas a su habitación en cuanto llegaron a Nueva Fortuna. David y Katherine se encerraron en la biblioteca.

Había empezado a anochecer y la sala estaba bañada por una fina nube de luz que anunciaba el final del día.

—¿Ves lo que has conseguido con tu educación liberal? —le recriminó David a Katherine, apenas hubo cerrado las puertas de la biblioteca.

—Dime, ¿qué he conseguido? ¿Que mis hijas se defiendan cuando las ofenden? ¿Que no necesitan que ningún hombre acuda en su ayuda? ¿Que son y serán mujeres autosuficientes?

—No, Katherine. Lo único que has conseguido es que tu hija quede como una salvaje sin educación delante de toda la alta sociedad de Virginia. ¿Acaso no te das cuenta de lo que ha pasado?

—Sé lo suficiente para saber que ese estúpido niño ha molestado a Hortensia.

—Entiendo. Así que pretendes que tus hijas vayan pegándose o batiéndose en duelo con todo aquel que las ofenda.

—¿Acaso no es eso lo que hacen los hombres?

—No seas cínica, por favor.

—¡Entonces no me hagas preguntas ridículas! Sabes muy bien que no es así. Simplemente deseo que tengan opiniones y pensamientos propios, capaces de discrepar con los de su padre, primos o vecinos.

David estaba apunto de salirse de sus casillas.

Una mujer, por más carácter y temperamento que tuviera, sólo era una mujer, y necesitaba de un hombre. Hasta la misma Katherine, aunque no lo reconociera, necesitaba de él.

—Tú eres el problema, Katherine. ¿Crees que no sé lo que dicen de ti? ¿Crees que no sé por qué se han peleado? Oí cómo Orante confesaba a Quentin el motivo de la disputa. Y el motivo eres tú, Katherine.

Ella se puso tensa.

—La amante de los negros, te llaman.

—Así que era eso —dijo Katherine, serena.

—Si me lo dijeran a la cara tendría que batirme con todo el estado de Virginia.

—A mí no me avergüenza. Por mí pueden decir lo que quieran. No me importa lo que piensen o digan de mí.

—¡Pero a mí sí! —le gritó David por primera vez—. Y a tus hijas también.

Katherine no se inmutó.

—¡Las vas a convertir en unas parias! ¿Es que no te importa?

Ella le dio la espalda. No soportaba que él le alzase la voz.

—Sí, ignórame. Es lo mejor que sabes hacer.

—Te lo has ganado tú, David. Las cosas podrían haber sido muy diferentes. Podrías seguir siendo aquel joven del que creí enamorarme, pero me engañaste. Me hiciste mucho daño.

—Sólo fue una vez. Lo siento. No he dejado de sentirlo desde aquel día. ¿Voy a tener que pagar toda la vida por un error? ¿No nos hemos castigado bastante? Aún te quiero. Deseo estar junto a ti.

David trató de rozar la mano de Katherine.

Katherine sintió que la muralla comenzaba a resquebrajarse. Seguía siendo atractivo. Nunca se había disculpado. Si ella le perdonaba, las cosas serían como antes. No estaría sola.

—Yo… —dudó.

Ahora volvía a reconocer en él al hombre del que se enamoró. Siempre había estado allí.

—Has cambiado tanto…

—Tal vez seas tú la que has cambiado. Olvidas que fuiste como yo.

—Sí. Fui como tú. Y jamás sabrás cuánto me avergüenzo de ello —dijo, retirando la mano antes de que él la tocara y la rabia cediera ante el calor de su caricia.

—¿Es que nunca vas a perdonarme?

—No puedo, David. Tu traición heló mi corazón.

Katherine salió de la biblioteca. David no la siguió. Se quedó solo con sus pensamientos. En ese momento tuvo la certeza de que nada de lo que hiciese en el futuro podría granjearle el perdón de su esposa.

Al día siguiente, con las primeras luces del alba, David partió hacia Richmond. Allí al menos no lo atacaría el sentimiento de dolor e impotencia que le provocaba la proximidad de Katherine, con su rabia perfectamente contenida bajo un infranqueable manto de indiferencia.

Latoya había subido a la habitación de las niñas una bandeja con unos melocotones confitados, tostadas y unas finas lonchas de queso. Hortensia no tenía apetito, y Charlotte, que no se había llevado nada a la boca desde que tuviera que tragarse con prisa el último trozo de tarta a media tarde, tampoco tocó nada. Hortensia se colocaba el gorro de dormir cuando se volvió hacia su hermana, que ya se había metido bajo las sábanas.

Charlotte tenía la mirada perdida en la sombra del ciprés que se dibujaba sobre la ventana.

—¿Estás bien?

Pero Charlotte no contestó. Sus pensamientos estaban muy lejos de Nueva Fortuna.

—Cuando vi que te lanzabas sobre Edgard pensé que te pegaría. Me asusté muchísimo —insistió Hortensia.

—Nadie se mete con mi familia.

—¿Qué habrá querido decir Edgard?

—No le hagas caso. Edgard siempre ha sido un estúpido que no sabe lo que dice.

—Tenías que haber visto su cara cuando te lanzaste encima de él.

Charlotte sonrió al recordar la expresión de incredulidad de Edgard cuando cayó sobre él.

—Hortensia, ¿te has fijado cuando su padre lo sujetaba del cuello de la camisa? —Su hermana asintió—. Tenía el mismo aspecto de un gato tras sumergirlo en el agua. Nunca he visto a nadie tan ridículo en toda mi vida.

Las dos hermanas empezaron a reírse.

—¿Charlotte?

—¿Sí?

—Estuviste estupenda.

Charlotte se tomó su tiempo antes de volver a hablar. No tenía ganas de preocuparse por el menor de los Carmody. Ahora en sus pensamientos sólo había lugar para otra persona.

—¿Has visto cómo Richard ha obligado a ese tonto a disculparse?

—Es cierto. Ha sido muy galante.

—Es tan guapo… —suspiró Charlotte.

Las dos hermanas permanecieron en silencio.

—¿Sabes, Hortensia?

—¿Qué?

—Algún día, Richard Reemick será mi esposo.

Todavía sólo era una niña, pero en unos años más las cosas cambiarían. Aquella noche, con la visión de los recién casados deslizándose sobre la pista de baile acunados por las notas del violín, y la cálida sonrisa de Richard aún fresca en su memoria, Charlotte rogó al cielo con todas sus fuerzas para crecer rápido y que ninguna otra mujer se interpusiera en su camino mientras tanto.

Charlotte aún tuvo oportunidad de ver a Richard un par de veces antes de que él partiera a Annapolis, donde pasaría los próximos cuatro años. Él no le habló, pero Charlotte pudo sentir cómo le sonreía.

Las hermanas Parrish tuvieron que esperar a cumplir quince años para que su padre les permitiera acudir a otro evento social.

Después del incidente en Puerta Paraíso, Katherine nunca más volvió a acompañarlos.

14

A pesar de la copiosa nevada que caía sobre Boston, Raymond O'Flanagan despachó el coche y decidió recorrer a pie las dos manzanas que lo separaban de su casa. Se agarró el sombrero y fue abriendo huella en la nieve entre el viento racheado. Necesitaba caminar. Las cosas se estaban complicando. Scott se había vuelto a meter en líos y no estaba dispuesto a permitir que los arranques de su hijo lo pusieran en evidencia. Pero eso iba a cambiar. Esta vez Scott no se saldría con la suya. Cuando atravesó el umbral de su casa la nieve había empezado a calar su abrigo de lana prensada y sus lustrosos zapatos de piel.

Tras saludar con gran formalidad a su señor, James, el mayordomo de la familia, tomó el sombrero y los guantes y ayudó a Raymond a quitarse el abrigo, que estaba completamente empapado.

—¿Ha llegado Scott?

—Aún no, señor.

—En cuanto entre por esa puerta dígale que quiero verlo de inmediato en mi despacho.

James asintió y se retiró con discreción, llevándose con él la ropa que aún tenía en las manos.

Beatriz, la esposa de Raymond, bordaba en la salita contigua al recibidor cuando reconoció la voz de su marido. Se puso en pie y fue a su encuentro.

—¿Ocurre algo, cariño? —preguntó de manera inocente.

Pero aquella mujer de cabello cobrizo y mirada inteligente que había aprendido a disimular sus emociones, hacía horas que conocía de sobra el motivo que había causado el malestar de su marido. Una prima suya no había perdido la ocasión para visitarla y ponerle al tanto con todo lujo de detalles del incidente que había protagonizado Scott. De hecho, a esas horas de la tarde, no pensaba que hubiera un solo miembro de la alta sociedad de Boston que no supiera que el hijo de Raymond O'Flanagan había insultado en público a Zorton, el candidato a la alcaldía de la ciudad, apoyado

por su marido.

—¡Cuando me lo han contado no podía creerlo! ¡Scott ha interrumpido el discurso de Zorton en el mercado, y lo ha puesto en evidencia! —exclamó Raymond enfadado—. ¡Y para colmo, no se le ha ocurrido mejor idea que presentarse con esos maleantes revolucionarios y vagos que tiene por amigos! ¡El espectáculo ha debido de ser bochornoso!

Beatriz no dijo nada. Siguió a su marido hasta el despacho en silencio. Tenía que pensar y sabía que él necesitaba desahogarse. A ella tampoco le gustaba aquel pretencioso que quería convertirse en alcalde, y a pesar de lo que Raymond pudiese hacer o decir, estaba convencida de que a él tampoco le caía bien.

Por lo que había podido entresacar del relato exagerado e inconexo de su prima, Beatriz sabía que en esencia misma, las palabras con las que Scott había increpado al candidato eran falsas, pero era consciente de que su hijo había perdido toda mesura. Era un idealista, su pasión por las causas nobles se estaba empezando a convertir en un problema.

—No seas muy duro con él —le dijo, una vez estuvieron en el interior de la gran biblioteca en la que Raymond pasaba noches enteras leyendo los libros que abarrotaban los estantes—. A pesar de todo, tengo entendido que fue muy elocuente —apuntó ella, levantando un poco las cejas.

Raymond sonrió por primera vez, y se relajó. Le encantaban aquellos toques de fino cinismo de su mujer. A diferencia de ella, él nunca había conseguido dominar el poderoso arte de la sutileza.

—No lo defiendas. Esta vez debemos ser duros. Le hemos permitido demasiado. Y no creo que haya sido bueno para él.

Beatriz pensó en protestar, pero sabía que su marido tenía razón.

—¿Qué vas a hacer?

—Sólo puedo hacer una cosa.

Ella sabía de qué se trataba. Habían barajado aquella posibilidad en más de una ocasión, pero al final siempre la habían desechado.

—Pero está tan lejos… y Scott es demasiado…

Raymond O'Flanagan le estaba pidiendo su apoyo. Si no mostraban un frente común las cosas seguirían igual, y no estaba dispuesto a que su hijo hiciera su voluntad sin importarle lo más mínimo el lugar en que dejaba a su familia.

Beatriz sonrió. Pocas veces sonreía. A pesar de haber cumplido los cincuenta, el cabello negro de su esposo no presentaba ni una sola cana. El rostro de Raymond no era hermoso pero irradiaba una energía y una determinación que lo hacían atractivo. Sólo con su

esfuerzo había conseguido salir de la más absoluta miseria y convertirse en uno de los hombres más ricos de Massachussets. Aunque lo que sin ninguna duda había hecho que Beatriz se enamorara de aquel hombre era la mirada triste y llena de dolor que se escondía bajo sus ojos oscuros.

Scott entró sin llamar. Aunque se había desecho de la chaqueta, la bufanda de rayas seguía enroscada en su cuello.

Cuatro años menor que su hermano Brian, Scott no era alto para su edad, pero su rostro lampiño, donde apenas empezaban a definirse las facciones del hombre en que se convertiría, indicaban que todavía crecería.

Scott sacudió distraídamente los copos de nieve adheridos a su cabello.

—Papá, mamá —saludó desenfadado—. James me ha dicho que queríais verme.

—Buenas tardes, cariño.

Su padre no le devolvió el saludo. El intenso brillo de sus ojos oscuros advirtió a Scott sobre la seriedad de la situación.

—Scott, creo que tienes algo que contarme.

Para entonces, todo Boston sabría lo que había pasado. No valía la pena negarlo, y menos al dueño del periódico con más tirada de la ciudad.

—Se lo merecía —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Se lo merecía…? —repitió su padre, asintiendo con la cabeza —. ¿Y ya está? ¿Crees que eso es suficiente tras insultar en público a un hombre que está a punto de convertirse en el próximo alcalde de la ciudad?

—No lo sería si tú no lo apoyaras.

—Ni te atrevas… —le advirtió elevando la voz—. Soy tu padre, y sé lo que conviene a esta familia.

—Ese hombre no siente ningún aprecio por ti. Lo único que quiere es tu dinero. ¿Cómo no has podido darte cuenta?

Pero O'Flanagan no era ningún tonto. No había salido del agujero donde se había criado y conseguido una inmensa fortuna por su alma cándida. Sabía perfectamente de la escasa talla moral del que iba a convertirse en el próximo alcalde de la ciudad. Pero tenía sus planes. Brian acababa de completar sus estudios en la universidad. Y el apoyo de su periódico a la candidatura de Zorton era el precio que Raymond había tenido que pagar para que lo admitieran entre los colaboradores del gobernador.

—¿Acaso se te ha olvidado quién es? ¿Sabes que estoy gastando una fortuna en apoyar a ese hombre para el cargo de alcalde?

—¡Ese hombre no merece tu confianza!

—¡Tú no eres quién para decidir quién es merecedor de mi confianza! ¡Eres mi hijo y has de cumplir mis deseos! —ordenó, golpeando la mesa de su despacho con el puño.

La terquedad de Scott lo sacaba de quicio. Nunca daba su brazo a torcer. No había forma de hacerlo entrar en razón. Era pasional, de un modo que Raymond nunca había podido entender. Pero la pasión sin control podía llevar al desastre.

—Te disculparás.

—¿Cómo?

—Ya me has oído. Te disculparás públicamente.

—¿Pretendes que pida perdón a ese hombre?

Su padre no bromeaba.

—¿Y en qué he de retractarme?

A Beatriz le sorprendió descubrir un toque de sarcasmo en las palabras de su hijo. Su pequeño estaba cambiando, pensó con tristeza, viéndose reflejada en él. Scott había permitido que una fina capa protectora de cinismo envolviera su corazón noble y generoso, y si no tenía cuidado corría el peligro de que esa capa se endureciera y se hiciese impenetrable como una roca.

—Lo sabes muy bien, Scott.

—No, no lo sé. Porque nada de lo que dije era falso. Y lo sabes. ¡Te equivocas al darle tu apoyo!

—¿Así que me equivoco?

Scott guardó silencio.

—Entiendo. Sin embargo, son esos criterios equivocados los que te han proporcionado una buena educación y dinero suficiente para poder permitirte ser altruista y generoso.

—Sí, padre. Soy un privilegiado —ratificó con vehemencia, con un toque de culpabilidad—. No me falta de nada. Vivo en la abundancia mientras a escasos metros de mi hogar la gente se hacina en edificios mugrientos buscando inútilmente un poco de calor. Pero justo porque soy rico es mi obligación preocuparme por los que no tienen mi misma suerte.

Beatriz miró a su marido de soslayo. Scott había tocado a su padre donde más le dolía.

—¿Quién eres tú para decir lo que está bien o está mal? No conoces el trabajo duro. Nunca has pasado hambre. Ni has tenido que presenciar, impotente, cómo el frío y la pobreza arrancaban la vida de tus seres queridos. ¡Ruego a Dios que no tengas que pasar por lo que yo pasé! Pero hasta que sepas lo que es aferrarse a la vida con cada aliento, arañarla —enfatizó con fuego en sus ojos—,

sí, Scott, arañarla con uñas y dientes, con la certeza de que no tendrás otra oportunidad de sobrevivir, hasta entonces no eres quién para juzgarme.

»Nadie atendió mis ruegos cuando pedía ayuda para los míos —prosiguió Raymond—. Una sola cosa te voy a decir, Scott. Nunca esperes nada de los demás. Confía sólo en tus propios medios, y recuerda siempre que no hay nada más importante en el mundo que la familia. Yo jamás volveré a tener la necesidad de rogar a nadie por un trozo de pan. En unos años tu hermano se sentará en los órganos más importantes de este país, reformará las leyes y contribuirá a dar forma a la historia.

—¿Y a qué precio, padre? ¿Apoyando a un hombre que explota a sus trabajadores, que los hace trabajar hasta la extenuación? ¡Tú más que nadie deberías saber de lo que estoy hablando!

—Sólo son habladurías.

—¿Y no deberías asegurarte de en qué clase de hombre depositas tu confianza?

—¡Aunque fuese el mismísimo diablo! —gritó su padre—. No voy a permitir que mi propio hijo eche por tierra el trabajo de toda una vida, ahora que el objetivo está al alcance de mi mano.

Si Raymond había sacado algo en claro de su infancia de miseria era que no podía depender de nadie. Iba a demostrar a todos los que le habían dado la espalda quién era realmente Raymond O'Flanagan, dueño de astilleros, minas, telares, ferrocarriles… Ni siquiera él sabía con exactitud la cuantía de su fortuna. A pesar de todo, le quedaba algo pendiente. Todavía no había alcanzado la máxima cota de poder, pero también estaba a punto de lograrlo. La incursión de Brian en las altas esferas de la política se encargaría de ello.

—He tomado una decisión —anunció su padre, viendo que no llegarían a ningún acuerdo—. Irás a Annapolis.

Scott se quedó petrificado.

—¿A… Annapolis? Pero allí…

Su padre asintió.

—Así es, Scott. Allí está la Academia Naval.

—¡Pero yo no quiero ir allí!

—La elección ha sido tuya.

—¿Mamá? —rogó desesperado Scott, buscando el apoyo de su madre.

Por primera vez en su vida, su madre no acudió en su ayuda. Estaba muy seria. Parecía triste.

—Tu padre tiene razón. Ésa es la mejor salida —dijo, retirando

con cuidado el mechón de cabello que caía por la frente de Scott y que apenas dejaba ver sus ojos oscuros.

—¡Pero mamá! —protestó, presa de la impotencia—. ¿Y Harvard? El segundo curso acaba de empezar.

Ninguno de sus padres habló.

—¡No! —gritó desesperado—. No quiero ser militar. Odio el ejército. ¡Lo odio!

—Antes no era así.

Scott se volvió hacia su padre.

Era cierto. De niño, Scott sólo deseaba convertirse en general, como su abuelo, ser militar, como su tío Lead, el hermano de su madre. Lo fascinaban las historias de batallas, y practicaba a diario con las pistolas que su abuelo le había regalado al cumplir los ocho años. Pero el día en que su tío Lead murió en un duelo, dos años atrás, todo cambió. Tras su muerte, Scott nunca más volvió a tocar un arma.

—Eso fue hace mucho. Antes de que el tío Lead… —no terminó la frase—. Por favor, mamá, sabes cuánto deseo ser abogado. El año pasado fui el primero de mi promoción.

Ella le sonrió con dulzura, recordando con cariño a su querido hermano. Sabía que la muerte de Lead había sido especialmente dura para Scott.

—Harvard seguirá allí cuando te gradúes en la academia. Si sigue siendo tu deseo, podrás asistir después.

—¿Cuándo? Son cuatro años de academia, y después he de servir otros tres en la Marina. Por favor —rogó una vez más—. Os prometo que no volveré a meterme en líos.

—No prometas lo que no puedes cumplir, Scott —dijo su padre, sin dejarse conmover—. La decisión está tomada.

Scott no iba a rendirse.

—No me admitirán —dijo, convencido de haber encontrado una vía de escape—. El curso empezó hace dos meses. Ni siquiera tú podrás conseguir que me acepten.

—Ya lo veremos…

Una semana más tarde, sus padres y su hermano Brian lo despedían en la estación.

—¿Habré tomado la decisión adecuada? —se preguntó en voz alta Raymond, mientras la locomotora desaparecía en el horizonte, dejando tras de sí una estela de humo.

Él buscó los ojos de su esposa. Cuando se casaron no lo hicieron por amor. Beatriz, que siempre había sido una mujer práctica, encontró en la proposición de matrimonio de Raymond O'Flanagan,

un hombre sin apellido pero inmensamente rico, la salida perfecta para la difícil situación económica por la que atravesaba su familia. A pesar de la inicial reticencia de su padre, el general Sanders, Beatriz y Raymond se casaron. Con los años aprendieron a amarse. Y hoy, Raymond O'Flanagan hubiese renunciado a todo en esta vida, y en la otra, por su amada esposa.

Ella asió a su esposo del brazo, infundiéndole ánimos, y miró aquellos ojos cargados de dolor, que nunca se cansaba de admirar.

—No te preocupes, cariño. Él estará bien.

15

Al llegar a Baltimore, se apeó del tren y tomó la diligencia.

Un par de horas más tarde el coche se detenía en el centro de Annapolis. Cuando Scott apartó la cortinilla de la ventana descubrió que las calles estaban desiertas y que ya habían encendido las farolas. Había anochecido. Sorprendido, echó mano de su reloj de bolsillo. Tuvo que colocar la esfera junto a la oreja para comprobar que todavía funcionaba. El rítmico tic-tac no dejaba lugar a dudas, aunque la falta de luz y de gente hicieran pensar todo lo contrario, aún tenían que pasar cinco minutos para que fueran las seis de la tarde. Resignado, Scott cogió su maleta y, tras despedirse del hombre y de la mujer que habían sido sus compañeros de viaje desde Baltimore, se dispuso a realizar a pie el último tramo del camino.

Siguiendo las indicaciones que le había dado el cochero, giró a la izquierda en la primera calle y continuó caminando hasta que los ecos de la ciudad y los edificios se desvanecieron a su espalda. Buscó una silueta que le sirviera de referencia, pero el bosque negro y frondoso que acompañaba el camino le impedía ver más allá de su siguiente paso. Ni siquiera sabía a qué distancia se encontraba la academia. Solo y en medio de la nada, Scott se lamentó de su suerte. Sin ningún punto de referencia a su alrededor, dejó que la luz de la luna guiara sus pasos y rezó para que no quedaran fieras salvajes en la zona. Para colmo de males, la niebla proveniente de la bahía empezaba a cerrarse sobre él.

Cuando alcanzó la verja de hierro que marcaba los límites de la academia, la bruma era tan espesa que no podía distinguir nada a más de cinco palmos de su nariz. La puerta estaba cerrada y no había nadie en el puesto de vigilancia. Por fortuna, alguien había tenido la idea de colgar una campana en el exterior.

Tras sacudir la cuerda, Scott apoyó su maleta en el suelo y se sentó sobre ella. El frío lo obligó a acurrucarse bajo su capa para conservar el calor. No debería haber guardado los guantes en la maleta, se dijo, sintiendo cómo la humedad empezaba a atenazarle

las manos y empapaba su ropa. No había atravesado los muros de la academia y ya odiaba aquel lugar.

Cuando el sonido hueco de unos pasos sobre las baldosas de piedra se dirigía hacia él, apenas sentía los dedos de las manos.

—¿Quién es? —llamó una voz oculta en la noche.

—Scott O'Flanagan —respondió.

Los goznes de la puerta de metal chirriaron.

—Sígame —ordenó la voz mientras la silueta iba tomando forma ante Scott.

No necesitó que se lo repitiera. Hubiese corrido tras el mismísimo diablo si éste hubiera tenido el detalle de ofrecerle un lugar cálido y seco donde resguardarse.

El oficial de guardia lo guió a través de las instalaciones sin abandonar en ningún momento su mutismo.

Cuando llegaron al edificio de dos plantas donde iba a alojarse, todavía no se habían tropezado con ninguna persona. Scott empezó a pensar seriamente que tal vez fuera el único estudiante de toda la academia. Sus sospechas parecían confirmarse cuando entró en su habitación. Tampoco había nadie.

Sin embargo, el número de camas, guardarropas, mesitas de noche y sillas dejaba claro que estaba dispuesta para albergar a cuatro personas. Con una silla en cada uno de sus lados, la mesa había sido estratégicamente colocada en el centro, justo enfrente de la amplia ventana de guillotina. Una estufa de metal daba el único toque de confort a la espartana dependencia.

—Su cama —le indicó, señalando la más próxima a la ventana.

Antes de que Scott tuviese tiempo de hacer ninguna observación, el oficial se acercó a uno de los armarios.

—Sus ropas —informó, abriendo la portezuela.

Por primera vez Scott tuvo oportunidad de contemplar las que iban a convertirse en sus únicas pertenencias durante los próximos años. Lo que vio no le gustó.

—Tan pronto como se vista de manera adecuada debe presentarse en el comedor —le dijo, mirando con evidente desaprobación las elegantes ropas de Scott—. Según salga por la puerta gire al este, avance unas veinte yardas, gire al norte y vuelva a girar al este. No tiene pérdida.

Scott trató de retener las indicaciones.

—Dese prisa. La cena se servirá en cinco minutos.

En cuanto lo dejó a solas, Scott corrió hacia la estufa. Estaba helado. La espera en la intemperie lo había afectado más de lo que pensaba. Acercó las manos a la parrilla y suspiró. El calor de las

ascuas calentándole fue la primera sensación agradable que tuvo desde que abandonó Boston.

Una vez hubo entrado en calor se desvistió, y tras despedirse de sus ropas las guardó en la maleta que ocultó debajo de su cama. Si todo iba mal, permanecería allí por espacio de cuatro años. A continuación sacó uno de los dos uniformes de diario que tenía en el armario y se cambió. Los pantalones le quedaban algo largos pero la chaqueta le ajustaba bien. Le hubiese gustado ver su aspecto, pero no encontró dónde. Al parecer, hasta un simple espejo era demasiado lujo para la austeridad de aquellas habitaciones sobrias y frías.

Ya en el exterior, Scott trató de recordar la dirección que debía seguir para encontrar el comedor. Se dio cuenta de que estaba hambriento. Hacía frío, pero el uniforme aguantó bien el envite de la noche. Girar al este, repitió, sintiendo el vacío de su estómago, mientras trataba inútilmente de localizar algún signo que le ayudara a situar en la oscuridad el punto cardinal. Pero fue en vano. La niebla se había tragado las estrellas, y las únicas luces a su alrededor eran las farolas que colgaban de las paredes de los edificios.

Tal vez fue el instinto de supervivencia o el sutil aroma de la comida lo que le guió hasta allí, pero por fin encontró el comedor y en él al resto de estudiantes cuya existencia ya había empezado a cuestionarse.

Bajo las vigas de madera del pabellón había cerca de cien alumnos y una decena de profesores. Pero el silencio impresionaba. Un ciego hubiese sido capaz de seguir el vuelo de una mosca. Scott se sentó en una silla cercana a la puerta y esperó a que le sirvieran la cena. Una vez hubieron terminado de comer, los ocupantes de la mesa de la presidencia instalada sobre una tarima desde donde se dominaba toda la estancia, se levantaron. Acto seguido, el resto imitó a sus profesores y superiores como un solo hombre.

Esta vez Scott se unió a la marea que se dispersaba por el campus y regresó a su alojamiento.

—¡Alférez! —llamó alguien a su espalda cuando subía el primer tramo de escalera.

Scott siguió en su ascenso. Tenía muchas cosas en las que pensar.

—¿Es que no me ha oído? —repitió la misma voz.

Todos los ojos de alrededor se clavaron en Scott.

—¿Es a mí? —dijo, volviéndose hacia el joven con insignias de teniente en su guerrera.

—¿Su nombre y curso?

—Scott O'Flanagan, primer año.

—Alférez O'Flanagan, señor —corrigió visiblemente molesto el oficial ante la falta de respeto.

Scott hizo un amago de seguir su camino.

—¿Adónde cree que va, alférez O'Flanagan?

—Me dirigía a mi habitación.

—Me dirigía a mi habitación, señor —volvió a corregir el teniente.

Scott nunca se acostumbraría a llamar señor a alguien tan sólo un par de años mayor que él.

—¿Me podría decir, alférez O'Flanagan, qué hace por el medio de la escalera?

Scott le miró sorprendido.

—Iba a subir al primer piso, señor —se acordó de añadir esta vez.

—¿Acaso no sabe que los estudiantes de primero no pueden transitar por el centro de la escalera ni de los pasillos?

Había estado tan absorto en sus pensamientos que no se había dado cuenta de la fila de jóvenes que avanzaban pegados a la pared obligados a seguir trazados absurdos.

—Lo siento, señor —se disculpó, abandonando el centro y uniéndose a la procesión de jóvenes.

—Esto le costará una penalización de dos puntos, alférez O'Flanagan.

De la promoción del 1845, el teniente Paul Sebastian, que había completado ese mismo verano los cinco años que en principio conformaban el plan de estudios de la Escuela Naval, y que tras licenciarse había aceptado permanecer por espacio de otros dos en la institución como oficial de apoyo, sacó una diminuta libreta del bolsillo derecho de su chaqueta y tras humedecer la punta de un carboncillo en sus labios anotó el nombre del nuevo infractor con el correspondiente número sancionador. Una vez comprobó que su anotación era correcta, miró al transgresor. El parón de O'Flanagan había obligado al resto de alumnos de primer año que venían tras él a detenerse. La fila seguía creciendo y en un minuto más sobrepasaría los límites de la puerta.

—Alférez O'Flanagan. Puede proseguir.

Scott asintió y siguió su camino. Esta vez pegado a la pared de forma conveniente. A continuación apuntó mentalmente. Primera regla absurda: caminar por el centro de los pasillos, dos puntos de penalización.

Al llegar a su habitación descubrió al resto de sus compañeros.

Un joven de su misma edad, con el cabello castaño claro, ojos grises y porte de caballero, fue el primero en ir a su encuentro.

—Bienvenido, soy Richard Reemick, de Virginia —se presentó, con perfectos modales y un marcado acento sureño.

—Scott O'Flanagan, Boston —aceptó la mano que le tendía Richard.

En el cuerpo estilizado y aire marcial del chico de Virginia, el burdo uniforme de la academia parecía bonito.

—El que está leyendo es Arnold Wolf, de Pensilvania —prosiguió Richard con las presentaciones.

El pelirrojo de cara redondeada y aspecto intelectual recostado sobre la cama contigua a la de Scott se ajustó las gafas, que a la sazón se apoyaban sobre la parte media de su diminuta nariz, y lo saludó. Scott le respondió con un gesto de la mano.

Creyó haber oído una frase de bienvenida salir de sus labios. Pero si las palabras fueron pronunciadas se emitieron con tan poca intensidad que murieron en el camino.

—Y por último, Klaus Fritz de Montgomery, Alabama —señaló al chico de cabeza cuadrada y cabello muy rubio cortado a cepillo, que formaba una impenetrable coraza sobre su cráneo.

Sin embargo, Klaus parecía más interesado en lustrar la hebilla dorada de su uniforme de gala que en descubrir qué aspecto tenía su nuevo compañero de cuarto.

Aunque estaba sentado, Scott calculó que sería tan alto como Richard. Tenía la espalda ancha y unos hombros fuertes, que unidos a su mandíbula cuadrada y a la expresión dura de su ceño no invitaban a la confianza. Parecía mayor para el primer curso.

—Encantado —saludó Scott cordial.

En lugar de devolverle el saludo, Klaus levantó los ojos lo justo para decidir que el recién llegado no era de su agrado, dejó la hebilla sobre la mesa y se levantó. Y entonces Scott pudo comprobar que era incluso más alto que Richard. Pasó junto a él, y sin mediar una palabra, salió de la habitación.

Como un perfecto anfitrión, Richard le entregó un libro donde se enumeraban las normas y el código de conducta que se exigía a los estudiantes con la recomendación de que lo memorizara. Le resumió la dinámica de la vida en la academia y le explicó el uso de los diferentes uniformes que Scott ya había visto antes en su armario.

Esa noche, los ronquidos del menos amistoso de sus compañeros de habitación no le permitieron a Scott pegar ojo.

A las cinco de la mañana del día siguiente fue sacado de la cama por el irritante sonido de una trompeta y obligado a formar sobre el césped cubierto de escarcha.

Mientras era obligado a realizar absurdos bailes con su fusil, Scott contempló los diez acres de tierra confinados entre el mar y la desembocadura del río Severn que iban a convertirse en su prisión durante los próximos años.

Y entonces entendió las palabras del secretario de la Marina, George Bancroft cuando, tras elegir el lugar donde iba a construirse la nueva Academia Naval de Estados Unidos, lo definió como un espacio saludable, alejado de las tentaciones y distracciones propias de la gran ciudad.

Después de desayunar, Scott dispuso de veinte minutos para asearse y cambiarse de ropa. A continuación, asistió a su primera clase.

El comandante Franklin Parlain, profesor de navegación, era un lobo de mar. Su piel estaba curtida y su frente marcada por los surcos característicos de quien ha pasado horas escrutando el horizonte bajo el azote del sol.

Sentado junto a una de las ventanas, Scott contempló la ribera del río Severn. Aquella imagen lo transportó hasta su clase de filosofía con el excéntrico profesor Larrabee en Harvard, desde donde se podía ver el apacible río Charles con su querida Boston al fondo. Al recordarlo sintió una gran nostalgia. A esa hora sus amigos se habrían acercado a la taberna para disfrutar de una sabrosa cerveza mientras trataban de curar los males del mundo. Necesitaba encontrar el modo de salir de aquel lugar absurdo y regresar a Harvard, y a la vida normal, se dijo, sin prestar atención a los dibujos y números que llenaban la pizarra.

—¿Señor O'Flanagan?

Richard dio un suave empujón a su nuevo compañero de pupitre.

Pero ya era tarde. Scott había despertado el interés del profesor.

—Parece aburrido.

Scott sonrió. Pero en aquel lugar hostil, las sonrisas no servían de nada.

—Me podría usted repetir lo que he dicho.

—Lo siento, señor.

Los astutos ojos de Franklin Parlain parecieron sopesar la idea de arrojar a su alumno por la ventana.

—Señor O'Flanagan, le recomiendo que se aplique —dijo cortante—. Lleva mucho retraso con respecto a sus compañeros y el

hecho de que se haya incorporado más de mes y medio después del comienzo del curso no crea que le dará ninguna concesión especial.

—Lo siento —se disculpó de nuevo.

—Señor O'Flanagan no lo sienta tanto y preste atención. Señor Reemick, ¿podría responder?

Richard estudió rápidamente las anotaciones que cubrían la pizarra y las comparó con las de su cuaderno.

—Creo que habría que virar al norte, señor.

—Precisión, señor Reemick.

—¿… Treinta grados? —titubeó Richard.

Las cejas de Parlain se elevaron ligeramente cuando escuchó el resultado. Murmuró algo ininteligible y se volvió a la pizarra, donde tras escribir la respuesta dada por Richard la enmarcó en un cuadro perfecto.

—Treinta grados. Ni veintinueve ni treinta y uno —repitió el profesor, subrayando el resultado con brusquedad, para asegurarse de que todos sus alumnos lo vieran—. Tan sencillo como girar el timón —elevó la voz—. Ténganlo presente la próxima vez que naveguen por aguas poco profundas cubiertas de arrecifes, si no quieren convertirse en pasto para tiburones.

Dicho esto, dejó el trozo de tiza sobre su escritorio y salió del aula mientras sus alumnos se ponían en pie para despedirlo.

—Ten cuidado, Scott —le advirtió Richard—. Parlain tiene fama de ser el profesor más duro de la academia. Si llamas su atención tu vida puede ser muy complicada.

—Gracias por el aviso. Lo tendré en cuenta.

Richard y Scott habían dejado sus pupitres y se dirigían hacia la puerta cuando Klaus Fritz dio un codazo a Scott y lo sacó de su camino.

—Oye, ¿qué te pasa? —protestó Scott, viendo cómo uno de sus libros salía disparado contra el suelo.

—El pasillo no es de tu propiedad, yanqui —le recriminó Klaus, buscando el enfrentamiento.

Richard miró a Scott.

—Tranquilo. No ha sido nada —le dijo Scott a Richard, tratando de restar importancia al asunto.

Pero las palabras de Scott, en lugar de apaciguarlo parecieron irritar más a Klaus.

—Ya basta, Klaus —medió Richard, invitándole a zanjar la disputa.

Klaus frunció el entrecejo y, tras lanzar una última mirada amenazante a Scott, siguió su camino. Estaba claro que su

misterioso resentimiento hacia él todavía no era lo bastante grande como para enfrentarse con Richard.

Richard no perdió de vista a Klaus hasta que salió de la clase y se perdió en el pasillo. Después se volvió hacia Scott, que se había agachado a recoger su libro del suelo.

—Veo que la gente es realmente amistosa por aquí.

—Te lo aconsejo, Scott. Ten cuidado con él. Klaus no es de los que olvida una afrenta. Te recomiendo que lo evites.

—¡Si compartimos habitación! Además, no creo haber hecho nada para molestarlo. No todavía, al menos.

Aunque Scott no fue capaz de descubrir cuál era el motivo por el que Klaus sentía una instintiva animadversión hacia él, descubrió que al sureño le irritaba de manera especial la evidente falta de respeto que manifestaba hacia todo lo relacionado con la vida militar. Así que no tuvo que esforzarse para molestar a Klaus, ya que su simple presencia bastaba para sacarlo de quicio.

Después de aquel incidente llegó un período de tregua en el que Klaus pareció evitar a Scott, y Scott procuró hacer lo mismo. Si su plan iba como había proyectado, regresaría a su hogar en unas pocas semanas, y no necesitaba que ningún matón le rompiera la nariz sin necesidad.

Un mes después había completado la primera parte de su plan. Los primeros parciales fueron tal y como Scott había calculado. Las notas de sus exámenes estaban siendo pésimas. Un último empujón sería suficiente para lograr su objetivo.

Tras asistir al servicio religioso en la capilla, los alumnos disponían del resto de la mañana libre. Sin embargo, Scott no podía acercarse a la ciudad, remar en la bahía o pasear junto al río. Sus malas calificaciones y su intento fallido de escapada nocturna de hacía un par de días le habían granjeado un castigo que lo mantendría confinado en su habitación hasta que el consejo decidiera sobre su futuro. Poco antes de la hora del almuerzo, el sargento Paul Sebastian, que se había visto obligado a destinar un único cuadernillo para apuntar las faltas cometidas por el alférez O'Flanagan, fue en su busca. Debía presentarse ante el superintendente.

Mientras que para cualquier otro miembro de la Academia Naval la posibilidad de enfrentarse a una expulsión hubiese supuesto el deshonor y la vergüenza, para Scott representaba el momento más feliz desde que llegó a aquel horrible lugar en medio de ninguna parte. Si las cosas salían como él esperaba, esa misma tarde lo expulsarían y volvería a su hogar. Vería a sus amigos y regresaría a

la universidad.

Cuando el ayudante personal del superintendente lo invitó a entrar en el despacho, Scott tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por no sonreír y dejar al descubierto la excitación que lo embargaba. Incluso podía sentir el dulce sabor del triunfo en sus labios. Cinco minutos más y sería libre.

No era la primera vez que Scott visitaba el despacho recubierto de finas y enceradas láminas de madera. Su cruzada personal por negarse a abandonar el centro de los pasillos o su falta de puntualidad lo habían conducido hasta allí en varias ocasiones. Reconoció el olor del humo de la pipa que siempre acompañaba a la autoridad máxima de la academia. Estaba tan concentrado en mantener su expresión seria y compungida que apenas alzó los ojos de la alfombra granate y azul que cubría el suelo. Con la cabeza agachada en posición sumisa, los ojos de Scott sólo podían alcanzar a distinguir desde los zapatos hasta la cintura del segundo hombre que había en el despacho.

—Alférez O'Flanagan, hay alguien que quiere hablar con usted —informó el superintendente, dirigiéndose hacia la persona que permanecía en pie mirando a través de la ventana.

Cuando el superintendente los dejó a solas, el visitante aún le daba la espalda.

—Hola, Scott —lo saludó una voz terriblemente familiar que provocó que sus piernas flaquearan, mientras el dulce sabor de sus labios se tornaba amargo.

—¡Padre!

Raymond O'Flanagan dejó de contemplar la bahía y se giró hacia su hijo. Scott nunca hubiese imaginado que informarían a su padre antes de la expulsión.

—Por lo que veo, estás decidido a no aprovechar la oportunidad de convertirte en un hombre honorable.

—¿Qué oportunidad? —replicó Scott—. Esto es peor que una cárcel.

—No te saldrás con la tuya. ¿Crees que no me doy cuenta de que estás haciendo todo lo posible para que te expulsen? ¿Y ese intento fallido de salir a hurtadillas en medio de la noche? ¡Por favor, Scott! Ni un niño de cinco años lo hubiese hecho peor.

Scott sonrió. La verdad es que la cara de sorpresa que había puesto cuando el eficiente Paul Sebastian lo descubrió intentando escabullirse en plena noche, había sido de lo más lograda. Lo que el teniente no podía imaginar era que Scott había tenido que repetir la operación de pasar frente al puesto de oficiales tres veces hasta

conseguir que lo pillaran.

—Al menos, podías haber sido un poco más original —le reprochó su padre.

—Qué quieres que diga, padre. Lo siento.

—No es cierto, Scott —lo increpó enfadado—. No lo sientes. Pero te aseguro que lo sentirás. Porque no te van a expulsar.

—… pero, eso es imposible… —intentó protestar.

—Sí, has oído bien —confirmó su padre—. Seguirás aquí. Esas maniobras burdas no han conseguido su efecto. Tuve que pedir muchos favores para que te aceptaran y he tenido que prometer bastantes más para que no te expulsen, pero por suerte, el nombre de tu abuelo aún tiene peso en el ejército. Y no te voy a permitir que mancilles el honor de la familia.

—¡Quiero volver a casa! ¡Éste no es mi mundo! —gritó Scott, furioso—. Sabes que detesto todo lo que tiene que ver con los militares.

—No importa lo que opines, Scott. Seguirás aquí. Y escúchame bien. Te graduarás, y no vas a suspender ni un solo examen más.

Pero Scott no parecía dispuesto a aceptar esa posibilidad.

—Gradúate, hijo. Gradúate y te prometo que luego irás a Harvard.

—¿Cuándo, padre?, ¿después de pasar otros tres años de mi vida en la Marina como pago por esta educación mediocre?

—No seas cínico. Matemáticas, navegación, química, dibujo, astronomía, francés… No creo que eso sea precisamente una educación mediocre. Además, te prometo que sólo serán cuatro años. Cuando te gradúes podrás volver a casa.

—¿Cómo?

—Eso déjamelo a mí. Tú limítate a graduarte.

Por primera vez Scott pareció sopesar la posibilidad de terminar sus estudios en la academia.

—Ahora bien —le advirtió su padre—, si te expulsan, te juro por lo más sagrado que yo personalmente me encargaré de que no pises nunca más ese antro de librepensadores al que algunos llaman universidad.

Sí, reflexionó Scott, su padre era suficientemente poderoso y rico para evitar que enviaran a su hijo junto al resto de oficiales a cumplir los tres años de servicio como pago al país por la educación recibida.

—Te aseguro que sólo has de graduarte. Sólo gradúate, Scott. Después podrás volver a tu vida.

Una semana después, Scott contestó las preguntas exactas para

aprobar su siguiente examen, y luego en las clases de tiro, hasta se permitió la licencia de que uno de sus disparos quedase a tan sólo dos palmos del blanco. Pero no hizo más de lo estrictamente necesario por cumplir su parte del trato. Harvard cada vez estaba más cerca.

Los meses fueron sucediéndose poco a poco y antes de que se diera cuenta el verano llamaba a las puertas de la academia. En todo ese tiempo, Scott no había hecho el menor esfuerzo en hacer amigos. Más bien tenía una increíble facilidad para irritar a los demás estudiantes con sus comentarios cínicos y su continua falta de respeto hacia las normas de la academia. Hasta el caballeroso Richard Reemick, de talante conciliador, había decidido evitar al desquiciante yanqui.

Sólo faltaba un día para el examen final de navegación. La prueba del comandante Parlain había quitado el sueño a todos los alumnos de la academia. Bueno, a todos menos a uno.

Tras pasar el día estudiando, Arnold y Klaus se habían tomado un descanso después del almuerzo y se habían acercado a la taberna de Benny, situada a medio camino entre la escuela y la ciudad. Richard decidió quedarse. Necesitaba estudiar. Aún había unos problemas que le resultaban indescifrables. Scott, que había pasado toda la mañana tumbado junto a la orilla del Severn, entró en la habitación.

—¿Arnold y el cabeza cuadrada? —preguntó con tono despectivo, viendo los libros de sus compañeros apilados en un lado de la mesa.

—Han salido a tomar una cerveza. Necesitaban despejarse.

—¿Estudias?

—Sí —contestó Richard, cortante—. Y a ti tampoco te vendría mal estudiar un poco. No sé si sabes que si no apruebas el examen de mañana te expulsarán.

—Lo sé. Pero por desgracia, me temo que aprobaré.

El sarcasmo de Scott agotaba a Richard.

Richard metió la cabeza en el libro. El problema que el comandante había planteado el último día de clase lo estaba volviendo loco. No conseguía hallar la solución, y no estaba dispuesto a perder su tiempo en conversaciones que no iban a ningún sitio.

Pero Scott estaba aburrido. Había pasado todo el día dando paseos por el campo y echaba de menos la compañía de otra persona. Y le gustase o no, Richard Reemick era el único alumno de la academia con la suficiente educación para no mandarlo a paseo.

Scott se puso a mirar por encima del hombro de Richard y sacó una manzana que había conseguido mantener oculta en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Scott, sabes que está prohibido traer comida a las habitaciones, ¿verdad?

Ignorando la alusión de Richard, Scott dio un mordisco a su manzana.

—¿Problemas, eh?

Richard cambió de lugar el enunciado. Lo ponía nervioso tener a alguien observando y rumiando sobre su oreja.

—¿Es que no tienes nada mejor que hacer? —explotó al fin.

—La verdad es que no —contestó divertido Scott, ante el conato de pérdida de control del perfecto caballero.

—Ya que no tienes la menor intención de estudiar, al menos podrías dejarme preparar los exámenes. ¿No se te ha ocurrido salir a dar una vuelta? Hace un día precioso.

—Prefiero estar aquí. Fuera hace demasiado calor.

Hacía mucho tiempo que Richard había llegado a la conclusión de que el yanqui no sentía respeto por nada. No le caía bien. No prestaba la menor atención en las clases y era la persona con menos habilidades militares que había conocido en su vida. Aún no se explicaba cómo seguía allí. Pero por algún misterioso azar, en el último momento Scott siempre conseguía obtener los puntos necesarios para aprobar los exámenes y evitar que lo expulsaran.

—O'Flanagan, no entiendo qué haces aquí.

Scott se dejó caer cuan largo era sobre su cama.

—Descansar.

—Me refiero a la academia —aclaró Richard irritado.

—Podríamos decir que cumplo un trato.

La desgana y la falta de seriedad con que Scott O'Flanagan se refería a la institución era un insulto para Richard, para quien la Academia Naval representaba un ideario y un código de honor que quería convertir en el eje de su vida.

—¿No eres consciente de lo que significa la oportunidad de pertenecer a este lugar?

Scott contempló su manzana. Parecía recubierta de una reluciente capa de cera. Después miró a Richard a los ojos. Richard nunca había profundizado en aquella mirada oscura. Se sorprendió de la seriedad y vehemencia con que aquellos ojos inteligentes le respondieron.

—Te equivocas, Richard. Soy plenamente consciente de lo que representa este lugar. Para ti el honor, el deber de no defraudar a

los tuyos, y tal vez la gloria. Cualquier cosa que eso signifique. Para mí es la única opción de cumplir mi sueño de ir a Harvard. Es un castigo por mi rebeldía. Sé muy bien lo que significa. Mi familia ha pertenecido a lugares como éste durante generaciones, y los códigos de honor que tanto admiras no son más que mentiras. Mentiras para esconder la verdad oculta tras los motivos que impulsan las guerras y que nada tienen que ver con el honor, sino con el insaciable deseo de poder que guía a los hombres. Mentiras que llevaron a una de las personas que más he querido y respetado a la muerte.

Se expresó con tal pasión que Richard no supo qué decir. Pensó que tal vez ese ser tan querido al que se refería Scott había muerto en una batalla. Pero la Marina no podía ser culpable de aquello. Todo soldado sabe que la muerte es algo íntimamente ligado a su profesión.

—Yo necesito graduarme —confesó Richard—. Se lo debo a mi familia. Esperan que me licencie entre los mejores, y para ello he de aprobar con buena nota el examen de Parlain. No puedo defraudarlos.

A Scott le resultó dolorosamente familiar la carga que había recaído sobre los hombros de Richard. La carga de ser perfecto. Scott nunca la había aceptado. Esa misma presión era lo que había llevado a su querido tío Lead a la muerte. Scott dejó el corazón desnudo de su manzana sobre la mesilla que había junto a su cama.

—Yo te puedo ayudar.

—¿Tú?

—Sí. Yo —ratificó Scott, muy seguro de sí mismo—. Además, hoy no tengo nada mejor que hacer.

—¡Pero si apenas eres capaz de aprobar!

—Eso parece —dijo poniéndose en pie de un salto y acercándose a su compañero de habitación esbozando una misteriosa sonrisa—. Pero si te ayudo será con una condición.

—Lo que quieras.

—Has de darme tu palabra de que quedará entre nosotros. No quiero que destroces mi reputación.

—Te garantizo que eso no será un problema.

Antes de que Richard pudiese decir nada más, Scott se había sentado a su lado y le había robado el enunciado del problema.

—Ya veo, parece que Parlain nos ha puesto alguna que otra dificultad para llegar a puerto. ¿No?

—Ya es suficiente, Scott. Creo que es hora de que me devuelvas el libro y me dejes estudiar.

—Como quieras —obedeció, soltando el libro y recuperando su

manzana de la que aún consiguió arrancar un último trozo de carne jugosa.

—Yo probaría a atravesar el estrecho.

—¿Estás loco? Olvidas que no lleva carga. La fuerte corriente y el oleaje nos harían zozobrar y sería imposible controlar la nave, nos estrellaríamos contra las rocas.

—No si bajas el centro de carga y subes la línea de flotación del barco.

A Richard no se le había pasado esa posibilidad por la cabeza.

—Vaya, ¿y dónde consigo dos toneladas de lastre en medio del océano?

—En realidad, sólo serían necesarios unos mil quinientos kilos. En las playas de la zona hay toneladas de arena. Sólo tendrías que llenar las bodegas de babor y estribor para estabilizarla.

Richard iba a rechazar de plano la sugerencia de su compañero cuando comenzó a esbozar unos números nuevos sobre el papel. Tardó un rato, pero al comprobar el resultado que acababa de obtener no podía dar crédito a lo que veía.

—¿Cómo se te ha ocurrido?

—Casualidad, supongo.

Scott sonrió y levantó las cejas de forma divertida.

—¿Qué, me haces un sitio?

Antes de que Richard aceptase la oferta, Scott se volvió a sentar en la silla de Arnold y se acercó a Richard.

Tomó el resto de enunciados y un carboncillo, le quitó el compás y la regla y empezó a trazar líneas con gran precisión.

Calculó con exactitud su posición valiéndose de dos demoras, y tras establecer la intensidad de la corriente y el abatimiento al que era sometido el barco, dibujó sobre la carta un nuevo rumbo con una facilidad que a Richard le resultaba difícil de seguir. Una hora después el rostro de Scott estaba cubierto de carboncillo y el rebelde mechón de cabello cubría casi por completo su ojo izquierdo. Scott no sólo había resuelto todos los problemas que Richard había apartado, incapaz de encontrarles solución, sino que más de una vez se permitió hacerlo de varias maneras diferentes. Sus razonamientos y su velocidad de cálculo eran increíbles. Richard no salía de su asombro. Nunca había visto a Scott coger ni una sola nota en las clases del comandante. Ni siquiera parecía escuchar. Pero, por lo visto, mientras garabateaba durante horas sobre un trozo de papel había sido capaz de retener cada dato y explicación del profesor. ¿Por qué alguien tan brillante se esforzaba en parecer mediocre? Entonces, por primera vez desde que

irrumpiera en su vida, Richard descubrió de pronto que estaba comenzando a experimentar un sentimiento nuevo de simpatía por su compañero de habitación.

Días después, el comandante entregaba los resultados en una clase repleta de estudiantes al borde del colapso.

—Señor O'Flanagan, veo que ha vuelto a librarse —dijo colocando el examen con un aprobado justo sobre la mesa.

Scott sonrió satisfecho.

—No debería estar tan feliz. Si no se aplica, el año que viene volverá a ostentar el dudoso honor de ser el último de la clase.

—Le prometo que me esforzaré en ello, señor.

El comandante hizo un gesto extraño con la boca que obligó a su bigote a formar una ese. ¿O'Flanagan le acababa de decir que se esforzaría en superarse o que se esforzaría en seguir siendo el último de la clase? Había tenido muchos estudiantes a su cargo, pero ninguno lo desconcertaba tanto como Scott O'Flanagan. Había algo en él que nunca conseguía entender y que le resultaba inquietante.

—Felicidades, señor Reemick.

Richard comprobó su hoja de resultados. No había ni una sola anotación.

—Su examen ha sido perfecto. Desde que soy profesor en esta academia nunca había tenido el placer de encontrarme con un ejercicio como el suyo. Ha sido un honor ser su profesor.

Richard se ruborizó. Era la primera vez que oía un halago de los labios del comandante. Sin embargo, se sintió incómodo. Ese honor debería haber recaído en otra persona.

Cuando sus compañeros se acercaron a darle la enhorabuena, se volvió hacia Scott. Parecía feliz. Éste le sonrió y le hizo una secreta señal de victoria con el pulgar, mientras le enseñaba satisfecho su propio examen, con una gran cantidad de anotaciones en los márgenes.

Entonces comprendió que se había equivocado al juzgarlo. Desde el mismo instante en que Scott llegó, Richard se había sentido superior y había mostrado hacia él una actitud condescendiente. Pero ahora, al descubrir que era brillante, mucho más que ningún otro de los alumnos de la academia, lamentó su error. ¿En qué otras cosas lo habría subestimado?

Mientras lo felicitaban, Scott desapareció con discreción.

Richard sentía la necesidad de darle las gracias, pero Scott se encargó durante el resto del día de no crear ni un solo momento en el que pudiera hacerlo.

Al día siguiente, embarcaron en el *USS Preble*. Pasarían el resto del verano en el mar, y no regresarían a la academia hasta el comienzo del próximo curso.

16

En septiembre de 1842, el barco escuela *American Brig Somers* partía de Brooklyn con jóvenes voluntarios a los que se quería animar, con una experiencia única, a unir su vida a la Armada. Entonces, ninguno de los que acudieron a despedir a aquellos adolescentes que se disponían a emprender una travesía que les llevaría hasta las costas de África, podía imaginar que la aventura terminaría en tragedia. Pocas semanas después de partir, los problemas de disciplina empezaron a ser evidentes. Y cuando la fragata abandonaba la costa de Liberia y ponía rumbo a puerto, las sospechas de que se estaba fraguando una conjura para hacerse con el barco obligaron al capitán a actuar. El 26 de noviembre, Philipe Spencer, el hijo del secretario de Guerra de Estados Unidos, fue descubierto en posesión de una lista con los nombres del resto de los conspiradores. Él y sus seguidores fueron detenidos, juzgados y declarados culpables del cargo de intento firme de amotinarse. Sentenciados a muerte, fueron colgados en el mismo barco y sus cuerpos arrojados al océano. Philipe Spencer, el cabecilla, sólo tenía diecinueve años.

El motín del *Somers* conmocionó a la nación.

Tras comprobar las terribles consecuencias de embarcar a jóvenes sin ninguna formación previa, con la intención de que fueran aprendiendo el oficio en la práctica cotidiana, se decidió que la nueva escuela naval se establecería en tierra.

En 1845, gracias a los esfuerzos del secretario naval, George Bancroft, la escuela se estableció en las instalaciones del fuerte Severn, en la desembocadura del río del mismo nombre, a orillas de la bahía de Chesapeake, en el estado de Maryland.

Aunque a comienzos de 1850 los cinco años iniciales de formación se aumentaron a siete, no fue hasta la incorporación de la fragata *USS Preble* como buque escuela en el verano de 1850, cuando los cuatro años de estudio en tierra pasaron a ser consecutivos. Ese mismo año la institución era rebautizada como Academia Naval de Estados Unidos.

La fragata *USS Preble*, de tres palos y dieciséis cañones, era una nave ligera, diseñada para servir de apoyo a los grandes barcos de guerra y navegar a gran velocidad.

Scott sonrió mientras la proa embestía el inmenso azul y la espuma salpicaba la cubierta.

El verano llegaba a su fin y con él la travesía que durante los últimos meses los había llevado a surcar el Atlántico.

Con el viento rompiendo sobre su rostro y el horizonte infinito ante él, Scott supo que echaría de menos aquella sensación de libertad.

Desde que desembarcaron no había dejado de llover. Las clases no darían comienzo hasta dentro de dos días, pero el mal tiempo los obligaba a permanecer encerrados en sus habitaciones.

Richard leía un libro sobre tácticas militares, Arnold y Klaus jugaban una partida de ajedrez, y Scott estaba tirado sobre la cama.

Arnold comió la torre de Klaus con su reina.

—Jaque mate —anunció, quitándose las gafas.

Un caballo blanco impedía la huida de su rey. A regañadientes, y tras analizar por dos veces todas las alternativas, comprobó que no había escapatoria. Aquel empollón había vuelto a ganarle. Klaus golpeó la cúspide de su pieza y el rey negro cayó sobre el tablero. Después abandonó su asiento y se acercó a la ventana.

—¡Maldita lluvia! —refunfuñó, mirando al exterior.

Scott lanzó una pelota al aire y la recogió al vuelo.

—¿Puedes dejar de lanzar esa maldita pelota?

La cólera retenida en las palabras de Klaus obligó a Richard a desviar la atención de su libro. Klaus nunca había soportado a Scott, y aunque los últimos meses no habían vuelto a tener ningún enfrentamiento, los días de encierro en un espacio tan reducido estaban poniendo a prueba los no muy templados nervios de aquel joven de origen alemán.

—Parece que alguien no tiene un buen perder —susurró Scott, retando al fornido sureño con un nuevo lanzamiento de su pelota.

—¿Qué insinúas?

—Nada —dijo Scott, cogiendo la pelota y volviéndola a lanzar.

Esta vez Klaus se adelantó, cogió la pelota de Scott al vuelo y la estrujó con fuerza entre su puño.

—¿Por qué no te has ido ya?

—Porque no me gustaría prescindir de tu compañía. Por cierto. ¿Y tú? ¿Por qué sigues aquí? Está claro que la estrategia no es lo tuyo.

Richard trató de advertir a Scott. Klaus era demasiado impulsivo

y orgulloso para aguantar sus sarcasmos. Además, Richard conocía la causa de su hostilidad hacia Scott. No le perdonaba que hubiera sido admitido después del comienzo del curso. A diferencia de Richard, Klaus no pertenecía a ninguna gran familia del Sur. Había tenido que luchar muy duro por su puesto en la academia y tuvo que esperar dos años a que aceptaran su admisión. No podía soportar que alguien como Scott hubiese obtenido su plaza sin el menor esfuerzo.

—¿Qué insinúas? —dijo Klaus, a la defensiva.

—No insinúo. Afirmo que cualquier idiota hubiera visto ese caballo.

—Ya vale, Scott —le advirtió Richard.

—Si eres tan listo, demuéstralo —le retó Klaus, devolviéndole la pelota con violencia.

Scott tuvo el tiempo justo para protegerse antes de que impactase contra él.

Se levantó de un salto y esperó a que Arnold le cediese su sitio.

A pesar de que Richard nunca había visto a Scott jugar o interesarse por una sola partida de ajedrez, no lo necesitaba para estar seguro de que Klaus no tendría la menor posibilidad. Y del mismo modo en que sabía que Scott ganaría, también era consciente de que Klaus no soportaría perder. Por un momento deseó que Scott se dejase ganar, pero parecía que éste había encontrado en Klaus una fuente inagotable de diversión.

Klaus regresó a su asiento.

Scott abrió con el peón que protegía a su rey. Klaus lo imitó. Scott adelantó su álfil. En cuanto Klaus soltaba su pieza, Scott movía y se ponía a juguetear con su pelotita mientras Klaus se detenía a estudiar cada una de las variables antes de decidirse a abandonar una casilla.

Tan sólo cinco minutos más tarde el rey negro de Klaus volvía a ser amenazado de muerte.

—Jaque —dijo Scott, en el mismo momento en que Klaus se disponía a comer la reina de su rival.

Klaus clavó los ojos sobre su rey. La amenaza partía de un simple peón.

Soltó de mala gana la pieza que ya había cogido, y se disponía a colocar su rey a buen recaudo cuando Scott señaló dos piezas que habían pasado desapercibidas para Klaus.

—Por cierto. Me temo que es jaque mate.

Cuando Klaus comprobó que los dos caballos de Scott asfixiaban a su rey, su rostro se puso rojo.

—¡Otra! —ordenó, apretando los puños mientras la congestión de su cara ganaba intensidad.

—Podemos jugar tantas veces como quieras, pero el resultado no va a cambiar por ello.

—Ahora juego con blancas —dijo, girando el tablero y recolocando las piezas en su sitio.

Scott se levantó.

—¡Siéntate! —le ordenó Klaus, fuera de sí—. Me debes la revancha.

—Ya te he dicho que no me apetece.

—Me la debes.

—Yo no te debo nada. Ya has tenido tu oportunidad.

La mandíbula de Klaus se cerró con fuerza. Scott lo ignoró y se dirigió a la puerta.

—Parece que el ambiente se está cargando un poco. Creo que me iré a dar un paseo —dijo mientras salía de la habitación.

Cuando Scott le dio la espalda y lanzó por enésima vez su pelotita al aire, Klaus explotó. Arrastró a su paso silla, mesa y tablero de ajedrez y embistió a Scott, que estaba ya en el pasillo, con tal violencia que hizo que ambos cayeran rodando escalera abajo hasta el vestíbulo de entrada de la planta baja. Para cuando Scott quiso reaccionar ya tenía a Klaus de nuevo encima. Había enloquecido. Cayó sobre él, y otro empujón sacó a Scott definitivamente del edificio, dejándolo tirado en el suelo con el cuerpo hundido en el fango.

Alertados por los gritos, los ocupantes de los dormitorios cercanos abandonaron sus habitaciones y bajaron tras ellos.

Klaus levantó a Scott y le golpeó de nuevo. El impacto le partió el labio. Sin darle tiempo a levantarse, Klaus volvió a abalanzarse sobre él. Incapaz de librarse de su atacante, Scott se cubrió el rostro con los brazos.

—¡Atízale! —empezaron a gritar algunos de los compañeros que iban amontonándose alrededor de ellos.

El griterío fue en aumento. Klaus estaba fuera de control.

Aunque aturdido por los golpes, Scott distinguió la voz de Richard pidiendo ayuda entre el griterío de sus compañeros. En ese momento un puñetazo en el estómago le hizo bajar la guardia y permitió que el siguiente golpe de Klaus se abriera paso hasta su pómulo. El impacto le dejó semiinconsciente. Tras las arengas de los primeros momentos de la pelea, los espectadores fueron enmudeciendo. Si Klaus seguía golpeando a Scott de aquella forma, lo mataría.

Ante la gravedad de la situación varios estudiantes decidieron intervenir. Hicieron falta tres de ellos para contener a Klaus el tiempo suficiente para que otros dos pusieran a Scott fuera de su alcance.

—¡Esto no va a quedar así, yanqui! —amenazó Klaus a Scott, forcejeando con los jóvenes que hacían lo imposible por retenerlo.

Scott se arrastraba por el suelo. Trató de ponerse en pie y se tambaleó.

—¡Te exijo una satisfacción! —le gritó Klaus, fuera de sí.

Richard corrió a ayudar a Scott. El labio le sangraba con abundancia y apenas podía mantenerse en pie. Respiraba con dificultad y su pómulo se había hinchado tanto que casi no se podía distinguir el ojo.

—¡Mañana a las seis! ¡En el remanso del río!

—¿Te has vuelto loco, Klaus? Los duelos están prohibidos. Os expulsarán —advirtió Richard, sosteniendo a Scott.

—Espero a tus padrinos —dijo Klaus a Scott, que parecía a punto de desplomarse de un momento a otro.

—Puedes esperar cuanto quieras, porque no te enviaré a ningún padrino —contestó a duras penas Scott, llevándose la mano al labio y comprobando que todavía sangraba.

—¿Cómo dices?

—Lo que has oído. No tengo la menor intención de batirme contigo.

La expresión del rostro de Klaus no dejaba la menor duda. Nunca hubiese esperado una contestación semejante.

—¡Cobarde! —le increpó con desprecio.

Ninguno de los allí reunidos hubiera permitido que alguien dudase de su hombría frente a tantos testigos. Ninguno salvo Scott.

—De todas formas, esperaré —insistió Klaus.

—Entonces esperarás en vano. Porque no iré. Escuchadme bien. ¡No tengo la menor intención de batirme con nadie! —gritó para que todos lo oyeran, dejando que la lluvia limpiase su rostro.

—Si no te presentas, todos sabrán que eres un cobarde —le amenazó Klaus.

—Que piensen lo que quieran, porque no iré. Aunque fuera y me mataras cien veces, seguirías sin saber jugar al ajedrez.

Unas miradas de desaprobación asomaron en los ojos de los que participaban en la escena. Aunque en teoría estaban prohibidos, en la práctica no era posible rechazar un duelo sin convertirse automáticamente en un cobarde a la vista de todos. ¿Y cómo un cobarde podría permanecer entre ellos? ¿Cómo sería posible confiar

después en él?

—¡Soltadme! —ordenó Klaus.

Los tres cadetes que lo sujetaban aflojaron la presión con cautela. Pero Klaus parecía muy tranquilo. Con un movimiento brusco de su muñeca se soltó de las manos que apresaban su brazo y tras lanzar una última mirada a Scott regresó al interior de la escuela.

En cuanto Klaus desapareció de escena, todos los que les observaban dieron la espalda a Scott y regresaron a sus tareas. Lo mismo hicieron los que habían acudido en su ayuda, enfrentándose a la lluvia y a la ira de Klaus. Sólo Richard se mantuvo firme a su lado ante el vacío repentino de sus compañeros. Dejó que Scott se apoyara en él y lo arrastró hasta la habitación.

Cubierto de fango y sangre y empapado por la lluvia, Scott murmuró algo parecido a un agradecimiento y se derrumbó sobre su cama.

—De todas formas, ni siquiera pega fuerte —dijo Scott en un susurro, mientras se le cerraban los párpados.

A la mañana siguiente había dejado de llover. Cuando los padrinos de Klaus vinieron a recogerlo Scott aún dormía. Sin embargo, y a pesar de la opinión que Klaus tenía sobre Scott, todavía no terminaba de creer que no acudiría a la cita. Ni siquiera Scott podía ser tan cobarde. Cumpliendo su palabra, Klaus acudió puntual al remanso del río, lugar establecido para el duelo, y esperó.

Pero Scott no apareció.

Después del incidente, todo estudiante de la academia que se respetara retiró el saludo a Scott. Pero aquéllos procedentes del Norte fueron incluso más duros que los del Sur. Mientras que los sureños consideraban a Scott un cobarde y una persona indigna de estar entre ellos, los del Norte además lo consideraban un traidor que había dejado en evidencia a todos los suyos.

A medida que la situación política del país se hacía más difícil se había ido abriendo una brecha entre los estudiantes. Los del Norte tendían a formar sus grupos y los del Sur los suyos. Había una especie de acuerdo tácito que impedía hablar de política, pero en algunas situaciones el tema salía a relucir y la tensión aumentaba entre los bandos. Los tiempos de la hermandad llegaban a su fin.

Si a Scott le afectó el nuevo vacío no lo demostró. Siguió como siempre. Sólo Richard permaneció a su lado y siguió siendo su amigo. De alguna forma el desagradable asunto los había unido más. Había algo en Scott que Richard había empezado a respetar. Y

la experiencia le había enseñado que no debía dar por sentado nada en lo referente a su amigo. Subestimarlo podía ser un terrible error.

Tampoco Arnold le retiró la palabra, aunque no era precisamente una persona conversadora.

Con el tiempo, Klaus aprendió a ignorar a Scott. En el fondo se creía superior. Scott era un cobarde. Había rechazado batirse en duelo y toda la academia lo sabía. Alguien así no era digno de graduarse con el resto de estudiantes. Se juró que nada de lo que dijera aquel bocazas irreverente volvería a sacarle de quicio. Sería rebajarse a su nivel. Y si algo tenía claro Klaus era que él estaba muy por encima de aquel molesto yanqui de lengua certera.

Cuando las hojas de los árboles que rodeaban el Severn empezaron a caer por segundo año, Scott recibió una visita inesperada.

—¡Abuelo!

—Mi querido nieto —saludó, dejando que Scott lo abrazara.

Por algún motivo, Scott era la única persona de la familia que conseguía ablandar los rígidos modales del viejo general.

—¡Qué feliz me hace verlo!

Su abuelo sonrió.

—Yo también me alegro mucho de verte. Te echaba de menos.

—¿Qué hace por aquí?

—El superintendente es amigo mío. Sirvió bajo mi mando un tiempo. He aprovechado para visitarle y de paso ver cómo le va todo a mi nieto.

El general Sanders colocó su brazo sobre el hombro de Scott.

—Tu madre te envía recuerdos.

—¿Cómo está?

—Te echa de menos.

—Yo también la añoro —dijo con cierta melancolía.

Su abuelo le dio unas palmaditas de ánimo en la espalda.

—¿Cómo está Brian?

—Tu hermano está bien. Tu padre al fin consiguió que Brian se hiciera un hueco en la política. Al paso que va se convertirá en gobernador antes de que termines la academia.

—Lo sé. Mamá me escribió.

—El otro día hablé con tu padre. No lo confesará jamás, pero tu destierro le está resultando muy duro.

La mención de su padre puso tenso a Scott.

Al general Sanders nunca le había gustado la idea de que su hija se casara con un inmigrante irlandés. Pero cuando aquel hombre sin ninguna educación pero mucho dinero solicitó la mano de Beatriz,

las deudas ahogaban a su familia y ella se ofreció a sacrificarse por los suyos, y él, agarrotado por el miedo a perder su posición en la alta sociedad de Boston, no se lo impidió. Desde entonces, siempre se había sentido culpable y había aprendido a sobrellevar su culpa trasladando un fuerte rencor hacia su yerno. Pero con el paso de los años había descubierto que, a pesar de todo, su hija era feliz, y que Raymond O'Flanagan era un hombre al que en cualquier otra situación habría admirado profundamente. Tal vez había llegado la hora de declarar la paz.

—No me importa lo que él opine.

—Debería. Sabes que te quiere mucho.

—No lo parece.

Scott frunció el entrecejo.

—¿Damos un paseo?

Scott asintió. A pesar de la diferencia de criterios en su visión del mundo, a Scott siempre le había resultado fácil hablar con su abuelo.

Caminaron un rato en silencio. Abandonaron la zona edificada y bordearon el río hasta el comienzo del bosque.

—¿Cómo te van las cosas por aquí? —habló el general.

—Hay un exceso de honor para mi gusto.

Charles Sanders conocía a la perfección el sarcasmo de su nieto.

—Te refieres al incidente con el alférez Fritz.

Scott levantó la ceja sorprendido.

—¿Cómo te has enterado, abuelo?

—Por algo he llegado a general.

—¿Tú también me vas a reprochar que soy un cobarde?

—Nunca he creído ni creeré que lo seas. De hecho, a veces hace falta más valor para enfrentarse a los demás que para dejarse llevar. Scott, sé que querías mucho a tu tío, pero ya es hora de dejarle marchar.

El rostro de Scott se ensombreció.

—Yo también lo quería, Scott. Era mi hijo. Pero has de aprender que la vida sigue. Él no era como tú. No busques culpables. El destino quiso que él perdiera la vida.

—No fue el destino, abuelo. Fue la carga de no querer defraudar lo que lo mató.

—No puedo pretender que lo entiendas, Scott. Pero él hizo lo que en ese momento estimó oportuno.

—¡Se dejó matar, abuelo!

—Fue un accidente, Scott. Murió en un duelo.

—Te equivocas. Yo sé que no fue un accidente. Cuando regresó

del oeste había cambiado. Nunca se lo he dicho a nadie y nunca más lo repetiré, pero la noche antes del duelo fui a visitarlo. Un amigo me contó que al día siguiente Lead se batiría. Era casi medianoche cuando llegué. Los sirvientes se habían retirado. Tú estabas en Washington. No regresarías en un par de días.

El general Sanders escuchó con atención las palabras de su nieto. No sabía que Scott hubiera hablado con su hijo la noche antes de su muerte.

—Lead estaba borracho. Le rogué que no bebiera más pero no me hizo caso. Estaba destrozado, abuelo. Sus ojos habían perdido aquella alegría que siempre lo acompañaba. Me contó las cosas que había hecho en el oeste. Me describió las atrocidades cometidas en sus campañas contra los indios. Había asesinado a mujeres y a niños. Y todo para robar sus tierras. Los remordimientos por la sangre de inocentes derramada lo consumían. Los códigos en los que había basado su vida se habían derrumbado y con ello su vida había perdido toda razón de ser.

—Yo… no sabía.

—Él nunca te lo hubiese confesado. Prefirió la muerte a desilusionarte. El deber de ser perfecto a tus ojos y a los del mundo pudo más que él. No podía decirte que iba a dejar el ejército.

El general guardó silencio mientras asimilaba la información sobre la muerte de su hijo.

—Así que tú haces todo lo contrario —habló por fin—. Te aseguras de que nadie espere nada de ti, y así no temes defraudarlos.

Scott agachó la cabeza.

Durante toda su vida había adorado a su tío. Lo había admirado y reverenciado. Desde niño había sido un entusiasta de todo lo relacionado con el ejército, y de los códigos del honor y del deber. Pero cuando Lead perdió la vida, todo cambió. Scott cambió. Nunca más quiso volver a tocar un arma, y convirtió al ejército en el más acérrimo de sus enemigos.

—Lo siento, abuelo. Pero nunca podré perdonarle que se dejara matar por lo que otra persona pudiese haber dicho de él. Yo no necesitaba que arriesgase su vida por ello. Habría seguido siendo el mismo. ¿Acaso importa ahora que alguien le llamara cobarde?

—Importaba para él —rebatió su abuelo, al comprender por fin muchas de las cosas que habían atormentado a su hijo—. Tal vez algún día lo entiendas.

—No, abuelo. Nunca podré entenderlo.

Su paseo les llevó hasta el campo de tiro.

Siempre que podía, Richard se acercaba hasta allí para practicar. Le gustaba ejercitarse en solitario. Aquel día, como la mayoría de los que acudía a ese lugar, no había ningún otro estudiante en los alrededores. Scott y su abuelo se acercaron hasta Richard en el mismo momento en que apretaba el gatillo.

—¡Buen tiro, joven! —felicitó el general, al comprobar que el disparo había quedado a menos de un pulgar de la diana.

—Gracias, señor —dijo Richard, volviéndose hacia el hombre que acompañaba a Scott vistiendo de uniforme.

En cuanto los ojos de Richard se posaron sobre las estrellas de los galones del desconocido, se cuadró en el acto.

—Abuelo, él es Richard Reemick. Richard te presento a mi abuelo. El general Sanders.

La mención del apellido Sanders hizo que Richard contuviera el aliento y se estirara un poco más.

—Sanders es el apellido de mi madre —aclaró Scott, ante la evidente sorpresa de Richard.

—General Sanders, es un placer… —tartamudeó nervioso, al encontrarse frente a una leyenda.

Todo estudiante en una academia militar de Estados Unidos conocía el nombre del general Sanders. Cuando tenía poco más de veinte años sus audaces tácticas militares habían llevado a la victoria a los estadounidenses en la guerra de 1812 librada contra los ingleses.

—Descanse, joven.

Richard apenas se relajó.

—No sabía que Scott fuera su nieto —se atrevió a decir.

—Lo cierto es que no suele nombrar nuestro parentesco. Supongo que así las cosas son más cómodas para él. ¿Es usted del Sur?

—De Virginia, señor.

—Hermosa tierra —suspiró el general, nostálgico—. Cuna de buenos tiradores.

—Es el mejor de la clase —informó Scott.

—¿Mejor que tú, Scott?

—No hay nadie mejor que yo, abuelo.

El viejo general se rió.

—¿Qué opina usted, señor Reemick? ¿Cree que mi nieto es buen tirador?

La pregunta cogió desarmado a Richard. Necesitaba pensar algo parecido a un halago sin mentir.

—… Creo que ha mejorado mucho desde que llegó, señor.

El general Sanders pareció satisfecho ante la respuesta del joven.

—Considerado, pero sincero. Me gusta usted, señor Reemick —dijo, tomando una de las dos pistolas que Richard había dejado cargadas sobre un banco cercano.

—¿Me permite?

—Por supuesto, señor.

—¿Me enseñarás tus mejoras, Scott?

A Scott no le quedó más remedio que aceptar el arma que le tendía su abuelo. En ese momento Richard hubiese deseado no haber sido tan bocazas. Involuntariamente acababa de comprometer a su amigo, que desde su llegada a la academia, hacía ya un año, no había sido capaz de acercarse a menos de veinte centímetros de la diana. De hecho, ostentaba junto al miope de Arnold, el dudoso honor de ser el peor tirador del curso.

El blanco estaba a unos veinte pasos de distancia.

Tras cerciorarse de que estaba cargada, Scott calibró el peso del arma y se preparó para disparar. Antes de que apretara el gatillo el general llamó la atención de su nieto.

—¿Y si aumentamos un poco la distancia?

El viejo general empezaba a chochear, pensó Richard, viendo cómo Scott se retrasaba hasta la nueva posición indicada por su abuelo.

—¿Crees que podrás?

—Será fácil, abuelo.

Le había visto disparar en cientos de ocasiones, pero esta vez Richard captó algo diferente en la pose de su amigo. Scott se había ladeado perfectamente y a diferencia de las anteriores veces, en que todo su cuerpo parecía desgarbado y sin fuerza, en esta ocasión el brazo permanecía firme.

Vio como Scott centraba su objetivo. Se oyó la detonación. Al acercarse, Richard descubrió incrédulo un agujero en el centro de la diana. Había conseguido un blanco perfecto.

Hacía muchos años que Charles Sanders había comprendido que la vida militar no era para su nieto. Nunca había sabido obedecer una orden sin protestar. Le dio una palmadita en el hombro y sonrió.

—Querido nieto, veo que estás haciendo verdaderos esfuerzos por no destacar.

Scott hizo una mueca traviesa y encogió los hombros.

—Hago lo que puedo, abuelo.

A Richard le costó unos instantes reaccionar.

—Está claro —dijo por fin, incrédulo—, que la navegación no es

tu única habilidad.

Tras la demostración de Scott, el general invitó a los dos jóvenes a almorzar con él en una posada cercana a la estación.

Comieron en abundancia y regaron la comida con un vino suave y oloroso.

—¿Cuándo aprendiste a disparar, Scott? —preguntó Richard, tras el segundo vaso de vino.

—De niño.

—Tenía sólo ocho años cuando le enseñé —aclaró el general—. Desde entonces se aficionó de manera terrible por la puntería. Practicaba durante horas. A la edad de catorce años ya era casi tan bueno como su tío Lead, mi hijo, que era un extraordinario tirador —aclaró con orgullo.

Richard se quedó en silencio, como reflexionando.

—Me temo que Klaus nunca sabrá la suerte que tuvo —murmuró ensimismado, como si estuviera pensando en alto.

—Un chico bastante impulsivo ese Klaus, por lo que he oído —dijo el general.

—No lo sabe bien, abuelo. Si llego a saber la que me esperaba, le hubiese dejado ganar la partida.

Al parecer, el general estaba al tanto de la pelea de su nieto. Se había enterado de lo ocurrido y lo más sorprendente era que aquel hombre de honor no parecía contrariado ante la perspectiva de que la fama de cobarde acompañase a su nieto por el resto de su vida.

—Y por lo que he oído, Scott —dijo el general—, creo que más te hubiese valido que te hubiera enseñado a boxear.

Los tres se fundieron en una carcajada.

Cuando los dos amigos se despidieron del abuelo de Scott, Richard tuvo que reconocer que había pasado una tarde encantadora. Y había descubierto una nueva faceta de Scott, relajada y carente de ese cinismo que acompañaba cada una de sus acciones.

Una vez solos, Richard y Scott se encaminaron a la academia. Con gran solemnidad, Richard se volvió a Scott y lo miró a los ojos.

—Scott O'Flanagan, nunca dejarás de sorprenderme.

Unidos por una nueva y renovada amistad, los siguientes años pasaron rápido para Richard y Scott. Richard siguió manteniéndose como el primero de la clase, y Scott, para asombro de la mayoría, en el último momento siempre conseguía superar los exámenes, y evitar que lo expulsaran.

17

–Voy a dar una vuelta —anunció Charlotte, con intención de abandonar el porche—. ¿Vienes, Hortensia?

Hortensia añadió un poco más de gris sobre el azul que había colocado en la paleta, y sumergió la punta de su pincel en la mezcla.

Latoya pelaba patatas mientras seguía con admiración los trazos que iban tomando forma sobre el papel.

—Me quedo. Quiero terminar el cielo antes de que se vaya la luz —respondió sin perder la concentración.

Charlotte hizo un mohín.

—Como quieras, Hortensia. Yo me voy a dar un paseo.

—No se olvide de coger la sombrilla, señorita Charlotte —le indicó Latoya, tomando otra patata del cesto.

A Charlotte no le gustaba tener que llevar un estúpido paraguas. Era incómodo. Estaban en abril, y además se veía más guapa cuando el sol daba un poco de luz a sus mejillas, resaltando aún más el color de sus ojos.

—Muy bien. Entonces no pasearé —dijo, dejándose caer como un peso muerto en una silla de mimbre trenzado sobre la que se apoyaba la sombrilla de la discordia.

En ese momento Noah abandonó la casa por la puerta de la cocina y atravesó el porche.

—Adiós, Noah —lo despidió Hortensia.

—Adiós, señorita Hortensia.

Latoya vio cómo los ojos de Charlotte brillaban, y sintió que se le erizaba el pelo. Charlotte estaba aburrida. Y en esos momentos era realmente peligrosa. La esclava deseó que Noah desapareciera pronto.

—He cambiado de opinión. Daré un paseo —informó Charlotte, poniéndose en pie con energía.

—¡Noah! —llamó de manera inocente.

—¿Sí, señorita Charlotte? —preguntó receloso.

—Quiero dar un paseo. Coge la sombrilla.

Noah dudó un momento. Tenía que presentarse en los campos en cinco minutos, pero no se atrevía a desobedecer a Charlotte.

—¿A qué esperas? —repitió Charlotte, esquivando la mirada severa de su hermana.

Cuando Noah se disponía a alcanzar la sombrilla, Charlotte la tiró al suelo de un puntapié.

Latoya dejó de trabajar y observó a Charlotte. Y pensar que esa joven arrogante y orgullosa podía ser la pequeña a la que durante tantos años habían protegido con su silencio. De los cuatro ya sólo quedaba ella, se dijo con cierta sensación de amargura, mientras acariciaba instintivamente la fina cicatriz que cruzaba la palma de su mano y recordaba la pérdida de sus amigos.

Noah se había agachado cuando Katherine apareció en el porche.

—Noah, puedes irte.

Charlotte no se había atrevido a darse la vuelta. El tono seco y duro de su madre anunciaba problemas.

El esclavo obedeció en el acto. Dejó con rapidez la sombrilla recostada sobre la pared y desapareció.

—Hortensia, Latoya, id adentro por favor.

Latoya y Hortensia se retiraron con discreción al interior de la cocina, y Charlotte trató de seguirlas.

—Tú no, Charlotte. Quiero hablar contigo.

Katherine miró a su hija fijamente.

—Me has decepcionado.

—No he hecho nada. Sólo iba a dar un paseo.

—¡No mientas, Charlotte! Tu única intención era humillarlo.

—¡Y qué, si era así! —explotó con apasionamiento—. ¡Sólo es un esclavo! Pero tú lo tratas como si fuese el amo de la plantación.

—Eso no es cierto, Charlotte, y lo sabes.

—Dime, madre, ¿por qué le enseñaste a leer?

—¿Por qué motivo no debería haberlo hecho?

—Porque la ley lo prohíbe, madre. Es peligroso que los esclavos se olviden de quiénes son. ¿O acaso has olvidado al esclavo Nat Turner? Si alguna vez descubrieran lo que has hecho te castigarían, y a él también.

—¡Ah!, ya entiendo —asintió Katherine, sarcástica—, entonces tú te has erigido en la protectora de la raza blanca.

—Alguien tiene que hacerlo en ausencia de papá. Yo no cometeré tu mismo error.

Charlotte ya no era ninguna niña. En breve cumpliría dieciocho años. Sus ideas empezaban a enraizarse peligrosamente. Katherine

no tendría capacidad para influir sobre ella mucho más tiempo. Si no encontraba pronto la forma de hacerla cambiar, sería demasiado tarde.

—¿Qué error he cometido, Charlotte? ¿Por qué no quieres entender?

—Eres tú la que no entiende.

—¿Qué es lo que no entiendo, Charlotte?

—No conoces su verdadera naturaleza.

—¿Y qué sabes tú de su naturaleza, Charlotte? ¿Has pensado alguna vez lo dura que es su vida? ¿Sabes lo que es para un muchacho tan brillante como Noah ser un esclavo?

Charlotte se calló. En cierto modo, y a pesar de que preferiría recibir diez latigazos antes que reconocerlo, siempre le había sorprendido la inteligencia y la velocidad con la que aprendía Noah.

—¿Qué valor tiene humillar a un hombre que no puede defenderse? Te creía más valiente. Ten cuidado, Charlotte —le advirtió—, o antes de que te des cuenta te habrás convertido en una mujer arrogante y egoísta. Sin nada de compasión.

—¡Sólo es un esclavo!

—¡Un esclavo! —repitió enfadada Katherine—. ¿Y qué sabes tú de él? ¿De su vida y de sus ilusiones? ¿O acaso crees que no sufre y no ríe? ¿Que no tiene sueños? Sueños imposibles.

Katherine miró a su hija llena de tristeza. Charlotte cada vez se parecía más a su padre, y la culpa sólo era de ella. Había fracasado. Debería haber dejado a David y marcharse lejos. Fuera de la influencia de aquel mundo de amos y esclavos. ¿Quién era ahora ella para increpar a su hija?

Charlotte había esperado que su madre la castigara o le llevara la contraria hasta la muerte, como hacía siempre. Sin embargo, esta vez Katherine Lacroix simplemente entornó los ojos y se marchó. Había sido derrotada.

La discusión afectó a Charlotte. Estaba barajando la posibilidad de pedirle disculpas cuando Rebeca Sebastian vino de visita. Les traía una noticia sorprendente.

¡Richard Reemick regresaba a Delow!

Según les contó Rebeca, el padre de Richard había sufrido un infarto, y aunque el ataque había sido leve y se recuperaba a gran velocidad, a Richard le habían concedido un permiso especial para visitar a su familia.

Habían pasado casi cuatro años desde la fiesta en la boda de su prima Silvia, y Charlotte ni siquiera sabía si él todavía la recordaría. Pero ya no era aquella niña de catorce años con un vestidito de

flores. Se había convertido en una mujer, y esperaba el momento de encontrarse con él para demostrárselo.

Sólo necesitaba una oportunidad, pero debía apresurarse porque, según le había comunicado Rebeca, Richard sólo dispondría de unos días de permiso antes de regresar a Annapolis.

Y la oportunidad se presentó al día siguiente.

Katherine se quedó de piedra cuando a las ocho de la mañana Charlotte apareció en el comedor vestida con la ropa de montar.

—Buenos días, mamá —saludó, dándole un sonoro beso en la mejilla.

—Buenos días, Charlotte. ¿Se puede saber a dónde vas tan temprano?

Aún de pie, Charlotte cogió un crujiente panecillo de una bandeja colocada sobre la mesa y le dio un mordisco.

—Voy a dar un paseo.

—¿Tan pronto?

—No tenía sueño.

—¿Y Hortensia?

—Bajará más tarde. Ya sabes que no le apasionan los caballos.

En ese momento Latoya apareció por la puerta que comunicaba el comedor con la zona de servicio. Traía una cesta llena de manzanas.

—Buenos días, señorita Charlotte.

—Hola —saludó alegre, cogiendo una de las lustrosas manzanas, antes de que Latoya tuviera ocasión de dejarlas sobre la mesa.

—Ahora mismo le pongo su taza, señorita.

—No te molestes. Hoy no voy a desayunar.

La esclava y Katherine intercambiaron una mirada. Era la primera vez en diecisiete años que Charlotte rechazaba una taza de chocolate.

—¿Estás bien?

—Sí, mamá —contestó, evitando mirarla a los ojos—. Es que no quiero que se me haga tarde.

—Como quieras. Pero recuerda que tu prima Silvia y su marido, que están de visita en casa de tu tío, vendrán a almorzar con nosotros. Te agradecería que fueras puntual.

Fuera de la casa, un esclavo esperaba con el caballo. A pesar de que ella misma había dado la orden de colocarla, Charlotte hizo un gesto de disgusto al ver la silla de montar de mujer en lugar de la de hombre que utilizaba siempre que salía a cabalgar sola. No le tentaba la idea de tener que ir sentada de lado, pero en esta ocasión quería causar buen efecto. Así que, a pesar de todas las

incomodidades, por una vez se comportaría como una perfecta y educada señorita del Sur.

El esclavo se agachó junto al caballo, entrecruzó los dedos de las manos y esperó a que Charlotte apoyara su pie en ellas para tomar impulso. Charlotte, que jamás utilizaba la ayuda de nadie para montar y desmontar de su caballo, se remangó la falda, ignoró el punto de apoyo improvisado por el esclavo y tras calzar una de sus botas sobre el estribo, se elevó hasta la silla sin esfuerzo.

La montura era incómoda y limitaba sus movimientos, pero las molestias bien merecían el esfuerzo, porque, según había comentado de forma inocente Rebeca la tarde anterior en su casa mientras tomaban el té, su hermano Paul saldría a cabalgar la mañana siguiente en compañía de Orante y Richard. Y Charlotte sabía exactamente dónde pensaban ir. Cuando las palabras de Rebeca llegaron a sus oídos tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para no gritar de felicidad y parecer indiferente. No quería levantar sospechas. Nadie debía saber que estaba decidida a convertirse en la mujer de Richard Reemick.

Tras alcanzar la cima de la loma, detuvo su caballo y contempló el paisaje.

El cielo estaba azul. No había nubes y la línea que separaba el cielo y la tierra estaba dibujada con claridad sobre el horizonte. El valle había despertado del largo letargo invernal y se había cubierto de color con la llegada de la primavera. Charlotte respiró hondo. Un suave olor a lavanda y a laurel flotaba en el aire. Hacía un día maravilloso, y se sentía feliz. Después de tantos años, por fin volvería a ver a Richard.

Contemplaba la llanura que se extendía a sus pies cuando los vio aparecer. Surgieron de detrás de unos árboles que bordeaban el camino. Avanzaban despacio y se podían escuchar sus voces propagadas por el viento. Estaban demasiado lejos para distinguir sus rostros con claridad, pero era capaz de reconocer sus caballos.

El color pardo y las patas traseras blancas del primero, le confirmaron que era su primo Orante quien abría la marcha. Paul Sebastian, el hermano de Rebeca, lo seguía de cerca en Halcón. Y cerraba el grupo un tercer jinete sobre un animal de color gris que Charlotte no había visto nunca. No podía verle la cara, pero no lo necesitaba. La manera en que su corazón brincó en el interior de su pecho fue suficiente para saber que se trataba de Richard.

Al llegar a un punto del camino, se detuvieron. Paul fue el primero en descubrir a Charlotte sobre la loma.

—Es una mujer —dijo Paul.

—Y parece que no está acompañada —puntualizó Richard, mientras intentaba distinguir sin éxito la figura que se recortaba a lo lejos contra el sol.

Orante se protegió los ojos con la mano pero tampoco fue capaz de burlar el halo de luz que hacía imposible reconocer a la mujer.

—Y diría que nos observa con mucho interés —añadió Orante, mientras los tres se quedaban por unos segundos parados intentando escudriñar la identidad de la figura sobre la loma.

—Bueno, ¿vais a pasaros toda la mañana mirándola, o estáis preparados para hacer una carrera hasta la vieja encina? —interrumpió Paul.

—Está bien, y el último invita a una ronda.

—Como quieras, Orante, pero espero que no creas que vas a vencer a dos hombres de la Marina.

—Eso ya lo veremos, Richard.

Los tres se separaron un poco y se alinearon a lo ancho del camino. Charlotte vio con claridad sus intenciones.

Orante se preparó para dar la señal. Levantó la mano y miró a derecha e izquierda para comprobar que sus amigos estaban listos.

—¡Adelante! —gritó a la vez que bajaba el brazo.

El sonido se propagó a gran velocidad en el aire frío y cristalino de la mañana.

Charlotte enseguida adivinó el objetivo. La encina era el punto perfecto para terminar una carrera, y la orientación de los participantes así lo confirmaba. El solitario árbol destacaba en la cima de una suave pendiente, situada casi a un kilómetro de distancia.

Sujetó las riendas con fuerza y espoleó su caballo.

Orante, Paul y Richard pugnaban por ponerse en cabeza cuando la vieron galopar colina abajo. La carrera tenía un cuarto participante.

Impulsada por la pendiente, Charlotte fue la primera en llegar al cruce de caminos al pie de la colina.

Cuando el caballo de Richard atacó los quinientos metros finales, Orante y Paul habían perdido mucho terreno. Sin embargo, aquella desconocida y misteriosa mujer seguía en cabeza. Cabalgaba por delante de él a unos diez cuerpos de distancia. Su cabello volaba al viento, y Richard se quedó embelesado contemplando la imagen insólita de aquella joven que parecía una auténtica fuerza de la naturaleza.

Cuanto más la miraba más deseos sentía de alcanzarla. Espoleó su caballo con todas sus fuerzas, y a mitad de la pendiente ya había

recuperado casi todo el terreno. Sin embargo, Charlotte corría como si la persiguiera el diablo, y no parecía que tuviera la más mínima intención de dejar que nadie la adelantara.

La respiración del caballo de Charlotte se fue acelerando y sus zancadas se volvieron ligeramente más cortas a medida que los metros se acumulaban. Enfiló el último tramo de la pendiente. La encina estaba a menos de cincuenta metros. No había nadie delante, y se sentía pletórica y feliz. Iba a ganar. Sólo un tronco atravesado en el camino se interponía entre ella y la meta. Apuró a su caballo y saltó el obstáculo. Pero en ese momento el corcel gris de Richard surgió a su derecha. Richard la alcanzó mientras ella y su montura todavía estaban en el aire. Sus miradas se cruzaron, cayeron a la vez sobre la hierba, y él le sonrió mientras la adelantaba.

Richard se detuvo en seco junto a la encina. Desmontó y fue al encuentro de Charlotte. Su respiración todavía estaba agitada cuando habló.

—Buena carrera —felicitó a Charlotte.

—Gracias. Lo mismo le digo.

—Permítame, por favor —se ofreció con una hermosa sonrisa, extendiendo sus brazos para ayudarla a desmontar.

Charlotte colocó sus manos sobre los hombros de Richard, y esperó a que él rodeara su cintura. Él la levantó sin esfuerzo y no dejó de contemplarla mientras la depositaba lentamente en el suelo. Ella se sumergió en el azul del cielo que se reflejaba en el iris gris de Richard y él sintió cómo aquellos preciosos e intensos ojos verdes lo atrapaban.

La llegada de Sebastian a la meta rompió el hechizo, y permitió a Richard separarse por un instante de aquella mirada que le embrujaba.

Paul bajó de su caballo y le dio unas palmaditas para tranquilizarlo, mientras saludaba a Charlotte llevándose la mano a su sombrero y ensayando una de sus mejores sonrisas.

—¡Nunca había visto a nadie bajar tan rápido esa loma!

—Gracias, señor Sebastian, pero el mérito es sólo del caballo —respondió ella, sonriéndole con el mismo encanto—. Es uno de los mejores de mi padre.

En ese mismo momento llegaba Orante.

—¿Qué tal, Orante?

—Hola, Charlotte. Me imaginé que eras tú. No creo que haya ninguna otra mujer capaz de cabalgar de esa forma —rió—, ¡y menos en una silla como ésa!

—Bueno, no es para tanto, Orante. Supongo que estoy

acostumbrada —mintió Charlotte.

Richard parecía que era el único que no conocía a la mujer.

—Ah, perdón —se disculpó Orante, viendo que Richard no tenía la menor idea de quién era ella—. No sé si te acuerdas de mi prima Charlotte. Charlotte Parrish. El es Richard Reemick.

—… Charlotte —repitió él, recordando a la niña que años atrás había saltado sobre el más joven de los Carmody, después de que éste insultara a su familia en la boda de Silvia Parrish—. Vaya, lo siento. No la había reconocido, señorita Parrish —se disculpó, sorprendido por el cambio que había sufrido aquella niña en sólo cuatro años.

—Sí, han pasado ya casi cuatro años desde la boda de mi prima Silvia —contestó, sin apartar sus ojos de él.

—Es cierto, qué rápido pasa el tiempo —asintió Richard, todavía sorprendido.

En ese momento se produjo un repentino silencio y Charlotte y Richard volvían a quedarse enganchados con sus miradas.

—¿Qué tal si damos un paseo? —intervino Paul.

Con los caballos todavía jadeantes, descendieron la colina andando. Charlotte y Richard se retrasaron unos pasos.

—Es un placer volver a verla, señorita Parrish.

—Por favor, llámeme Charlotte.

Charlotte estaba radiante. Nunca hubiese imaginado que estar junto a Richard pudiera ser tan maravilloso.

—Hacía tiempo que no me costaba tanto ganar una carrera. Jamás hubiera imaginado que una mujer pudiera cabalgar de esa manera. Menos mal que llevaba esa pesada silla, de lo contrario me hubiera visto en serias dificultades.

Charlotte rió, y lo hizo con una risa encantadora. Tanto que Richard sintió que era la música más maravillosa que jamás habían escuchado sus oídos.

Paul Sebastian había tenido oportunidad de coincidir con Charlotte en varias ocasiones y se había atrevido a imaginar que pudiera surgir algo entre ellos dos. Pero ahora comprobó desilusionado que, definitivamente, Charlotte ya había elegido a su campeón.

Al llegar al prado dejaron que los caballos pastaran con libertad, y se sentaron junto a un riachuelo. Richard se quitó la chaqueta y la extendió galantemente sobre la hierba, invitando a Charlotte a que se colocara sobre ella.

La mañana estaba empezando a calentar, y una suave brisa los envolvió. El tiempo pasó rápido mientras las divertidas historias de

Orante conseguían arrancarles más de una carcajada. Hablaron sin parar. Y antes de que se dieran cuenta ya era más de mediodía.

Y entonces, Charlotte se acordó de pronto de la comida en casa con su prima Silvia. No quería que nada pudiera romper aquel hechizo, pero decidió que era el momento de levantarse y volver a casa, antes de que algo hiciera que aquella magia se disolviera por sí misma.

—Lo siento mucho, pero me temo que tengo que volver a casa. Acabo de acordarme de que va a venir a comer mi prima Silvia, y llego tarde.

—Si me permite, me gustaría acompañarla —se ofreció Richard cuando llegó el momento de partir.

Los ojos de Charlotte se iluminaron un poco más. Parecía que el mundo no pudiera ser más perfecto. Por fin los dos podrían estar a solas. Pero entonces Orante intervino, echando por tierra todas sus esperanzas.

—Charlotte, he pensado que yo también os voy a acompañar. No me acordaba de que mi hermana y su marido tenían que ir a almorzar a tu casa. Así aprovecharé para saludar a tía Katherine y a Hortensia. Y después regresaré con Silvia y su marido a Puerta Paraíso.

Ella contuvo el aliento y obsequió a su primo con una mirada glacial mientras mantenía la expresión dulce de su rostro, pero Orante no se inmutó. Hasta un ciego se habría dado cuenta de la pasión que había estado fluyendo en cada intercambio de miradas entre Charlotte y Richard durante toda la mañana. Y aunque sabía que Richard era un hombre de honor, su prima era realmente peligrosa. Una tercera persona evitaría cualquier posible incidente que pudiera dar lugar a algún rumor mal intencionado.

—Como quieras, Orante —le contestó Charlotte, mientras con disimulo lo traspasaba con la mirada.

Poco antes de llegar a la casa, Richard se despidió y siguió su camino. Al final, a él también se le había hecho tarde. Al día siguiente debía partir para volver a la academia y tenía que preparar su marcha.

Katherine y sus invitados esperaron cerca de una hora a Charlotte antes de empezar a comer.

—Lo siento, Silvia —se disculpó Katherine, viendo que su hija no llegaba.

—Tía, ¿no le habrá pasado nada a Charlotte?

Katherine también lo había pensado. Por un momento sintió pánico al imaginar a Charlotte sola y malherida en algún lugar.

Pero la manera en que Hortensia agachó la cabeza sobre su plato la hizo respirar tranquila.

Desde luego, su hija sabía muy bien dónde estaba Charlotte, pero Hortensia no traicionaría el secreto de su hermana.

—No te preocupes, Silvia. Estoy segura de que en algún momento aparecerá por esa puerta y buscará una bonita excusa.

Cuando Orante y Charlotte llegaron a Nueva Fortuna eran cerca de las dos de la tarde, y los postres estaban ya sobre la mesa.

Como Katherine había predicho, Charlotte inventó una historia increíble y ridícula sobre una insolación en pleno inicio de la primavera.

Su actuación fue tan dramática que a Silvia se le humedecieron los ojos.

—Menos mal que encontré a Orante —confesó después de contar lo mal que se había sentido tras sufrir un repentino golpe de calor, como consecuencia de haber perdido el sombrero.

—Desde luego, fue una suerte que te tropezaras con Orante —dijo Katherine, mirando fijamente a su sobrino en cuanto Charlotte hubo terminado su historia.

—Una suerte, sí —respondió él, nervioso.

—Después de tanta actividad estarás hambriento. Por favor, sentaos.

Orante se sentó cerca de Hortensia, y Charlotte ocupó su asiento frente a su hermana.

Enseguida, Darsy, la esclava que había sido asignada a la casa para ayudar a Latoya tras la muerte de Olivia, colocó un plato frente a Orante y fue a poner otro donde estaba Charlotte.

—Darsy, a Charlotte no le pongas plato. La pobre no se encuentra bien. Tráele un té, por favor.

Charlotte sintió cómo su estómago rugía de hambre. Aquella mañana apenas había desayunado y no había comido nada en todo el día.

—Ya me encuentro mucho mejor, mamá.

—Mi querida Charlotte. Todo el mundo sabe que no hay que comer cuando se ha sufrido una insolación.

Charlotte hubiese protestado. Pero su madre estaba enfadada, y si había aceptado tragarse la excusa que se había inventado, sólo era para no molestar a Silvia y a su marido.

—Tu madre tiene razón —intervino Silvia, que seguía impresionada por el dramático relato de Charlotte.

—Está bien —cedió Charlotte de mala gana, viendo que no tenía salida—. Un té será suficiente.

Mientras Orante, apenas sin poder contener la risa, daba buena cuenta de la ración de conejo asado que Darsy le sirvió, a Charlotte no le quedó más remedio que hundir su nariz en la taza de té para evitar oler el aroma de aquel guiso que le hacía la boca agua.

Después de comer, Silvia, su marido y Orante se despidieron. Les esperaba un largo camino hasta Puerta Paraíso, donde permanecerían varios días más antes de reemprender su vuelta a Norfolk.

A pesar de que en varias ocasiones intentó fingir una repentina mejoría, su madre no cedió, y Charlotte tuvo que esperar hasta que los invitados se hubieron marchado para escabullirse en la cocina. Una vez allí no le fue difícil descubrir los restos del guiso que la había torturado durante más de dos horas de interminable sobremesa, y del que no dejó ni los huesos.

18

Cuando Richard regresó a la academia, Scott comprobó que se había experimentado un cambio sutil en su amigo. Hablaba más. Sonreía continuamente, e incluso hasta se permitía bromear. Richard no hizo el menor comentario al respecto. Pero no hacía falta. Cualquier idiota se hubiese dado cuenta de que Richard Reemick estaba enamorado.

Era sábado por la tarde y la mayoría de los estudiantes del último año se habían acercado hasta la ciudad. Richard, que había rehusado acompañarlos, escribía una carta, y Scott, a quien sus compañeros ni siquiera lo habían invitado, aprovechaba para echar la siesta.

Releía las líneas que acababa de redactar cuando un estudiante llamado Marcus asomó la cabeza por la puerta.

—¿Richard?

—¿Sí?

—Tienes una visita.

—¿Yo?

El joven asintió

—Te espera abajo.

Tras asegurarse de que la tinta se había secado guardó el escrito bajo la solapa de uno de sus libros.

—¿Esperabas a alguien? —le preguntó Scott desde su rincón.

—No —respondió intrigado mientras se abotonaba la chaqueta del uniforme.

—¿Marcus?, no sabrás quién es, ¿verdad?

—Un tal Steward. Doctor Steward.

Al oír el nombre de su tío, salió precipitadamente de la habitación.

En cuanto Richard fue a reunirse con su misteriosa visita, Scott se levantó de la cama y se dirigió a la pila de libros depositados sobre la mesa. Por suerte el resto de sus compañeros no estaban y pudo curiosear con tranquilidad. Abrió la cubierta del libro y cogió la hoja que Richard acababa de esconder.

El doctor Steward caminaba de un lado a otro del porche cuando Richard fue a su encuentro muy alarmado.

—¡Tío! ¿Le ha pasado algo a mi padre?

—Tu padre está perfectamente.

—Lo siento —se disculpó por la brusquedad de su saludo—, pero al decirme que había venido a buscarme pensé…

—Como te comenté en casa, se recupera bien. No quería preocuparte pero me urgía hablar contigo. ¿Podemos ir a algún sitio más tranquilo? —dijo al comprobar la ininterrumpida marcha de estudiantes que entraban y salían.

—Podemos acercarnos hasta el campo de tiro. Allí nadie nos molestará.

Aunque estaba intrigado, Richard avanzó junto a su tío en silencio tratando de adivinar el motivo que lo había llevado hasta allí.

Pasaron junto a la batería de cañones apostados a lo largo de la costa, rodearon la torreta fortificada que se levantaba a orillas de la bahía, y continuaron caminando por la ribera del Severn.

Cuando dejaron atrás el núcleo de la academia, el doctor Steward se sentó en un banco del sendero que discurría junto al río y animó a su sobrino a acompañarlo.

Parecía cansado. Se frotó las manos y contempló un momento las aguas que se dirigían hacia el mar. Siempre había sido un hombre directo, pero ahora le resultaba muy difícil encontrar las palabras. Iría al grano.

—Tu padre me ha contado que le has pedido permiso para cortejar a Charlotte Parrish.

—No entiendo…

—Entonces, ¿es cierto?

—Así es tío. Hoy mismo he recibido la aprobación de mi padre.

Sus peores temores acababan de ser confirmados. Tenía que actuar. Y rápido.

—¿Se lo has comentado a alguien?

—¡Cómo puede pensar…!

—¿Estás seguro? ¿Quizá a algún amigo? —insinuó.

—Le repito que no. Sabe que no sería correcto hasta que el padre de Charlotte me haya dado su consentimiento.

La insistencia empezaba a irritarlo. ¿Acaso su tío creía que no era un hombre de honor?

—Hoy mismo he escrito una carta al señor Parrish en la que le informo sobre mis intenciones.

Steward se quedo lívido.

—¿La has enviado?

Richard estaba comenzando a incomodarse ante la extraña actitud inquisitoria de su tío.

—Aún no. Pensaba hacerlo esta tarde.

—¡Dios mío! Entonces he llegado justo en el momento preciso.

—No le entiendo.

—Lo siento, Richard, pero no puedes enviar esa carta.

—¿Cómo…?

—Confía en mí. Ella no es una mujer apropiada para ti, ni para ningún caballero.

Richard se levantó y su tío lo imitó.

—¿Qué insinúa?

—No es la mujer que tú crees.

Richard se estaba impacientando. Su tío era médico. Tal vez conocía alguna indiscreción de Charlotte. Algún secreto que Richard no estaba seguro de querer destapar.

—¿Cree que voy a permitir que haga insinuaciones sin ninguna base? ¿Que dañe su reputación? —le advirtió—. Cuide sus palabras, tío, u olvidaré el respeto que le debo.

—No puedes casarte con ella.

—Pero ¿por qué?

Si Steward guardaba silencio, no era para proteger a Charlotte, sino porque de alguna forma se sentía obligado hacia el padre de ella, David. Pero ahora la situación era diferente. Era su sobrino quien pretendía casarse con la hija de la esclava.

—¿Por qué? —alzó la voz Richard perdiendo la paciencia.

—¡Porque es negra!

Richard retrocedió.

—¡Dios mío! ¿Es que ha perdido el juicio?

—¡Escúchame! —le rogó, saliendo tras él—. Yo estuve presente el día en que nació. Aquella noche la señora Parrish no fue la única en dar a luz. Su esclava, una mujer de piel muy clara, también lo hizo. La esclava murió. Y cuando la señora Parrish, horas más tarde, dio a luz a su hija, hizo creer a sus vecinos que había tenido gemelas.

—¡No es cierto!

Su sobrino se había detenido. Steward no podía perder su oportunidad.

—Aquella esclava tenía los ojos verdes, Richard.

—¡Miente!

—¿Por qué iba a mentirte? ¿Qué motivos podía tener yo para que no te cases con la hija de uno de mis mejores amigos? Piensa,

Richard. Sabes que es cierto.

Richard se desplomó sobre el banco y hundió el rostro entre sus manos.

—¡No! Charlotte me lo habría dicho.

—¡Ella no lo sabe! No tiene la menor sospecha de que su madre era una esclava. ¡Es indecente! Cada vez que la veo entre nosotros, comportándose como si fuera una dama… y no es más que una salvaje.

—¡Ya basta!

—¿Acaso tengo que recordarte la manera en que se abalanzó sobre Carmody?

—Sólo era una niña —trató de defenderla Richard—. Y ese estúpido había ofendido a su madre.

—Piénsalo, Richard. ¿Qué mujer blanca habría actuado así?

Necesitaba pensar, no podía seguir escuchando a su tío. ¿Charlotte una esclava? ¿Cómo no se había dado cuenta?

—Ni Katherine ni David Parrish tienen los ojos verdes.

Richard aún podía recordar cada matiz de aquellos ojos de color verde. Pero él la amaba…

—¿Quién más lo sabe?

—David, el capataz y los esclavos que asistieron a la esclava. Aunque creo que ya han muerto casi todos.

—¿Esclavos?

—Los esclavos no hablarán. David los amenazó.

—Entonces, ¿nadie más lo sabe?

—Así es…

Richard cerró el puño y lo apretó contra sus labios mientras pensaba.

—¿Nadie?

—No.

Retiró la mano de su cara y buscó a su tío.

—Entonces no habrá problemas. Aún puedo casarme con ella.

—¡No puedes hablar en serio! ¿A pesar de lo que te he revelado estás dispuesto a aceptarla?

—Sí.

—¿Has perdido el juicio?

—Usted lo ha dicho. Nadie más lo sabe. Nadie tiene por qué saberlo.

—¡No! —prohibió su tío levantando la voz.

—¿Por qué?

—¿Crees que voy a permitir que el hijo de mi hermana se case con una esclava?

—¡No es una esclava!

—¡Lo es! No importa los aires que se dé o lo clara que sea su piel. Es una esclava y siempre lo será. ¿Has pensado en tu familia? Tu madre, tus hermanas —continuó Steward—. Los secretos nunca pueden guardarse eternamente. ¿Qué pasaría si después de casaros llegara a saberse? ¿Quién aceptaría casarse con las cuñadas de una esclava? Tienes un deber hacia tu familia. El honor de los tuyos está en juego. ¿Serías capaz de condenar a tu familia a la vergüenza por ella? ¿Y tu padre? ¿Crees que en su estado podría soportarlo? Si tu padre lo descubriera…

A pesar de que se encontraba mejor, el padre de Richard seguía delicado.

—No me haga esto, tío. No me haga elegir.

—No te equivoques, Richard. No puedes elegir. No te casarás con esa mujer. Si no me dejas otra alternativa contaré la verdad.

—¡No puede hacerlo!

—¿De verdad crees que voy a permitir que arruines tu futuro? ¿Que avergüences a tu familia? ¡Nunca permitiré que una negra sea la mujer que perpetúe el linaje de nuestra estirpe!

—No puede hablar en serio. Si la verdad sobre su origen llegara a saberse… Charlotte sufriría un destino horrible.

—Depende de ti. El futuro de esa mujer está en tus manos.

El doctor Steward esperaba impertérrito. Si su tío desvelaba la verdad sobre el nacimiento de Charlotte, él no podría hacer nada por protegerla. Sí. Había suficiente odio en aquel hombre para cumplir sus amenazas.

Richard se puso en pie.

—Está bien, tío. Pero usted ha de darme su palabra de que nunca revelará a nadie el verdadero origen de Charlotte.

—La tienes Richard. Cumple tu parte y yo cumpliré la mía.

Cuando Richard volvió a la habitación su expresión había cambiado.

—¿Ha ido todo bien? —interrogó Scott desde su cama.

En lugar de contestar, Richard recogió la carta que había escrito al padre de Charlotte y, tras guardarla en el bolsillo de su chaqueta, se marchó.

Scott se levantó de la cama y salió tras su amigo.

Lo alcanzó en el porche.

—Oye, ¿estás bien?

Richard ignoró a Scott y siguió caminando.

—¿Pero se puede saber qué te pasa, Richard? —insistió Scott, intentando ajustar su paso a las decididas zancadas de su amigo.

Lo siguió hasta Benny, donde los estudiantes solían reunirse para pasar el rato y beber. Una vez dentro, Richard se abrió paso hasta una mesa mientras se hacía con una cerveza.

—Tráigame otra —pidió Scott sentándose a su lado.

Richard vació la suya de un solo trago.

A continuación, sacó la carta del interior de su chaqueta y la acercó a la vela que había sobre la mesa.

El humo se tiñó de negro.

Cuando la llama devoró la última palabra, Richard soltó el papel y esperó a que el fuego consumiera el resto.

Ya había dado buena cuenta de dos cervezas cuando una camarera llamada Poline, que había estado insinuándose sin éxito a Richard desde el primer curso, pasó junto a ellos y tras sonreírle encantadoramente, depositó una nueva jarra a su lado.

—Gracias, Charlotte —le susurró, tirando del brazo de la joven y obligándola a sentarse sobre su regazo.

—Me llamo Poline —corrigió ella, sin dejar de sonreír, dejándose abrazar.

—Charlotte —volvió a murmurar Richard, enrollando uno de los mechones oscuros de la joven en sus dedos.

Poline se removió. Por muy guapo y apuesto que fuese Richard, no estaba dispuesta a caer en los brazos de un borracho que no hacía más que repetir el nombre de otra mujer.

—Me llamo Poline —dejó claro una vez más la camarera, zafándose del abrazo de Richard y desapareciendo tras la barra.

—¿Quién es Charlotte?

Los ojos de Richard se iluminaron. El alcohol había empezado a hacer su efecto.

—Charlotte es la mujer más hermosa y encantadora que puedas imaginar —proclamó al viento, arrastrando las palabras.

—Entiendo. Estás enamorado.

—Lo estoy —asintió él, dejando caer la cabeza hasta la mesa y entornando los ojos como si quisiera sumergirse en el recuerdo de aquella mujer—. Estoy loco por ella. Cuando sus ojos verdes te atraviesan, puedes sentir su fuego quemándote el alma.

—¿Entonces?

A pesar de la cantidad de alcohol que corría por sus venas el cerebro de Richard aún no parecía dispuesto a revelar los temores que atormentaban su espíritu.

Al ver que en lugar de contestarle buscaba la cerveza, Scott trató de quitarle la jarra.

—Ya has bebido bastante.

—¡No! —protestó Richard, protegiéndola con su cuerpo—. ¡Quiero emborracharme!

—Si ése es tu objetivo, te aseguro que no necesitas beber más.

Richard lanzó un manotazo al aire y volvió a humedecerse los labios.

—Tenemos que irnos —insistió Scott, al comprobar que eran los últimos miembros de la academia que quedaban en la taberna—. Si no nos damos prisa llegaremos tarde, y si te descubren borracho podrían expulsarte.

—¡Pues que me expulsen! —gritó, dejando la jarra violentamente sobre la mesa y haciendo que la mitad de su contenido cayera al suelo.

Scott se sintió inquieto. Nunca lo había visto beber tanto. Y jamás perdía el control. Lo ponía nervioso verlo en aquella situación tan deplorable. Por un momento le recordó a su tío Lead la noche antes de su muerte.

—¿Qué te pasa, Richard? ¿Tu estado tiene algo que ver con la visita de su tío? ¿Qué ha pasado?

La mención de su tío encendió una señal de alarma en su cerebro que consiguió traspasar la espesa niebla dejada por el alcohol. Si no tenía cuidado Scott acabaría sonsacándole la verdad.

—No me pasa nada. Estoy perfectamente —negó receloso, intentando levantarse.

Apenas se mantenía en pie. Tal como estaba sería imposible llegar a la academia antes del toque de queda.

A cambio de unas monedas, un hombre aceptó acercarlos en su carro. Scott debía evitar a toda costa que Richard fuera descubierto en semejante estado de embriaguez. Así que, en lugar de apearse frente a la puerta principal, lo hicieron antes de doblar la última curva. Debían atajar por el bosque si querían burlar a los centinelas apostados en la entrada.

El delirio provocado por el alcohol lo hacía murmurar frases y palabras inconexas. Demasiado borracho para colaborar, Scott no tuvo otro remedio que cargar con su amigo a la espalda. Aunque Scott había crecido bastante en los últimos años y su cuerpo se había fortalecido considerablemente, Richard seguía siendo más alto y corpulento. Aun así no flaqueó. Llegaría a tiempo aunque reventara en el intento.

Tan sólo unos minutos después de que Scott depositara a Richard en su cama, los responsables de planta realizaban la ronda.

Lo primero que sintió Richard al despertar fue un terrible dolor de cabeza. No se acordaba muy bien de todos los detalles, pero el

constante martilleo sobre sus sienes y la forma en que la habitación giraba como una peonza, era cuanto necesitaba para saber que había bebido más de la cuenta. Richard esperó a que Klaus y Arnold abandonaran la habitación para hablar con Scott. Necesitaba rellenar las lagunas de su mente o se volvería loco.

—Ayer creo que me pasé con la bebida…

—¡Uf! —resopló Scott—. Si te hubiera dejado habrías sido capaz de ahogarte en alcohol. Esa tal Charlotte debe de ser una mujer única si consigue que un hombre como tú pierda la cabeza.

Richard se puso tenso. No recordaba haberla mencionado. ¿Qué más habría dicho?

—¿Qué dije de ella? —preguntó ansioso.

—Nada. Tal vez mencionaste…

—¿Qué? —volvió a interrogar Richard, perdiendo el control y sujetando a Scott contra la pared.

Scott no trató de resistirse.

Una gota de sudor resbaló por la frente de Richard. Parecía al borde de un colapso nervioso.

—Nada, amigo —dijo apaciguador—. No te preocupes, no desvelaste ningún secreto inconfesable —se apresuró a aclarar, intentando tranquilizar la conciencia de su amigo—. Sólo repetiste las típicas e incongruentes frases de un enamorado que está demasiado borracho.

Las palabras de Scott parecían sinceras. Tal vez había sido un poco paranoico. Pero la idea de revelar aquel secreto que le había sido confiado le destrozaba los nervios. Nunca más volvería a probar una gota de alcohol, se juró, sintiendo cómo la tensión se relajaba. El riesgo era demasiado grande.

Richard soltó a Scott.

Se sentía avergonzado.

—Lo siento, amigo. Perdóname. No sé lo que me pasa.

—Supongo que es el amor. Es capaz de hacer que un hombre se vuelva loco. O eso dicen, por lo menos…

Richard esbozó una sonrisa, tranquilizado. Al parecer su secreto seguía a salvo.

Si no se daban prisa llegarían tarde a formar.

Tras el incidente, Richard no volvió a mencionar el nombre de Charlotte, y Scott, para facilitar las cosas a su amigo, hizo como si la noche de borrachera en la taberna de Benny nunca hubiese existido.

El último tramo del curso pasó rápido. Antes de que se diera cuenta, habían llegado los exámenes finales. Richard estudió sin

descanso. Podía palparse entre sus compañeros de clase la excitación provocada por la proximidad del fin del curso y de aquel período en la academia. Una etapa de sus vidas estaba a punto de terminar.

Pronto realizarían su último ejercicio.

—¿Has visto a Klaus? —preguntó Richard a Arnold, al percatarse de que su cama seguía intacta y de que en unos minutos apagarían las luces.

Arnold negó con un gesto precipitado.

—¿Dónde se habrá metido? —murmuró Richard.

Scott se tiró en su cama. Estaba cansado y quería dormir.

—No te preocupes por él. A tan sólo una semana de la graduación hasta el bruto de Klaus sería incapaz de hacer algo que le impidiera graduarse.

Arnold se acercó a la ventana. No había dejado de escudriñar la oscuridad en la última media hora. Parecía nervioso.

Richard trató de sonsacarle.

—Tú sabes algo, ¿verdad?

La expresión del rostro de Arnold no dejaba lugar a dudas.

—Si sabes algo, habla —insistió Richard—. Esto es muy serio.

Arnold titubeó.

—Está con una mujer.

—¡Vaya! —exclamó Scott, sorprendido.

—¿Dónde? —preguntó Richard, ignorando a Scott.

—… Creo que en el viejo cobertizo.

—¿Es que se ha vuelto loco? ¿Cómo se lo permitiste? Si lo descubren con una mujer en el recinto lo expulsarán en el acto.

—Intenté convencerlo. Pero no pude —se justificó—. Ya sabéis lo cabezota que es.

A diferencia de sus compañeros, Arnold seguía teniendo el rostro imberbe y la misma cara de niño que cuando llegaron a la academia hacía ya cuatro años. Bajó la cabeza. Él no era una persona temeraria capaz de decirle a Klaus qué podía y qué no podía hacer. Sí, la posibilidad de que Klaus aceptara de buen grado los consejos de Arnold era un tanto absurda, pensó Richard.

—Ni siquiera a mí se me hubiese ocurrido traer a una mujer a las instalaciones —dijo Scott, que parecía divertirse de lo lindo con toda la situación—. Tiene menos cerebro que una rata.

—¡Scott, ya vale! —le llamó la atención Richard—. No es momento para bromas. Si lo descubren lo expulsarán.

—Bueno. Podía haberlo pensado antes de caer en las faldas de esa joven.

Richard cogió la chaqueta y se dirigió hacia la puerta. Scott trató de detenerlo.

—¿Se puede saber qué pretendes?

—Voy a buscarlo.

—¿Es que has perdido el juicio? —le increpó Scott—. Si nos cazan nos expulsarán.

—Alguien tiene que ayudarlo.

—Él no lo merece —le contestó Scott, muy serio.

—Y tú, Arnold, ¿vienes?

El joven de Pensilvania no hizo ademán alguno de seguirle.

—Pensaba que eras su amigo.

—Lo siento. No puedo arriesgarme a que me expulsen.

—Entiendo.

Richard salió solo de la habitación. Un segundo después Scott se unía a él.

Los encontraron semidesnudos sobre la paja. Scott reconoció a la mujer.

Al sentirse descubierta, Poline se cubrió el torso y salió corriendo dejando parte de su ropa esparcida por el granero. Richard no intentó detenerla. En cuanto se supo descubierto, Klaus se cuadró de forma refleja. Pero al comprobar que los intrusos no eran más que sus compañeros de habitación, se relajó. El susto lo había dejado sin respiración.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó molesto, clavando sus ojos en Scott.

El tono de amenaza no amedrentó a Richard.

—¿Tú qué crees que hacemos? Hemos venido a impedir que arruines tu futuro.

Klaus sacudió parte de la paja adherida a su ropa y terminó de colocarse los tirantes.

—No necesito que tú ni ese cobarde amigo tuyo vengáis a ayudarme.

—Está bien. Ya nos vamos —intervino Scott.

—Sí, vete, maldito cobarde.

—Ya vale, Klaus —le advirtió Richard, muy serio—. Scott ha venido en tu ayuda.

—Déjalo en paz, Richard. Él es muy listo. Sabrá lo que hace.

—¡Tú no te metas en esto!

—Vámonos, Richard. Deja que lo descubran —dijo, tirando del brazo de su amigo—. Has hecho lo que has podido. No permitas que nos expulsen por ese estúpido.

—¡Sí, márchate ya, cobarde! —le increpó Klaus de nuevo.

Richard empezó a lamentar haber arrastrado a Scott hasta allí. El resentimiento de Klaus hacia él aún era patente, y el hecho de que alguien a quien Klaus despreciaba tanto lo hubiese descubierto en aquella situación tan embarazosa no facilitaba las cosas.

—Puedes creer lo que quieras —respondió Scott—. No me preocupa en absoluto lo que puedas pensar de mí. Pero no creas que voy a arriesgar mi oportunidad de regresar a Harvard por un desagradecido como tú que no es capaz de mantener los pantalones en su sitio. Richard, yo me voy. Tú puedes hacer lo que quieras.

Y dicho esto se volvió dispuesto a salir por el mismo lugar que había entrado.

Las mejillas de Klaus se tiñeron de rojo. Aquel yanqui rico no iba a despreciarlo de nuevo.

—¡Eh, tú, maldito yanqui! ¡No me des la espalda!

Pero Scott ignoró las palabras de Klaus.

Viendo que Scott quedaba fuera de su alcance, Klaus tomó un quinqué, y se disponía a golpearle, cuando Richard trató de detenerlo.

—¿Te has vuelto loco, Klaus?

Pero Klaus estaba fuera de sí. Nada lo iba a detener. Apartó violentamente a Richard, haciendo que se golpeara contra una viga y quedara tendido en el suelo, y arrojó a Scott el quinqué que blandía en la mano. Alertado por los gritos, Scott se volvió y consiguió esquivar el proyectil que se dirigía contra él.

La lámpara se estrelló contra el suelo y se hizo añicos. El aceite de su interior se desparramó y antes de que nadie pudiese hacer nada el fuego había prendido sobre la paja seca que se apilaba en el granero.

A pocos metros del foco, Richard yacía semiinconsciente.

Antes de que se dieran cuenta las llamas subían por las tablas de las paredes y el humo hacía imposible respirar.

Scott corrió en ayuda de Richard mientras Klaus intentaba desesperadamente sofocar el fuego con su chaqueta.

Pero los esfuerzos de Klaus eran inútiles. Si no escapaban pronto quedarían atrapados.

—¡Salgamos de aquí! —gritó Scott a Klaus, arrastrando a Richard fuera del granero.

Una columna de fuego alcanzó un viejo carro de madera. El humo cada vez era más espeso. Apenas se podía respirar.

Scott se tapó la nariz y la boca con el pañuelo que llevaba en el cuello y guió a Richard hasta el exterior.

Una vez a salvo, Scott soltó a Richard.

Aturdido e incapaz de contener un ataque de tos debido al humo tragado, Richard permanecía tendido en el suelo.

—¿Klaus? —exclamó Richard, al comprobar que no había ni rastro de él.

Scott se volvió a su alrededor, tratando de localizarlo.

—¡Maldito idiota!, debe de seguir dentro.

Las llamas habían alcanzado el tejado.

—Si no sale pronto se asfixiará. ¡Scott, tenemos que sacarlo de allí! —consiguió decir Richard, en medio de un nuevo acceso de tos, haciendo un intento fallido por ponerse en pie.

No había terminado de hablar cuando se escuchó el ruido de una viga cediendo en el interior. Un segundo después el granero se convertía en una bola de fuego.

Richard apartó los ojos. Ya era demasiado tarde.

En lugar de rendirse, Scott se volvió a cubrir la boca y la nariz con el pañuelo, se quitó la chaqueta y la hundió en un barril cercano lleno de agua de lluvia. Después, repitió la operación sumergiendo la parte superior de su cuerpo, respiró hondo y antes de que Richard pudiese percatarse de lo que iba a suceder, desapareció en el interior del granero.

Demasiado débil para poder seguirlo, Richard contempló impotente cómo su amigo era tragado por las llamas.

El calor era tan intenso que a cada nueva bocanada la garganta se abrasaba y los pulmones parecían quemarse ante el contacto del aire en ebullición. Scott se cubrió la cabeza con la chaqueta mojada y se tiró al suelo. Las llamas lo rodeaban. Trató de localizar a Klaus, pero la cortina de humo era tan densa que apenas podía verse sus propias extremidades. Tomó impulso y abriéndose paso entre los numerosos tablones prendidos que se amontonaban en su camino se dirigió hacia el último punto donde recordaba haber visto a Klaus.

Cuando Klaus vio cómo el rostro de Scott se iba dibujando frente a él, pensó que su mente le estaba jugando una mala pasada.

—¡Te has vuelto loco! —consiguió decirle, recurriendo a todas sus reservas de oxígeno—. ¿Qué haces aquí?

—¿Qué crees que hago? ¡Intento salvar tu estúpida vida!

Cerca de allí unos cristales no pudieron soportar la intensidad del fuego y estallaron.

Parte del techo se había derrumbado sobre Klaus. No parecía herido, pero su pierna había quedado atrapada por un madero en cuyas esquinas empezaban a brotar unas llamas de un intenso color rojo. Klaus no podría liberarse solo.

—¡No puedes hacer nada! ¡Sal de aquí! ¡Esto va a venirse abajo

de un momento a otro!

Scott no tenía la menor intención de hacerle caso. Se apartó un poco y estudió con rapidez la situación. Debía actuar pronto. Otra viga estaba a punto de derrumbarse sobre sus cabezas.

—¡Vete! —insistió Klaus—. No hay forma de moverlo.

Scott miró a Klaus a los ojos.

—Si tú te quedas, yo me quedo.

Entonces, envolviendo sus manos con la chaqueta, agarró una de las esquinas incandescentes de la viga de madera que aprisionaba la bota de Klaus y tiró con todas sus fuerzas.

Tras el horrible dolor que estuvo a punto de hacerle perder el conocimiento, Scott sintió el penetrante olor de la carne quemada.

Cuando Klaus y Scott consiguieron alcanzar el punto de seguridad donde se encontraba Richard, el prado se había convertido en un hervidero de estudiantes y oficiales. El superintendente lanzó una penetrante mirada a los tres jóvenes que yacían en el suelo intentando recuperar el aliento, y tras observar rápidamente la situación tomó el mando. En un abrir y cerrar de ojos, los alumnos y oficiales que habían acudido a la voz de fuego, formaron ordenadas filas por las que circulaban en un continuo devenir baldes de agua con los que trataban en vano de sofocar el incendio.

Una vez el superintendente hubo comprobado que todo estaba bajo control, se volvió hacia Klaus, Scott y Richard.

Aunque algo magullado y cubierto de hollín, Klaus parecía que no había sufrido ningún daño. Richard todavía estaba aturdido. Y por el rictus de dolor en la cara de Scott y el lamentable estado de sus manos ennegrecidas, el oficial pensó que el alférez O'Flanagan no tardaría mucho en desmayarse.

—Llevénselos a la enfermería —ordenó el superintendente, en el preciso momento en que Scott perdía el conocimiento.

Cuando despertó, tenía las manos vendadas. Las quemaduras habían sido muy serias y aunque la movilidad de sus dedos no estaba afectada, la piel nunca se recuperaría. Por el contrario, y a pesar de que aún tardaría un par de días en librarse de todo el humo que había inhalado, las heridas de Klaus habían sido superficiales, y Richard enseguida se recuperó de la conmoción cerebral.

Debido a la gravedad de sus lesiones, Scott tuvo que permanecer en la enfermería varios días más que sus compañeros. El mismo día de la graduación, Scott era dado de alta y conducido junto a Klaus y Richard ante el superintendente.

—El granero ha quedado completamente calcinado —anunció, como si aún pudiera existir alguna duda al respecto—. También se han encontrado restos de unas prendas de mujer entre las cenizas —prosiguió, con mirada severa—. Saben que semejante infracción del código implica la expulsión inmediata. ¡A menos de una semana de su graduación! Realmente no sé cómo me sorprende, señor O'Flanagan. Pensé que en estos años habría aprendido algo. Pero veo que no tiene remedio.

Klaus trató de protestar, pero el superintendente le ordenó callar con un gesto de la mano.

—No se moleste, señor Fritz. Por una vez desde que llegó a esta academia, el alférez O'Flanagan ha demostrado poseer el honor suficiente para contarme lo sucedido. Sé que ustedes sólo se limitaron a acudir en su ayuda. Y si no le hubiesen socorrido ahora estaría muerto. No les voy a sancionar por ello. Al fin y al cabo, a pesar de haber roto el toque de queda, arriesgaron sus vidas y su futuro por un compañero. Y eso les honra.

Klaus hundió la mirada hasta el suelo. No recordaba haberse sentido tan avergonzado en toda su vida.

—Ustedes pueden reunirse con sus compañeros. Los desfiles de la graduación comenzarán en breve.

Richard y Klaus dudaron un momento.

—¿A qué esperan? ¡Váyanse ya!

Los dos jóvenes saludaron al unísono a su superior y salieron disparados.

—En cuanto a usted, O'Flanagan, he de decirle que en todo el tiempo que llevo como responsable de esta institución nunca había tenido ocasión de tropezarme con un hombre tan carente de honor y falta de valor. Es una vergüenza para esta academia. Lo siento mucho por su abuelo, y por su tío, que siempre fueron hombres de conducta intachable. Debió ser expulsado la primera vez que infringió las normas. Pero esta vez su padre no podrá salvarlo. Señor O'Flanagan, desde este mismo instante queda expulsado.

Scott no trató de defenderse. Era consciente de todo lo que Klaus había tenido que sacrificar para poder tener aquella oportunidad de graduarse en la academia, y sabía también que fuera de aquella vida militar su futuro quedaría roto. Para él, por el contrario, el ejército nunca había sido una opción. Así que había tomado la decisión de cargar con la culpa poco después de que sus compañeros abandonaran la enfermería. Días atrás, sin que ellos sospecharan sus intenciones, había encontrado el modo de hacer saber al superintendente que deseaba hablar con él a solas. Y

confesó. No fue difícil convencer al oficial de que él había sido el único responsable de lo sucedido. Con intercambiar su nombre por el que había ocupado Klaus en los acontecimientos fue suficiente para que la historia no perdiera credibilidad. Su fama se encargó del resto.

No había vuelta atrás. En unas horas Richard y Klaus se graduarían, y tras unos días de permiso embarcarían para pasar los tres próximos años en el mar y retribuir así la deuda contraída con su país.

A Scott sólo le quedaba recoger su maleta de debajo de la cama y desaparecer.

Desde la ventana de su habitación contempló por última vez el campo principal de la academia. Escarapelas y banderas adornaban las gradas dispuestas para albergar a los familiares que habían acudido a la graduación.

Por fortuna, ningún miembro de los O'Flanagan se había molestado en asistir, se dijo Scott, pensando en la decepción y enfado de su padre, si estando allí se hubiera enterado de que lo habían expulsado tan sólo unas horas antes de la ceremonia.

Ajenos a las reflexiones de Scott, que observaba desde la distancia, los futuros oficiales con sus uniformes de gala desfilaban al compás de las marchas marciales en perfecta formación. Scott sintió un nudo en la garganta.

Cuando cambió el uniforme por sus ropas de civil se notó incómodo. Hacía cuatro años que no se había separado de él. Había soñado con el momento de su marcha durante años, y ahora que lo había conseguido sintió un profundo pesar en su corazón.

Siguió la ceremonia de graduación desde su ventana y una vez se hubo asegurado de que Klaus y Richard recogían sus respectivos diplomas se marchó por el mismo camino por el que había llegado cuatro años atrás.

Nadie lo echaría de menos, pensó Scott cuando se disponía a subir a la diligencia que le llevaría desde la ciudad de Annapolis hasta Baltimore, donde cogería el tren a Boston. Estaba claro que en los años pasados allí no se había esforzado mucho por hacer amigos. Pero con la perspectiva del tiempo, Scott supo que a pesar de todos sus intentos por demostrarse a sí mismo lo contrario, la estancia en aquel lugar y los meses transcurridos en el mar le habían dejado una huella profunda y permanente.

Al mirar hacia atrás apenas podía reconocerse en aquel muchacho que hacía cuatro años se había apeado de la diligencia en una fría y oscura noche de noviembre.

Se disponía a salvar el escalón que lo separaba del resto de viajeros, cuando alguien a su espalda lo detuvo poniendo una mano sobre su hombro.

—¿No pensarías marcharte sin despedirte?

Scott sonrió. Hubiese reconocido la voz de Richard entre un millón.

—¡Vaya, vaya, pero si son los recién nombrados tenientes Richard Reemick y Klaus Fritz!

Klaus estaba a pocos pasos de Richard y aún no había recuperado el aliento. El color de su rostro y la frecuencia de su respiración indicaban que habían tenido que venir corriendo, y que sus pulmones todavía no se habían liberado completamente del humo tragado en el incendio.

—¡Maldito yanqui! Me vas a matar —exclamó Klaus, apoyándose sobre sus rodillas para recuperar la respiración.

El aviso del cochero anunciando la inminente partida de la diligencia endureció sus semblantes.

—¿Qué harás ahora? —se interesó Richard, con visible preocupación.

—No sé. Algo se me ocurrirá.

—¿Irás a casa?

Scott se encogió de hombros.

—¿Crees que tu padre cumplirá su amenaza?

—Sin duda —confirmó, esbozando lo que quería ser una sonrisa.

—Lo siento, Scott. Sé lo importante que era Harvard para ti. Si alguna vez necesitas algo, sabes que siempre serás bien recibido en mi casa.

—Te lo agradezco, Richard. Pero los dos sabemos que tus vecinos tarde o temprano acabarían linchándome.

Richard sonrió. Muy a pesar suyo, sabía que Scott estaba en lo cierto.

—Al menos, prométeme que vendrás a visitarme.

—Lo prometo —dijo, dando un cálido abrazo al que se había convertido en su mejor amigo.

Klaus había descubierto demasiado tarde que se había equivocado con respecto a Scott. Él nunca hubiese sacrificado su futuro por el yanqui. Sin embargo, Scott había arriesgado su vida y no había dudado en renunciar a su mayor anhelo por salvarlo. Por fin comprendía muchas cosas, y el motivo que había hecho a Richard permanecer siempre junto a Scott. A diferencia de él, Richard había sido capaz de descubrir al hombre de honor que se escondía oculto tras aquella fachada de cinismo. Sus prejuicios y

complejos habían nublado su mente. Klaus se juró que nunca más volvería a permitirlo.

El momento de la despedida había llegado. Klaus se acercó a Scott y le tendió la mano.

—Ha sido un honor conocerte, Scott.

Scott le ofreció uno de sus muñones vendados y sonrió.

—Lo mismo digo, Klaus.

3 años después…

Junio, 1858

19

Desde el momento en que recibieron la invitación de los Reemick para asistir a la fiesta de bienvenida de Richard, Charlotte no había podido dejar de hablar de ello.

Charlotte y Hortensia se dirigían a escuchar un recital de canto que iba a celebrarse en la iglesia, cuando una de las ruedas del coche de caballos se aflojó. Noah, que se había convertido en el cochero de las hermanas Parrish, detuvo el coche en el borde del camino y sacó unas herramientas de debajo de su asiento. Necesitaría al menos veinte minutos para ajustar la rueda.

Charlotte maldijo en voz alta y lanzó una mirada furibunda a Noah, que él ignoró.

El coche había decidido estropearse en los límites de la plantación de la familia de Richard. La casa principal quedaba fuera del alcance de la vista, pero no muy lejos de allí discurría Blossom Creek, un bonito arroyo rodeado de frondosos tilos de corteza blanca que pertenecía a los Reemick. Mientras Noah aseguraba la rueda, Charlotte y Hortensia se acercaron hasta el arroyo.

—¡Llegaremos tarde! —protestó Charlotte, lanzando un guijarro a la corriente con violencia.

—Noah no tardará en solucionar el problema.

—¿Sabes que una de las hermanas de Richard también va a ir? Imagínate; Richard podría acompañarla. ¡Estoy tan nerviosa!

Charlotte se levantó la falda hasta la altura de las rodillas, dejando al descubierto sus almidonadas enaguas de encaje, y se subió a una piedra plana que descansaba en la orilla del arroyo.

Hortensia no conseguía entender de dónde había sacado su hermana la absurda idea de que Richard pudiera a asistir a ese recital.

—De todas formas, si no va, recuerda que lo verás muy pronto.

—No sé si podré esperar tanto para verlo —comentó, saltando de nuevo a una piedra redondeada que sobresalía del agua a poco más de un paso de la orilla.

—Ya sólo faltan dos días para la fiesta, Charlotte.

—Dos días —repitió en un suspiro.

Un inesperado desplazamiento de la piedra obligó a Charlotte a hacer un brusco movimiento con los brazos para mantener el equilibrio.

—¡Ten cuidado! —le advirtió Hortensia—. Haz el favor de volver a la orilla o terminarás en el agua.

Tras recuperar el equilibrio y asegurarse de que la piedra se había asentado firmemente sobre el lecho del arroyo, Charlotte se volvió.

—Yo no me caigo, Hortensia —aclaró ofendida, dispuesta a alcanzar una roca de cantos suavizados por la corriente que emergía en mitad del arroyo.

No hubo ocasión de réplica porque en el preciso momento en que Charlotte se impulsaba, la piedra rodó bajo sus pies.

Hortensia se llevó las manos a la boca conteniendo un grito, mientras contemplaba cómo Charlotte intentaba inútilmente remontar el vuelo.

Un segundo después, caía de bruces en el arroyo.

Tuvo que apoyar las manos en las piedras irregulares que cubrían el fondo para sacar la cabeza. Hortensia respiró aliviada en cuanto vio reaparecer el rostro de su hermana. Por fortuna el agua sólo llegaba hasta las rodillas.

—¿Estás bien?

—Perfectamente —respondió desdeñosa, levantando la barbilla.

Aunque Charlotte había conseguido darse la vuelta y sentarse, hubiese sido mejor que no se hubiera movido, porque al aprisionar con su peso el armazón de su vestido sobre el lecho del arroyo, éste salió disparado hacia arriba arrastrando la falda que lo rodeaba y dejando al descubierto, hasta la altura de la cintura, sus blancas enaguas de puntilla. Sin embargo Charlotte no trató de dominarlo. Se instaló con comodidad en el cauce del riachuelo y tras resoplar con fuerza retiró con la mano cubierta de fango algunos de los mechones que le tapaban los ojos.

Hortensia tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echarse a reír cuando los dedos de Charlotte pintaron de barro sus mejillas.

—¿Necesitas ayuda? —dijo conteniendo la risa.

—Puedo sola.

Charlotte hizo un nuevo intento de ponerse de pie, pero el agua absorbida por las numerosas capas de tela bajo su falda había convertido su vestido en una pesada armadura. El inesperado exceso de peso dejó corto el impulso de Charlotte, que se desequilibró y volvió a caer al agua.

La mano enguantada apareció como por arte de magia. Charlotte tuvo que echarse un poco hacia atrás para poder observar al hombre que se la ofrecía. Joven y un poco más alto que la media, descansaba confiado con una pierna en la orilla y la otra sobre la roca que minutos antes había cedido ante el peso de Charlotte. No llevaba sombrero. Su cabello era oscuro y a pesar de poder considerarse corto, estaba desarreglado. El traje era de un gris desgastado, y sus botas, de buen corte y flexible cuero negro, se habían visto obligadas a acomodar más de un remiendo para tapar agujeros. Desde su incómoda posición, Charlotte intentó descubrir las facciones del desconocido, pero la blanquecina luz del sol reflejada sobre el arroyo convertía aquel rostro en una esfera amorfa y resplandeciente. Charlotte se dispuso a aceptar la mano cuando una solitaria nube ocultó el sol, eliminando el escudo de luz del rostro de su salvador. ¡El desconocido se estaba riendo!

Furiosa, Charlotte despreció la mano. No necesitaba la ayuda de ningún patán para levantarse.

En el siguiente intento tuvo éxito. Se puso en pie y sacudió su falda. Estaba cubierta de barro y su peinado se había convertido en un amasijo de mechones empapados que caían desordenadamente sobre su espalda y parte de su rostro.

Hortensia corrió al encuentro de su hermana.

—¿Estás bien, Charlotte?

—¡Sí! —respondió, lanzando una mirada furibunda al desconocido, que ya había alcanzado la orilla de un salto—. Debemos darnos prisa si no queremos llegar tarde.

—¿Cómo? ¿Es que todavía pretendes ir a la iglesia?

—Faltaría más. ¿Crees que después de tantos años voy a perder la ocasión de ver a Richard?

—Charlotte, debemos volver a casa. ¡Estás empapada y cubierta de barro!

—¡Ni loca! —exclamó, comenzando a caminar hacia el lugar donde les esperaba Noah.

—¡No puedes hablar en serio!

—Desde luego.

—¡Cogerás una pulmonía!

Pero Charlotte no tenía la menor intención de echarse atrás.

—¿Qué vas a decir cuando aparezcas con ese aspecto?

—Diré que hemos tenido un accidente. Será muy romántico. Seguro que Richard se ofrecerá a llevarme a casa.

Hortensia se había empezado a quedar sin argumentos.

—Como quieras, Charlotte, pero si enfermas mamá no te

permitirá ir a la fiesta. Piénsalo bien. ¿Merece la pena correr el riesgo de no ir a Delow por la posibilidad de que Richard pueda acudir al recital? ¿Y después de tanto tiempo quieres que sea así como te vea?

Por primera vez, Charlotte reparó en su aspecto. Su vestido estaba cubierto de barro. Su peinado había desaparecido, y aunque no tenía forma de verse el rostro, pensaba que debía de tener el aspecto de una loca.

Hortensia comprobó cómo la semilla de la duda empezaba a echar raíces.

Las palabras de su hermana obligaron a Charlotte a reflexionar. Si caía enferma su madre nunca la dejaría acudir a la fiesta. Charlotte recapacitó.

—Bueno, si les sirve de algo, yo tampoco creo que deba aparecer de esa guisa —habló el desconocido, desvelando su procedencia con su marcado acento del Norte.

Hortensia lo miró avergonzada. Por un momento se había olvidado de aquel hombre.

—Veo que sus modales dejan mucho que desear. Aunque siendo usted yanqui no me sorprende —le reprochó Charlotte.

—Por lo que he podido apreciar en este corto pero no menos interesante período de tiempo, no son mucho peores que los suyos.

Hortensia miró de hito en hito al desconocido. El descaro con que respondió a Charlotte le pareció excesivo hasta para un yanqui. Jamás en toda su vida había visto a un hombre tan descortés y tan mal educado.

Charlotte frunció el entrecejo y sus ojos se cerraron hasta convertirse en dos rayas. Hortensia rogó para que su hermana no hiciese ninguna locura.

—No sé si sabe que esto es propiedad privada.

—Lo supongo.

—Entonces, ya sabe qué hacer. Coja su caballo, si es que lo tiene, y márchese —puntualizó, repasando con desdén al intruso.

—¿Acaso la propiedad es suya? —interrogó él, sin la menor intención de dejarse ofender.

—No. Sin embargo, es de unos buenos amigos y no creo que les gustara saber que un yanqui haragán y mal educado se pasea cómodamente por sus tierras.

El extranjero parecía divertirse de lo lindo.

—¿Del apuesto Richard quizá… ?

Hortensia pensó que si Charlotte no hubiese dejado su sombrilla en el coche se la habría estampado a ese insolente en la cabeza.

—Pues da la casualidad de que sí. Y a diferencia de usted, el señor Reemick es un caballero.

—¡Un caballero! —exclamó el yanqui—. Había oído hablar de ellos, pero la verdad, nunca imaginé que existieran.

El coche apareció al superar unos árboles. Noah, que esperaba junto al borde del camino, se puso en guardia alertado por el aspecto sucio y mojado de Charlotte y la presencia del desconocido.

—¿Está arreglado? —preguntó Charlotte a Noah, que miraba expectante al desconocido.

Con un imperceptible parpadeo Charlotte indicó al esclavo que todo estaba bien.

Noah asintió y se colocó frente a la portezuela.

Guiada por el deseo de librarse de aquel hombre tan molesto, Hortensia aceleró sus pasos. Deseaba marcharse de allí cuanto antes. Aceptó la mano de Noah para subir al carruaje y esperó sentada a su hermana. Pero Charlotte no parecía tener prisa en zanjar su batalla dialéctica, incluso se diría que había ralentizado su avance.

—Volvemos a casa —informó Charlotte a Noah, ignorando como siempre la mano oscura del esclavo.

Tras subir por sus propios medios en el coche, Charlotte se acomodó junto a su hermana.

Los dos caballos que tiraban del elegante carruaje negro con remates dorados y asientos de cuero granate, fueron conducidos con habilidad por Noah hasta que dieron un giro de ciento ochenta grados.

—Por cierto —dijo Charlotte, volviéndose con descaro hacia el desconocido cuando el coche empezaba a alejarse—. En el Sur suelen soltarse a los perros cuando los extraños acechan las propiedades ajenas.

En pie en medio del camino, el joven soltó una carcajada.

—¡Y yo que había oído maravillas de la hospitalidad del Sur!

Poco después de llegar a Nueva Fortuna, Charlotte estornudó. Aterrada ante la perspectiva de caer enferma y no poder asistir a la celebración en honor de Richard, se metió en la cama, se cubrió de mantas hasta la nariz e hizo preparar a Latoya todo tipo de mejunjes y pócimas para luchar contra el resfriado. Por suerte, aquel inesperado estornudo resultó ser una falsa alarma. Aun así, Charlotte no abandonó la seguridad y el calor de su colcha hasta el mismo instante en que empezó a prepararse para ir a la fiesta.

Eligió un vestido de seda verde, talle ceñidísimo y amplio escote, que había encargado en Richmond. Hortensia, por el

contrario, se había decantado para la ocasión por uno azul turquesa de líneas elegantes, más clásico y recatado.

—¿No será un poco atrevido? —insinuó Hortensia, viendo el gran escote barco que dejaba al descubierto los hombros de su hermana.

—En Europa es la última moda —se defendió, contemplando con orgullo el reflejo de sus redondeados hombros en el espejo del tocador—. Además, de qué te sirve tener unos hombros bonitos si nadie puede admirarlos.

—No sé —dudó Hortensia, jugueteando con la gargantilla de zafiros que rellenaba su recatado escote en forma de uve—. Creo que es excesivo. Si por lo menos te cubrieras un poco con algún collar, no daría la sensación de que vas medio desnuda.

—Laura Burton siempre enseña los hombros, y no creo que ningún hombre le ponga pegas.

Hortensia miró a su hermana de reojo. Laura Burton no era precisamente lo que ella entendía como paladín del refinamiento y del buen gusto.

Hortensia, que hacía más de cinco minutos había terminado de vestirse, se abrochó la capa y se sentó a esperar a que su hermana se colocara los pendientes de plata y esmeraldas.

—No sé, Charlotte, pero tengo la sensación de que Richard te evita.

Los ojos de Charlotte eran del mismo color que las gemas de sus pendientes.

—¿Evitarme? ¿Por qué?

—Ha pasado una semana desde su regreso y todavía no ha intentado verte.

—No habrá podido. Piensa que lleva años fuera. Habrá tenido miles de cosas que hacer en estos días.

—Pero no te ha escrito, ni ha intentado verte, ni mandarte un mensaje…

—Estaba muy ocupado en sus estudios. Y después se embarcó. ¿Cómo iba a hacerlo?

—Tal vez. Pero ¿y cuando se graduó?

—¿Qué pasa cuando se graduó?

—En lugar de aprovechar el permiso para venir a Virginia, se quedó en Maryland hasta el momento de embarcarse.

—¿Insinúas que no me quiere?

Hortensia dudó.

—Yo sólo creo que tal vez no deberías hacerte demasiadas ilusiones. No quiero que sufras.

—No te preocupes, hermanita. Todo va ha salir perfectamente. Antes de que te des cuenta me habré convertido en la señora Reemick.

Hortensia sabía que no lograría convencerla. Así que no insistió. Además, ¿de qué servía preocuparla con sus temores?

—Y entonces, ¿qué vas a hacer?

—Lo único posible —respondió tajante—. Conseguiré que esta misma semana Richard Reemick pida mi mano.

Cuando las hermanas Parrish atravesaron el umbral de Delow, las relucientes bandejas de plata llenas de aperitivos se abrían paso entre una nube de invitados que abarrotaban el recibidor con sus mejores galas. Una suave melodía de fondo amenizaba la espera para la cena que se serviría pronto. Tres años, se dijo Charlotte, sintiendo que su pulso se aceleraba mientras sus ojos rastreaban nerviosos los corrillos que se habían ido formando. Entonces sintió que su corazón se detenía. Lo hubiese reconocido en cualquier lugar. Allí estaba. Con su uniforme de gala azul y dorado. Su figura estilizada y su porte sereno destacaban entre el resto de invitados. Richard conversaba muy animado con otros dos hombres a los que Charlotte no alcanzaba a ver el rostro. Respiró hondo y se dispuso a cubrir en compañía de Hortensia los escasos metros que las separaban de Richard.

Los ojos de Richard sonrieron al ver a Charlotte.

—Hortensia, Charlotte —saludó, sin poder retirar sus ojos de aquellos otros color esmeralda que lo hechizaban.

—Hola, Richard. Me alegro de volver a verte. Ha pasado mucho tiempo.

—Mucho —suspiró él, mientras su mirada trataba inútilmente de liberarse del embrujo ejercido por Charlotte.

Tres años, se repitió Charlotte, sin dejar escapar ni un solo detalle del rostro que tenía frente a ella.

El semblante de Richard se había endurecido, sus facciones habían perdido parte de la dulzura de la adolescencia. Los años pasados en el mar habían curtido su piel. Ya no era un niño. Se había convertido en un hombre. Charlotte había olvidado lo bonitos que eran aquellos ojos grises de mirada profunda. Nunca lo había visto tan atractivo.

Pero un oportuno movimiento tras Richard rompió el hechizo y pudo ver a un hombre fuerte, tan alto como Richard, con el cabello muy rubio hasta los hombros, traje militar de gala y perilla.

—Señoritas Parrish, él es el teniente Klaus Fritz de Montgomery, Alabama —presentó Richard, escapando de la hechizante mirada de

Charlotte.

Las dos hermanas sonrieron al oficial, que besó la mano de Hortensia e hizo lo propio con Charlotte. Los ojos de Klaus se posaron involuntariamente en los hombros desnudos de Charlotte. Hortensia se ruborizó, pero su hermana ni se inmutó.

—… y él, es mi gran amigo Scott O'Flanagan, de Boston —continuó Richard, volviéndose hacia el otro hombre que quedaba a su izquierda.

Charlotte ensayaba su mejor sonrisa cuando reconoció aquella expresión descarada frente a ella.

Hortensia se había quedado muda.

—Señoritas. Me alegro de volver a verlas —saludó cortés Scott.

—Un placer —consiguió pronunciar Hortensia con un hilo de voz, al reconocer al hombre que habían conocido en Blossom Creek.

El yanqui se había desecho de su viejo traje gris y sus botas remendadas, pero Charlotte pudo reconocer los guantes que le cubrían las manos.

Alto, pero no tanto como Richard y el teniente Klaus, el cabello del yanqui era casi negro, y sus ojos eran oscuros. De rostro armonioso, su omnipresente sonrisa le daba un aire descarado y desenfadado. Su nariz recordaba a las ilustraciones de esculturas griegas cinceladas en mármol que había visto en los libros. Charlotte pensó que cualquier otra mujer de la sala hubiese considerado a ese joven tremendamente atractivo. Pero para ella sólo representaba un hombre odioso y grosero sin ninguna clase, que por algún extraño motivo había conseguido convertirse en el incómodo amigo de Richard.

—Señor O'Flanagan. Lo siento, pero me ha costado reconocerlo con ese traje tan elegante.

Scott contraatacó con rapidez.

—Señorita Charlotte, me temo que a mí me ha pasado lo mismo.

—¿Se conocían? —intervino Richard, ante el tono hiriente de las palabras de Charlotte.

—Tuve ocasión de tropezarme con esta encantadora dama y su hermana hace un par de días.

Una acuciante señal de Charlotte instó a Scott a que no entrara en detalles sobre el incidente.

En ese momento Nicholas Reemick reclamó la presencia de su hijo para que ejerciera de anfitrión con la familia Burton, que acababa de llegar.

Richard se disculpó y siguió a su padre hasta el corrillo formado por los Burton, dejando a Hortensia y a Charlotte en compañía de

Klaus y Scott.

Charlotte siguió los pasos de Richard entre la multitud.

Tras un escueto saludo a Gwendolyn Burton, que a pesar de su edad había elegido un exagerado conjunto amarillo para la ocasión, Richard conversó un minuto con Laura, cuyo vestido cargado de vuelos y adornos hacía evidente que la joven Burton además de la tendencia a acumular grasa en las caderas, también había heredado el pésimo gusto de su madre para vestir. A pesar de todo, Laura era una joven atractiva que sabía sacar partido a su bonita cara ovalada y ojos azules. Y entonces Camille surgió de la nada. Allí estaba, a escasos pasos de Richard. Charlotte pudo apreciar la burda operación de Camille para hacerse la encontradiza.

Charlotte frunció el ceño. Trató de encontrar defectos a Camille, pero para su desesperación tuvo que reconocer que estaba preciosa. El vestido era de un clarísimo rosa pálido que le hacía el talle diminuto. Unos abundantes rizos rubios le caían en cascada sobre unos hombros castamente cubiertos y su rostro se deshacía en sonrisas cada vez que Richard le dirigía la palabra.

Captó retazos de la historia de un enfrenamiento contra los salvajes de una isla de un remoto lugar en el océano, contada por la voz grave y enérgica del teniente Fritz. Pero Charlotte no tenía la intención de perder su tiempo escuchando cuentos sobre escaramuzas pasadas cuando en esos momentos se libraba la batalla más crucial de su vida.

Tomó a Hortensia del brazo y sonrió al capitán.

—Lo lamento, teniente Fritz —se disculpó con rostro compungido, llevándose la mano que tenía libre al corazón y dejando al oficial con la palabra en la boca—. Si nos disculpan… me temo que hemos de saludar a nuestro tío —dijo, arrastrando a su hermana con ella.

Con su historia a medio terminar Klaus vio cómo las dos mujeres más atractivas de la fiesta desaparecían entre el resto de invitados.

—No te preocupes, Klaus —lo animó Scott, divertido ante el fracaso de su amigo—. Las mujeres son así.

Él levantó los hombros resignado y se centró en la joven que Richard había saludado minutos atrás. No era una belleza, pero sería suficiente.

—Si no te importa, voy a mezclarme un poco.

—Tranquilo —sonrió Scott al descubrir el motivo de interés de Klaus—. No te preocupes por dejarme a solas ante el enemigo. Me las arreglaré.

Cuando Charlotte asomó su nariz en el comedor, comprobó

satisfecha que no había nadie en su interior. La mesa había sido correctamente dispuesta y los esclavos que iban a encargarse de atenderles durante la cena aún no habían conseguido abandonar el recibidor, atestado de invitados deseosos de hacerse con alguno de los deliciosos aperitivos que volaban de sus bandejas.

—¿Se puede saber qué pretendes? —le dijo Hortensia, nerviosa, sin atreverse a sobrepasar el umbral.

Charlotte le hizo un gesto para que guardara silencio y se quedara en la puerta vigilando mientras ella se colaba en el comedor.

Por fortuna nadie parecía haberse dado cuenta de que las hermanas Parrish habían abandonado el recibidor.

Hortensia no podía imaginar lo que pretendía hacer Charlotte. Pero conociéndola, sabía que su hermana no podía estar tramando nada bueno. Entonces vio cómo dirigía sus ojos a las finas tarjetas de color tostado que descansaban sobre los platos con el nombre de los comensales grabados en ellas. Hortensia tuvo un horrible presentimiento. Un segundo después Charlotte lo confirmaba cogiendo una de las tarjetas y cambiándola por otra que estaba a unos cuantos platos de distancia.

Agazapada bajo el rellano de la escalera que quedaba al lado de la entrada al comedor, Hortensia vigilaba a los invitados con un ojo y seguía los pasos de su hermana con el otro. Sus piernas flaquearon. Si alguien las descubría se juró que no se atrevería a salir de su casa por el resto de su vida.

Cuando Charlotte se reunió con su hermana, a Hortensia estaba a punto de darle un ataque de nervios.

—¿Es que te has vuelto loca? —le increpó, sin atreverse a alzar la voz, arrastrando a Charlotte tan lejos del comedor como las paredes de la casa se lo permitieron.

Charlotte no se inmutó.

—¡Charlotte, lo que acabas de hacer es demasiado incluso para ti! —la recriminó cuando consideró que estaban lo suficientemente lejos del lugar del delito y que ningún otro invitado podía escucharlas—. No puedes cambiar las tarjetas de sitio —susurró bajando la voz—. ¿No crees que los Reemick sabrán cómo han dispuesto los asientos?

—Hortensia, siempre buscas pegas a todo. En el amor y en la guerra todo vale —protestó, un poco fastidiada ante los reproches de su hermana—. Pueden pensar que se han confundido. Con tantos invitados y esclavos que no saben leer componiendo la mesa es posible que pueda haber un error. No creo que se les pase por la

cabeza la idea de que yo haya movido las tarjetas.

En eso al menos Charlotte tenía razón. Porque nadie en su sano juicio podía pensar que alguien pudiera hacer semejante estupidez.

—¡Y menos mal que se me ha ocurrido comprobar el lugar que nos habían asignado en la mesa! —exclamó indignada—. Porque, adivina quién había conseguido colocarse junto a Richard…

—¿… Camille?

—Sí —corroboró Charlotte—. Nada más y nada menos que la mosquita muerta de Camille.

—¿Y tú? ¿Dónde estabas?

Los ojos de Charlotte se clavaron en Scott O'Flanagan, que en esos momentos se reunía con el capitán Klaus y Laura Burton.

—Junto al yanqui —dijo esbozando una sonrisa traviesa.

El agudo sonido de una campanilla anunció el momento de pasar al comedor. Camille se adelantó en compañía de Richard. En cualquier otra situación aquella imagen hubiese enfurecido a Charlotte, pero en ese momento le causó placer. Disfrutaba ante la reacción que tendría la educada y correctísima Camille al decirle que se había confundido de sitio.

Hortensia encontró su asiento y se instaló en él tratando de pasar desapercibida. Barajó la posibilidad de sentirse repentinamente indispuesta y regresar a casa, pero ya era tarde. Lo que tuviera que pasar, pasaría.

—Señorita Parrish —llamó alguien a su espalda cuando Charlotte pasó junto a la silla que había sido destinada para ella en el primer momento.

Al reconocer la molesta voz del yanqui pensó en no detenerse. Pero algunos curiosos ya habían centrado su atención en ellos.

—¿Sí, señor O'Flanagan?

—Creo que su sitio es éste —dijo servicial, señalando el asiento que permanecía vacío a su derecha.

—Me temo que se ha confundido.

—No lo creo —replicó él, señalando la tarjeta que descansaba sobre el plato—. Puede comprobarlo si quiere.

A Charlotte no le quedó más remedio que leer la tarjeta.

—Charlotte Parrish —leyó en alto, sin poder dar crédito a lo que revelaba su propia voz.

Richard y el resto de invitados la observaban.

—Pero ¿cómo? ¿Quién?… —se preguntó, sin poder comprender.

La sonrisa de su compañero de mesa le proporcionó la respuesta.

Estuvo a punto de gritar, pero en el último instante se contuvo. Se prometió que aquel yanqui grosero y molesto no podría con ella.

Charlotte consiguió contener su deseo de lanzarse al cuello del yanqui, que con diligencia se había puesto en pie y esperaba a que ella se sentara para acomodarle la silla.

—Realmente la señorita Camille es una joven encantadora —susurró Scott al oído de Charlotte, cuando ella reposaba sobre el respaldo—. Parece tan dulce…

—Sí, encantadora —respondió, estrujando uno de sus guantes—. Es perfecta para usted. Ya ve, si no hubiese movido las tarjetas habría tenido oportunidad de disfrutar de su agradable compañía durante el resto de la velada.

—Sí, hubiera sido muy agradable —le respondió Scott mientras seguía sonriéndole y se sentaba a su lado—. De todas formas, yo sólo las he devuelto a su posición original.

—No sé a qué se refiere.

—Estoy convencido de que lo sabe. Y creo que debería darme las gracias.

—¿Las gracias?

—Así es. Es lo mínimo que merezco después de impedir que se pusiera en evidencia. No podía permitir que sus modales quedaran en entredicho entre sus amigos y vecinos.

—Ya veo. Ahora resulta que es usted un experto en etiqueta.

Las cejas de Scott se elevaron a modo de afirmación.

—Siendo usted tan experto, debería saber que un caballero nunca come con los guantes puestos.

Scott extendió sus manos y sonrió. Hacía tanto tiempo que no se quitaba los guantes que a veces se olvidaba de ellos. Era el único hombre de la mesa que no se los había quitado para comer.

—¡*Touché*, señorita Parrish! Pero por si no se había dado cuenta, sólo soy un desconsiderado y mal educado yanqui sin modales.

La pasión de las palabras de Scott llamó la atención de Paul Sebastian, que se había casado recientemente y había acudido acompañado de su esposa. Paul no dijo nada. Estaba demasiado lejos para intervenir en la conversación, pero Charlotte pudo apreciar cómo su habitual mirada tranquila se tornaba hostil. ¿Hasta ese punto habían empeorado las cosas entre el Norte y el Sur?, se preguntó Charlotte al descubrir la reacción que podía provocar la sola presencia de una persona del Norte en un hombre sereno y educado como el hermano mayor de Rebeca.

Cuando Scott se encontró con la dura y desaprobadora mirada, sonrió.

El involuntario rictus que se dibujó en los labios de Paul dejó patente la animadversión que el primogénito de los Sebastian sentía

hacia el señor O'Flanagan.

—Parece que tiene usted una gran facilidad para hacer amigos.

—¿Lo dice por el bueno de Sebastian?

La curiosidad pudo más que su autoimpuesta determinación por ignorar a su acompañante.

—¿Acaso lo conoce?

—Tuve ocasión de coincidir con él hace unos años. Creo que aún no me ha perdonado las muchas libretas que gastó por mi causa.

Aunque no entendió nada, sí pudo sacar algo en claro. La causa del resentimiento de Paul Sebastian hacia el invitado de Richard era algo personal.

Por un momento barajó la posibilidad de indagar en el asunto, pero lo pensó mejor. Cualquier cosa que hubiese pasado podría conocerla por otros medios. Y lo más importante, no pretendía darle a ese entrometido que le había amargado la noche la satisfacción de pensar que ella sentía el más mínimo interés por cualquier cosa relacionada con su vida.

El resto de invitados habían empezado a comer, bebían y charlaban con las personas de alrededor sin sospechar nada de lo sucedido.

Cuando Hortensia comprobó que el mundo no se había hundido bajo sus pies se atrevió a levantar la cabeza de su plato. Estando sentada frente a Scott, aprovechó un instante en que Charlotte cambiaba unas palabras con la persona de su izquierda para darle las gracias con discreción sin que su hermana la viera.

Robert Ardley aprovechó el despertar de Hortensia para entablar una conversación.

Hacía tiempo que Charlotte había descubierto que Robert siempre buscaba la compañía de Hortensia. Richard y él eran buenos amigos, así que Charlotte tenía la certeza de que Robert había solicitado a Richard que le pusiera junto a Hortensia aquella noche. No era difícil adivinar que el serio y tímido Ardley estaba enamorado de su hermana. Y aunque Hortensia no era un libro abierto a la hora de compartir sus sentimientos, Charlotte había observado cómo a su hermana se le encendía el rostro cada vez que él la invitaba a pasear o la sacaba a bailar. Sí, Hortensia estaba enamorada, y a pesar de que Charlotte siempre había considerado a Robert un poco soso y aburrido, sabía que sería un buen marido para ella. Además, la plantación de los Ardley y la de Richard eran vecinas, por lo que una vez casadas, Hortensia y Charlotte podrían seguir viéndose todos los días.

Tras el primer asalto con Scott, Charlotte empezó a sentirse

inquieta. Aunque no dejaba de buscarlo, Richard no la había mirado ni una sola vez. Parecía distraído. En varias ocasiones, Camille, que no había dejado de sonreír en toda la cena, tuvo que insistir para que él le respondiera. Después de tanto tiempo, los dos volvían a reunirse. Charlotte había soñado con ese instante durante tanto tiempo… Se lo había imaginado una y otra vez. Su vida había girado en torno al momento en que ella tuviese edad para comprometerse y él corriera a su encuentro para pedir su mano. ¿Por qué la evitaba?

Poco después los padres de Richard se ponían en pie. Richard los imitó y fue seguido por el resto de invitados. Charlotte fue una de las primeras en seguir los pasos de sus anfitriones. Se podía decir que incluso saltó de la silla. Necesitaba alcanzar a Richard y Camille antes de que llegaran al salón que había sido acondicionado para albergar el baile.

Richard acompañó a Camille hasta la galería donde en breve comenzaría la música. Para cuando Charlotte consiguió alcanzarlos los acordes de una melodía flotaban en el ambiente. Debía pensar algo con rapidez si quería convertirse en la pareja de baile de Richard.

Y entonces sucedió el milagro.

No supo muy bien cómo, pero vio que el incómodo amigo de Richard la adelantaba, y antes de que ella pudiese hacer o decir nada comprobó sorprendida que Scott O'Flanagan invitaba a Camille Carson al primer baile. Demasiado educada para negarse, Camille no tuvo otro remedio que aceptar.

Scott giró su cabeza y guiñó un ojo a Charlotte.

Esta vez Charlotte le devolvió la sonrisa.

No fue consciente de cuándo salieron al jardín, pero pronto la música de los violines se convirtió en un susurro lejano. Cogidos de la mano, avanzaron en silencio bajo un cielo estrellado mientras las cigarras batían sus alas envolviéndolos con una suave melodía. Al alcanzar los lindes del bosque se sentaron en un banco de piedra protegido por un seto salpicado de buganvillas. Desde allí la casa parecía muy lejana, casi irreal. Charlotte tuvo la sensación de estar viviendo un sueño. Pero el contacto de la mano fuerte de Richard sobre la suya no dejaba lugar a dudas. Era real. Charlotte sintió el penetrante aroma de las flores. Ninguno de los dos había dicho una sola palabra. No hacía falta. Richard rodeó su cintura y la atrajo hacia él. Charlotte sintió que el pulso se le aceleraba. Él la miró a los ojos. Aquellos fascinantes ojos grises estaban cargados de deseo.

—Charlotte… —susurró.

Una lechuza rió a lo lejos.
Y entonces, al amparo de las estrellas, él la besó.

20

A la mañana siguiente, Richard montó en su caballo y puso rumbo a Nueva Fortuna. Necesitaba volver a verla. En lugar de acercarse por el camino, atravesó los campos y se ocultó tras los árboles que crecían junto al río. Charlotte no tardó en salir de la casa.

Richard la observó desde la distancia. Charlotte se sentó en el columpio que colgaba de la rama de un roble y comenzó a sonreír. Estaba preciosa. Richard aún podía sentir el calor de los labios de Charlotte sobre los suyos. Ella lo amaba. En ese momento, sintió que el dolor y su lucha interna despertaban. No quería dejarla marchar.

—Te amo, Charlotte —susurró.

Entonces un trueno rasgó el cielo y empezó a llover. Charlotte saltó del columpio y corrió hacia la casa.

La lluvia arreció, pero Richard permaneció inmóvil. Tenía que tomar una decisión. Allí, en pie mientras las gruesas gotas caían sobre él, Richard supo lo que debía hacer. Subió a su caballo y regresó a Delow.

Esa misma mañana hablaría con su padre.

Cuando las hermanas Parrish fueron conducidas al porche, Laura Burton, que hacía las veces de anfitriona, su inseparable amiga Dorothy Tadeus y Rebeca, ya las esperaban. Laura saludó a las recién llegadas y las invitó a sentarse junto a ellas.

—Pensé que Camille vendría —se interesó Charlotte, reparando en la silla que permanecía vacía a su lado.

—No sé qué le habrá pasado. Camille no suele retrasarse.

La puntualización de Laura había sido un ataque directo a Charlotte y a su hermana, que habían llegado con más de media hora de retraso.

—¿No habrá tenido un accidente?

—No lo creo, Hortensia —dijo Dorothy.

—¿Sabéis que Camille coincidió con Richard en el tren cuando regresaba a Richmond tras visitar a su tía en Baltimore?

—No tenía ni idea —murmuró Charlotte.

Dorothy asintió.

—Desde entonces, Camille no ha perdido la oportunidad de repetir una y otra vez lo atractivo y apuesto que es. Por lo que sé, Richard Reemick le había pedido a Camille que le reservara un baile anoche, pero cuando llegó el momento él no apareció.

—La pobre se llevó un disgusto horroroso —apuntó Laura, como si realmente lo sintiera.

—Por cierto, Charlotte, a ti tampoco te vi.

Hortensia se puso a la defensiva. De repente comprendió que la invitación de Laura para tomar el té no había sido completamente desinteresada. Les habían tendido una trampa y su hermana estaba dispuesta a lanzarse en ella de cabeza.

Charlotte dio un mordisco más grande de lo correcto a una de las pastas y la miró.

La gran pamela que acompañaba a Laura a todas partes no había podido evitar que el sol hiciera asomar unas manchas rosadas junto a su nariz respingona.

—Como estoy segura de que ya sabréis, salí al jardín a tomar un poco de aire en compañía de Richard —le contestó Charlotte, sin dejarse intimidar.

—Y bien, Charlotte. ¿Nos vas a contar lo que pasó? ¿O vas a permitir que nos muramos de intriga?

El pisotón que Hortensia le propinó por debajo de la mesa, advirtiéndole que no les contara ni una palabra a aquel par de chismosas, no sirvió de nada. Charlotte no tenía ganas de callar. Estaba feliz. Al fin y al cabo, no había nada malo en que el hombre que en breve sería su esposo la hubiera besado.

—No hay nada que contar. Bueno, salvo que Richard me besó.

Charlotte evitó mirar a Hortensia a propósito porque sabía que en ese instante los intensos ojos azules de su hermana la miraban fijamente para hacerle saber que estaba hablando más de la cuenta y que no debía decir ni una palabra más. Pero no tenía el menor deseo de complacerla.

Dorothy y Laura intercambiaron una mirada de complicidad. Aquel mismo día todo el condado sabría que Richard Reemick había besado a la desvergonzada Charlotte Parrish. Y lo que era peor, pensó Hortensia, a su hermana Charlotte no le importaba lo más mínimo.

—¡Dios mío! —exclamó Laura, llevándose las manos a la cabeza de manera exagerada—. ¡Cómo pudiste permitir que te besara! ¡Sin estar comprometidos! —añadió escandalizada y con un marcado

tono de reproche, haciendo que sus largos tirabuzones se balancearan de un lado a otro.

—No fue más que un inocente beso en la mejilla —intervino Hortensia, queriendo arreglar el embrollo antes de que su hermana terminara de estropearlo.

La puntualización de Hortensia tuvo el efecto deseado, ya que a pesar de seguir siendo poco correcto, un beso en la mejilla era de lo más casto y no enturbiaba la reputación de Charlotte. Dorothy y Laura no tendrían nada donde hincar el diente.

—¡De eso nada! —corrigió Charlotte—. Fue un beso de verdad. Y os puedo garantizar que fue maravilloso.

—Entonces, ¿ha pedido tu mano? —quiso saber Laura.

—Lo hará pronto —respondió Charlotte, tajante.

Laura y Dorothy compartieron una mirada seguida de una sonrisita.

Rebeca, que todavía no se había atrevido a abrir la boca, no perdía detalle.

—Bueno, no es lo que parece —se apresuró a contradecir Hortensia, que ya había empezado a lamentar haber aceptado la invitación de Laura para tomar el té aquella tarde.

—Sí, Hortensia. Es lo que parece —corrigió Charlotte, harta de tanta mojigatería—. Richard me miró a los ojos y me besó tan apasionadamente que sentí cómo la sangre hervía en mis venas y hacía estallar mi corazón.

—¡Dios mío, Charlotte Parrish! ¿Es que no tienes el menor pudor? ¿Acaso no hay nada en este mundo que te avergüence? —la reprendió Laura, escandalizada de manera visible, mientras recibía la aprobación silenciosa de Dorothy.

—¡No seas falsa, Laura! —explotó Charlotte—. Si repites una sola palabra de lo que os he contado, te aseguro que esta misma tarde tu padre y el resto de respetables del condado sabrán que la semana pasada no fuiste a tomar el té con nosotras como le hiciste creer, sino que te reuniste en secreto con Edgard Carmody —la amenazó, clavando sus ojos verdes sobre ella con la intensidad de un gato salvaje—. Y si no recuerdo mal, tengo entendido que el joven en cuestión ya está comprometido. Con tu adorada prima, por cierto —apuntó hiriente, con un toque de maldad—. Es más, me pregunto qué podía hacer una joven decente y de buena reputación como tú, sin acompañante, en casa de un joven soltero, atractivo y con cierta fama con las mujeres. Pero claro, Laura, eso no es de mi incumbencia.

Laura pasó del blanco al escarlata más intenso.

Hortensia sonrió. Ella nunca hubiese tenido el coraje suficiente para decirle algo así a Laura, pero el rapapolvo la acababa de poner en su sitio y le estaba muy bien merecido. Lo llevaba pidiendo a gritos desde hacía años. Y lo más importante para Hortensia, la reputación de Charlotte por ahora estaría a salvo.

En ese momento se oyeron las ruedas de un carruaje deteniéndose junto a la puerta principal. Minutos después Camille Carson aparecía rebosante de felicidad, acompañada de la esclava de Laura que había ido a recibirla.

—¡Camille, vaya sorpresa! —le dio la bienvenida Laura, yendo a su encuentro—. Pensé que habías cambiado de opinión y no vendrías.

—Lo siento —se disculpó la recién llegada, dándole dos besos en la mejilla—, pero han pasado tantas cosas que se me olvidó mandar un mensaje advirtiendo de mi retraso.

Camille entregó su sombrilla a la esclava y se sentó en la silla que permanecía vacía.

Cuando ésta fue a verter un poco de té sobre la taza de la recién llegada, Camille con un delicado gesto de la mano le indicó que no tomaría nada.

—Lo siento, Laura. Pero no tengo tiempo de quedarme. Ahora mismo salgo hacia Richmond. Sólo he pasado para daros la noticia.

—¿Y se puede saber qué puede ser tan importante para que salgas corriendo de esta manera?

—No os lo vais a creer.

—Dínoslo ya, por favor —suplicó Charlotte, imitando la actitud infantil de Camille.

Hortensia le lanzó una mirada de reproche. Charlotte tuvo que reconocer que había sido muy grosera. Pero aquella mujer era una cursi, y la sacaba de quicio que ni siquiera se molestase en disimular su interés hacia Richard. Aunque ahora todo era distinto. Porque Richard la había besado y dentro de unos días pediría su mano.

Camille respiró profundamente y miró a sus amigas.

—¡Me caso! —anunció entusiasmada.

Las cinco se miraron unas a otras sorprendidas.

—Ya sé que parece un poco precipitado, pero la ceremonia será dentro de dos semanas en Delow.

—¿En Delow? —preguntó Charlotte, sin poder entender el motivo por el que Camille contraería matrimonio en la plantación de la familia de Richard.

El rubor en el rostro de Camille, su sonrisa extasiada, todo

parecía indicar una cosa, y Charlotte no había sido capaz de verla, pero ahora tuvo un horrible presentimiento, y en el fondo de su corazón supo quién era el prometido de Camille antes de que aquella mujer de nariz diminuta y cintura de avispa se lo dijera.

—No tiene nada de extraño. La familia de Richard se ha casado en Delow durante generaciones.

Charlotte creyó que iba a desmayarse. No había entendido bien.

Pero la oportuna pregunta de Laura le sacó de toda duda.

—¡Camille Carson, vas a casarte con Richard Reemick! —exclamó Laura dejando escapar un grito de alegría al ver cómo Camille asentía tímidamente con la cabeza.

Laura miró a Charlotte y sonrió mientras abrazaba a Camille. Nunca hubiese sospechado tener una revancha como aquélla.

—Felicidades —susurró Rebeca, impresionada.

Hortensia sujetó la mano de su hermana bajo la mesa. Richard se iba a casar con Camille.

—No sabíamos… —comenzó a decir Hortensia, sin encontrar las palabras.

—Bueno, yo tampoco —confesó la feliz novia—. Lo cierto es que sospechaba algo —dijo volviéndose a Charlotte—. Pero nunca pensé que estaba tan enamorado. Esta mañana se presentó en Silver Bridge —dijo refiriéndose a la plantación de su familia— y pidió mi mano. Richard comentó a mi padre que sabía de lo infrecuente y poco formal de su petición, pero le confesó que deseaba pasar el resto de su vida conmigo y que desearía que la boda se celebrase cuanto antes.

—Por un momento pensé que mi padre se negaría. Pero el discurso de Richard fue tan elocuente que al final dio su aprobación. No tengo que decir que estáis todas invitadas.

—Yo iré encantada —anuncio Laura, que parecía más radiante que la misma novia.

—Y yo —se apuntó Dorothy, que se había quedado muda por un momento y no dejaba de mirar a Charlotte.

—Me alegro tanto por ti… Richard debe de estar profundamente enamorado —la felicitó una vez más Laura, poco dispuesta a soltar su hueso—. ¿Y vosotras, iréis? —preguntó con cara de ingenua, dirigiéndose a las hermanas Parrish.

Pero Charlotte no se movía, no escuchaba, sólo sentía un dolor enorme en su pecho y un deseo de echar a correr que sólo la mano firme de su hermana sobre la suya contenía. Era una pesadilla. No podía ser verdad. Había querido a Richard desde siempre y él la quería. Lo sabía. Lo había sentido en la fiesta. El modo en que la

miraba a los ojos. La manera en que la besó. Él la amaba. No se lo había dicho con palabras. Pero no hacían falta. La intensidad con la que la cogía entre sus brazos mientras susurraba su nombre. Ella no podía haberse confundido…

—¿Iréis? —repitió Camille, ante el silencio de las Parrish.

Los intensos ojos azules de Hortensia se volvieron a Charlotte antes de responder.

—Iremos.

Camille sonrió.

—Entonces, os dejo —informó satisfecha—. Aún he de hacer miles de cosas antes de la boda. Nos vemos en Delow.

Una vez la novia se hubo marchado, Laura miró a Charlotte. La orgullosa y altiva Charlotte Parrish estaba a punto de romper a llorar.

—Curioso, Charlotte —susurró Laura mordaz, asegurándose de que todas las presentes pudieran escucharla—. Un hombre te declara su amor una noche y al día siguiente corre a pedir en matrimonio a la primera mujer que encuentra. No puedo ni sospechar qué es lo que harías.

Hortensia iba a salir en defensa de su hermana cuando Dorothy se le adelantó, enérgica.

—¡Laura, es suficiente! Ya has tenido tu venganza.

Katherine leía en el porche cuando Charlotte saltó del carruaje, pasó como una exhalación junto a ella y desapareció en el interior de la casa.

—¡Dios mío! ¿Se puede saber qué le pasa a tu hermana? —preguntó a Hortensia, que en ese momento pasaba a la carrera frente a su madre.

—Nada, mamá, todo está bien —se disculpó, deteniéndose el tiempo justo para recuperar el aliento y reemprender la carrera.

Sus palabras fueron desmentidas por el portazo proveniente del primer piso.

Hortensia subió la escalera y se detuvo frente a la puerta de la habitación que compartía con su hermana desde niña.

—Lo siento —le dijo Hortensia, sin poder contener las lágrimas.

—¡Te odio! ¿Por qué dijiste que iríamos a esa estúpida boda? ¡Yo no iré! ¡No iré! —repitió furiosa, cerrando los puños con fuerza.

—Sí. Irás, Charlotte. Iremos las dos. Y demostrarás que Charlotte Parrish vale más que un estúpido hombre que no sabe reconocer el amor.

—No puedo —dijo, desarmada, derrumbándose sobre el suelo y rompiendo a llorar.

Hortensia se acercó a su hermana. Se sentó junto a ella y colocó la cabeza de Charlotte sobre su hombro.

Charlotte miró a su hermana a los ojos; las lágrimas iluminaban el verde de su iris haciéndolo más intenso y profundo. Hortensia jamás había visto tanta desesperación en aquellos penetrantes y apasionados ojos.

—Lo he querido toda mi vida —confesó entre sollozos—. Lo sabes.

Su hermana asintió en silencio.

—Sólo he pensado en él. Desde aquel día en que plantó cara a Carmody en la boda de Silvia no he deseado otra cosa que convertirme en su esposa.

—Lo sé —la consoló, abrazándola con fuerza.

—Yo creí que me amaba. Si hubieses visto el fuego de sus ojos cuando tomó mi rostro entre sus manos. Si hubieses sentido aquel beso… —dijo, sin poder concluir—. Él me ama, Hortensia. Lo sé.

—No te tortures, Charlotte. No hay nada que se pueda hacer.

Por un momento pareció que Charlotte titubeaba. Su mente pensaba a toda prisa. Hortensia tenía que estar equivocada. Sí, debía de haber algo que ella pudiera hacer. En algún momento debía de haber sucedido algo. Un error. Un malentendido. Y ella debía descubrirlo. Tenía que aclararlo o se volvería loca.

—Tengo que hacer algo, debe de haber alguna cosa que pueda hacer —comenzó a repetir Charlotte una y otra vez, como si hubiera perdido la cordura.

—Mi querida hermanita —rogó Hortensia, tomando la cara de Charlotte entre sus manos, intentando en vano que su mirada errante se centrase en ella—. Por favor, mírame.

Pero los ojos de Charlotte no obedecían, vagaban sin rumbo mientras sus labios articulaban palabras sin sentido.

—¡Hablaré con él! —anunció con un rayo de esperanza, poniéndose en pie y echando a correr hacia la puerta.

Pero esta vez Hortensia reaccionó incluso más rápido que su hermana. De un salto le cortó el paso y sujetándola con fuerza le impidió salir de la habitación.

—No, no lo harás.

—¡Suéltame! —le ordenó Charlotte, forcejeando sin éxito—. ¡Debo hablar con él!

—No te dejaré ir —se negó Hortensia, inconmovible, abrazando a su hermana con determinación.

—Debo hacerlo —le suplicó—. Necesito saber por qué.

Hortensia contempló a su hermana con un cariño infinito.

—No puedo dejarte, Charlotte. No puedo permitirlo.

Hortensia tomó la cara cubierta de lágrimas de Charlotte entre sus manos y la miró a los ojos.

Charlotte había dejado de forcejear. Y ahora las dos hermanas estaban una frente a la otra.

—No permitiré que lo hagas, Charlotte. Aunque tenga que encerrarte en esta habitación y me odies el resto de tu vida. No permitiré que te hagan daño.

—¡Lo amo tanto! No podré enfrentarme a él. No podré ver cómo se casa con ella. ¡No debiste decir que iríamos a la boda! —le increpó sin fuerzas.

—Podrás, Charlotte. Porque yo estaré contigo. Estaremos juntas como hemos estado siempre. Y esta vez yo estaré allí para darte mi apoyo.

Charlotte sonrió mientras las lágrimas aún resbalaban por sus mejillas.

—Nunca pensé que serías capaz de detenerme.

—Yo tampoco —admitió Hortensia, sin reconocerse a sí misma —. Haría cualquier cosa por ti.

—Lo sé.

21

Antes de que se dieran cuenta, todo estaba previsto para acudir a la boda de Camille y Richard.

Charlotte estaba radiante. Las bolsas oscuras bajo sus ojos que la habían acompañado durante las dos últimas semanas desaparecieron, y al ver su rostro perfecto, las largas noches en vela de lágrimas y dolor parecían algo lejano en el tiempo, como si se tratase del recuerdo de una horrible pesadilla que tras los primeros rayos de luz desaparece dejando un sabor amargo en el alma. Hortensia pensó que no habría otra mujer más hermosa que su hermana en la ceremonia. Pero no se dejó engañar. Algo había cambiado. Charlotte nunca volvería a ser aquella joven despreocupada que absorbía la vida a cada instante. La vida le había golpeado con fuerza, y ya nada volvería a ser igual.

Klaus se puso su uniforme de gala por segunda vez desde su llegada a Virginia, se miró en el espejo y asintió satisfecho.

—¿Quién nos iba a decir hace unos días que Richard se casaría?

Tumbado sobre la cama, Scott tenía los brazos bajo la cabeza y la mirada perdida en el techo. No respondió.

—¿Y tú qué? —dijo Klaus, volviéndose a Scott, con quien compartía habitación durante su estancia en casa de los Reemick—. ¿Piensas pasarte el día tumbado?

El oportuno golpeteo de unos nudillos en el dintel hizo menos violento el silencio de Scott.

Klaus fue a abrir la puerta.

—¡Richard! —saludó Klaus.

—Hola. ¿Puedo pasar?

Klaus dejó paso a Richard, que a pesar de que aún faltaban un par de horas para el enlace ya estaba preparado.

—¿Qué, Richard? ¿Nervioso?

—Un poco.

La rapidez con que Scott se levantó de la cama y la mirada esquiva que le devolvió Richard, le indicaron a Klaus que había llegado la hora de dar un paseo por el jardín.

—¿Has pensado en lo que te propuse? —le preguntó Richard a Scott, una vez se quedaron a solas.

Al mirar a Richard a los ojos Scott sólo pudo encontrar tristeza.

—En cualquier otra circunstancia hubiese sido un honor. Pero así… lo siento, Richard, no puedo aceptar.

Richard no pareció sorprenderse. En cierto modo se habría sentido decepcionado si la respuesta hubiese sido diferente.

—Klaus estará encantado de ser tu padrino.

—Ya veo. ¿Te quedarás a la ceremonia?

Scott agachó la cabeza.

—Entiendo.

Richard dio la vuelta y se dispuso a dejar la habitación.

—Al menos, dime por qué, Richard. Déjame entender por qué vas a casarte con una mujer a la que no amas, estando perdidamente enamorado de otra que te corresponde, y que hoy mismo se convertiría en tu esposa.

—Sólo hago lo que debo.

—No, Richard. Estás a punto de cometer el mayor error de tu vida. Y no me consideraría tu amigo si me quedara quieto viendo cómo te lanzas al vacío. Hay que estar loco para dejar escapar a una mujer como Charlotte Parrish. ¡Ella te adora! Está loca por ti, Richard. Y tú por ella. ¿Por qué el mundo se empeña en ser infeliz y desdichado cuando tiene la felicidad al alcance de su mano?

—Las cosas no son tan sencillas.

—¿Por qué?

—Hay ciertas cosas que tú no sabes.

—¿Qué cosas, Richard? ¿Qué puede ser tan grave?

—No importa el motivo, Scott —dijo, cargando con el peso de su secreto—. Lo único cierto es que nunca podré casarme con ella.

—¿Por qué? ¿Porque su madre era una esclava?

Richard se quedó blanco.

—Sí. Hace años que sé lo que te atormenta. Desde aquella noche en que tras recibir la visita de tu tío te emborrachaste hasta perder el sentido y tuve que arrastrarte hasta la academia.

—… Entonces, al día siguiente, cuando te pregunté…

—Mentí. ¿Qué iba a hacer? No podía decirte que en el delirio de la borrachera me habías confesado el secreto más profundo de la mujer que amabas.

La angustia se reflejó en el rostro de Richard.

—Puedes estar tranquilo, nadie lo sabrá por mí.

—¡Has de jurármelo! —le ordenó desesperado—. ¡Nadie debe saberlo nunca!

—Te lo juro Richard. Tu secreto estará a salvo conmigo.

Los ojos oscuros de Scott decían la verdad. Richard soltó a su amigo. Parecía cansado. Cansado de llevar el peso de aquel secreto sobre su alma. Por primera vez en mucho tiempo se relajó. En cierto modo la revelación de Scott hacía más ligera su carga.

—¿Sabes cuál sería su futuro si se descubriera? —dijo Richard, compartiendo con Scott su mayor temor—. Me aterra imaginar qué podría pasar. ¿Qué sería de ella?

—Entonces cásate con ella y libérala de su futuro.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué? ¿Porque es negra?

—No, Scott —dijo, resignándose a su destino—. No puedo hacerlo porque mi tío sabe la verdad. Y si alguna vez sospechase que pretendo algo con Charlotte no dudaría en revelar el secreto de su origen para evitar nuestra unión. ¿Qué sería de ella? Casarme con Camille es la única forma que tengo de mantener a salvo a Charlotte.

—Pues entonces lo siento por ti, Richard, y lo siento por esa joven, que nunca dejará de preguntarse por qué la abandonaste.

Katherine no había acompañado a sus hijas y a David a la boda. Se había excusado diciendo que no se encontraba bien, pero lo cierto era que tras el incidente en Puerta Paraíso, durante la boda de su sobrina Silvia, no había vuelto a asistir a ningún acontecimiento social de la zona.

Al abrigo del porche, Katherine disfrutó con el sabor dulzón de su té de manzana mientras contemplaba el valle en dirección a la plantación de los Reemick. A esa hora los recién casados ya deberían de estar rumbo a Norfolk, donde embarcarían con destino al norte para disfrutar de una larga luna de miel. Todo hacía pensar que la boda había transcurrido sin incidentes. De todas formas, la fiesta todavía se prolongaría unas horas, por lo que Katherine aún tendría que esperar para saber cómo se habían desarrollado los acontecimientos en casa de sus vecinos.

Sin embargo, a pesar de su aislamiento y de que ninguna de sus hijas le hubiese comentado nada, estaba al corriente del desengaño sufrido por Charlotte. Latoya le había informado sobre el reciente compromiso entre Richard y Camille.

En el transcurso de los años Katherine había descubierto que no había mejor fuente de información que los esclavos. Lo sabían todo sobre sus amos, porque siempre estaban allí. Y aunque sus propietarios se afanasen por ignorarlos, los oídos de sus sumisos sirvientes estaban alerta y despiertos en todo momento.

A Katherine no le había costado unir las señales; el llanto de Charlotte, la desesperación en los ojos de su hija durante las últimas semanas… Había sentido cómo se le encogía el corazón cada vez que oía los sollozos de angustia de Charlotte en la oscuridad de la noche. Había velado sus sueños en secreto y mil veces estuvo a punto de acudir a su habitación y tomarla en sus brazos para consolarla. Pero no lo hizo. Charlotte tenía a Hortensia para llorar, y Katherine era consciente de que para el orgullo herido de su hija hubiese sido terrible que alguien aparte de Hortensia supiera el dolor que había sido capaz de causarle el rechazo de aquel hombre. Charlotte era fuerte y lo superaría. El tiempo se encargaría de curar sus heridas. Tal vez la elección de Richard era lo mejor, reflexionó Katherine, sintiendo un escalofrío. Al fin y al cabo, en un futuro no muy lejano quizá las cosas no serían fáciles para sus hijas. No pudo evitar recordar aquella otra vida perdida, rota por las fuerzas del destino. Recordó a su querida Molly, y cómo su vida de felicidad y despreocupación de Nueva Orleáns se había torcido de pronto y se había roto en mil pedazos, cómo aquella nueva tierra extraña y hostil había acabado poco a poco con su alegría hasta matarla en vida. Mientras pensaba en ello, apesadumbrada por el oscuro designio que trae siempre el futuro, Katherine sintió la necesidad de ir a visitar a su fiel amiga.

Cabalgó hasta la tumba de Molly y se sentó junto al río. Sumida en sus pensamientos y arrullada por el relajante murmullo del agua, dejó que su vida pasara ante ella.

Cuando contempló el reflejo de su rostro dibujado en la superficie cristalina del agua, le costó reconocer en aquella mujer de mirada cansada a la joven ingenua y caprichosa que hacía ya tantos años había dejado el hogar de su familia en Nueva Orleáns.

Ella también había estado segura de su amor. Pero se equivocó. Aún hoy las lágrimas humedecían sus ojos y su corazón se atenazaba cuando recordaba la traición de David. Entonces debía haberlo abandonado con sus pequeñas. Tal vez si lo hubiese hecho Molly aún seguiría viva. Ahora debía la verdad a sus hijas. Esa misma noche Katherine hablaría con ellas. El tiempo de los secretos había terminado.

Después de retomar fuerzas, depositó un ramo de dalias frescas sobre la tumba, montó en su caballo y se dirigió a casa. Pero antes pasaría por el almacén. Noah debía de estar allí, y tenía ganas de hablar con él. A lo largo de los años se había convertido en su amigo, llenando el hueco que en su día dejó su querida Molly.

Los fuertes vientos que habían asolado Virginia la semana

anterior por suerte no habían dañado los cultivos, pero habían dejado en muy mal estado el almacén de la plantación. Owen Graham había organizado a los esclavos en turnos de trabajo para repararlo, antes de que comenzaran las lluvias y el algodón acumulado se estropeara.

El capataz se llevó la mano al sombrero.

—Buenas tardes, señora Parrish.

—Buenas tardes, Owen —saludó con la alegría de quien ve a un viejo amigo—. Veo que los daños han sido importantes.

Los dos se volvieron hacia el pabellón de madera construido a orillas del río. Le faltaba parte del tejado.

—Así es, señora. Los hombres están trabajando duro. Esta noche se harán turnos y confío en que esté listo antes de que llegue la lluvia.

Al contemplar las nubes grises y densas que llegaban desde la costa, Katherine pensó que deberían darse prisa.

—¿Está Noah por aquí?

Él sonrió y señaló hacia la parte más alta. Con los años se había acostumbrado a la relación de amistad entre Katherine y Noah. Ella le devolvió la sonrisa y buscó en la dirección que le acababa de indicar el capataz. No le costó localizarlo entre la decena de hombres que, encaramados en el tejado, trabajaban sin descanso para arreglar los desperfectos antes de que la lluvia empapara la cosecha de algodón almacenada.

Katherine aceptó la ayuda de Owen para desmontar.

La mano del capataz aún era firme, pero el tiempo tampoco había pasado en vano para el rudo montañés que, aunque encanecidos, seguía conservando todos y cada uno de sus encrespados cabellos. Los ojos de Owen se encontraron con los de Katherine. Seguía siendo una mujer preciosa.

Ella acababa de soltar el pie de uno de los estribos y se disponía a desmontar, cuando una serpiente salió de la maleza.

La escena se sucedió en apenas un instante ante las miradas paralizadas de los esclavos y del propio Owen, que vieron impotentes cómo Katherine era despedida violentamente contra el suelo.

Aturdida por el impacto, Katherine apenas tuvo tiempo de protegerse la cabeza con los brazos y hacer un ovillo con su cuerpo antes de que la furia del caballo arremetiera contra ella.

La primera patada cayó sobre sus costillas, y Katherine gritó cuando un nuevo impacto sacudió su cuerpo.

El caballo había enloquecido.

Si no hacían algo pronto la mataría.

Ignorando el peligro, Owen se enganchó de las riendas y tiró con todas sus fuerzas. Una coz le golpeó el brazo, pero no las soltó. Si lo hacía ella moriría. El caballo estaba fuera de sí. No había forma de dominarlo. Una nueva acometida lanzó al capataz contra el suelo.

Varios esclavos acudieron en su ayuda, pero para cuando consiguieron contener al animal, ella había dejado de oponer resistencia.

Cuando Owen se agachó junto a Katherine, ella no se movía. La idea de que estuviese muerta lo paralizó. Los esclavos se arremolinaban inquietos ante su ama. Noah llegó corriendo y se lanzó a su lado.

—¡Ama Katherine! —llamó, acercando el oído a su pecho.

El latido del corazón de Katherine era muy débil.

—¡Respira! —gritó levantando la cabeza.

Hubo unos gritos de alegría entre los hombres. Owen sintió cómo la vida volvía a él.

Katherine abrió los ojos.

—Todo saldrá bien —la tranquilizó Noah.

Ella le sonrió.

—Noah, no puedes hacer nada —susurró sin aliento.

—¡Saldrá de ésta, se lo prometo!

Sin esperar el consentimiento del capataz, Noah corrió a por un tablón y lo desplazó bajo el cuerpo magullado de Katherine. A continuación, se dispuso a atarle la cabeza con un pañuelo sobre la improvisada camilla.

—¿Qué haces? —preguntó con brusquedad Owen, deteniendo el brazo del esclavo.

—Intento evitar que se mueva. Un movimiento brusco podría provocar una hemorragia.

Owen lo pensó un momento y dejó hacer al esclavo. Aunque teóricamente se mantenía como un secreto, dentro de la plantación todos conocían su afición por la medicina, y Owen hacía mucho tiempo que había comprendido y aceptado que Noah, a pesar de ser un esclavo, no era como los demás, y que de hecho era mucho más inteligente y culto de lo que él sería nunca.

—… Veo que aquel tratado de medicina que te regalé ha servido para algo —consiguió susurrar Katherine, mientras Noah terminaba de asegurar el nudo y se ponían en marcha hacia la casa.

—No hable, por favor. Ha de reservar sus fuerzas —le rogó Noah.

Katherine sabía que poca importancia tenía que ella hablara o

no.

Poco después la depositaron en su cama.

Noah se disponía a abandonar la habitación cuando Katherine le agarró la mano.

—Noah, no me dejes sola.

—No me moveré —prometió él, tomando la delicada mano blanca entre la suya—. Todo saldrá bien.

—Es curioso —reflexionó ella—. Hace veinte años yo estaba en la misma situación que te encuentras ahora, con mi mejor amiga. Intentaba despistar a la muerte. Pero no pude, igual que tú no podrás esta vez. ¡Pero no puedo morir! Aún no —clamó, aferrándose desesperadamente a la mano que le tendía Noah—. He de hablar con mis hijas. He de contarles algo.

La pasión de sus palabras le provocó un fuerte ataque de tos.

—¡Aguante! ¡Luche! —sollozó el esclavo, viendo cómo un fino hilo de sangre se derramaba por la comisura de los labios de su ama —. Sus hijas llegarán enseguida, el capataz ha mandado a buscarlas.

El aire no encontraba el paso a sus pulmones. Las pupilas de Katherine se ensombrecieron. Por un momento pareció que había llegado el final, pero el ataque cesó de repente permitiéndole prolongar su agonía durante algo más de tiempo.

—Mi querido Noah —dijo con dulzura, en cuanto la crisis le dio oportunidad—. Has sido mi consuelo desde que una noche Dios te colocó en mi camino. Y tú, Owen —llamó, mirando al hombre que no podía apartar los ojos del cuerpo herido de la mujer que había amado en silencio durante más de veinte años—. Mi leal amigo.

Owen le sonrió. No había necesidad de palabras. Siempre había sabido cuáles eran los verdaderos sentimientos de Owen hacia ella.

—No se canse —volvió a repetir Noah, en vano—. No hable, ha de reservar sus fuerzas.

—Pero yo necesito hablar, Noah. ¡Necesito tu perdón!

—No hay nada que perdonar. ¿Qué habría de perdonarle yo? Sólo tengo gratitud.

—¡He sido tan egoísta! Mi padre tenía razón —se lamentó, mientras todo su cuerpo luchaba por hacerse con un nuevo soplo de aire—. Debí exigir a mi esposo que os concediera la libertad a ti y a tu madre. Sin embargo os retuve aquí. Ahora lo comprendo. He permitido que mi orgullo herido guíe mis pasos todos estos años. Por eso no lo abandoné. El resentimiento y mis deseos de venganza contra el hombre que me humilló han dominado mi vida.

Katherine estaba agotada.

—Y ya ves, ahora vuelvo a ser una egoísta —dijo, tras hacer un

pequeño paréntesis para recuperar el aliento—. ¡Oh, Dios! ¡Perdóname, Noah! —clamó con la imperiosa necesidad de liberar su conciencia—. Perdóname por haber permitido que mi orgullo me impidiera hacer lo correcto.

Una lágrima brotó de sus ojos de color miel. No podía morir hasta confesarles la verdad a sus hijas.

—La perdono, Katherine. La perdono con toda mi alma.

La ceremonia fue sencilla. Klaus hizo de padrino, y Camille, que estaba preciosa con su vestido blanco, no dejó de sonreír en ningún momento.

Charlotte no tuvo ocasión de enfrentarse a Richard hasta el mismo instante en que los recién casados avanzaban entre el largo pasillo de invitados para emprender su viaje de novios. Durante un breve instante los ojos de Richard y Charlotte se encontraron. No hablaron, sólo se miraron. Ella se sumergió en el intenso gris de su mirada buscando desesperadamente un porqué. Pero sólo encontró tristeza. Él se estaba despidiendo de ella. Charlotte sintió cómo sus ojos se humedecían mientras Hortensia la abrazaba. Cerró los ojos y lo dejó marchar.

Como había prometido, Hortensia no se separó de Charlotte en ningún momento. Robert Ardley fue incapaz de lograr sacarla a bailar. Una vez que Richard y Camille se marcharon, Charlotte se sintió mejor. De algún modo su encuentro con Richard le había liberado de su angustia. Ya sólo quedaba una profunda pena en su corazón. Charlotte animó a su hermana a disfrutar de la fiesta, pero Hortensia se negó una y otra vez, sorprendiéndola con su tenacidad. Así que Charlotte decidió que dejaría de rechazar las invitaciones de los hombres que la invitaran a bailar y aceptaría la siguiente, para al menos, dejar al enamorado Robert la oportunidad de estar unos minutos a solas con Hortensia.

William Burton fue el siguiente hombre en invitarla.

«Todo por la felicidad de mi hermana», se dijo Charlotte, aceptando la invitación de William, que resultó tener dos pies izquierdos y ningún sentido del ritmo. Allí donde Charlotte ponía su pie, William colocaba el suyo. Charlotte estaba concentrada en seguir los torpes movimientos de su pareja para no caer de bruces en medio de la pista, cuando reconoció a Jeremías hablando atropelladamente con su padre. Estaba empapado en sudor y parecía muy nervioso.

Aunque no podía escuchar, cuando vio cómo su padre echaba a correr comprendió que algo iba mal. Hortensia también lo había visto.

Charlotte dejó plantado a William en medio de la pista y fue al encuentro de Jeremías. Hortensia salió tras ella.

—¿Qué pasa? —le interrogó alarmada Charlotte—. ¿Dónde ha ido mi padre?

El esclavo de Nueva Fortuna trató de recuperar el aliento. Se apoyó en sus rodillas para respirar.

— … Señoritas —consiguió decir entre jadeos—. Ha pasado algo terrible. El ama Katherine ha tenido un accidente.

—¿Qué accidente? —preguntó Hortensia esta vez—. ¿Se encuentra bien?

Jeremías agachó la cabeza sin atreverse a responder.

—Habla, maldita sea —inquirió Charlotte, a punto de perder la paciencia.

Jeremías levantó los ojos y miró a Charlotte.

—¡Lo siento! —dijo entre sollozos—. El ama Katherine está muy mal. Quiere hablar con ustedes. ¡Deben darse prisa!

Robert, se ofreció a acompañarlas. Los tres salieron de inmediato de la fiesta. Jeremías se encargaría de buscar al doctor entre el resto de invitados.

Cuando los caballos se detuvieron sin resuello junto a la casa, Latoya les esperaba en el umbral. Tenía los ojos cubiertos de lágrimas.

El caballo de su padre ya estaba en la puerta.

Charlotte saltó del carruaje y se dirigió a la esclava.

—¿Está viva? —preguntó a Latoya, que no dejaba de gimotear —. ¿Está viva? —repitió Charlotte, zarandeando a la esclava.

—¡Oh, señorita! El ama está muy mal.

Charlotte soltó a la esclava y salió disparada escaleras arriba.

Robert ayudó a bajar a Hortensia del coche y esperó en el vestíbulo mientras las dos hijas de Katherine Parrish corrían al encuentro de su madre.

David, arrodillado junto a la cama, sostenía la mano inerte de su esposa entre las suyas, mientras no dejaba de susurrar su nombre.

Charlotte y Hortensia se quedaron paralizadas cuando vieron a su madre postrada en la cama. Un fino hilo de sangre se escapaba entre la comisura de sus labios, su piel había perdido el color y sus párpados ocultaban sus hermosos ojos de color miel.

—¿Cómo está? —preguntó Charlotte.

—Lo siento —negó Owen, muy afectado—. No hay nada que podamos hacer.

—¡No puede ser! ¡Dónde está el doctor! ¿Por qué no llega?

—Mamá, despierta por favor —le susurró Hortensia.

Charlotte miró nerviosa a su alrededor.

—Pero ¿qué ha sucedido? —increpó furiosa, buscando un responsable sobre el que poder volcar su ira.

Owen Graham tuvo la sensación de estar reviviendo una tragedia que sucedió en aquel lugar hacía más de veinte años.

—Ha sido un accidente —aclaró Katherine, abriendo los ojos—. Nadie tiene la culpa.

Charlotte reconoció la voz de su madre y se echó sobre ella.

David sonrió al verla despertar, y acercó la mano de Katherine a sus labios.

—Todo está bien —la tranquilizó, dejando que sus dos hijas la abrazaran.

—¡Mamá! Por favor, no nos dejes —le rogó Hortensia, entre lágrimas.

A pesar de la gravedad de su estado, cuando Katherine descubrió que David sostenía su mano, la retiró.

—Desearía quedarme a solas con mis hijas —anunció entonces en un susurro apartando su rostro del de David.

La expresión de David se endureció.

—Como quieras, Katherine —se despidió, poniéndose en pie y permitiendo que su orgullo ahogara las palabras de amor que sentía en su interior, y que la muerte la arrancara de su lado sin obtener su perdón.

Madre e hijas quedaron en silencio. Las tres debían compartir una historia que hasta entonces había sido un completo secreto para ellas. Un relato que iba a cambiar muchas cosas en los próximos días de sus vidas. Y cuando Katherine hubo abierto su corazón a sus hijas, emprendió su último viaje.

Aquella noche, Owen Graham se acercó a la taberna de Joe Bruck. Se sentó en el rincón más aislado de la destartalada cabaña y pidió una botella de whisky. Bebió un vaso tras otro hasta que no fue capaz de acercar otro trago a sus labios y cayó sin sentido. Necesitaba ahogar el dolor de su alma. Deseaba morir. La razón de su vida había desaparecido.

22

El funeral se celebró en la intimidad, y por expreso deseo de Katherine su cuerpo fue enterrado junto al de Molly. A pesar de que Gastón Lacroix rondaba ya los setenta años, recorrió el largo camino que había desde Louisiana, acompañado de sus hijos y varios de sus nietos, para dar el último adiós a su hija. La pena por su pérdida había afectado profundamente a aquel hombre lleno de vitalidad. Tras pasar unos días en compañía de sus nietas y hacerles prometer que irían a visitarlo, regresó a casa.

Desde la muerte de su madre, Charlotte no había cruzado ni una sola palabra con su padre.

—No insistas, Hortensia, no volveré a dirigir la palabra a ese hombre en toda mi vida. ¡Lo odio!

—No digas eso, Charlotte. No importa lo que haya hecho, sigue siendo nuestro padre.

—¡Sí importa! —gritó, herida—. ¡Nos ha engañado! Todos estos años admirándole y sintiéndome orgullosa de él, y no es más que…

Hortensia rodeó a su hermana por el hombro, impidiendo que dijera algo de lo que pudiera arrepentirse.

—No lo juzgues con tanta dureza, Charlotte. Él sólo es un hombre.

Charlotte le miró sorprendida.

—¿Y acaso el hecho de ser hombre justifica lo que hizo?

—No. No lo justifica. Pero sigue siendo nuestro padre.

—¿Y qué pasará con nosotras?

Esta vez fue Hortensia la que se volvió hacia su hermana.

—No tiene por qué pasar nada, Charlotte. Nuestro secreto está a salvo.

Sin embargo, Charlotte no parecía muy convencida. En los últimos días había descubierto que la vida tenía una forma muy extraña de pasar factura.

Charlotte y Hortensia acababan de salir del bosque y se dirigían por un estrecho sendero lateral hacia su casa, cuando vieron un viejo carromato. Al lado, había un grupo de esclavos.

—¿Qué está pasando ahí? —dijo Charlotte, alarmada—. ¡Parece que se llevan a alguien!

—Eso no puede ser. En Nueva Fortuna hace años que no se vende un esclavo.

—Pues algo va mal. Acerquémonos a ver lo que pasa —dijo Charlotte, apresurando el paso.

Cuando llegaron al corrillo, los esclavos les abrieron paso al instante. La imponente figura de Noah sobresalía en el centro. Sus manos estaban siendo encadenadas por un hombre blanco.

—¿Qué hace? —increpó Charlotte al desconocido.

El hombre se dirigió al capataz. Charlotte no había visto a Owen.

—¿Qué pasa, Owen? ¿Qué hace este tratante de esclavos en Nueva Fortuna?

—Lo siento, señorita Charlotte. Son órdenes del patrón.

—Él jamás permitiría algo así —protestó Charlotte, incapaz de dar crédito a las palabras del capataz—. Nunca se ha vendido a un esclavo en Nueva Fortuna. Tiene que haber un error.

El hombre no tuvo oportunidad de protestar.

—¡No se atreva a moverse de aquí! —le ordenó Charlotte, apuntándole amenazante con el dedo—. Voy a buscar a mi padre. Él lo aclarará todo.

Pero antes de que Owen Graham tuviera oportunidad de echar luz sobre lo que estaba pasando, la joven había echado a correr hacia la casa de grandes columnas blancas. Hortensia siguió a su hermana como pudo.

El amplio vestíbulo de entrada estaba vacío. Los crespones negros cubrían los retratos de su madre. Charlotte llamó a su padre a gritos. Pero no obtuvo respuesta.

Entonces se dirigió a la biblioteca.

Sentado en su escritorio, David Parrish leía con tranquilidad unos documentos cuando su hija irrumpió muy excitada en la habitación y se detuvo frente a él.

—¡Padre! —gritó sin resuello, apoyando sus brazos sobre la mesa—. Se llevan a Noah.

Su padre apenas levantó los ojos.

—Lo sé.

—¿Cómo?

—Es sencillo. No lo quiero aquí.

Charlotte se apartó de la mesa como si el contacto de la sólida madera le quemara la piel.

—¡No puedes hacer eso! ¡Es tu hijo!

—¡No! —gritó él, poniéndose en pie y golpeando la mesa con violencia con los puños, cerrados por la ira—. ¡Eso no es mi hijo! —clamó, devolviéndole la mirada a Charlotte—. Como tampoco lo es una de vosotras dos —anunció, clavando sus ojos sobre Hortensia, que acababa de entrar en la habitación y se detuvo en seco ante la mirada severa de su padre.

—¡Acaso has perdido el juicio! —le increpó Charlotte, incapaz de dar crédito a lo que escuchaba.

—No, Charlotte, estoy más cuerdo que nunca. ¿O acaso pretendes hacerme creer que vuestra madre, perdón, mejor dicho, mi esposa y la madre de una de las dos, no os contó la verdad antes de morir?, ¿que no os dijo que una de vosotras es hija de una esclava?

—Sí, padre, hija de una esclava que tuvo el descaro de ser demasiado blanca.

—¡Cállate! —le ordenó, levantando la mano, amenazante.

—¡No! No callaré —se le enfrentó Charlotte, con la misma vehemencia, sin dejarse amedrentar—. Porque no importa quién fue nuestra madre. Nosotras sólo conocimos una. Y, a pesar de lo poco que te pueda gustar, las dos seguimos siendo hijas tuyas. Igual que Noah es carne de tu carne.

—¡No lo es! —gritó iracundo.

—Si tanto las desprecias, haberte mantenido lejos de tus esclavas.

—No te atrevas, Charlotte —le advirtió, con el semblante rojo de ira.

—¿O qué? —lo desafió—. ¿Acaso también pretendes vendernos como a Noah?

—Tú lo has dicho.

—¿Es que has perdido la razón? ¡No puedes estar hablando en serio!

David guardó silencio.

Los ojos de Hortensia saltaban de su hermana hasta el rostro crispado de su padre una y otra vez, en un baile frenético sin poder dar crédito a lo que estaba pasando en su familia.

Su padre se había vuelto loco.

Charlotte trató de sobreponerse a la sorpresa.

—¿Tanto puedes odiarnos? Nosotras que te hemos querido y respetado. Yo, padre, te he admirado toda mi vida. He tratado de imitarte. ¿Cómo he podido estar tan ciega y no ver la clase de hombre que eres? Ahora entiendo tantas cosas, el sufrimiento y la soledad de nuestra madre…

—¿Y mi soledad? ¿Y mi angustia? ¿Eso no importa? Tener que soportar el odio de tu madre. Su indiferencia. Acaso crees que soy inmune al dolor.

—Sólo tuviste tu castigo.

David lanzó una mirada de advertencia a su hija. Hortensia creyó que su padre sería capaz de golpear a Charlotte. Pero él no se movió. Charlotte no retrocedió ni un milímetro.

Charlotte tenía que encontrar una solución. Siempre había una salida, se dijo sin dejarse dominar por el pánico.

—Molly no era de tu propiedad cuando murió —dijo, vislumbrando un rayo de luz en el horizonte—. Mamá le dio la libertad. Así que su hija es libre. No puedes vender algo que no te pertenece.

—No lo olvido —dijo David Parrish, saboreando las palabras con una sonrisa triunfal en los labios que puso los pelos de punta a Charlotte—. Nunca lo he olvidado. Pero me temo que te equivocas en algo. Cuando mi esposa le concedió la libertad a su esclava, su hija ya había nacido, por lo que legalmente la niña se convirtió en esclava desde el momento de su nacimiento. ¡Pobre Katherine! —exclamó sarcástico—. Nunca imaginó que la pequeña que crió como su hija y que creía libre siempre ha sido su esclava.

David reconoció el terror en los ojos de Charlotte.

—Hay testigos que lo ratificarán. El mismo Owen Graham estaba presente. Como ya sabéis, a la muerte de vuestra madre todo su patrimonio pasa a mis manos, y dentro de sus bienes se incluye la esclava que crió como su hija.

¿Qué clase de monstruo había admirado Charlotte? ¿Y cómo Katherine Lacroix llegó a enamorarse de un hombre como aquél? Había esperado más de veinte años para cumplir su venganza.

—Sé que vosotras conocéis la verdad.

El rostro de Hortensia había perdido el color. Las cosas estaban cambiando tan rápido que no podía entenderlas. Hacía menos de cinco minutos le había dicho a su hermana que no había ningún motivo para preocuparse por su secreto. Que nadie lo sabía. Nadie salvo la persona más peligrosa: su padre.

David Parrish miró a Charlotte. El cabello oscuro, la piel blanca y unos ojos verdosos llenos de fuego. Después contempló a Hortensia. Con su cabello rubio recogido en amplios tirabuzones que le caían hasta los hombros. Pómulos altos y suaves que ayudaban a formar un rostro ovalado y armonioso. Parecía una muñeca de porcelana.

—Dime la verdad, Hortensia —la intentó persuadir.

Los ojos de Hortensia buscaron con desesperación los de su hermana.

—No puedo, papá —titubeó con un hilo de voz.

—Sí puedes, mi pequeña niña. Sólo necesito que me lo digas. Nada cambiará. Te lo prometo. Todo será como siempre.

La mirada de su padre la invitaba a hablar.

Hortensia abrió la boca y las palabras comenzaron a fluir.

—Mi dulce niña. Confía en mí —la animó.

La duda apareció en su voz al recordar la promesa de silencio que le había obligado a hacer su madre en su lecho de muerte.

—¡No lo hagas! ¡No le creas, Hortensia! Recuerda lo que dijo mamá. A él menos que a nadie debemos confiárselo. ¡Es un farsante!

Las palabras de Charlotte llegaron justo en el momento adecuado. Hortensia dejó que las suyas murieran en sus labios.

—Lo siento, padre —negó, agachando la cabeza—. Se lo prometí a mamá.

David sacudió la cabeza desilusionado, había subestimado el poder de Charlotte sobre su hermana. Ya no conseguiría nada.

—Nunca te lo diremos —se adelantó Charlotte, triunfante, sin intención de dar la menor concesión a su padre.

Padre e hija volvieron a enfrentarse. Pero Charlotte fue completamente incapaz de detectar el menor síntoma de rendición en la penetrante mirada de su padre.

—Entonces elegiré yo —dijo, dirigiéndose a Charlotte.

Hortensia no aguantaría mucho más la presión.

—Padre… —empezó a decir Hortensia, mirando a Charlotte con desesperación.

Charlotte recordó las palabras de su hermana. Sabía que Hortensia haría cualquier cosa por ella. Charlotte sintió un escalofrío.

—Hortensia, no lo hagas. No es necesario —se adelantó Charlotte.

David esperó.

—Yo soy la que buscas —dijo Charlotte, con voz serena.

David Parrish se volvió hacia Charlotte con lentitud. Los hermosos ojos de su hija lo desafiaban con infinito desprecio.

Él sostuvo la mirada.

Inmóvil, Hortensia veía la escena como si se encontrara a miles de kilómetros de distancia. No entendía dónde estaba su familia. Su madre acababa de morir y descubría que su padre era el hombre más monstruoso sobre la faz de la tierra.

—Entonces, vete con los tuyos.

Hortensia no acertaba a decir palabra. No sabía qué hacer. Guiada por la desesperación, se abrazó a Charlotte con fuerza mientras las lágrimas se deslizaban por su mejilla.

—No, Charlotte. No lo hagas. Nos iremos las dos. Me iré contigo.

Charlotte tomó entre sus manos el rostro de su hermana. Estaba cubierto de lágrimas.

—No. Esta vez no podrá ser. Tú has de quedarte aquí —le dijo —. Tienes que ser fuerte, Hortensia. Robert Ardley pedirá tu mano en breve. Te casarás y saldrás de aquí. Y por muy lejos que me encuentre, si sé que estás bien soportaré cualquier cosa. Pero recuerda —le advirtió, de forma que su padre no pudiera escucharla —, nunca reveles a nadie nuestro secreto. No nos lo perdonarían.

Hortensia entornó los ojos a modo de promesa. Entonces Charlotte dio un beso en la frente a su hermana y sin volver la vista hacia el hombre que había admirado y querido durante toda su vida, salió de la habitación.

Los esclavos de Nueva Fortuna se habían acercado a despedir a Noah y arropar a su madre. A pesar de la gran cantidad de gente reunida en torno al carromato donde esperaba Noah, el silencio era total. Madre e hijo se miraban. No hubo lágrimas, ni siquiera palabras. Velvet debía ser fuerte. Aunque cada fibra de su cuerpo le gritaba para que se lanzase sobre su hijo y su alma se desgarraba de dolor, se mantuvo serena. Al menos, se dijo, concedería a su hijo la tranquilidad de creerla a salvo. Velvet debía aprovechar cada segundo para grabar la imagen de su hijo en su maltrecho corazón. Había sabido que ese momento llegaría desde el mismo instante en que David Parrish engendró a Noah. Nunca volvería a ver a su hijo, pero al menos había podido verlo crecer y convertirse en un hombre. Si alguna vez lo veía de nuevo, ella lo reconocería.

Charlotte fue a subir al carro junto a Noah. Pero una mano la detuvo.

—Parece ser que es la altiva señorita la que nos acompaña — dijo el tratante de esclavos, luciendo unos dientes gastados y tomando unos grilletes de la parte trasera del carro.

—¡No la toque! —le detuvo Owen, tomando los grilletes—. Yo lo haré.

—Lo siento —se disculpó avergonzado al cerrarlos sobre las delicadas muñecas de Charlotte, sin atreverse a mirarla a los ojos—. Y recuerde —le dijo al hombre de aspecto sucio, una vez hubo cerrado los grilletes—, es una mercancía especial. Tiene que llegar en perfecto estado. Si algo le pasa por el camino, le buscaré

personalmente, y esté seguro de que le encontraré.

No dio la sensación de que la amenaza surtiera el menor efecto en el tratante de esclavos.

En la distancia, Hortensia no podía escuchar las palabras. Pero contempló la escena desde la ventana de la biblioteca. Consternada, vio cómo le arrebataban a su hermana. En unos días había perdido a su madre, su padre era un extraño, y ahora veía cómo su hermana, su apoyo y amiga, era atada y subida a un carro como una esclava, sin que ella pudiera hacer nada. Con los ojos cubiertos de lágrimas se echó a los pies de su padre que se había levantado de la mesa y se disponía a salir de la habitación.

—No lo hagas —le suplicó, agarrándose a los pies de su padre e impidiéndole salir de la habitación—. Nadie lo sabrá. No permitas que se marche.

David Parrish bajó la mirada. La ira había desaparecido y ahora su rostro era una máscara impasible donde no asomaba ninguna emoción. Y cuando habló lo hizo con una voz gélida y llena de odio.

—Nunca más vuelvas a tocarme. Negra.

Hortensia soltó a su padre y lo miró con horror.

—¿Acaso pensabas que podríais engañarme? —prosiguió—. ¿Crees que no soy capaz de reconocer a la hija de Katherine Lacroix?

—¿Lo… lo sabías? —consiguió tartamudear Hortensia, llena de horror—. Entonces, ¿por qué?

—Porque es como su madre, y cuando al salir de la habitación tras la muerte de Katherine Chalotte me miró, comprendí que ella tampoco me perdonaría nunca. Y porque quiero que Katherine Lacroix se remueva en su tumba. Te preguntarás por qué te tengo aquí. Por qué soporto tu presencia. Es muy sencillo. Hace unos días mi amigo el coronel Ross Dugan pidió tu mano y yo acepté en tu nombre. Ni te atrevas a negarte —le advirtió, antes de que Hortensia abriese la boca para protestar—. Te casarás con el coronel Ross, o tu querido Robert Ardley sabrá que ha estado cortejando a una negra.

Las palabras fueron dichas con tal desprecio que fue como si una bofetada cruzase la cara de Hortensia.

—Otra cosa más —añadió, sin tan siquiera mirar a la joven que seguía en el suelo con el rostro desencajado por el pánico—. Mientras vivas en esta casa no quiero volver a verte nunca más delante de mí.

Y entonces, con el regusto amargo de la venganza en su boca, David Parrish salió de la habitación.

23

A medida que el carromato se alejaba de Nueva Fortuna, la angustia y el miedo iban en aumento. ¿Qué sería de ella?, pensó Charlotte, contemplando los grilletes que aprisionaban sus muñecas. Con cada giro de rueda, la esperanza de que su padre se arrepintiera y viniese a buscarla se iba desvaneciendo. Su padre no la perdonaría. Charlotte miró a Noah. Pero él permanecía impasible. Si el futuro inquietaba al esclavo, ningún gesto de su cuerpo lo delataba.

Noah y Charlotte no cruzaron palabra.

Dos décadas de enemistad eran demasiado tiempo para olvidarse en unas horas. Él parecía resignado a su suerte. Charlotte, sin embargo, nunca podría aceptar su nueva situación. Su soberbia le impedía dar el primer paso, y mientras le quedase un atisbo de orgullo donde asirse, sabía que no se derrumbaría. Si Noah era capaz de soportarlo, ella también lo sería. La idea de que él la viera vencida era más de lo que podía soportar aquel día.

Al anochecer, el tratante de esclavos detuvo la carreta en la cuneta y ordenó a Noah que recogiera leña y encendiera un fuego. A continuación, hizo unos huevos fritos a los que añadió un poco de tocino y calentó café. Charlotte estaba hambrienta, y el chisporroteo de la grasa al derretirse no hacía más que aumentar su deseo de comer. Cuando la cena estuvo lista aquel hombre de aspecto sucio y desarreglado se sentó en una piedra y comió sin levantar la cabeza de la comida. Tras rebañar la sartén con la lengua se aseguró de que Noah y Charlotte estuvieran bien atados, extendió una manta junto al fuego y se quedó dormido. Fue entonces cuando Charlotte comprendió que no les daría de comer.

Los grilletes habían dejado unas profundas marcas rojas en sus muñecas y la debilidad empezaba a desalentarla. Su vestido era demasiado ligero para soportar el relente de la noche y ni siquiera tenía un chal que ponerse sobre los hombros. Charlotte buscó a Noah. Éste se había recostado sobre el tronco de un árbol a pocos metros de distancia. Parecía ajeno al hambre y al frío. ¿Es que nada

lo alteraba?, se revolvió Charlotte mientras un nuevo escalofrío la tentaba a acercarse al fuego. Pero la forma en que el tratante de esclavos la había mirado en un par de ocasiones la hizo cambiar de opinión. Sabía que debía permanecer lo más lejos posible de aquel hombre. Así que se tendió tan alejada como pudo de sus dos compañeros de viaje. Hizo una pelota con su cuerpo y confió en que sus dientes dejaran de castañetear.

Cuando despertó estaba entumecida, agotada y hambrienta. ¿Acaso los esclavos no necesitaban alimentarse?, se dijo Charlotte, mientras su estómago clamaba por algo caliente y el aroma de café recién hecho volvía a torturara. Al ver cómo las sobras del café eran desperdiciadas para apagar el fuego se dio cuenta, desesperada, de que aquel hombre no pensaba darles de comer en todo el viaje.

La ciudad de Richmond aún dormía cuando el carromato enfiló la calle mayor. Todo parecía igual que la última vez. El llamativo toldo verde aceituna delataba el emplazamiento de la boutique de Vivian Somersy, donde habían sido confeccionados sus vestidos y los de su hermana desde que Charlotte podía recordar. Al poco pasaron junto a Rudy's, la agradable cafetería en la que después de un duro día de compras su madre solía invitarlas a un chocolate, y antes de abandonar la calle principal y girar hacia la estación, Charlotte pudo distinguir las retículas de metal que protegían los escaparates de Drew e hijos, la joyería más elegante de todo el estado. Allí mismo, hacía menos de un mes, su padre le había comprado un precioso solitario. Su mundo estaba frente a ella. Al alcance de su mano. Y sin embargo, las cadenas que rodeaban sus muñecas habían levantado una frontera que ya nunca se le permitiría transgredir.

Por primera vez, Charlotte empezó a ser consciente de su nueva situación. No era nadie. De la noche a la mañana había dejado de ser la mujer rica y elegante a quien se le abrían todas las puertas, para convertirse en una paria.

Al llegar a la estación, Charlotte sentía deseos de gritar. ¿Es que el mundo se había vuelto loco? Ella era la misma, la misma mujer a la que los hombres admiraban y trataban de agradar.

En ese instante el carromato se detuvo. Charlotte había estado en la estación de Richmond cientos de veces, y sin embargo, nunca antes se había fijado en aquellos vagones de carga arrinconados en el tramo final de la vía.

—¿A qué esperáis, pareja de vagos? ¡Adentro! —les ordenó azuzándolos.

A pesar de tener las manos encadenadas, Noah salvó la distancia

hasta el suelo con facilidad. A continuación ofreció su mano a Charlotte, pero ella la rechazó. Todavía no estaba dispuesta a aceptar su ayuda.

Casi a rastras, Charlotte consiguió apearse del carro.

—¡Adentro he dicho!

Charlotte miró en derredor. Sólo había un vagón de carga frente a ella.

El tratante apuntó hacia el vagón con la barbilla.

—¿Creéis que tengo todo el día?

—… ¿Allí? Pero si eso es para el ganado —protestó Charlotte.

—¿Acaso no sois ganado?

El rostro de sorpresa de Charlotte provocó una sonrisa perversa en el tratante.

—Tal vez a la princesita no le guste su nuevo alojamiento.

Charlotte iba a replicar cuando la angustiada mirada de Noah le rogó que guardara silencio.

Las pequeñas pupilas negras de aquel hombre deshumanizado se clavaron en ella. La sensación de peligro fue tan intensa que la sangre se congeló en sus venas.

Por primera vez en su vida Charlotte se mordió la lengua y agachó la cabeza.

—¡Abre! —ordenó satisfecho el tratante, volviéndose a Noah.

Noah obedeció en el acto. Levantó el picaporte y abrió la portezuela.

El olor fue tan horrible que Charlotte retrocedió. Habría cerca de quince esclavos hacinados en el interior. Noah no titubeó. Subió y tiró de Charlotte, que esta vez no tuvo más remedio que aceptar su ayuda.

—Confío en que la princesita esté a gusto —dijo el tratante con una gran carcajada, cerrando la puerta en sus narices.

Cuando la puerta se cerró el olor a sudor y orines se hizo tan intenso que Charlotte pensó que iba a vomitar. Estaba claro que aquellos hombres y mujeres se habían visto obligados a hacer sus necesidades sobre la paja vieja que cubría el suelo. Charlotte sintió pánico al pensar que ella tendría que hacer lo mismo.

—¿Es que quieren matarnos? Nos asfixiaremos aquí —gritó, golpeando la puerta con los puños.

Noah se aproximó a Charlotte y le sujetó las manos.

—¡No me toques, maldito negro!

Pero él no la soltó.

—No se canse, señorita Charlotte, nadie la escuchará —le susurró apretando un poco más fuerte, tratando de que ella no

llamara la atención—. Y aunque lo hicieran no vendrían en su ayuda. Ahora es como nosotros —dijo, refiriéndose al resto de hombres y mujeres semiocultos en las sombras de aquella prisión—. Cuanto antes se acostumbre, más fácil serán las cosas para usted.

—Te equivocas, yo nunca seré como vosotros —respondió con infinito desprecio, librándose con brusquedad de la presa de Noah —, y nunca podré acostumbrarme a esto. ¡Ningún ser humano podría!

Noah no insistió. No serviría de nada. Charlotte era demasiado orgullosa y terca para dar su brazo a torcer.

—Como quiera, señorita Charlotte.

Y dando la espalda a Charlotte, se dirigió al otro extremo del vagón. Una vez allí, Noah se sentó sobre la paja, apoyó la espalda en una de las paredes del vagón y cerró los ojos.

Por segunda vez aquella mañana, Charlotte sintió el regusto amargo de sus palabras muriendo en su garganta. Noah se había atrevido a darle la espalda y a ignorarla. Tuvo que apretar los puños con fuerza para no estallar. Cuando sus uñas se clavaron sobre sus palmas cerradas y el dolor apareció aflojó la presión. No conseguiría sacarla de quicio, se dijo, intentando aparentar que dominaba la situación. Porque por mucho que su padre creyera lo contrario, hasta la última gota de sangre que corría por sus venas era blanca, y no se rebajaría de nivel gritando como una cualquiera frente a aquellos esclavos. Noah era hijo de su padre. Pero seguía siendo un esclavo. Y Charlotte no tenía la menor intención de olvidarlo.

De repente se sintió cansada. La tensión de los últimos días, el hambre y el sueño se habían cobrado su precio. Sus piernas apenas podían mantenerla en pie. Si no cerraba los ojos su cabeza reventaría. Necesitaba calmarse, pensar, encontrar una solución, se dijo, dejándose caer junto a una mujer que guardaba un asombroso parecido con Darsy.

Antes de que su espalda descansara sobre el tablón de madera, Charlotte se había quedado dormida.

Su sueño la llevó hasta Nueva Fortuna. Charlotte dormía en su cama y Hortensia estaba junto a ella. Era el día de su boda. Una semana atrás, Richard había pedido su mano y su padre había aceptado. La boda se celebraría esa misma tarde en Delow. Nada de lo que había sucedido en los últimos días era cierto. La boda de Richard y Camille, la muerte de su madre, y su venta como esclava tras el terrible enfrentamiento con su padre, nada era real. Sólo se trataba de una horrible pesadilla. Sumergida en su sueño reparador,

sintió cómo alguien la zarandeaba con suavidad.

—Un poquito más, mamá. Por favor, estoy muy cansada —murmuró con los ojos cerrados—. Déjame dormir un poco más. He tenido una pesadilla horrible.

—Despierte, señorita Charlotte. Ya hemos llegado.

El tren no se movía.

—¿Dónde estamos? —interrogó Charlotte, completamente desorientada.

—En Baltimore.

—¡Baltimore, Maryland! ¡Es imposible! ¿Cuánto tiempo he dormido?

—Desde que subimos al tren.

Ella guardó silencio. Aún no podía creer que todo aquello fuera real. Tal vez su mente le estaba jugando una mala pasada. Lo último que recordaba era que estaba a punto de casarse con Richard cuando Noah la despertó.

—Tome.

—¿Qué es eso? —preguntó Charlotte, viendo por primera vez el objeto que Noah tenía entre sus manos.

—Comida. Pronto vendrán a buscarnos y quién sabe cuándo volverán a darnos de comer.

Medio dormida, Charlotte pudo distinguir que se trataba de una hogaza de pan y un cazo con agua.

—Necesita reponer fuerzas —insistió Noah.

A pesar de la falta de luz, Charlotte reconoció una mancha de moho cubriendo la mayor parte de la hogaza que Noah le ofrecía.

—No tengo hambre.

—Coma —le ordenó Noah sin retirar el pan—. No tendrá nada mejor que llevarse a la boca en mucho tiempo.

—No estaré aquí mucho tiempo.

—¿Cree que alguien vendrá a rescatarla?

—Sí, mis amigos me buscarán.

—Ya no tiene amigos, señorita Charlotte. Ningún amo blanco es amigo de un esclavo. Cuanto antes lo entienda, más fácil será todo. Además, dudo que el amo Parrish haya revelado a nadie su nuevo estado. Me inclino a creer que su padre ha inventado un viaje a casa de sus parientes en Nueva Orleáns. A nadie le sorprenderá su marcha tras el matrimonio del señorito Richard con la señorita Camille.

¿Es que el muy maldito lo sabía y lo tenía todo controlado? A Charlotte en ningún momento se le había ocurrido pensar que su padre tenía tan pocos deseos de que se supiese la verdad como ella

y su hermana. ¡Qué tonta había sido! Si lo hubiera pensado antes, habría jugado sus cartas de un modo diferente, y ella y Hortensia habrían podido acudir a refugiarse a casa de su familia en Nueva Orleáns. Sin embargo, su padre había sido más listo. Había movido ficha y había ganado.

—Cuando los amos abandonen la estación será nuestro turno. Si se desmaya no podrá llegar muy lejos. Debe alimentarse —insistió Noah.

La rabia al descubrir la facilidad con que su padre la había engañado pudo más que su asco. Con la única idea de escapar ganando fuerza en su interior, Charlotte arrebató a Noah el pan y lo devoró. A continuación se olvidó de que un único cazo servía a todos para beber del cubo de agua que alguien había dejado al lado de la puerta, y apuró hasta la última gota.

Mucho después de que todos los pasajeros blancos terminasen de circular por la estación, abrieron las puertas y comenzaron a sacarlos.

Desde que días atrás Charlotte fue arrebatada de su vida, Hortensia apenas había salido de su habitación. Le faltaba valor para enfrentarse a la dura mirada de su padre. Pero lo peor era el silencio. Un silencio helado y distante. En las pocas ocasiones en que sus caminos se habían cruzado, su padre siempre la había ignorado y ya nunca más le había hablado.

Y sin embargo, desde la ventana de su habitación todo en Nueva Fortuna parecía igual. La vida seguía su curso ajena a las miserias que el destino le deparaba.

—¿Dónde estás, hermanita? —preguntó Hortensia al viento—. ¿Dónde te ha mandado nuestro padre?

El viento guardó silencio.

—Cuánto te echo de menos, Charlotte —volvió a decir, con la esperanza de que sus palabras llegasen hasta su hermana.

Latoya golpeó la puerta por segunda vez antes de traspasar el umbral.

—¿Señorita Hortensia? —llamó.

Hortensia no respondió.

—Señorita. El comandante Ross la espera en la biblioteca —anunció la esclava.

Su joven ama seguía mirando por la ventana.

—¿Está bien, señorita?

La preocupación en la voz de Latoya hizo reaccionar a Hortensia.

—Estoy bien —dijo, volviéndose hacia Latoya con una sonrisa.

La esclava no se dejó engañar. Ninguna sonrisa podría ocultar la tristeza y desesperanza que acompañaban cada gesto y mirada de su joven ama.

—Gracias Latoya. Por favor, dile al comandante Ross que ahora bajo.

La esclava asintió. Ella también estaba triste.

Al cumplir los cuarenta, Ross Dugan se retiró del ejército y regresó a su hogar con la intención de formar una familia. A él nunca se le hubiese ocurrido pedir la mano de Hortensia. Pero cuando le comentó a David su intención de contraer matrimonio y tener hijos, el mismo David le propuso que lo hiciera con Hortensia. Dugan había aceptado. Aunque ahora dudaba. Hortensia era bonita y dulce, pero había mucha diferencia de edad. Demasiada tal vez.

—No sé, David. Creo que soy demasiado viejo para tu hija.

David jugueteó con su copa de coñac antes de responder.

—No digas tonterías, Ross. Todavía eres un hombre apuesto.

—¿Ella qué opina?

—Ya te dije que está de acuerdo.

—Lo sé. Pero me resulta difícil de creer que una joven con tantas cualidades como Hortensia se fije en un viejo como yo. Estoy seguro de que no le faltarán pretendientes jóvenes y ricos.

—Bueno, tampoco eres tan rico —bromeó David.

Dugan sonrió. Lo cierto era que aunque unas hebras grises empezaban a asomar en sus sienes, los años le habían tratado bien. La intensa actividad física propia de la vida militar le había ayudado a mantenerse en forma. Sí, reflexionó para sí mismo, se podía decir que seguía siendo un hombre bastante atractivo.

Cuando Hortensia entró en la biblioteca David pudo comprobar cómo el rostro de su amigo se iluminaba. Como si se tratase de un joven de veinte años, Dugan saltó de su asiento y fue al encuentro de la joven.

—Señorita Hortensia —saludó, besando la mano de su prometida—. Es un honor que haya aceptado mi petición. Me ha convertido en el hombre más feliz del mundo.

Hortensia titubeó.

Una oportuna mirada de David fue suficiente para recordar a Hortensia cuál era su posición.

—Gracias. Es usted muy amable —consiguió decir Hortensia, intentando que el sonido de su voz no molestara a su padre.

La confirmación de Hortensia borró cualquier duda que abrigara Ross Dugan sobre los deseos de la joven de aceptar su propuesta de matrimonio.

—Lamenté muchísimo la muerte de su madre. Era una mujer extraordinaria.

La manera en que David observaba cada gesto de Hortensia hizo que ésta agachara la cabeza y murmurara algo parecido a un agradecimiento.

Dugan le sonrió tratando de animarla.

—Todo saldrá bien. Comprendo que éstos son momentos terriblemente difíciles para usted. Más aún con la marcha de su hermana a casa de su familia en Nueva Orleáns, a la que está muy unida. Ha de sentirse muy sola.

—Mucho, señor Ross —afirmó, haciendo lo imposible por contener las lágrimas.

—Puede llamarme Ross. Y espero que me permita llamarla Hortensia.

Ella asintió mientras una lágrima conseguía burlar sus defensas y resbalaba por su mejilla.

David se levantó de su asiento y se acercó hasta Dugan, que jamás había podido soportar las lágrimas de una mujer.

—Pronto se le pasará —lo tranquilizó David, dando unas palmaditas en la espalda de su amigo—. La muerte de Katherine aún es muy reciente.

—Es cierto. Lamento mi falta de delicadeza —se disculpó Dugan, consternado—. No debí mencionarla. Ruego me perdone.

—Tranquilízate, pequeña —la consoló David.

Cuando Hortensia comprendió que su padre se disponía a abrazarla se quedó petrificada.

David apretó a Hortensia contra su pecho, igual que hubiese hecho cualquier padre conmovido ante la pena de su hija.

El calor del abrazo envenenado de su padre consiguió provocar tal sensación de miedo en Hortensia que las lágrimas se congelaron en su alma.

—Ya está, Ross —anunció al poco rato David, soltando a Hortensia—. Sólo necesitaba un poco de cariño.

Al contemplar de nuevo el rostro de su prometida, Ross comprobó sorprendido que no había el menor rastro de lágrimas en sus ojos.

—Bueno, hablemos de cosas más alegres. ¿Cuándo crees que se puede celebrar la boda, Ross?

Ross buscó una respuesta en los ojos de Hortensia antes de contestar a David.

—… Me gustaría que fuera lo antes posible. Claro está, una vez que haya pasado el tiempo de luto que estimen oportuno por la

pérdida sufrida —se apresuró a aclarar, para no parecer insensible.

—¿En tres meses, entonces? —sugirió David, proponiendo el mínimo tiempo considerado correcto para la situación.

—Si te parece bien, Hortensia —aceptó Ross Dugan, dirigiéndose por primera vez a Hortensia con familiaridad.

—Me parece bien —dijo Hortensia, mirando a su futuro esposo por primera vez a los ojos.

24

Tras pasar la noche en un viejo almacén de la estación de Baltimore, Noah y Charlotte fueron separados del resto de esclavos y conducidos hacia el norte.

Aún necesitarían media jornada más de viaje para llegar a su destino final.

En cualquier otra situación, aquella casa de paredes teñidas de ocres y grandes ventanales a Charlotte le hubiese parecido un lugar acogedor donde formar una familia. Pero su nueva condición de esclava le hacía ver las cosas de un modo diferente. Situada en algún lugar al norte de Baltimore, Sarton era su prisión y también su oportunidad. Porque la frontera de Maryland con Pensilvania no debería de estar a más de uno o dos días de marcha. Sí, se dijo, infundiéndose ánimos. Necesitaría unos días para recuperar las fuerzas y luego escaparía al Norte, donde volvería a ser libre.

El carro se detuvo frente a un hombre aseado, cercano a los sesenta años, con ropa de faena.

—Pandilla de vagos. ¡Andando! —ordenó saltando del pescante con tono hosco y autoritario el hombre que los había conducido el último tramo del camino.

Cansada, pero alimentada por la esperanza, Charlotte obedeció. Sus movimientos se habían convertido en los de una autómata. Una vez en tierra se colocó junto a Noah y esperó.

—Aquí los tiene, señor Boromat.

El hombre se adelantó hasta poner su rostro a un palmo de distancia del de Charlotte. La miró a los ojos y la estudió con detenimiento.

El aspecto de Charlotte era deplorable. Su antaño fino vestido negro estaba arrugado, lucía grandes lamparones y olía mal. A medida que el hombre se acercaba a ella, Charlotte era más consciente de su propio mal olor corporal. No se había sentido tan violenta e incómoda en toda su vida. Parecía un caballo al que fueran a subastar.

—Vaya, no pensé que sería tan blanca —dijo el hombre,

claramente disgustado, separándose de Charlotte.

—Sí, es increíble —asintió el que había sido su celador durante el trayecto desde Baltimore—. Si no tenemos cuidado podría pasar por uno de nosotros. Pero a mí no me engañan, por mucho vestido y modales que tengan. Sólo necesito olerlos.

El hombre que acababa de estudiar a Charlotte no hizo ningún comentario. Metió la mano en uno de los bolsillos de su chaqueta y sacó una bolsita del interior.

—Aquí tienes lo convenido.

El hombre tomó la bolsa y sopesó su contenido.

—Ya puedes soltarlos.

—Soy el capataz Boromat —se presentó el hombre.

—¿Tu nombre? —dijo dirigiéndose a Noah.

—Noah, amo Boromat —respondió, frotándose las muñecas libres de grilletes.

—Pareces fuerte.

Noah no respondió. Su altura, el tamaño de su espalda y la musculatura de sus antebrazos hablaban en su nombre.

El capataz se volvió entonces a Charlotte con una mirada de desaprobación.

Las muñecas de Charlotte estaban en carne viva.

—Ella es mi hermana Charlotte, amo Boromat —se adelantó Noah.

Las palabras de Noah provocaron que los puños de Charlotte se crisparan y se hinchara la vena de su cuello.

Noah rezó para que Charlotte contuviera su orgullo y se mantuviera callada.

Estaba claro que la naturaleza podía ser muy caprichosa, pensó el capataz ante la revelación del esclavo, volviendo a centrar su atención sobre la esclava de piel blanca, que parecía enfadada.

Aquella mujer no había trabajado en toda su vida. No en el algodón al menos. ¿Qué haría con ella?, se preguntó. No serviría para los campos y de sirvienta tampoco. Porque a los propietarios de las plantaciones les resultaba incómodo tener esclavas en casa que fuesen tan blancas como ellos. Siempre daba lugar a incómodos malentendidos. Tal vez debería hablar con su patrón para que se deshiciera de ella. Los burdeles solían pagar buenos precios por mujeres tan blancas, y ésta además era una belleza. Pero el señor y su mujer estaban de viaje y hasta finales de verano no regresarían a la plantación.

—Hoy podéis descansar —dijo, dirigiéndose a los dos—. Mañana empezaréis a trabajar. Ella os enseñará dónde instalaros.

Ninguno de los dos se había percatado de la presencia de la esclava que esperaba a cierta distancia.

Debía de haber llegado poco después de que el tratante se marchara.

El capataz se fue, y la mujer, que rondaría los veinte, les indicó que la siguieran.

Aunque no se podía ver desde la casa principal, el poblado no estaba lejos.

—Es aquí —dijo la esclava, abriendo la puerta de una de las chozas—. Voy a buscar algo de ropa limpia y comida. Enseguida vuelvo.

Noah le dio las gracias y entró. Charlotte esperó a que la mujer se hubo marchado para seguir a Noah al interior.

Dos jergones con mantas, una mesa, un par de taburetes, algunos utensilios para cocinar y una estufa fue todo lo que Charlotte pudo descubrir entre aquellas cuatro paredes.

—¡Es un lugar horrible! —protestó Charlotte en cuanto su pie traspasó el umbral—. ¡No puedo vivir en un sitio como éste!

—Yo creo que es acogedor —le contradijo Noah—. Parece estar bien techado y el suelo es de madera —señaló satisfecho, tras una primera ojeada.

—Esto de madera… —repitió Charlotte sarcástica, sintiendo que los tablones que cubrían el suelo cedían ante el balanceo de su cuerpo.

—Tal vez no sea una sólida tarima de roble, pero al menos el suelo no es de tierra. En conjunto es bastante más acogedora que la choza que compartía con mi madre.

—¡Eso no es cierto! —le increpó Charlotte, incapaz de aceptar que el estado de las cabañas de Nueva Fortuna podía ser incluso más deplorable que el de aquellas chozas para animales.

—Como quiera —dijo Noah acercándose a la estufa, sin entrar en polémica.

Pero Charlotte no quería olvidar el asunto.

—¿Cómo te atreves a insinuar que este lugar es mejor que nuestro hogar? ¿No sientes ninguna lealtad?

Noah iba a poner en su sitio a Charlotte cuando la esclava reapareció con un gran hatillo sobre su cabeza.

—Perdón —se disculpó, al percibir la tensión entre los dos—. Puedo regresar más tarde.

—No, por favor. Todo está bien. Pasa —la invitó Noah.

Charlotte cruzó los brazos a la altura de los hombros y se volvió hacia la pared.

Noah ignoró el desaire de Charlotte y ayudó a la esclava a colocar el macuto sobre la mesa.

—Os he traído algo de ropa. Creo que os estará bien. También hay pan y harina de maíz.

Cansada de mirar la pared, Charlotte se acercó hasta el montón de cosas que había sobre la mesa.

Aunque había algo de comida, la mayoría eran ropas y trapos. Charlotte echó mano rápidamente de un par de vestidos y otros tantos pañuelos. No eran nuevos, pero parecían estar limpios.

—Quiero lavarme —dijo Charlotte con brusquedad.

El cuerpo de la esclava se tensó.

Si Charlotte se dio cuenta de que acababa de ofenderla no hizo nada para arreglarlo.

—Gracias por todo —intervino Noah, antes de que los aires de Charlotte les ganasen la enemistad de todos los esclavos—. Ella es Charlotte, mi hermana. No hagas caso de sus modales. Como puedes ver dejan mucho que desear.

Los ojos de Charlotte lanzaban fuego.

Pero la esclava no lo vio. Se relajó y sonrió condescendiente.

—No importa. Yo soy Melody, vivo con mis padres y hermanos dos cabañas más arriba. ¿Y tú?

—Noah.

—Noah… —repitió, disfrutando de la suavidad con que el sonido acariciaba sus labios—. Me gusta —dijo sin dejar de sonreírle.

Cuando Melody se ofreció a enseñarles un lugar donde asearse, Charlotte no había pensado que éste fuese el río cercano al poblado. Se trataba más bien de un arroyo estrecho y poco profundo donde el agua llegaba a las rodillas y no tenía más de un metro de ancho.

—¿… Aquí?

Melody asintió.

Aunque Melody había explicado a Noah que los hombres se lavaban en otra zona, Charlotte no se sintió tranquila hasta asegurarse personalmente de que no había nadie en los alrededores. Una vez lo hubo comprobado, se desvistió y se sumergió en el agua.

La corriente, fuerte y fría, actuó sobre sus músculos como un masaje revitalizador. En ese momento, hubiese dado cualquier cosa por una de las pastillas de jabón de lavanda con las que Latoya solía frotar su espalda. Pero en esta ocasión el agua del arroyo debería ser suficiente para eliminar el mal olor y la sensación de suciedad que la acompañaban desde hacía días. Charlotte permaneció en el agua hasta que sus dedos empezaron a ponerse morados. Después se

secó y se puso uno de los vestidos que poco antes le había dado Melody.

Cuando regresó a la cabaña Noah había puesto dos platos sobre la mesa. Se había lavado, afeitado, cambiado de ropa y aún había tenido tiempo para preparar una masa blanquecina que burbujeaba en una olla colocada encima de la estufa.

—¿Qué es eso? —preguntó Charlotte, dejando caer su ropa sucia en el suelo y sentándose a la mesa.

—Pasta de maíz —contestó Noah.

Los labios de Charlotte se torcieron en un gesto de disgusto al contemplar la masa viscosa que le acababa de servir.

—¿No hay nada más?

—No —negó Noah, vaciando el cazo sobre su plato.

Charlotte untó la punta de su dedo en el puré, la olisqueó y lo giró desconfiada.

—¡Puaj! —escupió nada más probarlo—. ¡Dios mío!, ¡tiene un sabor horrible! Yo no pienso comer esto —dijo, apartando su plato.

—Como quiera. Pero si no come, mañana estará muy débil para trabajar.

—¡Trabajar! Pero si aún no nos hemos recuperado del viaje. ¿Es que pretenden acabar con nosotros?

No había nada que responder a semejante observación. Noah ignoró las palabras de Charlotte y se puso a comer. Necesitaba recuperar fuerzas.

La manera en que Noah era capaz de disfrutar con aquella pasta pegajosa mortificaba a Charlotte. Llevaba varios días sin comer en condiciones y la perspectiva de que aquella cosa insípida se convirtiese en la única fuente de alimento la ponía todavía de peor humor.

Charlotte golpeó el suelo con su zapato y se puso en pie de un salto. Estaba a punto de explotar.

—Si todas estas humillaciones y privaciones no fuesen suficiente, además tengo que vivir contigo. Pero ¿quién te has creído que eres para decir que eres mi hermano? —le gritó sin venir a cuento.

Esta vez Noah no se calló. Su paciencia también tenía un límite.

—Si algo he sacado en claro a lo largo de mi vida es que el hecho de compartir la misma sangre no nos convierte en iguales. Y mucho menos en hermanos. Porque a pesar de que resulte increíble, no es ningún orgullo para mí presentarla como mi hermana. Si lo hice, fue por su seguridad. Aunque no lo crea, en estos momentos es mucho más seguro para usted vivir conmigo. Porque comprenderá,

que habría que estar loco para querer vivir con una mujer caprichosa y egoísta como usted. Si no quiere estar aquí es libre de pedir cobijo en cualquier otra cabaña. Ya sabe dónde está la puerta. Y ahora si no le importa, desearía dormir. Mañana hemos de madrugar y estoy cansado.

Dicho esto, Noah dejó los dos platos en un barreño con agua, se quitó los zapatos y se tumbó en el camastro más cercano a la puerta.

—Hasta mañana, señorita Charlotte.

El sol golpeaba de forma implacable. Charlotte no había previsto que debería trabajar bajo sus fuertes rayos durante horas, y había olvidado llevar algo para cubrirse la cabeza. Estaba sedienta y la cabeza le dolía. Se detuvo e intentó alcanzar el cubo de agua.

—¿Qué haces? —le preguntó el capataz, deteniendo su caballo frente a ella.

—Tengo sed.

El capataz no desmontó.

—Es la quinta vez que te acercas a beber esta mañana —le dijo, deteniendo con su fusta el cazo en el instante en que rozaba sus labios—. El agua no es sólo para ti. Además, no te la has ganado. Apenas has recogido algodón en toda la jornada —la amonestó, viendo que el cesto de Charlotte permanecía a medio llenar—. Tendrás que trabajar más y descansar menos —dijo devolviendo el contenido del cazo al cubo—. ¡Vuelve al trabajo!

Ella lo miró suplicante, pero el capataz no se conmovió. Le indicó con la fusta que regresara junto a su cesto y siguiera trabajando.

Un nuevo corte se sumó a las decenas de heridas de sus manos, cuando Charlotte trató de hacerse con una nueva bola de algodón. El dolor fue tan intenso que las lágrimas asomaron a sus ojos. ¿Cómo podía decir aquel insensible que no trabajaba duro? ¿Es que acaso no veía la sangre que manaba de sus heridas?

Durante el resto del día, cada vez que Charlotte se detenía o buscaba el frescor de una sombra, los ojos del capataz caían sobre ella, obligándola a continuar.

Al terminar la jornada, Charlotte había conseguido llenar dos cestos. La misma cantidad que la recogida por los niños en una mañana. El capataz miró el trabajo de Charlotte y negó con la cabeza. Después golpeó a su caballo con la fusta y se marchó.

Demasiado cansada para preocuparse por el capataz, Charlotte se unió al grupo de esclavos que regresaba al poblado. A pesar de que quedaba a corta distancia de los campos, Charlotte se rezagó lo

suficiente para perder de vista al resto del grupo. Si hubiese tenido que dar un paso más para llegar a la cabaña, se habría desplomado. Estaba agotada, con las yemas de los dedos abiertas y la cintura le dolía tanto que no podía enderezarse. No aguantaría otro día como ése.

Noah daba el último bocado a la masa de maíz cuando Charlotte entró arrastrando los pies.

No se saludaron. Charlotte avanzó hasta el otro taburete. Se dejó caer y apoyó la cabeza sobre la mesa. Se sentía enferma.

Él siguió comiendo, dispuesto a no ser el primero en romper el silencio que los había llevado a no dirigirse la palabra desde la discusión de la noche anterior. Pero al ver la sangre de las manos de Charlotte se apiadó. Tenían muy mal aspecto. Los cortes eran profundos y abundantes. Los dedos se le habían hinchado y la mayor parte de las palmas estaban en carne viva.

—Deben de dolerle mucho —dijo Noah, preocupado.

Charlotte giró la cabeza sobre la mesa y lo miró. Sus mejillas le ardían y le costaba enfocar la vista.

—No me encuentro bien.

La mano de Noah buscó la frente de Charlotte. Estaba ardiendo.

—Tiene fiebre. Le ha dado demasiado sol. Hay que bajar el calor.

—¿Y cómo pretendes hacerlo, doctor?

—Encontraré la manera, confíe en mí.

Charlotte sonrió incrédula, y cerró los ojos.

—Se me olvidaba lo mucho que te gustaba meter esa narizota fea y grande en los libros de medicina que te regalaba mi madre —murmuró, antes de quedarse dormida.

Cuando abrió los ojos, había un barreño con agua frente a ella.

—Meta las manos —le ordenó Noah.

El líquido era de color amarillo.

—¿Qué es?

—Hipérico. Salí a buscar algunas plantas cuando se quedó dormida. Le escocerá pero le ayudara a cicatrizar las heridas.

Ella dudó.

—Hágalo si no quiere que se le infecten.

Charlotte obedeció. El agua estaba templada. Tras una sensación de dolor inicial el escozor de sus manos se calmó. La hemorragia se detuvo y las grietas dejaron de dolerle.

—Mañana no podré trabajar.

—No le quedará otro remedio.

—Pero mis manos… Apenas puedo tenerme en pie. Tengo fiebre.

—A los amos no les importa el estado de sus manos y mucho menos el de su alma. Si no trabaja no sirve y si no sirve no tiene ningún sentido que le den de comer. Se desharán de usted.

—¡Estupendo! Estoy deseando marcharme de aquí.

—No lo creo —le dijo él, mirándola a los ojos, sorprendido de lo poco que sabía de la vida.

—¿Por qué no iba a querer? No puede haber nada peor que esto.

—Sólo hay otra cosa que una esclava tan bonita como usted puede hacer aparte de recoger algodón.

—¿Quieres decir que…?

—Las esclavas con piel pálida son una mercancía muy preciada en los burdeles de la ciudad. Es donde suelen terminar todas.

—¡Eso no es cierto!

—¿Cuántas esclavas con piel blanca ha conocido? No me refiero a mulatas ni cuarteronas de color oscuro. Quiero decir esclavas que pasen por blancas.

Charlotte agachó la cabeza.

—Ahora ya sabe por qué. Y si no quiere convertirse en una de ellas, más vale que mañana trabaje hasta reventar. Por lo que he oído, el capataz es un hombre justo. Si trabaja duro puede que le permita quedarse.

Cuando el agua se enfrió, Noah indicó a Charlotte que podía sacar las manos del preparado. Después se las secó y se las cubrió con tiras de tela que había hervido y secado previamente. A continuación Noah preparó una infusión de hierbas a las que añadió una pizca de sal.

—Beba. Le hará bien.

Charlotte tomó la taza y acercó los labios. Estaba caliente.

—Despacio —le advirtió Noah, impidiendo que se atragantara—. Tiene que reponer líquidos. Ha sido una imprudencia trabajar al sol sin cubrirse la cabeza. No está acostumbrada.

Hasta que hubo bebido tres tazas más de aquella tisana, Noah no le permitió acostarse.

—¿Por qué me ayudas, Noah? Después del modo en que te he tratado todos estos años… No entiendo cómo eres capaz de soportarme —comentó avergonzada.

Antes de responder, Noah se aseguró de que Charlotte quedara bien tapada por su manta.

—Porque una persona capaz de aceptar este destino por su hermana es digna de mi respeto.

—Lo sabes —dijo Charlotte, con lágrimas en los ojos.

Noah asintió.

—¿Acaso mi madre…?

—No, señorita Charlotte. Ella nunca me dijo nada. Ni siquiera sospechaba que yo lo supiera.

—Entonces, ¿cómo?

—Lo descubrí por casualidad, cuando tan sólo era un niño.

—Cuéntamelo.

—Fue hace tanto tiempo…

—Por favor…

—Está bien —aceptó Noah, colocando uno de los taburetes junto a la cama de Charlotte—. Se lo contaré —dijo sentándose—. Es curioso. Hacía años que no había pensado en ello. Pero el recuerdo está claro en mi memoria. Yo era un niño. Aquel día no había demasiado trabajo en los campos, así que cuando las clases terminaron el amo Owen me dio permiso para no trabajar. Recuerdo que estaba contento. Decidí que podía aprovechar la tarde libre para hacerme con un poco de carne. Así que me dirigí al río para coger ranas.

Charlotte hizo un gesto de disgusto.

—Sí, ya sé. No parece muy apetitoso. Pero aunque no lo crea, son bastante más sabrosas y nutritivas que la pasta de maíz —bromeó Noah—. Bueno, allí estaba yo, siguiendo la pista a un ejemplar espléndido cuando vi al ama Katherine junto a la tumba de Molly. Todos en la plantación habían oído hablar de la esclava blanca y de su bebé muerto. Yo no quería que su madre me viese, así que me oculté tras la gran roca que hay junto al río y la observé esperando a que se marchara para salir. Entonces ella dejó unas flores frescas sobre la lápida y comenzó a hablar. De veras. Yo no pretendía escuchar, pero sucedió. Oí cómo su madre le decía a Molly que podía estar tranquila. Que su hija Hortensia crecía sana y feliz.

—¿Y no se lo dijiste a nadie?

Noah lo negó.

—¿Ni tan siquiera a tu madre?

—No.

—Pero no lo entiendo. Mi padre hubiese dado cualquier cosa por esa información.

—Cualquier cosa menos lo único que yo deseaba y sabía que no conseguiría jamás —confesó Noah, con una sombra de tristeza—. ¿Qué hubiese ganado diciéndolo? Sólo habría perjudicado a Hortensia y a su madre. Además, la señorita Hortensia siempre me había caído bien.

Charlotte recordó que hacía tan sólo un día antes le había

acusado de desleal. ¡Qué mal lo había juzgado! Qué soberbia e insensible había sido.

—Yo… no sabía —dijo—. Lo siento.

—Todo está bien. No se preocupe. No hay nada que perdonar. Y ahora duerma. Mañana tiene que trabajar duro, señorita Charlotte.

Noah iba a dirigirse a su cama cuando Charlotte le sujetó de la mano.

—Puedes llamarme Charlotte.

Él la miró a los ojos y sonrió.

—Buenas noches, Charlotte.

—Buenas noches, Noah.

La pócima que Noah le había preparado la hizo dormir de un tirón. A la mañana siguiente la fiebre había desaparecido y sus manos estaban mucho mejor. Charlotte se encontraba algo débil, pero cuando hubo rebañado la última gota del puré que Noah le había servido se sintió como nueva. Antes de salir al campo Noah curó sus heridas, le vendó las manos y aún encontró tiempo para confeccionarle un sombrero con unas palmas de platanero.

Esta vez Charlotte trabajó sin descanso. En cada ocasión que sentía la mirada del capataz sobre ella, trabajaba aún más duro. Sus manos volvieron a resentirse, pero el vendaje de Noah resistió. Recogió ocho cestos completos y no abandonó su trabajo hasta asegurarse de que era la última en marcharse. Cuando terminó la jornada y los esclavos emprendieron el camino de regreso, Charlotte descubrió un gesto diferente en el capataz.

Boromat la observó desde la distancia y asintió. No haría falta hablar con el patrón.

Aunque su cuerpo se adaptaba a la nueva situación a una velocidad sorprendente, sin los continuos cuidados de Noah Charlotte hubiese sucumbido. Pero la única fuerza que la hacía levantarse cada mañana era su deseo de escapar. La idea de huir, la planificación de la fuga y el camino que habría de seguir para llegar al Norte ocupaban sus pensamientos de noche y de día. A la cuarta jornada de trabajo estaba tan exhausta que decidió darse una semana de plazo para recuperar fuerzas antes de perpetrar su fuga. Pero a medida que los días pasaban se sentía más y más cansada y cuando terminaba la jornada sólo deseaba echarse a dormir. Había pensado en cientos de alternativas. La fuga se había convertido en su obsesión. Cada día, al regresar de los campos, se decía: «Mañana escaparé. Hoy tengo que dormir».

25

Dos meses después, Charlotte seguía en Sarton.

Una tarde en que se encontraba en el arroyo lavando ropa, Melody se le acercó.

—Dentro de unos días los amos regresan. Hay que limpiar la casa, y el amo Boromat me ha dicho que puedo escoger a una mujer para que me ayude.

Charlotte dejó de frotar una mancha que se resistía a abandonar la tela de su vestido.

—¿Y?

—Bueno, he pensado que tal vez te apetezca.

A pesar de que la relación entre las dos era correcta, no eran amigas. Era evidente que Melody consideraba a Charlotte una estirada y Charlotte había llegado a la conclusión de que Melody era muy simple. Si Melody la había elegido para ayudarla, se debía más bien al interés que la joven sentía hacia Noah. Lo que Charlotte no tenía tan claro era que Noah la correspondiese.

—Gracias, Melody. Me gustará cambiar de actividad por unos días.

—Hasta mañana, entonces.

Al día siguiente empezó la limpieza. Retiraron las sábanas que cubrían los muebles, limpiaron cortinas, sacudieron alfombras, quitaron el polvo, recolocaron muebles y baldearon los suelos.

Cinco minutos después de arrastrar la primera de las alfombras, Charlotte ya se había arrepentido de aceptar.

—¿Puedes traer un poco de papel para dejar lista la chimenea? —le pidió Melody, apilando un poco de carbón en el interior del hogar.

—¿De dónde?

—Detrás de ti.

Se volvió y vio una pila de periódicos en el interior de un cesto. Arrancó una hoja y se la entregó a Melody.

—¿Será suficiente?

—Otro pedazo, y ya está —indicó Melody, haciendo una bola

con el papel y dejándolo sobre el carbón.

Ya había cortado la página y estaba a punto de convertirla en una pelota cuando sus ojos cayeron involuntariamente en el papel.

—¿A qué esperas? —le apremió Melody, cansada de aguardar en cuclillas frente al hogar, al comprobar que Charlotte estaba petrificada en medio del salón.

La llamada de Melody hizo reaccionar a Charlotte. Escondió el trozo de papel bajo su vestido sin que Melody la viera y le entregó un nuevo pedazo.

—Aquí tienes.

—¿Estás bien?

Charlotte asintió.

—Estás muy pálida. Cualquiera diría que acabas de ver un fantasma.

—Estoy bien, de verdad.

Melody no parecía muy convencida. Pero no insistió. Dejó el último pedazo en el interior de la chimenea y recogió el cubo lleno de carbón.

—¡Ya está! Por hoy hemos terminado. Mañana limpiaremos las habitaciones.

Cuando irrumpió en la cabaña, le faltaba el aliento. Había venido corriendo desde la casa principal.

—¡Menos mal que estás aquí, Noah!

—Hoy hemos terminado un poco antes.

Ella parecía inquieta.

—¿Estás bien?

Charlotte no perdió tiempo respondiendo. Sacó un amasijo de papel de su escote y se lo entregó a Noah.

—Lee.

—¿Es que te has vuelto loca? Esto no es Nueva Fortuna. ¿Sabes lo que podría pasarnos si descubrieran que sabemos leer?

—Por favor, calla y lee.

Noah tomó la hoja y obedeció.

Era una crónica de sociedad donde se informaba que la hija de uno de los más importantes terratenientes de Virginia iba a contraer matrimonio.

—Continúa leyendo —insistió Charlotte.

En la última línea aparecían los nombres de los contrayentes. Noah se quedó sin habla.

—No lo entiendo, Noah. Yo estaba convencida de que Robert Ardley iba a pedir la mano de Hortensia. ¿Cómo puede ser que Hortensia vaya a casarse con el comandante Ross?

—A lo mejor tu padre descubrió que Hortensia era la hija de Molly, y la obligó.

—¿Cómo iba a saberlo? Estoy segura de que ella no se lo ha dicho.

—No lo sé. Pero es la única explicación que se me ocurre. Si no, ¿cómo iba a conseguir que Hortensia aceptara?

—¿Cuándo es la boda?

Noah buscó entre las líneas.

—El cinco de octubre. Debemos de estar en la última quincena de septiembre, por lo que aún quedarán entre dos semanas y diez días para la boda.

Charlotte caminaba en círculos. Su cabeza estaba a punto de explotar.

—¡Tenemos que impedirlo!

—No podemos, Charlotte. No hay nada que podamos hacer. Olvidas quiénes somos y dónde estamos.

—No lo olvido. Una vez me dijiste que siempre habías apreciado a Hortensia. No puedo creer que mi sacrificio, todo lo que he pasado, no haya servido para nada. Si, como dices, mi padre lo sabe, ¿qué será de ella? No puedo permitirlo. ¡No quiero!

Charlotte parecía desesperada.

—Por favor, Noah. Te lo suplico. Debemos hacer algo.

Noah la miró.

A pesar del tiempo pasado como esclava, Charlotte nunca aceptaría la imposibilidad de decidir sobre su propio futuro.

Noah levantó las manos. Él nada podía hacer.

—Por favor —le rogó.

—Lo siento, Charlotte.

—¡Pues no lo acepto, Noah! —pataleó con fuerza—. No pienso quedarme aquí cruzada de brazos, mientras el bastardo de mi padre se sale con la suya. Te juro por la memoria de mi madre que con tu ayuda o sin ella lo impediré.

—¿Y qué pretendes hacer?

—Iré a buscarla.

—¿A pie?

—A rastras, si hace falta.

—Debe de haber más de diez días de marcha. Aunque consiguieses escapar, no llegarías a tiempo.

—Llegaré. Si hace falta robaré un caballo. Lo haré sola o con tu ayuda, pero te juro que lo haré.

Noah supo que Charlotte hablaba en serio. Pero sola no podría conseguirlo.

—Si nos cogen, nos colgarán.

—Lo prefiero a vivir como una esclava el resto de mi vida. Además, no nos cogerán.

—¿Y qué haría yo luego? ¿A dónde podría ir?

—Vendrás con nosotras. Nosotras te cuidaremos.

Noah tardó en responderle. Llevaba toda la vida siendo un esclavo, pero él tampoco se resignaba a aceptar ese destino.

—Está bien. Iré contigo. Y además está mi madre. No puedo dejarla allí. Necesito volver a buscarla.

Al día siguiente, Charlotte regresó a la casa con Melody, limpiaron las habitaciones e hicieron los últimos retoques. Después regresó junto a Noah. Esa misma noche se escaparían.

—Lo que más me preocupa es despistar a los perros, dijo Noah.

Charlotte sonrió.

—No entiendo cómo te resulta divertido.

—Lo tengo todo pensado —le respondió Charlotte, sacando un objeto pequeño envuelto en un pañuelo de debajo de la cama.

—¿Qué es eso?

—Nuestro salvoconducto a la libertad.

Bajo el pañuelo apareció un fino frasco de perfume.

—¿De dónde lo has sacado?

—Lo encontré.

—¡Lo has robado!

—Lo tomé prestado —corrigió ofendida.

—Si te descubren te despellejarán viva.

—Bueno, si esta noche nos cazan, creo que el frasco de perfume será la menor de nuestras preocupaciones.

Alrededor de la medianoche se pusieron en marcha. Abandonaron el campamento en silencio y se dirigieron hacia el arroyo. Nadie los vio. Una vez allí, recogieron un hatillo que Charlotte había ocultado tras unos arbustos y sin separarse del curso de agua pusieron rumbo al norte.

Tras avanzar por espacio de dos horas, llegaron a un punto donde la corriente principal se dividía en una rama que regresaba hacia el sur y volvía a pasar tras una de las colinas que rodeaban la plantación.

—Ya hemos llegado —dijo Noah, deteniéndose—. Había empezado a pensar que este lugar no existía. Debemos darnos prisa si queremos deshacer lo andado y sacar unas horas de ventaja antes de que se den cuenta de nuestra huida.

Charlotte asintió. Lanzó el hatillo al otro lado del arroyo, dejó su ropa sobre un arbusto y cruzó a la otra orilla. Sacó un vestido del

paquete y se vistió. Noah, que esperaba al otro lado, también se desvistió. A continuación colocó todas las prendas bajo una piedra y tras retroceder varios metros, lanzó el frasco de perfume. El cristal estalló y su contenido se esparció sobre la ropa.

Después, desanduvo lo andado, atravesó el arroyo y se vistió con la camisa y el pantalón que Charlotte le entregó en el punto donde ella había cruzado. La ropa aún conservaba el olor de otros esclavos.

—¿Cómo la conseguiste?

—Le dije a Melody que en agradecimiento a que me escogiera para ayudarla a limpiar la casa le lavaría su ropa y la de su padre.

—¿Y te creyó?

—¿Por qué no iba a hacerlo? ¿Crees que servirá? —le preguntó Charlotte cuando Noah terminó de vestirse.

—Debería bastar. Los perros seguirán nuestro rastro hasta aquí con facilidad. Cuando encuentren la ropa rociada con perfume sus olfatos quedarán anulados. No serán capaces de seguir un nuevo rastro en horas. Y al camuflar nuestro propio olor bajo estas ropas se sentirán desorientados. Y por si eso no fuera bastante, hemos dejado indicios suficientes para que crean que nos dirigimos al norte. La frontera con Pensilvania está detrás de la colina. Porque, ¿quién en su sano juicio podría sospechar que dos esclavos fugados a escasos kilómetros de la libertad deciden arriesgar el cuello dirigiéndose hacia el corazón del Sur?

—Nadie —contestó satisfecha.

A diferencia de cuando avanzaron hacia el norte con intención de dejar señales que sus perseguidores pudiesen seguir con facilidad, esta vez Noah y Charlotte caminaron por el interior del arroyo. El agua impediría que su olor se impregnara en las rocas. El plan de crear una pista falsa que hiciera pensar a sus perseguidores que habían escapado hacia el norte mientras regresaban por otro arroyo hacia la plantación era arriesgado. Pero era la única alternativa que habían encontrado para borrar su pista y ganar tiempo.

Tras dejar atrás la plantación, se adentraron en el bosque. Sin apenas luz, avanzaron entre árboles de ramas bajas y espesas que golpeaban sus cuerpos cuando en su carrera trataban de abrirse paso entre ellos. Minutos antes de que el sol rompiera el horizonte se metieron en un socavón del terreno y cubrieron sus cuerpos bajo una gruesa capa de hojas y ramas que los volvería invisibles hasta la llegada de la noche. Al día siguiente llegaron a las montañas. Nueva Fortuna cada vez estaba más cerca.

Durante el día se escondían, y por la noche avanzaban y se alimentaban con bayas y frutos silvestres que encontraban a su paso. A medida que los días se sucedían y las fuerzas empezaban a flaquear, Charlotte empezó a dudar de que consiguieran llegar a tiempo de impedir la boda de Hortensia.

—Señorita Hortensia. Le traigo el vestido.

Hortensia se volvió hacia Latoya, que acababa de entrar en su habitación.

—Puedes dejarlo sobre la cama de Charlotte.

Latoya depositó el vestido de novia sobre la cama y lo extendió con mucho cuidado de que no se arrugase.

—Es precioso —dijo la esclava, sin dejar de admirarlo.

La cama de su hermana apenas podía contener los metros de seda natural de color hueso.

—Sí, muy bonito —contestó Hortensia, sintiendo cómo la soga cada vez se tensaba más sobre su cuello.

Desde que Charlotte había sido vendida como esclava, la joven señorita no había vuelto a ser la misma. Siempre estaba triste. Apenas abandonaba su habitación y cuando lo hacía se movía por la casa como un alma en pena. Latoya contempló la palma de su mano. Ya sólo quedaba ella; Nana Lo, Thomas y Olivia habían muerto. Sintió una profunda tristeza. A pesar de todo, habían fracasado. Al final la hija de Molly sufriría el mismo destino que su madre. No habían podido salvarla.

—Señorita Hortensia, no esté triste —trató de animarla—. El amo Dugan la quiere bien.

—Lo sé. Es un buen hombre. Pero no lo amo, Latoya.

La esclava agachó la cabeza. Si no quería casarse con él, entonces, ¿por qué lo había aceptado?

—Señorita Hortensia, todos la vamos a echar mucho de menos cuando nos deje.

Hortensia se acercó a Latoya y la abrazó.

—Gracias —le dijo con lágrimas en los ojos—. Yo también os voy a echar mucho de menos.

—No llore, señorita. Verá como mañana todo sale bien —la animó—. Será una novia preciosa y vendrán invitados de todas partes del país. Además, podrá venir a visitarnos cuando quiera. La plantación del amo Ross está muy cerquita y a su padre seguro que le encantará que venga por aquí ahora que se queda tan solo.

Hortensia trató de sonreír.

—Es verdad. Todo saldrá bien.

Cuando Latoya salió de la habitación, Hortensia se sentó en la

oscuridad y rezó con toda su alma para que su boda no se celebrase.

Noah y Charlotte llevaban horas agazapados tras las cuadras, cuando la última luz de la casa se apagó.

—Ya era hora —dijo Charlotte—. Pensaba que permanecerían despiertos hasta el amanecer.

—Recuerda —le insistió Noah—. Cuando tengas a Hortensia, regresa aquí. Yo voy a por mi madre. Nos vemos enseguida. Ten mucho cuidado, Charlotte.

—Tu también, Noah.

Charlotte dejó su escondite.

—Suerte —le susurró Noah, todavía a cubierto.

Cada uno echó a correr en direcciones opuestas. Noah se dirigió hacia el poblado y Charlotte corrió hacia la mansión.

Sentada en la penumbra, Hortensia seguía tratando de encontrar una salida, cuando la figura de una mujer se coló en su dormitorio. Hortensia contuvo el aliento y se fundió con la silla mientras la sombra avanzaba sigilosamente hacia su cama.

—Hortensia —susurró entonces una voz en la oscuridad.

La desesperación empezaba a pasar factura a su mente, pensó Hortensia, creyendo reconocer la voz de su hermana.

—Hortensia —insistió la voz un poco más alto.

La silueta se detuvo y buscó el regulador del quinqué que había sobre la mesilla de noche.

—¿Charlotte?

En ese momento la habitación se iluminó.

Hortensia no podía dar crédito a lo que sus sentidos le mostraban.

—¡Eres tú! —repitió, acariciando el rostro sonriente de Charlotte, para cerciorarse de que la imagen que tenía ante ella no era una jugarreta de su mente—. No puedo creer que seas tú —rompió a llorar—. ¡He rezado tanto, he deseado tanto volver a verte! Él lo sabe. Sabe que yo soy la hija de Molly —le confesó angustiada.

—Lo sé.

—Cuánto te he echado de menos, Charlotte. No vuelvas a dejarme.

Charlotte y Hortensia se fundieron en un abrazo.

—Nunca —susurró, liberando las lágrimas que hacía meses atenazaban su corazón.

Aquella noche, Velvet se preparó para pasar otras largas horas de insomnio. Dormía mal desde que separaron a Noah de su lado. Esa noche no sería distinto. Se tumbó en la cama y esperó en vano a

que el sueño la tomara en su regazo.

Cuando Velvet reconoció a Noah entrando en la cabaña, pensó que se había quedado dormida y estaba soñando.

—No quiero despertar —pidió Velvet a la noche, sin apartar los ojos de Noah, que se dirigía hacia ella.

Noah tomó el rostro de su madre entre sus manos y la besó en la frente.

—No estás dormida, mamá. Soy yo. Noah. He venido a buscarte.

—Mi pequeño —dijo ella tomando entre sus brazos a su hijo—. Pero ¿cómo?

—Ahora no hay tiempo para explicaciones, mamá. Debemos darnos prisa. Charlotte y Hortensia nos esperan —dijo, sacando a su madre de la cama.

Noah empezó a rebuscar en los cestos, cogió algo de ropa y una hogaza de pan para el camino. Cuando terminó de preparar el petate descubrió que su madre aún llevaba la ropa de dormir.

—¿A qué esperas, mamá? Tenemos que apresurarnos.

Pero Velvet no se movió. Permaneció inmóvil en medio de la cabaña contemplando a su hijo.

—Yo no voy.

Noah dejó el trozo de pan sobre la mesa.

—¿Cómo que no vienes? He venido a por ti.

—Lo siento. Pero sólo sería un estorbo.

—Eso no es cierto.

—Mira mi pierna.

Con las prisas Noah no se había dado cuenta de que el tobillo de su madre estaba inmovilizado.

—No es nada. Sólo me lo he torcido —se apresuró a tranquilizarle—, pero apenas puedo andar. Os retrasaría.

—No. No lo harías. Yo puedo llevarte.

—Sabes que no puede ser, Noah. Si me quedo tendréis alguna posibilidad. Pero si os acompaño no habrá ninguna. ¿Cuánto crees que tardarían en dar con una fugitiva coja?

Noah se dejó caer en una silla.

—Pero te necesito. No puedo permitir que sigas aquí.

—No te preocupes por mí. Yo estaré bien aquí. Nací aquí y moriré aquí. Pero tú mereces algo mejor.

—Todos merecemos algo mejor que esto, mamá.

—Tal vez. Pero ahora tienes otras personas en las que pensar. Tus hermanas te necesitan. Debes marcharte.

—Pero…

—Vete tranquilo, Noah. Si tú estás a salvo yo estaré bien. Ahora

vete —le apremió, besándolo por última vez—. Debéis daros prisa.

—Mamá. Te prometo que algún día volveré a buscarte.

Por segunda vez en su vida, Velvet vio cómo su hijo se alejaba de ella. Pero esta vez todo era diferente. Esta vez su hijo iba a alcanzar la libertad.

Charlotte dejó sobre la cama el vestido que había tomado prestado de Melody, y se puso uno de los suyos que aún permanecían en su armario. Después ocultó su cabello sucio y desaliñado bajo un sombrero. A continuación vació sobre el suelo la bolsa de viaje que Latoya había preparado para Hortensia, y corrió hacia la cómoda.

—¿Qué haces, Charlotte?

—Necesitaremos dinero.

—¿Es que no vamos a ir a casa del abuelo?

—No —negó Charlotte, volcando el contenido del joyero en el interior.

—Tenemos que pensar en Noah y en su madre.

—¿En Noah y su madre?

—Sí. Ellos nos esperan fuera. Y yo sigo siendo una esclava fugitiva. No puedo quedarme en el Sur.

—Pero el abuelo nos ayudará.

Charlotte dejó su frenética búsqueda por los cajones un segundo y se volvió hacia su hermana.

—No podemos.

—¿Por qué?

—¿Y si el abuelo es como nuestro padre?

—Pero el abuelo nos quiere, él lo entenderá… ¡No puede ser como papá! Nadie puede ser como nuestro padre.

—No podemos arriesgarnos. Mamá nunca le contó al abuelo la verdad.

Hortensia quiso protestar, pero sabía que su hermana tenía razón.

—Entonces, ¿dónde iremos?

—Al Norte. Allí estaremos a salvo.

Charlotte se acercó al tocador.

—¿Y el resto? —preguntó, viendo que tan sólo había una docena de piezas.

—La mayoría están en la habitación de mamá. Pero tengo la gargantilla de diamantes con sus pendientes y la pulsera. Me los puse el otro día para una recepción y todavía no he tenido ocasión de devolverlos. Además, también está el collar y el brocado de perlas. Se suponía que iba a llevarlos mañana.

—¿Dónde están?

Hortensia abrió un cajón y se los entregó.

—¿Y las monedas de oro que nos regaló el abuelo?

—En el armario.

—Cógelas.

Además de las monedas, Hortensia metió un abultado fajo de billetes.

—Me lo ha dado el tío Quentin esta tarde. Es mi regalo de boda.

—Ya es suficiente —dijo Charlotte, asegurándose de que no se dejaban nada de valor—. Tenemos que marcharnos.

Entonces Charlotte se acercó a la puerta. La abrió y asomó la cabeza con cuidado.

Cuando hubo comprobado que no había peligro, hizo una señal a su hermana para que la siguiera en silencio.

La casa estaba a oscuras. Charlotte y Hortensia se abrieron paso por el pasillo a tientas. Caminaron despacio, de puntillas, sin permitir que las tarimas de roble arrancaran el menor sonido de sus zapatos. Salvaron el pasillo y bajaron el primer tramo de escaleras. Sus talones no se atrevieron a regresar al suelo hasta que no alcanzaron la protección de la alfombra del recibidor. La gruesa capa de lana se encargaría de amortiguar los últimos pasos que las separaban de la puerta principal.

Y entonces, cuando su objetivo estaba al alcance de la mano, la luz lo inundó todo.

Cuando Noah llegó al punto de encuentro y comprobó que Charlotte y Hortensia aún no habían aparecido, supo que algo había salido mal.

Necesitaba averiguar qué estaba pasando. Se acercó hasta la casa e intentó mirar a través de las ventanas del recibidor. Pero las cortinas estaban echadas y era imposible ver nada de lo que sucedía en el interior. Noah probó suerte con la puerta principal, pero estaba cerrada. Lo intentó de nuevo con una de las puertas acristaladas que comunicaban directamente con el porche. Esta vez tuvo suerte.

No había terminado de colarse en el comedor, cuando reconoció la característica presión del cañón de un arma en su espalda.

—¡Aquí está el que faltaba! —exclamó David.

Noah ni siquiera se atrevía a respirar. No pensaba darle la menor excusa a su padre para dispararle.

—¡Camina! —le ordenó David, empujándolo con su fusil.

Noah obedeció.

Charlotte y Hortensia permanecían clavadas en medio del

recibidor. Cuando Noah se les unió, David se retiró unos pasos y sin dejar de encañonarlos, se sentó en una silla.

—Hay que reconocer que sois muy valientes, o muy estúpidos.

Los tres siguieron con sus pupilas fijas en el cañón.

—Todavía no he tenido ocasión de saludarte, hija. Me alegro de verte, Charlotte.

Charlotte intentó dar un paso al frente, pero Hortensia la contuvo.

—Yo no puedo decir lo mismo, padre.

David sonrió. Ni siquiera la amenaza de un arma podía cerrar la boca de su hija.

—Eres igual que tu madre. Tenías que venir a por esa negra.

El desprecio con que su padre se refirió a Hortensia impresionó a Charlotte.

—Traté de educarte bien, pero veo que mis esfuerzos no sirvieron para nada.

—Por fortuna, reaccioné a tiempo, padre. Me engañaste durante años. E incluso llegué a creerme todas esas estupideces sobre lo diferentes que son los esclavos de nosotros. Pero todo ha cambiado. Los acontecimientos de los últimos meses me han hecho comprender. Ahora veo las cosas de un modo muy diferente y en cierto modo te lo debo a ti.

—No lo entiendo, Charlotte. ¿Cómo pudiste preferirla? —dijo, refiriéndose a Hortensia—. Tú y yo nos parecemos. Nos entendíamos. Podíamos haber permanecido juntos. Pero la elegiste a ella. ¡Te enfrentaste a mí por la hija de esa maldita esclava!

David empezaba a perder la paciencia.

—Y volvería a hacerlo —respondió Charlotte, mirando a su padre a los ojos—. Si tanto nos desprecias, no te preocupes —continuó Charlotte, ignorando el ruego silencioso de sus hermanos, indicándole que fuera prudente—, porque no tendrás que volver a vernos. Esta noche despareceremos de tu vida para siempre. Incluso podrás pensar que nunca hemos existido.

—Me temo que estás equivocada. Mañana, ésa se casará con el comandante Ross, y vosotros seréis devueltos a vuestro lugar —dijo, levantando la barbilla en dirección a Hortensia.

—No, padre. Hortensia no se casará con ese hombre y tú nos dejarás marchar.

—¿Acaso has perdido el juicio?

—Tú no dirás nada, padre. Porque si dices una palabra, me encargaré de que Ross Dugan se entere de que ibas a permitir que se casara con la hija de una esclava. ¿Crees que te lo perdonaría? ¿Y

tus vecinos?

David se puso tenso.

—Una vez me engañaste, pero ya no. Porque he descubierto que te asusta más que a mí que tus vecinos sepan la verdad. Nos vamos, padre.

Charlotte agarró los brazos de su hermana y de Noah y tiró de ellos.

David se puso en pie.

—¡No os atreváis a dar un paso más! —amenazó.

Charlotte no se detuvo.

—¡Quietos, he dicho!

Pero ninguno de los tres obedeció. Entonces David apretó el gatillo.

Cuando la detonación murió dando paso al más profundo de los silencios, Charlotte, Hortensia y Noah seguían en pie.

—La próxima vez no fallaré —prometió, poniendo a Noah en su punto de mira—. Sabes que lo haré, Charlotte.

En ese momento, Owen irrumpió en el recibidor. Estaba a medio vestir y traía su pistola con él. Al descubrir quiénes eran los intrusos, se detuvo en seco y se volvió hacia David.

—Owen, vigílalos. Intentan fugarse.

El capataz necesitó un instante para reaccionar. Entonces apuntó a Noah.

David apartó su arma y se dirigió hacia Charlotte.

En ese momento, Owen repentinamente cambió de objetivo.

—¿Es que te has vuelto loco? —le gritó David, incapaz de creer que su capataz se atreviera a encañonarle.

—No, patrón. Me volví loco cuando permití que vendiera a una de las hijas de Katherine como una esclava. No lo volveré a permitir.

—¿Me amenazas?

—No lo repetiré —dijo, sin retirar su arma.

David miró a Charlotte mientras apoyaba el fusil en la pared.

—Noah, dame esa arma —le ordenó Owen.

—No iréis muy lejos. Cuando vean que la novia y su padre no llegan a la ceremonia, vendrán a buscarme. Y a ti te colgarán —amenazó a Owen.

Owen se volvió hacia los hijos de David.

—¡Marchaos ya!

Al alcanzar la puerta, Charlotte se volvió al capataz.

—¿Y tú?

—No se preocupe, señorita Charlotte. Lo retendré hasta el

amanecer, y luego me marcharé. No creo que su padre diga nada, pero si lo hiciera, para cuando quieran venir a buscarlo yo estaré muy lejos. Regresaré a las montañas donde crecí. Estaré a salvo. De veras —la tranquilizó.

—Gracias, Owen. Nunca lo olvidaré.

Cabalgaron durante la noche y llegaron a Richmond con el tiempo justo para tomar el tren que partía hacia el Norte. Parte del dinero que su tío había dado a Hortensia como regalo de bodas sirvió para conseguir un compartimiento privado. Charlotte y Hortensia fueron las primeras en subir. Cerraron la portezuela que daba al pasillo y corrieron todas las cortinas. Tras asegurarse de que el revisor se encontraba ocupado en atender a otros pasajeros en el extremo opuesto del andén y que no había reparado en su presencia, Noah siguió a sus hermanas y se escurrió bajo el asiento. Acto seguido, Hortensia y Charlotte desplegaron las faldas de sus vestidos y cubrieron por completo a su hermano.

El viaje fue lento y largo. Pero ninguno de los tres abandonó su lugar ni un solo segundo. No podían descuidarse. Si alguien descubría a Noah estarían perdidos.

Desde la ventana de su compartimiento, Hortensia alcanzó a ver el poste que señalaba la frontera de Maryland. Pensilvania estaba a menos de quinientos metros. Lo iban a lograr, se atrevió a pensar por primera vez desde que habían escapado. De repente el tren empezó a perder velocidad. Las ruedas de metal chirriaron y se detuvo. Faltaban doscientos metros para la frontera.

Al poco rato, el revisor apareció en el compartimiento. Charlotte y Hortensia eran sus únicas ocupantes.

—Buenos días, señoritas —saludó, llevándose la mano a la gorra, observando a Charlotte un rato más largo del necesario.

—Buenos días —respondió Charlotte, mirándolo directamente a la cara—. ¿Por qué nos hemos detenido? —preguntó al descubrir a través de la ventanilla que unos hombres con perros comprobaban los bajos del tren.

Hortensia trató de sonreír, pero estaba nerviosa. Aquel hombre tenía que marcharse cuanto antes. Charlotte parecía haber olvidado que Noah estaba oculto bajo sus vestidos.

—No hay nada de qué preocuparse, señoritas. Sólo es rutina. Algunos esclavos tratan de alcanzar el Norte escondidos en los techos o encaramados entre los vagones. El tren siempre se detiene en este punto. Pero en unos minutos nos pondremos en marcha de nuevo. Si me disculpan, he de informar al resto de pasajeros.

—¿Te habrá reconocido? —susurró Hortensia al borde del

colapso nervioso, cuando el revisor las dejó de nuevo a solas, al recordar un pasquín con el boceto de Noah y Charlotte colgados en una pequeña estación a menos de una hora de distancia.

—No lo creo. Buscan a una esclava, no a dos jóvenes señoritas de Virginia.

—¿Y Noah? Si alguien le hubiera visto en la estación…

—Dudo que nadie se haya fijado en él.

—Pero lleva horas sin moverse —susurró Hortensia, sin atreverse a mirar bajo su falda.

—Noah es fuerte. No lo conoces. Aguantará. Ya no falta nada.

—Pero el boceto…

—Por fortuna es muy pobre. Cientos de esclavos encajarían en esa descripción. Además, nadie habrá prestado atención a dos mujeres blancas que viajan con su esclavo. La gente como nosotros no presta atención a un esclavo que acompaña a sus amos hasta el tren. No creo que se hayan dado cuenta de que no regresó al andén.

—Sigo creyendo que deberíamos haber evitado pasar por Maryland.

—No había otro camino.

Charlotte frunció el entrecejo.

En ese momento un hombre con una pareja de perros pasó junto a su ventana. Los sabuesos olisquearon el aire y se detuvieron. Poco después empezaron a ladrar.

—Parece que aquí hay algo —gritó el hombre del exterior, llamando a sus compañeros.

Hortensia sintió que el pánico atenazaba su cuerpo.

—¡Deprisa! —volvió a gritar el hombre, intentando contener a los perros, que parecían haberse vuelto locos.

Ninguna de las dos se atrevió a pestañear.

Los otros dos hombres se unieron al primero y apuntaron con sus fusiles hacia el tren.

—¡Sal! —se oyó gritar a otra voz.

Noah no se movió. Había dejado de hacerlo desde que el revisor entrara en el compartimiento y Charlotte le diera una patada con su bota para advertirle del peligro.

—¿Qué hacemos? —pregunto Hortensia, hundiéndose en su butaca como si así pudiera proteger mejor a su hermano.

—Nada —le ordenó Charlotte, con el rostro lívido—. Ni siquiera respires.

—No lo repetiré —amenazó de nuevo la voz.

Hortensia trató de ponerse en pie, pero Charlotte se lo impidió. Tiró del brazo de su hermana y la obligó a sentarse, antes incluso de

que Hortensia consiguiera separarse del asiento.

—¡Te has vuelto loca! —la increpó Charlotte, sin levantar la voz, agarrándola del brazo—. ¿Qué crees que vas a hacer?

—No lo soporto más. Si hace falta me entregaré —confesó Hortensia.

En ese momento los perros ladraron.

—¡Se escapa! —advirtió una voz.

Alertadas por el sonido de unas zancadas sobre la gravilla acumulada junto a las vías, Hortensia y Charlotte se acercaron a la ventana. Un hombre de color corría a toda prisa hacia la frontera.

Entonces el esclavo se desplomó.

—¡Le he dado! —se oyó decir al hombre que acababa de disparar.

—¿Lo has matado? —preguntó otro.

El primero se acercó hasta el cuerpo tendido en el suelo y le dio la vuelta con ayuda del pie.

—Está muerto —informó.

El cuerpo del esclavo aún yacía sobre la cuneta cuando el tren volvió a ponerse en marcha. Al pasar junto al cadáver, el hombre puso su bota sobre el cuerpo inerte, se llevó la mano al sombrero y saludó a Charlotte y Hortensia, sonriente sobre su trofeo.

Noah no abandonó su escondite hasta mucho después de que cruzaran la frontera. Cuando el tren se detuvo en Nueva York, todavía seguían sin sentirse a salvo. El rostro sin vida de aquel muchacho tendido junto a la vía no permitía olvidar a Charlotte y Hortensia cuál sería su destino si las capturaban y devolvían al Sur. Haber cruzado la frontera no era suficiente. Los tres sabían que aún no podían bajar la guardia. La ley del esclavo fugitivo, que obligaba a los estados a devolver a los fugados a sus dueños, pendía peligrosamente sobre sus cabezas. El estado de Massachussets era su única posibilidad. Irían a Boston. Allí el peligro desaparecería. Porque Massachussets era el único lugar del país que se había atrevido a desafiar al Sur, promulgando leyes para impedir el cumplimiento de la ley del esclavo fugitivo.

Boston sería el comienzo de una nueva vida sin miedo.

26

Se podía decir que Boston era una ciudad robada al mar. La población inicial había ocupado una reducida península con tres colinas, comprendida entre el océano Atlántico y la desembocadura del río Charles. La construcción del dique de Mill Pond a mediados de siglo se había encargado de arañar los primeros cincuenta acres de tierra. Tras la primera victoria siguieron nuevas conquistas: South Cove, Great Cove y West Cove. Y desde hacía dos años, Boston estaba volcado en el proyecto más ambicioso de todos, Back Bay. Desecar los quinientos setenta acres de marismas de la bahía trasera de Boston, estrechando la desembocadura del río.

Para ello, durante varias décadas tres trenes cubrirían ininterrumpidamente la distancia entre Boston y Neeham cargados de la grava y de la tierra necesarias para rellenar el espacio ganado al mar, mientras que cientos de hombres con palas y picos vaciarían y esparcirían el material de los vagones en larguísimas jornadas que solían superar las doce horas.

Noah era uno de esos hombres. Cuando terminó su turno empezaba a anochecer. Nevaba copiosamente y el viento del norte cortaba como un cuchillo afilado.

Un muchacho con una pala trataba de hacer un claro en la nieve frente a la puerta de un edificio. Noah se protegió el rostro con la bufanda y aceleró el paso. Aún le quedaban varias manzanas por recorrer hasta llegar a casa.

Por más que lo había intentado en el último año, Noah no había sido capaz de encontrar nada mejor que aquel trabajo donde se explotaba a los obreros hasta la extenuación.

Su decisión de aceptar el empleo en Back Bay había provocado más de un enfrentamiento entre él y Charlotte. La venta de parte de las joyas les había permitido comprar una casa y disponer de una cantidad de dinero suficiente para vivir con cierta comodidad. De modo que Charlotte consideraba que Noah no tenía necesidad de partirse el lomo por un puñado de monedas. Pero Noah insistía en trabajar.

Si su hermana hubiera sabido que le pagaban la mitad que a sus compañeros blancos, lo habría encerrado en casa.

Noah reflexionaba sobre lo ocurrido desde su llegada a Boston cuando una pelota pasó rodando junto a él y fue a parar en medio de la calle.

El dueño, un niño de unos seis años, se escurrió de la mano de la mujer uniformada que lo cuidaba y corrió tras su juguete.

Cuando el cochero descubrió al niño atravesarse en la calzada, tiró de las riendas con todas sus fuerzas, pero el carruaje iba demasiado rápido y la fina capa de nieve caída sobre el suelo dificultaba la adherencia de los cascos de los animales. No podría detenerse a tiempo.

Los caballos relincharon y la mujer gritó.

En el mismo instante en que iban a arrollarlo, Noah se lanzó sobre el pequeño.

Lo tomó entre sus brazos y protegiéndolo con su cuerpo rodó sobre el suelo. Los cascos tronaron sobre su cabeza. Cuando el impulso se agotó y Noah se detuvo, la estela de las ruedas del carruaje grabadas sobre la nieve estaba a menos de un palmo de su rostro.

En cuanto consiguió detenerse, el cochero saltó del pescante y corrió hacia ellos.

—¿Está bien?

Noah ojeó rápidamente la carita que tenía frente a él.

El gorrito y la bufanda sólo dejaban ver unos ojos azules muy redondos que le miraban asustados.

—Parece que no está herido —lo tranquilizó Noah al comprobar que el pequeño era capaz de mantenerse en pie por sí mismo.

—¡Gracias, Dios mío!

El cochero lanzó un profundo suspiro y volvió a su carruaje.

Noah sonrió al niño.

—No debes lanzarte a la carretera sin mirar. Es muy peligroso.

Parecía que el pequeño iba a hablar cuando la mujer que lo cuidaba se lo arrebató de los brazos y lo abrazó entre lágrimas.

—¡Dios mío, Peter! —gritó, dando gracias al cielo al comprobar que estaba a salvo—. ¡Nunca más vuelvas a hacer algo así! ¿Me has entendido?

El niño, que no había soltado la pelota, volvió a asentir en silencio.

—Promételo.

—Te lo prometo, nana Florence.

Cuando se hubo asegurado de que la había entendido, la mujer

lo tomó del brazo y sin tan siquiera volverse hacia Noah, se lo llevó a rastras.

Una vez el niño desapareció entre la gente de la mano de su niñera y los curiosos se dispersaron, Noah vio que su bufanda estaba en la acera. No se había dado cuenta de que se le había caído. Pero cuando intentó alcanzarla un fuerte dolor en el hombro le impidió mover el brazo. Después descubrió que tenía sangre en su abrigo.

—¡Qué frío! —protestó Charlotte, nada más entrar en casa.

Hortensia cerró con rapidez la puerta para evitar que la nieve se colara en el recibidor. En cuanto traspasó el umbral Charlotte entregó a su hermana la cesta con la verdura que acababa de comprar y se frotó las manos para entrar en calor.

—Es horrible. Nunca me acostumbraré —insistió Charlotte, sacudiendo la nieve de sus zapatos.

Los copos desprendidos de las botas se fundieron sobre la alfombra.

—Charlotte, ¿qué haces? Vas a ensuciarlo todo. Podrías sacudir la nieve fuera.

—Sólo es agua. Además, si llego a estar un segundo más en la calle me hubiese congelado —dijo, colgando el abrigo, la bufanda y el gorro en el perchero, y quitándose los guantes—. ¿Y Noah? Su abrigo no está.

—Todavía no ha llegado. Hoy parece que se retrasa un poco —asintió Hortensia, yendo hacia el pasillo.

Charlotte siguió a su hermana a la cocina y se sentó en una banqueta, mientras Hortensia recolocaba las verduras que Charlotte acababa de comprar en el mercado.

—No consigo entender esa manía de Noah por trabajar.

—Ya sabes que no se siente cómodo viviendo de nuestro dinero —dijo Hortensia.

—¡Qué obsesión! Le he dicho más de un millón de veces que el dinero es de los tres.

—Lo sé, pero él no lo ve así.

Tras sacar las patatas y los tomates, Hortensia rebuscó entre las zanahorias que quedaban en el fondo de la cesta.

—¿Dónde está el apio, Charlotte?

—¿El apio…? Debería estar en la cesta.

—Pues no está —dijo Hortensia, muy seria.

—Se me habrá olvidado.

Hortensia hizo un gesto de disgusto.

—¡Qué casualidad! Ya sé que no te gusta el apio, pero alguna

vez podrías traer unas hojas.

—De verdad que se me ha olvidado. La próxima vez me acordaré.

—Sí, estoy segura de que te acordarás, pero… de olvidarlo.

Aunque Charlotte se esforzó para parecer dolida, la treta no engañó a su hermana. Hortensia conocía demasiado bien el brillo de aquellos ojos verdes para saber que Charlotte no tenía la menor intención de meter un trozo de apio en casa. Si quería volver a probar el apio debería ir a comprarlo ella misma.

Hortensia levantó la tapa de la olla donde hervía la sopa y comprobó el horno. El asado estaba en su punto.

Después fue al comedor.

Charlotte la siguió.

Hortensia colocó el mantel, puso los platos, los vasos, sacó brillo a los cubiertos, y dobló las servilletas, mientras su hermana la observaba de brazos cruzados. Después fue a la cocina y regresó con una jarra de agua.

—A pesar de todo, sigo sin entender el motivo de Noah para trabajar —insistió Charlotte.

—Tal vez necesita saber que es capaz de salir adelante por sí mismo.

—¡Pero si con lo que gana no podría comprarse ni unas miserables zanahorias!

Hortensia extendió la mano para que Charlotte le pasara el pan del aparador. Cuando Charlotte se lo entregó, la hogaza había perdido una buena parte de su costado. Hortensia colocó el pan en la mitad de la mesa y asintió satisfecha. Todo estaba listo.

—Charlotte, ten en cuenta que es la primera vez en su vida que le pagan por trabajar. En cierto modo es dueño de su propio esfuerzo.

—Tonterías —se rebeló Charlotte, masticando con la boca abierta—. Nadie puede querer romperse la espalda por unas miserables monedas. Yo no trabajaría en la vida. Además, no digo que no trabaje. Si le hace tan feliz, adelante. Allá él. Pero no como mula de carga. Podría buscar un trabajo más acorde con sus capacidades.

—¿Por ejemplo?

—Podría estudiar.

—¿Olvidas que lo intentó? ¿No recuerdas lo desolado que se quedó cuando rechazaron su solicitud?

—Está bien, rechazaron su admisión en la facultad de medicina, pero Noah ha nacido para ser médico, Hortensia. Y no debería

rendirse.

—No todos somos como tú, Charlotte.

—¿Qué quieres decir?

—Que aunque trates de olvidarlo, el color de la piel de Noah no cambiará. En el Norte o en el Sur, los blancos no permitirán que los hombres de color traspasen sus muros. Tal vez aquí sean más sutiles que en Virginia, pero son más dañinos, porque dejan que los esclavos crean que tienen una oportunidad, que son hombres libres. Pero en el fondo es lo mismo. Con más hipocresía, sí, pero lo mismo al fin y al cabo. Los negros están bien para trabajar como estibadores o criados, pero no para ser médicos y abogados. Noah y yo hace tiempo que lo comprendimos, pero tú parece que no quieres verlo.

—Sí, lo veo, Hortensia. Lo veo todos los días en los ojos de Noah cuando regresa a casa cabizbajo. Lo veo cada vez que nuestra vecina, la señora Tower, viene a esta casa y mira de soslayo a Noah. Lo veo cada vez que él camina a nuestro lado por las calles. Ya no lee. Desde que rechazaron su solicitud de entrar en la universidad, no ha vuelto a coger ni uno de los libros de medicina que tanto le gustaban. Se está apagando, Hortensia. Cada día que pasa se hunde un poco más. Y por eso mismo tengo que insistir. No puedo permitir que Noah se rinda sin haber empezado a luchar.

—Pero él no sabe luchar.

—¡Pues ya es hora de que aprenda!

—Para ti es fácil decirlo, Charlotte. Nuestra vida te ha permitido ser rebelde. Pero a Noah no. Olvidas que nació siendo esclavo y que jamás ha podido hacer su voluntad. Le han dicho tantas veces que no puede aspirar a más, que ha llegado a creerlo. Por mucho que te empeñes, no puedes cambiar el alma de la gente. Charlotte, acéptalo. No puedes cambiar el mundo.

—No cambiaré el mundo, Hortensia. Pero te juro que al menos cambiaré la vida de Noah.

En ese momento Noah entró en casa. Parecía haberse revolcado en el suelo. Su ropa estaba arrugada y tenía una brecha en la frente.

—¡Dios mío! —gritó Hortensia, yendo a su encuentro.

—¿Qué te ha pasado? —interrogó Charlotte, obligando a Noah a sentarse en una silla, mientras Hortensia lo ayudaba a quitarse la chaqueta.

—Despacio —le indicó Noah a Hortensia, haciendo un gesto de dolor—. Creo que me he dislocado el hombro.

—Tienes mal aspecto, voy a ir a buscar al médico —dijo Charlotte, con un pie fuera de casa.

—No. No hace falta. Te aseguro que estoy bien. Sólo necesito limpiarme la herida e inmovilizar el brazo.

Charlotte dudó.

—Estoy bien. De verdad. Resbalé en la nieve. No necesito un médico.

Su hermana cerró la puerta y regresó a su lado.

—Está bien. Como quieras. Pero no pienses que voy a creer que tu aspecto se debe a un simple resbalón. ¿Qué necesitas?

Noah se tomó un tiempo para estudiar la imagen de su rostro en el espejo que colgaba de la pared antes de contestar.

El corte de la frente no era profundo. Aunque tenía el rostro y la ropa manchados de sangre, había dejado ya de sangrar y pronto se curaría. No haría falta dar ningún punto.

—Tráeme un poco de agua con alcohol, trapos para limpiar la herida y consígueme un pañuelo.

Charlotte apareció enseguida con todo lo que Noah le había pedido.

Mientras Hortensia limpiaba la herida y eliminaba la sangre del rostro de su hermano, Charlotte, siguiendo las indicaciones que le iba dando el propio Noah, le inmovilizó el hombro con el pañuelo.

—Listo —exclamó Charlotte, una vez hizo el último nudo.

Noah intentó mover el hombro, pero el vendaje se lo impidió.

—¡Perfecto! —anunció satisfecho, poniéndose en pie.

—¿Y ahora qué, nos vas a contar qué es lo que te ha pasado?

—No ha pasado nada.

Charlotte frunció el ceño. Cada vez que Noah se negaba a hablar del asunto, su curiosidad iba en aumento.

—¿Qué os parece si vamos a cenar? —propuso oportunamente Hortensia.

—Sí, por favor —pidió Charlotte, dándole una leve tregua a su hermano—. Estoy hambrienta.

—Tú siempre estás hambrienta —contestaron Noah y Hortensia a dúo, mientras pasaban al comedor.

Al cabo de una semana, Noah se sintió con fuerzas para regresar al trabajo. La decisión volvió a provocar una discusión entre Noah y Charlotte, que terminó en empate. Después de que Noah se marchara con un portazo, Charlotte estuvo refunfuñando durante media hora.

—Maldito cabezota.

—Charlotte, creo que ya es suficiente. A mí también me duele ver que Noah no puede cumplir sus sueños —le dijo cansada—. Pero debéis zanjar el asunto de una vez. Si quiere trabajar, déjale.

Él no aspira a más de lo que tiene.

—¡Pero yo sí! Y no pienso permitir que arruine su vida.

—¿Y qué piensas hacer? Si persiste en ello, no puedes impedírselo. ¿O acaso pretendes atar a Noah a una silla o encerrarlo bajo llave en su habitación?

—No sé, pero algo se me tiene que ocurrir —anunció arrugando la nariz.

—Si al menos lo hubiesen aceptado en la facultad de medicina.

Charlotte miró a su hermana.

—¡Eso es, Hortensia!

—¿Qué?

—Acabo de encontrar el regalo de Navidad perfecto para Noah —dijo Charlotte, dirigiéndose al recibidor en un abrir y cerrar de ojos y cogiendo su capa y su sombrero—. Vamos hermanita, tenemos muchas cosas que hacer.

Antes de que Hortensia tuviese ocasión de dar su opinión, habían tomado un coche de alquiler y cruzaban a la otra orilla del río, a la vecina localidad de Cambridge, donde se levantaba la prestigiosa Universidad de Harvard.

A falta de dos días para la Navidad, la mayoría de los estudiantes habían regresado a sus hogares. Sólo un par de rezagados o alumnos provenientes de estados demasiado lejanos como para ir y volver a casa en las cortas vacaciones navideñas permanecían en el campus. Uno de ellos se ofreció gentilmente a acompañar a Hortensia y a Charlotte hasta el edificio donde se encontraba el despacho del decano.

—Aquí es, señoritas —les dijo deteniéndose en la puerta del inmueble—. Según suban la escalera, encontrarán al secretario. Justo enfrente está el despacho del decano.

—Ha sido usted muy amable —dijo Charlotte.

—Un verdadero placer, señoritas. Si necesitan algo más, sólo tienen que preguntar por William Van der Hooke, estudiante del último curso de derecho —se presentó, mirando a Hortensia fijamente a los ojos.

La mirada del joven consiguió ruborizar a Hortensia de pies a cabeza.

—Muchas gracias de nuevo, señor Van der Hooke —se despidió Charlotte, divertida por el atrevimiento del estudiante.

—Hasta pronto entonces, señoritas.

—Adiós, señor Van der Hooke —se despidió Hortensia, sintiendo que el rubor de sus mejillas iba en aumento.

Tal como les había indicado, nada más atravesar la puerta se

toparon con el secretario del decano.

—Buenos días —saludó Charlotte, acercándose hasta él.

El hombre, que tenía la cabeza inclinada sobre unos papeles, levantó la vista por encima de las pequeñas gafas metálicas que le colgaban de la nariz.

Contrariado por la interrupción, metió la pluma en el tintero y levantó los ojos del papel.

—¿En qué puedo ayudarlas? —respondió muy seco, dejando al descubierto un rostro marcado por la viruela.

—Desearíamos ver al decano, por favor.

El hombre tomó una libreta que tenía colocada a un lado de la mesa y la abrió por el marcador.

—¿Nombre? —preguntó, mirando el cuaderno.

—Hortensia y Charlotte Lacroix.

El hombre revisó los dos únicos nombres que tenía apuntados aquel día en su libreta.

—… Lacroix —repitió, sacudiendo la cabeza—. Lo siento, pero el decano no tiene ninguna cita pendiente para hoy.

—Entiendo —asintió Charlotte—. Pero ¿podría al menos informarle de que desearíamos verle? Tal vez pueda recibirnos.

La insistencia de la joven hizo que el hombre frunciera el ceño, molesto.

—Por favor —suplicó con el más angelical de sus rostros—. Hemos hecho un viaje muy largo desde el Sur, y sólo permaneceremos aquí unos días —insistió compungida, marcando mucho su acento sureño.

—La cuestión es que el señor decano no está en su despacho.

Hortensia, que no se había atrevido a abrir la boca, suspiró aliviada. Por mucho que Charlotte insistiera, si el decano no estaba, no podía recibirlas.

—¿Volverá? —interrogó Charlotte, sin dar su brazo a torcer.

El secretario se limitó a levantar las cejas, dando a entender que no sabía la respuesta.

—Será mejor que nos marchemos, Charlotte —sugirió Hortensia, tirando de su hermana.

Por un momento, Charlotte dudó. Evidentemente no había considerado la posibilidad de que el decano no estuviese.

—¿Podemos esperarle?

—Como quieran —respondió, sin que el tesón de la joven lo conmoviera—. Pero no puedo asegurarles que regrese.

—Aun así, esperaremos —anunció Charlotte, instalándose en el banco que había junto a la puerta del despacho.

El hombre pensó en protestar, pero no lo hizo. Tenía demasiadas cosas que hacer para perder su tiempo discutiendo con dos mujeres. Si querían esperar que esperasen. En media hora se cansarían y se marcharían.

Dos horas más tarde, Charlotte y Hortensia seguían en el mismo sitio.

Cerca del mediodía, un hombre de unos sesenta años vestido con un abrigo oscuro de buena calidad pero sin ningún adorno entró en el edificio y se dirigió hacia el secretario. Su sombrero estaba cubierto de nieve. El secretario lo saludó y le susurró algún tipo de información, mientras señalaba con la mirada a las dos mujeres sentadas frente a él.

El hombre asintió y se dirigió hacia ellas.

—Buenas tardes, señoritas. Creo que querían verme.

Charlotte se puso en pie y sonrió.

—Buenas tardes. Ella es mi hermana, Hortensia Lacroix, y yo soy Charlotte Lacroix —se presentó, dando tiempo a su hermana a ponerse en pie y hacer una ligera reverencia con la cabeza—. Me preguntaba si podríamos robarle un minuto de su tiempo. Es realmente importante.

—Pasen, por favor —dijo con voz serena, abriendo la puerta de su despacho.

A continuación, colgó su sombrero y el abrigo en un perchero y esperó a que las dos se acomodaran en las sillas que había frente a su mesa.

Bajo las espesas patillas que se fundían en un poblado bigote cano y un mentón bien afeitado, Hortensia fue incapaz de descubrir lo que pasaba en ese momento por la cabeza del decano.

—¿Y bien, señoritas? ¿En qué puedo ayudarlas?

—Ante todo, queríamos agradecerle de corazón que nos haya recibido —comenzó a decir Charlotte, eligiendo con cuidado las palabras—. Soy muy consciente de que es usted un hombre muy ocupado y le prometo que intentaré robarle el menor tiempo posible.

»Hace unos meses, ustedes rechazaron la solicitud de un joven de gran valía —continuó.

Aunque la expresión en el rostro del decano no cambió un ápice, la forma en que estiró el puño de su camisa indicó a Hortensia que acababa de levantar una barrera defensiva en torno a él.

—Es un joven inteligente y estudioso —continuo Charlotte—, y le aseguro que está especialmente dotado para el ejercicio de la medicina. Si al menos pudiesen reconsiderar su admisión…

A medida que Charlotte iba descubriendo sus cartas, las mejillas de Hortensia iban poniéndose cada vez más coloradas.

—Entiendo, señorita —asintió él, condescendiente—. Pero me temo que yo no puedo hacer nada al respecto. Si su solicitud fue rechazada, el joven en cuestión debería intentarlo de nuevo el próximo año.

—¡Pero eso no servirá! —replicó Charlotte, elevando el tono—. No importa cuántas veces lo intente o cuál sea su valía. Porque el problema siempre será el mismo.

El rostro del decano se llenó de sorpresa ante el inesperado arranque de pasión de la joven.

—De veras que lo siento —se disculpó Charlotte, retomando el control—. Pero yo pensé que hablando con usted… Creí que era un hombre justo y que realmente éste era un lugar donde se buscaba la verdad. Pero veo que me he equivocado. Ahora comprendo que las hermosas palabras que revindican la igualdad de los hombres no son más que palabras vacías. Me equivocaba. Pensé que aquí las cosas serían diferentes. Pero veo que no es mejor que el Sur. Vamos, Hortensia.

Hortensia, que no sabía dónde meterse, se levantó de un salto y se dispuso a seguir a su hermana.

El decano se puso en pie y guardó silencio.

—Esperen —dijo cuando iban a salir—. ¿Cómo han dicho que se llama el joven?

—Noah, Noah Lacroix.

Él la miró.

—Es nuestro hermano —aclaró Charlotte orgullosa.

Entonces el decano abrió la puerta de su despacho y ordenó a su secretario que le consiguiese la hoja de inscripción de un tal Noah Lacroix. Poco después el empleado regresaba con un portafolios.

—Gracias —le dijo el decano mientras sacaba el único papel que había en el interior.

El hombre no contestó. Miró de soslayo a Charlotte y se puso serio. Estaba molesto con ella por interrumpir su trabajo y quería que ella lo supiera.

—Varón, Virginia, veintidós años… —murmuró a medida que iba leyendo.

Tardó menos de un minuto en repasar el contenido de la hoja. Después, dejó la solicitud de inscripción sobre la mesa y miró a las dos jóvenes.

—De veras que lo lamento, señoritas, pero el rechazo de la solicitud es correcto.

—Comprendo que les moleste su color…

El decano levantó los ojos del documento.

—¿Qué color? —la interrumpió.

—El de su piel —respondió Charlotte.

El decano cada vez parecía más sorprendido.

—¡Por Dios! —exclamó, visiblemente ofendido—. Ni siquiera sabía que el joven era de color. Pensé que era su hermano.

—Y así es. Bueno, es nuestro medio hermano. Su madre era una esclava.

La confesión de Charlotte no pareció impresionar al decano.

—Señorita, sepa usted que en nuestra facultad nos enorgullecemos de tener alumnos de diversas razas —aclaró, queriendo limpiar su honor—. De hecho, varios hombres de raza negra se han graduado entre nosotros.

—¿Entonces? —preguntó Charlotte, desconcertada—. ¿Si no es por su color, por qué se ha rechazado su solicitud?

—Porque no tiene forma de acreditar en lo más mínimo su nivel de conocimientos. Según esta inscripción ni siquiera asistió a la escuela. No hay cartas de recomendación, tutores… nada.

El decano se había puesto muy serio.

—Por favor, escúcheme —suplicó Charlotte, dispuesta a no cejar en su intento—. Sé que le he juzgado mal, y le pido disculpas. No pretendo que haga algo indebido. Sólo que le den una oportunidad. Pero antes de negarse, déjeme que le cuente algo sobre la vida de nuestro hermano. —Charlotte estudió un segundo la expresión del decano antes de continuar.

Todavía estaba molesto, pero la chispa de la curiosidad empezaba a prender en sus pupilas.

—Nuestro hermano nació siendo un esclavo. Tal vez para usted eso no signifique mucho. Pero nacer esclavo en el Sur significa no tener derecho a nada. Significa no ser dueño de tu destino. Significa renunciar a esperanzas, ilusiones y deseos. Porque no eres nada. Tu valor no es superior al de cualquier otro animal de la plantación. —Charlotte hizo un alto y miró a su interlocutor a los ojos—. Usted sabrá que la ley prohíbe expresamente que los esclavos aprendan a leer y escribir. De no cumplirla, el castigo es severo. No tanto para el hombre blanco que desafía la ley, pero sí para el esclavo que se atreve a desobedecer las limitaciones impuestas a su mente.

Charlotte tomó aire y prosiguió.

—Si un esclavo es descubierto leyendo o escribiendo, el castigo es despiadado. No hay lugar para la compasión. Se le ata en un tronco frente al resto de esclavos de la plantación y se le azota hasta

que la piel de su espalda se deshace a pedazos. A veces los cortes son tan profundos que la carne se desgarra hasta el hueso. Así creció Noah, señor. Sabía que el conocimiento era un fruto demasiado peligroso para un esclavo.

Charlotte continuó.

—En esta terrible situación, mi madre, apiadada de la suerte del hijo ilegítimo de su marido, desafió a la ley y le enseñó a leer. Durante años lo hizo a escondidas, y cuando le hubo enseñado todo lo que sabía, le entregó libros que él devoraba clandestinamente. Piense usted que cada vez que Noah posaba sus ojos sobre unas líneas o garabateaba su nombre con un palo sobre la tierra, era su vida lo que estaba en juego. Pero no le importaba. Porque cuando leía a Descartes, a Platón o a cualquier otro pensador, el mundo le abría unas posibilidades insospechadas para él. Cada vez que se sumergía en la lectura de aquellas páginas, su mente traspasaba las cadenas de la esclavitud y se convertía en un hombre libre. Y ahora, señor, yo le pido una oportunidad. Una oportunidad para alguien que estuvo dispuesto a arriesgarlo todo por el conocimiento.

Cuando Charlotte terminó de hablar, sus ojos brillaban de la emoción. El decano guardó silencio un momento y tragó saliva. Hortensia también estaba conmovida. Si no hubiese sido porque sabía que la historia de Charlotte, en el caso de Noah, no era del todo cierta, habría empezado a llorar.

El decano pareció sopesar sus pensamientos.

—Hay una posibilidad; no es habitual y sólo se acepta en ocasiones excepcionales —informó—. Pero creo que la situación y esfuerzo de superación del joven y el riesgo asumido por la madre de ustedes merecen una oportunidad. En junio, el aspirante Noah Lacroix podrá realizar una prueba de acceso. Un tribunal le examinará sobre las diferentes materias cuyo conocimiento se considera imprescindible para comenzar los estudios a los que aspira. Si la supera, el año que viene podrá comenzar los estudios de medicina.

Charlotte saltó de la silla y abrazó a Hortensia.

—¡Gracias! —repitió una y otra vez, sacudiendo la mano del decano con energía—. Le aseguro que no se arrepentirá.

Al día siguiente, Charlotte y Hortensia se levantaron temprano y regresaron a Cambridge. Todavía no habían contado nada a Noah sobre su visita al decano. Era un secreto, y no iban a revelarlo hasta la noche porque estaban empeñadas en lograr que en aquella cena de Navidad, Noah recibiera el mejor regalo de su vida.

Con la lista de los libros que el decano les había recomendado

como imprescindibles para la preparación del examen, Hortensia y Charlotte recorrieron todas y cada una de las librerías cercanas a la universidad. Rebuscaron entre las estanterías llenas de polvo, se colaron en trastiendas e incluso husmearon en cestos repletos de libros de segunda mano, desechados por estudiantes. Hacia el mediodía, consiguieron tachar el último título de su lista. Después, Charlotte insistió en comprar una bonita caja de cartón de color verde. Les llevó casi más esfuerzo conseguir la caja que los propios libros. Pero, por algún motivo que Hortensia no fue capaz de hacer confesar a su hermana, Charlotte estaba empecinada en conseguirla. Así que recorrieron una por una todas las tiendas de la ciudad hasta que Charlotte consideró que habían encontrado lo que buscaban. Después regresaron a casa y ordenaron con cuidado los cinco tomos en el interior de la caja de cartón y la escondieron hasta la cena.

Cuando en los postres Charlotte y Hortensia entregaron la caja a su hermano, Noah se quedó sin habla y sus ojos se iluminaron de la emoción. Charlotte también estaba emocionada.

Hortensia simplemente no entendía nada.

—Así que fuiste tú —le dijo Noah a Charlotte acariciando la caja.

Charlotte agachó la cabeza.

—Perdóname. Sé que no es igual que la que te destrocé —confesó, arrepentida—. Pero confío en que te guste. Además ésta tiene cosas dentro y es bastante más bonita —bromeó.

Él le devolvió la sonrisa.

Al levantar la tapa, Noah tomó uno de los libros y leyó el título.

—Gramática y ejercicios de latín. Parece interesante —consiguió decir, viendo que el segundo libro no parecía más divertido que el primero.

Charlotte y Hortensia se miraron y dejaron escapar unas risitas. Parecían tan felices que, aunque poco dado a la interpretación, Noah tuvo que disimular cuando comprobó que el último de los volúmenes era un tratado sobre matemáticas.

—¿Te gustan? —interrogó Hortensia, emocionada.

—Me encantan.

—No sabes lo que nos ha costado encontrarlos —prosiguió Hortensia—. Tuvimos que revolver en todas las librerías de Cambridge para dar con ellos, Noah. Es más, se puede decir que Charlotte arrancó ese libro de matemáticas de las manos de un joven.

—No teníais que haberos molestado.

—¡Cómo no nos íbamos a molestar! —exclamó Charlotte—. Si

no, ¿cómo hubieses preparado el examen? —añadió, con un brillo malicioso en sus ojos verdes.

—¿Qué examen?

Charlotte y Hortensia volvieron a intercambiar unas miradas traviesas. Hortensia levantó las pestañas, sin poder contenerse más, y pidió permiso a Charlotte para revelar el secreto.

—¡El examen para entrar en la facultad de medicina! —informó Hortensia, dejando escapar una exclamación de felicidad.

—¿Cómo?

—¡Lo que oyes, Noah! —ratificó Charlotte.

—Pero eso no es posible —se negó a creer Noah.

Hortensia asintió.

—No entiendo. Yo pensé….

—¡Nosotras también! Pero ya ves, estábamos equivocados —confesó Charlotte—. Al parecer no les importa lo más mínimo que seas un poco más moreno que la mayoría de descoloridos que tienen por alumnos. Eso sí, no están dispuestos a admitir a ningún tonto en la mejor universidad de Estados Unidos —explicó Charlotte, mientras Noah trataba de asimilar la noticia—. Así que, antes deberás pasar un examen.

—Para eso son los libros, Noah —continuó Hortensia—. El decano nos dijo que si te estudiabas esos libros, no tendrías ningún problema para aprobar el examen.

—Yo… —tartamudeó Noah, mientras unos lagrimones saltaban de sus ojos—. ¡Gracias! —dijo, abrazando el libro contra su pecho.

Aquella noche de Navidad no se acostaron hasta el alba. Hablaron durante horas. Cantaron villancicos, rieron y lloraron. Hacía mucho tiempo que no se habían sentido tan felices.

Al día siguiente, Noah dejó su trabajo.

Charlotte estaba feliz. Se había salido con la suya.

27

Las ruedas de la calesa se negaron a girar. El cochero intentó acometer la pendiente por segunda vez, pero fue inútil. Había helado y el agua acumulada sobre los adoquines que pavimentaban la calle se había convertido en una resbaladiza pista de patinaje.

—Está bien. Continuaré a pie —le dijo Brian al cochero, viendo que no tenía sentido intentarlo de nuevo.

—Lo siento mucho, señor.

Brian esperó a que su empleado le abriera la puerta y se apeó del coche.

Aunque no sabía exactamente en qué zona de Fort Hill se encontraba la dirección que estaba buscando, nunca hubiera imaginado que fuese en el lado residencial de la misma. Más bien hubiese jurado que sería al otro lado, junto al mar, donde se hacinaban los inmigrantes y los esclavos fugados que llegaban sin cesar a la ciudad.

—¿Estás seguro de que es aquí? —insistió Brian, mirando las sólidas casas de ladrillo rojo que se adosaban a lo largo de la calle.

—Seguro, señor.

Sin duda, pensó Brian descorazonado al comprobar lo cuidado y tranquilo del entorno, el hombre que le había informado se había equivocado de ladera.

De todas formas, la dirección proporcionada por el encargado de las obras de Back Bay era la única pista que tenía. Al menos la calle existía, se dijo, empezando a caminar.

Tan sólo necesitó veinte pasos para encontrar lo que buscaba. Idéntica al resto que formaban una línea continua a lo largo de la calle, la casa no era ninguna mansión. Pero desde luego, se trataba de un buen edificio de ladrillo de dos alturas que parecía haber sido construido pocos años atrás. Brian se detuvo frente al número cuatro. Las contraventanas parecían haber sido pintadas hacía poco, y en cada una de las ventanas que había a ambos lados de la puerta principal unos originales tiestos verdes con poblados geranios fucsias se atrevían a desafiar las bajas temperaturas de diciembre.

Antes de golpear la reluciente aldaba que pendía de la puerta, Brian volvió a comprobar el número dorado grabado sobre el dintel.

Charlotte disfrutaba de una taza de chocolate caliente cuando llamaron a la puerta.

—Debe de ser la señora Tower —informó Charlotte alzando la voz desde el saloncito contiguo al recibidor, sin hacer el menor intento de levantarse.

Noah y Hortensia se encontraban en la cocina cuando oyeron los gritos de Charlotte. Noah, mucho más recuperado de la lesión de su hombro, aclaraba los platos de la cena sobre un barreño lleno de agua y se los pasaba a Hortensia, que los secaba y los apilaba en unas baldas.

Segundos después, la aldaba volvió a golpear la puerta.

—¡No se moverá! —refunfuñó Hortensia, dejando caer el trapo sobre la mesa de la cocina.

—Ya voy yo —se ofreció Noah.

—No. Iré yo. Tú tienes las manos en el agua.

Hortensia se quitó el delantal, comprobó rápidamente que su cabello estaba bien recogido y se dirigió a la entrada. Cuando llegó al recibidor, descubrió que Charlotte estaba semitumbada en una butaca del salón a menos de dos metros de la puerta.

—¿Supongo que habría sido mucho pedir que abrieses la puerta, Charlotte?

Charlotte hizo un puchero.

—Ya sabes lo pesada que es la señora Tower, Hortensia. Si voy yo, se me enfriará el chocolate.

La aldaba golpeó la puerta por tercera vez.

Hortensia suspiró con calma y abrió la puerta.

Cuando Brian se encontró con el rostro de terciopelo y el cabello rubio de una mujer con los ojos azules como el océano, tuvo la certeza de que se había confundido de lugar.

—Disculpe —dijo Brian, sin poder apartar sus ojos de aquel rostro angelical—, pero creo que me he equivocado. Buscaba el número cuatro de Arch.

—Es aquí —le respondió Hortensia, con una preciosa sonrisa.

La voz del desconocido consiguió que Charlotte abandonara su butaca y corriera al recibidor.

—¿Quién es? —preguntó, metiendo la nariz.

—Perdón —volvió a disculparse Brian, al descubrir a la segunda mujer—. Soy Brian O'Flanagan.

—Buenas tardes, señor O'Flanagan —saludó Hortensia—. Ella es mi hermana Charlotte, y yo soy Hortensia.

—Encantado, señoritas…

—… Lacroix.

Brian las saludó levantándose ligeramente el sombrero.

—¿Podemos ayudarle en algo? —habló Hortensia.

—Busco a un hombre llamado Noah. Pero temo que me he equivocado.

—¿A Noah? —repitió Charlotte, intrigada.

—¿Es que lo conoce, señorita?

—Claro que lo conocemos. Vive aquí.

Él sonrió.

—Me preguntaba si les importaría que hablase con él.

Charlotte y Hortensia se miraron.

—Pase, por favor —invitó Hortensia, abriendo al máximo la puerta.

Antes de traspasar el umbral, el desconocido sacudió sus zapatos en el exterior y se quitó el sombrero.

—Por favor —dijo Hortensia, ofreciéndose a recogerlo.

Brian se lo entregó y Hortensia lo dejó con cuidado sobre el aparador.

—¿Quiere quitarse el abrigo?

—Gracias —asintió, dejando a la vista un impecable traje de color negro.

Hortensia tomó el abrigo y enseguida le hizo un hueco entre la multitud de ropa que Charlotte había ido dejando en el colgador.

A continuación, acompañó a Brian hasta el saloncito y le invitó a sentarse.

—¿Desearía un té o un chocolate?

—No, gracias, sólo me quedaré un momento —rechazó, todavía de pie.

—Si me permite —se disculpó Hortensia—, voy a comunicar a Noah que le espera.

El misterioso visitante se quedó en compañía de Charlotte, que enseguida se sentó. Brian esperó a que la mujer estuviese bien instalada para tomar asiento.

Alargado y estrecho, el salón estaba empapelado en un tono azul muy claro. La alfombra, con un gran racimo de lilas en el medio, era exactamente igual que la que cubría la tarima del recibidor. No había muchos muebles. Un secreter lacado en negro, una pareja de tresillos color hueso, los dos butacones azul marino donde se habían instalado él y Charlotte, y una mesita de té con una taza con restos de chocolate. Si no hubiese sido por el paisaje de un lago con un elegante marco dorado colocado sobre la chimenea de mármol

blanco y las cortinas añil que cubrían la única ventana de la habitación, las paredes habrían estado bastante desnudas. A pesar de la falta de adornos, la habitación le resultó a Brian muy acogedora.

—Nos hemos instalado hace poco tiempo —se disculpó Charlotte, adivinando sus pensamientos.

—¿Vienen de lejos?

—Del Sur —respondió Charlotte escuetamente, sin decir nada que su marcado acento no hubiese revelado ya—. ¿Y usted, señor O'Flanagan, es de la ciudad?

—Sí, señorita, vivo en la calle Beacon —respondió Brian, encontrándose con unos fascinantes ojos verdes.

Charlotte calculó que Brian O'Flanagan debía de haber pasado los treinta. Sin embargo, salvo por unas incipientes arrugas sobre el ceño, la piel de su rostro rasurado a la perfección parecía la de un muchacho de veinte años, y se sorprendió al comprobar que alguien con el pelo tan claro pudiera tener unos ojos tan oscuros.

—¿La conoce usted?

—Me temo que no, señor O'Flanagan —respondió Charlotte, decidiendo que era un hombre atractivo y rico, ya que vivía en la zona más elitista de la ciudad—. Por desgracia aún no hemos tenido oportunidad de conocerla.

Brian iba a invitar a Charlotte a visitar su casa cuando la otra joven reapareció seguida muy de cerca por un hombre de color.

—¿Noah? —preguntó Brian, poniéndose en pie de inmediato.

Noah asintió.

—Es un honor conocerlo —dijo, tendiéndole la mano—. Soy Brian O'Flanagan.

—Mucho gusto, señor O'Flanagan —respondió Noah, estrechando la mano receloso.

—No sabe lo mucho que me ha costado dar con usted. Llevo dos semanas tratando de localizarlo.

Hortensia intentó tirar de Charlotte con disimulo para dejar a Noah y el señor O'Flanagan a solas, pero Charlotte no tenía la menor intención de marcharse.

—Quería hacerle saber que le estaré agradecido eternamente.

A pesar de que Noah no era muy expresivo, Charlotte sabía que estaba tan intrigado como ella.

—Disculpe, señor O'Flanagan, pero creo que se está confundiendo de persona —trató de aclarar, incómodo ante tanto halago—. Yo no he hecho nada que merezca su gratitud.

—Lo siento. Me temo que no me he presentado de manera

adecuada —rectificó con una sonrisa—. Soy Brian O'Flanagan, el padre de Peter, el niño al que salvó la vida hace dos semanas.

Charlotte se volvió a Noah. Así que ése era el motivo de las lesiones.

—¿Qué tal está el niño? —se interesó Noah, sabiendo que en cuanto aquel hombre se marchara, Charlotte lo volvería loco con sus preguntas—. Apenas tuve tiempo de comprobar que no se había herido.

—Todavía tiene alguna pesadilla pero, salvo por un par de magulladuras en las piernas, está perfectamente. Y todo se lo debo a usted. Me contaron cómo se lanzó delante de los caballos. Incluso me dijeron que estaba herido —dijo, fijándose en la postilla que Noah tenía en la frente.

—No fue nada, señor. La verdad es que me alegra saber que el pequeño está bien.

—Gracias de nuevo. Aunque sé que no puedo retribuirle lo que ha hecho por mi familia, al menos quería darle una muestra de agradecimiento —dijo sacando un abultado sobre del interior de su chaqueta y entregándoselo a Noah.

—No puedo aceptar —rechazó Noah al comprobar que se trataba de dinero.

—Por favor —insistió.

Pero Noah no cedió.

Charlotte iba a tomar el sobre por Noah, cuando Hortensia le sujetó la mano.

Brian O'Flanagan no había considerado la posibilidad de que un hombre que trabajaba descargando grava en Back Bay pudiera rechazar sin pestañear el sueldo de un año.

—No pretendo ofenderle. Sé que ni con todo el dinero del mundo podría pagarle lo que ha hecho. Siempre estaré en deuda con usted. Acéptelo por favor.

—Lo siento pero no puedo. El hecho de que haya venido personalmente a mostrarme su gratitud es suficiente para mí.

—Como quiera —se rindió Brian, volviendo a guardar el sobre —. Dentro de tres días se reunirán unos amigos y familiares en casa para celebrar el Año Nuevo. Sería un gran honor para mí que aceptara ser mi invitado. Por supuesto, confío en que ustedes también le acompañen —dijo, volviéndose a Charlotte y a Hortensia.

Noah se disponía a declinar educadamente la invitación, cuando Charlotte se le adelantó.

—Iremos encantados —dijo, evitando mirar a Noah.

—Entonces, hasta dentro de tres días —se despidió—. Mi coche pasará a recogerles a las siete.

—No debiste aceptar —le recriminó Noah a Charlotte en cuanto el señor O'Flanagan salió por la puerta.

—¿Por qué?

—No me sentiré cómodo.

—¿Y acaso yo me he sentido cómoda cuando has rechazado todo ese dinero?

—A mí me ha parecido bien —apoyó Hortensia.

—Sois una pareja de tontos orgullosos. Al señor O'Flanagan no le importa lo más mínimo ese dinero. Es rico. Si lo hubieses aceptado se habría sentido más cómodo y habría seguido siendo igual de rico. Es Navidad. ¿Por qué no dejar que se vaya feliz?

—Porque a mí sí me importa —le replicó Noah.

—Eres un testarudo.

—¡Y me lo dices precisamente tú!

—Tal vez sea algo cabezota y orgullosa. Pero por fortuna soy bastante más práctica que vosotros dos. Muy bien, no quieres aceptar el dinero. Como quieras. Pero al menos acepta la invitación. Ten en cuenta que Hortensia y yo no hemos salido a ningún lado desde que llegamos a Boston hace ya más de un año. No conocemos a nadie, y el señor O'Flanagan nos ha ofrecido la oportunidad perfecta para regresar al mundo. Por favor, Noah —le suplicó.

—Por mí no lo hagas, Noah —dijo Hortensia, desafiando los deseos de Charlotte.

—Por favor, Noah. Lo admito, me muero por ir a una fiesta. Echo de menos la música, la gente… Adoro las fiestas. ¿Acaso es un pecado?

Noah se sintió egoísta. En realidad, Charlotte era la que a más cosas había renunciado al aceptar el destino de su hermana.

—Como quieras —cedió Noah—, pero estoy seguro de que me arrepentiré.

—Ya veremos.

28

A pesar de la inicial oposición de Noah y Hortensia, una vez más Charlotte se salió con la suya y convenció a sus hermanos para que los tres se compraran ropa para la ocasión. Noah, que en un primer momento había accedido a comprarse un práctico traje oscuro, sin saber cómo, terminó con un elegantísimo traje negro, con chaleco de raso de color beis, pañuelo para el cuello, capa, guantes, sombrero y unos relucientes zapatos de cuero. Por su parte, Charlotte se decantó por un caro vestido azul turquesa y una capa haciendo juego, demasiado ligera para esa época del año. Mientras que Hortensia, poco interesada en gastar dinero en algo que consideraba que iba tener muy pocas ocasiones de volverse a poner, eligió un conjunto bastante más económico y discreto que tras la fiesta le sirviese para poder utilizarlo de manera habitual.

Cuando a las siete de la tarde del 31 de diciembre de 1859 los tres hermanos salieron de su casa engalanados con sus ropas nuevas, el coche que Brian O'Flanagan había prometido enviarles ya les esperaba. El cochero abandonó el pescante, y abriendo la puerta esperó a que sus tres pasajeros recorrieran los pocos metros que había hasta el lugar donde tenía estacionado el carruaje.

Charlotte se coló en el interior del coche como un rayo y se sentó. Después subió Hortensia, que se acomodó a su lado, y Noah en el asiento de enfrente.

El cochero cerró la puerta, y se puso en marcha.

—¡Qué frío! —exclamó Charlotte, resoplando y frotando las manos para entrar en calor.

—Ya te dije que esa capa no era apropiada.

—Lo sé, Hortensia. Pero es preciosa. Además, no pensé que haría tanto frío.

Hortensia levantó las cejas e intercambió una mirada con Noah. Tras pasar un invierno en Boston, había que ser un verdadero idiota para creerse una excusa tan pobre.

—No supuse que tendría que recorrer medio Boston a pie para llegar al coche —protestó Charlotte, tratando de justificarse.

—Nuestra calle es demasiado empinada y estrecha para los carruajes. No pueden ir más allá de la intersección con la calle principal, y lo sabes.

—Está bien, la próxima vez te haré caso —prometió, mientras sus dientes interpretaban una serenata.

—No te canses. Las dos sabemos que no lo harás.

Charlotte estaba tiritando. Hortensia la miró preocupada y compartió su capa con ella.

Noah, que había seguido toda la situación en el más absoluto silencio, se puso en pie y se dispuso a cederle la suya. Entonces recordó algo. Los bancos de este tipo de carruajes eran huecos y solían utilizarse para guardar mantas y otro tipo de enseres. Probó suerte. Tiró de su asiento y éste le obedeció. En el interior, junto a una cuerda y unos cojines había una manta de piel. La cogió y se la tendió a Charlotte, que enseguida desapareció debajo.

—¡Qué maravilla! —suspiró Charlotte, dejándose seducir por la caricia de la piel.

—Confío en que hayas aprendido la lección —le reprendió Hortensia, algo más tranquila.

—Te lo aseguro —asintió, muy seria, mientras hacía lo imposible para no sonreír.

Por un momento, Hortensia deseó que Noah no hubiese encontrado la manta.

De aspecto residencial, la calle Beacon discurría frente al campo de Boston Comon, en la falda de la colina que llevaba su nombre.

A medida que el carruaje avanzaba entre el pasillo de luz que las farolas de gas iban abriendo sobre el camino adoquinado y las siluetas de las mansiones iban surgiendo de la oscuridad, Charlotte se sentía cada vez más feliz.

Cuando se detuvieron ante la más grande y suntuosa de todas Charlotte estaba eufórica.

El fin del trayecto no significó lo mismo para Noah y Hortensia. En el caso de Noah la perspectiva de pasar una velada rodeado de las miradas hostiles de un grupo de hombres blancos no era precisamente la mejor manera que podía imaginar de recibir el Año Nuevo. Ahora que se sabía distinta, Hortensia también se sentía incómoda moviéndose en sociedad como si nada hubiera cambiado. La perspectiva de que alguien descubriese su secreto le producía una sensación de pánico que le oprimía el pecho hasta impedirle respirar.

Una vez hubieron abandonado el coche, la capa elegida por Charlotte volvió a demostrar que era demasiado ligera para el crudo

invierno del Norte. A pesar de que el carruaje los había dejado a cubierto, el frío la obligó a encogerse y protegerse tras sus hermanos.

El propio Brian O'Flanagan les abrió la puerta.

—Señoritas Lacroix —saludó, besando la mano a Hortensia y a Charlotte respectivamente—. Noah —dijo después, estrechándole la mano con gran familiaridad.

—Buenas tardes —saludaron al unísono.

Noah y Hortensia entregaron sus capas a un sirviente que apareció junto a su anfitrión. Charlotte, que aún tenía la piel de gallina y había pasado mucho frío para hacer su entrada triunfal, se quitó la capa y contempló impotente cómo desaparecía tras la puerta de un armario, sin que nadie más hubiera tenido la oportunidad de admirarla.

—Pasen, por favor —solicitó Brian en cuanto sus invitados se hubieron desprendido de sus ropas de invierno.

Noah, Hortensia y Charlotte lo siguieron a través de la puerta de madera maciza de doble hoja que aislaba el recibidor del resto de la casa.

Ya en el distribuidor, ignoraron la escalera de gruesas barandillas de caoba con un ventanal en su frente que se perdía en las alturas, y se encaminaron a un salón al que se accedía por un arco dispuesto a la izquierda de los escalones.

—Su familia tiene una casa preciosa —felicitó Hortensia, contemplando las dos galerías que surgían del distribuidor.

—Gracias, señorita Lacroix.

Charlotte, que caminaba junto a Noah unos pasos detrás, giró con discreción la cabeza para no perder detalle de la conversación.

—De hecho, antes vivía en las afueras de la ciudad, pero tras la muerte de mi esposa hace cuatro años, regresé de nuevo a casa de mis padres.

—Lo siento —consiguió decir Hortensia, compartiendo el dolor de su pérdida.

Brian y Hortensia recorrieron en silencio los últimos pasos que les separaban del salón. Cada uno se había sumido en sus pensamientos. Brian se hundió en el recuerdo de una mujer idealizada que en plena juventud lo había dejado, mientras que Hortensia volvía a verse asaltada por la angustia al revivir los acontecimientos que desde la trágica muerte de su madre habían truncado sus vidas.

El resto de los invitados esperaban en el interior del salón. No había reunidas más de una docena de personas. La mayoría

permanecían en pie, formando pequeños corrillos en las zonas libres que dejaban los abundantes muebles del salón. Charlaban y disfrutaban de unas copas de champán mientras un cuarteto de violín amenizaba la velada. Tras percibir las discretas miradas cargadas de curiosidad posándose sobre ella, Charlotte sintió que todos los ojos se clavaban en Noah.

Una mujer de cabello pelirrojo y ojos azul oscuro abandonó uno de los corrillos y se les acercó.

—Buenas tardes —saludó muy cordial.

Brian le sonrió.

—Madre, le presento a Charlotte y a Hortensia Lacroix.

—Mucho gusto —respondió ella, con su mejor sonrisa.

—Él es Noah —informó Brian, una vez las mujeres intercambiaron los saludos de rigor.

—Así que usted es el joven que salvó a mi nieto —dijo con admiración—. Mi hijo nos contó que arriesgó usted su vida para protegerlo.

Noah iba a negar que hubiese puesto su vida en peligro cuando ella posó amorosamente su mano enguantada sobre la de él.

—No, por favor —le impidió hablar ella—. Lo que hizo fue un acto noble y generoso. Necesito darle las gracias. Quiero que sepa que mi familia le estará siempre agradecida.

Noah agachó la cabeza en señal de respeto.

—Si me permite —prosiguió la señora O'Flanagan, tendiéndole su brazo—. Le presentaré al resto de invitados.

Noah se dejó llevar, mientras Brian hacía lo propio con Charlotte y Hortensia.

La madre de Brian los condujo hasta el primer grupo de mujeres.

—Ellas son mi prima Josephine Russell, y su hija Úrsula —les presentó.

—Mucho gusto —saludó Josephine, sin poder evitar que sus labios se torcieran ligeramente cuando Noah dio un paso para saludarla.

—Noah y las señoritas Hortensia y Charlotte Lacroix —informó la señora O'Flanagan, como una perfecta anfitriona.

—Encantada —repitió su prima, estudiando con ojos expertos el collar de perlas salvajes que daba varias vueltas al cuello de Charlotte.

Después llegó el turno de los únicos invitados que no eran miembros de la familia. Una pareja de mediana edad acompañados de su hijo que aún rozaba la adolescencia y un hombre moreno y atractivo llamado Fernando Fuentes, al que Brian presentó como un

buen amigo, y que no apartó los ojos de Charlotte desde que ésta entró en la sala. Tras intercambiar una vez más las frases de rigor impuestas por el protocolo, siguieron su camino.

—Mi tío, Lionel Sanders, el padre de Josephine —indicó la señora O'Flanagan en el trayecto, señalando con la mirada a un hombre alto y delgado, cercano a los ochenta años, que dormitaba en uno de los divanes ajeno a lo que sucedía a su alrededor.

Tras varios minutos de presentaciones, llegaron hasta el último de los invitados. Estaba instalado con comodidad frente a la chimenea.

El hombre permaneció sentado y disfrutó de una nueva calada a su cigarro, que provocó que una espesa cortina de humo inundara el ambiente de un olor penetrante y dulzón.

El parecido con Brian era tal que Charlotte no necesitó escuchar las palabras de Beatriz para saber que se trataba de su padre.

Una mirada de soslayo de la mujer hizo que su esposo dejara su cigarro, se pusiera de pie y diera la bienvenida a los recién llegados.

—Raymond O'Flanagan —se presentó él mismo.

Charlotte se encontró con unos ojos oscuros y profundos de mirada inteligente que le resultaron terriblemente familiares. En un principio pensó que se trataba de los de Brian, pero casi al instante descubrió que, aunque del mismo color, a Brian le faltaba aquella fuerza que transmitían los de su padre. Charlotte sintió cómo aquella mirada sacudía sus recuerdos mientras trataba sin éxito de dar forma a un rostro.

El patriarca de la familia se volvió entonces a Noah.

—Así que usted es el joven que salvó la vida de mi nieto…

Noah asintió con humildad.

—Es un honor tenerlo entre nosotros —siguió diciendo Raymond O'Flanagan, ajeno al movimiento del resto de invitados, que se encaminaban al comedor.

Hortensia, que en ese momento intercambiaba unas palabras con Brian, pudo escuchar los murmullos provocados por la presencia de Noah entre los invitados que pasaban junto a ellos. El desprecio de aquellos hombres y mujeres hacia su hermano golpeó su corazón. Deseó no haber permitido que Charlotte se saliera con la suya, obligando a Noah a pasar por aquel trance tan desagradable.

En ese momento, Josephine obsequió a Noah con una mirada que provocó que el vello de la nuca de Hortensia se erizase. Noah no era bien recibido y aquella mujer quería que él lo supiera.

—Veo que no todos nuestros invitados están tan agradecidos como yo —dijo sarcástico el padre de Brian, devolviéndole la

mirada a Josephine, que enseguida miró hacia otro lugar.

La severa mirada de Beatriz O'Flanagan a su marido hizo que éste sonriera y diera unas palmaditas amistosas en la espalda de Noah.

—No se preocupe, amigo. Mi presencia tampoco resulta grata a la mayoría de los familiares de mi esposa —informó, divertido por la situación—. Acompáñeme —prosiguió en tono cordial—. Hoy se sentará a mi lado.

Si Charlotte y Hortensia no hubieran estado acostumbradas al lujo, se habrían quedado boquiabiertas. No se había escatimado en nada. Las paredes y los muebles estaban repletos de adornos. Unos ramilletes de muérdago habían sustituido a los tradicionales arreglos florales de la mesa. Las copas eran de un cristal finísimo, la cubertería de plata y la vajilla tenían grabados delicados motivos navideños, e incluso hasta en las servilletas se habían bordado unos simpáticos trineos tirados por renos.

Beatriz O'Flanagan ocupó una de las cabeceras, Hortensia fue instalada a su derecha, y el señor Fuentes a su izquierda. Charlotte se sentó a continuación del amigo de Brian. Noah, por el contrario, tuvo que ir hasta el otro extremo de la mesa para acompañar a Raymond O'Flanagan, que ocupaba la cabecera opuesta, y a Brian, sentado justo a la izquierda de su padre. El resto de invitados fue instalándose en sus asientos. Cuando todos se hubieron sentado, Charlotte comprobó que la silla de su derecha permanecía vacía. Nadie aparte de ella misma pareció sorprenderse de que se empezara a servir la cena sin que el último de los invitados ocupara su lugar.

—Confío en que no le haya sucedido nada —comentó Charlotte al señor Fuentes.

—No se preocupe, señorita Lacroix, él siempre llega tarde —le respondió al oído en un susurro.

Charlotte agradeció las palabras con una sonrisa y contempló las gambas que un sirviente acababa de dejar en su plato. Sintió cómo la boca se le hacía agua al ver aquella carne rosada y jugosa. Pero no podría tocarlas hasta que se les uniese el último de los invitados. Aún se estaba lamentando cuando, para su sorpresa, el resto empezó a comer. Charlotte miró extrañada a su alrededor. La señora Josephine, que quedaba justo enfrente del plato vacío, ya había hecho desaparecer dos de las gambas. Estaba claro que nadie en aquella mesa tenía la menor intención de esperar.

Las hermanas intercambiaron una mirada antes de empezar. Hortensia también parecía indecisa. Entonces, Charlotte se encogió

de hombros y trinchó una con el tenedor. Ella también estaba hambrienta.

Tras los entrantes, sirvieron unos elaborados buñuelos de setas, después una ensalada fría de marisco que a Charlotte le pareció deliciosa, y que le hubiese gustado repetir, y a continuación llegó la carne. Un sabroso cabritillo al horno adornado con mondaduras de naranja, patatas asadas y bañado en salsa con aroma a hierbas silvestres.

La conversación era distendida, y Fernando, al que en todo momento acompañaba una perfecta sonrisa, conseguía mantener la atención de las tres mujeres que estaban a su lado.

—La verdad, Fernando, es que nunca dejarás de sorprenderme —dijo la señora O'Flanagan, tras escuchar una divertida historia sobre un joyero y su esposa—. Hay que reconocer que eres terrible.

—Mi querida Beatriz. Sabe que yo nunca invento nada.

—Lo sé. Por eso me extraña que sigan recibiéndote en las mejores casas de Boston. Eres realmente peligroso.

Hortensia sonrió y él le devolvió la sonrisa.

La suavidad con que arrastraba las palabras y la manera estudiada con que miró a Hortensia, que se ruborizó, dejó muy claro a Charlotte que se encontraban ante un conquistador.

Entonces Fernando se volvió hacia su izquierda. Charlotte retiró la mirada tímidamente.

Orgulloso de su poder de seducción, Fernando Fuentes sonrió. Charlotte hacía lo propio para sus adentros. Meditaba sobre lo sencillo que podía ser manejar a los hombres que, como Fernando, se creían irresistibles, cuando sintió unas enérgicas pisadas a su espalda.

—¡Lo siento! —irrumpió una voz de hombre muy juvenil, provocando que todos los ojos se levantaran de los platos.

Josephine lanzó una mirada poco amistosa al recién llegado, y volvió a centrarse en su cabritillo.

—Me temo que vuelvo a llegar tarde —dijo con cierto descaro.

Charlotte se moría de ganas por ver al desconocido que había causado tan mala impresión en su vecina, pero quedaba a su espalda. Pensó en volverse pero, incluso para ella, semejante acción hubiese sido de muy mal gusto. Antes de que Charlotte encontrara una manera de satisfacer su curiosidad, el hombre se dejó caer en la silla que estaba junto a ella.

Casi en el acto un sirviente colocó un trozo de carne en su plato.

—Gracias, George —respondió él amistosamente—. ¿Podrías traerme un poco de ensalada, por favor?

Aún no había conseguido verle la cara, pero contempló atónita cómo antes de quitarse los guantes, tomaba la ensaladera al vuelo y tras volcar su contenido junto a la carne se lo devolvía al sirviente.

—Disculpadme, pero estoy hambriento —dijo, haciendo desaparecer en la boca un tenedor lleno de comida.

Charlotte estaba espantada. No había visto a nadie tan maleducado en toda su vida. Iba a mirarlo cuando reparó en el rostro de Hortensia. Estaba blanco. Parecía que hubiese visto un fantasma.

Los guantes, la voz desenfadada, y los ojos de Raymond O'Flanagan tomaron forma en su memoria. La imagen que antes había sido incapaz de recordar ahora se dibujaba con claridad en su mente.

Charlotte inclinó la cabeza sobre el plato. No podía permitir que él la reconociera.

—Scott —llamó entonces la señora O'Flanagan, despejando cualquier duda.

—¿Sí, mamá?

—Creo que no conoces a nuestros invitados.

Scott se olvidó por un momento de la comida y miró a la mujer que estaba junto a su madre.

Hortensia contuvo el aliento.

—La señorita Hortensia Lacroix, su hermana Charlotte y Noah, el joven que salvó a Peter.

En el rostro de Scott se dibujó una sonrisa.

—¡Qué sorpresa! Es un placer volver a verla —saludó dirigiéndose a Hortensia.

—El placer es mío —balbuceó ella.

Scott miró a su izquierda. Si Hortensia estaba allí era probable que muy cerca anduviera también su inseparable hermana.

—Señorita Charlotte —saludó Scott, con una sonrisa traviesa, una vez que la hubo descubierto, obligando a Charlotte a mirarle.

—Señor O'Flanagan —saludó ella, muy erguida, dispuesta a no sonreírle, y todavía sobresaltada por la sorpresa.

Ahora toda la mesa parecía interesada en lo que pasaba en torno a Scott.

—¿Así que conocen ustedes a mi hijo?

—Así es, señora O'Flanagan —respondió Charlotte, sin entrar en detalles.

—Tuve el placer de conocer a las hermanas Pa…

—Lacroix —corrigió Charlotte, con una penetrante mirada, antes de que Scott las delatara.

—… Lacroix —rectificó.

—¡Qué hermosa coincidencia! —exclamó la madre de Scott, emocionada.

—Lo es. Pero me temo, madre, que las señoritas… Lacroix —apuntó—, no guardan muy buen recuerdo de mi persona.

—¡No me sorprende! —intervino su padre desde el otro extremo de la mesa.

Josephine asintió de inmediato con la cabeza.

La expresión de Noah revelaba que él también recordaba a Scott.

—Padre, siento informarte de que sus modales tampoco hubiesen pasado el examen en la rígida sociedad del Sur.

Involuntariamente, Josephine se encontró asintiendo de nuevo.

—¿No es cierto, tía?

La inesperada pregunta de Scott detuvo la cabeza de la mujer en el acto. A pesar de que era más que evidente su animadversión por Raymond O'Flanagan, no tenía la menor intención de ofender a quien alimentaba a su familia.

—¡Ya basta, Scott! —intervino su madre.

—Le pido disculpas si la he ofendido, tía.

La respuesta de Josephine fue una mirada agria que Scott recibió con una sonrisa.

Brian intervino entonces, comenzó a hablar sobre la ópera que acababan de estrenar en la ciudad, y Charlotte aprovechó ese receso de calma para disfrutar del último bocado de carne que quedaba sobre su plato.

—Veo que no ha perdido el apetito —susurró Scott al oído de Charlotte en el mismo instante en que el tenedor desaparecía completamente en la boca de ella.

—Y usted sigue siendo un grosero —replicó Charlotte, dirigiendo su mirada hacia los gastados guantes de cuero.

—Mi querida señorita Lacroix, eso no se lo puedo negar. ¿Es que no vamos a hacer las paces?

—No sabía que estábamos en guerra.

Josephine había orientado su oreja hacia la conversación privada que en tono secreto mantenía su sobrino con una de las invitadas de Brian.

—¿Señorita Charlotte? ¿Podría preguntarle dónde conoció a mi sobrino?

Charlotte sintió cómo el interés se extendía por la mesa. Ignoró a Scott y sonrió.

—En el Sur —respondió sin entrar en detalles, provocando que Hortensia se pusiera rígida.

—Lo siento. Pero creo que mi hijo Brian no me ha dicho de qué parte del Sur provienen —preguntó esta vez la madre de Scott.

La curiosidad empezaba a contagiarse peligrosamente.

—Nuestra familia proviene de Nueva Orleáns.

—¡Un lugar hermoso! —exclamó el señor Fuentes, nostálgico.

—Entonces, ¿vivían ustedes en Nueva Orleáns? —insistió Josephine.

Scott parecía incluso más interesado en la respuesta de Charlotte que su propia tía.

Antes de responder, Charlotte intercambió una mirada con Hortensia, que estaba cada vez más rígida. Noah, desde la distancia, tampoco perdía detalle.

—La casa familiar está en la ciudad —informó Charlotte—. Aunque nosotras pasábamos la mayor parte de nuestro tiempo en el campo. En la plantación de mi padre —dijo Charlotte, evitando profundizar en nada relacionado con su pasado.

La expresión en el rostro de la señora O'Flanagan denotó sorpresa ante las palabras de Charlotte.

—No sabía que habías estado en Nueva Orleáns, hijo.

—Y por desgracia no he estado, mamá.

Scott iba a aclarar la situación cuando se encontró con los ojos de Hortensia. Le estaba suplicando que guardara silencio.

—Conocí a las señoritas Lacroix en casa de un amigo común —dijo sin delatarlas.

—¿En casa de Richard? —apuntó su madre, recordando el viaje que su hijo había hecho al Sur.

Scott asintió.

La mención de Richard hizo que una sombra empañara el rostro de Charlotte.

—Un joven encantador —informó al resto Beatriz, sintiendo que por primera vez tenía algo en común con sus invitadas—. El verano pasado, él y su esposa vinieron a visitar a Scott. Una pareja adorable. Estaban de luna de miel. Parecían muy enamorados. Por desgracia sólo iban a estar en Boston unos días y después regresaban hacia el Sur. Scott había salido de la ciudad y no se pudieron ver. Una lástima.

La mención de Richard y Camille hizo que la herida de Charlotte volviera a sangrar.

—¿Está usted bien? —preguntó curiosa Josephine—. Se ha quedado pálida.

Charlotte la hubiese agarrado del cuello, y se lo hubiera retorcido con sus propias manos, pero estaba demasiado lejos.

—Gracias, pero me encuentro perfectamente —mintió, rogando para que la rabia calentase con rapidez su sangre y devolviera el color a sus mejillas.

Por un momento, Scott barajó la posibilidad de que tal vez el matrimonio de Richard había sido la causa de que Hortensia y Charlotte se marcharan de Virginia. Pero a pesar de todo, no llegaba a entender la huida de las jóvenes y mucho menos la presencia de su esclavo, al que sólo bastaba no regresar un día a casa para ser libre. Desde luego, la mirada asustada de Hortensia y la obsesión de las hermanas por ocultar uno de los apellidos más respetados e ilustres de Virginia, hizo pensar a Scott que tras la elección de Boston como lugar de residencia había mucho más que un simple desengaño amoroso.

Charlotte sintió cómo Scott la miraba. Parecía serio.

Por suerte, en ese momento los sirvientes se acercaron para retirar los platos con los restos de cabritillo, y servir apetitosos trozos de tarta.

Cuando los criados desaparecieron, Charlotte había conseguido recuperar el color y Scott hablaba con Fernando.

Scott fue el primero en probar la tarta.

—¡Sabrosa! —exclamó, cuando el chocolate se le deshizo en la boca.

Realmente exquisita, pensó Charlotte, tras el primer bocado.

Hortensia, a quien no le gustaba demasiado el chocolate, se las arregló para que tras llevarse la cucharilla a la boca cuatro veces su pedazo siguiese siendo del mismo tamaño que al principio.

La velocidad con que Josephine, la tía de Scott, hizo desaparecer gran parte de su ración dejó muy claro que ella también era amante del dulce.

—¿Y qué les parece nuestra ciudad? —preguntó Beatriz O'Flanagan a Hortensia.

—Es una ciudad muy hermosa. A veces me sorprende la cantidad de gente que puede vivir en ella.

—Bueno, no es tan grande —puntualizó Josephine, aprovechando la respuesta de Hortensia para entrar en la conversación—. Aunque tengo entendido que en el Sur no hay ciudades como ésta. Siendo ustedes de campo, es lógico que les abrume la gran ciudad. Viviendo tan solas…

—Bueno, a mí me resulta agradable —respondió Hortensia—. Además, solíamos ir con frecuencia a la ciudad —dijo, cuidando de no nombrar Richmond y delatarse—. Y de todas maneras, no vivíamos solas.

—Perdón, se me olvidaba. Debían de tener un gran número de… ya sabe —dijo con malicia.

Aunque en toda la velada nadie se había atrevido a nombrar la palabra prohibida, Josephine se las arregló para que todos supiesen que aquellas mujeres tenían seres humanos de su propiedad.

Hortensia agachó la cabeza avergonzada y no respondió.

Charlotte dejó la cucharilla sobre su plato y miró fijamente a la mujer. No iba permitir que le diesen lecciones de moralidad, y mucho menos a Hortensia.

—Disculpe, pero me temo que no la he oído. ¿Un gran número de qué?

La tensión se propagó en la mesa.

—No creo que sea necesario que lo diga, señorita Lacroix —contestó con una sonrisita forzada, mirando de reojo hacia Noah—. Todos somos adultos.

—Me temo que sigo sin entenderla, señora Russell —insistió Charlotte, a quien la malicia de aquella mujer empezaba a recordarle a Laura Burton.

—Decía que debían de tener un gran número de esclavos.

Charlotte no se inmutó.

—Unos ciento diez, aproximadamente. ¿No es así Hortensia?

Hortensia asintió. Para ella había llegado el momento oportuno para abandonar la reunión.

El joven que había acompañado a sus padres a la fiesta se removió molesto.

—¡Es inhumano! —se hizo oír el muchacho, mientras un gran número de cabezas asentían en silencio.

—No más que tener a niños trabajando en las fábricas hasta la extenuación —contraatacó Charlotte.

—Pero al menos aquí son hombres y mujeres libres —insistió, con intención de proseguir su discurso.

Sin embargo, la oportuna mirada de su padre recordó a su hijo dónde se encontraban. La advertencia pudo más que sus deseos. El muchacho se mordió el labio e interrumpió su alegato.

Josephine, por el contrario, no tenía intención de zanjar el asunto.

—Debería saber, mi querida joven que, aunque por algún extraño motivo mi sobrino esté tan callado, Scott es un ferviente abolicionista.

—Lo sé, señora Russell.

—¿Y no le molesta?

—En absoluto. Es más, creo que es en lo único en que coincido

plenamente con su sobrino.

—Sin embargo, usted tiene esclavos.

—En realidad es mi padre quien los posee.

—Entonces, el… joven —insistió Josephine, apuntando con sus pestañas hacia Noah.

—¿Se refiere usted a Noah?

Josephine asintió, mientras el resto afinaba sus orejas y se volvía hacia el invitado de honor.

—Noah no es nuestro esclavo —informó Charlotte, esperando a que una nueva cucharada de postre borrara la cínica sonrisa del rostro de la mujer que estaba frente a ella.

Charlotte le sonrió.

—… Es nuestro hermano.

La respuesta de Charlotte arrancó la expresión de suficiencia de Josephine y provocó que el último trozo de bizcocho que acaba de introducirse en la boca se le fuera por mal sitio. El silencio cayó como una losa sobre la mesa. Charlotte no necesitó levantar la mirada alrededor para saber que el resto de los presentes se había quedado con la boca abierta, porque hasta los cubiertos habían enmudecido.

Mientras sentía cómo la satisfacción de haber colocado a aquella mujer en su sitio recorría su cuerpo, la expresión de su rostro le hacía parecer la más angelical e inocente de las mujeres. Sin abandonar su papel, Charlotte llevó elegantemente la cucharilla a su boca y disfrutó de un bocado que le supo a gloria.

—Enhorabuena —le susurró Scott disfrutando del momento—. Ni siquiera yo hubiera sido capaz de escandalizar así a mi tía.

Desde el otro extremo de la mesa, Raymond O'Flanagan sonrió. Había que reconocer que aquella mujer tenía agallas.

Cuando las miradas esquivas empezaron a estudiar a los tres hermanos con malsana curiosidad, Charlotte no se inmutó. Se irguió sobre su silla todo lo que su columna le permitió y cada vez que una pupila perdida se posaba de soslayo sobre ella, respondía saludando con gentileza. Hortensia, por el contrario, no se atrevió a levantar la cabeza del mantel. A pesar de lo violento de la situación, Noah se sintió orgulloso. Desde el otro extremo de la mesa, Charlotte guiñó con discreción el ojo a su hermano. Pero a pesar de todo, y aunque Charlotte hubiese preferido ignorar las consecuencias de sus palabras, las cosas habían cambiado. Noah no necesitaba oír a los hombres y mujeres sentados junto a él para leer los pensamientos que martilleaban sus cabezas. Aquellas preciosas mujeres a quienes habían tratado como iguales, ¿eran negras?

—No lo sabía —tartamudeó Brian, que ni en un millón de años hubiese sospechado algo semejante—. Lo siento, yo no creí…

—No es necesario que se disculpe, señor O'Flanagan —dijo Noah, sintiendo la necesidad de dar una explicación que al menos librara a sus hermanas de la sospecha—. En realidad, somos medio hermanos. Nuestro padre era blanco. Pero mientras que la madre de Charlotte y Hortensia era su esposa blanca, yo soy hijo de una esclava.

Charlotte frunció el ceño. Ella no hubiese aliviado las conciencias de aquellos hipócritas con tanta rapidez.

Incluso el joven que minutos antes había defendido con pasión la igualdad de los hombres blancos y los de color, suspiró aliviado al constatar que las dos hermosas jóvenes que estaban sentadas a su lado eran tan blancas como él mismo. A medida que el peso de la duda iba desprendiéndose de los invitados, la pesadumbre inundaba el corazón de Hortensia. Ella acababa de descubrir una realidad que Charlotte sabía hacía mucho tiempo. Los blancos necesitaban saberse diferentes. Aunque, reacios, admitían la posibilidad de que un negro tuviese sangre blanca porque, al fin y al cabo, seguía siendo de color. Pero la idea de que alguien con aspecto blanco y sangre negra y a quien pudiesen confundir con un igual, se mezclara con ellos, les llenaba de espanto. Hortensia sintió una gran tristeza. Acababa de descubrir que independientemente de la parte del país donde se encontrara, ella nunca sería como los demás.

—Creo que es hora de regresar al salón —anunció de manera oportuna Beatriz O'Flanagan, poniéndose en pie.

—Me parece una buena idea, madre —secundó Scott, imitándola —. Señorita Charlotte, ¿me concedería el honor de acompañarme? —invitó tendiéndole su brazo.

—Será un placer.

Los músicos, que habían dado descanso a sus instrumentos durante la cena, volvieron a perfumar el aire con la fragancia de sus melodías en cuanto los primeros invitados regresaron al salón. Nadie bailó. Se reunieron en pequeños corrillos y empezaron a charlar.

Raymond O'Flanagan volvió a instalarse en el sillón frente a la chimenea y encendió un nuevo cigarro sin preocuparle que hubiese mujeres alrededor.

—Ya ve de quién he heredado mis modales —susurró Scott a Charlotte.

Charlotte iba a contestar, cuando Scott se le adelantó.

—Y si no le importa, para no defraudarla, voy a seguir siendo un

grosero y la voy a dejar aquí mientras me doy un paseo entre mis adorables parientes. No tengo la menor duda de que ahora que ha hecho tantos amigos sabrá arreglárselas sola.

Scott se despidió de ella con un descarado guiño y comenzó a caminar.

—Maldito papanatas —renegó Charlotte, en el mismo instante en que el señor Fuentes y Hortensia se acercaban hasta ella.

—¿Estás bien? —preguntó Hortensia.

—Sí. Pero ese hombre me saca de quicio —dijo, sin importarle que Fernando Fuentes pudiese oírla—. No entiendo cómo Brian puede ser su hermano.

—¿Saben? Aunque Brian estudió leyes en la universidad y en la actualidad sea un destacado miembro del gabinete del gobernador, y probablemente en un futuro alcance cotas muy importantes en la política —dijo Fuentes, sorprendiendo a Charlotte y Hortensia, que hasta entonces no tenían ni la menor idea de la actividad profesional de Brian—, a Scott se le considera uno de los mejores abogados de Boston.

—¿Abogado?

—¿No lo sabían? Pensé que al conocerlo… Desde que se graduó en Harvard el año pasado nunca ha perdido un caso.

—Parece mentira —pensó en alto Charlotte, reconociendo el mismo traje gastado con que había conocido a Scott en Virginia.

Scott en ese momento se sentó en una de las butacas que estaban al lado de su padre.

—¡No entiendo cómo se dirigen la palabra! —intervino Josephine, que por un morboso motivo se había unido con su hija al grupo.

—Scott es un buen muchacho —defendió su hija.

—¡Buen muchacho! —repitió su madre, que no quería ver que su hija sentía algo más que amor fraternal hacia su primo segundo —. Scott siempre ha sido un rebelde y un maleducado. Nunca le ha preocupado proteger el buen nombre de la familia. ¿O acaso olvidas que lo expulsaron de la Academia Naval? ¡Fue una vergüenza para todos! —exclamó, muy alterada.

—No tenía ni idea de que hubiese estudiado en Annapolis. —se interesó Charlotte, descubriendo por fin el origen de la amistad entre Richard y Scott—. ¿Sabe usted por qué le expulsaron?

—Ni idea. Pero estoy seguro de que lo tenía bien merecido.

La forma en que Fernando Fuentes esquivó los ojos de Charlotte le confirmó que él sí poseía la respuesta.

—Y por si fuera poco, ahora está el asunto de la demanda. ¿Qué

hijo es capaz de enfrentarse a su padre en los tribunales?

—¿En los tribunales? —repitió Charlotte con inocencia.

—Sí —asintió ella, dejándose llevar por la evidente antipatía que sentía por el joven y por su padre—. En estos momentos Scott es el abogado de un miserable. Creo que el hombre perdió una mano o un pie en una de las fábricas de su padre. No estoy segura —dijo, como si no tuviese la menor importancia—. Cuando Scott se enteró, lo buscó y le ofreció convertirse en su abogado. Sin cobrar, claro —apuntó maliciosa.

—¿Por qué hizo algo así? —preguntó Hortensia, contagiada por la curiosidad.

—Al parecer, antes de que sucediera el desgraciado accidente, los trabajadores le habían insistido al encargado en repetidas ocasiones sobre la necesidad de mejorar las condiciones de seguridad, pero él ignoró sus peticiones, hasta que una cadena en mal estado cedió y una plancha de acero amputó el brazo del cliente de Scott —informó el señor Fuentes.

—¡Dios mío! —exclamó Hortensia.

—El hombre consiguió salvar la vida, pero nunca más podrá volver a trabajar. Tiene mujer y cuatro hijos pequeños.

Hortensia sintió un profundo pesar al imaginar el sufrimiento de aquella familia golpeada por la tragedia.

—Tras el accidente, los trabajadores de todas las empresas del sector se unieron. Exigían mejoras en la seguridad o amenazaban con no volver a trabajar. Se produjeron disturbios y manifestaciones, pero pronto tuvieron que regresar a sus puestos sin haber obtenido ninguna de sus demandas.

—Es terrible —intervino Charlotte, a quien también había impresionado el relato.

—Fue entonces cuando Scott se ofreció a ayudarlo. Él considera que su padre y el resto de socios tienen una obligación moral hacia ese hombre y su familia —añadió Fuentes, queriendo contrarrestar la hostilidad de Josephine hacia el joven.

—¿Qué responsabilidad habrían de tener? Las fábricas siempre han sido lugares peligrosos. ¿Qué sería de nuestro país si cada vez que un empleado sufriera un accidente demandara a su patrón? Es absurdo. Además, si ese ingrato gana el juicio, todos los vagos y maleantes de Boston creerán que tienen derecho a hacer lo mismo.

—Pues, según he oído, Scott tiene muchas posibilidades de ganar —puntualizó su hija, que a pesar de sus esfuerzos fue incapaz de ocultar la admiración que sentía por Scott—. Tengo entendido que los abogados del tío Raymond y sus socios han intentado llegar

a un acuerdo extrajudicial con él para que retire la demanda.

—Pero él no aceptará —sentenció su madre—. Se cree el paladín de las causas perdidas.

El grupo observaba a Scott y a su padre. Hubiesen dado cualquier cosa por escuchar las palabras que se cruzaban.

—Esperemos que no se peleen —rogó en voz alta Úrsula.

Hortensia se sintió incómoda. Lo único que necesitaba era un enfrentamiento público entre padre e hijo.

—A veces tienen unas peleas terribles. Pueden pasar meses sin dirigirse la palabra —aclaró Úrsula preocupada.

Sin embargo, Scott parecía disfrutar de la conversación.

—No parece que se lleven mal —dijo Charlotte, que no conseguía descubrir el menor signo de enemistad entre padre e hijo.

—¿Mal? ¡Quién ha dicho que se lleven mal! —protestó Josephine, abriendo los ojos como platos.

—Yo creí… —intentó disculparse Charlotte.

—Raymond O'Flanagan adora a su hijo menor, y Scott siente lo mismo por su padre —enfatizó de forma exagerada—. Son tal para cual. Gracias a Dios, Brian ha salido a Beatriz.

—Pero si se admiran tanto, ¿por qué se enfrentan? —insistió Charlotte, que a medida que iba descubriendo nuevos datos entendía cada vez menos.

—Es esa envenenada sangre irlandesa —aclaró con desprecio—. Les hace felices pelearse. A pesar de nuestro esfuerzo por civilizarlos siguen siendo un pueblo de salvajes. No son como nosotros, los ingleses. No conocen el honor.

Las palabras de la prima de Beatriz no dejaban lugar a la réplica.

Charlotte miró de nuevo a Scott.

Brian se acababa de sentar junto a su hermano. Tras la información aportada por Josephine Russell, Charlotte sintió una repentina curiosidad por la conversación que estaba teniendo lugar entre padre e hijo. Por una vez en su vida, le hubiese encantado volverse invisible y acomodarse en el cuarto butacón.

Raymond O'Flanagan hizo rodar el cigarro entre sus labios.

—No ganarás, Scott —le vaticinó, lanzando una densa columna de humo al aire.

Scott aguantó impertérrito a que la nube pasara a través de él.

—Creo que tu cohorte de abogados no opina lo mismo.

—¡Pandilla de chupasangres! —bufó—. Son unos inútiles. Sin embargo, aunque te niegues a admitirlo, es la única manera de que ese hombre saque algo. Piénsalo hijo. Si lo arrastras a los tribunales no obtendrás nada.

—Tal vez deberías sopesar la oferta —sugirió Brian a su hermano—. Ten en cuenta que tras la amputación del brazo, ese hombre nunca más podrá trabajar. Tiene hijos pequeños, Scott. Si aceptas el trato, al menos tendrá una oportunidad, pero si vas a juicio y pierdes… No está de más ser precavido.

—¿Y qué hay de lo que es justo, Brian? ¿Es justo que ese hombre haya quedado incapacitado cuando se hubiese podido evitar?

—Son accidentes.

—Tu hermano tiene razón, Scott —apoyó su padre—. Parece que eres el único en todo este asunto que no admite la realidad. En las fábricas ocurren accidentes. Desgraciados y terribles, pero accidentes al fin y al cabo.

—Qué cómodo, padre —negó desilusionado—. ¿Y eso es suficiente? ¡Un accidente! Esos hombres te hacen rico, y tú más que nadie deberías saber lo duro que es trabajar hasta la extenuación y apenas ser capaz de alimentar a la familia.

Raymond O'Flanagan se puso serio, su hijo no tenía ni idea de lo que él había tenido que pasar siendo niño. Por eso, a diferencia de otras fábricas en las que se contrataba a niños de ocho años porque se les pagaba muy poco, en sus fábricas estaba prohibido permitir trabajar a nadie que no hubiese cumplido los catorce.

—Pero eso no importa ahora, padre —continuó Scott—. Lo que sucede es que la cadena que cedió y causó el accidente estaba gastada. Y el encargado lo sabía. Días antes del accidente a punto estuvo de ocurrir una desgracia, pero no se hizo nada. Esta vez ha sido un brazo. Pero la próxima vez alguien morirá. ¿Cuánto vale la vida de un hombre?

Brian analizó a su padre. A pesar de los años, aún no había aprendido a descifrar aquel rostro serio y meditabundo. Sólo Scott podía hacerlo, y tal vez por eso, era el único capaz de sacar a su padre de sus casillas. Cuando eso sucedía, el suelo temblaba bajo sus pies. Brian temió que esta vez su padre explotase, pero por algún motivo aquella noche Raymond O'Flanagan no parecía tener ganas de comenzar una encarnizada discusión.

—No importa si la razón está o no está de tu lado —dijo muy despacio—. Porque esta vez no puedes ganar. Y tú lo sabes, Scott. Estirarás la cuerda, intentarás hacer creer a mis abogados que me tienes con la soga al cuello, pero eres inteligente y a pesar de que otros irían a juicio, en busca de la fama, sin importarles lo que pudiera pasar a su cliente, tú no lo harás. Te conozco bien. Y lo sabes. No importa lo que digan esa panda de inútiles. Los dos sabemos que aceptarás el trato. Es tu responsabilidad. Aceptarás

porque sabes que es la única opción para él. Sabes que no puedes ganar. Los dos sabemos que lo que menos importa aquí es ese hombre, Scott. En este juicio lo que se juzgará es si cualquier empleado tiene derecho a demandar a sus patronos cada vez que haya un accidente. Significa la obligación de invertir en sistemas de seguridad, e implica un cúmulo de gastos que los propietarios de las fábricas de este país no están dispuestos a asumir. Ni siquiera necesito utilizar mi poder para ganar el juicio. Otros lo harán por mí. Otros, mucho menos escrupulosos que yo.

—¿Qué insinúas, padre? —preguntó alarmado Brian.

—No insinúo nada. Hace un par de días un incendio convirtió en cenizas la casa del cliente de Scott.

Los ojos de Brian revelaron una honda preocupación.

—Por suerte, no había nadie dentro cuando sucedió la desgracia. Según cuentan, la familia había recibido amenazas y ese mismo día se habían marchado a hurtadillas del vecindario. Nadie sabe dónde se encuentran. Bueno, alguien sí —dijo mirando a su hijo, que ni siquiera había pestañeado.

—¡Dios mío! No sabía que el asunto se estaba poniendo tan serio.

Scott escuchó en silencio. Su padre tenía razón. En este caso había más que una simple indemnización en juego. A diferencia de su padre, el resto de sus socios y potentados de la ciudad no estaban dispuestos a que aquel caso llegase a juicio. El atentado a la casa de su cliente era una prueba más que evidente de lo que estaba en juego. Y por si aún quedaba alguna duda, aquella misma tarde al regresar a su domicilio, Scott había encontrado las paredes pintadas con frases de advertencia. Alguien se estaba poniendo muy nervioso.

—No te preocupes, Brian. A mí no se atreverán a hacerme nada —aseguró, sin revelar que las amenazas ya habían comenzado—. Tienen demasiado miedo a nuestro padre —sonrió, tratando de quitar hierro al asunto—. Además, aunque quisieran, no creo que pudiesen despistar a los dos hombres que me siguen a todas partes.

—¿Qué hombres?

—Dos matones que en estos momentos deben de estar apostados detrás de algún árbol del jardín de esta casa. Por cierto, padre, ya que son tus empleados, podrías invitarlos a pasar. Debe de hacer un frío tremendo en la calle.

Raymond sonrió.

—Hace horas que están en la cocina.

—De todas formas, podrías haberme preguntado.

—¿Para qué? Ya sabía tu respuesta. Sólo me preocupo por tu seguridad, y sabes que tengo motivos para hacerlo.

—¿Acaso te ha pasado algo? —interrogó Brian, sorprendido ante su ignorancia sobre el giro que estaban tomando los acontecimientos.

Scott negó con expresión inocente.

Raymond O'Flanagan decidió que ya era el momento de ir al grano.

—Olvida de una vez este maldito asunto y acepta la oferta. Es una buena proposición.

Scott sostuvo la mirada. Sabía que todo lo que había dicho su padre era cierto. Desde el primer momento había decidido aceptar el dinero. La oferta era mejor de lo que él hubiese esperado. Le habría encantado ir a juicio y mandar un aviso a todos los hombres que amasan impunemente sus fortunas con la sangre de otros hombres, pero habían despedido al encargado y repuesto la cadena. No buscaba fama. Su prioridad era proteger a aquel hombre y a su familia. Además, había mucha gente que no iba a permitir que su demanda saliera adelante. Era gente con recursos e influencias, y el dinero podía comprar muchas cosas. Desde falsos testimonios hasta jueces y jurados. Si sólo hubiese tenido que pensar en él, su decisión tal vez habría sido otra, pero no iba a arrastrar a su guerra a una familia sacudida por la desgracia.

—¿Qué me dices, Scott?

A pesar de estar demasiado lejos para poder captar una sola palabra de la conversación entre Scott y su padre, Charlotte pudo ver cómo Raymond O'Flanagan tendía la mano a su hijo.

Scott miró la mano unos segundos.

—Ya veremos —respondió Scott, poniéndose en pie y dejando a su padre, mientras Brian lo imitaba. Inmediatamente se dirigieron juntos hacia la esquina donde Noah trataba de pasar desapercibido.

—Creo que no os he presentado —anunció Brian—. Él es Noah.

Scott cubrió de un paso la distancia que lo separaba del invitado de Brian y le tendió la mano.

—Es un verdadero placer —dijo, estrechando la mano con firmeza—. Me alegra volver a verle.

Brian cruzó una mirada con su hermano.

—Tuve el placer de conocer a Noah en la misma ocasión que a la señorita Hortensia y Charlotte.

Noah se puso nervioso, pero algo en la mirada de Scott le dijo que podía relajarse. De alguna forma, tenía la certeza de que aquel hombre de aspecto descuidado y sonrisa sincera no revelaría nada

de su pasado ni del de sus hermanas que pudiera comprometerlos.

—Parece mentira —dijo Brian asombrado—. Es realmente increíble lo pequeño que es el mundo. Tienes que contarme cómo os conocisteis.

Noah y Scott comenzaron a hablar. Brian aprovechó entonces para cambiar unas palabras con su amigo Fernando.

—Creo que trabajas en Back Bay —se interesó Scott.

—Ya no. Lo dejé hace unos días.

—Si necesitas trabajo, tengo amigos…

—Gracias, pero no hará falta. Por ahora no voy a trabajar. Estoy preparando un examen de admisión para la facultad de medicina.

—¿En Harvard?

Noah asintió.

—¡Yo estudié allí! —exclamó Scott, muy contento—. Te encantará.

—Bueno, aún no me han admitido. Charlotte está convencida de que lo conseguiré. Pero mi nivel de matemáticas no llega mucho más allá de los quebrados. No creo que sea capaz de aprender tanto en tan poco tiempo.

—Yo puedo ayudarte.

—¿Usted?

—Claro.

—Disculpe señor, pero creo que usted es abogado.

—Y muy bueno, por cierto. Pero has de saber que antes de terminar la carrera de derecho pasé cuatro largos años estudiando en la Academia Naval de Annapolis, donde las matemáticas eran una de mis asignaturas predilectas. Aunque tengo que confesar que me expulsaron poco antes de poder licenciarme —añadió en tono irónico.

—Lo siento. No lo sabía.

—No hay nada que sentir —respondió Scott—. Era algo que tenía que suceder. Ya ves. Todos tenemos nuestros pequeños secretos —dijo mirándose los guantes.

Noah dudó.

—Me gustaría mucho ayudarte —insistió Scott, con el corazón en la mano—. Además, piensa que estoy en deuda contigo por salvar la vida de mi sobrino.

Noah lo pensó antes de aceptar. El ofrecimiento de Scott parecía sincero. Y él necesitaba ayuda. Lo había descubierto nada más abrir el libro de matemáticas que sus hermanas le habían regalado. El resto de asignaturas en apariencia no suponían ningún problema, pero las matemáticas…

—Acepto —dijo Noah tendiéndole la mano a Scott.

—¡Estupendo!

Cuando Charlotte descubrió a Noah y a Scott conversando, se sintió intrigada. Los dos parecían muy concentrados en la conversación. ¿Qué se podían estar contando? Scott sabía de ellos más cosas de las convenientes, y era un hombre demasiado imprevisible y ajeno a convencionalismos como para sentirse a salvo en su presencia. Pensó que debería controlar la situación. Así que se disculpó de la incisiva tía Josephine, y se dirigió hacia ellos.

—Hola —saludó interrumpiendo la conversación.

—Hola, señorita Lacroix.

—Señor O'Flanagan.

—Parece que está a punto de empezar el nuevo año —informó Scott viendo que todos los invitados se dirigían hacia el reloj de carillón que estaba adornado para el momento.

Scott, Noah y Charlotte se unieron al corro que acababa de formarse en torno al reloj. Faltaba menos de un minuto para el final de 1859. Un sirviente comprobó que todos y cada uno de los invitados tuvieran su copa llena de champán. Scott guiñó el ojo a Charlotte cuando el primer tañido marcó el comienzo de la cuenta atrás.

—Uno… —acompañaron todos al primer gong—. Dos… —repitieron con el siguiente. Diez tañidos después, todas las voces se unieron para corear la última campanada—. ¡… Doooce!

Una lluvia de confeti dio la bienvenida al año 1860. Las copas se alzaron al cielo y elevaron un brindis mientas se deseaban un feliz Año Nuevo.

Scott deseó un feliz año a Noah y, dejando a Charlotte con la palabra en la boca, se dirigió hasta el otro extremo del círculo.

—¡Feliz Año Nuevo, tía Josephine! —deseó, dándole un beso en la mejilla.

Ella dibujó una sonrisa, mientras sus ojos lo atravesaban.

—Te deseo lo mismo.

—No lo dudo, tía.

—¡Úrsula! —saludó a su prima, que casi se lanzó a besarlo—. ¡Feliz año, primita!

—Feliz año, Scott —le deseó, a punto de derretirse.

A continuación, Scott se despidió de su tía con una reverencia exagerada y se dirigió a su madre.

—¡Feliz año, mamá! —le dijo mientras la besaba y abrazaba.

—Feliz año, mi pequeño truhán.

Las felicitaciones y los buenos deseos dieron comienzo al nuevo

año. Cerca de la una de la madrugada llegó el momento de dar por concluida la velada.

Beatriz y Brian O'Flanagan despedían a cada uno de sus invitados. Los hermanos Lacroix eran los últimos.

—Ha sido una fiesta muy hermosa —comentó Hortensia, mientras un sirviente le devolvía su capa—. Muchas gracias por invitarnos.

Charlotte, que acababa de recuperar la suya, ató el broche y se volvió a sus anfitriones. Raymond O'Flanagan había desaparecido y Scott charlaba con Noah en una esquina del recibidor.

—Feliz Año Nuevo.

—Feliz año —repitió Beatriz—. Por favor, vuelvan pronto a visitarnos.

Brian insistió en acompañarlos hasta el coche que esperaba en el exterior. Scott, que acababa de cambiar unas palabras con Noah en tono confidencial, se puso el abrigo y salió tras ellos.

—Bonita capa, aunque parece un poco ligera para esta época del año —dijo apresurando el paso hasta alcanzar a Charlotte—. Debe usted de estar congelada.

—Se equivoca, señor O'Flanagan. No siento ningún frío —negó ocultando la piel de gallina de sus brazos bajo la tela, mientras ralentizaba la marcha—. De todas formas, no es necesario que nos acompañe.

—Teniendo en cuenta que el carruaje de mi familia las devolverá sanas y salvas a su casa, y que mi hermano las acompaña hasta él, confieso que no tenía la menor intención de hacerlo.

—Disculpe. Al verlo salir tras nosotros, yo creí…

—Me temo que por desgracia Brian es el único caballero de la familia. Yo voy a mi casa.

—¿Es que no vive aquí?

—¿Aquí? —rió—. Hace años que no. O acaso creía que soy un rico excéntrico que lleva trajes viejos por gusto. Lo cierto es que soy más pobre que una rata. El único dinero que he tenido en mi vida me lo legó mi abuelo materno a su muerte, y mis estudios de derecho se encargaron de acabar con el último penique de mi escaso capital. Ya ve qué mala suerte, soy el peor de los partidos. Mi deplorable situación económica no me permite nada más lujoso que un minúsculo estudio en el North End.

Brian, que había acompañado a Noah y Hortensia hasta el carruaje y esperaba a su última ocupante, trató de disimular cuando oyó las palabras de Scott. Aquellas explicaciones además de ser de un pésimo gusto, estaban del todo fuera de lugar.

Charlotte aceptó la mano de Brian para ayudarla a salvar el escalón.

—Ha sido un placer, señorita Charlotte.

A continuación se volvió hacia Noah, y por último se detuvo en Hortensia, que se había sentado al fondo de la calesa.

—Confío en que volvamos a vernos pronto.

Hortensia sonrió. Había disfrutado mucho cuando Brian la había sacado a bailar poco después de las campanadas.

Brian se disponía a cerrar la portezuela cuando Scott asomó la cabeza al interior del carruaje.

—Señoritas, Noah, yo también confío en verles pronto.

—Esperaré impaciente —contestó Charlotte, enseñándole los dientes—. Aunque desafortunadamente es muy probable que nuestros caminos no vuelvan a cruzarse en mucho tiempo.

—Entonces lo dejaremos en manos del destino —replicó Scott, dispuesto a decir la última palabra.

El camino de regreso se le quedó corto a Charlotte para criticar la actitud de Scott. Desde luego su primera impresión cuando lo conoció no había sido equivocada. Scott O'Flanagan era el hombre más maleducado y grosero que había tenido ocasión de conocer en toda su vida. Por suerte, no tenía la menor intención de volver a verlo.

29

Una sencilla reseña en el periódico junto a las noticias de economía se encargó de comunicar que habían retirado la demanda contra Raymond O'Flanagan y asociados. Quizá si el principal accionista de la fábrica donde se produjo el accidente no hubiera sido el dueño del periódico, la información hubiese sido algo más extensa.

Después de la cena en casa de los O'Flanagan, Charlotte había preguntado por ahí. Supo lo del incendio. También descubrió que nadie había vuelto a ver a la familia desde entonces. Algunos decían que los habían hecho desaparecer, pero Charlotte se decantaba más por la segunda hipótesis, que afirmaba que tras recibir una importante indemnización toda la familia se había trasladado al oeste.

Releyó otra vez la reseña y pasó a las páginas de sociedad. La recepción que ese fin de semana se celebró en casa del gobernador fue el acontecimiento que había marcado el comienzo del nuevo año. La noticia llenaba toda la página y había tenido lugar apenas unos días después de la cena en casa de los O'Flanagan. Sólo la gente más rica e influyente del estado había tenido acceso a aquel círculo cerrado. Memorizó uno por uno los nombres de los asistentes. Los de Brian, Beatriz y Raymond O'Flanagan, encabezaban la lista de ilustres invitados. Scott no aparecía en ningún lugar. Charlotte imaginó la recepción, el lujo, las ropas, e incluso se vio paseando con su bonito vestido nuevo por los salones de la residencia del gobernador. Iba a leer la parte donde comentaban los incidentes de la velada cuando llamaron a la puerta.

—¡Hortensia!, llaman a la puerta —gritó Charlotte, desde el salón.

Hortensia no dio señales de vida.

—¡Hortensia! —repitió cuando la aldaba golpeó la puerta por segunda vez—. Maldita sea —dijo, dejando el periódico en el suelo y bajando los pies de la mesa—. Está visto que en esta casa todos se

han vuelto sordos.

Al girar el pomo, Charlotte había conseguido encontrar una sonrisa para su rostro.

—Buenos días —saludó Scott, entrando en el recibidor sin esperar a que lo invitasen.

—¿Qué hace aquí?

—Al parecer el destino trabaja rápido —contestó con retintín, recordando las palabras que él le había dicho al despedirse en la fiesta de fin de año—. ¿Es que no va a saludarme?

—No tengo intención —dijo Charlotte, sin soltar la puerta.

En ese instante Hortensia apareció por el pasillo. Había estado trabajando en la cocina y aún llevaba puesto el delantal.

—Buenos días, señorita Hortensia.

—Buenos días, señor O'Flanagan —saludó Hortensia, sin que la presencia de Scott en su casa pareciera sorprenderla.

—Perdone mi aspecto. No le esperábamos tan pronto.

—Lo siento —se disculpó—. Terminé enseguida y pensé que sería bueno empezar cuanto antes.

Charlotte seguía cada palabra de la conversación con cara de pocos amigos. ¿Acaso Hortensia sabía que Scott O'Flanagan iba a ir a su casa aquella tarde? ¿Y por qué no le había dicho nada?

—Confío en no ser inoportuno.

—No, por favor —lo tranquilizó Hortensia—. Noah está en el patio. Ahora mismo le aviso. Por favor, siéntese un momento.

Hortensia lo acompañó hasta el saloncito y le ofreció asiento. El periódico que había estado leyendo Charlotte estaba tirado en el suelo. Hortensia se agachó y lo colocó sobre la mesita.

—Mi hermana le hará compañía —dijo, señalando una de las butacas mientras se quitaba el delantal.

Charlotte aprovechó que Scott le daba la espalda para protestar.

—Tienen una casa muy acogedora —dijo Scott, volviéndose hacia ellas en el preciso momento en que Charlotte gesticulaba.

La mirada de Scott obligó a Charlotte a paralizar los movimientos de su rostro, dándole un aspecto algo ridículo.

—Les dejo entonces.

Hortensia se retiró.

—Bonita fiesta —dijo Scott, leyendo los titulares del periódico, mientras Charlotte se sentaba tan lejos de él como le era posible.

—Según tengo entendido, creo que no le invitaron.

—No. No me gustan esas reuniones.

—¡Ja!

—¿Es que no me cree? —preguntó, mientras contemplaba sus

ojos.

—No creo que sea necesario contestarle —respondió, apartando la mirada de aquellos inquietantes ojos oscuros—. Y si no le importa, me gustaría saber qué hace en mi casa.

Scott se apoyó cómodamente en el respaldo del sofá.

—Me encantaría poder decirle que he venido a verla. Pero me temo que mentiría.

Charlotte frunció el entrecejo de tal forma que parecía a apunto de saltar.

—He venido a visitar a Noah.

—¿A Noah?

Scott asintió.

—¿Qué tiene usted que hacer con mi hermano?

—Se ha ofrecido a ayudarme a preparar el examen de admisión. Y yo he aceptado —intervino oportuno Noah desde el recibidor.

Scott se puso en pie al instante y fue al encuentro de Noah, a quien estrechó la mano con familiaridad.

—Cualquier ayuda me será útil. Sobre todo con las matemáticas.

—¿Usted? Pero si es abogado.

—Cierto —se defendió—, pero debe saber que estuve a punto de graduarme en la Academia Naval, donde su alto nivel de matemáticas es conocido por las universidades más prestigiosas del país.

—De donde tengo entendido que le expulsaron.

—¡Charlotte! —llamó la atención Hortensia, que se había desecho del delantal y se había arreglado el cabello.

—Lo siento —se disculpó Noah.

—No pasa nada —sonrió.

—Si no le importa, puede acompañarme.

—Será un placer, Noah.

—Hasta luego, señoritas —se despidió Scott, siguiendo a Noah escaleras arriba.

Charlotte esperó a que Noah y su acompañante alcanzaran la primera planta para interrogar a Hortensia.

—¿Por qué no me dijiste que iba a venir? —dijo molesta.

—Pensaba hacerlo.

—¿Cuándo? ¿Cuando se hubiese marchado?

—No creo que sea para tanto —se defendió—. Ha sido un gesto muy noble por su parte ofrecerse a ayudar a Noah. Y tengo que decirte que tú has sido muy poco cortés.

—¿Poco cortes, yo? —bufó—. ¡Él es el maleducado! Además no sé en qué va a ayudar a Noah. Recuerda que lo expulsaron de la

academia. No será tan listo.

—Pues ahí te equivocas, Charlotte. Porque Úrsula me dijo que antes de ingresar en la Academia Naval asistió a Harvard. Al parecer, sus primeros exámenes de ciencias fueron brillantes.

—Qué iba a decir esa mojigata. Es su prima. Y por si eso fuera poco, sólo hay que ver cómo lo mira. La pobre infeliz está coladita por él.

—¿Por qué no iba a estarlo? Es un hombre apuesto.

—¡Hortensia! ¿Es que te has vuelto loca?

—Piensa lo que quieras, Charlotte. Pero mientras ayude a Noah, te comportarás correctamente con él. Hay mucho en juego.

—Esta bien —cedió—. Pero no pienso hablar con él.

—Como quieras.

Pasaron cerca de dos horas encerrados en la habitación. Noah aprendía rápido, pero a pesar de que sus conocimientos en otras asignaturas dejarían con la boca abierta a más de uno, su nivel de matemáticas era muy elemental. Su preparación no excedía más allá de los conocimientos de la que había sido su profesora. Una mujer educada para moverse en sociedad, cuya formación en cálculo no había pasado de las operaciones básicas. Noah seguía cada explicación con atención. Absorbía cada palabra y cada gesto. Su velocidad de cálculo era casi tan buena como la de Scott y una vez explicado un ejercicio, era capaz de realizarlo sin la menor duda ni error. Scott estaba impresionado. A las seis en punto, después de dos horas de duro trabajo, decidieron dejarlo. Al día siguiente seguirían.

—Muchas gracias —dijo Noah, acompañándole hasta la puerta.

—Ha sido un placer.

Hortensia también había acudido a despedir a Scott. Charlotte estaba sentada en una butaca del salón, desde donde tras la protección del periódico podía seguir toda la escena.

—Siento habernos entretenido. Lo cierto es que es un verdadero placer enseñar a Noah.

—Siempre ha sido muy listo —dijo Hortensia orgullosa.

Scott lo había pasado bien. Pero había llegado el momento de marcharse. Charlotte levantó las cejas para que sus ojos pudiesen sobrepasar el muro de papel que había levantado frente a ella.

—Señor O'Flanagan —titubeó Hortensia, cuando él se disponía a salir—. Me preguntaba si querría usted cenar con nosotros.

Scott dudó un segundó. La idea le resultaba tentadora, y más aún cuando en su casa le esperaba un trozo de pan duro y una sopa de verduras.

La inesperada invitación de Hortensia sorprendió tanto a Charlotte que se olvidó de sostener el periódico. En un primer momento se quedó con la boca abierta. Después hizo todo tipo de señas a su hermana para que retirara la invitación. Pero ya era tarde.

A pesar de estar de espaldas a ella, un espejo mostró a Scott las muecas desesperadas de Charlotte para que su hermana retirase la invitación.

Scott sonrió.

—Acepto —dijo, viendo en el reflejo cómo Charlotte se rendía —. Y por favor, llámeme Scott.

—Encantada, Scott —respondió Hortensia.

Al sentarse a la mesa, Charlotte miró de refilón las manos de Scott.

No se había quitado los guantes.

—No quisiera faltar a la costumbre —le confió él, sin hacer el menor gesto de desprenderse de ellos.

Charlotte respondió con una mueca de suficiencia. Lo cierto es que la obsesión de aquel hombre por cubrirse las manos empezaba a picar su curiosidad. Comenzaba a dudar incluso que bajo aquella cubierta negra y gastada que parecía haber tomado el lugar de su piel, Scott tuviese manos.

Ni una sola vez Charlotte entró en la conversación. Estuvo en silencio, y cuando Hortensia se dirigía a ella o intentaba introducirla en la charla sacándola de su mutismo, Charlotte se encargaba de excluirse, respondiendo con un cortante monosílabo. A pesar de saberse la causa de la actitud de Charlotte, Scott no parecía afectado. Estuvo inusualmente educado. Comió y charló sin parar e incluso consiguió arrancar alguna que otra sonrisa a Noah.

—Ha sido la velada más encantadora a la que he asistido nunca —elogió Scott cuando llegó la hora de marcharse—. Todo estuvo delicioso. Es una cocinera maravillosa.

—Gracias, Scott —dijo Hortensia, decantándose por fin por un trato más familiar.

—Hasta mañana, entonces.

Charlotte se levantó de la mesa y llevó su plato a la cocina para evitar despedirse.

—Lo siento —se disculpó Hortensia por la actitud de Charlotte —. A veces puede ser muy testaruda.

—No se preocupe, Hortensia.

—Le acompaño, señor O'Flanagan —dijo Noah, que todavía no se había decidido a dirigirse a él por su nombre de pila.

En cuanto Charlotte escuchó el chasquido de la puerta al cerrarse, salió de la cocina.

—¡Pensé que no se iba a marchar nunca! —explotó tras una larga hora de silencio.

Hortensia ignoró el comentario de su hermana y se dispuso a recoger la mesa.

Charlotte se dejó caer de nuevo en su silla, apoyó los codos en la mesa y puso el mentón sobre las palmas de sus manos.

—Un grosero —repitió Charlotte, sacudiendo la cabeza, mientras Noah se dirigía a la cocina con la pila de platos sucios que Hortensia había recogido.

—Vaya maleante —refunfuñó.

Al regresar al salón, Noah comprobó que tan sólo quedaba una jarra de agua por recoger.

—Yo me encargo del resto —le dijo Hortensia—. Puedes irte a dormir.

—Pero aún hay que fregar, Hortensia…

—No te preocupes, Noah. Hoy fregará Charlotte.

Noah se volvió entonces hacia Charlotte.

A pesar de que le hubiese encantado negarse, Charlotte levantó los hombros.

—Fregaré yo —asintió resignada, con un profundo suspiro.

—Hasta mañana, entonces.

—Buenas noches, Noah —se despidieron las dos.

Cuando Noah se hubo marchado, Charlotte miró a su hermana con actitud misteriosa y se acercó a ella hasta quedar recostada sobre la mesa.

—No quiero que vuelvas a invitar a ese hombre, Hortensia.

Una vez Charlotte hubo dicho lo que quería, Hortensia miró directamente a su hermana. Charlotte parecía contenta, como si nada de lo sucedido durante la cena tuviese la menor importancia.

—Pues me temo que por una vez no se cumplirán tus deseos —negó sin perder la calma—, porque mañana volveré a invitar a Scott a cenar con nosotros.

—¡No! —protestó.

—¡Ya vale, Charlotte! —explotó Hortensia, golpeando la jarra contra la mesa. La repentina explosión de Hortensia dejó a Charlotte con la boca abierta—. ¡Ya es suficiente con lo que tú quieres o dejas de querer! Esta noche has sido muy descortés.

—¿Yo? —protestó, poniendo la mano sobre el pecho—. Es él quien ni siquiera es capaz de quitarse los guantes en la mesa. ¿Por qué le has invitado?

—Porque es lo menos que podemos hacer por él tras ofrecerse a enseñar a Noah. No olvides que es a Noah a quien ha venido a ver. Es Noah quien le ha invitado. Y por respeto hacia él deberías haber sido más educada con Scott. Además, su prima Úrsula me comentó en la fiesta que apenas tiene dinero, y que si no fuera por su madre que se encarga personalmente de enviarle comida, no tendría ni para comer.

—¡Ya está esa Úrsula otra vez! Si no gana dinero es porque no quiere.

—Como quieras, Charlotte. Pero recuerda. Mañana invitaré a cenar a Scott otra vez. Y tú serás amable con él.

—Está bien —cedió Charlotte, enfadada, haciendo un puchero —. Haré lo que pueda.

—Me basta con eso.

—Me voy a la cama.

Hortensia vio cómo Charlotte subía la escalera. Después entró en la cocina y contempló la pila de platos sobre la fregadera.

Al final los tendría que fregar ella.

A las cuatro en punto del día siguiente, Charlotte acudía a abrir la puerta.

—Buenos días, Charlotte.

—Señor O'Flanagan —saludó, dejándole paso—. Veo que se siente usted muy feliz.

—Lo estoy.

—Noah lo espera en su habitación —le informó—. Creo que ya conoce el camino. Por cierto —apuntó cuando Scott acometía de una zancada el segundo de los peldaños—, mi hermana quería saber si esta tarde cenará con nosotros.

—Dígale a su hermana que será un verdadero placer.

—Se lo diré.

—Hasta la cena entonces —se despidió, echando a correr escaleras arriba.

A las seis en punto Noah y Scott se reunieron con Hortensia y Charlotte en el comedor. Charlotte no tenía intenciones de volver a pelearse con su hermana por culpa de Scott, pero sobre todo, una segunda velada en silencio era una penitencia demasiado dura, y más cuando la conversación giraba en torno a un cotilleo social. Scott estaba poniéndolos al día del último escándalo de la alta sociedad. Un joven heredero se había fugado con una de sus criadas.

—¡Es increíble! —exclamó Hortensia cuando escuchó toda la historia.

—Lo es. Y más cuando sus padres lo han desheredado —puntualizó Scott.

—Debía de quererla mucho —suspiró Hortensia.

—Tonterías —dijo Charlotte—. Me gustaría saber cuánto les durará el amor cuando se queden sin dinero.

—¿Cómo puedes ser tan insensible?

—No soy insensible, Hortensia. Es la verdad.

—¿Así que usted sólo se casaría con un hombre rico? —se interesó Scott.

—No le quepa la menor duda.

—¡Charlotte!

—¿No quiere la verdad? Pues ésa es la verdad. Si una mujer no tiene más remedio que casarse, al menos que sea con un hombre de dinero. El amor no existe. ¿No estás de acuerdo, Noah?

—No lo sé. Nunca me he enamorado.

—¿Lo veis?

—Pero eso no quiere decir que no crea en el amor —aclaró Noah —. Sólo considero que en algunos casos las diferencias son demasiado grandes. A la larga hay uniones que no pueden acabar bien.

—No estoy de acuerdo —se rebeló Scott—. Creo que el amor es capaz de superar todas las barreras.

—Me temo que es un romántico, Scott —dijo Hortensia, consciente de que ella no hubiese tenido valor para hacer algo semejante—. Yo no sería capaz.

Hortensia estaba sorprendida de lo fácil que le resultaba hablar con Scott. Nunca antes hubiese pensado en dar su opinión en público sobre un tema parecido. Y mucho menos ante un hombre que ni siquiera era miembro de su familia.

—Una pena, mi querida Hortensia.

—¿Y usted, Charlotte?

—¿Yo?

—Sí, usted —insistió Scott, mirando a Charlotte a los ojos.

—Nunca haría algo así —negó, mientras su corazón se aceleraba gritando lo contrario, y sabiendo que aunque Richard hubiese sido el más pobre de los hombres habría desafiado al mundo por él.

—Cierto —dijo Scott sin apartar la mirada—. Olvidaba que el amor no existe para usted.

—Así es —respondió son seguridad.

—Entonces, ¿entiendo que nunca se ha enamorado?

—No —dijo muy seria, sin poder evitar que la amargura tiñera su voz al recordar el rostro de Richard.

—Lástima. —Scott no fue inmune a la tristeza reflejada en los ojos de Charlotte, ni a la mirada de preocupación en el rostro de Hortensia—. Yo, sin embargo, me he enamorado en muchas ocasiones —confesó.

—¿En muchas ocasiones? —repitió Hortensia, que fue incapaz de reprimir su curiosidad.

—¡Cientos de veces! —exclamó risueño, elevando la voz al cielo —. Y siempre de mujeres guapas y… ricas.

Noah y Hortensia rieron.

—No hay duda, Scott. Es un romántico —sentenció Hortensia.

—El romanticismo es la esperanza de los pobres —confesó divertido.

Cuando llegó la hora de despedirse, Charlotte también acompañó a Scott hasta el recibidor, y aunque antes de confesarlo hubiese preferido que le arrancaran las uñas una a una, tuvo que reconocer que se lo había pasado bien.

La escena se repitió al día siguiente. De lunes a sábado, Scott acudía puntual a sus clases con Noah, y después se quedaba invariablemente a cenar. Pronto Scott se convirtió en un miembro más de la familia.

30

Hasta mediados de mayo la primavera no consiguió vencer al invierno. El primer domingo que el sol permitió guardar las gruesas capas para el frío en el fondo del armario, Hortensia y Charlotte estrenaron unos bonitos vestidos y sustituyeron sus sombreros de fieltro por unas vistosas pamelas. Tras asistir a la iglesia, Noah regresó a casa para estudiar, mientras Charlotte y Hortensia se dispusieron a disfrutar del buen tiempo.

El parque estaba precioso. Los árboles habían recuperado todas las hojas y las flores despertaban del largo letargo invernal. Los jardines brillaban repletos de color. Charlotte y su hermana pasearon por los senderos entre un nutrido grupo de hombres y mujeres que habían tenido la misma idea. Todo parecía tan diferente. La gente caminaba despacio, en lugar de acelerar el paso para combatir el frío. Las mujeres lucían hermosos vestidos de gasas y telas finas. Hortensia y Charlotte abandonaron el camino que parecía haber congregado a todos los habitantes de Boston, y se sentaron sobre la hierba a orillas del estanque. Una pareja de cisnes nadaba sobre las aguas azules. Mientras, un grupo de niños se afanaba en alimentarlos lanzándoles trozos de pan, que los animales hacían desaparecer tan pronto como llegaban a la superficie.

—Es precioso —exclamó Hortensia, dejando que los rayos de sol acariciaran su rostro.

—Pensé que nunca más iba a volver a sentir el calor del sol sobre mi piel —asintió Charlotte, desprendiéndose de su pamela.

—¿Sabes, Charlotte? No tenía ni idea de lo mucho que echaba de menos el sol.

Uno de los cisnes batió las alas, provocando las risas de los niños.

—Yo también —asintió Charlotte, tumbándose sobre la hierba con los ojos cerrados.

El tiempo pareció detenerse. Las voces de la gente se suavizaron hasta que sólo se oía el canto de los pájaros. Ensimismadas en sus propios pensamientos, Charlotte y Hortensia permanecieron en

silencio.

No había pasado mucho tiempo, o tal vez sí. Pero ninguna de las dos sintió los pasos amortiguados por el césped. Charlotte sólo notó que una sombra se interponía entre ella y el sol.

—¡Scott! —exclamó sorprendida al abrir los ojos, incorporándose.

—Buenos días —saludó, retirándose lo justo para que el sol volviese a alcanzar a Charlotte y pudieran ver a Brian, que aún no se había animado a abandonar el sendero—. Hemos venido con Peter al parque. Quería dar de comer a los cisnes.

Scott señaló hacia uno de los niños que se habían acercado a la orilla. Uno de los más pequeños acababa de lanzar un gran trozo de pan al agua.

—¿Así que ese niño tan guapo es el pequeño Peter?

Las palabras de Charlotte dieron pie a Brian para invadir el césped y acercarse hasta las dos jóvenes.

—Señoritas Lacroix —saludó, llevándose educadamente la mano al sombrero—. Es un placer volver a verlas.

—También lo es para nosotras —respondió Hortensia.

—Dábamos un paseo —continuó Brian—. ¿Les apetece acompañarnos? —les propuso, tendiendo la mano a Hortensia.

—Señorita… —repitió el gesto Scott con aire cómico, ofreciendo la suya a Charlotte.

Después de haber pasado el invierno dando clases a Noah y quedándose a cenar con ellas, Scott había dejado de ser un desconocido para convertirse en un buen amigo.

—Será un placer —respondió ella, poniéndose en pie de un brinco.

No se colocó la pamela y tampoco abrió la sombrilla, como hizo Hortensia. Se apoyó directamente en el brazo que le ofrecía Scott y empezó a caminar.

Hortensia y Brian abrían el paseo. Charlotte y Scott los seguían a muy pocos pasos de distancia. Se acercaron hasta el grupo de niños y recogieron a Peter.

—Tío, los cisnes se han comido todo lo que les he traído —explicó, volcando la bolsa de papel para mostrarle que estaba vacía.

—Ya veo, Peter. Debían de tener mucha hambre después de un invierno tan duro. Menos mal que te has acordado de ellos.

—Otros niños también han venido —le dijo a su tío, tratando de quitarse algo de mérito.

—Es cierto, Peter. Todos habéis hecho muy bien.

Las palabras de Scott provocaron una sonrisa en su sobrino.

—Veo que tienes mano con los niños —le susurró Charlotte, viendo cómo Peter caminaba feliz al lado de su tío.

—Es porque aún sigo siendo un poco niño.

El sendero los llevó hasta el puente que cruzaba el estanque. Desde el centro la vista era preciosa. Hortensia y Brian siguieron caminando, pero Charlotte se detuvo. Miró al horizonte y respiró hondo.

—Preciosa vista.

Charlotte estaba frente a Scott. El sol había dado un ligero tono a sus mejillas. Tras tumbarse sobre el césped, su cabello estaba ligeramente desordenado y la luz había vuelto aún más verdes sus ojos.

—Preciosa —asintió Scott, sin dejar de mirarla.

Charlotte le sonrió y él le devolvió la sonrisa.

Dos mujeres de mediana edad pasaron junto a Brian y Hortensia. Al principio siguieron su camino, pero después se detuvieron y miraron hacia atrás. Acababan de reconocer a Brian. Cuando al cabo de unos segundos Scott y Charlotte se cruzaron con ellas agarrados del brazo, las mujeres los miraron de arriba abajo.

—Buenos días —saludó Scott.

Ellas respondieron con un elegante movimiento de la sombrilla y siguieron su camino.

—Parece que estáis despertando la curiosidad —susurró Scott al oído de Charlotte.

No habían dado ni cuatro pasos cuando otras dos jóvenes pasaron junto a ellos.

—Buenos días, Scott —saludó la más alta, estudiando con maestría a la mujer de ojos verdes que lo acompañaba.

—Buenos días, Susan. Lauren.

Charlotte tampoco perdió detalle. Serían uno o dos años menores que ella, que le faltaba poco más de un mes para cumplir los veintitrés. Bastaba observar sus movimientos y sus ropas para saber que pertenecían a la alta sociedad, y desde luego eran guapas. Además, las dos eran rubias. Al fijarse en la forma de su rostro, Charlotte pensó que eran hermanas, y la mirada hostil que la joven llamada Lauren le propinó, revelaba que Scott le gustaba.

—Veo que eres un verdadero rompecorazones —le dijo Charlotte, cuando volvieron a encontrarse a solas—. ¡Dios mío! Es que conoces a todas las mujeres de Boston.

—Sólo a las jóvenes casaderas de buena familia.

Charlotte sonrió. Al mediodía se despidieron y Brian las invitó a un picnic que se celebraría el próximo fin de semana en su casa.

Sería una buena oportunidad para conocer a otras personas de la alta sociedad de Boston.

La invitación fue extensiva a Noah. Pero sus hermanas lo disculparon, alegando que tenía que estudiar. Sin embargo, el verdadero motivo era que Noah no se sentiría cómodo entre los invitados de Brian, y los invitados de Brian tampoco lo estarían con Noah.

Antes de que se dieran cuenta, llegó el día del examen de Noah. Charlotte, Hortensia, Scott y Brian lo acompañaron hasta la facultad.

—Lo harás bien —lo animó Scott, poco antes de que lo llamaran al interior del aula.

—No sé, Scott. Creo que no me acuerdo de nada.

—Confía en mí. Todo saldrá bien, Noah.

Brian le estrechó la mano, Hortensia le dio un beso en la mejilla y Charlotte, que estaba algo más alejada, le sonrió.

—¿De verdad crees que aprobará? —interrogó Charlotte a Scott cuando Noah desapareció tras la puerta y los cuatro se quedaron en el corredor.

—No tengo la menor duda.

Parecía muy preocupada.

—Tiene que aprobar, Scott. Lo necesita.

—Todo saldrá bien.

—¿Me lo prometes? —dijo, mirándolo a los ojos.

El contacto de aquellos ojos sobre los suyos le quemó el alma. Ella confiaba en él. Le hubiese prometido cualquier cosa.

—Te lo prometo, Charlotte.

Ella sonrió.

Dos horas después, Noah volvía a encontrarse con sus hermanas. Charlotte se dirigió hacia él a punto de sufrir un ataque de nervios.

—¿Cómo ha ido?

—Creo que bien.

—¿Crees que bien? ¿Es que no te han dicho nada?

Noah negó, cabizbajo.

—Hay que esperar.

—¿Cuánto tiempo?

Noah se encogió de hombros.

—No sé si podré aguantar —confesó Charlotte.

—No te preocupes, Noah —trató de tranquilizarlo Hortensia—. Ya verás como todo ha ido bien.

Noah intentó sonreír, pero no pudo. Estaba preocupado. Tanto esfuerzo. Tantas ilusiones. Todo dependía de aquellos cinco

hombres que lo habían interrogado sin descanso. Su destino volvía a estar en manos de los blancos. Noah repasó en su mente las respuestas. Habían sido claras y concisas, no había dudado, y estaba convencido de que todas habían sido correctas. Pero no estaba seguro. Durante el examen había observado las caras de los profesores. Ninguno le había sonreído. Sus semblantes eran serios y críticos.

—Pase lo que pase, quiero daros las gracias.

Charlotte fue a protestar, pero Noah no la dejó.

—Necesito daros las gracias. A vosotras, mis queridas hermanas, por darme esta oportunidad, y a ti, mi buen amigo —comentó, estrechando la mano de Scott—, por confiar en mí. Gracias a todos, a los cuatro.

Media hora después, un ujier invitó a pasar a Noah al aula. Charlotte insistió en acompañarlo, pero tuvo que resignarse y esperar en el pasillo.

—Creo que me va a dar un ataque —confesó a los cinco minutos —. No entiendo cómo se puede tardar tanto tiempo en dar el resultado.

—No te tortures —le dijo Scott, que a pesar de su aparente calma estaba tan nervioso como Charlotte—. Sólo nos queda esperar.

Tras otros cinco minutos que parecieron una eternidad, Noah regresó al corredor.

—¿Y? —preguntó Charlotte, a punto del colapso.

Noah tenía lágrimas en los ojos.

Charlotte sintió que se le helaba el alma.

—¡… He aprobado! —anunció, sin dar crédito a sus palabras—. ¡Voy a ser médico!

—¡Lo sabía! —gritó Charlotte, colgándose de su cuello.

Hortensia corrió a fundirse en un abrazo con sus hermanos.

—¡Felicidades!

Tras el examen, Brian insistió en invitarlos a cenar. Noah le agradeció la invitación y se excusó alegando que estaba cansado. Durante las últimas horas había sufrido demasiadas emociones. Necesitaba estar a solas. Brian no insistió. Sin embargo, Noah convenció a sus hermanas para que aceptasen, él se quedaría en casa. Las tensiones y las noches de estudio de los últimos días lo habían agotado. Sólo deseaba acostarse y dormir hasta el día siguiente.

Sin embargo, la felicidad de Noah no era completa. En Nueva Fortuna hubiera corrido a darle la noticia al ama Katherine. Ella era

en realidad la que había hecho posible aquel milagro. Y estaba su madre. Su madre, recordó Noah, sintiéndose culpable por sentirse tan feliz. Su madre seguía en el Sur. Lejos de él. Preocupada por él. Condenada a la esclavitud, mientras él disfrutaba de un mundo lleno de posibilidades. Pero eso cambiaría, se prometió. Porque tan pronto como fuera posible, regresaría a buscarla.

Después de cenar en el mejor restaurante de la ciudad, Brian y Scott acompañaron a Charlotte y a Hortensia a casa. Como siempre, el coche de Brian se detuvo en la intersección de la calle principal con Arch Street, y recorrieron a pie el último tramo hasta la casa.

—Dónde se habrán metido —dijo Charlotte, mirando por la ventana.

Brian y Hortensia se habían detenido delante de la puerta.

—Hacen una buena pareja —dijo Scott, que se había puesto a espiar junto a Charlotte.

—¿Quiénes?

—Mi hermano y Hortensia. Creo que serán muy felices juntos.

Charlotte se puso seria.

—¿Qué quieres decir?

—Está claro. Mi hermano pretende casarse con Hortensia.

Charlotte sintió que le acababan de dar una bofetada. Lo cierto es que no se explicaba cómo no se había dado cuenta antes. Hasta un ciego habría visto las señales. La sonrisa de Hortensia cuando veía a Brian. Las invitaciones constantes de él. Scott tenía razón.

—¿Crees que ella aceptará?

—No lo creo —dijo muy seria, retirándose de la ventana.

Scott la siguió.

—Tienes que dejarla marchar, Charlotte.

—No sé de qué hablas.

—Sí. Sí lo sabes. Ella quiere aceptar. Lo sabes. Pero Hortensia te idolatra. No aceptará si piensa que con ello te va a defraudar.

—No sabes lo que dices.

En ese momento Hortensia entró en la casa a todo correr y se abrazó desesperadamente a Charlotte. Estaba llorando.

Scott se despidió deprisa y fue al encuentro de su hermano, que se había quedado plantado en medio de la calle.

Charlotte la abrazó con fuerza.

—¿Qué te pasa?

—Me ha pedido que me case con él —confesó entre sollozos.

Charlotte sintió cómo su corazón se aceleraba.

—¿Lo has aceptado?

Hortensia no respondió.

—¿Entonces…? —insistió Charlotte.

—¡Lo he rechazado! —dijo rompiendo a llorar desconsoladamente.

—Tranquilízate, Hortensia. Puede que haya sido violento, pero no te quedaba otro remedio si no lo quieres.

—Pero yo lo quiero —confesó entre hipos.

Aquellas palabras se hundieron en el corazón de Charlotte como un cuchillo afilado.

—Si lo quieres, ¿por qué le has dicho que no?

Pero Charlotte sabía la respuesta. Ella era parte del problema. Scott tenía razón. Si Hortensia se casaba, todo sería diferente. Hortensia necesitaba saber que ella la apoyaba.

—Yo estaré bien —mintió—. Además, no vives tan lejos. Iré a visitaros.

—No es sólo por eso.

—¿Por qué?

—Lo sabes. Si él llega a descubrir quién soy… —consiguió decir, antes de que la congoja la dejara sin voz.

Charlotte contempló a su hermana. Ahora comprendía su angustia y su miedo.

—No lo pienses. No importa quién fuera tu madre. Tú eres Hortensia. La persona más dulce y buena que conozco. Sé feliz, hermanita. Coge lo que la vida te ofrece. Sé egoísta por una vez en tu vida. Acéptalo y cásate con él. Brian no tiene necesidad de saber nada más. No quiere saberlo.

Charlotte le acababa de hablar desde el fondo de su corazón.

Hortensia negó. Ella también se había repetido lo mismo una y otra vez.

—No puedo, Charlotte. No puedo mentirle. Tengo que decírselo.

—¡No! No tienes que hacer nada. No le debes nada, Hortensia. ¿Para qué hacerlo? ¿De qué le servirá saberlo?

—No lo sé —confesó, mirando a su hermana a los ojos—. Pero no podría empezar una vida con él bajo el peso de este secreto. No podría soportarlo. No quiero volver a sentir el miedo de ser descubierta en cualquier momento. Prefiero su desprecio ahora que una vida de angustia temiendo el momento en que conozca la verdad.

—No lo hagas, Hortensia —le rogó Charlotte, cogiendo la mano de su hermana con fuerza—. Cásate con él. Serás feliz. Nadie puede descubrirlo.

—Tengo que hacerlo, Charlotte, y tú lo sabes. Estoy cansada, Charlotte. Cansada de mentir. Cansada de tener miedo y estar

asustada temiendo que cualquier desconocido pueda revelar mi secreto. Si me casara con él y un día descubriera la verdad… no podría soportar su mirada.

Charlotte sabía de qué miradas hablaba su hermana. Las había sentido cuando la gente creía que era una esclava.

—Si eso llegara a suceder, diremos que soy yo la hija de Molly. Nadie puede demostrar lo contrario.

—Esta vez no, Charlotte. No volveré a dejar que te sacrifiques por mí. Entiéndelo —le suplicó—. Necesito decírselo. De alguna forma se lo debo a mi verdadera madre. Por una vez en tu vida permíteme afrontar el destino. He de ser valiente.

Charlotte trató de convencer a su hermana. Pero no hubo forma. Estaba decidida y, aunque en muy raras ocasiones, Hortensia podía ser increíblemente tozuda cuando se lo proponía. Al día siguiente, Hortensia alquiló un coche y fue a casa de Brian. Charlotte insistió en acompañarla pero fue inútil. Hortensia había tomado una decisión.

Hortensia fue conducida a un saloncito cercano al recibidor. No había decidido cómo empezar a hablar cuando Brian cruzó la puerta y lo hizo por ella.

—Buenos días, Hortensia —saludó él, sin dejar de mirarla.

—Hola, Brian.

—Siéntate, por favor.

Hortensia se sentó y esperó a que Brian hiciera lo mismo.

—Me alegra volver a verte. Después de lo de anoche no pensé que volverías. Yo —tartamudeó—, lo siento. No quise ofenderte. Pensé… lo siento.

—Pensaste bien, Brian.

Los oscuros ojos de Brian parecieron volverse un poco más claros.

—¿Entonces? —preguntó, sin comprender la negativa de Hortensia a convertirse en su esposa.

—No puedo aceptar. No porque no lo desee, sino porque una vez que sepas la verdad no creo que quieras volver a pedirme que sea tu esposa.

Brian fue a negarlo, pero Hortensia se adelantó.

—No. Por favor, déjame hablar. He tenido que hacer acopio de todo mi valor para venir aquí.

Él escuchó la súplica de Hortensia y permaneció en silencio.

Aunque su corazón estaba a punto de estallar, su voz se mantuvo firme.

—Mi verdadero apellido no es Lacroix, sino Parrish.

Esta primera revelación no pareció causar ningún efecto en Brian, que seguía atento a cada palabra pronunciada por Hortensia.

—Y aunque parte de mi familia es realmente originaria de Nueva Orleáns, yo nací y me crié en Virginia, donde mi padre es dueño de una de las plantaciones más grandes del estado.

—Hortensia, no sé que importancia puede…

—Te importará —dijo, obligando a Brian a guardar silencio de nuevo—. Lacroix era el apellido de mi madre. Katherine Lacroix fue una mujer extraordinaria. Ella tenía una esclava. Habían permanecido juntas desde que las dos eran unas niñas. La quería como a una hermana. Se llamaba Molly. Era muy hermosa. Su piel era de color marfileño y tenía los ojos verdes. Tan sólo unas pocas gotas de su sangre eran negras. Pero en el Sur una sola gota basta para convertirte en esclava. La belleza es una dura carga para una esclava —reflexionó Hortensia en voz alta—. Un día mi padre la forzó. Quién sabe por qué. Tal vez porque le resultaba atractiva, o quizá porque sus rasgos excesivamente claros le resultaban ofensivos.

Hortensia miró a Brian. Él no hizo ningún gesto. Sólo permaneció en silencio, permitiendo que Hortensia terminara su relato.

—Mi padre nunca volvió a tocar a la esclava, pero ya era tarde. Molly estaba embarazada. Pero el destino fue caprichoso, porque quiso que ama y esclava esperaran un hijo de mi padre a la vez. Lo más increíble de todo fue que las dos mujeres dieron a luz la misma noche, en la misma habitación. El parto fue duro y la esclava, tras traer al mundo a su bebé, murió.

—… Noah.

—No, Brian. Aquella esclava dio a luz a una niña. Una niña de piel blanca.

Brian recordó entonces el rostro de Charlotte. Sus ojos verdes y su carácter rebelde.

—Entonces, Charlotte…

—No. No es Charlotte. Aquel bebé de piel blanca soy yo. Yo soy la hija de aquella esclava.

Ya estaba dicho. No había vuelta atrás. Hortensia había sido capaz de hacer frente al mayor de sus temores.

—Ahora ya sabes la verdad. Sabes por qué no acepté tu oferta. No puedo mentirte. Porque aunque mi piel y mi educación digan lo contrario, no puedo ocultarte la verdad. Soy una esclava, Brian. Katherine trató de ocultárselo a mi padre durante toda la vida. Pero él lo descubrió. Por eso huimos. Tarde o temprano tú también lo

descubrirías.

Hortensia esperó unos segundos, pero no obtuvo ninguna respuesta. Brian no acertaba a decir nada.

—Comprendo —dijo Hortensia, levantándose de su asiento—. Adiós, Brian.

Charlotte no había dejado de moverse arriba y abajo. Parecía un gato enjaulado. Noah sentía que algo no iba bien. Hortensia se había marchado temprano y aún no había regresado. Noah no preguntó. Fuera lo que fuese lo que estaba pasando, era algo entre Charlotte y Hortensia. En el transcurso del tiempo había aprendido a respetar y entender el mundo privado de sus hermanas.

—¡Por fin! —exclamó Charlotte, en cuanto Hortensia abrió la puerta—. Si llegas a tardar un minuto más hubiese ido a buscarte.

Hortensia cerró la puerta tras de sí y se quitó el sombrero.

—¿Se lo has dicho? —interrogó Charlotte, a quien la parsimonia de Hortensia empezaba a sacarla de quicio.

Hortensia asintió. Parecía serena.

—¿Y qué ha dicho?

—Nada.

—¿Qué quieres decir con nada?

—Eso, nada. Brian se quedó quieto. En silencio. Ni tan siquiera se atrevió a mirarme a la cara cuando me marché.

—Lo siento mucho, Hortensia —la abrazó—. No te preocupes. Encontrarás un hombre bueno que te quiera. Yo no pienso dejarte nunca.

—Lo sé, hermanita. Pero he comprendido que nadie me querrá jamás.

—No digas eso.

—Es la verdad. De nada sirve negarlo. Las dos lo sabemos.

Charlotte hubiese deseado decir algo, pero no supo qué decir. En el fondo sabía que su hermana tenía razón.

Noah había oído lo suficiente para saber lo que estaba pasando. Así que Brian O'Flanagan había pedido la mano de Hortensia y ella había ido a confesarle la verdad sobre sus orígenes. Por eso Charlotte había estado frenética durante toda la mañana.

—Lo siento, Hortensia —le dijo Noah a su hermana—. Pensé que era un hombre más valiente.

—No lo culpes. Las cosas son como son y no se pueden cambiar.

No había terminado de hablar cuando llamaron a la puerta con insistencia.

Charlotte miró por la ventana.

—¡Es Brian!

—¡No quiero verlo!

Brian volvió a llamar.

—¡Hortensia! ¡Abre, por favor! ¡Tengo que hablar contigo! —gritó desde el exterior.

Hortensia se movió nerviosa.

Si Brian seguía gritando, todo el vecindario terminaría enterándose de lo sucedido.

Noah abrió la puerta lo suficiente para que Brian se calmara.

—Necesito hablar con ella —dijo Brian a Noah, que estaba clavado frente a él, impidiéndole la entrada en la casa.

—Lo siento, Brian. De verdad. Pero no desea verte —dijo Noah, inconmovible.

—¡Por favor! ¡Necesito hablar con ella!

Noah no se movió. Por muy bien que le cayera Brian, él debía proteger a su hermana.

—¡Por favor! —insistió, sin darse por vencido.

—Está bien —cedió Hortensia—. Deja que entre, Noah.

En cuanto Noah dejó libre el camino, Brian irrumpió en la casa. Parecía desesperado.

Noah se colocó rápidamente junto a su hermana.

—Por favor, necesito hablar contigo —rogó Brian.

—No hay nada más que decir —dijo tranquila—. ¿Para qué hacernos más daño, Brian?

—¡No entiendes! ¡Yo te quiero, Hortensia! Te quiero más que nunca. Te pido perdón.

—¿Tú?

—¡Sí, yo! Te pido perdón por permitir que te marcharas de mi lado de esa forma. No debí reaccionar así. Es cierto. Me asusté. Pero tú sigues siendo la misma. Por favor, perdóname. No soportaría perderte. Por favor —suplicó, mirándola a los ojos y tomando la mano de Hortensia entre las suyas—. Cásate conmigo.

Charlotte y Noah aguantaron la respiración.

En el rostro de Hortensia se dibujó la sonrisa más bonita que Brian había visto jamás.

—Acepto —dijo Hortensia, echándose a llorar, y dejando que Brian la tomara entre sus brazos.

A su lado, Charlotte y Noah tampoco pudieron reprimir la emoción, ni que unas lágrimas se les escaparan.

El compromiso entre Brian y Hortensia hizo muy feliz a Charlotte. De hecho, ella misma se sorprendió. Porque en el fondo sabía que todo lo que Scott le había dicho era cierto. Aunque no lo quería reconocer, no deseaba que Hortensia se casara. No quería

cambios en su mundo. Le gustaba tal y como estaba. Necesitaba a Hortensia. Charlotte siempre se había ocupado de ella y ella de Charlotte. Brian era un extraño que había aparecido de la nada y pretendía arrancarle a su ser más querido. Se había sentido celosa. Le había dolido que Hortensia quisiera abandonarlos por él. Scott lo había comprendido antes que ella y se lo había dicho, pero ella no había querido escucharlo. Ahora lo entendía. Pero todo había cambiado. La tristeza en el rostro de su hermana cuando le confesó que nunca podría casarse, y descubrir la angustia que le causaba saber quién era, le habían enseñado a Charlotte la intensidad de su sufrimiento. Porque Hortensia también había amado, recordó, pensando en Robert. Merecía ser feliz. Y si para ello Charlotte tenía que aceptar su matrimonio con Brian, lo haría. Al fin y al cabo, era un hombre bueno que quería a su hermana y le podía ofrecer la vida que ella se merecía.

—Noah, ¿cuándo vendrá Scott? —preguntó Charlotte, impaciente, viendo que faltaban cinco minutos para las seis.

—Scott no vendrá hoy.

—¿Por qué?

—Ya no tiene motivo. Hemos terminado las clases.

La expresión en el rostro de Charlotte dejó patente que ni siquiera se le había ocurrido la posibilidad de que Scott dejara de ir a cenar con ellas una vez que Noah pasara el examen de admisión.

—Yo creí que al menos seguiría viniendo a cenar.

—El otro día, después de darle la última clase a Noah me lo comunicó —explicó Hortensia, que era la misma imagen de la felicidad—. Pero con todo lo sucedido, se me olvidó comentártelo. Por más que insistí no hubo manera. Me dijo que no le parecía correcto seguir abusando de nuestra hospitalidad. Al fin conseguí que al menos aceptara venir un día a la semana. Me prometió que vendría el viernes.

—¡El viernes! ¡Pero hoy es martes! —protestó Charlotte—. Y yo tengo que hablar con él. Quiero que sepa que estaba equivocado.

—Se lo dirás el viernes.

—¡El viernes es muy tarde! —se negó a aceptar Charlotte, ante la idea de que Scott pudiera pensar durante tanto tiempo que ella era una egoísta—. ¡Tengo que hablar con él hoy!

—Pues tendrás que esperar —le dijo Hortensia, un poco cansada por la tozudez de Charlotte.

Entonces, sin previo aviso, Charlotte cogió un sombrero del perchero y se dirigió a la puerta.

—¿Qué haces?

—Voy a buscarlo.

—¿Adónde?

—A su casa.

—No sabes dónde vive.

—Yo no. Pero Noah sí —dijo, clavando sus ojos sobre su hermano—. Sé que ha estado en su casa más de una vez.

Hortensia se volvió hacia Noah de inmediato.

—No se lo digas —le ordenó Hortensia.

Noah miró a Hortensia y luego a Charlotte. Había intentado permanecer al margen, pero ahora debía tomar partido.

—En el número seis de la calle Salem, cerca de la iglesia de Old North. Al comienzo de la calle hay una cacharrería.

—¡Noah! —le gritó Hortensia, desilusionada.

Charlotte sonrió a su hermano.

—¡Pero no puedes presentarte en su casa! —intentó hacerse oír Hortensia.

—¿Por qué?

—No es correcto, y lo sabes.

—¡Tonterías! Scott es un amigo.

Hortensia no dijo nada. Tal vez para Charlotte Scott sólo era un amigo, pero cualquiera que viese la manera en que Scott miraba a Charlotte sabía que él no compartía ese sentimiento. Hortensia buscó ayuda en Noah.

—Noah, dile algo, por favor.

—No tengo nada que decir, Hortensia. Charlotte es una mujer adulta. Sabe lo que hace. Además, los dos sabemos que da igual lo que yo diga. De todas formas hará lo que quiera.

—Me voy —dijo, aprovechando que Hortensia buscaba el apoyo de Noah.

—… Espera.

Pero Charlotte ya se había marchado.

—Desde luego, Noah, no se puede decir que hayas sido una gran ayuda.

Noah miró a Hortensia. Estaba serio.

—Tal vez sea bueno, Hortensia. Creo que ha llegado el momento de que hablen.

—Yo no lo creo. Las heridas de Charlotte aún no han cicatrizado.

Charlotte descendió por la calle a toda prisa y paró el primer coche de alquiler que pasó a su lado. Tras un recorrido de veinte minutos que la llevó hasta la zona más elevada de Copps Hill, el coche se detuvo.

—Hemos llegado, señorita.

—Gracias.

Charlotte le dio un par de monedas, en las que iba incluida una buena propina, y se apeó.

Una vez allí preguntó por la dirección que Noah le había dado y que no había dejado de repetirse durante todo el trayecto.

El calor del verano parecía haber congregado en la calle a los habitantes de aquellos bloques abigarrados y viejos. Charlotte se sorprendió de la cantidad de gente que podía vivir en aquel lugar. Los niños correteaban en las calles, y los ancianos se sentaban plácidamente en sillas que habían sacado de sus casas. Charlotte avanzó despacio. La calle estaba sin empedrar y no quería meter sus zapatos nuevos en ninguno de los charcos que aún retenían el agua caída días atrás. Fue incapaz de encontrar ningún número que indicara cuál de aquella decena de puertas era la que buscaba. Ni siquiera podía comprobar que se tratase de la calle correcta.

Iba a dar media vuelta cuando descubrió que en la esquina siguiente había una cacharrería.

Dos niños empapados de agua pasaron a su lado corriendo sin mirarla y se metieron en uno de los portales.

—Disculpe —dijo Charlotte a un anciano que dormitaba en una de las sillas—. ¿Podría indicarme dónde se encuentra el número seis de Salem?

El hombre sonrió pero no le contestó.

—No se moleste —le dijo a gritos una mujer que parecía montar guardia sobre una escoba bajo el dintel de una puerta, en el lado opuesto de la calle—. No entiende ni una palabra. Es polaco.

Charlotte se volvió hacia ella.

—Hola. ¿Sería tan amable de decirme dónde puedo encontrar el seis de Salem?

La mujer dio un violento escobazo a una inofensiva hormiga que intentaba colarse en sus dominios y cuando se hubo asegurado de que el pobre bicho había aprendido la lección, volvió a apoyarse sobre el palo de su escoba.

—Es aquí —dijo, dirigiendo su pulgar hacia el interior de la casa.

Charlotte sonrió.

—¿No sabrá cuál es el apartamento de Scott O'Flanagan?

Esta vez la mujer miró a Charlotte de arriba abajo.

—Último piso.

—Gracias —se despidió Charlotte, desapareciendo en el interior del edificio.

La única luz que llegaba al interior del pasillo se colaba a través de un pequeño tragaluz abierto justo encima del hueco de la escalera. Cuando llegó al primer descansillo miró hacia arriba. Al menos le quedaban tres pisos por delante. A pesar de lo humilde del edificio, Charlotte se sorprendió al comprobar lo limpio que estaba. Incluso parecía que habían pintado las paredes.

En el segundo piso, Charlotte tuvo que detenerse. Su corsé impedía que sus pulmones se dilataran lo suficiente para recuperar el aliento. Necesitó dos paradas más para conseguir alcanzar su objetivo. Estaba exhausta. Las horas de sol recalentando el tejado que había sobre su cabeza convertían aquella planta en un horno. Se tomó un tiempo para recuperar el aliento y se dirigió a la única puerta del pasillo.

Estaba abierta. Seguro que Scott la había dejado así para crear un poco de corriente que hiciese más llevadero aquel calor sofocante. En el lado opuesto de la puerta una ventana abierta de par en par creaba una agradable corriente de aire fresco.

No vio a Scott. La habitación no era muy espaciosa pero parecía limpia y tenía lo justo para vivir. Una cama, con una mesilla y una jofaina. Un infiernillo donde calentar la comida y una mesa con dos sillas repletas de papeles donde Scott debía de trabajar. Charlotte avanzó entre las pilas de libros y carpetas que a falta de estanterías habían invadido cada palmo del suelo de la habitación.

Sobre la mesa, entre el desorden de papeles, había un tiesto con unas aterciopeladas violetas.

—Me las regaló mi madre —dijo la voz de Scott a su espalda.

Charlotte se volvió enseguida y vio cómo Scott entraba a su habitación a través de la ventana.

—Necesitaba un poco de aire —dijo como si nada, metiendo las manos en los bolsillos.

Charlotte se asomó por la ventana y miró hacia abajo. Pensó que se iba a marear.

—¡Estás loco, Scott! ¡Te podías haber matado!

—No lo creo. A qué se debe este honor, Charlotte.

—Necesitaba verte.

Scott la miró a los ojos.

—Tenía que contarte algo.

—Debe de ser muy importante, si has venido hasta aquí.

—Lo es —dijo, sin entrar a valorar las palabras de Scott—. ¡Hortensia y Brian van a casarse! —gritó de felicidad.

Si la intención de Charlotte había sido sorprender a Scott, estaba claro que no lo había conseguido.

—Lo sé. Brian vino a comunicármelo en cuanto Hortensia aceptó.

—Yo no lo sabía —dijo, sintiéndose como una tonta ante la fría reacción de Scott—. Sólo pensé que querrías saberlo.

Charlotte miró a Scott. Estaba diferente. Por algún motivo empezó a lamentar no haber hecho caso a su hermana.

—Siento haberte molestado. Sólo quería decirte que me alegraba mucho por ellos, y que estabas equivocado cuando dijiste que no quería dejarla marchar.

Charlotte hizo una pausa antes de continuar.

—Pensé que tú también te alegrarías. Pero veo que estaba confundida.

Charlotte se había dado la vuelta e iba a abandonar la casa cuando Scott la agarró del brazo.

—No te vayas, por favor —la detuvo, obligándola a volverse.

La acción de Scott provocó que los ojos de Charlotte se posaran automáticamente sobre la mano que le sujetaba la muñeca.

En cuanto Scott vio que Charlotte miraba su mano, trató de esconderla.

—¡Dios mío! —exclamó, sin poder apartar la mirada de aquella piel consumida por el fuego—. ¿Por eso llevas los guantes? Yo… lo siento. No lo sabía.

Él introdujo la mano en un guante que sacó bajo el amasijo de papeles tirados sobre la mesa y buscó apresuradamente el segundo.

Charlotte tomó entonces la mano que quedaba sin cubrir entre la suya.

—No tienes por qué hacerlo.

Él se detuvo.

—¿No te molesta?

—¿Cómo podría molestarme?

Scott sonrió.

Charlotte la giró con cuidado y acarició sus cicatrices. La palma estaba aún más castigada que el dorso. Se estremeció al pensar en el dolor de Scott cuando el fuego consumía su carne.

—Debió de dolerte mucho —pensó, dejando que sus dedos recorrieran las cicatrices.

—Un poco.

Ella lo miró. Estaban muy cerca uno del otro. Charlotte podía sentir la respiración de Scott. La mirada de él era intensa. Charlotte sintió miedo. Intentó retirarse, pero ya era tarde. Scott tiró de ella y la apretó contra su cuerpo mientras la rodeaba con sus brazos. La mente de Charlotte le decía que debía soltarse, pero su cuerpo no la

obedecía. Aquellos ojos oscuros cada vez estaban más cerca y ella no podía dejar de mirarlos.

Cuando Scott la besó, sintió que todo su cuerpo se estremecía entre sus brazos. Descubrió cómo aquel beso violento y apasionado, muy diferente de aquel primer beso de Richard, despertaba algo que creía muerto para siempre. Charlotte sabía que si no hacía algo pronto, luego ya sería tarde. Cuando él la soltó sintió que sus piernas apenas la podían sostener.

—¡No debiste! —le reprochó ella, separándose con brusquedad, sabiendo que su voluntad no sería capaz de resistirse a aquellos ojos de nuevo.

Scott la miró y se retiró.

—¿Por qué? Yo te amo, Charlotte.

—No, Scott. No sigas, por favor.

Scott acarició su rostro y la miró a los ojos.

—Es la verdad. Y tú me amas.

Aquella mirada profunda hizo que el corazón de Charlotte diera un vuelco dentro de su pecho. Aún podía sentir el calor de los labios de Scott sobre los suyos, y eso la hizo estremecer.

—Te equivocas, Scott. Yo nunca amaré a nadie. ¡Te lo dije! ¿Por qué no me escuchaste? —le recriminó enfadada, alejándose de él—. ¿Por qué estropearlo? ¿Por qué no podemos seguir como hasta ahora? —le suplicó—. ¿Por qué no ser sólo amigos?

—¡Porque yo quiero más, Charlotte! —confesó—. Necesito más. Pero tú no te has dado cuenta. No has querido verlo.

Ella lo miró.

—No debiste besarme —insistió.

Scott sacudió la cabeza.

—Dime por qué. ¿Por qué no puedes amarme?

—Te lo dije una vez. Yo ya nunca me enamoraré.

—Eso no es cierto. Tú has nacido para amar, Charlotte. Eres apasionada. He podido sentir cómo te estremecías en mis brazos.

—No sigas —le gritó ella, dándole la espalda.

—¿Es por Richard, verdad?

Charlotte sintió cómo el corazón le oprimía el pecho.

—Pensé que ya había pasado. Que lo habías olvidado. Pero ahora comprendo que nunca lo harás.

—Tú no sabes nada, Scott.

—Te equivocas, Charlotte. Sé que tú le amabas y que él te amaba. Pero eso a veces no es suficiente.

—¿Por qué dices eso?

—Olvídalo. Ya no importa.

Charlotte se puso alerta. ¿Acaso Scott sabía por qué Richard la había abandonado?

—Sí importa. Tú lo sabes —adivinó dando un paso hacia Scott —. Tú sabes por qué él no se casó conmigo.

Scott agachó la cabeza.

—¡Dímelo! Scott, tengo que saberlo. ¡Dímelo o me volveré loca!

Charlotte estaba desesperada.

—Lo hizo para protegerte.

—¿Protegerme?

—Sí, Charlotte.

—¿Protegerme de qué?

—Él sabe tu secreto.

—¿Qué secreto?

Charlotte lo miraba desconcertada.

—Nada.

—¡Maldita sea! —le gritó—. Habla de una vez.

—Está bien. Como quieras. Sabe lo de tu madre.

—¿Qué pasa con mi madre?

Ya era tarde para echarse atrás.

—Richard sabía que tu madre era una esclava.

Charlotte sintió que la habitación daba vueltas a su alrededor. Sólo la impotencia y la rabia que crecían en su interior impidieron que se desmayara. Ahora lo veía todo claro. ¿Cómo había podido ser tan tonta? ¿Cómo no había visto las señales?

—Al parecer, fue su tío quien ayudó a traerte al mundo.

—¿Él cree…? —dijo Charlotte, sin fuerza para acabar la frase—, ¿… cree que yo soy esa niña?

—¿Acaso no es así?

Charlotte guardó silencio.

—¿Por qué no me lo dijo? Yo le podía haber explicado.

—No había nada que explicar. Él no sabía que tú conocieras tu origen. Cuando su tío descubrió que pretendía casarse contigo, le reveló la verdad. Pero aun así Richard insistió en convertirte en su esposa. Entonces su tío le amenazó con revelar tu identidad si no se alejaba de ti. Por eso se casó con Camille, Charlotte. Richard se sacrificó por ti.

—Entonces, ¿él me amaba?

—Siempre te ha amado.

—¡Dios mío! ¿Por qué no me lo dijo? ¡Podíamos habernos escapado! Irnos lejos donde nadie nos conociera.

—A veces el amor no es suficiente. Richard se debía a su familia. No era libre de hacer lo que quisiera.

—Si de veras me hubiese amado… —empezó a decir, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Te amaba. Nunca lo dudes, ni lo olvides. Casarse con Camille fue el sacrificio que tuvo que hacer para ponerte a salvo.

Charlotte rompió a llorar. Por fin comprendía. Richard la amaba. No se había equivocado.

—No te tortures —trató de consolarla Scott, sin que Charlotte le permitiera acercarse—. Ya nada se puede hacer.

Charlotte apenas podía oír las palabras de Scott. Sentía que su cabeza iba a explotar de un momento a otro. Necesitaba salir de allí. Necesitaba pensar.

—Charlotte, cásate conmigo. No me importa quién fuera tu madre. No me importa si eres una esclava. Si eres rica o pobre. Te quiero.

Charlotte lo miró. Él esperaba su respuesta.

Las lágrimas habían dejado de brotar. Charlotte sintió cómo el desengaño endurecía su corazón.

—Lo siento, Scott. Nunca volveré a amar a nadie —dijo con voz serena y profunda, dirigiéndose a la puerta.

—Yo nunca dejaré de amarte —susurró Scott a su corazón, viendo cómo la mujer a la que amaba se alejaba de su lado.

31

Como la primera vez que asistiera a clase en Nueva Fortuna, Noah se levantó antes del amanecer. Desayunó, cogió su cuaderno y salió de casa. Podía haber alquilado un coche para ir hasta North Grove Street, pero prefirió ir andando. Le gustaba caminar, y el largo paseo y el aire fresco le vendrían bien para relajarse.

Tras dejar atrás el edificio del estado que con su cúpula de cobre dominaba la ciudad, se dirigió hacia el Hospital General. A diferencia de la mayoría de estudios que se realizaban en la vecina localidad de Cambridge donde residía el corazón de la Universidad de Harvard, las asignaturas de medicina se impartían en Boston, junto al edificio diseñado por Bulfinch para albergar el hospital.

A pesar de la caminata, Noah llegó temprano, buscó su aula, y antes de que apareciera ningún otro alumno se sentó discretamente en el último pupitre de la clase.

Al cabo de unos veinte minutos empezaron a ocuparse el resto de los asientos. Ninguno dijo nada, pero todos y cada uno de los jóvenes que entraron después de Noah lo miraron. Algunos sólo lo ignoraban, pero la mayoría mostraba su desagrado con un gesto de la cabeza o con alguna murmuración despectiva. Noah no se alteró. Aunque se había permitido imaginar que esta vez las cosas serían diferentes, sabía que no sería así. Cuando sólo quedaron libres los asientos contiguos a Noah, un muchacho de porte distinguido y cabello oscuro se acercó a él y con un gesto le ordenó que dejara libre el sitio.

—¡Maldito vago! —refunfuñó, al encontrar a Noah sentado en uno de los asientos destinados a los alumnos—, vuelve a tu trabajo.

Noah no se movió.

—¿Es que no me has oído?

Los alumnos instalados cerca de ellos se giraron en redondo.

Noah sacó entonces uno de los libros de su macuto y lo colocó sobre la mesa.

—Ya estoy en mi trabajo —respondió, mirándolo fijamente y poniéndose en pie.

Cuando Noah se levantó, el joven pareció encogerse. Noah le sacaba una cabeza, y su cuerpo fuerte y musculoso tras los años de trabajo en el campo no invitaban a desafiarlo.

—Esto jamás pasaría en el Sur —murmuró, cogiendo uno de los pupitres libres que quedaban junto a Noah y trasladándolo al otro lado del pasillo.

Desde luego, su estrategia para pasar desapercibido no había salido tal y como él había previsto. Porque si antes algún alumno había sido indiferente a su presencia, ya no era así. Noah tuvo la sensación de regresar a su infancia y acudir a su primera clase con la señorita Gasso. Pero aquella vez, al menos, había contado con el apoyo incondicional de Hortensia. Ahora no pudo encontrar una sola mirada amiga en toda el aula.

Noah miró al frente y se aisló del mundo. Él había ido a aprender, se dijo, intentando que el desprecio de aquellos jóvenes no atravesara su piel.

—¿Qué tal el primer día? —pregunto Scott, esquivando a una señora con una cesta llena de flores que ocupaba la mayor parte de la calle.

Noah suspiró.

—¿Tan malo?

—Es curioso, pero sentado en aquel pupitre, tuve la sensación de regresar a mi infancia. Me pareció estar frente a aquella horrible institutriz —recordó, con cierta nostalgia—. Creo que me temblaba todo el cuerpo.

—Lo siento. Tiene que ser duro ser el único negro en una clase de blancos —meditó Scott, tras escuchar las palabras de Noah—. Menos mal que para aplacar las penas tenemos una deliciosa cena esperándonos en el mejor hotel de la ciudad, invitados por Ralf.

—… No sé si es buena idea. Aún no sé cómo has conseguido convencerme para que te acompañe.

—Nos divertiremos, te lo aseguro. Y a mí me vendrá bien para rellenar un poco mi maltrecho estómago.

—Sigo creyendo que no debería ir. Ni siquiera lo conozco.

—Ya te he dicho mil veces que estudió conmigo en Harvard. Es algo excéntrico, pero te gustará.

—No sé… La verdad es que después del día que he tenido casi preferiría volver a casa.

—Precisamente por eso, necesitas un respiro, mi querido amigo. Relájate y deja de preocuparte. Ya es hora de que sueltes tus libros durante un rato y empieces a disfrutar de los pequeños placeres de la vida.

Cuando llegaron al restaurante, un camarero uniformado les acompañó hasta la mesa donde, desde hacía cerca de quince minutos, esperaba un joven vestido con un elegante traje color aceituna.

—Buenas tardes —se levantó Ralf, sonriente.

—¿Qué tal, Ralf? Cuánto tiempo sin verte.

—Sí, mucho, y veo que sigues siendo tan impuntual como siempre —saludó sin borrar la sonrisa de sus labios.

—Es cierto, y te pido que me disculpes, hay hábitos que son difíciles de cambiar.

—No te preocupes. No pretendo pedirle a un reloj que gire al revés. Pero dime, ¿quién es tu acompañante?

—Noah, Ralf —presentó Scott a un joven alto de perfil alargado, amplias entradas y un bigote tan fino que parecía haber sido cincelado por las pacientes y hábiles manos de un escultor—. Ralf, mi buen amigo Noah.

Ralf le tendió la mano y sonrió.

—Rafael Augusto Cramer tercero —se presentó—. Graduado en leyes y filosofía.

—Noah Lacroix —respondió, estrechando la mano tendida—. Esclavo fugitivo y estudiante de medicina.

Ralf rió ante el sarcasmo de Noah, mientras invitaba a los recién llegados a tomar asiento.

—Es un placer. Pero sentaros, por favor.

Esperó a que Scott y Noah se instalasen para continuar.

—Como veis, me he permitido ir pidiendo la bebida mientras os esperaba. Creo que este vino blanco nos vendrá de perilla para acompañar al delicioso marisco que sirven aquí.

—Se me hace la boca agua sólo de pensarlo —se alegró Scott, mientras daba un sorbo a la copa que le acababa de servir Ralf—. Maravilloso.

Noah se quedó mirando la etiqueta de la botella, que parecía realmente cara.

—No te preocupes por el precio, Noah —le interrumpió Scott, como si leyera sus pensamientos—. Puedes beber tranquilo. Ralf consideraría un insulto que no le dejáramos pagar a él.

—Bueno… en realidad es mi padre el que invita —puntualizó, con un toque de ironía.

—Yo… la verdad es que no estoy acostumbrado a beber…

—No te preocupes —le animó Ralf—. Prueba y verás. Te garantizo que es una de esas cosas que para aprenderlas no hace falta precisamente ir a la universidad.

El camarero acababa de llegar y les ofreció los menús para que pidieran.

Scott sintió que ya no aguantaba más, mientras los nombres de los diferentes platos iban pasando ante sus ojos.

—¿Qué tomarán los señores? —preguntó el camarero.

Ralf echó una rápida ojeada a la carta. Había comido allí en suficientes ocasiones para conocer todos y cada uno de los exquisitos platos que habían hecho famoso aquel lugar—. Creo que la langosta estará deliciosa.

—A mí me parece una elección perfecta —respondió Scott.

Ralf se volvió hacia Noah.

—¿Noah?

—Para mí cualquier cosa estará bien.

—Pues entonces, no se hable más. Tres raciones de langosta —confirmó.

Como entrante se decidieron por un pudin de verduras, ostras y paté.

Una vez que hubieron pedido, el camarero recogió las cartas y se retiró.

—Y dime, Ralf, ¿qué has estado haciendo este último año?

Ralf puso cara de aburrimiento.

—Me temo que lo único que puede hacer un joven ocioso y rico como yo —se detuvo para dar un poco de misterio a la situación— es dilapidar la inmensa fortuna de mi familia —sonrió, tomando un nuevo sorbo de vino.

Para cuando el último trozo de paté desapareció de la mesa, los tres hablaban animadamente. Ralf, que había pasado los cuatro meses anteriores en Europa, estuvo hablando de todo lo que había visto y oído.

Las langostas estaban muy sabrosas. Noah jamás las había probado y, para poder empezar a disfrutar de aquella jugosa carne blanca con un ligero sabor a salado, tuvo que esperar a ver cómo Scott, que parecía un experto, machacaba la coraza del pobre animal con el mazo de madera que les habían entregado a cada uno.

Ralf había dejado el tenedor y miraba hacia la entrada del restaurante.

—¿Qué pasa? —preguntó Scott, sin soltar una de las pinzas de su langosta.

—Vaya. Veo que hoy este lugar está muy concurrido —dijo, haciéndole una señal con los ojos a Scott, para que mirara a su espalda.

Scott se volvió e hizo un gesto de sorpresa al reconocer en el hombre que acababa de entrar en el restaurante al culpable del incidente que años atrás lo había llevado a su destierro en la Academia Naval.

—¿Sabes que pretende presentarse al Senado?

La revelación sorprendió a Scott.

—¿Pero no se había retirado de la política?

—Creo que sería más acertado decir que la política se ha retirado de él —aclaró Ralf—. Cuando hace años ganó las elecciones, el bueno y leal Zorton tuvo un repentino ataque de amnesia. Al parecer se le olvidó que fue la influencia y el apoyo de tu padre los que le habían convertido en alcalde. Su ego, que nunca había sido precisamente discreto, creció hasta tal punto que llegó a creer que había logrado la alcaldía por sus propios méritos. Al poco de acceder al cargo rompió la relación con tu padre. Dicen que Zorton hasta se atrevió a llamarle sucio irlandés en público.

—No tenía ni idea.

—No me extraña. Por aquel entonces te acababan de mandar a aquella escuela para marineros en medio de ninguna parte —apuntó —. Ni que decir tiene que perdió las elecciones, y no fue reelegido. El día que se atrevió a desafiar a tu padre, Zorton se convirtió en un cadáver político, pero el muy estúpido todavía no ha conseguido entenderlo.

Aunque había ganado algo de peso, Zorton no había cambiado mucho. Vestía un traje azul y llevaba un pañuelo verde de seda natural, anudado en el cuello. Tenía la expresión típica de satisfacción de los hombres que creen estar destinados a hacer grandes cosas.

Seguido muy de cerca por una atractiva mujer que no era la señora Zorton, avanzaba saludando a todos con una gran sonrisa, como si estuviera en plena campaña electoral. Antes de darse cuenta se encontró frente a la mesa de Ralf y Scott.

—¡Señor Zorton! —saludo Ralf, con una exagerada efusión, obligándolo a detenerse—. Es un honor volver a verle.

—Señor Cramer —saludó Zorton, al reconocer al hijo de uno de sus posibles mecenas.

—Creo que ya conoce a Scott O'Flanagan.

La amplia sonrisa de Zorton se transformó en un gesto de disgusto cuando escuchó el nombre de Scott, y dejó en evidencia que no había olvidado todavía la afrenta sufrida hacía ya unos años por el hijo menor del que fuera su aliado político. Zorton dio un poco de volumen a su pañuelo, demasiado verde, para volver a

recuperar la serenidad, y se volvió hacia Scott.

—Me sorprende encontrarle aquí, O'Flanagan —dijo, estudiando con evidente desaprobación el sencillo traje de Scott, mientras miraba de refilón a Noah, que llevaba un elegante pantalón negro y chaqueta gris—. Por lo que veo no ha llegado muy lejos. Ahora hasta los esclavos visten mejor que usted.

—Siento contradecirle, Zorton. Pero Noah no es ningún esclavo. Estudia medicina en Harvard.

—¿En Harvard? —repitió incrédulo, esta vez en voz suficientemente alta como para que las personas de las mesas contiguas pudiesen oírle.

—Así es —asintió Scott.

—¿Adónde vamos a llegar? —exclamó queriendo atraer la atención del resto de clientes del restaurante—. ¿Acaso no es suficiente la libertad? —insistió, buscando la aprobación de la gente.

Noah observó cómo cerca de él asentían y murmuraban, mientras clavaban sus miradas inquisitorias en él.

Alentado por la reacción de la gente, Zorton siguió dirigiéndose a su improvisado auditorio, buscando el apoyo de todos los que le escuchaban, como si se hallase en mitad de un discurso de su última campaña electoral.

Como consecuencia de sus palabras, los comentarios alrededor de ellos cada vez se estaban volviendo más abiertos y hostiles.

Pero Noah estaba cansado. Cansado de aquellas miradas de odio, cansado de no poder tomar una simple cena en compañía de sus amigos sin que todos se volvieran contra él, tan sólo por el color diferente de su piel. Y entonces sintió que tenía que explicarle a aquel individuo que nunca había sido propiedad de otro hombre, y a todos los que lo escuchaban, qué significaba ser esclavo, y qué era en realidad la libertad. Y quizá empujado por el efecto estimulante de la compañía y de la conversación, intervino, dirigiéndose por primera vez en su vida directamente a un hombre blanco.

—Sí —le interrumpió—. Es cierto que nací esclavo, como muchos antes que yo lo han sido a lo largo de la historia de este mundo. Y por eso estudio en la universidad —añadió, sin saber muy bien adónde le llevarían sus palabras, pero rindiéndose por una vez al impulso de dejarse arrastrar por sus sentimientos—. Porque sólo el hombre instruido es libre.

—Perdón. ¿Cómo dice?

—Me limitaba a repetir las palabras de otro esclavo —respondió Noah, permitiendo que la pasión acabara de atraparle.

—Su nombre es Epicteto —intervino Scott, que había reconocido la cita del filósofo griego que, como Noah, había nacido esclavo y había logrado la libertad.

—Curioso nombre para un esclavo —bromeó Zorton, que no tenía la menor intención de seguir hablando con Scott y mucho menos con aquel esclavo.

—Un nombre muy apropiado, por cierto —intervino ahora Ralf, que también había reconocido la cita del filósofo—, pues como ya sabrá, Epicteto significa «el comprado», y denota precisamente su origen esclavo.

Zorton no podía dar crédito a aquello. Parecía que todos se habían puesto de acuerdo para darle clases sobre esclavos y filosofía.

—Y ese esclavo amigo suyo, tan instruido, supongo que no estará también aquí, cenando con ustedes, ¿no? —cambió de tema, para evitar que se descubriera que no sabía una palabra de griego.

—No. Su vida me ha servido de inspiración, pero por desgracia no he tenido el placer de conocerlo en persona —respondió Noah—. En realidad, nació muy lejos de aquí, en Frigia, en la ciudad de Hierapolis.

—Frigia… —murmuró Zorton, haciendo como si no hubiera oído nada del discurso que acababa de pronunciar Noah—. No, no creo haber oído nunca ese lugar. ¿Está en el Sur?

—Mas bien en el este —puntualizó Scott, conteniendo una carcajada.

Zorton, que no tenía la menor idea de dónde se encontraba Frigia, y ya se estaba cansando de tanta geografía, miró a Scott con desprecio. Era indudable que aún recordaba el día en que lo dejó en evidencia en plena campaña electoral, y no estaba dispuesto a permitir que algo así volviera a suceder.

—No desespere, amigo. En cualquier caso, es probable que aún tenga oportunidad de conocerlo —dijo, pensando que había llegado el momento de despedirse.

—Me temo que eso será imposible, señor Zorton —replicó Noah, sintiéndose arrebatado por el deseo intenso de explicar a todos los que lo escuchaban, y que habían nacido libres, lo que significaba ser esclavo y por tanto propiedad de otro hombre—. En realidad Epicteto vivió hace casi dos mil años, al otro lado del océano, en la antigua Grecia. Porque sabrá que la esclavitud es tan antigua como el mundo, tan antigua como la ambición y la guerra, y nadie está libre de sucumbir a ella. No importa el lugar o el tiempo en el que se haya venido a este mundo. Pues, tal como le pasó a Epicteto, la

han padecido pobres, plebeyos, reyes y sabios. Y precisamente la vida de este filósofo que nació esclavo y murió libre, me ha enseñado que no son las cadenas que atan sus manos las que dictan la grandeza de un hombre, sino la libertad de su espíritu.

Alrededor de Noah las murmuraciones cesaron, y se hizo el silencio en las mesas. Todos observaban a Zorton, esperando su respuesta.

Scott y Ralf se miraron, atónitos e impresionados, por la apasionada reacción de Noah que Scott jamás hubiera imaginado.

La cara de Zorton pareció quedarse blanca por un momento mientras sentía la presión de todas las miradas puestas en él. Pero gracias a sus largos años como político, que le habían enseñado a disimular sus emociones, de inmediato recuperó el color, y hasta casi pareció como si, una vez más, ni siquiera hubiera oído las palabras de Noah. Sintió que la situación estaba empezando a parecerse demasiado a aquella otra, años atrás, en la que Scott y sus amigos le ridiculizaron delante de todo su auditorio. Y decidió que ya era el momento de irse.

—Si me disculpan…, como le decía, encantado de conocerle. Quizá en otro momento sigamos esta interesante conversación —consiguió por fin decir Zorton, mientras acababa de recuperar el control de sus nervios, y por fin se marchaba a su mesa, maldiciendo para sí mismo por haber vuelto a encontrarse con aquel hombre que siempre conseguía desesperarlo, y que indefectiblemente iba rodeado de los más estrafalarios e indeseables individuos.

Scott apenas podía contener la carcajada.

—¡No me había divertido tanto desde aquella vez en que vi la cara de desesperación de Klaus Fritz cuando le gané al ajedrez! —explotó, una vez se marchó Zorton.

—Sí, realmente ha sido extraordinario. No sabía que nuestro amigo fuera un orador. Y un erudito en historia antigua, por lo que veo —replicó Ralf.

—Sí. Y creo que pasará tiempo antes de que ese hombre vuelva a pararse para hablar con nosotros —volvió a reír Scott, que parecía haber disfrutado de la situación más que nadie.

—Espero que así sea —añadió Ralf—. Así quizá me deje en paz, y no tenga que soportar que me persiga para intentar conseguir el dinero de mi padre.

Pero Noah parecía avergonzado.

—Lo siento —se disculpó Noah, una vez que el ataque de pasión remitió y volvía a tomar el control de su persona—. Creo que os he

puesto en una situación comprometida. No sé qué me ha pasado. Espero que sepáis disculparme.

—No tienes por qué disculparte, Noah. Ese cretino estaba pidiendo a gritos que alguien le pusiera en su sitio —lo apoyó Ralf.

—Sí, a mí también me ha encantado —corroboró Scott—. Ha sido genial ver cómo has dejado a ese ignorante en evidencia.

Con las palabras reconfortantes de Ralf y de Scott, Noah pareció por fin tranquilizarse un poco.

El resto de la comida transcurrió entre risas y bromas, amenizada por las inacabables anécdotas que Scott y Ralf no se cansaban de contar. En realidad fue una de las veladas más felices que Noah había disfrutado jamás. En aquel momento, por primera vez en su vida y durante aquellas breves horas, quizá embriagado por el aroma del vino y el placer de la comida, Noah creyó por unos instantes sentirse un hombre libre. Uno más sentado en aquella mesa, bebiendo y charlando con aquellos otros dos hombres que no parecían darse cuenta del color oscuro de su piel.

—Gracias. Ha sido una cena maravillosa. Creo que nunca me lo había pasado tan bien —se despidió Noah de sus dos acompañantes, mientras se abrochaba el abrigo para salir a la calle.

—El placer ha sido mío —replicó Ralf—. Hacía mucho que no disfrutaba de una velada tan estimulante.

—Lo mismo digo —contestó Scott—. Y espero que no tardemos en repetir otra noche como ésta, Ralf.

—Ya sabes que en mi apretada agenda siempre hay un hueco para una copa de buen vino en agradable compañía.

Aunque Ralf se había ofrecido a acercarles en su carruaje hasta sus casas, Noah declinó la invitación. Le apetecía pasear. Necesitaba disfrutar del sabor de aquella sensación extraña y maravillosa que por primera vez había experimentado. La sensación de, por unos efímeros instantes, sentirse uno más en la compañía de aquellos dos hombres libres.

«Como Epicteto —pensó, mientras contemplaba sus pasos sobre el pavimento—, yo también puedo aprender a ser libre.»

32

La boda se celebró a principios de septiembre en una pequeña capilla del centro de Boston. Fue una ceremonia sencilla y bonita con muy pocos invitados. Los padres de Brian, su hijo Peter, Fernando Fuentes, Noah y Charlotte fueron los únicos asistentes.

Noah condujo a Hortensia hasta el altar. Charlotte y Scott, que no se habían vuelto a ver desde el día en que ella lo rechazó, no cruzaron ni una mirada en toda la ceremonia. Después, cuando se acercaron para almorzar hasta la casa que Raymond O'Flanagan había regalado a los recién casados en Beacon Street, Scott se instaló lo más lejos de Charlotte que las reducidas distancias permitieron.

Tras la comida, Charlotte se levantó con discreción de la mesa y se alejó de los invitados. Caminó por el jardín y se sentó en un banco solitario.

—Scott ya se ha ido —le informó Hortensia, al cabo de unas horas, sentándose junto a su hermana.

—Ni siquiera me ha mirado.

—Está dolido, Charlotte.

—Me odia —corrigió entristecida.

—Él te quiere. Simplemente necesita tiempo.

—Nunca me perdonará.

—Lo hará. Te lo prometo.

—Lo echo de menos, Hortensia —confesó—. No sé por qué tuvo que estropearlo todo.

—Él no pretendía estropearlo.

—Pero lo hizo.

Hortensia pareció meditar.

—¿Sabes, hermanita? Nunca te lo he dicho, pero siempre pensé que Richard no era el hombre adecuado para ti.

—¿Por qué dices eso?

—Era demasiado serio, demasiado ligado a sus responsabilidades. Tú necesitas a alguien diferente. Necesitas un hombre que sepa entender tu pasión por la vida.

—Richard me entendía.

Hortensia negó con la cabeza.

—No, Charlotte. Richard es como Brian. Quizá pudiera entender tu manera de ser e incluso podría envidiarla, pero nunca podría compartirla. Con él siempre tendrías que contener tu verdadera naturaleza. Pero Scott… Él es como tú. Y lo sabes.

—No… —se resistió Charlotte.

—Debes dejar marchar a Richard.

—No puedo —negó desesperada.

—¿No puedes o no quieres?

Charlotte agachó la cabeza.

—No permitas que tu orgullo te impida seguir adelante. Déjalo ir…

En ese momento Brian se acercó a ellas.

—Hortensia —interrumpió, dando un beso a su esposa—, tenemos que irnos.

Hortensia parecía preocupada.

—No te preocupes por mí —la tranquilizó Charlotte—. Estaré bien. Marchaos ya, o perderéis el barco.

—Iré a verte en cuanto volvamos. Sólo estaremos fuera un mes.

—Idos ya —animó Charlotte, despidiendo a Hortensia con un beso—. Márchate con tu marido.

—Brian —llamó Charlotte—. Cuídamela bien.

—Te lo prometo.

Aquella tarde al regresar a casa todo le parecía extraño. Sin Hortensia ocupando la cama de al lado, su habitación le parecía vacía. La echaba de menos. Hortensia, con sus palabras sabias y su cariño, siempre conseguía aportar paz a su espíritu. Pero ahora se encontraba muy lejos. Iba camino de Canadá, donde pasarían la luna de miel, y ya nunca volvería a ser lo mismo que antes. Charlotte se sintió sola. Por primera vez comprendió el dolor de su madre al saberse traicionada. ¿Acaso su destino iba a ser igual? ¿Iba a estar sola el resto de su vida? Aquella idea hizo que las lágrimas terminaran de aflorar en sus ojos.

Noah escuchó los sollozos de Charlotte desde su habitación.

Charlotte lloró durante horas. Era un llanto amargo y desesperanzado. Noah hubiese querido consolarla, pero sabía que Charlotte se repondría. Lo había hecho antes y volvería a hacerlo.

Cuando al cabo de unas horas Charlotte, agotada, se quedó dormida, Noah fue incapaz de conciliar el sueño. Al día siguiente debería levantarse pronto para ir a clase.

Cuando Hortensia regresó de su viaje de novios, los bosques de

Nueva Inglaterra se habían engalanado de rojo y los habitantes de Boston se preparaban para la llegada de un nuevo y frío invierno.

Tal y como había prometido, nada más regresar de su luna de miel Hortensia fue a visitar a Charlotte.

—¡Hortensia! —gritó de emoción Charlotte, al descubrir a su hermana en el recibidor de la casa—. Pensaba que no llegaríais hasta la tarde.

Las hermanas se abrazaron.

—Yo también lo creía, pero al parecer el fuerte viento decidió cambiar los planes. Llegamos anoche. Hubiese querido venir a verte en ese momento, pero Brian me convenció para esperar hasta la mañana.

Hortensia miró a su hermana.

—¿Y Noah?

—Ha ido a estudiar.

—Pero si hoy es fiesta.

—Lo sé. Pero se pasa el día estudiando. Si no está en clase está en la biblioteca. Sale al amanecer y cuando vuelve ya es de noche. Últimamente apenas lo veo. No te preocupes. Te prometo que en cuanto regrese le diré que vaya a verte.

—Dile que lo espero.

Charlotte sonrió. El mes que Hortensia había pasado lejos de ella se le había hecho eterno. Pero había vuelto. Por fin volvían a estar juntas.

—¡Te he echado tanto de menos, Hortensia!

—Yo también, hermanita —confesó.

Hortensia estaba radiante. La luz de sus ojos y la sonrisa omnipresente de su rostro no dejaban lugar a dudas.

—Pareces feliz —dijo Charlotte, satisfecha.

—Lo soy. Nunca pensé que pudiera ser tan feliz. Brian es un hombre maravilloso.

—¡Me alegro tanto por ti!

—Lo sé, Charlotte. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Bien —contestó, mientras sus gestos desmentían sus palabras.

—¿Sabes, Hortensia?, no he vuelto a ver a Scott desde la boda.

Hortensia guardó silencio.

—Ha pasado mucho tiempo. ¿Crees que todavía no me ha perdonado?

—¿Noah no te ha dicho nada?

—¿Qué podría decirme él?

Hortensia agachó la cabeza y se acarició la punta de la nariz.

El gesto alertó a Charlotte.

—¿Qué pasa?

—Nada —negó, volviéndose a tocar la nariz.

—Te conozco. Sé que me ocultas algo.

—De cualquier manera, antes o después te vas a enterar —cedió —. Cuando íbamos a partir de luna de miel Scott vino a despedirse al puerto.

—Bueno, él es así. Podría haberos deseado un buen viaje desde la casa como todos los demás, pero…

—No, Charlotte, no me has entendido. Era él quien dejaba la ciudad.

En el tiempo que lo conocía, Scott sólo había dejado Boston en un par de ocasiones, y en ambos casos su partida había tenido que ver con alguna de sus cruzadas legales.

Hortensia estudió con cuidado la reacción de su hermana.

—Vaya, no lo sabía. ¿Sabes cuándo volverá?

Hortensia se tomó un tiempo antes de responder.

—Scott no volverá, Charlotte —musitó mirándola a los ojos.

Charlotte sintió que una sombra gris envolvía su alma y su respiración se hacía más pesada. Por segunda vez en su vida sintió que un hombre la abandonaba. Scott ni siquiera había sido capaz de despedirse de ella. Charlotte había perdido a su mejor amigo y por primera vez desde el incidente en casa de Scott, fue consciente de que las cosas no volverían a ser como antes. La perspectiva de no volver a verlo hizo que la tristeza oprimiera su pecho.

—Lo siento mucho, Charlotte. Pensé que debía decírtelo.

—Está bien. No importa —agradeció, dispuesta a que nadie supiese lo mucho que le había dolido la marcha de Scott—. Creo que es mejor así.

Hortensia vio cómo los ojos de Charlotte brillaban de emoción. La marcha de Scott la había afectado más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

—¿Charlotte? ¿Te encuentras bien?

—Perdona, ¿qué decías?

—¿Estás bien?

—Sí, sí. No es nada —sonrió—. La noticia me ha sorprendido, pero enseguida estaré bien. Te lo prometo.

Hortensia parecía preocupada.

—Charlotte, ¿por qué no venís a vivir con nosotros? La casa es grande.

—No quiero ser un estorbo.

—No lo eres. A Brian le parece bien.

—A Brian le parece bien porque te quiere mucho para decirte lo

contrario.

—Venid con nosotros —rogó.

Charlotte se negó.

—No entiendo por qué te niegas. Nos veríamos todos los días. Además, como tú misma has dicho, desde que Noah empezó la universidad te pasas el día sola. ¿No crees que sería mejor venir a vivir conmigo?

—Ahora también podemos vernos todos los días. Además, no voy a pasarme el día sola mucho más tiempo. He decidido que voy a trabajar.

Hortensia dio un paso atrás y la miró de hito en hito.

—¿Trabajar, tú?

—Sí —ratificó—. Lo he estado pensando mucho estas últimas semanas. Creo que sería bueno para mí. Me mantendría ocupada y a pesar de que aún nos quedan algunas joyas, no nos vendría mal un poco de dinero extra ahora que Noah está en la universidad.

—Si es por dinero, no te preocupes. Hablaré con Brian. Él lo arreglará.

—No lo harás. No quiero que un hombre tenga que venir a resolver nuestros problemas, como si fuéramos unas inútiles incapaces de valernos por nosotras mismas. Necesito saber que puedo arreglármelas sola. Que puedo elegir mi propio camino. No es sólo por el dinero, Hortensia. Simplemente me apetece hacer algo. Necesito estar ocupada.

—Hay mil cosas que hacer para entretenerse sin necesidad de trabajar. Puedes coser o pasear.

—Hortensia, por favor. ¿De verdad me imaginas bordando pañuelos o zurciendo medias?

—No —reconoció—, pero tampoco te imagino trabajando. Si no eres capaz de mantener en orden tu propia casa. ¿Dónde pretendes trabajar?

—Seré periodista.

—¡Periodista! —repitió Hortensia—. Ése es un trabajo de hombres.

—No sé por qué —protestó—. El trabajo de un periodista se reduce a hacer preguntas y a escribir. No creo que sea tan difícil.

La perspectiva de que Charlotte fuera metiendo su nariz en todas partes puso los pelos de punta a Hortensia.

—No sé. Sigo creyendo que no es una buena idea, Charlotte. Una mujer sola. Quién sabe a qué sitios tendrías que ir y con qué tipo de gente tendrías que tratar. No. No creo que sea buena idea —insistió —. Tal vez deberías considerar alguna otra opción. ¿Qué pensará la

gente?

—¡Que piensen lo que quieran! Si quieren hablar que hablen. Al fin y al cabo ya lo hacen. Por lo menos así tendrán algo que decir. No voy a hacer nada incorrecto, Hortensia. Al menos me gustaría que tú lo entiendas.

—Lo entiendo —se disculpó, imaginando a Charlotte corriendo de un lado a otro de la ciudad con un lapicero sobre la oreja y una libreta—. Y creo que lo que me asusta es precisamente que sé que sería un trabajo perfecto para ti. No sé si estoy preparada para que vayas metiendo tu nariz en todas partes. Por favor, piensa en mi oferta. Ven a vivir con nosotros.

—No voy a aceptar, Hortensia.

—¿Por qué?

—Porque no quiero ser la típica solterona sin recursos que se convierte en una carga para su familia. No quiero depender de nadie. Necesito saber que puedo salir adelante por mis propios medios. No quiero caridad.

—No es caridad, es amor. Eres mi hermana, mi familia. Si no estás bien, yo no estoy bien.

—Estaré bien.

Hortensia no parecía convencida.

—De veras —insistió—. Te prometo que seré prudente.

—No prometas lo que las dos sabemos que no puedes cumplir.

Charlotte había tomado una decisión. Y Hortensia sabía que nada de lo que ella pudiera hacer o decir la cambiaría.

Hortensia frunció el entrecejo.

—Muy bien —cedió—. ¿Y cómo pretendes hacerlo?

—He pensado en hablar con el padre de Brian.

—¿Con Raymond O'Flanagan?

—¿Acaso no es dueño del periódico con más tirada de la ciudad?

—Veo que has pensado en todo.

Las cejas de Charlotte se elevaron ligeramente.

—Está bien —aceptó Hortensia, viendo que la noticia de la marcha de Scott parecía haberla asimilado—. Hablaré con Brian, a ver qué puede hacer.

—Te lo agradezco Hortensia, pero es algo que he de hacer yo misma. Si quiero ser periodista he de demostrar que puedo hacerlo sola.

—Como quieras —asintió Hortensia, convencida de que el padre de Brian no permitiría que una mujer entrara a formar parte de su grupo de periodistas—. Pero si por lo que sea no sale bien, no olvides mi oferta.

—Saldrá bien.

Hacia el mediodía Hortensia se ofreció a llevar a Charlotte en su carruaje. Su casa también quedaba en Beacon Street, pero a diferencia de la de su suegro, tan sólo un par de manzanas más arriba y construida sobre tierra firme, la zona donde se situaba la residencia de Hortensia y Brian había sido edificada recientemente sobre el primer terreno ganado a las marismas de Back Bay.

Charlotte prefirió esperar.

No quería ser maleducada y presentarse en pleno almuerzo. Así que comió y aguardó con paciencia hasta que el reloj cantó la hora socialmente establecida para realizar visitas. A las cinco en punto, se calzó las botas y se puso el abrigo. Era de un azul tan oscuro que podía parecer negro. Lo había comprado a muy buen precio al final del invierno pasado, y había tenido que esperar varios meses a que la temperatura bajara lo suficiente para poder estrenarlo. A la compra del abrigo le había acompañado un gorro del mismo fieltro azul, adornado con unas plumas amarillas, que se colocó con esmero, y un bolsito a juego.

Podría haber atajado atravesando el campo del Boston Comon y llegar a su destino en algo más de veinte minutos, pero aunque ahora luciera el sol y la calzada estuviera seca, no se dejó engañar. Había llovido durante toda la semana y los senderos que discurrían por el parque aún estarían encharcados. Como no quería presentarse ante su futuro jefe con las botas sucias y el bajo de su vestido cubierto de barro, en lugar de tomar el camino más corto a través del parque, Charlotte lo bordeó. Le llevaría el doble de tiempo pero merecería la pena.

Cuando se encontró frente a la puerta de Raymond O'Flanagan, el bajo de su vestido estaba impecable y no había el menor rastro de barro en sus botas. Charlotte respiró hondo antes de llamar.

—Buenos días, señorita —saludó un mayordomo, a quien Charlotte no había visto nunca.

—Buenos días.

—¿Podría ayudarle en algo?

—Quisiera hablar con el señor O'Flanagan, por favor.

—¿A quién debo anunciar? —preguntó sin invitarla a pasar, custodiando la puerta igual que un perro guardián.

—A Charlotte. Charlotte Lacroix. La hermana de Hortensia O'Flanagan.

La mención de Hortensia surtió efecto.

—Pase, por favor —invitó diligentemente el mayordomo, una vez hubo comprobado que la desconocida era digna de atravesar el

umbral—. Si me disculpa, voy a avisar al señor. Puede esperar en el saloncito —dijo, acercándose a una puerta de doble hoja y señalando el interior con un elegante y lento movimiento de la mano.

Charlotte le dio las gracias y entró en la habitación.

Un minuto después, Raymond O'Flanagan en persona aparecía en el saloncito.

—Qué agradable sorpresa —dijo, yendo al encuentro de Charlotte en mangas de camisa.

—Buenos días, señor O'Flanagan —saludó, dejando que el padre de Brian y Scott le diera un cariñoso beso en la mejilla—. Espero no haber sido inoportuna. Tal vez debería haberle enviado una nota antes de venir.

—Por favor. La familia no necesita anunciarse. Pero me temo que llegas tarde. Beatriz no está. De hecho, se acaba de marchar. Iba a visitar a Brian y a Hortensia. ¡Estas mujeres! —Suspiró—. Ha dicho que se moría de ganas de saber cómo les había ido todo. Una madre siempre echa de menos a sus hijos. Ya sabe, ahora que Brian y Peter se han trasladado y que Scott se ha marchado…

—Lo entiendo —acertó a decir.

—Una pena —se lamentó Raymond—. A Beatriz le hubiese gustado mucho saber que has venido a verla.

—Me hubiese gustado mucho ver a la señora O'Flanagan, pero lo cierto es que quería hablar con usted.

—¿Conmigo?

Charlotte asintió.

—Quería pedirle algo.

Raymond se sentó en la butaca que quedaba justo enfrente de Charlotte.

—Quisiera trabajar en su periódico.

Directa y clara, pensó Raymond. A Raymond le gustaban las personas con carácter y decisión. Le gustó aquella mujer desde el mismo instante en que había anunciado públicamente que Noah era su hermano. Hacía falta mucho valor para hacer algo así. De un solo movimiento había dejado a todos los hipócritas reunidos a la mesa en su lugar. Y lo había hecho con estilo. Raymond había disfrutado de lo lindo de toda la escena. Además, había oído rumores sobre la relación demasiado estrecha que mantenía Scott con Charlotte.

Aunque en un primer momento no había dado demasiada importancia a los comentarios, cuando en la boda de Hortensia y Brian comprobó que Charlotte y Scott no se dirigían la palabra, tuvo la certeza de que eran ciertos. Más aún, supo que su hijo

estaba enamorado de Charlotte. Raymond estaba convencido de que la mujer de ojos verdes y carácter apasionado que tenía frente a él tenía mucho que ver con la repentina decisión de su hijo de abandonar la ciudad. Por un momento, había pensado que la petición de Charlotte iba a estar relacionada con su hijo.

—¿Trabajar en el periódico? —repitió, sorprendiéndose una vez más de lo poco que conocía a las mujeres.

—Lo sé —se adelantó Charlotte, antes de que Raymond tuviera tiempo de decir nada—. Sé que no es común que una mujer quiera ser periodista. Tal vez se escandalice. Pero le garantizo que puedo hacerlo. Sólo quiero una oportunidad —se defendió apasionadamente—. Le prometo que no le defraudaré.

La pasión con la que Charlotte habló le recordó a Scott. Al Scott anterior a la muerte de su tío Lead. A aquel muchacho impetuoso y soñador que no se había dejado atrapar todavía por las afiladas zarpas del cinismo.

—Hablaré con el editor.

—¿De veras? ¿No va a intentar persuadirme? ¿No se va a escandalizar?

—No me escandalizo con facilidad —se rió—. Si eres capaz de hacer un buen trabajo, el puesto será tuyo. Pero has de saber que el hecho de ser mujer o miembro de mi familia no te granjeará ningún trato especial. Tendrás tu oportunidad —prometió—. Pero serás como el resto de los empleados. Entrarás a prueba, y si después de un mes el editor considera que eres válida, el trabajo será tuyo.

Charlotte se levantó de un salto y lo abrazó efusivamente.

—Le aseguro que no se arrepentirá, señor O'Flanagan.

33

Cuando Hugo Spelman descubrió a su jefe parado delante de la puerta de su oficina, se quedó de piedra. En los veinte años que llevaba al frente del periódico, Raymond O'Flanagan jamás había puesto un pie en su interior. Cada vez que quería comunicarle algo, simplemente le mandaba a uno de sus innumerables acólitos con el recado, o le invitaba a presentarse en el cuartel general, un edificio situado junto al Old State House, desde donde Raymond, ayudado por un ejército de abogados y contables, dirigía su imperio comercial.

Cualquier petición de Raymond O'Flanagan debía ser cumplida. Pero el hecho de que hubiese abandonado su despacho en su torre de marfil y se hubiera dirigido hasta Hugo en persona revelaba que tenía un interés especial en este asunto en cuestión. La conversación fue breve. Raymond informó al editor de que al día siguiente una joven empezaría a trabajar en el periódico. Estaría a prueba durante un mes, y si en ese espacio de tiempo la mujer no era capaz de cumplir con su trabajo, Hugo tendría las manos libres para despedirla.

Aun así, Hugo Spelman no las tenía todas consigo. A pesar de lo que O'Flanagan le había asegurado, el problema no tenía fácil arreglo. Porque si algo tenía claro el astuto editor, era que tanto si la despedía como si no lo hacía, él saldría perdiendo.

Dos días después de su incorporación, Charlotte se presentó en su despacho.

—Disculpe.

—¿Sí? —respondió, muy seco.

—Me preguntaba si podría hablar con usted.

Sólo dos días y la mujer ya empezaba a incordiar. Si hubiese sido cualquier otro de sus empleados le habría despedido con cajas destempladas, pero Hugo era demasiado caballeroso para hacer lo mismo con una mujer, por muy empleada suya que ésta fuera.

—Pase, señorita Lacroix.

Charlotte permaneció de pie hasta que su jefe la invitó a

sentarse.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Señor Spelman, lamento mucho importunarle —dijo con expresión angelical—. Sé que no hace más de dos días que me he incorporado a su periódico, y ante todo quiero que sepa que estoy encantada de que haya confiado en mí y me haya dado una oportunidad. No quiero que piense que soy ninguna desconsiderada y malagradecida, pero me temo que si sigo sentada en mi mesa no tendré oportunidad de demostrarle mi valía.

Hugo carraspeó. Estaba molesto. Él había decidido librarse del problema sentándola en una mesa apartada y teniéndola ocupada con el cumplimiento de unos impresos que hasta un escolar podía rellenar.

—Me temo, señorita Lacroix, que es todo lo que le puedo ofrecer por el momento. Tal vez más adelante, cuando conozca mejor el funcionamiento del periódico…

—Entiendo —Charlotte miró a Hugo Spelman a los ojos.

Él nunca había reparado en los ojos de la joven, y teniéndola enfrente le resultó increíble que pudiera haberlos ignorado hasta ese momento.

—Hablemos claro —dijo Charlotte, abandonado su papel de mujer indefensa—. Usted no me quiere aquí.

Spelman fue a decir algo, pero para qué negar lo evidente.

—No, no hace falta que diga nada. Lo comprendo. Sé que está en una situación difícil. No me quiere aquí, pero tampoco quiere decirle al señor O'Flanagan que su recomendada va a ser despedida.

—Veo que entiende perfectamente la situación.

—La entiendo. Y estoy dispuesta a ofrecerle una solución.

Hugo se puso alerta. Tal vez se había dejado engañar por el acento sureño y el aspecto de la joven, pero desde luego se trataba de una mujer con carácter.

—La escucho.

—Usted quiere librarse de mí. Mientras que yo tan sólo quiero demostrarle que puedo hacer el trabajo. Sólo le pido una oportunidad. Démela y si no cumplo yo misma renunciaré.

Hugo la miró. El plazo de prueba de un mes propuesto por O'Flanagan pasaría rápido, pensó Spelman, sopesando la solución que Charlotte le acababa de ofrecer a su problema. Si lo que la muchacha quería era salir a las calles, se lo concedería.

—Me parece justo.

Charlotte le tendió la mano.

—Trato hecho —dijo Charlotte, apretando con firmeza la mano

del editor.

—Trato hecho —repitió Spelman, satisfecho tras haber encontrado el modo de librarse de la joven.

Al día siguiente Charlotte se levantó al alba. Se puso sus botas más cómodas, metió unas hojas de papel y un lapicero en su bolso y corrió en la redacción.

—Buenos días, señor Spelman —saludó a su jefe desde su mesa, cuando entró en la sección que ocupaba.

—Señorita Lacroix. Veo que ha madrugado.

—Estoy ansiosa por empezar —contestó con agilidad.

Él le hizo un gesto con el brazo para que lo siguiera.

Charlotte saltó de su silla y siguió a su jefe al interior de su despacho.

Hugo Spelman se quitó el abrigo y el sombrero con calma, lo colgó de un perchero y se sentó.

—Siéntese —ordenó.

Charlotte obedeció y permaneció en silencio mientras su jefe extendía sobre la mesa unas diminutas tarjetas donde estaban garabateadas las diferentes noticias que debían cubrirse esa jornada.

La mirada astuta de Hugo Spelman fue saltando de una tarjeta de papel a otra hasta detenerse en una colocada cerca del extremo de la mesa. La cogió y sonrió.

—Señorita Lacroix —informó, tendiendo a Charlotte la tarjeta—. Hoy cubrirá su primera noticia.

La mano de Charlotte tembló de emoción.

—Marinero muerto por arma blanca en el puerto —leyó ella en alto, sintiendo que se quedaba sin aliento.

—Al parecer el hombre se desangró en plena taberna sin que nadie viera nada.

—¡Dios mío!

—Sucedió en el norte. En la calle Ana.

—Disculpe, ¿ha dicho usted la calle Ana?

—Sí. A la altura del puerto.

Tragó saliva.

—¿Quiere usted decir la zona conocida como Mar Negro?

—La misma.

Charlotte sintió un escalofrío. Incluso una recién llegada como ella sabía qué sitios había que evitar.

—Si no se cree capaz… —aprovechó para decir Spelman, comprobando satisfecho que el rostro de la joven acababa de quedarse sin color, y extendió su mano para recuperar la tarjeta.

Las aletas de la nariz de Charlotte se movieron, lo miró a los

ojos fijamente y apretó la tarjeta contra su pecho.

—No hay ningún problema —dijo, introduciendo el papel en su bolso—. Marinero muerto en North End —repitió, poniéndose en pie.

Al salir a la calle estaba tan furiosa que no vio el charco que se había formado en medio de la vía.

—¡Lo que faltaba! —clamó, con el agua hasta los tobillos—. ¡El muy tirano está muy equivocado si cree que le va a resultar tan fácil librarse de mí! —exclamó en voz alta, haciendo que varios viandantes se volvieran hacia ella—. Hace falta algo más sutil que mandarme al peor lugar de la ciudad para que yo renuncie —murmuró.

Si por un momento Spelman hubiese creído que aquella mujer era tan imprudente y estúpida como para atreverse a adentrarse sola en aquella calle llena de criminales y prostitutas donde hasta la policía evitaba aventurarse, la habría atado a una silla y se la hubiera devuelto él mismo a Raymond O'Flanagan en el acto. Pero estaba convencido de que antes de que la recomendada de su jefe, con sus elegantes botas y modales sureños, dejara el mercado de Faneuil Hall y descubriera las primeras inmundicias que nadie se molestaba en retirar de las calles cercanas a la zona de Mar Negro, daría media vuelta y echaría a correr tan rápido que se le borraría de un plumazo la ridícula idea de que una mujer podía ser periodista. Buscaría un marido y como toda joven respetable se quedaría en su casa, de donde no tenía que haber salido en ningún momento.

Pero Spelman no conocía a Charlotte.

Si no hubiese sido por su maldito orgullo, Charlotte habría escuchado su sentido común y habría echado a correr en cuanto el primer marinero borracho sin dientes y una costra de suciedad se acercó balanceándose hasta ella y le ofreció un par de monedas para que le hiciera compañía.

Aceleró el paso.

A su alrededor, la suciedad campaba a sus anchas.

Algo pequeño y peludo correteó en un oscuro callejón.

En un montón de desperdicios cercano, una pareja de ratas peleaba por hacerse con la cabeza de un pescado que sobresalía entre la basura.

Charlotte tuvo que taparse la boca para contener un grito.

Cerró los ojos y se obligó a respirar con calma, conteniendo sus deseos de echar a correr. No podía rendirse, se dijo, obligando a sus piernas a permanecer clavadas en el suelo. Ella era Charlotte, hija

de Katherine Lacroix y no iba a permitir que un miserable y peludo animal la doblegase.

Abrió los ojos y miró al callejón. Habían desaparecido. Ahora debía encontrar esa maldita taberna.

No fue difícil localizar el cuchitril donde había muerto el desdichado. Sin encomendarse a nadie, Charlotte irrumpió en el interior y se dirigió directamente hacia el hombre que permanecía tras la barra.

—¡Disculpe! Soy Charlotte Lacroix, del *Boston Universal*. Me preguntaba si podría contarme lo sucedido al marinero fallecido en este establecimiento ayer por la noche.

El hombre la miró de arriba abajo y aplastó de un manotazo una mosca que había ido a posarse en un vaso de ginebra.

—Yo no sé nada —dijo dándole la espalda.

Charlotte buscó a su alrededor. Pero sólo había otra persona y estaba demasiado borracha para preguntarle nada.

—Señorita —le llamó el tabernero cuando Charlotte se disponía a marcharse con las manos vacías—. Le voy a dar un consejo. Éste no es lugar para usted. Si sabe lo que le conviene, deje de meter las narices donde no le importa y vuelva a la parte de la ciudad de donde se haya escapado.

Consciente de que no había nada que ella pudiera hacer o decir para hacerle cambiar de opinión, Charlotte sorteó la sospechosa mancha oscura que había sobre la tarima y salió a la calle.

Tenía que encontrar una solución. Desmoralizada, se sentó en una vieja caja de madera tirada junto a la boca de un callejón y observó a la gente.

—¿Cansada? —le preguntó una voz de mujer.

—Agotada —respondió, volviéndose a la mujer que se había recostado sobre la fachada del edificio contiguo y que evidentemente se trataba de una prostituta.

—No te había visto nunca por aquí. ¿Nueva?

—Acabo de llegar.

La mujer se tomó su tiempo para estudiar a Charlotte.

—Eres demasiado bonita para ser una puta.

—Soy periodista. O al menos pretendía serlo.

La mujer hizo ademán de marcharse.

—¡No te vayas, por favor!

—Lo siento. No puedo hablar.

Los ojos de Charlotte le suplicaban su ayuda.

—Te prometo que nadie sabrá que has hablado conmigo. Te doy mi palabra. Puedo pagarte.

Ella miró a los lados. Nadie parecía verlas.

—En Faneuil Hall, esquina North Market con Comercial dentro de una hora.

—Esquina Market con Comercial —repitió, poniéndose en pie.

—Y ahora vete. No es seguro que me vean contigo.

Charlotte no se sintió tranquila hasta que reconoció el edificio del mercado donde solía ir a comprar cada mañana. Tras salir ilesa de la zona más deprimida e insegura de la ciudad, se prometió que nunca más volvería a hacer una locura semejante.

Ya era cerca del mediodía, y Faneuil Hall seguía abarrotado de gente que intentaba, mediante empujones y codazos en muchos casos, abrirse paso hasta la primera fila de los numerosos puestos que abastecían de género fresco los hogares de Boston.

Charlotte compró una empanadilla de carne en un puesto callejero y se la comió de pie en la esquina del edificio entre North Market Street y Comercial.

Su confidente llegó con veinte minutos de retraso. Charlotte terminaba una segunda empanadilla cuando la vio.

—Lo siento —se disculpó—. Estaba con un cliente.

—Gracias por venir. —La mujer miró de reojo el último pedazo de empanada—. ¿Tienes hambre?

Asintió.

—¿Entramos? —propuso Charlotte, señalando el café que tenían a su espalda.

Volvió a asentir.

Charlotte la guió hasta allí. Una vez dentro, se instalaron en una mesa apartada de las miradas de la gente.

—¿Qué te apetece tomar?

Al no obtener respuesta, Charlotte encargó que le sirvieran un trozo de pastel a la mujer, y dos tazas de té.

Prácticamente lo devoró.

—Me llamó Charlotte Lacroix —se presentó cuando su acompañante terminó.

—Yo soy Gertrud —dijo, limpiándose con la mano los restos de comida adheridos a la comisura de los labios.

Hasta entonces Charlotte no se había fijado en ella. Su cabello era largo y abundante. Lo llevaba suelto y aunque parecía castaño, estaba tan sucio y grasiento que era difícil adivinar su verdadero color. Un largo mechón le cubría casi todo el lado izquierdo de la cara. En su labios aún podían apreciarse restos de carmín, y cuando dio el último bocado al bizcocho, pudo comprobar que conservaba todos los dientes. Charlotte intentó adivinar la edad de aquel rostro

delgado y consumido. Debía de tener cerca de treinta y cinco años.

—¿Puedo preguntarte qué edad tienes?

—Cumplí veintitrés hace un mes.

—…Veintitrés —repitió incrédula Charlotte, incapaz de creer que la mujer que estaba frente a ella tenía su misma edad.

Cuando se retiró el cabello del rostro para probar el té, Gertrud dejó al descubierto sobre su ojo un feo moretón que no estaba unas horas antes.

—¡Dios mío! ¿Qué te ha pasado?

—No es nada —dijo, volviendo a cubrir el golpe con rapidez—. Mi jefe. Tenía un mal día.

—Lo siento muchísimo.

Ella quitó importancia al asunto con un gesto de la mano.

—Estará bien en unos días. Normalmente no nos pega en la cara. Ya sabes, no quiere que estemos feas —trató de defenderlo—. La policía ha estado haciendo muchas preguntas por la zona a cuenta del asesinato, y siempre que aparece se pone nervioso.

—¿La policía?

Gertrud adoptó un aire misterioso.

—Una cosa es que haya reyertas, pero no es normal que un hombre entre en un bar lleno de gente con el cuello rebanado y muera desangrado en el suelo.

—Es terrible. No sabía que había muerto de una forma tan horrible.

—Pobre Gilbert.

—¿Acaso lo conocías?

—Era un habitual —dijo sin ningún pudor—. Tenía la mala costumbre de hablar demasiado. Horas antes de morir me contó muy orgulloso que estaba haciendo tratos con gente importante.

—¿Qué clase de tratos?

—No estoy segura… —titubeó—, pero últimamente manejaba mucho dinero. Un día comentó algo sobre un hombre de la alta… —reflexionó—. Nunca me dijo su apellido pero creo que era banquero. Según me contó Gilbert, el hombre le pagaba todas las semanas para que mantuviera la boca cerrada.

—¿Quieres decir que le hacía chantaje?

Ella calló. El silencio de la chica confirmó sus sospechas.

Hablaron cerca de una hora. Charlotte apuntó todos los datos importantes y prometió que no revelaría a nadie la información que le había dado Gertrud. Le dio los dos únicos billetes que llevaba en el bolso y le hizo aprenderse la dirección del periódico, por si se enteraba de algo nuevo o se encontraba en apuros.

Gertrud tuvo que repetir el nombre de Charlotte y la dirección del periódico tres veces para que la dejara marchar.

Al llegar a casa, Charlotte tenía suficiente información para escribir tres columnas. Se encerró en su habitación y escribió hasta altas horas de la noche. Tuvo especial cuidado en proteger la identidad de su fuente. Tras repasar lo escrito por enésima vez, tomó la pluma y escribió su nombre con letras grandes y claras. La carrera periodística de Charlotte Lacroix acababa de empezar.

Cuando Hugo Spelman leyó el artículo tuvo que reconocer, mientras sus dientes chirriaban, que se había equivocado. Publicó el reportaje firmado por Charlotte Lacroix en primera página. El artículo titulado EL ASESINATO DEL CHANTAJISTA fue un éxito. Pronto le siguieron otros artículos de igual repercusión. Por más que Hugo Spelman insistió, no consiguió que Charlotte le revelara jamás sus fuentes. No importaba si se trataba de un asunto de la alta sociedad, o de un robo. De alguna forma aquella mujer siempre conseguía meter su nariz un poco más allá que el resto de periodistas. Sus columnas, frescas y siempre reveladoras, conseguían enganchar al lector y creaban opinión.

Charlotte llevaba cerca de diez minutos intentando sin éxito dar con una palabra que pusiera el broche de oro a su último artículo, cuando el muchacho que se encargaba de hacer los recados se paró junto a su mesa con un sobre en la mano.

—¿Señorita Charlotte?

—¿Sí, Albin?

—Nos han entregado esta carta a su nombre.

El sobre estaba cerrado y venía sin remite. El nombre de Charlotte Lacroix aparecía claramente.

—¿Sabes quién lo ha traído?

—Un botones del Edward's.

—¿Del hotel?

—Eso creo, señorita.

—Gracias, Albin.

—De nada, señorita Lacroix —respondió el muchacho embelesado, mientras corría escaleras abajo para regresar a su puesto en la puerta del edificio.

Charlotte miró una vez más el sobre. Estaba intrigada. Sacó con cuidado el pliego de papel y lo extendió sobre su mesa. En la parte superior derecha podía distinguirse con claridad el característico membrete con forma de corona del hotel Edward's.

La nota era escueta.

Alguien que firmaba como un amigo quería verla. La esperaba

en el hotel.

—Está bien —aceptó en voz alta—. Veamos qué tiene que contarnos el misterioso amigo.

Charlotte se puso el abrigo, se colocó su sombrero con cuidado y guardó la nota en su bolso. Después tomó la pluma y escribió la palabra que había estado buscando.

—¡Perfecto! —exclamó satisfecha, abandonando la oficina.

Aunque nunca se había alojado allí, había tenido la oportunidad de visitarlo por cuestiones de trabajo. La palabra lujo era insuficiente para describir el mármol y los tapices que colgaban de las paredes del recibidor del hotel. Charlotte avanzó sobre una alfombra persa de grandes dimensiones y color azul hasta la recepción.

—Buenos días —saludó—. Soy Charlotte Lacroix. Me esperan.

El recepcionista era un hombre adulto que llevaba un impecable traje de color negro y no dejaba de sonreír.

—Si me permite —dijo, mientras indicaba a un botones que se acercara—, él la acompañará. Le esperan en el salón Oriental.

Charlotte le dio las gracias y siguió al muchacho. Cada cinco pasos su guía se detenía y con una reverencia le indicaba que lo siguiera. Avanzaron por el pasillo hasta unas puertas de doble hoja que permanecían cerradas. El chico las abrió, hizo otra reverencia y la invitó a pasar, y tras inclinarse por última vez, cerró las puertas y salió.

—Qué hermoso —dijo Charlotte, una vez dentro, admirando la decoración de estilo oriental.

La habitación estaba en penumbra.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó mientras avanzaba cautelosa.

—*Bonjour* —le respondió una voz en francés desde uno de los sillones colocados en un rincón del salón.

Charlotte sintió cómo algo en su interior se estremecía a medida que el rostro del desconocido iba materializándose frente a ella.

—¡Dios mío! —gritó llevándose las manos a la boca—. ¡Abuelo! —gritó de nuevo, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¡Mi pequeña! —dijo el anciano sollozando, mientras abrazaba a su nieta—. ¡Os he buscado tanto! Creí que nunca volvería a veros…

—¿Cómo nos has encontrado?

—Contraté detectives y los mandé en vuestra busca. Pero no lograron nada. Y entonces…

Su abuelo metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y le entregó algo.

Era una de las monedas de oro que su abuelo les había regalado en sus cumpleaños y que habían vendido poco después de llegar a Boston para conseguir dinero.

—Llegó a mis manos cuando había perdido toda esperanza. La moneda la había comprado un joyero de Nueva Orleáns en un viaje a Boston.

Acurrucada sobre su abuelo, Charlotte sintió que volvía a estar en casa. Sólo habían pasado tres años desde la muerte de su madre, y sin embargo parecía tan cambiado… Estaba más delgado y aunque todavía no se había puesto de pie, Charlotte descubrió cómo el peso de los años había acabado por doblegarlo. Los ojos pequeños y oscuros de Gastón Lacroix estaban cubiertos por un velo de tristeza.

—¡Pensar que te vendió como a un animal! —clamó, cerrando el puño con furia.

Charlotte lo miró sorprendida.

—Tu propio padre tuvo la desfachatez de contarme todo lo sucedido cuando fui a buscaros. Si le hubieses visto mientras me lo decía. Orgulloso, imperturbable… ¡Le habría matado con mis propias manos! No sabes lo cerca que estuve de hacerlo. Pero en el fondo sabía que de alguna manera yo era el responsable.

—¿Tú?

—*Oui*, mi niña. ¿Cómo podía pedirle cuentas por algo que yo había hecho durante toda mi vida? Así he pagado mi soberbia. Quién iba a decir que mi propia sangre terminaría recibiendo el trato que yo he dispensado durante años a cientos de hombres y mujeres. ¿Por qué no acudisteis a mí?

—No podíamos, abuelo. Teníamos miedo. Después de lo sucedido, nuestra situación… Noah y yo seguimos siendo dos esclavos fugitivos.

—Os hubiese ayudado.

Él tomó el rostro de su nieta entre sus manos.

—¿Pensaste que no la querría, que repudiaría a Hortensia igual que había hecho vuestro padre?

—Ya no importa, abuelo.

El pesar y la culpa volvieron a posarse sobre Gastón Lacroix. Ellas no habían confiado en él. Habían temido que fuera como David.

—Las dos sois mis nietas. Os adoro. Sois las hijas de mi querida Katherine. Os quiero.

—Todo está bien, abuelo —trató de animarlo—. Hortensia ha encontrado a un hombre maravilloso, Noah será médico y yo… yo

correteo metiendo la nariz en todas partes. El tiempo ha cerrado las heridas —susurró dulcemente, dando gracias a la vida.

—*Mon Dieu*! —exclamó él, exultante de felicidad, acariciando el rostro de su nieta. La vida le había regalado una segunda oportunidad.

Cuando Brian le comunicó que tenía visita, Hortensia pensó que las mujeres con las que se había comprometido a colaborar en un acto benéfico y que iban a reunirse en su casa, se habían adelantado.

—Creí que la cita era dentro de media hora —le dijo a su marido mirando el reloj de la pared.

Brian no dejaba de sonreír.

—Pensaba que ibas a salir —declaró intrigada, al comprobar que no parecía tener la menor intención de abandonar la sala sin ella.

—Creo que me quedaré en casa. Para atender a las visitas. Por cierto, no deberías hacerlas esperar —le dijo tomándola de la mano y obligándola a seguirle.

—¿Sabes que hoy estás muy misterioso?

—¿Tú crees, cariño? Te esperan en la salita —le dijo Brian cuando hubieron bajado la escalera.

Cuando atravesó el umbral no podía sospechar que estaba a punto de recibir la sorpresa más hermosa de su vida.

Al descubrir a su abuelo frente a ella, Hortensia lanzó un grito de emoción y se abalanzó sobre él.

Gastón Lacroix abrió los brazos y sonrió.

—*Ma petite* Hortensia —susurró abrazándola.

—¡Abuelo! —repitió llorando de felicidad.

Charlotte, que había acompañado a su abuelo hasta la casa de Hortensia, contempló el reencuentro junto a Brian.

—¿Cuándo has llegado? —le preguntó, sin dejar de abrazarlo.

—Esta mañana. Mandé una nota a Charlotte nada más llegar.

—¡Qué feliz soy, abuelo!

—Mi querida niña. ¡Cuánto he deseado este momento!

Hortensia y su abuelo permanecían todavía fundidos en un abrazo. De repente Hortensia se separó ligeramente del anciano y su semblante se empañó.

—¿Qué te pasa, *ma petite*?

—Hay algo que tienes que saber, abuelo. Hace mucho que debimos habértelo contado.

Gastón Lacroix levantó la barbilla de su nieta con delicadeza.

—No hay nada que tenga que saber, mi niña. Nada aparte de que mis nietas, las dos niñas que mi pequeña quiso con todo su

corazón y que yo creí haber perdido para siempre, han vuelto a mi lado. Te quiero *ma petite*, mi dulce Hortensia. Y te querré pase lo que pase.

Su abuelo lo sabía, sabía que era la hija de una esclava, y sin embargo la quería. Hortensia se dejó abrazar y lloró de alegría.

Gastón Lacroix se quedó en casa de Hortensia y Brian por espacio de un mes, antes de regresar a Nueva Orleáns. Prometió volver en verano. Y en esa ocasión, le acompañaría el resto de la familia.

Sin embargo, en el horizonte retumbaban los tambores de guerra, y ninguno de ellos podía imaginar que pasarían cuatro largos años antes de que el caprichoso destino les permitiera unir de nuevo sus caminos.

34

Aquella mañana de comienzos de abril de 1861, Charlotte entró en la redacción tratando de no llamar la atención. En el medio año que llevaba en el periódico, sólo el primer día había logrado llegar a su hora.

—Buenos días, Frank —saludó Charlotte, deshaciéndose rápidamente del abrigo y escurriéndose a escondidas en su silla, sin quitar ojo de la puerta del despacho de Spelman.

—Hola, Charlotte —le contestó el hombre de rostro redondo y generoso estómago de la mesa contigua, que se encargaba de la crónica de economía—. Puedes estar tranquila. Todavía no ha llegado.

—Menos mal. Hoy no tengo ninguna gana de soportar la retahíla de Spelman.

—Si al menos llegases puntual algún día…

—Lo sé. Lo sé —se disculpó—. Pero ayer se me hizo tardísimo. Fui a una recepción en casa del gobernador y me retiré entrada la madrugada. Apenas he dormido.

Frank levantó la línea oscura y continua en la que se fundían sus dos cejas.

—Eres increíble, Charlotte.

—Pero dime. ¿Qué novedades hay? ¿Por qué no está el jefe en su despacho?

—Ha ido a ver a Raymond O'Flanagan. Parece que se está cociendo algo serio —le susurró confidencialmente.

—Vaya. Ahora que lo dices. En la fiesta de ayer había bastante más movimiento de lo normal. Los hombres estuvieron encerrados mucho tiempo y cuando salieron sus rostros parecían preocupados.

—Entonces no hay duda.

—¿A qué te refieres, Frank?

—He escuchado rumores.

—¿Qué rumores?

—Al parecer han bombardeado Fort Sumter.

—¡Dios mío! —exclamó Charlotte, plenamente consciente de las

consecuencias de aquella acción.

No podía creerlo. A pesar de que la situación política se había enrarecido mucho desde que siete de los estados del Sur se separaron de la Unión, Charlotte nunca pensó que llegarían a las armas. Sin embargo, cuando Fort Sumter, en Carolina del Sur, con una guarnición del ejército de la Unión en su interior fue sitiado, el cariz del asunto se tornó aún más oscuro. Los confederados exigían la entrega del fuerte y la rendición de la bandera de barras y estrellas de la Unión para ser sustituida por la de siete estrellas y franjas de los recién nacidos estados confederados. Pero Lincoln, el nuevo inquilino de la Casa Blanca, no estaba dispuesto a claudicar, y el asedio de Fort Sumter se había convertido en una carrera de resistencia, donde cualquier error podía conducir a un desenlace fatal.

La palabra «guerra» machacó su cabeza durante el resto del día. Camino de casa, Charlotte tropezó con varios grupos de manifestantes llamando a la lucha. La gente vitoreaba y se reía mientras alguien lanzaba un nuevo eslogan que era coreado con rapidez por una muchedumbre enfervorizada. Parecía una fiesta. ¿Es que no quedaba nadie en el país con un poco de cordura? ¿Acaso el mundo se había vuelto loco? Cuando Charlotte llegó a casa, se sentía terriblemente deprimida. Buscó la llave en el bolsito que colgaba de su muñeca y la metió en la cerradura.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que no se percató de la figura que esperaba junto a la casa.

—¡Brian! —exclamó Charlotte, dando un bote—. ¿Hortensia está bien?

Embarazada de varios meses, Hortensia se había encontrado algo indispuesta en las últimas semanas, y Charlotte se asustó al pensar que la visita de Brian pudiera deberse al estado de su hermana.

—Sí, no te preocupes. Ella y el bebé están bien. Pero necesitaba hablar contigo.

Brian esperó a que abriera la puerta y la siguió. El colgador de la entrada estaba tan saturado de cosas que Charlotte tuvo que dejar su abrigo sobre la barandilla de la escalera.

—Siéntate, por favor —invitó Charlotte, dejando caer al suelo una pila de periódicos que ocupaban el sofá—. ¿Quieres tomar algo? Hay un poco de té.

—No. Gracias, Charlotte.

Brian estaba muy serio.

Charlotte estaba empezando a preocuparse.

—Dime, ¿qué es lo que sucede?

—Supongo que habrás escuchado los rumores.

—Te refieres a… la guerra.

Brian asintió.

—No son más que rumores, Brian. En unas semanas todo habrá pasado.

—Esta vez no, Charlotte. Fort Sumter no resistirá mucho. Si no llegan los refuerzos se quedarán sin municiones en unas horas. Tendrán que rendirse.

—Entonces, todo habrá terminado en unas horas —exclamó, queriendo colarse por la última rendija de esperanza que le daba la palabra rendición.

—No te engañes. El Norte no puede pasar por alto esta ofensa. Lincoln no lo olvidará. No puede hacerlo. De hecho, con el ataque al fuerte, el Sur le ha dado a Lincoln la excusa que necesitaba para responder.

Charlotte sintió cómo su estómago se encogía.

—He sido convocado para unirme al gabinete de crisis. Parto para Washington dentro de dos días. Ya no hay marcha atrás. La guerra es un hecho.

—¡Pero… no puede ser! ¡Alguien tiene que hacer algo para impedir esa locura!

—Ya no se puede detener.

Charlotte, que había permanecido de pie desde que llegaron, se sentó. Necesitaba pensar.

—¿Y Hortensia? ¿Lo sabe?

Brian parecía cansado.

—Aún no. No he tenido valor para decírselo. Por eso estoy aquí, Charlotte. Necesito saber que Hortensia estará bien. Todavía faltan unos meses para que nazca el bebé, pero no quiero que esté sola. Ella no quiere ir a casa de mis padres, y aunque ellos viven en la misma calle, me sentiré mucho más tranquilo si sé que estás con ella. Quería pedirte que en mi ausencia fueras a vivir a Beacon Street con Hortensia y Peter.

Charlotte asintió. No le gustaba dejar su casa, pero no quería abandonar a su hermana.

—Puedes estar tranquilo, Brian. Mañana mismo me trasladaré allí.

—Gracias, Charlotte. Me voy mucho más tranquilo sabiendo que Hortensia no se queda sola.

Brian recogió su sombrero y se puso en pie. Charlotte lo acompañó hasta la puerta.

—¿Cuándo le dirás que te marchas?

—Esta noche —respondió, calándose el sombrero.

Tras la caída de Fort Sumter, el joven sureño con el que Noah había tenido un encontronazo el primer día de clase, y el resto de estudiantes de los estados confederados, habían abandonado la universidad y regresado a sus hogares.

A mediados de mayo aún no había tenido lugar ninguna batalla.

—Caballeros —dijo el profesor Watson al terminar la clase de anatomía—. Como ya saben, hoy concluye la primera fase de su formación. Tras este período de varios meses dedicado a la adquisición de conocimientos teóricos, durante los siguientes años se prepararán en el aspecto práctico del ejercicio de la medicina. Para ello, cada uno de ustedes ha sido asignado como asistente de un profesional con reconocido prestigio que les ayudará a completar su formación y a adquirir la experiencia necesaria para convertirse en médicos. Encontrarán en el tablón de anuncios la lista con los nombres de los doctores y sus respectivos asistentes, así como el hospital en el que ejercen. Pueden retirarse.

Los nombres de los mejores profesionales y hospitales de la ciudad estaban en aquel papel.

Cuando Noah dio con los suyos sintió que todo su esfuerzo no había servido para nada.

El doctor Watson trataba de descifrar la letra de uno de sus alumnos, cuando llamaron a la puerta. El profesor elevó sus pupilas por encima de las gafas que se había puesto para leer.

—¡Ah!, es usted —dijo, reconociendo al alumno que esperaba su permiso para traspasar el umbral—. Puede pasar.

Noah obedeció y se acercó hasta la mesa del profesor.

—Disculpe, profesor Watson.

El profesor se quitó las gafas y lo miró con fijeza.

—Pensé que vendría. Aunque la verdad, no creí que tardase una semana en hacerlo.

Noah no dijo nada. Había sido muy difícil para él tomar la decisión que le había llevado hasta allí.

De rostro enjuto, lucía una barba blanca cerrada y bien cuidada. Aunque caminaba ligeramente encorvado, sus dedos eran largos y ágiles, y su pulso firme. Estaba considerado como el mejor cirujano de la ciudad.

—¿Y bien, señor Lacroix?

El profesor lo miraba a los ojos. Noah no sabía cómo empezar. Siempre había aceptado las cosas tal y como se le ofrecían. Siempre hasta ahora.

—Yo… —comenzó a decir, sin saber lo que ocurriría—. Yo simplemente quería saber si habría alguna posibilidad de que pudiera hacer mis prácticas en algún otro lugar.

A diferencia del resto de sus compañeros, el nombre de Noah no había aparecido asociado al de ningún médico. Junto a él se habían limitado a escribir una planta del hospital que estaba al otro lado de la calle.

El Hospital General era una institución de beneficencia destinada a la gente sin recursos. Los médicos de prestigio ejercían en sus consultas privadas lejos de aquellos edificios saturados de pacientes. Y en caso de caer enfermos ninguno de los ricos mecenas que lo mantenían abierto se hubiesen atrevido a poner un pie en su interior en busca de ayuda.

—Entiendo —asintió el profesor—. Cree que merece algo mejor.

—Yo no quise decir eso.

—Tal vez no lo dijo, pero es exactamente lo que quería decir.

Noah estaba cansado. No quería ir a aquel nido de cucarachas del que escapaban los médicos en cuanto podían, y donde los enfermos podían morir de una simple infección como consecuencia de unas condiciones de salubridad insuficientes. Ningún estudiante que pretendiera convertirse en un buen médico querría ser destinado a aquel lugar abandonado y sin medios.

—Así es, señor —reconoció, dejando que por una vez en la vida sus deseos se impusieran—. Considero que si mi color hubiese sido diferente no se me habría asignado al hospital, sino que como al resto mis compañeros de clase estaría destinado a la consulta de cualquier doctor de la ciudad.

El profesor Watson, que no le había quitado ojo en ningún momento, guardó silencio por un momento.

—Es cierto —asintió sin ningún disimulo—. Pero usted no es como los demás, señor Lacroix, y lo sabe. No me mire así. Yo no tengo ningún tipo de prejuicio al respecto. Cualquier cirujano sabe que no hay diferencias entre los hombres. Es usted un hombre brillante. Tal vez sea el mejor alumno que he tenido jamás. Pero no crea que las cosas serán fáciles para usted. Porque tiene razón. Si las circunstancias hubiesen sido diferentes, mañana usted empezaría sus prácticas muy lejos del hospital que se ve desde mi ventana. Pero los hechos son los que son. La verdad es sencilla. No ha habido ningún doctor que le haya admitido.

En ningún momento Noah había considerado aquella posibilidad.

—Yo… yo no lo sabía.

—Ya lo sabe. Si quiere puede renunciar a la plaza. Está en su derecho. Pero podría aprender mucho. Además, nadie mejor que usted para comprender la situación de todas las personas que acuden al Hospital General. Gente sin recursos. Hombres, mujeres y niños que tienen que resignarse a ser atendidas por personas que en la mayoría de los casos ni siquiera son médicos. ¿Cree usted que debería haberles mandado al peor de mis alumnos? ¿Que no merecen otra cosa? ¿Acaso es usted demasiado bueno para ellos? La primera obligación de todo médico es asistir al enfermo. Pobre o rico, señor Lacroix. Pensé que usted más que nadie comprendería.

Noah agachó la cabeza, avergonzado.

—¿Entonces?

El doctor Watson estaba esperando.

—Lo siento, doctor Watson. Será un honor para mí realizar las prácticas donde me han destinado. Buenas tardes, profesor.

El profesor Watson vio como Noah salía de su despacho. Después volvió a colocarse las gafas y trató de descifrar el siguiente párrafo.

El mismo Bulfinch, que había participado en la construcción del Capitolio y del Palacio del Estado en Boston, había construido años atrás el hospital. Por fuera era un edificio de línea neoclásica, compacto y elegante. Pero al sobrepasar sus muros una realidad muy distinta golpeaba de frente al visitante.

Un nuevo brote de cólera en las zonas más deprimidas de la ciudad había desbordado la capacidad del hospital. Cuando las camas se llenaron, los enfermos comenzaron a ocupar los pasillos. Primero los colocaron en catres, y cuando se terminaron, simplemente empezaron a dejarlos en el suelo.

Al llegar a la planta donde habían ido depositando a los afectados de cólera, Noah tuvo que taparse la nariz y la boca con un pañuelo para poder aguantar el olor. Los escasos empleados, aterrorizados ante la perspectiva de contagiarse, habían dejado a los infectados abandonados a su suerte.

Se quitó el abrigo, consiguió una bata, y sin encomendarse a nadie comenzó a atender a los enfermos.

En el transcurso de la mañana, cinco de los afectados habían muerto deshidratados y otro hombre había perdido la vida desangrado como consecuencia de una operación mal realizada, sin medios y con prisas.

A media tarde, el director del centro, Frederick Hougan lo mandó llamar.

Noah había oído rumores sobre la adicción de aquel hombre a la

morfina, pero cuando comprobó que a pesar de la oscuridad reinante en el despacho sus pupilas eran dos puntos diminutos incapaces de reaccionar ante la falta de luz, que sus manos temblaban, y cómo bebía un segundo vaso de agua para aplacar la sequedad de su boca, supo que cada palabra que había escuchado era cierta, y que si su rico y generoso tío no hubiese sido miembro del consejo de gobierno del hospital él no estaría en aquel cargo.

Consciente de que aquel hombre lo observaba con ojos expertos, retiró las manos de la mesa para ocultar el temblor.

Tras el corto período de euforia, Hougan empezó a sentir que sus miembros se volvían pesados y sus pensamientos se ralentizaban. Necesitaba quedarse a solas cuanto antes.

La reunión duró poco.

Tras balbucear algo parecido a una bienvenida, le comunicó que debería presentarse ante el jefe de cirujanos en la primera planta.

Cuando en lugar de un hombre cansado de la vida con un gran cuchillo de carnicero entre las manos Noah reconoció al doctor Watson, con su bata impoluta y su cabello repeinado, que se paseaba por los pasillos como un rayo de luz en aquel mundo de tinieblas, se quedó sorprendido.

—¿Profesor?

—Señor Lacroix. Le estaba esperando.

—Usted… Lo siento. Creí que debía presentarme ante el cirujano jefe.

—Está usted ante él. Todas las tardes, tras acabar mis clases, opero de forma voluntaria en este hospital.

—Yo no lo sabía.

—Casi nadie lo sabe. Lo prefiero así. Confío en que siga usted guardándome el secreto.

—Desde luego, profesor.

—Acompáñeme mientras hago la ronda —le invitó—. Hace tiempo que estoy buscando un ayudante de quirófano. Pensé que tal vez usted estaría interesado.

Noah no daba crédito a su suerte. Tan sólo dos días atrás pensaba que sus deseos de convertirse en un buen médico se hacían imposibles y ahora el mejor cirujano de la ciudad le ofrecía convertirse en su ayudante personal. Le estaba ofreciendo una oportunidad por la que hubiesen matado algunos de sus compañeros. Le iba a convertir en su discípulo.

—Será un gran honor —respondió Noah, deleitándose ante la profesionalidad con la que el doctor Watson atendía al primero de sus pacientes.

El 21 de julio de 1861, en Bull Run, Manasas, la Unión sufrió su primera derrota.

Noah se dirigía al hospital cuando se enteró de la noticia. Siempre había pensado que el Norte ganaría. Al fin y al cabo la razón estaba de su lado.

Tras asegurarse de que el último paciente operado por el doctor Watson despertaba del efecto del éter, Noah se acercó hasta el despacho de su mentor.

—Disculpe, doctor Watson. Quisiera hablar con usted.

Sentado en su mesa, el doctor le invitó a pasar con un gesto.

Noah obedeció y cerró la puerta tras de sí.

Poco antes, en el quirófano, Noah había suturado al paciente cuando el doctor hubo terminado de operar.

—Le felicito, señor Lacroix. Esta tarde ha demostrado una gran habilidad. Su trabajo ha sido excelente.

—Gracias, doctor.

—Si sigue así, creo que en pocas semanas podrá intervenir bajo supervisión a su primer paciente.

Noah se ruborizó. En el mes y medio que llevaba asistiéndole en la mesa de operaciones, era la primera vez que recibía un elogio del doctor Watson.

—¿Le pasa algo, joven?

—Simplemente quiero darle las gracias por todo lo que ha hecho por mí. Si no hubiese sido por su ayuda nunca lo habría conseguido.

—No se subestime joven. El mérito es sólo suyo.

—Doctor, he venido a despedirme. Me voy a alistar.

El semblante de doctor Watson cambió de repente. Se tomó un tiempo antes de hablar.

—¿Podría preguntarle por qué?

—Es mi obligación.

—¿Su obligación? —repitió sarcástico, mirándole fijamente—. Usted es médico. Su obligación es salvar vidas, no arrebatarlas.

—Lo siento, doctor, pero mi gente me necesita. No puedo permitir que los blancos libren mi guerra, mientras yo permanezco al margen.

—¡Bobadas! —gritó el doctor Watson, golpeando la mesa con violencia.

Noah miró de hito en hito a su mentor.

—¿Acaso cree que la guerra cambiará algo? ¿De verdad considera que si el Norte gana, las cosas serán diferentes para las personas de color? No se deje confundir. Su obligación con su pueblo es convertirse en médico. Usted está librando una guerra,

señor Lacroix, y no está en el Sur. Su guerra está aquí. La deuda con su pueblo la tiene aquí. Si quiere ayudarles, conviértase en un buen médico. Demuestre a los blancos que puede ser mejor médico que ellos.

—Lo siento, doctor. Pero no puedo.

Noah tuvo la sensación de que el doctor Watson se levantaría y le zarandearía para hacerle entrar en razón. Pero no se movió. Simplemente le miró en silencio, antes de volver a hablar.

—Si eso es lo que cree que tiene que hacer, entonces márchese. Yo no intentaré detenerle.

—Adiós, doctor Watson —se despidió Noah.

—Buena suerte, señor Lacroix.

Su mentor ya no lo miraba. John Watson se negaba a aceptar que la guerra pudiera arrebatarle a su mejor pupilo. Desde el día en que vio la forma en que Noah daba sus primeros puntos, supo que aquel hombre había nacido para ser médico. Su pulso firme, guiado con precisión por una mente rápida y brillante, jamás vacilaba. Era frío y sin embargo era un hombre sensible, capaz de entender el sufrimiento de sus pacientes. Watson había aprendido a admirar a su joven aprendiz. Sí, el doctor Watson estaba convencido de que Noah Lacroix llegaría a convertirse en un cirujano excepcional. Watson cerró los ojos y rogó para que esa absurda guerra no arrancara la vida de su pupilo.

Noah llegó a casa cabizbajo. Enfrentarse al doctor había sido duro, pero decirle a Charlotte que pensaba alistarse era aún peor.

—¡No, no, y no! —gritó Charlotte, en cuanto Noah le confió sus intenciones—. No puedes alistarte.

—No hay nada que puedas hacer. La decisión ya está tomada.

Hortensia, a quien tan sólo faltaban un par de semanas para dar a luz, estaba sentada en una mecedora, Noah estaba de pie en medio de la sala, y Charlotte dada vueltas negándose a aceptar la decisión de su hermano.

—¿Es que te has vuelto loco? No entiendo por qué tienes que ir a la guerra.

—Sí que lo entiendes, Charlotte. Sabes que no puedo estar cruzado de brazos mientras otros arriesgan sus vidas.

—¡Paparruchas! Nadie les ha mandado que se alisten. Si quieren matarse, allá ellos. Pero tú no, Noah. Te necesitamos aquí.

—No es cierto, Charlotte. Además sabes que tengo que pensar en mi madre.

—Noah, ella estará bien. El frente está muy lejos de Nueva Fortuna.

—He de ir.

—¡No! —gritó Charlotte—. No tienes que ir a ningún sitio. ¡Tienes que quedarte aquí! ¿Crees que a Velvet le gustaría que te volaran la cabeza de un balazo?

Hortensia dio un bote sobre su asiento; hacía varias semanas que no tenía noticias de Brian, que estaba en el frente, y las palabras de Charlotte no ayudaban a tranquilizarla.

—Perdona, Hortensia. Pero no sé qué decir para que este testarudo entre en razón.

—Noah, piénsalo bien —intervino Hortensia—. No podría soportar que te pasara algo.

—Estaré bien. Os lo prometo —trató de tranquilizarla.

—¿Cómo puedes decir que estarás bien? Nadie está a salvo en la guerra.

Hortensia volvió a ponerse nerviosa. Si Charlotte seguía hablando de los peligros de la guerra, le daría un ataque de ansiedad.

Noah sabía que jamás convencería a Charlotte. Pero la decisión ya estaba tomada, y nada de lo que sus hermanas pudieran decirle lo haría dar marcha atrás. En el frente sería como el resto de los hombres. Al Sur le había llegado el momento de morder el polvo. Noah tenía una deuda que saldar. Si se alistaba podría cargar su fusil y enfrentarse a aquellos hombres que lo habían humillado durante toda su vida.

—No necesito tu aprobación, Charlotte. Hoy he presentado mi renuncia en el hospital. Esta misma tarde parto en tren hacia Washington, donde me alistaré.

—No te aceptarán.

—Lo harán.

—¡Como quieras! —explotó, soltando el aire como un toro salvaje a punto de embestir—. Si quieres que te vuelen esa dura cabezota, allá tú —maldijo, echando a correr a su habitación.

Noah y Hortensia se quedaron los dos solos en el salón.

—Se le pasará —dijo Hortensia.

—Lo sé.

—¿No hay nada que pueda decirte para que cambies de opinión?

Noah apartó la mirada.

Hortensia se puso de pie con dificultad y le dio a su hermano un beso en la mejilla.

—Prométeme que te cuidarás, y que volverás sano y salvo, Noah.

—Te lo prometo, Hortensia.

Aunque Hortensia se ofreció a acompañar a Noah a la estación, él prefirió que no lo hiciera. No le gustaban las despedidas. Le traían a la memoria el día en que fue arrancado del lado de su madre en Nueva Fortuna. Se despidió de Hortensia con un abrazo y salió de la casa.

La calesa esperaba en el exterior.

Noah se sentía triste. El altercado con Charlotte le había dolido, y a pesar de sus esfuerzos por mantenerse serena, Hortensia había terminado por romper a llorar. Charlotte no bajó a despedirse. Era demasiado testaruda para dar su brazo a torcer. Noah esperó a que el cochero colocara su pequeña bolsa de viaje en el interior del carruaje y contempló por última vez la casa donde había pasado los últimos años en compañía de sus hermanas. Los ojos de Noah se volvieron instintivamente hacia la ventana de la habitación de Charlotte. Las cortinas estaban semicorridas y la penumbra no dejaba adivinar nada de su interior.

En el silencio de su habitación, Charlotte oyó que el carruaje se detenía sobre la gravilla de la entrada principal. Se acercó a la ventana y se escondió tras los cortinajes. Noah miraba hacia su ventana pero no podía verla. Charlotte salió entonces de su escondite.

Noah sonrió y se llevó el puño al corazón. Charlotte apoyó la palma de su mano sobre el cristal y murmuró un adiós. Ella también lo echaría de menos.

35

El tren salió puntual de la estación de Boston. El viaje sería largo, así que Noah trató de dormir, pero su espíritu estaba inquieto. Sus pensamientos lo llevaban una y otra vez a su infancia. Al tiempo en que corría por los campos de Nueva Fortuna. Pero en sus sueños todo era diferente. Noah vivía en la casa grande. Su padre estaba junto a él y lo sostenía entre sus brazos mientras su madre, sentada en el porche de la casa principal con un bonito vestido, les sonreía. Noah se sentía feliz. El pitido del tren lo devolvió a la realidad. Se habían detenido en medio de ninguna parte y al parecer debería permanecer allí hasta que la vía, colapsada por los vagones de carga que iban hacia el frente, volviese a quedar libre.

Cuando el tren alcanzó su destino eran cerca de las ocho de la tarde. Noah había llegado con más de cinco horas de retraso y la oficina de reclutamiento de la ciudad ya estaría cerrada. Necesitaba dormir en algún lugar. Tomó su maleta y paró un coche. Por suerte tenía el sitio ideal para pasar la noche.

Scott recibió a Noah con los brazos abiertos. No se habían visto desde la boda de Brian y Hortensia. Sin embargo, habían seguido escribiéndose con frecuencia. Scott no le preguntó por Charlotte y Noah evitó cualquier referencia que pudiese hacer sufrir a su amigo.

—¡Qué maravillosa sorpresa! —exclamó Scott, invitando a Noah a entrar en su pequeño apartamento—. Pasa, por favor.

—Perdóname por presentarme sin avisar, pero no tenía dónde pasar la noche.

—No digas tonterías. Instálate donde quieras. Estás en tu casa.

Noah echó una rápida ojeada al lugar. El techo estaba desconchado y una mancha de humedad cubría gran parte de la pared que daba al exterior. Los muebles parecían sacados de un saldo.

—Muy acogedor —bromeó Noah, recordando la cabaña que compartió con su madre en Nueva Fortuna.

—Y dime, ¿qué te trae por aquí?

—Me voy a alistar —respondió, evitando mirar a Scott a los ojos. La sonrisa desapareció del rostro de su amigo—. Scott, sé que no eres partidario de la guerra, pero al menos espero que tú lo comprendas.

Noah no se sentía capaz de un nuevo enfrentamiento.

—Lo comprendo —dijo Scott, respetando la decisión del joven.

Los dos guardaron silencio. No había necesidad de palabras. A continuación Scott le dio un par de palmadas a Noah en la espalda.

—¿Qué te parece si vamos a celebrar tu última noche de libertad con una cena?

—De acuerdo, pero yo invito.

—¿Tú?

—Así es, Scott.

Scott metió las manos en los bolsillos de sus pantalones y dejó al descubierto el forro interior. Estaban vacíos.

—Como puedes ver, no insistiré, amigo.

El restaurante más lujoso de la ciudad no era otra cosa que una tasca abarrotada.

—Elegante —asintió Noah, una vez consiguieron hacerse con una mesa.

Scott buscó la mirada de la camarera y levantó dos dedos. La mujer necesitó un par de minutos para abrirse paso hasta la mesa. Su delantal estaba cubierto de manchas de cerveza y sus mejillas coloreadas por amplios rosetones rojos.

—¿Qué desea? —dijo, dejando frente a Scott dos de las cuatro jarras de cerveza que llevaba, y secándose las manos en su vestido, sin molestarse en mirar a Noah.

—¿Qué te apetece, Noah?

—Estoy hambriento. Cualquier cosa estará bien.

Scott levantó la voz para hacerse oír en aquel gallinero.

—Ya ha oído a mi amigo. Tráiganos de todo. Tenemos hambre.

La mujer se dio la vuelta y murmuró algo antes de desaparecer entre la muchedumbre.

—Veo que las cosas no cambian —dijo Noah, que había empezado a acaparar la atención de algunos de los hombres que estaban a su lado.

—Entonces comamos rápido. Si tenemos que pelearnos, prefiero hacerlo con el estómago lleno.

Noah sonrió. No iba a permitir que le amargaran la cena.

Comieron hasta saciarse. La mesa enseguida se llenó de cuencos y cazuelas. Estofado, potaje de verduras y garbanzos, calamares, patatas…. Noah nunca hubiese imaginado que en aquel lugar

pudiera comerse tan bien. Cuando terminaron con todo lo que había sobre la mesa, aún tuvieron ocasión de disfrutar de una porción grande de tarta de manzana.

—Tengo que decirte que no sé si podré soportar muchas visitas como ésta —balbuceó Scott, con la boca llena, señalando el último trozo de pastel.

Noah se recostó en la silla.

—Ya no puedo más, Scott.

—Está bien, si insistes…

Mientras Scott no perdía la oportunidad de aumentar sus reservas para las próximas semanas, Noah aprovechó que la camarera pasaba cerca para pedirle la cuenta.

Sacó un par de monedas y añadió una generosa propina.

La mujer le arrancó prácticamente el dinero de la mano y lo hizo desaparecer en uno de los bolsillos de su vestido. Después masculló algo parecido a una palabra de agradecimiento y se esfumó.

—Supongo que sabrás que te ha cobrado bastante más de lo que marca el precio —habló Scott, sin preocuparse de que su boca estuviera llena.

—Lo sé. Pero hoy me siento generoso.

—Noah, me temo que te estás convirtiendo en un perfecto caballero.

Cuando Scott se hubo asegurado de que no quedaba nada sobre la mesa que poder meter en su estómago, se levantaron. El local seguía abarrotado. A pesar de estar en verano, la temperatura en la calle había descendido y los viandantes habían buscado el calor de la taberna. Antes de conseguir llegar por fin a la puerta, se encontraron con una nueva cerveza entre las manos.

A la mañana siguiente Noah se despertó con un terrible dolor de cabeza. En algún momento de la noche había perdido la cuenta de las cervezas que había sido capaz de beber. Scott, que se había dejado caer sobre el sofá nada más atravesar el umbral del apartamento, aún dormía. Cuando Noah se levantó de la cama, la habitación pareció ponerse cabeza abajo.

—Nunca más volveré a probar una gota de cerveza —prometió, agarrándose a la cama para no caer.

Necesitó cinco minutos para que las cosas volvieran a permanecer fijas en su sitio. Después se vistió y abandonó a hurtadillas el apartamento.

El aire de la mañana estaba cargado de rocío. Noah abotonó su chaqueta, respiró hondo y comenzó a caminar.

La oficina de reclutamiento había sido instalada en la planta

baja de un hospital que distaba un par de manzanas de la casa de Scott. El edificio era una moderna construcción de piedra gris, marcos verdes y tejas rojas. Frente a él, un pequeño jardín sin flores tenía el honor de acoger un mástil donde ondeaba la bandera de la Unión.

Una flecha junto al camino señalaba el lugar donde estaba la oficina. Noah la siguió. Pasó junto a la puerta principal del hospital y encontró una segunda puerta en la fachada con un cartel sobre el dintel.

Sentado tras una mesa, el oficial encargado de las inscripciones atendía a un joven pecoso que parecía acabar de cumplir la edad necesaria para alistarse. No había nadie más. Noah se sentó en una de las sillas que había apoyadas junto a la pared y esperó su turno.

El militar, que en ningún momento se había molestado en mirar al joven a la cara, necesitó un par de minutos para cumplimentar la ficha. A continuación, indicó al recluta que firmara y le señaló el lugar donde debía presentarse a la mañana siguiente. Guardó el formulario en un cajón y se dispuso a rellenar otro.

—¿Nombre? —preguntó, sin levantar la vista del impreso vacío, una vez Noah se colocó frente a él.

—Noah.

—¿Apellido?

—Lacroix.

—La… —repitió mientras su pluma iba formando las palabras—. Disculpe. ¿Podría repetirlo?

—L.A.C.R.O.I.X —deletreó Noah.

Cuando terminó de transcribir el nombre, el oficial levantó la mirada y contempló a Noah. Lo miró durante un segundo y volvió a inclinar la cabeza en el formulario.

—¿Dirección…?

Una vez cumplimentados los datos, el hombre le indicó el lugar donde debía estampar su firma.

—Puede poner una X —dijo, tendiéndole la pluma.

Noah tomó el impreso que acababa de rellenar el oficial y lo leyó.

—Todo está correcto —confirmó, eliminando el exceso de tinta de la pluma.

Aún no había firmado cuando alguien gritó pidiendo ayuda. El grito fue tan desesperado que incluso el oficial dejó su puesto para ver qué ocurría. Noah, con el impreso de alistamiento todavía en la mano, salió tras él.

La apacible y tranquila explanada del hospital se había

convertido en un caos. Dos carretas llenas de heridos habían surgido de la nada. Las enfermeras salían y entraban del hospital mientras los camilleros trasladaban los heridos al edificio. Noah se acercó hasta una de las carretas y cargó sobre sus hombros a un soldado con parte de la cara quemada. En el interior las enfermeras iban y venían, mientras los camilleros dejaban en el suelo de la recepción a los heridos y corrían a buscar otros.

—¡Dios mío! —exclamó Noah, al comprobar que varios soldados con sus vendajes ensangrentados esperaban en camillas dispuestas por los pasillos para ser atendidos.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó a una enfermera que pasaba en ese momento junto a él.

—Ha sido una matanza. Al parecer han sufrido una emboscada. Hacemos lo que podemos para instalarlos, pero todas las camas están llenas. No hay sitio.

Noah comprobó que los improvisados apósitos de uno de los heridos se habían cubierto de sangre en los pocos segundos que había utilizado para hablar con la enfermera.

—¡Este hombre se está desangrando! ¿Dónde está el doctor?

—Hoy es domingo. Sólo hay un médico de guardia y está en el quirófano. Me temo que yo estoy al mando.

—¿De cuánto personal disponen?

—Cinco enfermeras, y cuatro camilleros.

—¿Y esos hombres? —preguntó Noah, viendo a un grupo de soldados de guardia en los pasillos—. ¿También están heridos?

—No. Son los hombres que han trasladado a los heridos. El oficial al mando no está lejos.

—Muy bien. Disponga dos enfermeras para ayudar al médico que está en el quirófano, y envíeme al resto. Necesito que hagan de camilleros.

La enfermera dudó.

—Soy estudiante de medicina —aclaró.

La mujer observó a Noah un segundo. Estaba loco si pensaba que se iba a creer una patraña semejante. Pero aquel hombre parecía tener control sobre la situación. Los heridos seguían apilándose en el suelo y ella se sentía incapaz de tomar decisiones.

—Está bien —asintió—. ¿Qué tengo que hacer?

—Consígame unos paños, cintas o cualquier cosa de colores vivos que se puedan atar en torno a una pierna o un brazo. Después envíeme a las enfermeras que no están en el quirófano y mande a todo soldado que sea capaz de tenerse en pie a ayudar a los camilleros.

La mujer suspiró, agradecida de relegar el mando, y echó a correr.

Cuando la enfermera jefe reapareció, traía consigo a las enfermeras y unos ovillos de lana.

—Sólo he encontrado esto.

Noah asintió satisfecho.

—Muy bien —dijo en voz alta, para asegurarse de que todas las enfermeras lo oyeran, entregando una madeja a cada una—. Utilizaremos trozos de lana en torno a los brazos para marcar a los heridos. Cada color irá unido a un cuidado específico o gravedad. —Noah hizo una pausa para ver que entendían sus explicaciones—. El rojo significa ayuda urgente. Verde necesita intervención, pero puede esperar. Amarillo, contusiones o heridas que pueden ser suturadas y limpiadas por ustedes. ¿Han entendido?

Las mujeres asintieron a coro.

A continuación, Noah se desprendió de su chaqueta y comenzó a estudiar a los heridos.

—¡Verde! —informó casi al instante.

La enfermera que llevaba la madeja de color verde cortó un trozo de hebra y dio varias vueltas en torno al brazo del soldado.

—¡Amarillo…!

En menos de diez minutos todos y cada uno de los heridos habían sido marcados y luego trasladados, en función de los colores que pendían de sus brazos, a salas convertidas en improvisados dormitorios. En la recepción del hospital sólo quedaban dos cadáveres y cuatro hombres con bandas rojas. Noah ordenó a unos soldados que los trasladaran hasta el quirófano. Una vez allí, basándose en la gravedad de las lesiones, marcó con una tiza un número en la frente de cada uno de los pacientes, indicando el orden en el que debían ser atendidos. De los cuatro, sólo la vida de uno de ellos corría peligro inminente. Se trataba de un joven soldado de color. Había recibido un balazo en el estómago. Si no operaban pronto el joven se desangraría.

Con la ayuda de una toalla, Noah trató de detener la hemorragia. Buscó el punto por donde debía pasar la arteria dañada y presionó con fuerza para cortar el paso de la sangre. Cuando el doctor salió del quirófano, la camisa de Noah estaba ensangrentada y el joven deliraba.

—¡Doctor! —le llamó Noah, sin dejar de presionar la herida—. Este hombre está perdiendo mucha sangre. Necesita ayuda.

El doctor se acercó al herido.

—¡Rápido! —ordenó, viendo que la sangre empapaba el

uniforme azul de la Unión—. ¡Llévenlo adentro! —dijo, desapareciendo de nuevo tras las puertas del quirófano.

Los dos soldados que habían ayudado a trasladar a los cuatro heridos agarraron al soldado que acababa de señalar el doctor con intención de colocarlo en la camilla, cuando su oficial al mando apareció en la sala y les ordenó detenerse.

—¿Qué hacen?

—Trasladábamos al herido, señor —respondió uno de los dos hombres.

—¿Y quién les ha ordenado hacer algo así?

Los dos se volvieron hacia Noah al unísono.

El sargento miró furibundo a Noah.

—¿Es que acaso eres médico?

—No, pero soy estudiante de medicina, y si no se corta la hemorragia enseguida, este hombre morirá.

El sargento se acercó hasta el herido y le echó una ojeada. Después se volvió al que tenía el número dos pintado sobre su frente y lo señaló.

—Llévense a éste.

—¡No puede hacer eso! —se reveló Noah, viendo que los dos hombres cargaban la camilla con un soldado que tenía una bala alojada en un hombro y cuya vida no corría peligro inmediato.

—Este hombre morirá si no se le atiende inmediatamente.

Los dos soldados convertidos en camilleros dudaron. No había que ser médico para ver la gravedad del hombre al que Noah trataba sin éxito de detener la hemorragia.

—¿Es que no me han oído, soldados? —ordenó de nuevo el sargento.

En ese momento el joven que estaba en brazos de Noah perdió el conocimiento. Noah miró a su alrededor pero no había nadie aparte de los heridos para ayudarle.

—¡Obedezcan!

Noah intentó ponerse en pie sin dejar de presionar sobre la herida.

—¿No ven que este hombre morirá? —rogó a los soldados, desesperado.

—… Ayúdeme —consiguió balbucear el moribundo a Noah, en un momento de lucidez.

Los soldados lanzaron una última mirada al joven cubierto de sangre que yacía en el suelo.

—Lo siento —se disculpó uno de ellos, mientras trasladaban al enfermo señalado por su sargento al interior del quirófano donde el

doctor ya se había preparado para intervenir.

La sangre siguió manando de la herida mientras unas lágrimas de impotencia recorrían las mejillas de Noah. Entonces se levantó, y tomando a aquel hombre en brazos se dirigió con él al quirófano, mientras intentaba con una mano mantener presionada la herida.

El sargento, al verlo, se adelantó y le cerró el paso.

—¡Ni se te ocurra! —gritó con voz amenazante, mientras se llevaba la mano al cinto.

Noah lo miró furioso. Entonces el sargento sacó la pistola y apuntó a Noah a la cabeza. Se detuvo en seco. Conocía aquella mirada de odio, y sabía que aquel hombre no tendría ningún problema en dispararle.

El soldado que tenía en sus brazos dejó de respirar.

—¡Maldito! —gritó Noah, impotente—. ¡Lo ha matado! —volvió a gritar al sargento, fuera de sí, mientras el cuerpo del soldado de color resbalaba de sus manos—. ¿Por qué? ¡Maldita sea! ¿Por qué? ¡Él era de su bando! —le increpó, mirando el uniforme azul de la Unión que compartían todos los soldados.

Sin el menor signo de arrepentimiento en su rostro, el sargento miró el cuerpo sin vida del soldado de color y se volvió hacia Noah.

—¿Qué importa la vida de un negro, cuando hay hombres blancos que pueden morir? —dijo con una mueca de odio y desprecio.

Acto seguido, el sargento enfundó su pistola en el cinturón y se marchó.

Noah abandonó el hospital y se puso a caminar. Sentía como si su cabeza fuera a explotar. Necesitaba tranquilizarse y pensar. La muerte de aquel joven entre sus brazos lo había conmocionado, y todas sus esperanzas sobre aquel nuevo mundo que creía estar ayudando a construir estaban convulsionadas por la forma en que aquel mezquino sargento había despreciado el valor de la vida de un hombre únicamente por el color de su piel, y nadie había movido un dedo para ayudarlo. Ese joven había dado su vida por la causa de la Unión, pero a nadie parecía importarle. A nadie salvo al propio Noah. Sentía ganas de gritar. Estaba lleno de rabia y desesperación. Se detuvo junto al río y contempló las aguas cristalinas. Había tomado una decisión. Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta, sacó el formulario de reclutamiento, lo convirtió en una pelota y lo lanzó con todas sus fuerzas a las aguas del Potomac.

—Nunca más lo permitiré —juró, mientras la corriente arrastraba el papel hacia el océano—. Usted tenía razón, doctor Watson —le dijo al viento—. Mi guerra no está aquí.

Esa misma tarde, tomó el primer tren de regreso a Boston. Volvió a la facultad y pidió al doctor Watson que lo readmitiera. Si Noah había sacado algo en claro de su viaje a Washington era que no descansaría hasta convertirse en médico.

—Tienes que descansar —insistió Charlotte, viendo las ojeras de Hortensia.

—Lo sé. Pero no puedo. Hace mucho calor y apenas puedo dormir.

—Es lógico, el bebé nacerá muy pronto.

A pesar de la felicidad inicial de Hortensia y Charlotte, cuando Noah les comunicó que no se alistaría y que seguiría con sus estudios de medicina, a medida que el momento del nacimiento de su bebé iba acercándose Hortensia se había ido volviendo más y más callada.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Charlotte, viendo que su hermana se cerraba como una concha—. ¿Qué te preocupa?

—No es nada.

—Hortensia —insistió Charlotte, como si una excusa tan pobre fuese suficiente para convencerle.

—Tengo miedo —confesó.

Por primera vez en su vida, Charlotte se tomó unos segundos antes de responder. Tomó a su hermana entre sus brazos y la abrazó con fuerza.

—Todo saldrá bien. El doctor dice que estás perfectamente, y ahora que Noah ha regresado no has de preocuparte por nada.

—Lo sé. Lo sé. Soy una tonta —dijo Hortensia, dejando que la concha volviera a encerrarla.

Pero Charlotte también estaba preocupada. Al fin y al cabo Molly había muerto al traer al mundo a Hortensia. Charlotte se obligó a borrar aquel pensamiento de la cabeza. No iba a suceder nada malo. Todos los días nacían niños y sus madres se encontraban perfectamente.

Hortensia retorció sus manos y fue a decir algo, pero se arrepintió.

—¿Qué es lo que no me dices, hermanita? —le dijo cariñosamente—. Puedes decírmelo —la animó, queriendo librar a su hermana de su carga.

Hortensia dudó.

—Dímelo.

—Y si es…

Hortensia no terminó la frase.

—No lo será —le contestó Charlotte, adivinando los temores de

su hermana.

—¿Pero… y si lo es?

—¿Acaso Brian te ha dicho algo…?

Hortensia negó firmemente. Había lágrimas en sus ojos.

—No. Él nunca me ha dicho nada. Pero sé que lo piensa. No quiero que pienses que no le querré —se apresuró a decir Hortensia, avergonzada—. Le querré con toda mi alma. Pero no quiero que sufra. ¿Te imaginas cómo sería su vida?

—Lo sé —la tranquilizó Charlotte, que en la vida hubiese imaginado a su hermana capaz de no querer a su hijo.

—Debes de pensar que soy un monstruo.

Hortensia estaba angustiada. Los remordimientos por desear que la piel de su hijo fuera blanca empezaban a hacer mella en su salud.

—No digas eso, Hortensia. No te tortures —la consoló, limpiando con su mano las lágrimas de su hermana—. Sea del color que sea, será un bebé precioso. Va a ser un bebé amado y yo seré la tía más orgullosa del mundo.

—¡Tengo tanto miedo! No quiero que sufra.

—Y no sufrirá. Te lo prometo.

Esa misma noche, Hortensia se despertó sobre las tres de la madrugada. El parto fue tan rápido que no hubo tiempo de llamar al doctor. Noah se encargó de traer al mundo a su sobrina. La tomó entre sus brazos y, tras besar a la pequeña cariñosamente en la frente, se la entregó a Charlotte.

Charlotte contempló el cuerpecito de la recién nacida. Acarició su manita y dio gracias al cielo porque madre e hija estuvieran sanas y salvas. La limpió, y tras envolverla en una mantita se la entregó a Hortensia, que rompió a llorar de la emoción.

3 años después…

Noviembre, 1864

36

Cada día que pasaba, la pequeña Molly iba pareciéndose más y más a su madre. Sus ojos eran oscuros, como los de Brian, y tenía el cabello rubio como sus padres. Era una niña sonriente e inquieta. Molly crecía feliz, rodeada del cariño de su familia y de su hermano Peter, que no se cansaba de su nuevo juguete.

En aquel remanso de paz, la guerra parecía una ilusión. Pero la guerra era real. Aquella lucha absurda que había acabado con la vida de miles de personas y había sembrado el odio en los corazones, se disponía a entrar en su cuarto año de conflicto.

Charlotte recordó a Frank. Su compañero de redacción había caído pocos meses después del comienzo de la guerra. Parecía que aquella pesadilla nunca iba a terminar.

Sentada junto al estanque del jardín, contempló a su sobrina Molly corretear tras una mariposa. Ya había cumplido tres años, y en ese tiempo Brian sólo la había podido ver en una ocasión. Charlotte rogó para que aquella maldita guerra terminara pronto.

Pidió a Dios por Brian, que debía de encontrarse en algún lugar de Carolina del Norte. Y también por Noah, que tras terminar a comienzos del verano sus estudios se había incorporado al cuerpo médico y lo habían enviado a un hospital militar en el estado de Maryland, a muy pocos kilómetros de distancia de la frontera con Virginia. Y aunque nadie le hablaba de él, y ella nunca preguntó adónde se había marchado, Charlotte sabía que Scott no se había alistado. Al menos no debería preocuparse por él.

Rogó también para que sus familiares y amigos de Virginia estuvieran a salvo. Y rezó por Richard, por el hombre que había amado y del que no sabía nada desde hacía años.

Charlotte se envolvió en su chal. Repentinamente el aire se había vuelto frío.

Hortensia bordaba en el salón cuando Charlotte y Molly entraron en casa.

—Pronto nevará —dijo Charlotte, cerrando la puerta.

Molly corrió hacia su madre.

Hortensia le dio un beso. Tenía la carita fría. Le desabrochó el abrigo y le quitó el gorrito.

—Mami, para ti.

Hortensia tomó entre sus manos las piedras que le ofrecía su hija y las acarició como si en lugar de simple gravilla se tratase de gemas preciosas.

—Son muy bonitas, Molly —le dijo a su hija, dándole un beso—. ¿Se las has enseñado a la tía Charlotte?

La niña abrió mucho los ojos.

—Nooo…

—¿Y a qué esperas?

Cuando Molly tiró de la falda de Charlotte para llamar su atención, ésta contemplaba ensimismada las oscuras aguas del río desde la ventana.

—Son muy bonitas. Se las tienes que enseñar a Peter cuando vuelva de la escuela.

La niña encontró en un recipiente de cristal el lugar ideal para poner a salvo su tesoro. Las guardaría allí hasta que Peter regresara a casa, y le dejaría elegir una para él.

A continuación, cogió su muñeca de trapo de una butaca y empezó a jugar con ella en una esquina de la estancia.

En ese momento llamaron a la puerta, y al poco tiempo el mayordomo de Hortensia aparecía en el salón.

—Señorita Charlotte —se disculpó, mostrándole un sobre que descansaba sobre una bandeja de plata—. Lo acaban de traer para usted.

—Gracias, Víctor.

Cogió el sobre y lo abrió.

—¡Es una nota!

Hortensia no se atrevía a respirar.

—¡Es de Noah!

—¡Dios mío! —ahogó un grito soltando la labor—. ¿Está bien?

Charlotte le respondió, releyendo el texto en voz alta: «Urge que vengas a verme. Es imprescindible tu presencia. Noah».

—No lo sé —respondió Charlotte, incapaz de disimular su preocupación.

—¿Qué vas a hacer?

—Me voy a Washington.

—¿Y cómo llegarás hasta Noah?

—El hospital está tan sólo a un par de jornadas de viaje desde la capital. Buscaré un medio de transporte. Si es necesario alquilaré un coche que me lleve hasta allí.

—Te acompaño —dijo Hortensia, poniéndose en pie.

—No. Alguien tiene que quedarse con los niños.

—Si le ha pasado algo…

—Estará bien —la tranquilizó, sin gran convencimiento—. Sé que está bien. Prometo avisarte en cuanto lo vea.

Tan sólo metió unas mudas y un vestido en la maleta. Cuando salía de casa, Hortensia le entregó un papel.

—¿Qué es esto? —preguntó, comprobando que se trataba de una dirección en Washington.

—Es la dirección de Scott.

—¿Scott está en Washington?

Hortensia asintió.

Charlotte intentó rechazarlo.

—Por favor. Me sentiré más tranquila sabiendo que puedes recurrir a alguien en caso de dificultades. Por favor —insistió Hortensia, asegurándose de que su hermana introducía el trozo de papel en el interior de su bolso—. Por lo que más quieras, Charlotte, cuídate mucho —se despidió, con los ojos húmedos por la emoción, fundiéndose en un prolongado abrazo con su hermana.

Charlotte cogió el primer tren con destino a Washington. Una vez allí consiguió encontrar a un hombre dispuesto a llevarla en su carreta hasta el hospital donde trabajaba Noah.

A medida que iba hacia el Sur, la situación de guerra se hacía más patente. Los controles aumentaban y los regimientos de soldados se sucedían en los caminos, cubiertos por las primeras escarchas de finales de noviembre. Cuatro días después de abandonar Boston, por fin se detuvo frente al hospital. Estaba agotada. Tomó su maleta y respiró hondo. Tenía que estar preparada para cualquier cosa.

—Busco al doctor Lacroix —anunció a una enfermera con rostro cansado y bolsas oscuras bajo los ojos, que debía de llevar varios días sin dormir.

La enfermera señaló la escalera.

—Primera planta.

Charlotte suspiró. Por lo menos seguía vivo, se dijo, un poco más tranquila.

Tras subir los peldaños y atravesar toda la hilera de enfermos, Charlotte se volvió hacia una de las numerosas enfermeras que se apresuraban por los pasillos, y que en ese momento se disponía a cambiar el vendaje de la cabeza de uno de los heridos.

—¿El doctor Lacroix, por favor?

La enfermera le sonrió y señaló hacia una cortina que dividía en

dos la sala.

—Al fondo, señorita.

—Gracias.

Con el corazón en un puño, Charlotte intentó prepararse para lo que pudiese encontrar tras la cortina. Se armó de valor y tiró de ella.

Noah apuntaba tranquilamente algo en una pizarra que colgaba a los pies de la cama de uno de los pacientes. Estaba diferente. Habían pasado sólo unos meses desde que obtuviera el documento que lo acreditaba para ejercer. Seguía siendo el joven alto, de porte erguido y elegante, que en un mes más cumpliría veintiocho años, y sin embargo había algo distinto en él. Parecía cansado, y la expresión reflexiva y seria de su rostro reflejaba los horrores de la guerra vividos los últimos meses.

—¡Noah! —exclamó Charlotte, dejando caer la maleta en el suelo y saltando al cuello de su hermano, al comprobar que estaba sano y salvo—. Pensé que te había pasado algo. ¡Nos has dado un susto de muerte!

—Estoy bien, Charlotte.

—¡Gracias a Dios! —exclamó, mirándolo concienzudamente para asegurarse de que no le mentía.

—De verdad —sonrió Noah—. No me pasa nada.

—¿Entonces, la nota?

La mención de la nota hizo que Noah se llevara el dedo a la boca para indicar a Charlotte que guardara silencio. Charlotte obedeció. A continuación Noah arrastró a su hermana hasta una esquina y se aseguró de que nadie pudiera escucharlos.

—No podía ser más claro —dijo en un susurro inaudible—. Nunca se sabe quién puede estar espiando.

—¿Qué es lo que pasa, Noah?

Noah terminó las anotaciones en la pizarra de su paciente y ordenó a Charlotte que lo siguiera en silencio.

Le ofreció un delantal igual a los que llevaban las enfermeras.

—Póntelo.

—¿Qué pasa? ¿Me estás asustando?

—Te harás pasar por mi enfermera. Charlotte, no has de decir ni una palabra.

—Lo trajeron hace unos días —empezó a contar Noah—. Tenía dos balazos en la espalda. Estaba muy mal. Había perdido mucha sangre y creí que no lo resistiría. Está muy débil y tiene fiebre, pero parece que se recuperará.

Charlotte iba a preguntar de quién le estaba hablando, cuando

llegaron a una habitación. La puerta estaba custodiada por un cabo de la Unión, que difícilmente habría cumplido los dieciocho años.

—Doctor —se cuadró, llevando el fusil al hombro.

—Buenos días, cabo. Desearía ver a mi paciente.

El soldado lanzó una mirada recelosa a la joven que acompañaba al doctor.

—Es la nueva enfermera —le informó Noah—. Acaba de llegar. Ella me ayudará a atender al capitán.

Satisfecho por la explicación, el soldado sacó la llave del bolsillo de su guerrera y abrió la puerta. Charlotte siguió a Noah al interior de la habitación. Una vez dentro, Noah cerró la puerta y llevó a Charlotte hasta la cama.

—No entiendo —dijo Charlotte, rompiendo su silencio, acercándose al único herido que había en el cuarto.

—Míralo bien.

Charlotte obedeció. Se acercó sigilosamente hasta la cabecera y contempló al hombre que parecía dormir.

Su corazón dio un vuelco y tuvo que contener un grito cuando lo reconoció. El pelo le llegaba hasta los hombros y una espesa barba clara le cubría gran parte de la cara, pero no había ninguna duda. Era Richard.

—¡Richard!

Noah hizo un gesto a su hermana para que se controlara. El soldado que aguardaba al otro lado de la puerta podía entrar en cualquier momento.

—¡Dios mío! ¿Cómo ha llegado aquí?

—Lo encontraron en la playa. Su barco fue descubierto cuando trataba de burlar el bloqueo. Lo hundieron. No sé cómo consiguió llegar vivo a la costa.

Charlotte retiró el paño mojado que cubría la frente de Richard y le acarició el rostro.

—¡Está ardiendo!

—Le ha subido la fiebre. Pero es fuerte. Lo superará.

La sangre martilleó violentamente en sus sienes. ¡Había soñado en tantas ocasiones con volver a encontrarlo! Con tenerlo frente a ella y mirarle a los ojos. Y ahora estaba junto a ella. Herido e indefenso.

—¿Qué pasará con él?

—Es un oficial de alto grado. No hay presa más codiciada. Cuando estén convencidos de que sobrevivirá al viaje, lo trasladarán a la prisión que hay río arriba.

—¡Pero, no pueden! ¡Está muy enfermo!

Noah no respondió. Él conocía muy bien aquella prisión. Había tenido que ir en dos ocasiones. Y en ambas había salido con el ánimo ensombrecido por la oscura suerte que esperaba a aquellos desdichados que eligieron luchar por su privilegio de mantener a hombres como él encadenados en la esclavitud. Los prisioneros confederados, a medida que llegaban, eran hacinados en celdas sucias que no podían contener el flujo incesante de hombres, y morían como chinches por la desnutrición y la tuberculosis.

—No podemos permitir que se lo lleven. No lo resistirá. ¡Tienes que impedirlo!

—Lo sé. Pero no podré mantenerlo entre estas cuatro paredes por mucho tiempo. Se rumorea que pronto habrá una gran batalla, y quieren información. No podré retenerlo mucho más. Un día, a los sumo dos días. Luego se lo llevarán.

En ese momento los párpados de Richard se abrieron.

—… Charlotte —susurró, creyendo que la fiebre nublaba su mente con una aparición.

Ella se quitó el sombrero y acercó su rostro al de Richard, para que éste la pudiera contemplar.

—Mi amor —repitió, incapaz de creer que la mujer que amaba estaba junto a él.

Charlotte tomó la mano de Richard y la puso sobre su mejilla.

—Soy yo, Richard —le susurró, llorando—. Te pondrás bien. Te lo prometo. Yo me encargaré de todo.

Noah se rezagó ligeramente. La respiración entrecortada de Richard al hablar evidenciaba la debilidad en la que había sumido la fiebre a todo su cuerpo.

—Hay tantas cosas que tengo que decirte…

—Ahora descansa.

—Pensé que nunca volvería a verte. Tu padre me dijo que te habías ido a Nueva Orleáns. No puedo soportar que me odies, Charlotte.

—¿Cómo podría odiarte?

—No, no entiendes. Yo lo sabía —confesó atormentado—. Mi tío me lo dijo. Era el doctor Steward. Él asistió a tu madre cuando naciste. Sé que era una esclava. Que murió en el parto y que tu padre no tuvo más remedio que aceptar a las dos niñas.

Noah se volvió hacia Charlotte. Pero ésta no se inmutó.

—Ya no importa —insistió angustiada al ver las convulsiones que sacudían el cuerpo de Richard—. Por favor, cálmate. No te angusties. Sé que te casaste con Camille para protegerme.

—¿Lo sabes?

—Scott me lo contó. Ya eso no importa. Ahora sólo importas tú. Únicamente has de pensar en recuperarte.

Richard sacudió la cabeza, tajante.

—Sí importa. No debí ceder al chantaje de mi tío. Debí casarme contigo —resopló, falto de aire—. Te echo tanto de menos…

El esfuerzo había acabado con las últimas reservas de Richard.

—No te tortures más —le arrulló Charlotte, dándole un beso en la mejilla cubierta de sudor—. Descansa. Duerme. Todo se arreglará.

—Charlotte… te quiero.

Richard acababa de perder el conocimiento.

Noah se acercó y comprobó el pulso de Richard.

—Tranquila. Ahora duerme.

Charlotte contempló a Richard una última vez. ¡Parecía tan atormentado! Su sueño se había vuelto inquieto. Él también había sido una víctima. Esa verdad hizo que Charlotte sintiera una nueva oleada de cariño hacia Richard. Él la amaba. Siempre la había amado.

—¿Entonces, él lo sabía? —preguntó Noah, que por fin comprendía muchos misterios.

Charlotte se volvió a su hermano y asintió.

—Creía saberlo.

—¿Y durante todo este tiempo permitiste que creyera que tú eras la hija de Molly?

—Cuando yo supe lo que había pasado ya era tarde para hacer nada. Él ya se había casado con Camille. Se sacrificó para salvarme, Noah.

—Pues díselo.

—¿De qué serviría? Él sigue siendo un hombre casado. La verdad sólo aumentaría su tormento. Al final no pudo protegerme, porque el peligro no venía de su tío sino de nuestro padre. No podía decirle que su sacrificio no sirvió para nada. Al menos así tiene un consuelo.

Noah era un hombre pragmático. Charlotte tenía razón. De poco valía remover el pasado cuando el futuro no se podía cambiar.

—¿Qué vamos a hacer?

Charlotte llevó de manera instintiva la mano a su bolso.

—Sé de alguien que nos ayudará.

Tras enviar una carta a Hortensia informándole de que su hermano se encontraba perfectamente, y que aún tardaría algunos días en regresar, se despidió de Noah y partió hacia Washington. El estado de los caminos y la falta de transporte le hizo avanzar

despacio. Una vez en la ciudad, buscó alojamiento en la casa de una anciana viuda que había encontrado en el arrendamiento de habitaciones la forma de sobrevivir a la guerra. Tomó un baño y se preparó con detenimiento. A continuación pidió un coche y entregó al cochero el trozo de papel que Hortensia le había dado justo antes de salir.

—Ya hemos llegado —informó el cochero, deteniéndose frente a un edificio con la pintura desconchada.

Charlotte permaneció clavada en el asiento.

—¿Está bien, señorita?

—¿Perdón? —respondió ausente.

—¿Si se encuentra usted bien? —preguntó alarmado—. Se ha puesto usted muy pálida.

—Sí, sí, gracias —contestó Charlotte, sacando unas monedas de su bolso.

El hombre agradeció la propina y se apresuró a abrir la puerta para que su pasajera pudiera descender. Ella se apeó del coche y se encaminó hacia la puerta del edificio. Se hubiese detenido en la calle para pensar lo que iba a hacer, pero el cochero, que no parecía muy seguro del estado de la joven, permaneció vigilante. Una vez que hubo atravesado el umbral, escuchó cómo los caballos se ponían en marcha. Se apoyó en la pared unos instantes y tras respirar hondo comenzó a subir la escalera.

Al llegar a su destino Charlotte contuvo el aliento. Sus piernas temblaban y su corazón latía con agitación. Por un segundo Charlotte deseó que Scott no estuviera en casa. Hubiese deseado echar a correr escaleras abajo. Pero nunca había sido una cobarde, y mucho menos ahora que la vida de Richard estaba en sus manos.

Respiró profundamente una vez más y llamó a la puerta.

Al otro lado la tarima crujió.

El sonriente rostro de Scott surgió en la penumbra.

—Hola, Scott.

En un primer momento él no dijo nada. Después, se hizo a un lado y dejó libre el paso de la puerta.

Charlotte lo siguió al interior del apartamento.

Éste no era mucho mayor del que había ocupado en Boston. Aunque limpio y ordenado, el lugar no era acogedor. Scott le ofreció una silla, pero Charlotte prefirió estar de pie.

Ninguno de los dos se movió. Charlotte y Scott se miraron en silencio. Scott tenía sus ojos clavados en los de ella. Charlotte apartó la mirada, violenta.

—¿Qué haces aquí, Charlotte? —consiguió decir por fin Scott.

Ella le miró a los ojos.

—Necesito ayuda, Scott. No tenía nadie más a quien acudir —confesó desesperada, dejándose caer en la silla que había rechazado un momento antes—. No sé qué hacer. Es Richard —dijo, intentando descubrir sin éxito el efecto que sus palabras creaban en Scott—. Está herido.

Ahora sí pudo ver cómo la expresión de Scott cambiaba.

—¿Qué le ha pasado?

—Le dispararon hace un par de días. Los yanquis lo cogieron y lo llevaron al hospital de Noah. Él me avisó. Scott… está tan débil… —confesó, rompiendo a llorar.

Scott se agachó junto a ella y tomó las manos de Charlotte entre las suyas.

—Charlotte —le dijo, infundiéndole valor—. Cuéntame lo que pasó.

—Noah me ha dicho que lo van a trasladar a la prisión donde tienen retenidos a los soldados confederados. No lo resistirá —gimoteó.

Scott se había puesto muy serio. Él también había oído hablar de aquella prisión.

—No sé qué hacer. Noah no podrá retenerlo mucho tiempo. Tal vez si pudiéramos localizar a Brian. Él tiene influencias.

—No. Él no puede ayudarnos. Podría meterse en problemas.

—¿Entonces?

Scott sonrió.

A Charlotte se le había olvidado lo mucho que echaba de menos aquella sonrisa pícara y tranquilizadora.

—Te prometo que yo me encargaré de todo.

—… Pero.

—Todo saldrá bien. Confía en mí, Charlotte.

—Nunca he dejado de hacerlo, Scott.

Scott le hizo prometer a Charlotte que al día siguiente regresaría a Boston. Como era de esperar, Charlotte se negó, pero Scott no cedió. No quería que nadie pudiera relacionarla con lo que iba a suceder. Así que a la mañana siguiente, no sin protestar, Charlotte cogía el primer tren de regreso a casa.

37

En un par de días habría luna nueva y el disco nocturno sería tragado por la oscuridad. Aun así, proporcionaba suficiente luz para poder seguir el camino.

Scott cabalgaba atento, pendiente de cada sonido. Hacía varias horas que había traspasado las líneas enemigas y no quería que un tiro perdido acabara con él antes de haber iniciado su misión. Empezó a pensar que tal vez no había sido una buena idea cruzar el frente en plena noche. Pero ya no podía retroceder. A Richard no le quedaba mucho tiempo.

En ese momento, el inconfundible chasquido de un percutor preparándose para disparar surgió de alguna parte de la maleza que crecía en los márgenes del camino.

—¡No disparen! —gritó Scott, levantando los brazos y deteniendo su caballo—. ¡No voy armado!

—¡No se mueva! —ordenó alguien con acento sureño.

El que había dado la orden salió de la maleza y se acercó a Scott sin dejar de encañonarlo. Casi al mismo tiempo, un segundo hombre apareció con otro fusil. Eran soldados confederados.

—Desmonte —le dijo el primero, muy agresivo, empujándole con el cañón de su rifle.

Scott obedeció. Sus movimientos fueron muy lentos y claros. No quería darles la menor excusa para que le dispararan. A pesar de que quedaban a su espalda y no podía verlos, podía olerlos. El hedor de aquellos hombres hubiese espantado a una mofeta.

Mientras el segundo hombre apuntaba a Scott, el primero lo registró.

—No lleva armas —le comunicó incrédulo a su compañero, dando unos pasos hacia atrás para volver a encañonarlo con seguridad—. ¿Qué haces aquí, yanqui?

La pequeña distancia fue suficiente para que el fuerte olor se mitigara. Scott respiró agradecido.

—Necesito ver al oficial Klaus Fritz.

Los dos hombres intercambiaron unas miradas. A continuación

le ataron las manos y le condujeron al interior del bosque.

Les llevó cerca de una hora llegar al campamento de los rebeldes. Nada más llegar, amarraron a Scott a un árbol y llevaron su caballo junto al resto de animales.

Klaus descansaba en el interior de su tienda cuando dos soldados se cuadraron junto a su puerta.

—Lo siento, señor —se disculpó el que había llevado la iniciativa durante toda la noche—. Pero hemos hecho un prisionero.

—¿Un prisionero?

—Un yanqui, señor. Parece civil. Al menos no va armado.

Klaus parecía molesto, ahora tendría que abandonar su tienda y comprobar de quién se trataba.

—… pregunta por usted, señor.

—¿Por mí?

—Así es, señor —respondieron los dos hombres al unísono.

Klaus se levantó de su cama de campaña y se colocó las botas sobre unos calcetines que pedían a gritos un zurcido. Buscó la chaqueta, comprobó que las dos pistolas que siempre llevaba con él estuvieran cargadas y se caló el sombrero.

—Llévenme hasta él.

Los soldados escoltaron a su oficial hasta el lugar donde habían dejado maniatado a su prisionero.

Al ver a Scott, la cara de Klaus no pudo esconder la sorpresa.

—¡Suéltenlo! —ordenó inmediatamente a los dos soldados—. Espero que no le hayan hecho daño —añadió, en un tono amenazante.

—No, señor —contestó nervioso el que llevaba la voz cantante, mientras sacaba un cuchillo y cortaba las cuerdas que tenían inmovilizado a Scott—. Tan sólo lo hemos atado para que no se escapara.

—¡Ven a mis brazos!

Scott se frotó las muñecas y se acercó hasta Klaus, que le dio un abrazo.

—¡Increíble! Ni en un millón de años hubiese adivinado de quién se trataba. Aunque, pensándolo bien —reflexionó en voz alta —. ¿Qué otro loco podría atravesar las líneas enemigas desarmado?

—Qué quieres que diga, Klaus. No me gustan mucho las armas.

Klaus sonrió divertido.

—Ven. Sentémonos junto al fuego. Ustedes, pueden regresar a su puesto de guardia.

Los soldados obedecieron en el acto, y antes de que Klaus invitara a Scott a sentarse en unas piedras colocadas en torno a una

fogata, ya se habían vuelto a internar en el bosque.

—Veo que sigues siendo un poco mandón, teniente.

—Comandante —corrigió Klaus, mostrándole las insignias de su guerrera—. ¿Quieres un trago? —le ofreció, sacando una petaca que llevaba en el interior de la chaqueta.

Scott la aceptó y bebió. Cuando el líquido le llegó a la garganta, sintió como si el fuego lo abrasara.

—¡Dios mío! —dijo escupiéndolo, y devolviéndoselo a Klaus mientras intentaba librarse de las gotas que seguían adheridas a sus labios—. ¿Con qué demonios habéis hecho este brebaje?

—Mejor que no te lo diga —rió Klaus, dando un largo trago sin inmutarse.

La falta de buques de guerra en el Sur había obligado a la Confederación a asignar a muchos de sus oficiales de marina al frente de tierra. Scott estudió a su amigo. Aunque estaba perfectamente afeitado y peinado, su uniforme estaba gastado y había adelgazado. Miró a su alrededor. La mayoría de las tiendas estaban rotas, a los caballos se les marcaban las costillas y sus hombres parecían agotados.

—Sí —dijo Klaus, adivinando los pensamientos de Scott—. No podremos aguantar mucho.

—Lo siento.

—Yo no. Tengo ganas de que esta absurda guerra termine. Ahora lo entiendo. Nunca podremos ganarla. De nada sirven los campos de algodón y el espíritu de la gente si no hay municiones ni comida. ¿Sabes? —confesó—, este mes he perdido quince hombres por la fiebre, por no tener unas miserables mantas. Si la batalla no llega pronto, no me quedarán soldados para luchar. No aguantaremos otro invierno.

Scott no dijo nada. Siempre había sabido que el Sur jamás podría ganar. Sólo era cuestión de tiempo. Desde su comienzo había sido una guerra de desgaste. El Sur, aunque disponía de grandes generales y hombres entregados a la causa, carecía de la industria necesaria para producir todo lo que requería una campaña de larga duración. El Norte, con sus fábricas a pleno rendimiento y la inagotable fuente de inmigrantes provenientes de Europa para abastecerlas y alimentar a sus ejércitos, podía resistir eternamente.

—Supongo que no te alistaste —dijo, cambiando de tema.

—No —le confirmó Scott.

—Me alegro. Y dime, ¿qué te ha traído por aquí? No creo que hayas venido de visita. ¿Se puede saber cómo te atreves a aparecer con tu inconfundible acento entre mis hombres? —reprochó—. ¡Y ni

siquiera vienes armado! Te podían haber volado la cabeza.

—Pero no lo han hecho.

—¡Maldito engreído! Veo que el tiempo no ha metido ni un ápice de sentido común en esa terca cabezota.

Scott sonrió.

—¿Qué es lo que pasa?

Scott se puso serio. Klaus nunca lo había visto así. Ni siquiera cuando lo expulsaron de Annapolis por su culpa.

Antes de responder, Scott se frotó las manos. Klaus no pudo evitar sentirse culpable al contemplar la piel retorcida por el fuego.

—Necesito tu ayuda, amigo —confesó Scott, mirando a Klaus intensamente.

Klaus guardó silencio.

—Es Richard —continuo Scott—. Está herido y ha sido hecho prisionero… en Maryland.

No era necesario que Scott le diera el nombre de aquel infierno. Todo soldado confederado había oído hablar de aquella fortaleza donde los prisioneros morían a cientos a consecuencia del hambre, el frío y las enfermedades.

—Si no lo sacamos, pronto morirá.

Klaus dio un nuevo sorbo a su brebaje y dejó que sus ojos vagaran en el interior de las llamas.

—¿Y qué podemos hacer? No pretenderás que cruce el frente y ataque con mis hombres la fortaleza. Sólo tengo cuatrocientos, y la mayoría apenas aguantarían una jornada de marcha. La mitad de ellos quizá no pasen las primeras nevadas. Sería un suicidio.

—No. No estaba pensando en eso. Pero dos hombres solos podrían conseguirlo.

—¿Dos hombres? ¿Te has vuelto loco?

—No. Lo tengo todo perfectamente planeado. Sólo hace falta un poco de suerte y antes de que se den cuenta estaremos fuera, con Richard en nuestro poder, y sin haber disparado un solo tiro.

—¿Estás seguro, Scott?

—Sí. Sé que podemos hacerlo. Confía en mí. Lo tengo todo pensado.

Klaus volvió a mirar el fuego. En las llamas recordó a aquel hombre que fue capaz de entrar en un granero ardiendo para salvar la vida de alguien que lo odiaba. Sintió un nudo en la garganta. Todavía tenía frescas las imágenes de aquel día y cómo aprendió entre aquellos tablones incandescentes el verdadero significado de la palabra valor.

Y ahora, otra vez, aquel hombre se presentaba en el corazón de

las líneas enemigas para pedirle ayuda, y para volver a arriesgar su vida por un amigo.

Haría cualquier cosa por él, y por Richard.

Scott esperaba la respuesta.

—Está bien. No sé cuál es tu plan, pero aunque es un suicidio, si hay una posibilidad, tenemos que intentarlo —comentó—. Si hay alguien que pueda hacer una locura como ésa y salir bien parado, ése eres tú. Y no imagino a nadie en quien pudiera confiar más que en ti para hacer algo así. Iré contigo, Scott.

A la mañana siguiente, tras informar a sus oficiales de los detalles de la operación y dejar al de mayor rango al mando durante su ausencia, partieron hacia el norte.

Lo más difícil fue cruzar el frente, pero Klaus tenía hombres vigilando los caminos, y conocía bien el terreno.

Tardaron algo más de un día en llegar, y se instalaron en un cobertizo abandonado en el bosque, a pocos kilómetros de la prisión.

Mientras Klaus acababa de desplegar las mantas en las que dormirían, Scott puso a buen recaudo los dos barriles de pólvora que había insistido en llevar con ellos.

Klaus hubiese deseado tomar una taza de café caliente para entrar en calor en aquella gélida noche de noviembre, pero el resplandor de cualquier fuego, incluso dentro de aquella cabaña con las paredes llenas de agujeros, podría verse a dos kilómetros de distancia. Y no era cuestión de anunciar a medio estado que acababan de llegar con intención de asaltar al día siguiente la fortaleza más segura e inexpugnable de todo el territorio de la Unión.

Scott comenzó a garabatear sobre el suelo de tierra unas cuantas líneas, indicando las posiciones del río y de su objetivo.

—Nos acercaremos a la prisión por el oeste. Por esa zona el bosque es muy frondoso. Es la parte más protegida. Después cruzaremos el arroyo en este punto y nos colaremos en la prisión.

—No sé si te has dado cuenta de que desde aquí hasta aquí no hay ni un solo árbol —dijo marcando el límite del bosque y el muro de la prisión—. Es terreno abierto y no pasaría ni una ardilla. Los que la diseñaron hicieron un magnífico trabajo y se encargaron de arrancar de todo el perímetro cualquier cosa que pudiera servir de parapeto.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? Estupendo. ¿Y cómo pretendes recorrer los más de doscientos metros de descampado sin ser descubierto?

—Bajo tierra.

—No estoy para bromas. Cavar un túnel de semejante distancia nos llevaría años.

—¿Quién ha dicho que vayamos a cavar?

—Entonces…

—Entraremos por las cloacas. No fue fácil, pero al final la solución la encontré en el viejo diario de un oficial inglés que había servido durante la guerra de la Independencia. Aquel soldado era el ingeniero al que se le encargó la construcción de un pasadizo secreto que comunicara su fuerte con el río. Cuando los británicos se rindieron sin revelar la existencia del túnel, éste cayó en el olvido. Años después, sobre aquel fuerte se edificó la actual prisión.

—¿Y cómo demonios encontraste ese diario? No sabía que fueras un ratón de biblioteca.

—Era de mi abuelo. Me lo legó a su muerte.

—¿Y cómo sabremos que todavía existe?

—No lo sabemos. La entrada a la galería debería de estar justo por detrás de la línea de árboles. Es imposible verla desde la fortaleza. Habrá que rastrear el río, y espero que se mantenga en pie. Si tenemos suerte, desde ella podremos acceder a las cloacas.

—Así que esa vieja vía de escape de los ingleses a nosotros nos servirá para entrar —ironizó Klaus.

—Así es, si la suerte nos acompaña. Una vez dentro, sólo hay que seguir el plano.

—¿Qué plano?

Entonces Scott sacó un rollo de papel y lo desplegó sobre el boceto que había trazado en el suelo.

—¿Y esto?

—Digamos que lo tomé prestado. No sabes la de cosas que se pueden llegar a encontrar en la biblioteca del Congreso.

El plano detallaba los conductos del sistema de alcantarillado que corrían bajo los suelos de la prisión.

—Según la notas del diario, he calculado que el túnel debería de conectar aquí con la red principal —informó Scott, señalando un punto en el plano—. Una vez en ella, avanzaremos por debajo de los muros hasta el bloque de celdas donde se encuentra Richard. Ahí debería haber una alcantarilla —dijo, dibujando una gran equis sobre el papel.

Klaus lo miró impresionado.

—¿Cómo sabes dónde está Richard?

La localización exacta de la celda se la había proporcionado Noah, que se las había arreglado para acompañar a Richard hasta la

prisión.

—Digamos que tengo mis fuentes.

—Ya veo.

—Subiremos la escalera, entraremos por la alcantarilla y regresaremos por el mismo camino. Para cuando las cosas vuelvan a su cauce y los soldados descubran que Richard ha desaparecido, ya estaremos suficientemente lejos.

—Sí, ya veo. Todo parece muy fácil. Pero ¿que haremos cuando nos encontremos con los soldados que hacen la ronda?

—Nada. No los encontraremos. Richard está en la celda más profunda de la prisión, y el cuartel de los celadores queda lejos —informó Scott punteando el lugar—. Como puedes ver, está situada un piso más arriba y tiene una sólida puerta de madera y barrotes que los protege. A esa hora de la madrugada y con el frío que hace, no creo que tengan la menor intención de hacer la ronda.

Klaus tuvo que reconocer que las explicaciones de Scott parecían lógicas. Pero tenía la sensación de que todo era demasiado fácil para que saliese bien.

Estaba sorprendido. Scott había pensado hasta el último detalle, y lo peor de todo era que parecía fácil.

—Me alegro de no tenerte como enemigo —confesó Klaus—. Si con dos hombres eres capaz de meterte en la fortaleza más inexpugnable del país, no quiero pensar lo que hubieses hecho con un regimiento.

—Por fortuna, ninguno de los dos los sabremos nunca.

Repasaron el plan una y otra vez. No dejaron ni un solo cabo sin atar. Necesitaron otra noche más para localizar la entrada del túnel. A la noche siguiente regresaron. No había luna y una fina capa de nubes cubría las estrellas. Era perfecto. Estaba todo tan oscuro que no se podía ver nada a más de dos metros de distancia.

La boca estaba obstruida y completamente oculta por las zarzas y la vegetación. Scott se abrió camino entre la maleza que había protegido el secreto de su existencia durante los últimos ochenta años. Klaus, que se había rezagado unos metros para esconder los caballos entre los árboles, se le unió y le ofreció una de sus pistolas.

Scott la rechazó.

—No la necesitaré.

—Por favor —insistió Klaus.

—No hay nada que pensar, Klaus. No quiero un arma. Ya llevo todo lo que necesito.

Entonces Klaus observó la pesada mochila que Scott se había cargado a la espalda.

—Está bien. Como quieras —dijo Klaus, volviendo a introducir la pistola en su cinturón—. Te sigo.

Una vez dentro, Scott sacó dos antorchas de la mochila. Las prendió. Él se quedó con una y la otra se la entregó a Klaus. La reducida altura de la galería obligó a Klaus a avanzar encorvado, mientras los líquenes que crecían en las paredes y techos le rozaban la cara.

Tras andar algo más de diez minutos, el camino terminó repentinamente.

—¡Maldita sea! —clamó Klaus al ver que no había salida—. ¡Ya sabía yo que no podía ser tan fácil!

Scott ignoró los comentarios de Klaus, sacó un pico de la mochila, y comenzó a golpear el muro de tierra que les bloqueaba el paso.

—No lo conseguiremos —clamó Klaus, que había perdido toda esperanza de poder rescatar a Richard—. No tenemos ni idea de la distancia que hay hasta las cloacas, ni sabemos dónde se encuentran. Basta que estén por encima o por debajo para que pasemos de largo.

—¿No lo notas? —le preguntó Scott, hundiendo su pico en la pared.

—¿Notar qué?

—El olor.

Un golpe certero de su pico sobre la pared de tierra provocó un pequeño derrumbamiento, dejando al descubierto un muro de color rojo.

—Es ladrillo —confirmó Klaus—. El túnel está cegado.

Scott no se desanimó. Levantó el pico y dio un nuevo golpe. Unos cuantos después un pequeño agujero se abría en la pared, y pronto era lo suficientemente grande como para poder pasar por él.

—¡Puaj! ¡Cómo huele!

—¡Lo hemos conseguido, Klaus! —gritó Scott—. ¡Son las cloacas!

Scott fue el primero en introducirse por el agujero. Klaus lo siguió.

El olor era nauseabundo. El agua que transportaba los desechos les llegaba hasta las rodillas. Un grupo de ratas que mordisqueaban algo en la orilla se sumergió al ser iluminadas.

—¡Malditos bichos! —gritó Klaus, sintiendo un escalofrío.

Scott no vaciló. Se había aprendido el plano de memoria. Caminaba por aquel lugar de tinieblas con tal facilidad que Klaus llegó a pensar que no era la primera vez que lo hacía.

Al llegar a una bifurcación Scott se detuvo e iluminó ambas bocas.

—¡Vaya!

—¿Qué pasa?

—Esto no viene indicado.

—¿Cómo que no viene indicado?

—Espera aquí. Enseguida vuelvo.

—Más te vale… —protestó de mala gana.

Klaus hubiese jurado que Scott se rió. Pero antes de que pudiera comprobarlo ya había desaparecido por uno de los túneles.

—¡Maldito yanqui sabelotodo! —juró en silencio.

Una rata jugueteó entre sus piernas. Klaus trató de espantarla con la antorcha, pero el movimiento fue tan violento, que la tea se sumergió en el agua y devoró el fuego. Klaus estaba a punto de sufrir un ataque de nervios cuando Scott regresó y lo sacó de las tinieblas.

—Ya era hora —lo increpó en un susurro cuando Scott reapareció y se colocó a su lado.

—¿Estás bien, Klaus?

—Lo estaré cuando salgamos de aquí.

—Ya falta poco. Es por aquí.

La escalera estaba clavada en la pared, al fondo del corredor.

—Vete subiendo —le indicó Scott, iluminando los escalones—. Ahora te sigo.

Klaus la estudió con desconfianza, estaba oxidada y parecía demasiado sencilla para aguantar el peso de un hombre de su tamaño. La alcantarilla estaba a unos tres metros sobre su cabeza. Increíblemente, la escalinata de hierro se mantuvo firme. Al llegar arriba, Klaus levantó ligeramente la tapa de la alcantarilla y asomó la nariz. El pasillo estaba libre. Tal y como Scott había previsto, no había ni un solo carcelero en los alrededores. Klaus salió con rapidez. Se hubiese enfrentado a un regimiento completo antes que permanecer ni un segundo más en aquella guarida de ratas. Cuando hubo comprobado que el tramo era seguro, hizo una señal a Scott para que lo siguiera.

Aunque estaba bien iluminado, el pasillo era estrecho y húmedo. Había celdas a ambos lados. Las puertas eran de madera maciza y el interior sólo podía verse a través de un rectángulo, no mayor que la palma de una mano, abierto en la parte superior, de la puerta.

Klaus buscó en un lado del pasillo, mientras Scott lo hacía en el otro.

—¡Aquí! —llamó Klaus—. Lo he encontrado.

Scott se acercó corriendo y miró a través de la ventanilla. Después sacó una tenaza de la mochila y se la entregó a Klaus, que reventó el candado con facilidad. Scott entró al interior de la celda y se acercó hasta Richard, que permanecía tumbado sobre el suelo.

Richard no se movía. Estaba bañado en sudor. Tenía la piel cetrina y la fiebre había hecho aparecer unas postillas en las comisuras de sus labios.

—¡Richard! —exclamó Scott, impresionado al comprobar el estado de su amigo.

Los párpados de Richard temblaron varias veces antes de que consiguiera mantener los ojos abiertos.

—Parece que vuelvo a ver visiones —sonrió.

El estado de Richard era preocupante.

—¿Puedes andar? —preguntó Scott, al comprobar que tenía sangre fresca en la espalda.

—Lo intentaré —dijo, haciendo un esfuerzo inútil por incorporarse.

Estaba claro que Richard no podría salir de allí por su propio pie.

—Lo siento, amigos. No debisteis venir. No puedo. ¡Marchaos!

Klaus, que permanecía vigilando en la puerta, se acercó hasta Richard.

—¡Estás loco si crees que he aguantado que las ratas anden entre mis piernas para dejarte aquí!

Scott ayudó a Richard a colgarse a la espalda de Klaus, que lo cargó fuera de la celda. Pasar por la alcantarilla fue lo más difícil. Por fortuna, Scott había llevado una cuerda. La colocó alrededor de la cintura de Richard y se introdujo por el hueco del sumidero. Después colocaron a Richard en la boca del agujero y cuando sus pies estuvieron apoyados en los hombros de Scott, Klaus empezó a soltar cuerda.

El descenso fue lento, pero Klaus era fuerte y Scott frenaba la caída de su amigo. Cuando llegaron abajo, Klaus les siguió. Recogió la cuerda y una vez dentro volvió a colocar la alcantarilla en su lugar. Al llegar al suelo, Scott, que a duras penas conseguía mantener a Richard en pie sobre la pared, ayudó a Klaus a cargar a Richard en su espalda. Después, sacó otra tea de la mochila, la prendió y buscó el camino de regreso.

Demasiado débil para manejar su propio caballo, Richard montó con Klaus.

Cerca del amanecer llegaron hasta un puente que salvaba la distancia entre las dos orillas de un desfiladero. El río discurría al

fondo, a unos quince metros de profundidad.

El sonido de un cañonazo rompió el silencio.

—¡Viene de la fortaleza!

—Lo sé —dijo Scott.

El pésimo estado de Richard los había hecho avanzar muy despacio.

—Pensé que tendríamos algo más de tiempo antes de que descubrieran la fuga. Pero, después de todo, parece que sí que hicieron la ronda.

Scott miró al horizonte. Por ahora no había ni rastro de sus perseguidores.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarán en darnos caza? —preguntó Klaus.

—Calculo que les llevaremos una hora de ventaja. Sólo tenemos un par de horas antes de que se nos echen encima.

—¿Un par de horas? ¡A este paso necesitaremos al menos tres para cruzar la frontera! No lo conseguiremos.

Habían llegado al otro lado del puente.

Scott detuvo su caballo y saltó a tierra.

—¿Qué haces, Scott? Tenemos que avanzar.

—Necesitamos más tiempo.

—Pero ¿cómo?

Scott se dio la vuelta y le mostró dos barriles de pólvora.

—Voy a volar el puente.

—¿Con eso? ¿Te has vuelto loco?

Se trataba de una sólida estructura de acero. Un único arco se encargaba de cubrir los veinte metros que separaban ambos lados del desfiladero.

—¿Pero lo has visto bien? —añadió Klaus—. Necesitarías al menos el doble de pólvora para romper esos pilares. Con eso no le harás ni un rasguño —volvió a insistir, visiblemente contrariado.

—No te preocupes, confía en mí. Esto servirá.

—No te ofendas, Scott, pero después de haber visto tus notas en la academia, eso no será fácil. No eras precisamente el primero de la clase.

Scott sonrió.

—Las cosas no siempre son lo que parecen.

—Está bien —se lo pensó mejor Klaus, recordando la manera en que Scott había planeado el rescate de Richard a través de las alcantarillas—. Puedes intentarlo. En realidad no tenemos más opciones.

—Funcionará, lo tengo todo pensado. El puente es sólido, pero si

mis cálculos son exactos debería ceder. Y el otro paso está a más de nueve kilómetros de distancia. Para cuando quieran atravesar el desfiladero, estaréis a salvo. Ahora debéis marcharos.

La mirada de Klaus era reveladora. No quería abandonar a Scott.

—¿Y tú?

—Yo estaré bien. No llevo armas, y mi acento me delata. Si me encuentro con los soldados de la Unión, nunca sospecharían que he ayudado a un oficial del Sur a escaparse. No te preocupes.

Pero Klaus estaba preocupado.

El estado de Richard empeoraba con rapidez. Aunque ahora estaba despierto, había permanecido la mayor parte del camino inconsciente. Si su plan no tenía éxito y los soldados conseguían atravesar el puente, la vida de Scott correría peligro. Con Richard muy debilitado y Scott a punto de quedarse solo ante un batallón de soldados furiosos, Klaus se encontraba en un callejón sin salida.

Richard, al que Scott había atado a Klaus para que no se cayera de la montura en alguno de los momentos de inconsciencia que lo sorprendían, acababa de despertarse.

—No te preocupes. Lo conseguirá —balbuceó al oído de Klaus.

Las palabras de Richard apenas fueron un susurro.

—¿Es que os habéis vuelto todos locos?

Richard se volvió hacia Scott.

—Gracias, amigo —le dijo emocionado, tendiéndole su brazo.

Scott lo tomó y lo apretó con fuerza.

—Cuídate, amigo.

Richard sonrió y se recostó de nuevo sobre la sólida espalda de Klaus.

Klaus intercambió una mirada con Scott. No había necesidad de decir nada. Cuidaría de Richard con su vida.

Una vez que Klaus y Richard remontaron el camino, Scott se deslizó a través de la barandilla y desafiando al vacío se descolgó sobre uno de los pilares. Colocó uno de los barriles y se deslizó por la estructura hasta el otro lado del puente. Después preparó la mecha y se ocultó en la maleza.

Media hora después, Klaus se encontraba en lo alto de la colina. Detuvo su caballo. Richard había vuelto a quedar inconsciente.

Al abrigo de los árboles, podía distinguir al fondo del cañón la estela oscura de metal colgando sobre el río. Los soldados se acercaban al puente a gran velocidad.

Scott prendió la mecha y se protegió tras una roca.

La detonación fue seca y sorda.

Si Scott hubiese prendido la mecha un minuto más tarde, habría

atrapado a toda la columna. Pero había tenido un especial cuidado en asegurarse de que la explosión no alcanzara a nadie.

Sin embargo, cuando el humo se disipó, Klaus comprobó que la estructura seguía intacta.

Al comprobar que el puente no había sufrido daños los soldados se reagruparon dispuestos a atravesarlo.

Scott aún seguía oculto en el otro lado.

—No debí dejar que me convenciera —maldijo Klaus, consciente de que los soldados capturarían a Scott en cuanto cruzaran el desfiladero.

Klaus dudó. Deseaba correr en ayuda de Scott, pero no podía abandonar a Richard. Ya era tarde. No llegaría a tiempo.

Y entonces se oyó el crujido. Fue como un lamento de metal.

Ante la mirada atónita de Klaus y de los soldados, el puente se desplomó como un castillo de naipes.

—¡Maldito yanki! ¡No sé cómo, pero lo ha vuelto a hacer! —gritó Klaus de alegría, mientras contemplaba a los hombres que habían quedado aislados al otro lado del desfiladero.

Richard, despertado por el estruendo, abrió un instante los ojos, y sonrió.

—Te lo dije, Klaus. Sabía que lo conseguiría —murmuró apenas sin fuerzas—. Aunque me obligó a guardar el secreto, y nadie llegó a sospecharlo jamás —añadió con un visible esfuerzo—, no era yo el primero de la clase.

—No sé por qué no me sorprende —rió Klaus con una sonora carcajada, dejando que el eco la propagara sobre el vacío.

A continuación dio media vuelta y retomó el camino.

Ahora su única preocupación era conseguir poner a salvo a Richard.

38

Seis meses después, el 19 de abril de 1865, Lee se rindió a Grant en Appomatox Courthouse, Carolina del Norte. La guerra que había enfrentado a hermanos contra hermanos, tiñendo la nación con la sangre de miles de sus hijos, había terminado.

Cuando Brian y Noah regresaron a casa, Charlotte y su hermano volvieron a instalarse en Arch Street.

El doctor Watson, que deseaba retirarse pero no quería hacerlo hasta asegurarse de que dejaba su cargo en las manos adecuadas, ofreció a Noah la oportunidad de ocupar su puesto como cirujano jefe en el Hospital General. En un principio Noah dudó. Gracias al prestigio obtenido durante la guerra, había recibido una oferta para unirse al grupo de cirujanos de una prestigiosa clínica privada. También había barajado la posibilidad de abrir su propia consulta. Ambas eran oportunidades tentadoras. Por otro lado, el sueldo en el hospital sería mucho más modesto, el trabajo mayor, y los medios técnicos y humanos insuficientes. Pero aun así Noah no podía olvidar que, por muy limitados que fueran sus recursos, había sido el único lugar que le había dado una oportunidad cuando tan sólo se trataba de un aspirante a médico negro. Tenía una deuda con el doctor Watson. Él había apostado por Noah cuando nadie más estaba dispuesto a hacerlo. Además, el trabajo en el hospital le permitiría tener presente en todo momento cuáles eran sus raíces, y lo más importante: podría dedicar su vida a los más desfavorecidos. A los rechazados y pobres a los que no mucho tiempo atrás él había pertenecido. Noah dio las gracias a su mentor y aceptó la oferta.

Tras la guerra, Brian se reincorporó a la política.

Poco después de que se vieran por última vez en Washington, Scott le había hecho llegar una nota a Charlotte informándole de que Richard se encontraba sano y salvo en Virginia. Y aunque no habían vuelto a verse desde entonces, Charlotte sabía por Hortensia que Scott había regresado a Boston hacía un par de semanas. Para satisfacción de Beatriz, su hijo se había instalado con ellos en Beacon Street y había aceptado trabajar para su padre. A cambio,

Raymond O'Flanagan se había comprometido a mejorar las condiciones laborales de sus fábricas, y además, en adelante entregaría anualmente una más que cuantiosa cantidad de dinero al Hospital General, a cambio de la cual, todos sus trabajadores y su familias tendrían derecho a recibir asistencia médica gratuita.

—¿Qué te pasa? —le preguntó una tarde Charlotte a Noah cuando él regresó del trabajo—. Hace semanas que te encuentro preocupado. ¿Es que hay algo que no va bien en el hospital?

—Todo va estupendamente. Creo que es lo que siempre soñé.

—Pero hay algo que te preocupa.

—¿Sabes?, hace años que no tengo noticias de mi madre. Dicen que Virginia ha quedado completamente destruida tras la guerra.

Charlotte guardó silencio. Ella también había oído rumores sobre la difícil situación que atravesaba el Sur y había pensado en muchas ocasiones en sus amigos y familia.

—Estará bien. Velvet siempre ha sido una mujer fuerte.

—Ya no puedo posponerlo más. Tengo que ir a buscarla, Charlotte.

La sola idea de que Noah atravesara el país y se adentrara en un territorio devastado por la guerra, donde el odio hacia los hombres de color era más intenso que nunca, le dio pánico.

—Pero no puedes. Es… es demasiado peligroso. A pesar de la liberación de los esclavos, la gente sigue sin aceptarlo. No debes ir. Puedes decirle a Scott o a Brian que vayan, estoy segura de que lo harían encantados.

—Debo hacerlo yo.

—Al menos, deja que te acompañen.

—No, Charlotte. Brian acaba de regresar a casa y tras cuatro años de guerra. No puedo pedírselo. No puedo arriesgarme a que le pase algo. Hortensia ya ha sufrido bastante.

—Entonces te acompañaré yo.

Noah sonrió, Charlotte nunca aprendería a aceptar un no por respuesta.

—Te lo agradezco. Pero es algo que necesito hacer solo. Además, sé que no quieres volver a verlo.

La mención a su padre hizo que resurgieran en Charlotte sentimientos que creía enterrados hacía mucho tiempo.

—Me marcharé en cuanto arregle unas cosas en el hospital.

Cuando Scott supo lo que pretendía su amigo, se ofreció a acompañarlo. Como era de esperar, Noah se negó. Había cosas en la vida que un hombre debía afrontarlas solo. Y David Parrish era una de ellas.

Cada vez que Velvet alzaba la vista y veía los campos yermos señalados por el fuego, le costaba reconocer su hogar. Los soldados de la Unión habían requisado los animales, prendido fuego a los campos y reducido la casa grande a cenizas. Sólo los pilares de mármol del atrio habían resistido los envites de las llamas. Velvet recogió los cuatro huevos que habían puesto las gallinas aquella noche y les lanzó un puñado de maíz. Una de ellas ya era demasiado vieja para poner, así que tendrían que sacrificarla, aunque no habría mucho que comer entre aquel amasijo de plumas y pellejo.

Si la vida de Velvet había sido dura, tras la guerra había empeorado. Desde la marcha de Charlotte y Hortensia, el carácter del amo había cambiado. Se volvió huraño y amargado. En ocasiones sufría ataques de ira que lo convertían en un hombre violento y peligroso. Los esclavos lo temían y sus vecinos pronto empezaron a evitarlo. Con el final de la guerra y el anuncio de la emancipación, muchos esclavos habían abandonado las plantaciones. En Delow, la plantación vecina, algunos de ellos se habían quedado con sus antiguos amos, pero en Nueva Fortuna no quedó ninguno. Todos se marcharon en cuanto tuvieron oportunidad. Velvet fue la excepción. Se hubiera ido con el resto, pero no podía. ¿Si no, cómo la localizaría su hijo?

Después de que los soldados incendiaran la casa, David se había trasladado al que una vez fue el alojamiento de la institutriz. En un tiempo había sido una casa acogedora y funcional, rodeada de árboles y rosales. Pero ahora la mala hierba invadía las paredes. El porche apenas se sostenía, los listones de madera habían perdido la mayor parte de su pintura y el tejado necesitaba una reparación con urgencia. Velvet también vivía en la casa. Pero estaba tranquila. Desde que nació Noah, el amo nunca más la había vuelto a buscar. Cocinaba, lavaba, cuidaba de un pequeño huerto que les daba lo justo para subsistir, y obedecía todas y cada una de las órdenes del hombre a quien seguía llamando amo.

Mientras dejaba a las gallinas disfrutando de los últimos granos de maíz, recogió un recipiente con un poco de leche que había ordeñado de la única cabra que conservaban, y se dirigió hacia la casa. El amo Parrish se levantaría pronto, y si no tenía su desayuno listo, se enfadaría. Se disponía a entrar en casa cuando sintió que algo se aproximaba. Se volvió y trató de distinguir la figura que conducía el coche, pero el sol la cegaba. Aun así, pudo ver que se trataba de un hombre. Era de color e iba bien vestido. De hecho, pensó que jamás había visto un hombre de color vistiendo ropas tan

elegantes. El hombre detuvo el caballo y se bajó del coche. Velvet seguía sin poder distinguir su rostro.

—Buenos días —saludó ella cordial, dando unos pasos hacia una zona de sombra.

—Hola, mamá.

El corazón de Velvet se detuvo. El hombre se había acercado. Ahora veía el rostro. El rostro que nunca abandonaba sus pensamientos. Pero Velvet no hubiese necesitado verlo. Porque el sonido de aquella voz estaba cuidadosamente grabado en su corazón.

—¡… Noah! —exclamó, temiendo que al nombrarlo la ilusión se desvaneciera.

—¡Soy yo, mamá!

Velvet dejó caer el recipiente con la leche al suelo, y corrió hacia él.

Noah la estrechó entre sus brazos.

—¡Mi pequeño! —repitió Velvet una y otra vez, tomando el rostro de su hijo entre sus manos—. ¡Has vuelto! —le dijo, llorando de emoción.

—Te lo prometí —contestó él, también emocionado, descubriendo unas arrugas en la comisura de los ojos de su madre —. Estás preciosa —dijo, acariciando su rostro.

Noah había cambiado; sus ojos, su sonrisa sincera y bonita. Se había convertido en un hombre. Pero para Velvet seguía siendo su pequeño.

—¡Has cambiado tanto! —dijo ella, mirando con curiosidad las elegantes ropas que llevaba su hijo.

—Ahora soy médico.

—¡Médico! —repitió, como si su mente fuera incapaz de asimilar que un esclavo pudiera ser médico—. ¿De esclavos?

Noah sonrió.

—De hombres libres, madre.

Velvet volvió a abrazar a Noah. Quería sentirlo. Tenía que estar segura de que era real.

—Vamos, mamá. Recoge tus cosas. Nos espera un largo viaje.

—¿Adónde vamos?

—A casa.

—No tengo nada que recoger. Todo lo que necesito lo llevo conmigo.

—Entonces, vámonos.

Noah ayudó a subir a su madre en el coche; iba a colocarse junto a ella cuando la puerta de la casa se abrió.

David Parrish estaba en pie en medio del porche. Había envejecido. Su ropa estaba gastada, el pelo descuidado y tenía barba de varios días. A pesar de ello, aún conservaba el porte orgulloso y aquella mirada de odio que Noah siempre había temido.

—Veo que no pensabas despedirte —dijo su padre.

Velvet agachó la cabeza.

—Negra desagradecida —masculló—. ¿Y tú? —gritó a Noah—. ¿Qué crees que haces en mis tierras?

Noah sintió que el miedo lo paralizaba. Él era un hombre adulto, y David no era más que otro hombre, solo y desarmado. Y sin embargo, sintió que todavía pesaban sobre él las cadenas invisibles de toda una vida de sumisión.

—He venido a por mi madre.

Velvet sintió pánico.

—Veo que tu vástago es un perro fiel. Por mí puedes llevártela —dijo con desprecio—. La verdad es que no sirve para nada.

Noah hubiese deseado no cruzar una sola palabra con aquel hombre, pero el desprecio con que habló de su madre le hizo reaccionar.

—No se confunda, señor. No necesita su permiso para irse. Ella es libre de hacer su voluntad. Ya no existen los esclavos en este país. La esclavitud por fin ha sido abolida.

—Entiendo. Crees que esas ropas caras y elegantes te convierten en alguien. Pero sigues sin ser nada. No eres más que un esclavo con aires de señor.

—Por favor, Noah, vámonos. No le hagas caso —rogó Velvet.

—No, madre. No tenemos por qué permitir que este hombre siga humillándonos —declaró, liberando su corazón—. ¿Quién se cree que es? ¿Dónde están sus amigos? ¿Su familia? ¿Se ha mirado? Da lástima. No es más que un déspota que está solo, abandonado por todos los que una vez le quisieron.

Los ojos de David brillaron de ira.

—¡Maldito negro!

Pero en esta ocasión Noah no se dejó intimidar.

—Míralo bien, madre. No tiene a nadie. ¿Quién llorará en su funeral? ¿Adónde le ha llevado su orgullo?

—¡Ya basta, Noah! —le pidió su madre—. No olvides que es tu padre.

—No lo olvido, madre. Nunca lo he podido olvidar. Toda mi vida he esperado un gesto de cariño, un signo de respeto de ese hombre. Pero ahora entiendo que nunca lo obtendré. Jamás. No importa que sea médico o rico, porque jamás me aceptará.

—Noah… —lo consoló su madre.

—¿No es así, padre? —le espetó lleno de dolor.

David no dijo nada. No hacía falta, su mirada de odio confirmaba todas y cada una de las palabras de Noah.

Noah sostuvo la mirada de David sin amilanarse. Ya no le dolía. No le tenía miedo. Por fin aquel hombre había perdido su poder sobre él.

Noah le dio la espalda y regresó junto a su madre. Se sentía libre. Por fin había roto las cadenas con su pasado. Ahora sólo quedaba el futuro. Un futuro abierto y nuevo junto a su madre y sus hermanas.

Velvet se instaló con Noah y Charlotte en Arch Street. Contrariamente a lo que hubiese creído, ser libre le resultó más difícil de lo que esperaba. Por más que lo intentase, no podía dejar de sentirse extraña cada vez que salía de la casa sin pedir permiso. Tampoco se acostumbraba a que Charlotte y Hortensia, que habían sido sus jóvenes amas, ahora fueran unos miembros más de su familia. Se sentía incómoda comiendo junto a ellas o sentada en la misma sala. Pero todos parecían quererla, y la presencia de Noah hacía que las cosas fueran más fáciles. Un día, Charlotte la llevó de compras. Según la joven, la madre del mejor cirujano de la ciudad debía tener ropa en condiciones. Y más ahora que Beatriz O'Flanagan, para celebrar el fin de la guerra y el regreso de sus hijos, había decidido organizar una fiesta en la que todos estaban invitados.

Incluso Gastón Lacroix había enviado una nota confirmando que asistiría acompañado del resto de miembros de su familia.

Después de encargar más vestidos de los que Velvet consideraba que podría utilizar en toda su vida, compraron unos buñuelos y se los comieron de camino a casa. Charlotte no calló en todo el trayecto. Velvet nunca había sentido interés por los chismes de sociedad sobre personas que no conocía, pero asentía a cada palabra. Le gustaba la vitalidad que Charlotte impregnaba a cada acción de su vida. Charlotte dejó de hablar un segundo, dio un mordisco a su buñuelo, y sonrió a Velvet. La madre de Noah la imitó. Era feliz.

La fiesta que iba a celebrarse en casa de Raymond y Beatriz O'Flanagan sería la reunión más importante del año. Se había cuidado hasta el más ínfimo detalle. Las invitaciones, con cantos dorados y caligrafía exquisita, se habían entregado con dos semanas de antelación. Lo mejor de la sociedad bostoniana estaría allí.

La tarde anterior al acontecimiento, Charlotte aún no había

decidido qué vestido iba a llevar. El suelo de su habitación estaba lleno de zapatos desperdigados, y sobre la cama, al menos cuatro vestidos competían por ser el elegido.

Cogió uno de ellos, lo presentó sobre su cuerpo y se miró al espejo.

Aunque le quedaba bien, desde luego no era espectacular. Hubiese sido perfecto para ir a tomar el té a casa de unos vecinos, pero no para una fiesta donde las joyas de las invitadas podrían eclipsar el sol del mediodía. No era suficiente.

Charlotte contempló por última vez su imagen en el espejo e hizo un mohín. Después dejó caer el vestido en el suelo. Iba a probarse el siguiente, cuando llamaron a la puerta.

—¡Maldita sea! —protestó, molesta por la interrupción, recordando que Velvet y Noah habían salido a pasear—. ¡Ya voy! —gritó, cuando llamaron por segunda vez.

Ya había girado el pomo y tiraba de él, cuando comprobó horrorizada, que iba en ropa interior.

—¡Dios mío! —exclamó apoyando bruscamente su cuerpo contra la puerta para cerrarla—. ¡Un momento! —gritó mientras alargaba el brazo hasta el perchero y se ponía la primera prenda que encontró.

Una vez tapada, Charlotte preparó una sonrisa de bienvenida y abrió en el mismo instante en que volvían a insistir.

—Hola, Charlotte —saludó Scott, irreconocible en su elegante traje nuevo.

Cuando vio a Scott frente a ella no pudo disimular la sorpresa. Sintió deseos de abrazarlo. Le había echado tanto de menos… Necesitaba recuperar a su amigo. Deseaba que todo volviera a ser como antes. Antes de que él le confesara sus sentimientos y lo estropeara todo. Cuando los brazos de Charlotte se cerraron sobre él, percibió que el cuerpo de Scott se ponía rígido.

La frialdad con que reaccionó Scott ante su muestra de afecto hizo que Charlotte lo soltara y diera un paso atrás.

—Me alegra verte —consiguió decir, esforzándose en ocultar la tristeza que le causaba su rechazo—. Te veo cambiado.

—Tú también estás diferente —respondió él, mirándola de arriba abajo.

Con las prisas por taparse, Charlotte había cogido el abrigo de Noah, que le llegaba hasta el suelo, los hombros le caían hasta los codos y tenía que mantener los brazos cruzados sobre su cintura para mantenerlo cerrado.

—Me estaba probando vestidos para la fiesta…

Scott sonrió.

—No creo que sea divertido —continuó molesta.

—Un poco sí —rebatió él, sin hacer nada por disimular.

—Veo que a pesar de tu aspecto respetable, no has cambiado nada.

—Ahora que trabajo con mi padre he de parecer respetable. Pero no quiere decir que lo sea —bromeó.

—¿Quieres pasar?

El semblante de Scott volvió a ensombrecerse.

—No, gracias. Sólo me llevará un momento —dijo, contemplando nostálgico la casa donde había pasado algunos de los mejores momentos de su vida.

Charlotte se sintió inquieta. ¿Por qué estaba tan serio?

¿Qué era lo que iba a decirle? ¿Acaso pretendía volver a pedir su mano?

—No quiero incomodarte —se excusó mirándola a los ojos, como si se hubiese colado en sus pensamientos—. Sólo he pasado para informarte de que Richard acudirá a la fiesta de mañana.

El rostro de Charlotte se iluminó.

—¿Richard? ¿Va a venir a Boston?

—Llegará esta tarde. Él y mi amigo Klauss Fritz se alojarán en casa de mis padres. Pensé que te gustaría saberlo.

Después, Scott se volvió hacia la puerta para marcharse.

—Por cierto. La mujer de Richard, Camille, murió hace unos meses.

Antes de que pudiese reaccionar, Scott se había marchado. La desgracia había convertido a Richard en un hombre libre. Ahora todo era posible entre ellos, y sin embargo Charlotte se sentía triste. Nunca había apreciado a Camille, pero era tan joven… Estaba furiosa. ¡Cómo podía decirle todo aquello y marcharse sin más! De repente, no tenía ganas de probarse ningún vestido. La fiesta había perdido su interés. Subió a su habitación y se tumbó en la cama. Sentía deseos de llorar. Debió de quedarse dormida mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Sus sueños la llevaron a Delow, a la noche en que Richard la había besado. Escuchó el canto de las cigarras y sintió la brisa fresca del anochecer sobre su piel mientras Richard la estrechaba entre sus brazos. Pero por más que lo intentaba, no era Richard quien la besaba en sus sueños. No eran sus besos los que la hacían estremecerse. Charlotte despertó cerca de las diez de la noche envuelta en sudor. Se acercó al tocador y se miró en el espejo. De alguna forma, siempre lo había sabido. Lo supo cuando Scott la tomó entre sus brazos y la besó. Ella lo amaba,

y si Scott pensaba que podía entregársela a Richard como si nada, es que no la conocía.

Se puso uno de los vestidos que aún seguían amontonados en el suelo y tras echarse un chal sobre los hombros salió de casa.

Necesitaba hablar con Scott.

A pesar de que ya había anochecido, Charlotte dejó de lado la seguridad de las calles adoquinadas iluminadas por las farolas y atajó a través del parque. Tenía prisa y ése era el camino más corto para llegar a casa de los O'Flanagan.

—Buenas noches, señorita Lacroix —la saludó el mayordomo de los anfitriones, invitándola a entrar.

—Buenas noches. Por favor, ¿podría decir a Scott que quiero verlo?

El sirviente iba a decir que aún no había regresado, cuando Scott atravesó el umbral.

Los dos se miraron.

Charlotte iba a ir a su encuentro cuando Richard y Klaus aparecieron tras él.

—¡Charlotte! —exclamó Richard, dejando caer su bolsa por la sorpresa.

Scott apartó sus ojos de los de ella y se retiró para abrir paso a Richard.

—¡Charlotte! —repitió Richard yendo a su encuentro.

—¡Estaba tan preocupada! —exclamó, abrazándolo—. Scott me mandó una nota diciendo que habías llegado sano y salvo, pero…

—Estoy bien —sonrió él, feliz.

—¡Qué alegría! —repitió Charlotte, emocionada—. Pensé que nunca volvería a verte. ¡Estaba tan preocupada!

Richard, que no dejaba de contemplar a Charlotte, pareció darse cuenta de que no estaban solos.

—No sé si recuerdas a mi buen amigo Klaus Fritz.

Aunque no conseguía entender cómo había ido a parar aquella mujer a la casa de Scott en Boston, Klaus no tuvo ningún problema para reconocerla. Sólo la había visto una vez. Pero una belleza como aquélla no se olvidaba.

—Es un placer volver a verla señorita Charlotte —saludó Klaus.

Cuando él sonrió, ella se acordó del joven alto y rubio que había sido el invitado de Richard en Delow.

—Lo mismo digo, señor Fritz.

Entonces Richard tomó las manos de Charlotte entre las suyas. Eran tan pequeñas y delicadas…

—Comprendo que tenéis muchas cosas que deciros —intervino

Scott, sabiendo que había llegado el momento de dejarlos a solas—. Si nos disculpáis nos retiraremos para que podáis hablar. Buenas noches, Charlotte.

—Pero… Yo quisiera…

Antes de que Charlotte tuviese la ocasión de decirle que quería hablar con él, Scott hizo un gesto a Klaus.

—Buenas noches, señorita —se despidió Klaus, siguiendo los pasos de Scott.

Richard sonreía sin parar.

—… Buenas noches —se limitó a responder ella, incapaz de sacar de su error a Richard, que seguía sosteniendo su mano, y confesarle que era realmente a Scott a quien había ido a buscar en medio de la noche.

Klaus guiñó el ojo a Richard cuando pasó junto a él.

Scott se alejó sin mirar atrás.

Después de tanto dolor y sufrimiento, Richard y Charlotte volvían a estar uno frente al otro. Había pasado tanto tiempo…

—Lamento mucho la muerte de Camille —dijo Charlotte.

La expresión de su rostro dejaba patente que era un capítulo de su vida que le resultaba doloroso.

—Poco después de casarnos embarqué. Luego vino la guerra… Apenas pasé unos meses a su lado. Nunca debí casarme con ella. Pensé que conseguiría ser un buen marido, pero ella se merecía un hombre que la hubiese amado. Sin embargo, creo que a pesar de todo Camille fue feliz —reflexionó en voz alta con cierto tono de autorreproche.

Charlotte llevó su mano a la boca de Richard y le impidió continuar.

—Ella te amaba. Yo lo sé. Y estoy segura de que fue feliz. No podía haber encontrado a un hombre mejor.

—No he dejado de preguntarme si hice lo correcto. Si debí ignorar las amenazas de mi tío. Al menos, tú estás a salvo.

Era evidente que Richard no sabía que su sacrificio no había servido para nada, y que al final el destino que tanto temía para ella se había cumplido.

—Hiciste lo correcto, Richard. Nunca lo dudes. Eres un hombre de honor y creo que eso es precisamente lo que hizo que me enamorara de ti. Te debes a tu familia y a los tuyos. Nunca has dudado en sacrificar tu felicidad por el bien de los demás.

—No digas eso.

—Es cierto. Si hubieras ignorado tu deber, si nos hubiésemos fugado… habrías defraudado a los tuyos. A tu padre, a tu familia. Y

si se hubiera sabido la verdad, y la vergüenza hubiese caído sobre los tuyos, la culpa te habría acompañado siempre y no habríamos podido ser felices. Te sacrificaste por mí, Richard. Lo hiciste para protegerme. Y en ese momento no había ninguna otra salida.

—Nunca volveré a dejarte marchar —le dijo, obligándole a mirarle a los ojos.

Richard se disponía a besarla cuando Charlotte retiró el rostro.

—Ya es tarde, Richard.

Él se detuvo.

—No lo es. Los dos somos libres. No me importa que tu madre fuera una esclava…

Richard se acercó de nuevo y la tomó entre sus brazos.

—Yo te amo.

Charlotte lo miró a los ojos. Y él la miró a ella.

Y entonces se dio cuenta por primera vez de que brillaban con una luz diferente. Había cariño y dolor, pero por más que buscó, Richard fue incapaz de descubrir en aquellos embriagadores ojos esmeralda la pasión y el deseo que ansiaba y había anhelado durante tanto tiempo.

Él la soltó.

—Ya es tarde, Richard —repitió.

—¿Tarde? —preguntó Richard desconcertado.

Ella se apartó.

—Lo siento —se disculpó sin poder retener las lágrimas, sin atreverse a enfrentar al hombre que había amado durante toda su vida.

Richard permanecía en silencio.

—No sé cómo ni cuándo sucedió. Yo ni siquiera lo entiendo. Si la vida hubiese sido diferente, si no hubiera conocido a…

Charlotte se calló.

—… Scott.

—¿Cómo lo sabes?

—No es difícil. He visto cómo lo mirabas, y cómo él evitaba hacerlo. No me había dado cuenta, pero ahora lo veo. A pesar de la ilusión del reencuentro, sentía que algo lo perturbaba. Y ese algo eras tú.

—No deseo hacerte sufrir, Richard.

Charlotte parecía angustiada.

Richard sintió un dolor profundo e intenso. Un segundo antes, todo era posible, la vida le regalaba una segunda oportunidad. Y sin embargo, por segunda vez, tenía que contemplar impotente cómo la mujer que amaba se alejaba de su lado.

—Entiendo —susurró, tratando de controlar su tormento.

Richard respiró hondo y guardó silencio mientras intentaba poner orden en su emociones.

—Es curioso —prosiguió poco después, como si hablara para sí mismo—. El hombre al que le debo la vida ahora se lleva lo más precioso que había en ella. Pero, si hay un hombre que merece tu amor ése es Scott —añadió reponiéndose, tomándola de las manos, y mirándola esta vez directamente a los ojos—. Sé que él nunca se interpuso entre nosotros, aunque ahora sé que te quería, y nunca dejó que yo lo supiera. Pero ahora lo veo —continuó—. A pesar de que él intente aparentar lo contrario. Cuando se enteró de la muerte de Camille me escribió e insistió en que viniera a visitarlo. Ahora sé por qué. Ni siquiera sabe que estás enamorada de él.

Charlotte sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—Lo siento —volvió a decir Charlotte—. Lo siento —repitió una última vez, mientras las lágrimas inundaban sus ojos.

Entonces la besó y Charlotte se despidió en silencio del hombre de mirada profunda al que había amado desde que era sólo una niña.

Scott se había instalado en uno de lo sillones del salón mientras Klaus se preparaba un whisky.

—¿Uno? —le ofreció Klaus.

—Que sea doble.

—¡Vaya! Sí que te ha dado fuerte —respondió Klaus, añadiendo una generosa cantidad de licor—. ¿Agua?

Scott negó con un gesto y Klaus le tendió el vaso.

—Estás muy callado. La verdad, no sé qué te pasa hoy —dijo intrigado—. Estás muy raro. Quiero decir, más raro de lo que es habitual.

Scott levantó su vaso y sonrió.

—¡A la salud de Richard, amigo! —rió Klaus, disfrutando del buen whisky, mientras se sentaba al lado de Scott.

Cuando Raymond entró en el salón, Klaus se puso en pie.

—Siéntese por favor —se dirigió a Klaus—. Me preguntaba si me permitiría robarle un momento a mi hijo.

—Por supuesto, señor.

Tras apurar su vaso, Scott se disculpó y fue detrás de su padre.

Klaus contempló el líquido ambarino que llenaba su vaso mientras lo hacía girar y observaba cómo Scott salía de la habitación dejándolo solo.

Entonces escuchó el sonido hueco y sordo de la puerta principal al cerrarse. Charlotte se había ido.

Klaus estaba esperando a que Richard entrara en el salón para felicitarlo y celebrar con él y con una copa la buena noticia de su reencuentro con Charlotte. Pero Richard no apareció.

Klaus levantó los hombros. Le hubiese gustado pasar toda la noche en vela junto a sus amigos, recordando viejos tiempos y aventuras, pero parecía que no iba a poder ser. Cogió la botella y se sirvió otra copa mientras esperaba el regreso de Scott. A falta de otra compañía, aquel espléndido whisky escocés debería ser suficiente.

La conversación con Charlotte había dejado a Richard aturdido. Quería estar solo. Subió la escalera del recibidor para dirigirse a su habitación.

Iba a preguntar a uno de los sirvientes cuál era la que le habían asignado cuando reconoció la voz de Raymond O'Flanagan. Al distinguir el nombre de Charlotte en la conversación Richard se detuvo. Algo en su interior lo obligó a acercarse a la estancia. No tenía intenciones de escuchar, pero la puerta no estaba bien cerrada y las palabras se abrieron camino hasta él sin esfuerzo.

—Acabo de ver a Charlotte en casa. Estaba hablando con Richard —oyó que decía el padre de Scott.

Scott guardó silencio.

—Nunca te he preguntado nada al respecto —continuó su padre —, pero sé lo que hay entre vosotros. Sé que estás sufriendo, y me duele verte así, hijo. ¿Qué vas hacer? ¿Vas a dejarla marchar?

—Ella no está enamorada de mí.

—¿Se lo has preguntado?

—Una vez lo hice.

—Entonces, ¿te vas a rendir? Siempre has sido un luchador, Scott. ¿Vas a dejarla ir sin luchar?

—Sí. No hay nada que hacer. No es a mí a quien ama.

—¿Y no has vuelto a preguntárselo?

Scott se cubrió el rostro con las manos, abatido. Aquella misma noche, cuando Charlotte lo había mirado, creyó por un momento que ella también le amaba, pero ya era demasiado tarde.

—¡No puedo, padre!

Scott respiró hondo. Apenas podía dominar sus emociones.

—¡Richard la quiere! —le confesó derrumbándose—. Yo nunca podría… Una vez él tuvo que renunciar a ella para protegerla. Pero ahora su esposa ha muerto y él vuelve a ser libre. Richard merece ser feliz. Es mi amigo, padre. Y aunque tenga que perder a la única mujer a la que he amado y amaré en toda mi vida, nunca le traicionaré.

Raymond O'Flanagan se levantó de su mesa y se acercó hasta Scott. Había escuchado con atención cada una de las palabras de su hijo. Le hubiese gustado poder decirle que debía olvidarse de Richard y luchar por su felicidad, pero no lo hizo. Scott no era como él, no era capaz de conseguir su felicidad a costa de la de los demás. Y Raymond O'Flanagan no podía arrebatar a su hijo aquello que siempre lo había hecho especial. Apoyó su mano sobre el hombro de Scott y guardó silencio.

—Está bien, hijo. Eres tú quien debe tomar la decisión. Pero algún día tendrás que pensar también en tu propia felicidad. No sólo en la de los demás.

—Jamás podría ser feliz sabiendo que he traicionado a mi amigo. No puedo hacer nada. Entiéndelo, padre.

—Lo entiendo, hijo.

Cuando consideró que había escuchado suficiente, Richard se volvió sin hacer ruido y siguió su camino. Necesitaba llegar a su habitación. Necesitaba pensar y ordenar todas las emociones que se debatían en su interior.

39

Sus sueños fueron inquietos. Charlotte no podía dejar de pensar en Richard. No soportaba la idea de hacerle daño.

La llegada del amanecer no la hizo sentirse mejor. Sabía que debía seguir los dictados de su corazón. Pero ¿a qué precio? No tenía fuerzas para levantarse de la cama, y había empezado a barajar la posibilidad de no acudir a la fiesta que esa tarde tendría lugar en casa de los O'Flanagan, cuando Velvet llamó a su puerta.

—Buenos días, Charlotte —la saludó, haciendo un verdadero esfuerzo para omitir de la frase la palabra ama, y tratarla de tú—. Un muchacho acaba de entregar esta nota para ti —dijo colocándola en la mesita de noche.

Charlotte no hizo el menor esfuerzo por alcanzarla.

—El muchacho ha dicho que la envía el señor Richard. Richard Reemick —insistió Velvet, sospechando que podía ser importante.

El nombre de Richard provocó que Charlotte asomara la cabeza de debajo de la sábana.

—¿De Richard?

Para cuando Velvet asintió, Charlotte ya había alcanzado el sobre, roto el lacre y desplegado el pliego de papel del interior.

Las líneas de excelente caligrafía se desplazaron vertiginosamente ante sus ojos.

Cuando hubo terminado de leer, Charlotte estaba emocionada. Levantó la vista y sonrió.

Richard no le guardaba rencor y le deseaba felicidad. De repente la oscuridad que se había cernido sobre ella en las últimas horas desapareció. La vida volvía a sonreírle.

Charlotte se levantó de la cama de un salto y corrió hacia Velvet, que aún seguía en la habitación.

—¡Soy feliz! —gritó abrazándola.

Acto seguido se quitó el camisón, se puso un vestido, se calzó las botas, bajó precipitadamente el tramo de escaleras que la separaban del recibidor e, ignorando el suculento desayuno que Velvet había preparado y le esperaba en el comedor, salió a toda prisa de la casa.

Ya en la calle, estuvo a punto de arrollar a su vecina. Murmuró unas palabras de disculpa y siguió corriendo esquivando a todo aquel que se interponía en su camino. Debía llegar al centro antes de que alguien se le adelantase.

Cuando salió del callejón y descubrió que el vestido seguía en el escaparate, dio gracias al cielo.

La señora Redwater atendía a dos mujeres que parecían madre e hija, cuando Charlotte irrumpió en su establecimiento.

A pesar de su cabello despeinado y alborotado, no tuvo ningún problema en reconocer a la mujer que trataba de recuperar el aliento.

—¡Dios mío! ¿Se encuentra usted bien, señorita Lacroix?

Incapaz de responder aún, Charlotte consiguió sacudir la cabeza y le sonrió.

—Enseguida me repondré —se disculpó, mientras llenaba sus pulmones con una nueva bocanada de aire fresco—. He venido corriendo. Deseaba el vestido que tiene en el escaparate —dijo sin perder tiempo, en cuanto pudo volver a articular palabra.

—¿El vestido del escaparate?

—Sí, el del escaparate.

—Es precioso —admiró la mujer, tomándolo entre sus brazos—. Seda salvaje de la mejor calidad. Si pasa al probador le tomaré los bajos y le ajustaré el talle. Lo tendrá listo en un par de días.

—¡Pero lo necesito para esta noche!

—¡Es imposible! La fiesta de los O'Flanagan tiene ocupadas a todas las modistas de la ciudad.

Charlotte no había contado con aquello. Miró el vestido, que aún seguía en los brazos de la señora Redwater. Era perfecto para ella.

—No importa, me lo llevo de todas formas.

—¿No se lo va a probar?

—No tengo tiempo.

—Se lo puedo enviar a casa si quiere.

—No será necesario. Gracias.

Antes de que la señora Redwater tuviera ocasión de doblarlo y guardarlo en una caja, Charlotte depositó un fajo de billetes sobre el mostrador y convirtió el vestido en un ovillo.

—¡Dios mío! —gritó la mujer, incapaz de contenerse ante tal sacrilegio—. Lo va a arrugar.

—No se preocupe —la tranquilizó Charlotte, poniéndolo bajo el brazo—. Después lo plancharé.

Una vez obtenido lo que buscaba, no había motivos para entretenerse. Se despidió y, para escándalo del resto de las mujeres,

echó a correr.

Ya en la calle, Charlotte escribió rápidamente una nota en la libreta que siempre llevaba en el bolso, y le ofreció unas monedas a un muchacho a cambio de que entregara el mensaje en la residencia de Hortensia. Después regresó a casa.

Hortensia llegó cerca de las doce. Saludó a Velvet y dejó su capa en el perchero.

—¡Pensé que no ibas a llegar!

—He venido nada más recibir el mensaje, Charlotte. ¿Qué es lo que pasa?

Charlotte entró en la sala y regresó con el vestido.

—¿Qué es eso?

—Mi vestido.

—¿Me estás diciendo que me has dado un susto de muerte por un vestido? Pensé que te había pasado algo. La nota decía que era de vida o muerte.

—¡Y lo es! —se defendió—. Tengo que estar preciosa. Y no hay ni una sola modista en toda la ciudad que pueda hacerme los arreglos para esta noche.

Hortensia recogió su capa e hizo ademán de marcharse.

—Por favor, no te vayas. Te necesito. Sabes que yo siempre he sido un desastre con la costura. Por favor —rogó—, hoy tengo que estar perfecta.

—Está bien —cedió, volviendo a dejar su capa—. Pero que conste que es la última vez que lo hago.

Charlotte se puso precipitadamente el vestido que acababa de comprar.

—¿Pero se puede saber qué le ha pasado? ¡Está hecho un desastre!

—Sólo son unas arrugas.

Hortensia suspiró y se acercó al costurero que había regalado a Charlotte, y que seguía en el mismo sitio en el que Hortensia lo había dejado un año atrás.

—He tenido que dejar al abuelo y a los tíos solos en casa para venir aquí —dijo pasando el primero de los alfileres.

—¿Ya están aquí?

—Sí. Llegaron a primera hora. El abuelo se quedará unas semanas, pero los hermanos de mamá regresarán dentro de un par de días a Nueva Orleáns.

—¿Cómo está el abuelo?

—Bien. Tenías que verlo con Molly —el rostro de Hortensia se iluminó al recordar la cara que había puesto su abuelo al conocer a

Molly—. Es encantador verlos jugar.

—¡Qué ganas tengo de verlo!

—El abuelo quería venir a verte cuanto antes, pero el viaje ha sido largo y parecía cansado. He insistido para que se quede a descansar. Esta noche los verás a todos.

Tras colocar unos alfileres en los tirantes, Charlotte se subió a una silla para que su hermana pudiera recogerle el bajo. Cuando comprobó que no había pasado nada por alto, asintió satisfecha.

—Ya está —sentenció, colocando bien uno de los alfileres—. Bastará con recoger un poco el bajo y subir ligeramente el escote, creo que podré acabarlo en un par de horas.

Mientas terminaba de comentar los arreglos que iba a realizar, Charlotte se había vuelto a poner la ropa que llevaba cuando llegó su hermana y empezaba a anudarse el lazo del sombrero.

—¿Cómo? ¿Es que te vas?

—Perdona, Hortensia, pero todavía me faltan los zapatos. Volveré enseguida. ¿No te importa, verdad?

Iba a decir que sí le importaba. Que no podía darle un susto de muerte, dejarla entre metros de tela y salir corriendo como si nada, pero se contuvo.

—Aunque me cueste reconocerlo, no me servirías de mucho por aquí. —Hortensia le hizo un gesto con la mano para que se marchase.

—Gracias, hermanita —se despidió, dándole un beso en la mejilla—. No te preocupes, llegaré antes de que hayas terminado. Por cierto, ¡estoy enamorada de Scott! —le gritó antes de salir a la carrera.

Así que ésa era la causa de tanto revuelo. Hortensia recogió el vestido del suelo y sonrió.

Por fortuna, el vestido parecía haber sido confeccionado para Charlotte. Cuando varias horas después Hortensia remataba la última costura, Charlotte seguía sin aparecer.

Lo planchó y, para asegurarse de que la atolondrada de Charlotte no arruinaría su trabajo, subió al primer piso y extendió cuidadosamente el vestido sobre la cama de su hermana.

Le quedaba el tiempo justo para volver a casa y prepararse para la fiesta.

Hacía más de media hora que Klaus debería haber abandonado su habitación para reunirse con el resto de invitados. Pero se había quedado dormido. Si no se daba prisa llegaría tarde a la cena. Se vistió tan rápido como le fue posible, y en lugar de bajar por la escalera principal decidió coger la de servicio, por donde su carrera

no llamaría la atención.

Salvó los peldaños finales con un salto, y al comprobar que aún podía escuchar los ecos de las conversaciones que llegaban del recibidor, aminoró su paso. Lo había conseguido. Se disponía a abandonar la zona de servicio para mezclarse con discreción con los invitados que habían empezado a desplazarse hacia el comedor, cuando le pareció reconocer la silueta de un hombre con una maleta que estaba a punto de escabullirse por la puerta trasera.

Klaus se detuvo.

—¿Richard?

Richard dudó, pero viendo que no tenía escapatoria, se volvió hacia su amigo.

—¿Qué haces?

—Me marcho, Klaus. Regreso al mar. Mi barco sale con la próxima marea. Debo irme.

—¡No puedes marcharte! Scott y sus padres te esperan…

—Presenté mis disculpas al señor O'Flanagan esta tarde. Iba a darle estas dos cartas a un sirviente para que os las entregara cuando ya me hubiera ido. Una es para Scott y la otra para ti. Pero ya da igual. Toma, cógelas.

Klaus tomó en sus manos los dos sobres que le ofrecía Richard.

—¿Y Charlotte?

Richard agachó la cabeza.

—No, no… lo entiendo. Ayer, cuando os vi juntos… creí que estabas enamorado de ella.

—Siempre lo estaré. Pero por más que lo deseemos, la vida no siempre da segundas oportunidades —dijo cansado—. A veces los caminos que dejamos atrás se pierden para siempre, y por más que intentemos recuperarlos, no podemos.

—Pero…

—Mi tiempo ha pasado, Klaus. Debo retirarme.

—¿Y Scott?

—Es a él a quien ama Charlotte, no a mí.

Klaus miró a su amigo. Un velo de tristeza cubría su rostro.

—¿Te vas a ir sin despedirte de él?

—Es mejor así. Él lo entenderá.

—Adiós, Richard. Te echaré de menos.

—Adiós, Klaus. Cuídate mucho.

Los dos amigos se abrazaron.

Richard recogió su maleta y se marchó en silencio.

A medida que el barco se alejaba de la costa, Richard sintió que su pasado quedaba atrás. Cuando la proa enfiló el horizonte, una

ráfaga de aire tensó la mayor. Richard miró hacia delante y aceptó el reto que le lanzaba la vida. Cerró los ojos, y se despidió de Charlotte, deseando con todo su corazón que la felicidad los acompañara a ella y a Scott en la travesía que habían decidido emprender juntos.

A partir de ahora, el viento guiaría sus pasos.

Velvet se sintió incómoda desde el mismo instante en que se puso su vestido. Charlotte le había arreglado el cabello y había insistido para que se pusiera un collar de perlas. La madre de Noah no se atrevió a contradecirla, aunque la idea de llevar algo tan caro en torno a su cuello la angustiaba.

Cuando Velvet se miró en el espejo no pudo reconocerse. Se sorprendió al descubrir que aún era una mujer joven. E incluso se sintió bonita.

Dos hileras de faroles de colores adornaban la entrada de los O'Flanagan. Al detenerse frente a ella, unos hombres con libreas les abrieron la puerta del coche y los invitaron a pasar. Velvet siguió a Charlotte y a Noah al interior.

Al verlos entrar, Hortensia, acompañada de Brian, se abrió paso entre la gente y enseguida fue a arroparles. Noah permaneció junto a su madre en todo momento, y Beatriz O'Flanagan tuvo también un cuidado especial en que Velvet se sintiera a gusto.

Raymond se acercó hasta el grupo y saludó a Noah.

—Me alegra volver a verte, Noah.

—Buenas noches, señor. Me gustaría presentarle a mi madre.

Velvet se inquietó al sentirse el objeto de la atención de un hombre tan importante.

—Buenas noches, señor —murmuró nerviosa con un hilo de voz.

—Encantado. Es un placer. Debe de sentirse usted muy orgullosa de su hijo. Se ha convertido en un gran médico. El Hospital General ha hecho una gran adquisición.

—Muchas gracias, señor —se atrevió a contestar Velvet.

—Quería aprovechar para darle las gracias —intervino Noah—. Le estoy muy agradecido por todo lo que ha hecho por el hospital.

—Sabes que no me quedaba otro remedio —ironizó Raymond—. Scott puede ser muy persuasivo cuando se lo propone. Y el proyecto merecía la pena. La verdad es que me siento contento de poder colaborar en él.

Velvet no perdía palabra, apenas podía creer que su hijo estuviera hablando con un hombre blanco, que le trataba como a un igual. Una vez más pensó que realmente los milagros existían.

Mientras Raymond acompañaba a Noah y a Velvet hacia el

comedor, Charlotte reconoció la silueta inconfundible de alguien muy especial. Se acercó, pero él no parecía haberse dado cuenta de su presencia todavía.

—¡Abuelo!

—¡*Mon Dieu*, mi querida niña!

—¡Cómo me alegro de verte, abuelo! No estaba segura de que al final vinieras.

—No me lo habría perdido por nada del mundo. La oportunidad de volver a ver a mis dos pequeñas.

Charlotte se fundió en un abrazo con su abuelo, al que no veía desde hacía cuatro años, y fue saludando uno por uno a todos y cada uno de los miembros de su familia que estaban con él, muchos de los cuales no conocía y que se habían acercado hasta Boston.

Al contemplarlos, se sintió feliz de que volvieran a estar todos juntos otra vez.

—¡Qué feliz soy, abuelo!

—Yo también, querida mía. Después de la guerra, pensé que quizá mis fuerzas no me permitirían ya volver a veros.

Los dos se miraron por un instante, y en ese momento Charlotte sintió que todo era perfecto. Pero aún faltaba algo más, una última cosa que todavía tenía que solucionar. Se despidió por un momento de su abuelo, y de cuantos lo acompañaban, y se dirigió hacia el salón principal.

La mayoría de los invitados ya se habían instalado cuando Scott se sentó a la mesa. A pesar de sus esfuerzos, todavía no había sido capaz de localizar a ninguno de sus amigos. Al mirar al frente comprobó que las sillas destinadas a Charlotte y a Richard seguían vacías.

En ese momento, Klaus, que llegaba con el último grupo de rezagados, pasó junto a él.

Seguía sin haber ni rastro de Richard y Charlotte.

—Hola, Klaus. No sabía dónde os habíais metido. ¿Y Richard?

—Me temo que se ha marchado. Me ha dado esto para ti —le susurró Klaus entregándole discretamente la carta que le había dejado Richard para él, y retirándose hacia su asiento.

—Gracias, Klaus.

Así que por fin estaban juntos, pensó Scott, guardando en el bolsillo de su chaqueta el sobre que llevaba su nombre. Más tarde la leería en la tranquilidad de su habitación. A Scott le hubiese gustado ver a Charlotte una última vez, pero sabía que así era más fácil para todos.

Iba a desear que tuvieran una vida feliz, cuando sintió unos

golpecitos en la espalda.

—Buenas noches, Scott. Supongo que te quitarás los guantes para cenar.

—¡Charlotte!

Ella sonrió.

—Pero ¿qué haces aquí? Yo pensé… Entonces… la carta que me ha dado Klaus…

Scott sacó el sobre que todavía guardaba en su bolsillo, lo abrió precipitadamente y comenzó a leer.

Mi querido Scott:

Siempre es difícil decir adiós a un amigo, pero he considerado que así sería más sencillo para los dos. Nunca te agradeceré lo bastante todo lo que has hecho por mí durante estos años de amistad. Estos días he podido darme cuenta de que los sentimientos de Charlotte hacia mí han cambiado. De que no es a mí a quien quiere, sino a ti. Y de que estabas dispuesto a renunciar a ella por nuestra amistad, pero ya no existe ningún motivo para ello. Regreso al mar. Allí siempre he sido feliz, y me he sentido libre. Os deseo toda la felicidad del mundo. Nadie se la merece más que vosotros. Un amigo para siempre.

RICHARD

—Se ha ido —confirmó Charlotte.

—Lo echaré de menos.

—Yo también —se apenó Charlotte.

Scott se quedó en silencio un momento, como si sopesara sus propios pensamientos.

—Y tú… —Scott hizo un pausa—. ¿No deberías estar al otro lado de la mesa?

Antes de que Scott pudiera decir nada más, Charlotte señaló oportunamente la tarjeta con su nombre claramente escrito colocada junto a su plato.

—No tienes remedio. Algún día tendrás que dejar de sentar a los invitados de los demás a tu gusto.

—No sé a qué te refieres. Además, en esta ocasión he tenido ayuda —le confesó, realizando una graciosa reverencia a su abuelo.

Gastón Lacroix guiñó el ojo a su nieta.

Scott sonrió y se quitó los guantes.

Ella lo miró. Estaba preciosa. Sus ojos brillaban como el fuego. Scott sintió que su pulso se detenía.

—¿Qué quieres, Charlotte?

Ella buscó la mano de Scott y la estrechó entre la suya.

—Te quiero a ti.

—Siempre me has tenido.
Charlotte sonrió. Junio sería un mes precioso para una boda.

Fin